Vicenta Márquez de la Plata

La Valida

NOVELA

algaida histórica

III PREMIO ATENEO DE NOVELA HISTÓRICA

Vicenta Márquez de la Plata

La válida

algaida

III PREMIO ATENEO DE NOVELA HISTÓRICA

Un jurado compuesto por Enrique Barrero, Francisco Prior, Félix G. Modroño, Álvaro Bermejo y Miguel Ángel Matellanes concedió el III Premio Ateneo de Novela Histórica, convocado por el Excelentísimo Ateneo de Sevilla y Algaida Editores, a la obra *La valida,* de Vicenta Márquez de la Plata.

Contenido

Cubierta

Personajes

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII y Epílogo

Créditos

Dedico este libro, con todo mi afecto,
a mi amiga
y colega de las letras, Almudena de
Arteaga y del Alcázar, algunos de
cuyos antepasados cruzan, de manera
fulgurante, por las páginas de este
libro.

Personajes

Adosinda. Esposa del carcelero de nombre Aquilino en las Reales Atarazanas de Sevilla.

Álvaro Carrillo de Albornoz. Alcalde mayor de los hijosdalgo de Castilla, pariente de doña María Carrillo de Albornoz y de doña Leonor López de Córdoba.

Álvaro López de Córdoba. Hermano bastardo de doña Leonor López de Córdoba. Clérigo, acompañante del cardenal Luna.

Aquilino. Guardián y carcelero de los hijos de don Martín en las Reales Atarazanas de Sevilla.

Beatriz de Portugal. Segunda esposa de don Juan I de Castilla. Heredera del trono luso.

Bertrand Duguesclin. Guerrero francés al servicio de Enrique de Trastámara, capitán de las temidas Compañías Blancas.

Catalina. Hija de Constanza y de Juan de Gante, duques de Láncaster. Esposa de Enrique el Doliente. Reina de Castilla y de León.

Clemente VII, Papa desde 1379. Su nombre era Roberto de Ginebra. Papa de Aviñón.

Constanza. Hija mayor de Pedro el Cruel. Heredera del trono de Castilla y León. Casada con el duque de Láncaster. Hermana de Isabel, esposa esta de Eduardo de Langley.

Eduardo de Langley, conde de Cambridge. Hermano del duque de Láncaster, esposo de Isabel, la hermana de Constanza; hijas ambas de Pedro el Cruel.

El duque de Láncaster y conde de Richmond. Juan de Gante, hijo del Rey de Inglaterra, Eduardo III, tutor de su sobrino, el Rey. Esposo de la infanta doña Constanza, hija de Pedro el Cruel y heredera legítima del trono de Castilla y León.

El Príncipe Negro. Eduardo, príncipe heredero de la corona inglesa. Hijo del rey Eduardo III. Hermano del duque de Láncaster, Juan de Gante y de Eduardo de Langley.

Enrique de Trastámara. Hermano bastardo de don Pedro el Cruel, y su matador. Hijo de Alfonso XI y de su amante doña Leonor de Guzmán. Rey de Castilla y de León. Rey vengativo y no menos cruel

que su difunto hermano don Pedro. En guerra con su hermano el Rey, y aliado de Francia contra Inglaterra.

Enrique III el Doliente. Hijo de Juan I de Castilla y de su primera esposa, Leonor de Aragón. Esposo de Catalina de Láncaster.

Fadrique de Trastámara. Hermano bastardo de don Pedro el Cruel, hermano gemelo de Enrique de Trastámara, muerto de manera inicua a manos de su medio hermano, don Pedro.

Juan de Avís. Gran Maestre de la Orden de Avís. Rey de Portugal en contraposición a doña Beatriz, esposa de don Juan de Castilla.

Juan de Gante. Ver duque de Láncaster.

Juan Gutiérrez de Hinestrosa. Canciller del sello de la poridad y padre de Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, esposo este de doña Leonor López de Córdoba.

Juan I de Castilla. Hijo de Enrique de Trastámara y de su esposa doña Juana Manuel.

Leonor López de Córdoba. Única superviviente de la familia de don Martín. Presa desde los siete años hasta los dieciséis. Esposa de don Ruy. Dedica toda su vida a restaurar el honor de los López de Córdoba. La primera mujer Valida en la historia de España. La primera mujer que escribió sus memorias.

Lope Fernández de Córdoba. Único hijo varón de don Martín, muerto de la peste bubónica en prisión.

María Coronel. Monja clarisa, noble señora viuda de Juan de la Cerda, hija de Alfonso Fernández Coronel. Es famosa por su santidad.

María de Haro. Madre de Ruy Gutiérrez de Hinestrosa.

María de Padilla. Hermosa amante del rey don Pedro, de quien tuvo a su hija Constanza, la heredera del reino.

María Mencía García y Carrillo de Albornoz. Tía abuela de Leonor López de Córdoba, nombrada normalmente como doña María o María Carrillo de Albornoz.

Martín López de Córdoba. Camarero Mayor del rey don Pedro y luego Maestre de la Orden de Calatrava, padre de doña Leonor López de Córdoba. Alevosamente asesinado por el rey don Enrique de Trastámara.

Pedro el Cruel. Rey legítimo de Castilla y León. Hijo de Alfonso XI y de su legítima esposa, doña María de Portugal. Conocido por su crueldad, en guerra con sus hermanos bastardos y con Francia. Aliado de Inglaterra.

Pedro González de Mendoza. Poeta y militar, señor de Hita y Buitrago. Mayordomo mayor de don Juan, héroe de Aljubarrota.

Pedro Martínez de Luna. Cardenal, legado pontificio de Clemente

VII. Papa Benedicto XIII.

Pero López de Ayala. Canciller del reino y amigo de don Juan I de Castilla.

Ruy Gutiérrez de Hinestrosa. Esposo de doña Leonor López de Córdoba.

Sancha. Nobilísima señora madre de Leonor López de Córdoba, casada con don Martín. Ella era pariente del rey don Pedro y de Enrique de Trastámara por ser nieta de Alfonso XI.

Urbano VI, antipapa. Papa o antipapa, según se mire. Coetáneo del papa Clemente VII. A él obedecían los duques de Láncaster, como ingleses que eran.

Urraca. Criada favorita de doña María Carrillo de Albornoz. Por alguna razón odia a Leonor.

Capítulo I

DE LOS PRECLAROS ORÍGENES DE DOÑA LEONOR LÓPEZ DE CÓRDOBA AHIJADA DE UNA INFANTA Y DE SU BODA A LOS SIETE AÑOS.

Soy hija del dicho Maestre de Calatrava en tiempos del rey don Pedro... y soy hija de doña Sancha Carrillo, nieta del rey don Alfonso padre del rey don Pedro...

Memorias[1] *de Leonor López de Córdoba.* Siglo XV.

---

1 Solo constan las Memorias de unas nueve páginas. De estas Memorias se conserva una copia manuscrita del siglo XVIII, transcrita en un códice que se encuentra en la Biblioteca Capitular Colombina. El texto de las Memorias ocupa los folios 195 al 203.

El suntuoso bautizo de Leonor López de Córdoba tuvo un regusto agridulce. Debió haber sido su madrina la serenísima Reina, su alteza doña María de Padilla; desgraciadamente la dulce doña María había muerto de pronto y hubo de ocupar su lugar la hija mayor de los Reyes, la jovencísima doña Constanza.

Don Martín, el padre de doña Leonor, siempre en la guerra, no pudo acudir al bautizo de su hija y todos los arreglos los hubo de realizar su esposa, doña Sancha. Don Martín López de Córdoba, camarero mayor del Rey, estaba lejos, enfrascado en la guerra de Aragón junto con su señor, Pedro el Cruel, o Pedro el Justiciero, según se mire.

Doña María de Padilla había dispuesto todo para que el bautizo de su ahijada revistiese el mayor boato, pero la exquisita doña María había muerto y de momento se suspendió todo proyecto pues todo el reino estaba de luto; pero pasados algunos meses, la ceremonia no pudo posponerse más y se volvió a llamar a los invitados y al clérigo don Teódulo. Al fin y al cabo, si no la Reina, la heredera de la corona iba a ser la madrina y ello era motivo de solemne regocijo. Desde el amanecer del día elegido para cristianar a doña Leonor, hubo festejos y comida para todos los que se acercasen al alcázar a ver cómo la hija del camarero del Rey recibía las aguas bautismales. Se adornó la capilla con flores y lámparas, con estandartes y pabellones, colgaduras y gallardetes, banderolas y guirnaldas, y por dar mayor solemnidad a la ocasión, don Teódulo, el sacerdote que había de bendecir a la neófita, había venido desde Sahagún, por ser ese monasterio de los primeros del reino.

A media mañana repicaron las campanas para hacer saber a todos los que pudieran acudir que la ceremonia estaba a punto de comenzar y aunque desgraciadamente la Reina no sería la esperada madrina, la ceremonia era del más alto significado. Por primera vez la heredera de la corona, la señora infanta, iba a amadrinar a una niña nacida en palacio. Con ese madrinazgo el futuro de la neófita prometía ser algo

fastuoso. Ante la niña se abría un interminable camino de rosas.

Don Teódulo se revistió de sus más ricas vestiduras, como si se bautizase a la hija de un Rey; sus ropas de las mejores telas y tejidos: damasco, telas greciscas, tisú de oro; delante de él un sacristán cantaba con voz hermosa unas letanías al tiempo que agitaba un incensario, había flores por doquier, todo se conjuntaba y concertaba para prestar esplendor a la ceremonia. Entró el hombre de Dios en la capilla apoyándose en un báculo de plata incrustado de cabujones de valor incalculable. Consciente de su propia importancia caminaba despacio el viejo clérigo precedido por el sacristán, y tras él, no menos de seis niños sostenían la capa pluvial por los bordes, pues el peso del oro y las gemas hacían imposible al venerable anciano caminar si no era con ayuda. Sus chapines eran de tafilete escarlata bordados con hilos de oro y plata y recamados de pequeñas perlas de río. En el empeine se había bordado una cruz y un *Agnus Dei* con diminutas piedras preciosas. La capa se había adornado a punto de realce, con un espléndido pantocrátor incluido en una especie de marco ovalado o almendrado, al que llamaban mandorla. Estaba el pantocrátor rodeado de querubines y serafines que, deslumbrados por el fulgor divino, se tapaban los ojos con sus alas; en los ángulos, encerrados en cuatro menudos círculos, estaba el *tetramorfos,* que representaba a los cuatro evangelistas. Pesados flecos de hilo de oro bordeaban la capa.

La señora infanta doña Constanza, era en realidad una pequeña princesa, una niña. Vestida como una reina en miniatura, sostenía, con gran esfuerzo, a la recién nacida para que el viejo clérigo, don Teódulo, la bautizase.

La menuda madrina tomó su participación muy en serio. A las preguntas del sacerdote contestó con voz firme, bien que atiplada por su edad, cuando fue preguntada con voz campanuda por don Teódulo:

—Leonor, ¿renuncias a Satanás? —y la niña Constanza contestó en representación de su pequeña ahijada con gran aplomo.

—¡Renuncio!

—¿Y a todas sus obras?

—¡Renuncio!

—¿Y a todas sus pompas? —Constanza pareció dudar y en un hilo de voz preguntó, quizá por curiosidad, sin acordarse de la solemnidad del momento:

—¿Qué pompas son esas a las que debo renunciar? ¿De jabón?

Una gran carcajada sacudió la capilla, inclusive las austeras damas que presenciaban la ceremonia se taparon la boca para que no las vieran reírse. Don Teódulo les lanzó una mirada fulmínea y repitió la pregunta a la pequeña madrina:

—¿Y a todas sus pompas? —Constanza se dio cuenta de que su pregunta no iba a obtener respuesta; al menos de momento no sabría a qué pompas se refería la pregunta, así que respondió con gran energía:

—¡Renuncio, renuncio!

Continuó la administración del sacramento sin ninguna otra incidencia hasta las palabras finales. Hubo un cierto movimiento entre los circunstantes cuando se trató de derramar el agua sobre la cabeza de Leonor ya que la madrina no podía acercar a la niña hasta el borde de la pila que le quedaba demasiado alto; con un suspiro de satisfacción se solucionó el asunto cuando un caballero que sostenía uno de los cirios, con decisión tomó en sus brazos a la neófita y a la madrina a un tiempo y así elevadas ambas convenientemente, se procedió a derramar el agua bendita sobre la cabeza de la pequeña:

—*Leonor, ego te baptizo in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sanctis* (yo te bautizo, en el nombre del Padre, del Hijo y de Espíritu Santo, Amén).

Seguidamente, don Teódulo aspergió con abundante agua bendita a todos los circunstantes y los chantres empezaron a entonar sus salmos acompañados de sus cítaras y algún que otro rabel, al tiempo que las campanas anunciaban que las huestes del Señor Jesús contaban con otro miembro para toda la eternidad. Amén. Y es así como doña Constanza, hija de Pedro el Cruel, o el Justiciero, según opiniones, y de doña María de Padilla, de piadosa memoria, se vio investida de la dignidad de madre sustitutiva de la pequeña Leonor López de Córdoba, que empezaba su vida bajo los mejores auspicios, amadrinada por la realeza.

Bien es cierto que la niña recién bautizada también era de prosapia real. Su madre, doña Sancha, era pariente de don Pedro, el señor Rey, porque era nieta de Alfonso XI, padre de don Pedro, por lo que el Rey venía a ser tío segundo de la recién bautizada. Don Martín, el padre de la niña era hombre de confianza del soberano y en una época de revueltas y traiciones, un hombre fiel valía un reino. Más que un noble vasallo, don Martín López de Córdoba era casi un amigo del monarca, de él no quería separarse ni en la guerra ni en la caza, actividades favoritas del soberano a las que se dedicaba cuando no perseguía dueñas.

Es cierto que don Pedro había adorado fuera de toda medida a doña María de Padilla y que por ella había abandonado a su esposa legítima doña Blanca, pero es asimismo cierto que tuvo aventuras y amoríos con otras señoras y que inclusive llegó a casarse con doña Juana de Castro para conseguir introducirse en su lecho. También es cierto que la abandonó a la mañana siguiente.

Quizás fue por amor a doña María de Padilla, o porque estaba loco, lo cierto es que don Pedro hizo asesinar en su misma prisión a su esposa legítima, la jovencísima doña Blanca y ello había conmovido y escandalizado al reino por lo que muchos de los incondicionales del Rey se pasaron de bando defendiendo la institución sagrada del matrimonio legal y además en contra de los familiares de doña María de Padilla, que ahora eran los favoritos del monarca y ostentaban todo el poder.

Entre los que se pasaron de bando estaban dos de los hermanos bastardos del Rey: los adelantados de la frontera con Portugal, don Fadrique, Maestre de Santiago y don Enrique, conde de Trastámara. A pesar de la conducta del Rey, algunos hombres le permanecían fieles. Don Martín siempre fue devoto servidor del soberano y no se apartó de él, la amistad entre ambos venía de lejos, a tanto había llegado la confianza del Rey que había decidido, hacía ya varios años, confiarle la custodia de su familia y del tesoro real.

Un día, sin haberle consultado a este respecto, le había dicho de improviso:

—Os ruego don Martín que consideréis como una súplica una orden que deseo daros.

—Mío señor —contestó el buen caballero— cualquier orden o sugerencia, dadla por hecha, siempre que no vaya contra la Santa Madre Iglesia, ni contra mi alma...

—¡Pues anda que a veces la Santa Madre Iglesia...! —gruñó entre dientes el Rey. Se calló luego y continuó como si siguiera con el hilo de sus pensamientos—. No, no es nada tan temible. Ya que vuestra esposa doña Sancha es mi sobrina y vos mi más leal súbdito y amigo, y que mi amada esposa ya tiene varios hijos y al tiempo no puede quedarse con ellos ya que es mi voluntad que me acompañe a cualquier sitio que yo vaya, he pensado encomendaros la seguridad de mis hijos cuando se queden solos. Para ello nada mejor que vuestra familia viva con nosotros, que mis hijos y los vuestros se críen y eduquen juntos y así ambos tendremos la seguridad de que se hallan resguardados. Si doña Sancha, o doña María, esperan otro hijo en el futuro, en el castillo de Calatayud podrán reposar sin sobresaltos mientras llegue el día del parto. En todo caso, si doña María va conmigo, vuestra esposa será entonces la madre de mis hijos durante esas ausencias. ¿Qué os parece la idea?

El camarero sabía que no podía más que estar de acuerdo con el designio de su señor. No tenía ningún margen de maniobra. Por otro lado era un gran honor compartir vivienda con el señor de la vida y de la muerte de millones de vasallos.

Se arrodilló en tierra y besó el borde del manto de don Pedro.

—¡Honrado, mío señor! Pondremos una guarnición permanente que asegure la tranquilidad de las reales personas, y aun sin preguntarle ya sé que la piadosa doña Sancha hará de buena madre para con vuestros hijos cuando doña María esté ausente.

—¡Vamos, levantaos, Martín, no hace falta que beséis el polvo! Eso lo dejamos para otros.

Estaba complacido, no esperaba menos de su fiel amigo, por ello le había apeado el tratamiento, como muestra de su real confianza. Eso solo se hacía en muy contadas ocasiones. Don Martín se puso de pie no osando sacudirse el polvo de sus vestiduras. Esperaba por si el Rey aún deseaba decirle algo pero sus pensamientos viajaban a la velocidad del rayo. ¡Sus hijos criados del Rey![1]. Su fortuna estaba hecha si no la hubiese estado ya. Era obligación del señor proporcionar al «criado» estado y fortuna de acuerdo a su alcurnia, pues la mayor gloria del «criado» reflejaba la gloria, poder y generosidad del protector. Además, la cercanía al poder engendra poder.

—¿No me oís, Martín? —la voz del Rey le había sacado de su ensimismamiento. Volvió a la realidad. El Rey le miraba entre divertido y asombrado—. ¿En dónde estabais, don Martín? Creo que he hablado en balde...

—¡Perdonad, alteza! Vuestro favor me ha cogido de improviso y mi cabeza empezó a pensar muy por delante del momento.

—Bueno, no importa. Os decía que además de nuestras familias he pensado traer al castillo de Calatayud el tesoro real. Necesitaremos hombres muy leales para su custodia. El oro rompe y corrompe todas las lealtades, incuba felonías y perjurios, y como Satanás, toma formas bellas que encubren cohecho, podredumbre y traición.

—No temáis, don Pedro, contamos con hombres fieles e incorruptibles, soldados de hierro y nobles leales. Por vuestro tesoro no temáis. Más tesoro son nuestros hijos y pretendemos que queden seguros, mío señor.

—Está bien, todo acordado entonces. Ya me diréis cómo vais a proceder para cumplir mi encargo —cambió de tono—. Ahora otra cosa, don Martín. Es de todos sabido que doña Sancha, mi pariente y esposa vuestra, está preñada. Quiero deciros que cuando dé a luz a lo que venga, si es varón lo apadrinaré yo mismo y si es hembra, doña María de Padilla será su madrina, así, en el caso, ¡Dios no lo quiera!, de que su madre faltase, si muriese en el parto como a veces sucede, la Reina cuidará de la pequeña y se asegurará de que el futuro le sea brillante.

Así es como el destino de doña Leonor López de Córdoba pareció, desde ese mismo día, ser resplandeciente, y su vida un camino de flores.

Toda espera llega a su fin y a doña Sancha le llegó la hora del parto. La bella y bondadosa doña María de Padilla había decidido estar con doña Sancha en tal trance. Pidió permiso a su real esposo para no acompañarle hasta que su amiga pariese lo que Dios hubiese decidido: varón o hembra.

—Aunque nuestros esposos siempre quieren que nazcan varones —dijo la Reina a su amiga— espero que nazca una niña. La vida es larga y las niñas acompañan más que los niños. Además —suspiró largamente— la educación de los niños varones empieza muy pronto y se los llevan de nuestro lado, mientras que nuestras niñas se quedan con nosotras hasta que salen para tomar estado —le brillaban los ojos—. ¡Quiera Dios que lo que venga sea niña! Será entonces mi ahijada y yo la malcriaré y plantaré para sus pies un camino de terciopelo y de flores —lo pensó un momento—. Son estas las únicas compensaciones que da el poder, proporcionar a los que amamos todo lo que pueda contribuir a su felicidad.

Pero las cosas empezaron a torcerse desde el principio. Primero murió la Reina y no pudo amadrinar a Leonor, ni más tarde doña Sancha podría ver crecer a sus hijos en el castillo de Calatayud, pero desde luego ella no lo sabía. Es bueno que el destino nos mantenga ignorantes de lo que guarda para nosotros la imprevisible caja de Pandora.

El Rey, tras la muerte de su amada casi enloqueció de pena y ya no podía pasar sin la compañía de su hombre de confianza: don Martín López de Córdoba, su camarero mayor. Deseaba honrarle, favorecerle, sin alejarle de sí. Quizás lo mejor era dispensarle bienes y patrimonio en la persona de sus hijos.

A poco del nacimiento de doña Leonor, doña Sancha había dado luego a luz a un niño varón, y tampoco don Martín estuvo allí cuando su heredero vino al mundo.

Muy pronto empezó el Rey a cavilar que si bien era demasiado pronto para otorgar beneficios al varón nacido a su amigo, ya podía empezar a preocuparse de la fortuna de la niña. Doña Sancha era una buena madre para todos los hijos habidos con doña María de Padilla: Alfonso, Beatriz, Constanza e Isabel. El varón vivió poco y solo sobrevivieron las pequeñas Beatriz, Constanza e Isabel. Estas eran ahora las nuevas hijas de doña Sancha además de Leonor y Lope, sus propios hijos. Quizás era mejor no hacer cambios. A lo mejor era

prudente hacerlos más adelante. En una ocasión propicia. Más adelante. Pronto.

Por fin, en 1365 confirió a don Martín la dignidad de Maestre de Calatrava y además le hizo saber que no se había olvidado de la pequeña Leonor. Ya estaba proyectando para ella un buen matrimonio.

Pero grandes desgracias se abatieron sobre la real casa antes de que los planes del Rey se llevasen a cabo, primero murió doña María de Padilla, y a poco de nacer el hijo varón del Maestre de Calatrava, murió doña Sancha y el asunto del marido para Leonor cobró nueva fuerza en el pensamiento de don Pedro.

—Maestre —le dijo un día el Rey a don Martín, mientras ambos cabalgaban en una jornada de caza—. Maestre, he estado pensando en una buena boda para vuestra hija, a quien siento casi como mi nieta. Ahora es huérfana y no podemos dejarla sola, es demasiado rica y noble como para suscitar ambiciones de parte de candidatos no apropiados —lo dijo casi en broma el monarca. Luego se puso serio—. Cualquiera de nosotros, Maestre, puede morir en una de estas batallas. Ya veis, nuestras esposas no se arriesgaban en campos de combate y han muerto antes que nosotros, con más razón podemos morir nosotros, siempre en guerra y en peligro —suspiró el Rey mirando en lontananza—. Por eso creo, Maestre, que estas cosas hay que arreglarlas cuanto antes. Tengo alguien para sugeriros, y, si os parece bien, se lo notificaré al elegido. No objetará a mis deseos, sabiendo como sabe que mis pretensiones son ley y que lo hago por honrarle...

Era cierto, nadie en el reino osaría oponerse a los deseos del rey don Pedro, era bien conocido su pronto violento si era contrariado.

Don Martín López de Córdoba se alegró. Su hija necesitaba asentar su futuro, él ya no era joven y además era bien cierto que sus andanzas guerreras le ponían en peligro todos los días. Ya no tenía madre que velase por ella si él moría, así que un buen marido era lo que la pequeña necesitaba, pues si bien tenía un hermano, este era aún menor que Leonor y no podría cuidarla, si llegaba el caso de que esta necesitase ayuda. Don Lope había venido al mundo al año siguiente del nacimiento de Leonor y como único varón de su estirpe, era el heredero de sus apellidos y de su fortuna, pero de momento don Lope apenas tenía cinco años y aunque ya sabía montar a caballo y pelear con espada de madera, también se asustaba por las noches si oía ruidos que no podía identificar. Definitivamente, un marido de una edad apropiada era lo que la pequeña precisaba por si su padre llegaba a faltar ya que su madre había muerto. Alguien acorde a su rango y fortuna, a su posición en el mundo y a su muy alta alcurnia.

Ella, por parte de madre, estaba emparentada con el mismísimo don Pedro y era ahijada de bautizo de la señora infanta doña Constanza. El Rey desgranaba los merecimientos de la pequeña Leonor. Don Martín escuchó con atención las palabras del soberano, quizás de ellas dependía la felicidad, la posición y el futuro de su hija.

—He pensado, para yerno vuestro —continuó el Rey—, en el hijo de mi canciller del sello y camarero, don Juan Gutiérrez de Hinestrosa, quien tiene, como sabéis, un real mozo por hijo, don Ruy Gutiérrez de Hinestrosa. Por su padre tiene todos los merecimientos y por su madre es hijo de doña María de Haro, dueña del Señorío de Haro. ¿Os place mi elección?

—¡Pláceme, señor, que tal joven es codiciado por las madres de todas las damas jóvenes, y de los hombres solo he oído cosas buenas de él!

La cabalgata proseguía tranquila, mientras los ojeadores buscaban presas apropiadas para los cazadores. Continuó el rey don Pedro:

—Y de sus posesiones y riquezas, es mejor no entrar a contarlas. De tierras y señoríos de su madre, nada diré pues tanto el señorío de Haro como el de Cameros le pertenecen, y por su padre posee viñas sin cuento en Andalucía, tierras en Asturias y le hemos concedido la explotación de unas salinas en Fuenquebrada, amén de almadrabas en Jequedruela. Tiene un mayorazgo a su favor que instituyó el abuelo materno y otro por su abuela paterna, así que nunca le faltará nada a nuestra pequeña Leonor.

De esta conversación nada supo la niña Leonor.

Decidido por el Rey y puestos de acuerdo los padres de los contrayentes, se celebró la boda. La novia tenía apenas seis o siete años y el esposo veinticinco, aunque el compromiso había de ser ratificado de nuevo cuando la joven desposada tuviese doce años, pues doña Leonor era para la Iglesia demasiado joven y el matrimonio no podía ser consumado.

El día de los esponsales solo se cumplió con la ley y la costumbre, después de firmados los documentos de rigor y de que el padre entregara y traspasara en forma de ley la custodia de su hija y su tutoría al marido, ambos recién casados y toda la corte y parentela se dirigieron a una estancia en que se había preparado un lecho o tálamo ricamente adornado, rociado de pétalos de flores y esparcido de finísimas hojuelas de oro batido. En este tálamo trepó alegremente la pequeña Leonor, que a sus siete años encontraba todo muy intrigante y divertido, y se introdujo entre las sábanas, que como es de rigor en casos de gran lujo, eran de seda roja con listas negras, amarillas y blancas, las que se llaman *literatas.* Seguidamente el joven esposo se

sentó en el borde del lecho y extendió una de sus piernas dentro de la cama, con ello tomó simbólica posesión de la esposa y de la vida marital a que se comprometía cuando la novia tuviese edad para ello; terminado el rito del casorio teórico, todos se dirigieron luego a tomar parte en una gran comida presidida por el Rey, el Maestre de Calatrava y el canciller del sello, don Juan, padre del afortunado Ruy Gutiérrez de Hinestrosa y este mismo. A la novia se le entregó un pequeño cachorro para que se entretuviese y se le envió a dormir a buena hora con los otros niños de la casa. Mientras los mayores celebraban ruidosamente sus nupcias, ella dormía vigilada por su aya teniendo cerca de sí al perrito que le habían dado esa tarde.

No había paz en el reino, y desde que doña Blanca hubiese sido muerta de tan ignominiosa manera, se habían acrecentado las guerras de banderías. Los hermanos bastardos se habían enfrentado a don Pedro, primero por el asunto de doña Blanca y luego por el poder, el odio que ya de antemano había entre ellos, no hizo sino crecer con el tiempo como una hiedra venenosa que todo lo invadía. Al fin, don Enrique de Trastámara entró en alianzas con los de Aragón en contra de su hermano don Pedro. Las cosas se fueron poniendo cada vez peor para la necesaria paz de los territorios.

Un día aciago don Pedro mandó matar a su hermano Fadrique, hermano gemelo de Enrique de Trastámara. No contento con tan terrible orden, se sentó a comer en la misma estancia en donde yacía su hermano agonizante y como la agonía de Fadrique le molestaba, lo remató con su propio puñal. Con esta acción se acrecentó la enemistad inextinguible de Enrique contra don Pedro, pues Enrique amaba tiernamente a su hermano gemelo, como suele suceder entre mellizos. Le tomó un odio ciego y feroz a él y a todo lo que rodeaba. Había mucho resentimiento y rencor entre ambos hermanos[2]. Por esta razón y por otras muchas esta inquina o resentimiento era casi tangible y envenenaba a los que los rodeaban.

En la guerra que se suscitó entre hermanos, don Martín, en defensa de su Rey y señor, hubo de batirse directamente contra las mesnadas del conde de Trastámara, don Enrique. Los de Calatrava, capitaneados por su Maestre, don Martín, plantaron cara al turbulento infante en el campo de batalla. Desde ese mismo día don Enrique añadió a la lista de sus enemigos el nombre de don Martín López de Córdoba. A partir del momento en que midieron sus fuerzas un resentimiento luciferino embargó a don Enrique que solo esperó una oportunidad para saciar su venganza. Por entonces el conde de Trastámara preparaba una invasión de Castilla en toda regla.

En el transcurso de la guerra, don Enrique puso cerco a la cuidad de Toledo y la situación era tal que el reino parecía que iba a partirse en dos. Don Pedro dio una orden a su Maestre de Calatrava:

—Don Martín, parto de inmediato hacia Toledo porque la situación es crítica, vos os vais a Calatayud y os llevaréis de allí a toda mi familia y la vuestra. Está demasiado cerca de la línea de confrontación. Os llevaréis a todos los niños y al tesoro real a Carmona, lejos de todo y volveréis para apoyarme en Toledo.

Aunque don Martín no deseaba dejar solo al Rey en este trance, no tuvo más remedio que obedecer e irse a Calatayud a recoger a los reales niños, a sus hijos, al esposo de Leonor y al tesoro real para dejar todo a buen recaudo en Carmona. Apoyado por sus seiscientas lanzas debía responder de la seguridad de personas y dinero. Su intención era volver cuanto antes con refuerzos, pues el sitio de Toledo parecía cosa seria.

Por su parte el Rey salió a toda prisa con la *militia regis* y algunos guerreros del séquito personal de don Martín, amén de unas mil quinientas lanzas que le envió su amigo el Rey de Granada, Muhammad V; dispuesto a todo acudió el soberano al encuentro de su hermano Enrique, acompañado por los caballeros Fernando de Castro y Ferrán Alfonso de Zamora, que le aportaban sus hombres respectivos. No hizo caso el Rey de la profecía que corría de boca en boca, que decía que en el lugar llamado de Montiel... *si tú eres aquel Rey que la profecía dice que ha de ser y allí encerrado luego, e esta es la selva e el lugar de encerramiento, segund que esta profecía pone, e en él avrán de acontescer estas muertes e lo otro que la profecía dice, solo Dios es dello sabidor, al cual pertenescen todos los secretos.* Este ominoso presagio había sido escrito por el sabio y filósofo favorito del Rey de Granada, Ibn al-Jatib y estaba contenido en una carta que este había dirigido al rey don Pedro, el cual la despreció, como hombre arrojado que era y poco dado a creer en adivinanzas y presagios. Aunque quizá en esta ocasión debió hacerlo.

Don Martín había oído que don Enrique tenía ante Toledo hombres innúmeros.

—Confiad en mí, señor —dijo el fiel don Martín a su señor antes de partir— os alcanzaré antes de que lleguéis a Toledo. ¡Os lo juro! Traeré otras seiscientas lanzas, con ellas creo que podremos enfrentarnos a vuestro hermano el conde de Trastámara.

---

1 N. de la A. En la Edad Media «criado del Rey» significaba haber sido criado por el Rey, es decir en su casa, como un familiar. No tiene la acepción moderna que iguala

«criado» a «sirviente». Era un gran honor ser «criado» de un alto señor, como lo fueron las hijas del Cid, criadas en casa de Alfonso VI y a quienes se llamó «criadas» de don Alfonso.

2 N. de la A. La guerra entre hermanos no era un asunto meramente doméstico. Se entrecruzaban intereses extranjeros. La sucesión de la corona de Francia había suscitado levantamientos en todo el continente. Los aragoneses iban de la mano con los franceses en sus reclamaciones, mientras que Castilla apoyaba a los ingleses en las suyas.

Capítulo II

DUGUESCLIN Y SUS COMPAÑÍAS BLANCAS. NI QUITO NI PONGO REY…

Por el camino, el Maestre de Calatrava, conoció que don Pedro era muerto a manos de su hermano… y al enterarse de esta desgracia tomó el camino de Carmona en donde estaban las señoras princesas…

Memorias de Leonor López de Córdoba.

Don Pedro era el único hijo legítimo del difunto Alfonso XI. Los hermanos bastardos de don Pedro eran hijos de Leonor de Guzmán y de su mismo padre. Con la amante y favorita, su padre había tenido diez hijos: Pedro Alfonso, señor de Aguilar; Juana Alfonso, señora de Trastámara; Sancho Alfonso, señor de Ledesma, Enrique Alfonso, a quien la historia conoce cono Enrique II, «el de las mercedes»; Fadrique Alfonso, gemelo de Enrique, que fue Maestre de la Orden de Santiago y señor de Haro; Fernando Alfonso, señor de Ledesma; Tello Alfonso, señor de Aguilar de Campoo; Juan Alfonso, señor de Badajoz, y Jerez de la Frontera; Sancho Alfonso, conde de Alburquerque y Pedro Alfonso, gemelo del anterior.

El rey don Pedro no olvidaba —ni perdonaba— que él y su madre hubiesen estado en la corte casi como a escondidas, mientras la bellísima doña Leonor era la Reina de hecho ya que no de derecho. Él la odió siempre y a sus hermanos bastardos también, pues mientras ellos habían disfrutado del amor de su padre, él, Pedro, estuvo siempre alejado de su progenitor que parecía no querer verle cerca de sí.

A su madre, la Reina legítima se la tenía despreciada e ignorada aun por su propio marido, por los nobles y por la corte en general, que adulaban al monarca en la persona de su querida. Don Pedro creció en la sombra, ignorado por los grandes de la corte, oscurecido por sus hermanos bastardos, por ello los detestaba, y más que a ningún otro a Enrique, conde de Trastámara.

En la guerra contra sus hermanos don Pedro había contado durante algún tiempo con la ayuda inestimable del hijo mayor del Rey de Inglaterra, el Príncipe de Gales, a quien se le conocía como el «Príncipe Negro» por el color de su sombría armadura pavonada de acero. Pero el príncipe no había venido a luchar al lado de don Pedro por amor a este sino por una generosa paga. Tan generosa había sido esta que al fin el Rey de Castilla no pudo satisfacer la deuda contraída

y el de Inglaterra decidió abandonar la tierra inhóspita que tan dura y difícil le había sido, inclusive perdiendo lo que se le adeudaba. Estaba cansado y ya enfermo de la malatía que nueve años más tarde le llevaría a la tumba. Recogió lo que le quedaba de su maltrecho y diezmado ejército y se fue a sus territorios de la Aquitania. Con él también se fueron sus dos hermanos que habían luchado a su lado: el conde de Cambridge y el duque de Láncaster, que era hombre ya viudo, en la flor de la vida y de gran ambición. El de Láncaster, en mejores momentos, había pedido la mano de la hija mayor de don Pedro y se consideraba prometido de la joven Constanza. El valor de la joven era inmenso, al fin y al cabo era la heredera de la corona.

Habiendo partido los ingleses con gran disgusto, ahora no se sabía si la petición de mano seguía teniendo validez o se podía dar por rota.

Cuando don Pedro se enteró de la situación de Toledo acudió con los hombres que pudo reunir: un ejército constituido por moros y por judíos. Pero no podía escoger, el momento era desesperado.

Su hermano, enterado de que venía, y no deseando darle ventajas, reunió a su vez a todos sus fieles para presentar batalla cuanto antes, y dejando el cerco de Toledo en manos del obispo don Gome Manrique, se dirigió a su encuentro a marchas forzadas. De todo esto se enteró don Pedro cuando llegó a Puebla de Alcocer.

Mientras todo esto sucedía, el fiel don Martín López de Córdoba había llevado a marchas forzadas a los reales niños, a sus propios hijos y al tesoro real hasta Carmona, en donde los aposentó y enseguida convocó a todos los hombres disponibles para formar un ejército cuanto antes. De momento solo pudo reunir trescientos caballeros de Calatrava y a otros leales a los que pudo avisar y convocar con urgencia aunque no fuesen maestrantes.

—Querida hija —dijo el Maestre a su pequeña Leonor, en la fortaleza de Carmona—, siento mucho tener que partir ahora mismo sin quedarme unos días con vos para dejaros mejor aposentada y cuidada por vuestro esposo. Sé que no lo conocéis aún y os podéis sentir extraña en este lugar sin nadie más que vuestro hermano, que es bastante chico, y el aya. Tened confianza, vuestro marido os cuidará como su bien más querido y si yo faltase, ¡Dios no lo permita!, será vuestro guardián y apoyo. En ese caso ved que también vele por vuestro hermano. Álvaro no es aún un hombre, sino un niño. Ya no tengo miedo a dejaros sin apoyo en el mundo, querida hija, ahora no lo comprendéis pero un hombre bueno es una bendición para una mujer. Además, con él no os faltará nada.

Y diciendo esto, trazó sobre su frente la señal de la cruz y después de ponerle la mano sobre la cabeza y rezar un padrenuestro, dio

bruscamente media vuelta y se alejó. Iba en busca de su yerno para encomendarle fervorosamente que cuidase a los niños reales, el tesoro y sobre todo de su esposa niña: doña Leonor López de Córdoba.

Horas más tarde partió con todos los hombres que había podido reunir en tan breve tiempo, la prisa era más urgente que el número. Doña Leonor, muy sucintamente nos lo relató con su letra grande y clara, muchos años más adelante.

Así fue, que cuando el señor rey don Pedro estaba rodeado en el castillo de Montiel, por su hermano el señor rey don Enrique, mi padre fue a Andalucía a traer gente para ayudarle.

Tan pronto como don Enrique fue sabedor de que su hermano don Pedro estaba cerca, acantonado en la circunferencia de Montiel, partió, como dijimos, del real de Toledo al encuentro de su fortuna o de su muerte. Las cosas ya no admitían más dilaciones ni más alternativas. Rey o cadáver. Todo o nada. Fortuna o desaparición. Futuro o destrucción. Ambos hermanos lo sabían. La situación era igualmente decisiva para ambos hermanos y contendientes.

Con el conde de Trastámara iba su aliado y hombre de confianza: el terrible Bertrand Duguesclin, en él fiaba su suerte pues sabía de su ferocidad y su falta de escrúpulos. Imaginándose y no sin razón, que el Rey estaba esperando refuerzos que vendrían con el Maestre de Calatrava, don Enrique decidió no dar respiro al Rey y precipitar las cosas a fin de cogerle desprevenido.

Toda la noche del 13 al 14 de marzo de aquel año de 1369, los del conde de Trastámara anduvieron entre las sombras de una noche especialmente oscura, tratando de no hacer ruido para no despertar sospechas, tan sigilosos iban que Duguesclin se perdió y solo arribó Enrique con los suyos.

Llegaron los de Enrique y atacaron a los descuidados hombres del rey don Pedro, al instante todo fue confusión y desorden; los moros que constituían parte del ejército del Rey, al ver que aquello era feroz pelea y que, al fin y al cabo, en nada les atañía, fueron los primeros en desaparecer llevándose sus vituallas y caballos. Desaparecieron sin que se supiera ni cómo se fueron. Don Pedro no esperaba verse repentinamente ante las banderas de sus hermanos Enrique y Sancho y además las de Duguesclin. Decidido a vender cara su vida si no podía triunfar, tomó un hacha en la mano y con ella asestaba terribles mandobles que hacían retroceder al más valiente si no quería verse partido en dos. Pero al fin, tomada su gente por sorpresa, desasistido de sus moros, desordenadas sus huestes y en inferioridad de número, no tuvo más remedio que replegarse hasta el castillo de la Estrella, en Montiel, en donde se encerró de tal manera que luego se dijo *que ni un*

pájaro hubiese podido salir del castillo sin ser visto.

Una vez en el castillo, el caballero Men Rodrigo de Sanabria pidió hablar con el Rey que, maltrecho, cenaba lo que podía en tal situación. Preocupado como estaba el monarca lo recibió sin mayor etiqueta, contrariando su costumbre de hacer esperar a todo el mundo sin saber si sería recibido o no. El caballero entró con paso decidido, solo se había quitado la celada, el resto de la armadura estaba completa en su sitio. Un hilo de sangre se escapaba de su hombro izquierdo y al fin goteaba por su mano.

—Alteza —dijo sin más preámbulo—, estamos en un apuro, encerrados en una jaula sin víveres, sin reservas y sin ayuda previsible. A no ser que vuestro Maestre de Calatrava, llegue enseguida, contra toda esperanza, estamos perdidos. Pero en todo caso debemos solo fiarnos de nuestras fuerzas y discernimiento sin confiar en nada ni en nadie más que en nosotros mismos.

El Rey estaba sentado en un banco ante una mesa de palo y su rostro estaba lleno de magulladuras y cortes. Estaba cubierto de polvo y entre bocado y bocado, con un paño trataba de quitarse polvo y sangre al tiempo.

—¿Y qué sugerís, fiel Men Rodrigo? De momento, al menos estamos vivos, y si resistimos unos días seguramente llegará el Maestre de Calatrava, se apresurará si oye de nuestra situación, él me es totalmente fiel y no me dejará en esta estacada.

Pero el de Sanabria movió la cabeza de un lado a otro.

—No creo que llegue, alteza, vendrá hacia aquí, sin duda, pero puede ser interceptado en su camino. Don Enrique puede sostener el cerco y Duguesclin ir al encuentro de Martín López de Córdoba. Inclusive pueden dejar al infante don Sancho para que apriete nuestro cerco e ir ambos al encuentro del fiel Maestre. Debemos actuar rápido y tomar la iniciativa. A lo mejor les cogemos desprevenidos.

—¿Y qué sugerís? —don Pedro se puso en pie y arrojó a un rincón el paño con que se limpiaba la cara. Men de Sanabria continuó:

—Autorizadme a ir a parlamentar con Duguesclin, le conozco y sé de su ambición, quizás pueda comprarle... ¿Recordáis que fue mi prisionero y que al fin fue liberado bajo promesa de pagar luego su rescate? —asintió con la cabeza el Rey, no sabía a dónde quería llegar Men Rodríguez—. Pues bien —continuó este—, faltó a su palabra y nunca me pagó el rescate prometido. Por mi parte no se lo he reclamado, quizás por ello consienta en hablar conmigo. Cuando estaba preso hablamos mucho e inclusive jugamos al ajedrez en varias ocasiones, sé como piensa; o al menos creo saberlo. Dejadme probar, puede ser nuestra única oportunidad de salir de esta. En todo caso no

perdemos nada.

El Rey caviló durante un rato. Estaba cansado y la fatiga le impedía pensar con claridad. Además Men Rodríguez tenía razón, estaban metidos en una ratonera.

—Está bien, intentadlo, pero tened cuidado, no me fío de ese felón. Es digno vasallo de mi hermano. Son tal para cual.

Sin perder ni un segundo el leal Men Rodríguez envió un emisario al campo enemigo provisto de bandera blanca de parlamento. Portaba un mensaje para Duguesclin y solo debía decírselo a él. Lo sabía de memoria, no había nada escrito. Como identificación portaba un tablero de ajedrez con sus figuras, que representaban moros y cristianos, el mismo con el que el de Sanabria había jugado tantas veces con el bretón. Men Rodríguez no iba a ningún sitio sin su tablero, era un aficionado impenitente a este esparcimiento en el que era notable jugador.

Llegado a la vista del capitán Duguesclin el mensajero se identificó como hombre de Men Rodríguez de Sanabria. El bretón le miró desconfiado.

—¿Traéis algo que os identifique? No os conozco y bien podéis ser cualquiera. Ahora bien, si no me satisface vuestra explicación os haré degollar. No tengo tiempo para juegos.

—Lo traigo capitán, mi amo y señor me ha dado este tablero de ajedrez, dijo que vos sabéis lo que significa. Y además que jugando en tablas el rey moro perdió la cabeza. No sé su significado pero me dijo que vos lo entenderíais.

—¡Acá ese tablero! —el mensajero se lo entregó con cuidado junto con las figuras en un saquito de piel de cabritilla. Duguesclin lo puso con mimo sobre una mesa cercana y se entretuvo en colocar las figuras con toda pulcritud cada una en su sitio. Luego las miró con detenimiento, como recordando algo lejano. Tomó entre sus dedos, muy cuidadosamente, al rey moro y acarició su cuello, estaba reparado, alguna vez había perdido la cabeza. Quien lo reparó había hecho un buen trabajo, pero si se observaba con detenimiento, aún se veía el desastre.

—¿Sabéis jugar al ajedrez? —preguntó abruptamente.

—Muy mal, mi señor Duguesclin —se avergonzó e inclinó la cabeza —, mi esposa y hasta mi hijo de ocho años me ganan casi siempre...

El capitán francés parecía de pronto estar de buen humor. Cambió de conversación.

—¿Cómo está vuestro amo, don Men Rodríguez?

—De salud bien, gracias sean dadas a Dios, solo sufre de vez en cuando ataques de gota, como ya sabéis...

—Bien, bien —tamborileó con sus dedos fuertes y bien cuidados sobre la mesa y luego se miró las uñas detenidamente—. ¿Os ha dicho qué desea de mí el noble señor?

—No, mío señor capitán, nada me explicó sobre sus intenciones últimas, solo me ordenó que os pidiese una entrevista para exponeros algunas ideas sobre la situación, eso era todo. Luego, si aún estoy vivo, he de volver con vuestra respuesta.

—¿Y no os manda don Pedro?

—Os juro que me envía Men Rodríguez de Sanabria. Estoy dispuesto a quedar como rehén vuestro hasta que os entrevistéis con él. Si no es él el que acude, podéis mandar que me corten el cuello.

—No será necesario. Conozco bien a vuestro señor y a este tablero de ajedrez. ¡A fe mía que jugaba bien el condenado! Y así fue cómo en una ruda batalla el Rey moro perdió la cabeza... Tomad el tablero de vuelta, sé que lo aprecia mucho. Decidle que de todos modos tenemos un solo movimiento y este termina en jaque mate. El rey cristiano de hecho ha perdido ya la cabeza. No obstante, por los viejos tiempos me veré con él, pero será secretamente. Decidme dónde y yo os diré si me parece adecuado, si no yo propondré otro lugar.

A poco ambos protagonistas se entrevistaron. Men Rodríguez de Sanabria y el capitán Duguesclin. Primero se saludaron ceremoniosamente y luego inclusive se permitieron una sonrisa de complicidad. Por los viejos tiempos. Pero no estaba el tiempo para lindezas.

—Señor Duguesclin —dijo Men Rodríguez—, la coyuntura apremia y no tenemos tiempo para rememorar tiempos pasados ni amistades añejas. Ahora nos hallamos cada uno a un lado de la frontera que separa a dos enemigos. Os digo señor, que nadie como vos tan noble y hazañoso como para pasar a la posteridad con un nombre nunca olvidado ni olvidable. Tenéis en vuestras manos salvar a Castilla en la persona de su Rey, el legítimo heredero del trono de esta antigua nación.

—Estoy comprometido a luchar por mi señor don Enrique...

—Dejadme continuar, señor Duguesclin. Decía que vos podéis salvar el trono de Castilla. Reconozco que estamos en una cuita de la que difícilmente saldremos. Aparte de la fama que siempre acompaña a los hechos hazañosos, mi señor don Pedro os otorgaría para vos y vuestra descendencia las villas de Almazán y otras, a más de doscientas mil doblas de oro castellanas.

—¡Me ofendéis don Men, yo le soy fiel a don Enrique! Él confía en mí y no venderé mi honor y compromiso por dineros.

—Señor, sé que vos y vuestras Compañías Blancas han combatido

por causas justas y también por paga pues es necesario sobrevivir aún a los caballeros cristianos. Sé también que no siempre disponéis del oro necesario para pagar vuestras deudas, aunque vuestra condición de caballero quisiera hacerlo —era una alusión a la no pagada deuda del rescate—. Yo os ofrezco fama, fortuna y porvenir en Castilla, o fuera de ella si lo preferís. Las villas que se os ofrecen son en propiedad y bien podéis gobernar en ellas o venderlas, según vuestro gusto y criterio. Y doscientas mil doblas en oro contante y sonante —Duguesclin le miraba atentamente, entrecerrando sus ojos, como la fiera que acecha a su presa—. En cuanto a don Enrique, no se os pide nada contra él, solo que dejéis salir a don Pedro aprovechando la oscuridad. Se dirá que ha huido y nadie sabrá nada de nuestro trato.

—De momento no os puedo decir nada, Men de Sanabria, me habéis cogido de sorpresa.

—Comprendo, capitán, os dejo para que lo penséis, pero ha de ser rápido pues las circunstancias pueden precipitarse en cualquier momento. ¿Puedo esperar una respuesta, digamos mañana a esta misma hora? Veinticuatro horas son muchas horas, mi señor capitán. Una jugada en este ajedrez no puede pensarse más —Duguesclin echó una carcajada, el símil debió de antojársele gracioso.

—Tenéis razón, Men, mañana a estas horas sabréis mi respuesta. Yo mismo os acompañaré al límite del campamento, no sea que alguno os tome por espía y no os veamos más. ¡Vamos! —se levantó y echó a andar.

Nadie supo con quién consultó Bertrand Duguesclin, al parecer lo hizo con algunos amigos y allegados, o al menos eso se dijo luego. Lo cierto es que las conversaciones con Men de Sanabria llegaron a oídos de don Enrique, el cual ofreció a su hombre lo mismo que le había prometido su hermano, bien que multiplicado.

—Sin embargo, Duguesclin, creo para mi entender que de esta situación podemos sacar gran provecho. Quizá el de Pero Gil[1] acuda a una celada si cebamos bien la trampa —Duguesclin pareció interesado. Después de las generosas ofertas de su señor se le antojaba que todo serían ganancias y que para que se sustanciasen las mercedes habría de merecerlas antes con algún acto que justificara tal lluvia de beneficios.

—¿Tenéis acaso pensado ya algo, sire?

—Sí, se me ha ocurrido algo que puede romper por fin de una vez por todas este nudo gordiano.

—¿Y sería...?

—Cuando Men Rodríguez venga a por su contestación le habréis de decir que estáis de acuerdo en salvar al de Castilla. Bien por la

recompensa bien porque lo habéis pensado mejor. Vos le diréis que ya tenéis todo preparado para una fuga, habrá de venir solo con dos o tres hombres por no llamar la atención, a un lugar en que supuestamente les comunicaréis el plan de huida en medio de la noche. Un lugar solitario. Entonces apareceré yo y le daré muerte.

Por cortar la historia que todos conocen así se hizo, y don Pedro, de sí tan desconfiado, receloso y suspicaz, no barruntó la traición y se presentó en el lugar señalado a la hora indicada. Iba solo con Men Rodríguez de Sanabria, y sus fieles Fernando de Castro y Diego González de Oviedo. El lugar escogido era la tienda de Duguesclin.

Entró en la tienda y al no ver a nadie allí sospechó lo peor y quiso huir a caballo, pero uno de los hombres del bretón le detuvo, consignó su nombre pues aunque en ese solo momento, tuvo su importancia para el futuro de Castilla: era Olivier de Manny. Tras él penetró en el lugar don Enrique armado hasta los dientes. Se dirigió a su hermano y dijo:

—Manténgavos Dios, señor hermano.

—¡Ah, traidor, borde![2]. ¿Aquí estáis? —don Pedro se dio cuenta de la situación y se llenó de ira, se abalanzó sobre su hermano y en la refriega, como era más corpulento que él, tenía las de ganar, a pesar de que el otro contaba con la sorpresa. Quedó encima de Enrique y se aprestó a degollarle. Entonces, Duguesclin, que era hombre hercúleo más que fuerte, tomó de un pie a don Enrique y logró darle la vuelta, de modo que fuese él el que quedase encima, al tiempo que dijo aquello:

—Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor...

Enrique, desde su posición, cortó la cabeza de su hermano Pedro. Así llegaron al trono los Trastámara y la cabeza de don Pedro y su cuerpo mutilado se pusieron en una almena del castillo de la Estrella para horror de los habitantes del reino. Ahora todos sabían que había un nuevo amo.

---

1 N. de la A. Los enemigos de don Pedro decían que él no era hijo de don Alfonso XI, si no de un judío llamado Pero Gil, de donde salió el mote *los emperejilados* para denominar a los adversarios de Enrique.

2 «Borde», antigua forma de «bastardo».

Capítulo III

EL MAESTRE DE CALATRAVA ENVÍA UNA CARTA AL DUQUE DE LÁNCASTER. EL VIAJE DE ÁLVARO DE HENESTROSA.

... el señor rey don Enrique, viéndose Rey de Castilla, fue hacia Sevilla y puso sitio a la ciudad de Carmona, y como era una ciudad muy fuerte, estuvo bloqueada por muchos meses.

Memorias de doña Leonor López de Córdoba.

Don Martín López de Córdoba, Maestre de Calatrava, habiendo cumplido las órdenes de su señor Rey, inició con premura el camino hacia Toledo llevando a su soberano, todos los maestres y caballeros de Calatrava que pudo reunir, junto con sus propios hombres de acostamiento, pero no había aún traspasado la garganta de Despeñaperros, cuando le llegó la terrible noticia: el señor rey don Pedro, había muerto en el castillo de Montiel, denominado de la Estrella. Su cuerpo, le dijeron, colgaba de una almena mientras su cabeza, ante la que se habían inclinado atemorizados todos sus súbditos, estaba clavada en una pica sobre el puente levadizo. Tratando de explicar una muerte tan cruel y un espectáculo tan horrendo, un cronista escribió años después en relación a su alteza don Pedro: *e mató a muchos en su regno, por lo cual le vino todo el daño que avedes oído.* Y acudió a lo que dijo el profeta David: *Agora los reyes aprended, e sed castigados todos los que juzgades el mundo, pues gran maravilla fue ver esto e muy espantable...*

Murió don Pedro el 23 de marzo de 1369, a los treinta y cinco años y diecinueve de reinado. El leal don Martín, al saber que la vida de su señor estaba ya perdida y que su alma estaba en manos de su Creador, recordó la promesa que había hecho al Rey de cuidar de sus hijas y del tesoro real, y dando media vuelta, inició el camino de regreso con más premura si cabe que había hecho el de ida. Pronto llegó al castillo de Carmona y allí le esperaban desazonados y confusos los pocos hombres que habían quedado de guarnición, pues por la lejanía no temían hasta entonces ataques de don Enrique, y sobre todo le esperaban sin saber qué partido tomar ni qué hacer los tutores, ayas y maestros de las princesas y de sus propios hijos. El joven esposo de Leonor, que había quedado a cargo de la guarnición, respiró aliviado al ver a su suegro, el Maestre, volver con su lucida escolta y sus cientos de lanzas fuertes[1].

Sin esperar el santo y seña, los de dentro bajaron el puente levadizo y el Maestre y los suyos entraron precipitadamente en el primer patio.

Los de dentro también sabían las funestas nuevas, de ahí su desazón, y aunque cuando entraron los de fuera se les interrogó con avidez, no sabían mucho más que ellos y no pudieron añadir nada. Todo era confusión y zozobra.

—Seguidme, don Ruy —pidió a su yerno el Maestre— hay que actuar rápidamente, en cuestión de días, quizás de horas, tendremos a los de don Enrique llamando a estas puertas.

—¿Creéis vos? —inquirió el joven Ruy.

—¿Creo? Lo sé, hijo mío —le apeó el tratamiento, la situación no era como para andarse con lindezas. Le hizo señas de que le siguiera mientras empezaba a andar subiendo por las empinadas escaleras de piedra. Llegados a una habitación interior, donde podían hablar sin ser escuchados, hizo señas a su yerno para que se sentase mientras él miraba a través de una ventana como oteando el horizonte. Se volvió a don Ruy, y como hablando consigo mismo dijo:

—Yo tengo que ser fiel a don Pedro, aunque él haya muerto. Ni las princesas ni el tesoro real debe caer en manos de don Enrique, por más que él sea Rey en este momento. Es un bastardo, ilegítimo Rey y Rey fratricida y a lo mejor el Papa no permite su investidura. No debemos facilitarle las cosas entregando en sus manos el suficiente dinero como comprar voluntades y engrasar su camino hacia arriba.

Ruy Gutiérrez le miró dubitativo. Admiraba el valor de su padre político, pero le parecía a él que todo estaba perdido. *Allí do hay Reyes no vengan leyes,* recordaba ese dicho y nunca le había parecido más verdadero que ahora. Lo mejor sería intentar congraciarse con el nuevo amo y entregar el tesoro a cambio de la vida de las dos princesas, o acaso de las propias. A lo mejor el trueque le convenía a don Enrique. Pensando como estaba no escuchó las palabras de Martín López de Córdoba. Volvió de su ensoñación.

—Perdón, padre mío, no os he escuchado. ¿Decíais?

—Que hay que salvar ante todo a las niñas, a las infantas. Ellas son las únicas que están entre don Enrique y la corona. Son las herederas legítimas del trono de su padre. Al menos una parte de la nobleza les será fiel. El reino se dividirá entre legitimistas, los petristas, y los trastamaristas de don Enrique. Hay que actuar ya si queremos salvar algo de este desastre.

—¿Y qué hemos de hacer en esta tesitura tan apretada? —se afligió el joven Ruy.

—Podemos hacer mucho. Id vos y conseguidme de entre mis caballeros de Calatrava a uno que conozca bien el territorio de aquí hasta Francia por peñas y quebradas. Ha de ser joven y decidido. ¡Id ahora mismo y traedme unos cuantos que cumplan este requisito!

Ruy Gómez partió a cumplir la orden del Maestre. Él parecía saber qué hacer, era mejor esto que la inacción. Todos dependían ahora de las decisiones del Maestre. Sus cabezas no estaban seguras sobre sus hombros. Seguramente los hombres de don Enrique ya venían al galope de sus veloces caballos en busca del tesoro y de las infantas. Mientras tanto el Maestre se sentó en su mesa y trajo él mismo recado de escribir, lo que quería hacer y decir era secreto y no era cuestión de que nadie supiese de esa epístola.

De Martín López de Córdoba, Maestre de Calatrava, a su alteza, don Juan de Gante, conde de Richmond y duque de Láncaster. Salud y gracia.

Sépades que nuestro señor el rey don Pedro ha sido muerto alevosamente en Montiel por su hermano que ya conocéis, el bastardo Enrique de Trastámara. Os recuerdo que entre don Pedro y vos mismo se selló un pacto de amistad que había de culminar con el casamiento de vuestra señoría con la señora infanta doña Constanza. Tanto ella como su hermana están ahora en peligro de muerte pues es lógico pensar que habiendo matado al padre, don Enrique quiera culminar su obra haciendo desaparecer a las hijas, de modo que no quede nadie para disputarle el trono que tanto ha ambicionado y que ahora, en precario, es suyo.

Os envío esta carta, que será la única que pueda, pues espero de un momento a otro que la fortaleza de Carmona sea asediada por los de don Enrique. Esta va con un hombre de toda confianza con instrucciones de hacerla llegar hasta vuestras manos. Si recordáis vuestra promesa, reclamad al rey don Enrique la mano de doña Constanza, de modo que quizá viéndola partir a un reino extranjero se aplaque su furor y la deje abandonar Carmona sin otro mal más que el que ya sufre al haber perdido a su padre y, de momento, su trono. Además, si don Enrique ve que hay interés por parte de un príncipe inglés, hermano del Príncipe de Gales, en salvar la vida de su sobrina, quizá se lo piense dos veces antes de ordenar su desaparición, y vos, señor, en el futuro podéis reclamar el trono de Castilla en nombre de vuestra esposa, pues ella es, en puridad, la legítima heredera del trono de su padre.

En todo caso, si luego de haber salvado a la princesa decidís no casaros con ella, habréis hecho una buena acción y os habréis comportado como un caballero leal. La podéis entregar en Inglaterra al obispo de Aquis, don Juan de Castro, que nos es fiel, él velará por la infanta, llegado el caso, y os eximirá de toda responsabilidad. Os ruego, además, que os llevéis a su hermana Isabel como compañía de la que es ahora la legítima Reina de Castilla.

No hay tiempo para más. Recordad, señor, que a todos los efectos sois el prometido de la infanta. Acudid en su socorro o morirá. Al menos intentadlo. Yo aguantaré la fortaleza todo lo que pueda en espera de

vuestras noticias.

Desde Carmona os escribe esta, el afligido Maestre de Calatrava.

Martín López de Córdoba, de cuya alma Dios se apiade.

No bien había terminado de escribir su mensaje y habiéndolo lacrado y sellado convenientemente, cuando apareció don Ruy con tres caballeros de la Orden de Calatrava. No sabían para qué se les había solicitado venir a la presencia del Maestre y como eran jóvenes y llenos de vida, esperaban que fuese para algún quehacer que les reportase gloria, renombre y honor si no fortuna. Además, en virtud del voto de obediencia que tenían contraído con la Orden en la persona del Maestre, estaban dispuestos a llevar a cabo lo que de ellos se solicitase. Don Martín quiso entrevistarse con cada uno de ellos por separado.

Antolín Ansúrez, Pedro Gómez Manrique y Álvaro de Henestrosa eran los tres elegidos en primer lugar, todos ellos bien capacitados para llevar a cabo la misión que tenía en mente. Les explicó a cada uno que lo más necesario no era el valor ni la decisión, que cualquiera de los caballeros llenarían esas premisas, sino el conocimiento del terreno, sobre todo por las tierras inhóspitas, paisajes difíciles, gargantas propias para bandidos y forestanos, cuevas y recovecos de los montes, todos los caminos apartados que hubiese desde Carmona hasta la frontera con Francia. Cada uno de ellos aseguró tener los conocimientos necesarios pues en principio Ruy Gutiérrez los había elegido por tener ellos, o sus padres, territorios en muchos lugares, señoríos o behetrías, de modo que sabrían desplazarse por caminos desconocidos para otros aunque no fuese nada más que porque habían tenido que desplazarse de un señorío a otro.

Por fin se decidió por Álvaro de Henestrosa, lo conocía bien y sabía de su astucia y su valor, era pariente lejano suyo y sabía que sus padres tenían muchos lugares en distintos puntos del país, por lo que suponía que el joven estaría acostumbrado a trasladarse de un punto a otro, y más aún si se toma en cuanta que el viejo señor, don Álvaro, *el Antiguo,* como era conocido, estaba ya imposibilitado para administrar él mismo sus tierras y que el joven Álvaro era el encargado de hacerlo, cosa que presuponía su desplazamiento por las distintas heredades a lo largo y ancho del reino.

El mayor peligro le aguardaría al aproximarse a la frontera de Francia, pero Álvaro de Henestrosa, *el Antiguo,* tenía un señorío cerca de Bayona, por lo tanto el joven sabría moverse con soltura por esas inmediaciones, además tenía unos parientes por parte de su madre, al otro lado de la frontera, en el Pirineo Oriental. Quizás por todo esto era él el más indicado para la misión. El Maestre agradeció a los tres

jóvenes su buena voluntad y su sincero deseo de servir al difunto Rey y la Orden de Calatrava acatando sus órdenes aunque estas les habrían puesto en gran peligro.

—Hijos míos, gracias a los tres por haber venido a mi llamada. Cualquiera habría servido pues don Ruy ha escogido bien, pero creo que mi sobrino Álvaro es, por esta vez, el más indicado para lo que tengo en mente pues conoce mejor las tierras que ahora se han tornado tan peligrosas. No puedo deciros más, solo que la suerte del reino quedará a merced de la ligereza de sus pies y de su industria e ingenio. Ya no le podremos ayudar sino solo con nuestras oraciones.

A los no escogidos les pidió que no dijesen nada sobre la entrevista y a su pariente le rogó que se quedase un poco más a fin de darle instrucciones precisas. Habló durante largo rato y el joven no le interrumpió pues bien sabía que le podía ir la vida en ello.

—Y..., por último, como os he dicho, habréis de ir tratando de no llamar la atención, tan raudo como podáis. De momento podéis ir a caballo, quizás durante un día o dos, luego prescindid de él, un caballero que viaja solo por caminos apartados, puede llamar la atención a los espías que pulularán en todas partes, aunque no sea más que por hacer méritos ante el nuevo amo. Pasados esos dos días en que aún no estará organizada una búsqueda formal, tened más cuidado. Comprad una mula que no sea llamativa o un asno y vestíos como un campesino que va a su quehacer. Si sois interrogado decid que vais a contraer matrimonio en algún pueblo que vos conozcáis bien por ser de vuestro señorío, es muy corriente que los hijos segundones de los campesinos se casen con mozas de lugares distantes. En fin, lo dejo en vuestras manos. En cuanto a la carta para Juan de Gante es de la mayor importancia que la reciba cuanto antes, la vida de doña Constanza y doña Isabel dependen de ella. No obstante, como ya sabéis de qué se trata, en caso de peligro destruidla y dad el mensaje de palabra —el Maestre se levantó de su asiento y caminó hasta un arcón, de él sacó unas abarcas al parecer viejas y muy usadas—. Llevadlas con vos, cuando vayáis de campesino usadlas en vuestro pies, dentro de las suelas tienen cosidas cuatro mancusos de oro, sois rico. Pero cuidad de no cambiar las monedas delante de ojos extraños, id mejor a cualquier judería a casa de un prestamista, que no hará preguntas y os dará su justo valor o casi. Si halláis la Casa de Cachemira en cualquier judería podéis hablar con confianza al encargado, me conocen bien y yo a ellos. Hemos tenido negocios largo tiempo y sé que no me venderán, ni a vos tampoco si decís que sois mi recadero. Eso es todo.

El Maestre estaba cansado, agotado en cuerpo y alma, trataba de

salvar a las infantas pero tenía la pesadumbre de sus propios hijos también atrapados en la fortaleza y la responsabilidad de la vida de todos sus fieles y de los caballeros de Calatrava.

—Álvaro —le apeó el tratamiento como señal de intimidad—, Castilla queda en vuestras manos, id con mi bendición. Cambiaos de ropa para no llamar la atención y partid sólo con un cuchillo cachicuerno. No podéis llevar más armas que las de los hombres ruines —ambos se abrazaron con fuerza, como dos hombres que no esperan verse vivos otra vez sobre la tierra.

—Tío, haré lo que pueda y lo que Dios se sirva permitirme, por vos, por la Orden y por Castilla y las infantas —se arrodilló y pidió— dadme vuestra bendición, Maestre.

Así lo hizo Martín López de Córdoba, puso su mano sobre su cabeza juvenil y pronunció:

—*Benedicat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus* —trazó la señal de la cruz sobre la frente de don Álvaro y al fin pronunció—*: Amén.*

Esa misma noche el mensajero salió disimuladamente hacia el norte sin que casi nadie se diera cuenta. De momento montaba su fiel caballo *Andrómaco* y volaba sobre el camino; los hombres de Enrique aún estaban lejos. El destino del emisario era incierto. El Maestre de Calatrava se fue a la capilla a rezar, solo Dios podía ayudarles, su esperanza era tan delgada como un hilo y don Álvaro tenía solo diecisiete años.

Don Martín se concentró en sus oraciones:

—*Placeat tibi Sancta Trinitas, obsequium servitutes meae: et praesta; ut sacrificium, quod oculis...* Séate grato, ¡Oh, Trinidad Santa!, el obsequio de mi servidumbre, y haz que el sacrificio que yo... —así rezaba concentrado en su interior, buscaba fuerza en su alma y consuelo en Dios. Sabía qué podían esperar de Enrique, él, las infantas, sus hijos y los defensores del fuerte.

No deseando arrastrar a todos a una muerte casi segura, ordenó a los caballeros más jóvenes que abandonaran la fortaleza y se reunieran con sus padres en sus respectivos señoríos. A los maestrantes, por ser de más edad y conocimiento, les hizo clara la situación. Él resistiría hasta la muerte y no entregaría ni el tesoro real ni a las princesas. Si ellas habían de morir, él moriría antes. El que se quedase debía saberlo.

Don Juan de Gante, hijo del rey inglés Eduardo III había nacido en 1340 en Gante, de ahí su sobrenombre; a la sazón contaba, pues, veintinueve años. A los tres años de nacido fue agraciado con el título de conde de Richmond. Se había casado en 1359 con su prima Blanca

de Láncaster, de quien había heredado el título a la muerte de su suegro, Enrique de Grosmont, duque de Láncaster, y apenas hacía un año que se había quedado viudo de doña Blanca, de quien tenía siete hijos.

Dios nos perdone si hacemos saber que el duque había iniciado una relación amorosa con Catalina de Roet-Swynford, gobernanta de sus hijos y de su primera esposa, Blanca, pero todo el mundo lo sabe, así que no contamos ningún secreto de confesión. La relación había empezado cuando la duquesa aún vivía, y había sido, por tanto, una relación adulterina que duró luego toda la vida y durante los tres matrimonios del duque. Con Blanca tuvo siete hijos, como decimos, casi uno por año desde que se casó con ella. En realidad Juan de Gante era duque viudo de Láncaster y no sería sino hasta que su padre, el rey Eduardo III le reconociese como duque de Láncaster por derecho propio, que podría ser reconocido como tal con toda propiedad, pero de momento todos le llamaban por ese nombre y a ello nos atendremos.

Juan de Gante, como sabemos, se había marchado de Castilla cuando su hermano el llamado Príncipe Negro, harto de las veleidades de Pedro I, enfermo y desengañado, prefirió perder el dinero que le adeudaba el Rey de Castilla a permanecer en tierra tan ingrata y peligrosa. El duque de Láncaster y su hermano pequeño, Edmundo de Langley, conde de Cambridge, había preferido marcharse con su hermano Eduardo, Príncipe de Gales, antes que continuar la guerra que enfrentaba a Inglaterra y Francia en tierras de España. Porque esa había sido la verdadera razón por la que los príncipes ingleses habían venido a Castilla, ver si podían interesarla de una manera permanente en la guerra que enfrentaba a Francia e Inglaterra.

El Príncipe de Gales, después de que se decidiera a abandonar a don Pedro se había dirigido hacia los Pirineos, y en llegando a Bayona, disolvió formalmente su ejército por no tener que pagarles también el regreso a sus hogares ingleses. Cada uno de sus infantes se fue a donde quiso después de haber cobrado al menos parcialmente su soldada, unos se tornaron en caballeros bandidos, otros se quedaron en Francia, algunos escogieron permanecer con el príncipe Eduardo y sus hermanos, ya que estos decidieron quedarse de momento en sus tierras de Aquitania y allí también eran necesarios algunos hombres de armas, sobre todo desde que Francia miraba con malos ojos esos enclaves, ya que la guerra con Inglaterra no había terminado, ni mucho menos.

Desde que volvió de la guerra el Príncipe de Gales estaba descansando en sus territorios de Aquitania. Allí podía permitirse no

pensar en emboscadas ni en deudas ni en ataques repentinos. En realidad desearía volver a Inglaterra pero debía vigilar su señorío en tierras francas, no fuese Francia a arrebatárselo en un momento en que el señor de la plaza se hallase ausente. Eduardo estaba enfermo. La rudeza del clima castellano había hecho huella en su salud, acostumbrado al clima suave, lluvioso y fresco de sus islas nórdicas. Ataques de fiebre y escalofríos se sucedían con períodos de sopor y desgana. Ni siquiera el descanso había podido vencer su malatía. Sus hermanos, preocupados por el estado del Príncipe de Gales, no le habían dejado solo, deseaban verlo sano antes de partir para Inglaterra. Todos los días, después de desayunar lo hacían llevar bajo los árboles, y allí, a la sombra, oyendo el canto de los pájaros parecía sentirse mejor. Dormía a ratos e inclusive comía mejor al aire libre. Cuando empezaba a refrescar, le hacían llevar dentro junto a un buen fuego.

Las tardes eran peores y Eduardo había aprendido a temerlas. Le subía la fiebre y tiritaba con frío y calor al tiempo. Pero no le pasaba todos los días, a veces había lapsos en que parecía estar curado, entonces hacía gala de su buen humor, bebía cerveza y cantaba a la luz de las antorchas.

—Señor —dijo uno de sus soldados—, un insólito hombre pregunta por vos.

—¿Por mí? —se extraño el Príncipe de Gales. El soldado se azaró un tanto.

—Quizás no me he expresado bien, sire, ha preguntado por el hermano del Príncipe de Gales.

—¿Ha dicho por cuál de ellos?

—Sí, alteza, ha preguntado por su señoría el duque de Láncaster —el de Láncaster que escuchaba atento a la conversación se sorprendió no menos que su hermano.

—¿Por qué decís que es un hombre insólito?

—Parece castellano, alteza, pero habla perfectamente nuestro idioma.

—¿Entonces...?

—Señor, va como un mendigo y se comporta como un gran señor.

—¡Sin duda es castellano! ¿Ha dicho qué quiere?

—No, sire, ha dicho que es muy urgente. También ha dicho que viene en nombre del Maestre de Calatrava, su excelencia don Martín López de Córdoba.

—¡El bueno de don Martín! ¿Vive aún? —y no es raro que el duque de Láncaster hiciera esta pregunta pues ya sabían que don Pedro, su aliado de antaño, había muerto y que la sangre corría a raudales entre

sus seguidores. Si Pedro había sido *el Cruel* este Enrique no lo era menos.

—¡Haced pasar al emisario de don Martín! —tenían curiosidad en saber qué podía decirles el famoso Maestre.

El joven Álvaro entró con paso seguro en la estancia. Iba vestido como un gañán de campo, calzaba las rústicas abarcas que le había proporcionado don Martín, atadas a las piernas mediante unas cintas de tejido basto sobre unas calzas gruesas de color impreciso. Su pantalón era el de un campesino pobre, viejo y manchado. En lugar de una capa de seda y pieles llevaba una zamarra y una capa aguadera de cuero sin curtir. Una bolsa o zurrón para el pan y el queso como el que suelen llevar los pastores, eran todas sus posesiones visibles. Se apoyaba en un largo bastón hecho al parecer de una caña sólida. Iba sin afeitar y se le veía con gran necesidad de un baño. Estaba más fuerte y delgado que la última vez que lo vimos despidiéndose del Maestre de Calatrava, su tío.

Hizo una reverencia cortesana impecable que resultaba chocante en tal gañán pobre y renegrido. Los príncipes le observaban con curiosidad. No recordaban haber visto a este hombre. Antes de que pudieran preguntar por su nombre él mismo se presentó:

—Altezas, soy Álvaro de Henestrosa, sobrino de don Martín López de Córdoba, y su mensajero.

—¿Álvaro de Henestrosa? ¿Cómo, sois hijo de don Álvaro de Henestrosa, *el Antiguo?*

—En efecto, sire, soy su hijo.

—¿Cómo está vuestro padre?

—Bien, sire, al menos eso supongo. Por el camino he oído que al enterarse de la muerte de don Pedro fue prudente y se retiró a sus territorios aquí en Aquitania, y aunque no he podido verle, he oído que él y mi madre y hermanos se han librado de la venganza de don Enrique. Yo tenía un encargo de mi señor el Maestre de Calatrava y he venido ante todo a cumplir mi encargo sin pasar antes a ver a mi padre.

—Un encargo, sí, eso nos han dicho, hablad pues.

—Traigo una carta escrita de su mano y sellada con su lacre.

—¿Una carta? ¡Qué peligro! Si os cogiesen por el camino aun vestido de rústico una carta del Maestre os delataría. Sería vuestra sentencia de muerte.

—Eso si la hallaban, sire.

—¿No la lleváis encima? —se extrañó el Príncipe de Gales.

—Sí y no, alteza.

—Estamos en ascuas, no tenemos tiempo para adivinanzas. ¡Venga

la carta!

El joven Álvaro pidió perdón al tiempo que con un golpe seco rompía sobre sus rodillas la caña que le servía de cayado. Esta se astilló dejando caer de su interior un apretado cilindro que rodó por el suelo entre las astillas de la caña. De no haber sabido qué era hubiera pasado desapercibido pues estaba teñido por fuera del mismo color que la caña. El sello de lacre se había partido y solo quedaban trazas del mismo.

—¡Perdonad, señor duque de Láncaster, el sello se partió al enrollar el documento! Pero podéis ver que los hilos aún están intactos —se agachó a recoger el mensaje y se lo alargó al duque. Este lo abrió sin decir palabra y lo leyó un par de veces, luego se lo alargó a su hermano el de Gales que esperaba impaciente saber el contenido de la carta llegada de manera tan insólita a sus manos. Luego se la alargó al conde de Cambridge.

—¿Sabéis de su contenido?

—Si, altezas, lo sé, pues en caso de peligro debía abandonar el papel y traéroslo de palabra si aún me era posible.

—¿Y bien?

—No tengo nada que decir, alteza, mi misión era traer el mensaje. Ni siquiera he de llevar respuesta. Desde ahora estoy liberado de toda obligación. ¿Puedo retirarme? —sin esperar respuesta hizo otra reverencia palatina y dando media vuelta, fuese.

---

1 N. de la A. Una *lanza fuerte* constaba al menos de seis hombres: un caballero guerrero y su caballo, dos hombres de acostamiento, un escudero, dos sirvientes. También había otro caballo de repuesto o refresco para el guerrero, un bridón que acarreaba las armas del señor, una o dos mulas con vituallas y equipo y un caballo para cada uno de los hombres de acostamiento, más una mula o caballo para el escudero, según su categoría.

Capítulo IV

EL PLAN DE DON ENRIQUE PARA TOMAR CARMONA. UNA CARTA DE JUAN DE GANTE, DUQUE DE LÁNCASTER, PARA EL REY DON ENRIQUE II.

... se le prometió que él y sus hijos y los defensores y aquellos que habían estado presentes en la ciudad por obedecerle, serían perdonados por el Rey.

Memorias de Leonor López de Córdoba.

La fortaleza de Carmona estaba sitiada por las fuerzas de don Enrique desde hacía varios meses. Los de dentro, perfectamente pertrechados y defendidos por los bravos caballeros de la Orden de Calatrava, no estaban dispuestos a rendirse sin más ante la fuerza del nuevo Rey. Sin embargo, el Maestre, al comprobar que nadie acudía en su ayuda sabía que a la larga todo estaría perdido. Solo era cuestión de tiempo, en realidad su intención era resistir con vida hasta que el duque de Láncaster, si respondía a su llamado, llegase hasta allí en busca de las princesas, o hubiese parlamentado con el rey Enrique II sobre el destino de las dos infantas: Constanza e Isabel. La tercera hermana, Beatriz, hacía tiempo que había ingresado en un convento y para todos los efectos había muerto para la vida mundana, en el cenobio no era un peligro para su tío don Enrique y por lo tanto no había que preocuparse por su vida. Ella servía a otra corona y a otro Señor y no disputaría a su tío el trono de Castilla. Cada día ganado en Carmona, era un día en que las vidas de doña Constanza y doña Isabel habían estado a salvo.

Por el momento, aparentemente, don Enrique únicamente demandaba la tutoría de ambas infantas así como la posesión del tesoro real que estaba en poder del Maestre. Ni uno ni otras le habían sido entregados. Don Martín argüía que las infantas debían ser libres para dirigirse a donde quisieran sin cortapisas, y toda vez que la infanta Constanza estaba prometida en matrimonio al duque de Láncaster, lo correcto era entregarla a su esposo Juan de Gante, quien ejercería la tutoría. En cuanto al tesoro, él no pretendía quedarse con él, lo entregaría a su legítimo dueño.

Esto molestaba en grado sumo a don Enrique y lo llenaba al par que de ira, de zozobra, pues acaso la intención de don Martín era entregarlo a doña Constanza, si consideraba que ella era la legítima Reina de Castilla. El tesoro de la corona, pensaba Enrique, era suyo y no iba a dejarlo escapar bajo ninguna circunstancia. Inclusive se planteó canjear a las infantas por el tesoro, pero cambió de idea

pensando que don Martín no era tan ingenuo como para pensar que una vez que él tuviese el oro en sus manos iba a liberar a sus sobrinas. Era un problema sin solución, solo se le ocurría la fuerza, pero esto era largo y penoso pues el Maestre de Calatrava era un líder formidable y un estratega sin igual.

Si la fuerza no lograba resultados inmediatos, quizás la astucia sí lo hiciese. Don Enrique llamó a sí a doce de sus más esforzados caballeros y les expuso su plan.

—Y así —terminó su exposición—, si logramos que algunos hombres valientes y ágiles, logren escalar la muralla amparados por las tinieblas de la noche, tendremos dentro del fuerte la posibilidad de que alguno llegue a abrir desde dentro las puertas. Nosotros, ya preparados, entonces penetraríamos en tromba sin darles tiempo a reaccionar.

—Es difícil, alteza. El plan que proponéis no es factible —Enrique miró enfadado al que así había hablado, no deseaba oír réplicas, sino más bien ofrecimientos para escalar el muro.

—Difícil, sí, pero no imposible —contestó el soberano, no deseando enfrentarse a sus hombres, pues contaba con que alguno de estos se ofreciese para la correría.

—No digo, señor, que sea imposible trepar la muralla —continuó Venero Laínez— que esto lo podríamos hacer cualquiera de nosotros, inclusive con algunas posibilidades de éxito si escogemos una noche oscura. Lo que digo es que ni una ni dos, ni muchas personas pueden abrir la puerta del puente. Y aunque se pudiese, la entrada pasa por estrecho pasaje en cuyo techo hay numerosas aberturas para verter aceite hirviendo o colapez, o carbón encendido que aterroriza a los caballos. La puerta a su vez desde dentro está muy bien vigilada y hay que atravesar varias estancias, todas con guardias y soldados. En cuanto a cortar las cuerdas de la rueda que baja y sube el puente, es imposible, son cadenas de gruesos eslabones —fastidiado el Rey se dio cuenta de que se había apresurado demasiado sin pensar en las dificultades. No conocía por dentro la fortaleza de Carmona, pues era territorio de los de Calatrava y no había tenido oportunidad de visitarla.

—Entonces, ¿qué otra cosa proponéis? El tiempo corre y el invierno nos acorralará y el sitio no parece avanzar en el sentido que desearíamos. Hay que intentar algo. La inacción es peor que la carcoma. Corroe el ánimo y la resistencia de los hombres.

—No, señor, si el plan no es malo —respondió Venero Laínez—, es solo que abrir la puerta del puente levadizo de primeras, es imposible, no así si... —calló como si no quisiera hablar demasiado. Pero el

interés del Rey se había despertado y le animó a seguir.

—¡Continuad! No así si… ¿qué se os ocurre?

—Pues lo dicho, que penetremos sigilosamente en el fuerte trepando la muralla, y que sembremos el terror y el desconcierto en los defensores. Llevaríamos yesca y estopa para provocar fuego en distintos sitios. En las leñeras y almacenes y sobre todo en las cuadras llenas de paja y en las caballerizas. Aterrados los caballos escaparían (ya nos ocuparíamos de abrirles las puertas de sus recintos), sembrando la turbación y el desconcierto entre los que acudiesen a apagar los fuegos. Si necesario fuese podríamos llevar cabos delgados mientras trepábamos de modo que luego pudiésemos izar atados de leña seca para acrecentar el fuego en la muralla. Entonces, alteza, quizá sí que se pudiese intentar llegar hasta la puerta del puente levadizo. Todos los hombres hábiles acudirán a apagar el fuego antes de que se propague por el castillo en sí, en esos momentos es de esperar que sí hallemos desguarnecida la puerta. También, durante el tumulto, otros hombres pueden subir la muralla y ayudarnos en nuestro cometido.

Se calló, temió haber hablado demasiado, pero el Rey se dejó convencer enseguida, era lo que deseaba oír. Deseaba realizar alguna acción y demostrar al descarado Maestre de Calatrava que él mandaba en esas tierras y que tanto las infantas como el tesoro, le pertenecían. Los tomaría por las buenas o por las malas.

—Bien hablado don Venero. Os encargo que perfiléis el asalto minuciosamente. Ya que, como veo, conocéis el fuerte por dentro, planearéis la secuencia del ataque. Escoged unos diez o doce jóvenes ágiles, valerosos y con ojos de halcón. Luego lo comentáis conmigo. Esperaremos a que haya luna nueva y entonces será el momento —se levantó sin darles oportunidad de oponer dificultades al que ahora consideraba su plan. Era perfecto. El Rey se alejó con pasos decididos que resonaban sordos y amortiguados sobre el suelo de tierra apisonada.

Llegado el día señalado todos esperaban con ansiedad el resultado del golpe de mano. A fuerza de pensar en ello y de desearlo, se habían convencido de que todo iba a funcionar a la perfección. Cada hombre había ensayado su parte en la maniobra. De acuerdo a sus habilidades entrarían en acción en planos sucesivos. Primero trepar sin ser vistos ni oídos, luego tomar posiciones para seguidamente prender fuego a lugares estratégicos. Dejar que el pánico se apoderase de los defensores y entonces ayudar a otros a escalar la muralla, y por último: todos juntos intentar llegar hasta la puerta del puente levadizo, bajar este para que don Enrique, con todos los suyos, entrase

sembrando el pánico y la muerte sin que a los defensores les diera tiempo a reaccionar ni a saber qué se les venía encima. El plan era atrevido, pero parecía potencialmente viable.

Doce hombres dispuestos a todo se acercaron sigilosamente hasta los pies de la muralla. De vez en cuando se detenían para saber en dónde se hallaban. La noche era tan oscura que había que detenerse y comprobar que uno no se alejaba de su destino en lugar de acercarse. Buscaba algún recoveco que ofreciese más sombra, más oscuridad, si cabe. Cada uno halló el lugar adecuado por donde pensaba trepar. Durante muchos días habían tratado de ver cómo se movían los guardas que vigilaban dando vueltas por el pasillo de piedra que rodeaba por dentro el muro de piedra tras las almenas. Afortunadamente las lanzas eran altas y permitieron seguir el recorrido de los soldados pues las puntas asomaban por encima de las almenas. Anotaron con cuidado cuántos padrenuestros tardaba cada vigilante en dar la vuelta a su sección. Por la noche también notaron que en algunos puntos había algo de luz, señal inequívoca de que había, o bien antorchas o bien fogatas; eran lugares a evitar pues allí serían vistos y además era de esperar que habría gente al calor del fuego, si es que la luz provenía de hogueras encendidas para combatir el frío. Nada se había dejado al azar.

No era fácil trepar por la piedra casi lisa del muro, pero se habían escogido hombres jóvenes y ágiles, hábiles en este menester. Consigo llevaban yesca, pedernal y una fina soga para lanzarla a los que viniesen detrás. Treparon en silencio, como sombras pegadas a la pared. El primero don Venero, tras él, como gatos, los otros caballeros.

Todos llegaron con bien arriba. Ni un ruido les había delatado. Los de abajo esperaron con ansia que el fuerte empezase a arder. Esperaban oír desde fuera el piafar encrespado de los caballos y los gritos de los aterrados habitantes del castillo, pero nada sucedió. La noche siguió tan apacible y oscura como antes. Era como si la noche se hubiese tragado a los asaltantes. Al amanecer el día, doce cuerpos decapitados colgaban de las almenas del castillo de Carmona. Doce cabezas ensartadas en sendas picas adornaban el puente levadizo. Don Enrique juró vengarse y vengar a los infortunados caballeros que siguiendo un descabellado plan habían perdido la vida, y es que el Maestre de Calatrava ya se esperaba algo de este jaez y tenía a sus hombres durmiendo en el pasillo de vigilancia por donde se hacía la ronda durante el día. Nadie habría podido penetrar escalando el muro sin ser descubierto. Tan pronto como cada uno de los atacantes entró en el recinto, fue degollado sin más. Ya dijimos que don Martín era un estratega formidable.

No olvidó don Enrique esta afrenta, pues como tal la calificaba en su interior y al no poder penetrar en el fuerte a pesar de sus planes, fue rumiando su venganza durante largos días y largas noches. Y su odio y despecho crecieron como una serpiente venenosa.

Por fin, contrariado, sin lograr su propósito, abandonó el sitio y dejó a uno de sus hombres de confianza para que lo mantuviese, él tenía que dedicarse a otros asuntos urgentes.

El correo de su alteza, hijo del Rey de Inglaterra y duque de Láncaster, encontró a don Pedro en su camino hacia el norte. Le entregó ceremoniosamente una carta sellada y lacrada al siguiente tenor:

De Juan de Gante, hijo del Rey de Inglaterra, Eduardo III, por derecho propio conde de Richmond y duque de Láncaster, para su alteza don Enrique II. Salud y gracia.

Sépades, alto señor, que vuestro antecesor en el trono y hermano, el hoy fallecido don Pedro I, había firmado con mi padre el Rey de Inglaterra y con mi conformidad y asentimiento, un documento en que se daba por sentada mi boda con vuestra sobrina la infanta doña Constanza. La boda no se había llevado a cabo por la corta edad de la infanta, pero vista la situación y la congoja de la infanta mi prometida, me apresuro a confirmar mi intención de desposar a la princesa. Hágoslo saber por cortesía ya que sois el tío de la princesa y desearíamos vuestro asentimiento pero en caso de no ser así también desposaríamos a la princesa por el amor que le tenemos y por cumplir nuestra palabra y la de nuestro padre, el rey Eduardo, empeñada ante don Pedro I, hoy difunto.

Mi hermano, Eduardo de Langley, conde de Cambridge, desposará también a la hermana de Constanza, la princesa Isabel. Esto hará que las hermanas no se sientan solas en tierra extraña y se acompañarán mutuamente. Tan pronto salgan de su aislamiento, ambas partirán de inmediato rumbo a la frontera. Os suplicamos las dejéis partir sin oponer dificultades, ya que las princesas saldrán de Castilla e irán a vivir en donde residan sus esposos, bien en Aquitania, bien en Inglaterra.

Una comitiva de damas y cortesanos, pajes y sirvientes, bien custodiados por hombres de armas, parte hoy mismo hacia Carmona a recoger a las infantas. Hemos oído que en esa plaza fuerte las hijas de don Pedro sufren asedio por parte de soldados de vuestra milicia. Toda vez que las infantas son de catorce y trece años, no son sujetos de guerra y esperamos de vuestra alteza se sirva ordenar que salgan sin dificultad con su comitiva de honor hacia la frontera francesa, en donde les esperaremos mi hermano y yo y las desposaremos inmediatamente. Nuestros soldados velarán por la seguridad de Constanza e Isabel, no creo haya milicia que se atreva contra tal fuerza armada, así que esperamos que lleguen sin ningún

inconveniente...

Don Enrique leyó la carta con parsimonia y ordenó que se diera viático y descanso al emisario. Le pareció que muy veladamente había una amenaza en caso de que no autorizase la salida de las infantas.

Por tener al menos algunas horas para pensar en qué hacer, de momento preguntó al emisario si podía esperar por su respuesta. El buen hombre le manifestó que no eran esas sus órdenes, pero que tampoco se le había ordenado nada en contrario, así que esperaría un día o dos por complacer a su alteza, don Enrique.

En todo caso la noticia no había cogido totalmente por sorpresa al nuevo Rey. Sabía del compromiso de la infanta Constanza con el de Láncaster, lo que no sabía es si el duque inglés mantendría la palabra dada porque la infanta, al no ser ya la heredera de la corona, no valía tanto como cuando se habló de boda. Entonces Juan de Gante jugaba con el aliciente de llegar a ser Rey de Castilla si la princesa, como parecía, heredaba la corona. Ahora era una heredera de nada, sin futuro y sin peculio, sin dote, ni esperanza de tenerla. Sin embargo para Enrique tenía un cierto valor, el de atraerse, o al menos, no enemistarse con el Rey de Inglaterra ya que él, Enrique, había combatido al lado de Francia, la enemiga de los anglosajones. No era prudente buscarse otro enemigo tan pronto sin haberse asentado en su recién adquirido trono. Quizá un parentesco, bien que forzado, jugase a su favor. Todavía tenía enemigos muy cercanos en su propia tierra: Portugal, Navarra, Aragón y Granada; enemistarse con Eduardo de Inglaterra era de necios, y al fin el asunto del casorio de las infantas quizás le solucionase un problema, en realidad no era fácil matar a dos niñas, por muy enemigas de su trono que fuesen. Siempre había la posibilidad de que el pueblo se levantase contra él si las jóvenes desaparecían. Decidió contestar a Juan de Gante, pero antes envió una carta a Pedro Manrique, adelantado mayor de Castilla, que en su nombre mantenía el asedio de Carmona.

Del rey Enrique a su adelantado mayor de Castilla en Carmona. Salud y gracia.

Sépades que el excelente señor duque de Láncaster, Juan de Gante, me ha hecho llegar noticias suyas haciéndome saber que envía una comitiva lujosa hacia Carmona a fin de recoger a mis sobrinas las hijas de mi hermano don Pedro. Cuando llegue la comitiva deben estar preparadas para partir. Tanto la princesa Constanza como la princesa Isabel contraerán matrimonio, la primera con el duque de Láncaster y la segunda con el conde de Cambridge. Hacédselo saber así a las dos para que preparen lo que posean. No se les dará nada que no esté ahora en

Carmona, de donde pueden sacar sus pertenencias, pero nada más. Nada de ningún palacio, castillo, ni residencia. Lo que se lleven debe ser revisado por vos en persona. Nada del tesoro real, ni oro ni moneda, ni muebles. Solo sus joyas y vestidos personales. Sus esposos las dotarán debidamente a su llegada.

Velad, señor adelantado, para que no se ofenda en nada a la comitiva que viene a recoger a las infantas, tampoco hay que celebrar nada para agasajarlos.

Tan pronto como llegue el enviado del duque, las princesas y los que las acompañen deben salir enseguida de Carmona e iniciar inmediatamente el camino de Francia.

Os encargo que antes de que llegue la dicha comitiva habléis con don Martín López de Córdoba haciéndole ver que su resistencia debe tocar a su fin. Dejad entrar en la fortaleza al enviado o enviados del duque de Láncaster a fin de que, parlamentando con ellos, se convenza de que ha cumplido su promesa de proteger a las hijas de mi difunto hermano.

Decidle de mi parte que si cesa en su empeño y entrega la fortaleza y el tesoro real se le respetará la vida a él y a su familia y a todos los que con él se hicieron fuertes. Mi generosidad olvidará este asunto y viviremos en paz y justicia, olvidando tanto suceso sangriento...

En sus Memorias, doña Leonor, hablando de su padre, muy escuetamente escribió: ... *se le prometió que él y sus hijos y los defensores y aquellos que habían estado presentes en la ciudad por obedecerle, serían perdonados por el Rey y que tanto ellos como sus estados y territorios serían considerados leales al Rey. Así se le aseguró y garantizó a don Martín, y fue firmado por el adelantado mayor de Castilla en nombre del señor Rey...*

Y así sucedió que el adelantado, como había ordenado su alteza, dejó salir sin oponer ninguna dificultad a las infantas y ellas partieron acompañadas del lujoso séquito enviado por los dos príncipes ingleses, en donde no faltaban ni las damas de compañía, ni músicos, ni sirvientes, ni clérigos, ni enanos, ni trovadores, pero tampoco soldados en número suficiente como para conquistar una plaza.

Don Martín las bendijo y las dejó ir con mezclados sentimientos de alegría y de congoja. Por una parte se alegraba de que ambas princesas salvasen la vida y fueran a ser desposadas por príncipes poderosos, pero por otra parte sabía que ellas habían sido, en cierto modo, su parapeto. Ahora quedaba frente al Rey y aunque le había prometido generoso perdón para él, su familia y sus fieles, le quedaba un resquemor invencible. ¿Cuáles eran las intenciones de Enrique? Cuando la comitiva de las princesas se perdió en el horizonte, llegaron noticias: don Enrique en persona venía a parlamentar con él. Don

Martín se fue a la capilla de los calatravos en la fortaleza y rezó al Señor Jesús por la salvación de su alma y por sus hijos y allegados. Cuando oyó al heraldo llamar con la trompeta a las puertas de la fortaleza, ordenó que se abriesen las puertas. Ya no tenía sentido resistir.

Capítulo V

LA MUERTE DEL MAESTRE DE CALATRAVA. NIÑOS CAUTIVOS EN LAS REALES ATARAZANAS DE SEVILLA.

... pero el señor rey don Enrique ordenó que los tomaran prisioneros y los llevaran al Arsenal de Sevilla... y el señor Rey mandó que le cortasen la cabeza a mi padre en la plaza de San Francisco de Sevilla.

Memorias de Leonor López de Cordoba.

Don Enrique irrumpió triunfante en la fortaleza, había tardado casi dos años en dominar a esos hombres obstinados y pertinaces para, finalmente, entrar con sus guerreros en el baluarte de Carmona. Para ello había tenido que permitir que sus sobrinas salieran indemnes y viajaran con carta salva hacia el Bóreas y además prometer su perdón a los defensores del castillo. Como a los caballeros de Calatrava y a los otros que mantuvieron el alcázar se les había prometido el perdón del soberano, tan pronto este entró en el patio de armas, los antes sitiados se presentaron ante él dispuestos a besarle la mano en señal de acatamiento, pero don Enrique les dejó acercarse hasta una distancia prudencial y luego les hizo señas de que no se aproximasen más. Asombrados los caballeros de Calatrava y los fieles a don Martín, no se acercaron, tal y como les indicaba el Rey.

—No avancéis ni un paso —dijo el soberano con voz tajante. Hizo señal a un sirviente para que le acercase una cátedra con alto respaldo, a manera de trono, luego, con parsimonia se sentó—. Así está mejor. Ahora, Maestre, quiero que se lea la lista con los nombres de mis caballeros que mandasteis degollar —así se hizo y un heraldo con voz alta y engolada leyó, muy lentamente, los nombres de los muertos. A cada nombre un fatídico redoble sonaba en el patio de armas—. Eran jóvenes y fieles —dijo el Rey cuando el heraldo terminó de leer la ominosa lista—, los matasteis a traición, de noche y sin posibilidad de defenderse.

Don Martín se adelantó, y con voz serena dijo:

—Señor, entraban de noche también con la intención de matarnos a nosotros. Era la guerra, o ellos o nosotros.

—No había necesidad de matarlos, los hubiésemos canjeado por otros prisioneros. Su sangre clama venganza.

—Recordad, alteza, que achacabais a vuestro hermano el ser cruel, no os hagáis acreedor del mismo calificativo. En todo caso yo soy el único responsable de lo que aquí sucedió. A los defensores dejadlos marchar. Yo organicé la defensa y ordené que cualquiera que escalase

la muralla, de día o de noche, fuese muerto. También fui yo en persona quien mandó colgarlos de la muralla. Dejad ir a los demás, señor.

—¡Vuestros días de decir lo que hay que hacer y lo que no, han terminado, Martín López de Córdoba! —gritó encolerizado el soberano—. Además os he de comunicar que vuestro maestrazgo ha tocado a su fin; desde este momento el nuevo Maestre de Calatrava es don Pedro Muñiz de Godoy. No hay favoritismo en esto —se rio enseñando sus dientes como un lobo—. Habéis sido muy fiel a vuestro amo, don Pedro. Acordaos de cómo él mandó matar a su anterior Maestre de Calatrava, a quien vos sucedisteis, el hermano de la puta de Padilla, Diego de Padilla, el cual finalmente murió en la cárcel después de trece años de prisión. No os parecerá mal seguir el camino que señaló vuestro amo, don Pedro.

Se levantó con un movimiento violento y tiró la cátedra por los suelos, nadie se atrevió a levantarla.

—¡Llevadme a ese hombre, a sus hijos y parientes a Sevilla, allí se verá lo que es la justicia de Enrique de Castilla! En cuanto a los demás que aquí estaban como defensores, que los tomen presos a todos. Los calatravos que se hallen en la fortaleza que vayan a sus mazmorras hasta que piense qué hacer con ellos. En cuanto a los deudos de don Martín, sus bienes de todas clases, todo lo que posean, les es confiscado a ellos, sus hijos e hijas, sus yernos, tíos, sobrinos y parientes en cualquier grado. Sus posesiones, tierras, joyas, dineros, ropas y cualquier cosa que poseyeran, por pequeña que sea, ha de pasar al tesoro real. Sus nombramientos les son revocados, y solo les queda como propiedad su nombre desnudo de cualquier tratamiento. ¡Así serán tratados todos los traidores y rebeldes al Rey! ¡Llevadlos a las Atarazanas en Sevilla!

Las Reales Atarazanas de Sevilla constituían un conjunto formidable. Habían sido edificadas para construir barcos aunque dadas su enormes dimensiones, sus anexos se habían usado para distintos fines a lo largo de los años. Sin abandonar su función primordial las atarazanas eran depósito de mercancías, refugio de hombres de armas de paso por la ciudad, lonja y mercado y además algunas estancias hacían las veces de prisión sórdida por el grosor de sus muros y la pequeñez de sus ventanucos.

Mientras todo esto sucedía a los de don Martín, las infantas proseguían su camino hacia la libertad y el matrimonio. Guardadas por su séquito de camareras, cortesanos y soldados armados hasta los dientes, atravesaban con toda celeridad los campos de Andalucía, Castilla y luego los del norte hasta que llegaron a tierras de sus

prometidos, los cuales las enviaron hacia el interior, a la Guyena, por alejarlas de la frontera.

Eduardo III de Inglaterra estaba encantado con la idea de entroncar con las que él consideraba las verdaderas herederas de la corona de Castilla. Si lograban deshacerse del bastardo Enrique, (que tiempo habría para ello) su hijo, el duque de Láncaster vendría a ser coronado Rey de Castilla como esposo legítimo de la infanta Constanza, heredera de Pedro, el asesinado Rey. Ello pondría en manos de Eduardo los soldados castellanos, sus naves y los medios todos para ayudarse a continuar la guerra que desde hacía años le enfrentaba con Francia; un refuerzo considerable para el trono inglés. La boda de su hijo con la adolescente sin dote —por ahora— le parecía una jugada maestra.

A las dos niñas, aun antes de que llegasen, se les puso casa como correspondía a princesas de sangre real y se les asignó todo el personal que hacía falta para que en la tal casa real no faltase de nada: copero, mayordomo, *comes estabulario*, montero y todos los otros cargos amén de un ejército de ayas e institutrices que harían las veces de damas de la corte. Sus futuros esposos, mientras se preparaba la doble boda, no se alejaron demasiado de sus prometidas pero tampoco prescindieron de sus respectivas queridas. Todo parecía estar calculado para que al duque de Láncaster y al conde de Cambridge, les fuese la vida placentera y les sonriese el futuro.

En Sevilla las cosas eran muy otras. El desgraciado don Martín López de Córdoba, que tan fiel había sido a su señor el difunto rey don Pedro, fue acusado de *trydor* y como tal llevado con escarnio público hasta su prisión en las Reales Atarazanas.

Don Enrique segó las vidas de todos los que habían ayudado al Maestre, aunque ellos no habían hecho otra cosa que ser fieles a su Rey y a las infantas. Cayeron bajo el hacha del verdugo o la espada los caballeros que se habían significado en la defensa del alcázar de Carmona, y otros, por negarse a tomar parte en tal derramamiento de sangre, perdieron el favor del Rey como sucedió con el caballero don Ferrand Ozores, Maestre de Santiago, a quien se encomendó que se asegurase de la muerte del Maestre don Martín, y como don Ferrando se negó a tal cometido, fue desprovisto de su cargo e incurrió en la *ira regia,* perdió su patrimonio y su puesto. Ante tales castigos todo el pueblo se encogió de pavor y pensó que quizá la maldita sangre de todos los hermanos era cruel y terrible. Que nada se había ganado con el cambio de un rey a otro, de un hermano a otro, de una justicia a otra, de una crueldad a otra.

El jueves, doce de junio de 1371, amaneció triste en Sevilla. Unas

nubes grisáceas cubrían el cielo de ordinario tan azul y sonriente. No volaban los pájaros, temerosos de que un nubarrón descargase agua y que sus alas mojadas no les sujetasen en el espacio. La pesadez de la atmósfera no presagiaba más que tormenta y lluvia.

En las Reales Atarazanas no había el movimiento de costumbre. Hoy no se cortaba madera, ni trabajaba el yunque, ni tampoco se entretejía el cordelaje de esparto y atocha. Nadie acudía al tajo en donde se construían los hermosos navíos que habían de surcar orgullosos las aguas del mar. Los menestrales y obreros se arracimaban en cualquier sitio apropiado para ver la comitiva que esperaban. Ya desde hacía unos días habían visto cómo a muchos hombres y mujeres e inclusive niños y niñas se les había encadenado junto al pozo del patio de la Atrarazanas y se decía en toda Sevilla que eran nobles que iban a ser ajusticiados. No habían visto que nadie les llevase comida o bebida alguna. Los obreros y marineros eran hombres toscos, bragados en el trabajo y algunos en la adversidad, sin embargo se compadecieron de los presos que, cabizbajos, se sentaban a la intemperie sin quejarse ni hacer movimiento alguno durante horas. Poco a poco algunos soldados fueron llevándose a los prisioneros por grupos, y ya no volvieron. Solo quedaban el Maestre y los suyos.

Ese jueves, tan pronto como despuntó el alba, un grupo de hombres armados vino a llevarse a don Martín desde las Reales Atarazanas hacia un destino que el noble adivinó nefasto. Estaba encadenado al brocal del pozo de la prisión junto con sus hijos y su yerno.

—¡Martín López! —llamó con voz tonante el capitán del grupo de soldados.

—Yo soy —dijo en vano el mencionado, pues era obvio que ninguno de los dos niños, su hijo Lope, de seis años, y su hija Leonor de ocho y pico, podía ser llamado por la justicia del Rey. Su yerno parecía mucho más joven de lo que en realidad era, tenía veinticinco años y parecía apenas un adolescente. Los días pasados en prisión le habían robado su lozanía y semejaba un niño desmejorado y enfermizo. A Mateo Fernández, el canciller de la Orden de Calatrava, que había estado encadenado con ellos, el último caballero que quedaba, ya se lo habían llevado la tarde anterior. Los demás prisioneros habían sido llevados a destinos ignorados por los reclusos. Solo quedaba la familia más inmediata de don Martín.

—Vamos, os reclama la justicia del Rey don Enrique.

El Maestre se puso de pie y dijo:

—Más bien la injusticia del Rey, solo cumplí con mi deber hacia el rey don Pedro. Traté de salvar a sus hijas porque había jurado hacerlo.

El rey Enrique dijo que lo comprendía y que si le entregaba la fortaleza y el tesoro nos perdonaría a todos la vida, y he aquí que me lleva a la muerte, según creo —el soldado, mientras, le había liberado de sus grilletes. El Maestre se frotó las muñecas que mostraban los verdugones que le habían producido los hierros.

—No me toca a mí saber si es justo o injusto lo que con vos se hará —refunfuñó el individuo—, solo cumplo una orden, y la que recibí es llevaros a San Francisco.

—Vamos pues, buen hombre, no sea que a vos también os castiguen. ¿Puedo despedirme de mis hijos? Ya no los veré en esta tierra, y por mi culpa quedan en tan precaria situación... —se afligió el Maestre y casi se le vieron unas lágrimas asomar a los ojos. Pero se sobrepuso y volvió a preguntar—. ¿Puedo despedirme de mis hijos?

—Nada me han dicho a ese respecto —gruñó el hombre—. Sed breve, nos esperan antes de la salida del sol y falta poco.

Los niños miraban asustados cómo se llevaban a su padre. No podían acercarse a él ni entre sí pues las cadenas eran cortas y muy pesadas, apenas podían moverse ni ponerse de pie. Don Martín, libre de sus grilletes, se acercó a cada uno de ellos y les bendijo trazando la señal de la cruz sobre sus frentes. No hubo tiempo para más. Ni palabras de ánimo y consuelo, ni abrazos ni siquiera lágrimas.

—Ya es suficiente. ¡Vámonos! —sin volver la cabeza atrás el grupo de soldados y el Maestre de Calatrava desaparecieron por la puerta del patio. Solo se oía el metálico son de sus pisadas sobre las piedras del enlosado, alejándose, alejándose, hasta que dejaron de oírse. Los niños se miraron uno a otro y no osaron decir nada, hubieran deseado abrazarse pero les era imposible moverse de su sitio. Ruy también callaba. Quizá por ser más avezado en la vida sabía que no podían esperar nada. Quién sabe si mañana vendrían a por ellos. Solo Dios conocía el futuro. Se arrodilló como pudo y rezó por el alma de su suegro.

El grupo anduvo por las calles en donde algunos, por curiosidad, osaban asomarse a su paso, pero la mayoría de las personas sabían que el Maestre de Calatrava, que también era el adelantado de Murcia, y a quien durante muchos años vieron en la cúspide de la gloria y el poder, iba camino del patíbulo. Una palabra ominosa había corrido de boca en boca: traición.

El Maestre de Calatrava, don Martín López de Córdoba, por ser persona noble tenía derecho a morir, no de manera infamante, sino bajo la espada; para él ni cuchillo, ni hacha, ni soga. Tenía derecho a tener junto a sí a un sacerdote, como todos los cristianos lo tienen, sean plebeyos o nobles; tenía derecho a que se enterrara su cuerpo en

terreno sagrado en donde esperaría el último día bajo la sombra de la Santa Cruz de Nuestro Salvador, no había renegado de su religión y por tanto debía reposar con la grey de los cristianos.

Pero nada de esto se le concedió. Justo en la mitad de la plaza de San Francisco se había levantado una tarima, pero encima no había ni horca ni tajo ni nada que sirviese para ejecutar al reo. Don Martín llegó por su pie hasta ella y preguntó:

—¿Es allí en donde he de morir?

Un hombre encapuchado surgió de algún sitio.

—No, Maestre. Allí no, pero debéis subir.

—Entonces, ¿qué he de hacer allí?

El hombre se rio sin ganas.

—Ya lo veréis, don Martín.

—Vamos, pues.

Subió con paso decidido. Se arrodilló y probablemente empezó a rezar. Algunas ventanas de la plaza se entreabrieron sigilosamente para mirar el terrible espectáculo. Otras en cambio se cerraron con precipitación. De un empujón echaron por tierra al infortunado Maestre, y no bien hubo caído, con un hacha de grandes dimensiones el verdugo le cortó los pies y luego las manos. Vivo aún, le bajaron del cadalso y le ataron a un caballo arrastrándole por las calles de Sevilla hasta que murió; luego le cortaron la cabeza. Su cuerpo fue descuartizado por cuatro caballos y sus pedazos arrastrados hasta que prácticamente desapareció. Sus escasos restos, entonces, fueron arrojados a un montón de estiércol. Así terminó sus días el Maestre de Calatrava y adelantado de Murcia, el nobilísmo don Martín López de Córdoba.

Doña Leonor en sus Memorias escribió muy parcamente sobre la muerte de su señor padre, probablemente porque no la presenció o porque se le hacía duro extenderse en detalles que otros le contaran *...y el señor Rey mandó que le cortasen la cabeza a mi padre en la plaza de San Francisco de Sevilla y que le fuesen confiscados sus bienes y los de su yerno, valedores y criados...* Pero las cosas sucedieron tal y como lo hemos relatado. El Señor Todopoderoso se haya apiadado del alma del Maestre, que fue persona valiente y misericordiosa.

Nadie dijo a los niños lo que había sucedido, por lo menos no de momento, pero Leonor se atrevió a preguntar a su marido:

—Ruy, mío esposo, ¿volverá mi señor padre? —él meneó la cabeza de lado a lado.

—No, señora, don Martín ya no volverá. Contentaos con su bendición y rezad por su alma.

Después de esto ya no osó preguntar más. Esa noche les hicieron

entrar en una celda en lugar de dejarlos a la intemperie como habían hecho hasta entonces, seguramente para más mortificar al Maestre viendo la miseria y el padecimiento de los suyos.

El calabozo era exiguo, húmedo y lleno de bichos reptantes, pero alguien había echado una brazada de paja seca en el suelo y allí se acurrucaron los prisioneros. Les trajeron algo de comida y sobre todo agua, pues la sed les atenazaba. Al ver la corta edad de los prisioneros el carcelero se apiadó de ellos y les soltó los grilletes mientras comían. Temeroso, el celador salía de vez en cuando por ver si alguien se aproximaba a la prisión. Pero no apareció nadie. Su esposo, pensó Leonor, había dicho que don Martín no volvería. Entonces es que había muerto, pero a pesar de su dolor y su miedo, en cuanto se echó sobre la paja se quedó dormida. Ni siquiera soñó con su padre o su prisión. Un mar tranquilo, pesado, negro y extenso fue todo su sueño.

Al despertar vio que un rayo de sol brillaba entre los barrotes de una angosta ventana. Alguien la sacudía por un brazo.

—¡Arriba muchacha! No son horas de dormir —una voz la llamaba. Se levantó pensando de momento que estaba en su recámara y que el aya la levantaba para desayunar, entonces vio el rayo de sol sobre la paja y recordó dónde estaba. Se aterró. ¿Dónde estaba su hermano Lope? ¿Y su marido? ¿Se los habrían llevado a ellos también para matarlos?

Era el carcelero el que la sacudía. Un hombre rudo y tosco que no sentía la menor compasión por los presos. No era el mismo hombre que anoche les había traído de comer y les había soltado los hierros. Este era el carcelero de verdad, el otro era un enviado de la justicia, su cometido era asegurarse de que los presos vivían y de que resistirían su cárcel largo tiempo. A este, de nombre Aquilino, le agradaba que hubiera cautivos porque así se aseguraba su sueldo, su pitanza. Algunas veces, dado que las Reales Atarazanas tenían en verdad otra finalidad, no había reclusos que ocupasen las celdas, entonces el hombre, Aquilino, se llenaba de resquemores y crecía su desazón, ¿acaso prescindirían de sus servicios? Si no había a quién vigilar, al tiempo que atormentar con su comportamiento soez, quizás entonces le despedirían con su familia. Él vivía cómodamente en las mismas Atarazanas, habiéndose reservado para sí y su parentela varias estancias, pequeñas y desdeñables, pero que le salían de balde. Además su mujer hacía la comida para los presos y de allí también se escamoteaba lo más posible. Una ganga. Se le pagaba, se le daba vivienda, su mujer también cobraba como cocinera de los presos si estos no tenían quién les diese de comer, y, por fin, sisaban lo más posible de lo que se destinaba a los cautivos.

—¡Arriba, perezosa! La comida no se sirve en la cama —se rio de su propia gracia—. Vuestros parientes ya están afuera desayunando tan ricamente. Pero antes de salir os pondré vuestro brazalete.

Se acercó con las cadenas y los grilletes. Leonor vio que no eran las mismas que habían tenido hasta el día anterior.

—Estas no son las mías —dijo con voz decidida.

—¡Vaya! ¿Y cuáles son las vuestras, señoría, si se puede saber?

Leonor era pequeña de estatura pero muy consciente de su alto linaje. Todavía vestía las ropas lujosas con que la habían arrebatado del castillo en Carmona. Con las manos se alisó el pelo, ahora despeinado y lleno de paja, y poniéndose muy derecha dijo con voz serena:

—Mis cadenas, señor carcelero, eran más cortas.

Aquilino se echó a reír con ganas. La pequeña le había salido respondona. No se enfadó porque la mocosa apenas tendría unos siete u ocho años. Él tenía una hija de esa edad más o menos y aunque había visto muchos prisioneros en las Reales Atarazanas, jamás había visto una niña como aquella, ni como el pequeño de menos años aún. Todos ellos con grilletes y cadenas, tan pesados como los de los más recalcitrantes malhechores. ¿Qué habrían hecho? En todo caso eran órdenes expresas del Rey. Ni soñar en desobedecerle. Acaso entonces, él, Aquilino, terminaría con las mismas cadenas en sus tobillos.

—Vamos, vamos, no me enfadéis, rapaza impertinente. Dadme más bien las gracias por proporcionaros unas largas cadenas, así a lo mejor podéis aproximaros a vuestro hermano. Porque... ¿es vuestro hermano, verdad? el pequeño, digo —le colocó los hierros sin hacer caso de las protestas de Leonor. Efectivamente eran unas cadenas más largas pero los eslabones eran tan pesados que ella no pudo arrastrarlos—. Tendré que ponéroslos cuando ya hayáis llegado fuera —gruñó el carcelero.

Le quitó los grilletes y la llevó de la mano hasta un poste, allí la aseguró a una argolla gruesa como un dedo y le señaló un plato en el suelo.

—Vuestra comida de hoy, señoría. Desayuno, once, almuerzo, merienda y cena. Administradlo bien, que no hay más hasta mañana.

Era una especie de gachas de color indefinido y un cuenco con agua. Eso era todo, ni cuchara ni nada parecido. Comparado con esto la cena de anoche parecía un festín y eso que solo fue pan con las sobras de alguna comida de alguien más afortunado. Aquilino se fue dejándolos solos. Era junio y era Sevilla, y el sol lucía inmisericorde sobre un reluciente cielo de añil. Leonor cogió sus cuencos y los puso junto a sí, quizá luego tuviese hambre. Su hermano no contestó a su

llamada, acurrucado sobre el suelo fingía dormir, pero vio que se había comido su ración y abrazaba el agua. Ruy, el esposo, yacía sentado sobre la tierra polvorienta y reseca mirando a lo lejos sin ver nada. No había tocado su ración de comida, ni se la había acercado; como el cuenco estaba sobre el suelo un perro se aproximó y se la comió sin que el hijo del canciller del sello de la poridad y camarero, Juan Gutiérrez de Hinestrosa, se diera cuenta. Al rato el perro también se bebió el agua. Ruy no se percató de nada hasta que el sol en su cénit le abrasó la boca y los ojos, pero entonces ya no había agua. El pozo no estaba lejos, de hecho parecía al alcance de la mano, intentó aproximarse arrastrando sus cadenas pero estas estaban hechas de manera que se pudiera tocar el borde del aljibe, pero no más. Estaban pensadas para que el preso sufriera la presencia del frescor sin poder saciarse. El agua quedaba fuera de su alcance.

—¡Dadme un trago de agua! —suplicó horas después Ruy a una mujer que vino a coger agua con un cubo. Ella le miró asustada.

—Sois un malhechor, salteador de caminos, asesino o peor, merecéis vuestro escarmiento, el Rey nos castigará si os damos de beber o de comer —una sombra de compasión pasó por sus ojos—. Hasta los perros merecen agua —murmuró. Pareció cambiar de opinión—. ¡Haced un agujero en la tierra, rápido!

Ruy excavó con sus manos desnudas un hoyo no muy profundo porque estaba dura y apisonada por incontables pies. Ella pasó cerca de él y se tropezó dejando caer parte de agua sobre el suelo. Se alejó sin mirar atrás, cuando ella se hubo ido Ruy se tiró sobre el suelo y del hoyo que había excavado, sorbió con fruición el agua; tenía tierra pero estaba fresca. Le pareció deliciosa.

Leonor y su hermano fueron más afortunados al transcurrir la jornada, sus puestos gozaban de alguna sombra y el calor no les hería igual que a Ruy. Aturdidos pasaron el primer día de prisión casi sin hablar. No sabían que así habían de pasar casi nueve años.

Las jóvenes princesas, Constanza e Isabel, después de descansar unos días en Bayona se trasladaron, o mejor dicho, fueron trasladadas, con toda su Casa hacia el norte, hasta la localidad de Roquefort, en la Guyena. Allí se les habían previsto y dispuesto dos pequeños palacios en donde se albergarían con sus damas y ayas e institutrices, hasta que llegase el día de la boda. Desde el mismo momento en que Juan de Gante y Eduardo de Langley decidieron que contraerían nupcias con las dos infantas castellanas, habían empezado a preparar las ceremonias. En respuesta a la carta que enviaron con urgencia a su padre, Eduardo de Inglaterra, haciéndole saber la inminencia del casorio, este les había enviado desde su tierra todo lo necesario para

que se realizase una verdadera y apropiada boda inglesa.

De allí mandó viandas, adornos, músicos, telas y todo lo que le pareció adecuado para la ocasión, mientras que en Aquitania se hacía acopio de manjares propios de la zona, de frutas desconocidas en Inglaterra, de telas finísimas, cendales, velos, sedas y hermosas pieles de gran valor que vendían algunos comerciantes que llegaban desde el camino de los varegos en las estepas lejanas, de unas tierras que algunos llamaban Russ. Si Eduardo envió músicos ingleses con sus instrumentos musicales, el señor duque de Aquitania hizo llamar a los músicos de su tierra y a los trovadores más famosos y a los recitadores de poemas y epitalamios.

Para la boda de las infantas se preparaban celebraciones excepcionales. Alardes, torneos caballerescos, tardes de música y danza, banquetes con músicos, juglares y magos, jornadas de caza menor para las damas; nada se había descuidado para que las celebraciones fueran fastuosas, espléndidas y dignas de ser trovadas y cantadas por las generaciones venideras. Se pidió al obispo que preparase un sermón de excepcional belleza y que en él se recordase que la infanta Constanza era la heredera del trono de Castilla y que las dos novias eran castas, bellas e inocentes, que habían sido perseguidas por un pariente, su tío, que había usurpado el trono y el país de las jóvenes. También se le pidió al obispo que recordase piadosamente al valedor de las dos niñas, pues la noticia de la muerte de don Martín López de Córdoba había corrido por el mundo. Pero nadie recordó a Leonor, a Lope y al joven Ruy.

Al llegar a Roquefort, se les permitió a las infantas que descansasen durante unos días, pues para que luciesen en todo su encanto juvenil era necesario que se repusiesen de tanto traslado y emoción y no solo eso, había que instruirles en la etiqueta a seguir el día del casorio y además hacerles los vestidos, no tanto hacérselos, cuanto adaptárselos a sus cuerpos menudos pues ya las cosedoras, tejedoras y bordadoras habían confeccionado los trajes; ahora había que rematar las piezas a la medida justa de cada joven.

El día de la boda las damas, azafatas y doncellas, despertaron muy pronto a las jóvenes castellanas. Empezaron el día con un baño en agua perfumada y llena de flores de olor que hacía juego con los perfumes con los que luego habían de ser frotadas: jazmín, rosa y claveles. Más tarde se les dio un masaje con aceites de haba, jengibre y azafrán, purificados y bien tamizados y agregados a una base untuosa. Luego los perfumes en sí, seguidos de la sesión de peinadoras a las que acompañaban varias damas dando sus consejos y opiniones. Era el último día en que las dos niñas habrían podido lucir el «peinado

de doncella», que era el pelo suelto sobre la espalda; ahora llevarían para siempre el de mujer casada, básicamente el pelo trenzado en dos gruesas trenzas que caían a ambos lados de la cara o recogidas en lo alto de la cabeza a modo de diadema. Según la edad de las damas una u otra opción era la adecuada. Pero en una boda las trenzas eran adornadas con flores, con sedas de colores, con cintas y galones, con cordones de seda u oro, e inclusive se hacían parecer más gruesas añadiendo pelo natural entretejido con los adornos. Hoy, por la riqueza de todos los contrayentes, se entretejerían las trenzas con verdaderos hilos de oro y plata e inclusive con ristras de minúsculos cascabeles de oro blanco. Luego se les colocarían cuidadosamente enmarcando sus rostros tan juveniles. Terminado el peinado, unas señoras sabias vendrían a aderezar sus rostros, pues los cánones de belleza decían que las caras de las novias debían ser blancas como el nácar y rosadas como las más puras rosas. Para ello se usaba polvos de arroz y madreperla e inclusive perlas molidas y las mejillas se arrebolaban con la ayuda de azafrán y un extracto de rosas y gladiolos.

Ya había amanecido y en el patio los juglares y músicos entonaban sus trovas y epitalamios en honor a las jóvenes que se casarían en breve. Según la moda provenzal, que en esos momentos era tenida por la más hermosa y lujosa de los reinos cristianos, una joven debía llevar el día de su boda, debajo de todo, una camisa o *cansil* de lino plisado, bordado con flores; encima un traje largo —*pelisson*— que arrastrase por detrás lo justo para ser posible que se llevase sin tropezarse. Este traje debía tener mangas estrechas, largas hasta la mano, debía ser de damasco de un color hermoso, brillante y sobre todo debía ser pesado, de manera que cayese majestuosamente y se arrastrase al andar sin arremangarse. Por encima de este traje, una novia real, llevaba otro más corto y con las mangas muy largas y abiertas: *le bliaut*, que dejaba ver libremente la hermosura del traje largo. Las anchas mangas del *le bliaut,* habrían de ser bordadas con pedrería tan valiosa como el reino pudiese pagar. Sobre estos dos trajes se usaba una especie de capelina, capa o cendal que sería siempre de seda finísima y bordada con flores e imágenes de animales; semejantes piezas eran traídas de Mosul. Sobre todo esto una prenda de abrigo, pues el tiempo podía ser extremadamente frío y las horas de celebración largas, así que se hacía necesario un manto largo de paño o pieles, según la riqueza del tenedor. En todo caso debía estar forrado de telas ricas y hermosas y orlado con armiños si la novia podía pagarlo. Terminado el vestido, se calzaba a la novia con unos escarpines de cabritilla forrados por dentro y por fuera con seda

escarlata. Como la jóvenes emparentaban con la más alta nobleza llevaban diminutos escudos bordados en sus escarpines. A la cintura, un cordón de seda trenzada con hilo de oro que caía por delante casi hasta los pies, y debajo de este cordón, un corpiño apretaba la cintura para hacer a la novia más esbelta. Antes de salir se les coloca sobre la cabeza un cendal o velo de color púrpura que simboliza su condición real.

Por fin salieron las dos niñas, que apenas podían andar bajo el peso de su atuendo, camino de la iglesia en donde se había de solemnizar su boda con los dos príncipes ingleses. Subieron a sus mulas blancas que ya bien enjaezadas, les esperaban a la puerta de su palacio. Los animales escogidos son de pelaje reluciente, y a cada una se le ha puesto una hermosa *sambue* o silla de montar de cordobán incrustado de marfil y de oro; las gualdrapas del animal van ornadas con escudos cuartelados con castillos y leones que hablan de las glorias de Castilla y León, escudo real de las infantas. El *comes estabulario* se ha esmerado en engalanar a los animales: llevan las crines trenzadas con hilos de plata, y por delante lucen una pechera provista de treinta campanillas de plata que resuena melodiosamente a cada paso que da la cabalgadura. Como las princesas no tenían ni padre ni madre que les acompañasen, el cortejo estaba formado por los pocos castellanos que habían logrado huir de las matanzas, primero de Pedro y luego de Enrique. El clérigo que antaño había desempeñado el cargo de embajador ante Inglaterra, Juan Gutiérrez, era el escogido para representar al difunto padre de Constanza. La etiqueta pedía que nobles jóvenes llevaran de la mano las riendas de la mula de la novia hasta la puerta de la iglesia. Varios jóvenes ingleses habían venido para desempeñar este honroso papel.

Los novios también se han esmerado en su tocado y aunque la etiqueta determina que el tiempo que ocupa una dama en su arreglo personal, debe ser más largo que el de un caballero, nadie se ha tomado la molestia de medirlo. Ellos también se han bañado y perfumado con esencias preciosas. Se han peinado con primor y vestido con magnificencia.

La pieza principal son las bragas de origen galo, confeccionadas en tela de lino; encima una camisa, o *cansil,* de seda escarlata con dibujos que apenas se destacan del tejido, cubriendo ambas piezas, un jubón largo, *pelisson,* a media pierna, de damasco ribeteado de armiño. Por encima un manto abierto sobre el hombro derecho va sujeto por un broche, o *chia,* de hilos de oro trenzados, las piernas van cubiertas por unas calzas de seda oscura que han venido de Brujas y unos zapatos de cuero finísimo bordados, para Juan de Gante, con las rosas rojas de los

Láncaster y los leopardos de los Plantagenet y para Edmundo con rosas blancas y los mismos leopardos.

El manto de los jóvenes ingleses rivaliza con el de las infantas: es una amplia capa con una sobrecapa o capellina más corta, *paile,* toda bordeada de armiños. Van tocados en la cabeza con un bonete de terciopelo, la *chapel,* ricamente bordado y guarnecido con un prendedor de esmeraldas y perlas. Al ver llegar a las infantas, se destocan galantemente.

Era un sábado, al llegar las niñas a la escalinata de la iglesia, todas las campanas de la ciudad repicaron alegremente y no era para menos, el señor de la plaza se casaba ese día. Quizás habría que esperar muchos años antes de que una ceremonia igual se viese en Roquefort.

Se adelantaron los novios a ayudar cada uno a su respectiva novia a bajar de su cabalgadura. La heredera del trono de Castilla tiene precedencia sobre su hermana, así que primero desciende ella ayudada por el de Láncaster, luego lo hace Isabel, ayudada por el conde de Cambridge. Se organiza al punto una pequeña comitiva de lujo y poder encabezada por Juan de Gante y su novia, le sigue su hermano con Isabel, luego grandes personajes de Aquitania e Inglaterra, que se han desplazado para la ocasión. Cogidos del brazo los novios subieron los peldaños que estaban recubiertos de rosas y gladiolos. A ambos lados de la escalinata formaban guardia de honor un grupo de jóvenes caballeros ricamente ataviados y portando en su mano una espada desnuda. A la derecha estaban los caballeros de Aquitania y a la izquierda los castellanos antiguos partidarios de don Pedro. En las escalinatas, sin estorbar a los nobles, también se agrupan los músicos, que entonan sus melodías con sus arpas, cítaras, vilas, monocordios con arcos, zanfonias de cinco cuerdas, trompas inglesas y otros instrumentos. Un coro de niños cantan al tiempo. El sacerdote o preste que iba a oficiar la boda, era el prelado más notable de Aquitania. Dentro, el órgano de fuelle y doble teclado, ataca con ímpetu los himnos que prescribe la liturgia.

Por fin entran todos en la iglesia, precedidos por un faraute o heraldo que portaba las armas heráldicas de su señor. Una vez en sus sitios dentro de la catedral de Saint Caprais, las novias, como prescribe la etiqueta, habían de permanecer quietas todo el tiempo, sin moverse lo más mínimo ni ellas ni sus manos. Son como estatuas, resplandecientes e inmóviles, como hermosos iconos orientales rutilantes de sedas y joyas. Hasta que todo termine no han de mirar ni a derecha ni a izquierda, ni siquiera a sus novios. Solo se les permite asentir a las preguntas litúrgicas con voces sin emoción.

Al salir ya son princesas inglesas, la una duquesa de Láncaster, la

otra condesa de Cambridge. Pero ha salido ganando el de Láncaster, él es ahora el príncipe heredero de la corona de Castilla. Al verlos aparecer, el público estalla en aclamaciones. La fiesta empieza ahora.

Durante la ceremonia, sin saber por qué, Constanza se ha acordado de aquel otro ceremonial en que ella había sido madrina de Leonor López de Córdoba. Ahora se acordó también de que Leonor había quedado con el Maestre de Calatrava en Carmona, y sabía que el Maestre había muerto. ¿Que habría sucedido con su ahijada? Si las cosas hubieran sido de otro modo, Leonor habría estado acompañándola en este día. Habría estado regando de pétalos el camino que ella recorrería dentro de la iglesia. Pero no estaba allí, ni sabía nada de ella. Sin saber por qué, el recuerdo de Leonor la mortificó en esos momentos que debían de haber sido todos de alegría. Se hizo el propósito de hacer averiguar su suerte, pero pronto se le olvidó.

Ese mismo día Leonor, tan lejos de su madrina, recibió la visita, si visita puede llamarse, de una monja totalmente velada.

—Soy María Coronel viuda de don Juan de la Cerda e hija de Alonso Fernández Coronel —dijo la mujer sentándose en el suelo. Una ráfaga de viento helado retiró el velo de su rostro y se hicieron visibles las huellas de unas terribles quemaduras. Unos ojos sin pestañas ni cejas, una boca sin labios. El carcelero se acercó con premura para advertir a la desconocida monja de que las visitas estaban prohibidas, pero al ver la fealdad de la religiosa, se santiguó y se retiró con un escalofrío. Era el 21 de septiembre de 1371.

Capítulo VI

LA PIADOSA MONJA.

... nuestro marido tenía sesenta libras de hierro en los pies, y mi hermano don Lope tenía una cadena encima de los hierros en que havía setenta eslabones... e teníanlo en el algive de la hambre e teníanlo seis o siete días que nunca comía ni bevía.

Memorias de Leonor López de Córdoba.

Leonor no se atrevió a mirar a la cara a la escalofriante aparición, sin embargo rebuscó en su memoria para recordar el nombre que no le sonaba desconocido. Pero esa cara terrible... No, sin duda no la había visto nunca pues no la habría olvidado de haberla vislumbrado aunque fuese de pasada. Aun así se alegró de que alguien le dirigiese la palabra. Pasaba los días sin hablar con nadie, su marido en realidad no tenía nada en común con la niña de siete u ocho años. ¿Qué le podía decir que le interesase o la consolase? Él trataba de dirigirle expresiones de aliento, pero era inútil, ni siquiera él mismo se las creía.

—Ya veréis, señora, como esto termina pronto. No tienen nada contra nosotros. Si acaso todo era contra el Maestre. Él ha muerto, ya se han quedado con nuestra hacienda y propiedades. ¿Qué bien les hace nuestra prisión? Pronto nos dejarán ir.

Pero sus palabras sonaban a huecas, sin convencimiento. Contra ellos, y otros muchos, se habían hecho cosas que no beneficiaban a nadie, como por ejemplo quemar todos los papeles de sus casas, tapices, ropas, libros y pertenencias; cédulas de propiedad, títulos de nobleza, las reales cartas de concesión y hasta las cartas executorias de hidalguía que solo tenían por objeto el probar la su hidalguía de sangre ante todos *(erga omnes)*. Sin estos documentos se les borraba de la memoria de los vivos, de sus iguales, de cualquiera; quedaban sin riquezas, sin propiedades, sin nobleza y hasta sin nombre. ¿Para qué? «Ya veréis, señora, como esto termina pronto... No tienen nada contra nosotros». Leonor era pequeña, pero ya percibía que las palabras de su marido eran vacías, hueras, las decía sin convencimiento, eran como el eco de un viento frío y turbador, que venía de la nada y se arrastraba hacia ninguna parte.

El pequeño Lope tomaba las cosas como venían cada día, era demasiado chico como para interrogarse sobre el futuro. Ya no preguntaba por su padre, ni por su casa ni sus cosas. Solo preguntaba si ya era tarde, si pronto anochecería, si llovería hoy. Aquilino, el

carcelero, no charlaba con ellos, si acaso les hablaba era para darles órdenes o instrucciones. Había abandonado la costumbre de burlarse de ellos, nadie le celebraba las gracias porque nadie le oía más que los propios prisioneros y ellos no parecían compartir su sentido del humor y Leonor, cuando le oía decir sus inconveniencias, le miraba de frente con sus ojos enormes y claros, como preguntando por qué lo hacía. Al fin dejó de hablarles con desprecio o con burla. Dentro de su pequeña mente anidó la idea de que eran seres incomprensibles para él, era mejor no hablarles más que lo indispensable. Al fin y al cabo le pagaban para que los vigilase y les diera de comer, nada más. Ese día pensó privarles de la inesperada visita cuando divisó que una monja se acercaba a ellos, pero la monja le dejó ver su rostro y él se espantó. Sin saber qué hacer ni qué decir se alejó, al menos de momento, quizás buscando valor para enfrentarse a la aparición.

La que había dicho ser María Coronel estaba sentada en el suelo cerca de Leonor.

—Dispensad, señor don Ruy que hable con la niña antes que con vos —dijo con voz melodiosa que nada tenía que ver con su terrorífico aspecto—. Ella lo necesita más y el tiempo apremia.

Se arregló el velo sobre la cara. Unas manos largas y finas sorprendieron a Leonor. Nada tenían que ver con aquel rostro espeluznante. Eran las manos de una dama, acostumbradas a la aguja, a las caricias. No las manos de un monstruo, de una aberración.

—Leonor, dejadme que os apee el tratamiento, señora. Como os dije soy, o era, María Coronel. Vos me conocéis, o me conocisteis. Soy lo que queda de la hija de don Alfonso Fernández Coronel, que fue amigo de vuestro padre.

—¿Hija del que llamé tío Alfonso? ¿Alfonso Fernández Coronel? ¿El señor de Montalván, Capilla, Burguillo y Medina Sidonia? —Leonor lo dijo impulsivamente, con incredulidad—. Sois entonces aquella María tan importante y acaudalada, la que casó con el infante Juan de la Cerda, alguacil mayor de Sevilla y adelantado de la frontera en Aragón... Y cómo viene a ser, señora, que...

—¿Que me haya transformado en tal horror? Pasaron muchas cosas, Leonor, ahora soy viuda. Es mejor que no os lo cuente, al menos no hoy. Todo el mundo lo sabe, debéis ser la única en el reino que lo ignora. En fin, ahora soy monja aquí en Sevilla. Me ha llegado la voz de que estabais cautiva en las Atarazanas, como un preso común y cargada de cadenas desde que murió vuestro padre, el Maestre. He venido a veros por si podía haceros algún bien. Vuestro carcelero tiene fama de riguroso, pero también tiene fama de avaro, acaso con dádivas se ablande un poco de vez en cuando —María Coronel se

revolvió inquieta. A lo lejos Aquilino parecía reunir fuerzas para venir de nuevo e interrumpir definitivamente la conversación entre los presos y la monja—. Sin circunloquios, niña, ¿qué es lo que más falta os hace?

—Algo, doña María, que no me podéis dar: compañía. Pero gracias, necesitaré, cuando podáis, algo de ropa. Me llevaron arrestada en verano y sin dejarme tomar ningún ajuar me trajeron hasta aquí, lo mismo sucede con mi marido y con mi hermano, don Lope, él solo tiene cinco años y va para seis, y sufre rigurosa prisión. Tenemos frío, sobre todo por las noches: nos abrigamos con paja, pero parece estar húmeda y tiritamos todo el tiempo.

Doña María Coronel se puso de pie.

—Veré qué puedo hacer, y lo haré pronto. Ahora poneos de rodillas como si os hubiese dejado rezando.

Caminó decidida al encuentro de Aquilino, que reunido el valor suficiente se aproximaba a grandes trancos. Al ver a la monja acercarse a él, se santiguó y paró en seco. Ella también se detuvo a una distancia prudencial. Se sujetó el velo a la cara para hablar con el carcelero.

—Dios os guarde, maese Aquilino.

—¿Cómo sabéis mi nombre, señora? —se sorprendió el hombre agradablemente.

—Todo el mundo os conoce en Sevilla, maese Aquilino. Tenéis un puesto de responsabilidad.

—Cierto, cierto —se regodeó el hombre poniéndose muy derecho —. Mucha responsabilidad. Muchísima. Y vos, señora...

—Soy María Coronel, la abadesa del convento de Santa Inés.

El hombre se rascó el entrecejo, parecía pensar muy profundamente.

—¡Ah! —dijo tras un rato de ardua meditación—. Así que vos sois la santa.

—No soy ninguna santa, solo una monja.

—¿Pero no sois una que se echó ella misma aceite hirviendo para que el Rey no la encontrara hermosa?

—Algo así, pero sucedió hace tiempo, con otro rey y en otro lugar. Olvidadlo. Quiero que me hagáis un favor, maese Aquilino.

—¿Y qué sería ello? —preguntó indeciso el carcelero. Su pequeño cerebro buscaba una respuesta muy dentro de sí.

—Ayudadme a la salvación de mi alma.

—¿Yo, señora santa? —abrió los ojos como platos—. ¡Cómo puedo ayudar a la santa de Sevilla!

—Dejaos de sandeces, no soy santa, deseo que me ayudéis a

cumplir con una orden del Señor Jesús.

—¿Una orden? ¿Qué orden?

—Vestir al desnudo, buen amigo. Nuestra congregación se ocupa de visitar a los cautivos, dar de beber a los que tienen sed, de comer a los hambrientos, enterramos a los muertos, socorremos a los pobres y vestimos a los desnudos.

—Pero aquí, señora —pareció afligirse el hombre— no hay nadie desnudo, como no sea mi hijo más chico que le gusta correr desnudo...

—Vestir al desnudo, no quiere decir eso exactamente, significa que debemos proporcionar vestidos a los que lo necesitan.

—¡Entonces yo, y mi familia estamos desnudos!

—Pues ya que lo decís, en cierto modo así es. ¿Cuántos sois en vuestra familia?

—Muchos, señora, ocho hijos, mi mujer, dos abuelas y algunos parientes.

—Está bien, os traeré ropa y tejidos para que vuestra mujer, que será hacendosa, pueda haceros trajes para el invierno. ¿Os parece bien?

A maese Aquilino le pareció de perlas, sin comerlo ni beberlo, sin haberse tomado la molestia de pedirlo, he aquí cómo la santa abadesa del convento de Santa Inés, le había ofrecido ropa de abrigo para el invierno.

—¡Arrodillaos, buen amigo! Os daré la bendición de nuestra santa patrona —por piedad o por conveniencia el carcelero se arrodilló quitándose el mugriento bonete que siempre se tocaba la cabeza. María Coronel rezó una corta oración y le bendijo piadosamente haciendo la señal de la cruz sobre su cabeza—. *Benedicat et custodiat nos omnipotens et misericors Dominus, Pater, et Filius, et Espiritus Sactus. Amen.* Volveré muy pronto, no me olvidéis. Os traeré los tejidos prometidos y algunos mantos.

Muy lejos, en tierras francas, en Aviñón, el papa Gregorio XI había decidido volver a Roma. Hacía ya muchos años que los Papas habían cambiado su residencia en la Ciudad Eterna por una morada en Aviñón. Clemente V[1], Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V y ahora Gregorio XI, habían residido aquí bajo la influencia directa de los reyes franceses.

Desde que el papa Clemente había decidido, hacía ya mucho tiempo, que se haría coronar en Francia resultó que desde entonces los pontífices eran súbditos del Rey de Francia, pero vasallos del Rey de Inglaterra, que a su vez era duque de Aquitania. Un escritor y poeta italiano llamado Dante, escribió un poema en que por este traslado de sede llamó a Clemente «pastor sin ley». Las presiones de Francia sobre

el papado habían hecho que este fuera de mal en peor. Si el Papa se había alejado de Italia para librarse de las presiones de los Orsini y de los Colonna, la servidumbre a la que sometieron al papado los reyes franceses resultó en detrimento de la independencia de la iglesia. Para empeorar las cosas, sin su pastor, las regiones del Estado Pontificio fueron abandonadas a sí mismas, dificultando así aún más la vuelta del papado a Roma. Ahora, Gregorio XI consideraba seriamente la idea de volver a la Ciudad Eterna en donde san Pedro en persona había puesto la primera piedra de la cristiandad ecuménica. Leonor no lo sabía pero todo ello habría de tener gran influencia en su vida futura.

No habían pasado muchos días cuando la monja velada, doña María Coronel, volvió a las Atarazanas. Venía esta vez con una mula cargada y un servidor fornido que llevaba al animal de un ronzal o rienda. Ella iba a pie, como la primera vez que vino de visita. No se dirigió a ver a Leonor, se fue en derechura hacia donde sabía que estaba la vivienda de Aquilino, él debía de estar en los alrededores pues al divisar a la monja apareció enseguida quitándose el bonete de la cabeza en señal de saludo.

—Dios os bendiga, buena madre —dijo solícito y almibarado, no en vano ya había divisado los fardos que transportaba la mula. Todos estos día había estado entre la duda y la esperanza. Él y su mujer habían comentado largamente si la «santa de Sevilla» en realidad les traería o no la ropa prometida.

—Dios os bendiga, buen amigo —dijo con voz dulce la velada dama —. Soy doña María Coronel. ¿Os acordáis de mí? —El cancerbero asintió varias veces dando cabezadas.

—¡Claro que me acuerdo, señora santa! Me prometisteis traernos alguna ropa de invierno... —se le iluminaron los ojos—. ¿Es acaso ese fardo para nos? —ella rio detrás de su velo. Su voz sonaba algo divertida.

—Bueno, amigo, parcialmente sí —se dirigió al servidor que llevaba a la bestia del ronzal—. Agustinito, bajadme el bulto que os dije era para Aquilino, llevádmelo luego a casa de este amigo.

No sabemos por qué a aquel hombre fornido, nervudo y musculoso le llamaban Agustinito. Quizás lo habían criado las monjas y de niño le llamaban así, o quizás por uno de esos caprichos que hace a la gente llamar a otros por lo contrario de lo que son. En fin, sea por la razón que sea, Agustinito, con gran diligencia sacó el fardo requerido y, como si fuese una pluma, se lo llevó hasta la casa del guardián de las Atarazanas. Salió al encuentro del portador y de la monja, una mujer de edad indeterminada, probablemente la esposa del guardián. Se

dirigió derechamente a la monja, se arrodilló en el suelo y besó el halda del traje de María Coronel.

—¡Pero qué hacéis, buena mujer! —protestó la monja, rescatando su traje de manos de aquella—. No debéis besar el halda del traje de una monja, eso es solo debido a la Reina y a los santos y reliquias.

—Pero señora María Coronel, sois una santa, la santa de Sevilla —protestó Adosinda, que tal era el nombre de la esposa del guardián—. Dicen que hacéis milagros...

—Levantaos, levantaos —le ayudó a alzarse del suelo en donde se había arrodillado para mejor besar el halda del traje—, vamos, buena mujer, no soy ni santa ni hago milagros. ¿Cómo os llamáis?

—Adosinda, para serviros, doña María.

Habían llegado a la vivienda propiamente dicha. Eran unas cuantas habitaciones estrechas, pero considerando que la mayoría de las familias solo tenía una o dos para todos, niños y mayores, cocina y dormitorio, era un lujo disponer de varias estancias. La mano hacendosa de una mujer se hacía notar. Estaba todo barrido y al entrar se respiraba un aire de tranquilidad y orden. La monja se sorprendió gratamente, había esperado un sitio desordenado y maloliente, acorde al aspecto de Aquilino, pero hete aquí que aquella casa era como un pequeño oasis en el ajetreo y alboroto diario de las Reales Atarazanas. Un niño muy pequeño dormía y otro que apenas andaba estaba cerca. María Coronel sabía, porque él mismo se lo había dicho, que tenía ocho hijos. Se preguntó por dónde andaría el resto de ellos. Dejó para más tarde el averiguarlo. Agustinito dejó en el suelo su bulto y esperó con paciencia a que su ama le diese otras instrucciones.

—Veamos, Adosinda, vuestro esposo me dijo que erais mucha gente, ocho niños, dos abuelas y vosotros dos —doña María Coronel hizo al sirviente señas de que abriese el paquete y este lo hizo diligentemente. Ropas y tejidos se desparramaron por el suelo—. Aquí os he traído bastante tela como para que podáis confeccionar ropa. Hay varias mantas, bastas, eso sí, pero abrigadas, sobre todo para los ancianos y niños, que pasan mucho frío. Os he traído también agujas, hilo y unas tijeras, por si no había en casa. Si los niños van descalzos, que vengan al convento de Santa Clara y pregunten por mí, si hay abarcas de su tamaño, se les dará. No os puedo prometer nada, los necesitados son muchos y nosotros pedimos limosnas para ellos, y no siempre llega —explicó con voz tranquila la monja—. Por cierto, ¿sois vos la que cocina para los presos? —no esperó respuesta—. Se dice en toda Sevilla que aquí se sisa de la mala comida que se les da para sacar algo de dinero para el carcelero. ¿Es verdad? —la miró de

frente, no era mala persona la tal Adosinda, así que cuando doña María le preguntó de frente si sisaba, no se atrevió a negarlo.

—Señora —balbuceó— somos tantos y somos tan pobres.

María Coronel miró a su alrededor, como apreciando la tranquilidad de ese hogar y dijo luego con suavidad:

—Hay otros más pobres y más desgraciados. El Señor Jesús no aprueba que se quite comida del plato de los pobres y el día del Juicio Final nos pedirá cuentas del hambre pasada por nuestra culpa. Recordadlo. Bastante tienen los cautivos con haber perdido su libertad y su esperanza para que además robemos de su plato —cambió de voz—. Ahora os bendeciré a todos y me marcharé, tengo aún mucho por hacer y he de llegar al convento a tiempo de rezar mis oraciones en comunidad.

La cabeza de Aquilino asomó desde la puerta.

—¿Os vais ya señora?

—Sí, Aquilino, he de repartir aún a muchos que son más pobres que vos.

—¡Ah! —fue todo lo que se le ocurrió decir al guardián.

La monja hizo la señal de la cruz sobre los circunstantes y se acercó al niño que dormía, de un bolsillo sacó un primoroso cascabel en una cinta larga y se lo puso al lado.

—Era de uno de mis hijos —explicó con voz suave— os lo dejo, cuidadlo bien, tiene mucha historia. Este niño, si cuando crezca quiere algo de mí, que venga con este recuerdo, será como mi ahijado —con su mano fina y blanca le trazó una señal de la cruz—. Adiós, pequeño. ¿Cómo se llama? —los esposos se miraron azorados.

—Señora, es tan chico que aún no lo hemos bautizado, será uno de estos días...

—¿Le podríais llamar Alfonso? Mi padre se llamaba así.

—Pero señora, Alfonso es nombre de señores, de reyes, marqueses y ricohombres.

—Si el cura dice algo decidle que lo ha pedido María Coronel, el comprenderá —sin más salió de la casa y se dirigió en derechura al lugar en donde estaban encadenados los prisioneros. Aquilino corrió tras ella.

—¡Señora allí no podéis ir! Está prohibido hablar con ellos. Ni acercarse a darles comida ni agua siquiera, ya tienen su ración por la mañana —María Coronel se dio media vuelta y le miró largamente, no dijo nada. Él se retorció las manos y se quitó de nuevo el bonete que se había calado—. No, señora, no, que no es posible. Tengo órdenes del Rey.

—¿De qué Rey? —preguntó ella con voz dulce.

—De don Enrique, señora monja. Me envió un mensaje a través de su sayón mayor. Si se entera me hará colgar.

—Idos de mi vista, pues, así no seréis cómplice ni veréis nada. Yo obedezco al Rey Señor don Jesús, hijo de María, Reina del Cielo, Él es el Señor del Universo, y me ha dicho que haga llegar a sus pobres y necesitados toda la ayuda que pueda, y he empezado con vos, aunque muchos, al saber mi intención me dijeron que no lo hiciera pues vos no lo necesitabais igual que otros, pero vos me lo habías pedido y yo no averigüé más. Ahora he de seguir mi obligación. Tengo una orden especial: «visitar al cautivo», y esta no puede ser derogada por nadie, ni por Enrique ni por el Papa Santo.

Aquilino se santiguó al oír nombrar al Rey como Enrique. ¡Estas santas eran en verdad deslenguadas! Pero ella le había traído ropas, como le prometió y él no era tan pobre como otros. Quizás el Rey no se enteraría, y si así era él diría lo que había dicho la monja, que ella vino en cumplimiento de una orden divina: visitar al cautivo, que no pudo detenerla. Al fin ella era una santa, todo el mundo lo sabía en Sevilla. Por culpa de don Pedro se había quemado el rostro, era una leyenda en Sevilla. Además era santa. ¿Y si le mandaba una maldición? ¿Y si rezaba contra él?

—Sed breve doña María Coronel —masculló escabulléndose. No quería estar allí ni saber nada de lo que ella fuese a hacer.

Leonor ya había visto a la monja y cómo esta había ido a la casa de su carcelero sin siquiera mirarlos. Por alguna razón abrigaba la esperanza de que luego vendría a verla a ella. Aguardó con paciencia, pero en las Atarazanas los días eran largos y aparte del ir y venir de los obreros de los barcos, armadores o navieros, no sucedía nada. En todo caso los que pasaban por allí evitaban hasta mirarlos. Bien sabían que en las Reales Atarazanas estaban los presos reos de alta traición o delitos semejantes. Había que evitar dirigirles una mirada amistosa o compasiva, no fuese alguien a pensar que eran cómplices o simpatizantes de semejante ralea, si así fuese podían hacerse acreedores de la *ira regia*.

Desde que por la mañana les despertaba el carcelero para que, lloviese o hiciese sol, saliesen al patio para encadenarlos al brocal, no sucedía nada. El mismo cuenco de comida en el suelo, la misma mísera ración de agua. A Leonor le pareció que quizás desde ahora tendría una simpatizante, quizás hasta una protectora. A partir del día en que apareció doña María Coronel, había esperado hora tras hora que volviese. Cuando la vio dirigirse a casa de Aquilino, creyó, o quiso creer, que en realidad a quien venía a ver era a ella. Se alegró de que no se hubiese olvidado de ella.

—Dios os bendiga, pequeña señora —saludó la monja. Leonor, sin saber por qué, intentó ocultar sus cadenas sentándose encima de ellas. Era inútil. Una larga ristra de eslabones iba desde la niña hasta la argolla que la sujetaba. La monja se acercó a ella—. Tengo poco tiempo, el carcelero vigila y no creo que nos dé tiempo para mucho —Leonor asintió, creyó mejor no decir nada, al fin y al cabo las noticias vendrían de la monja—. Os he traído ropa de abrigo, es mejor que no la deje aquí, así que entraré en la cuadra en donde dormís y os dejaré mantas bajo la paja. He traído también un traje menos llamativo para vos y el joven Lope. Son grandes, muy grandes, pero así os durarán más, no sé cuándo podré volver ni si me dejarán. No tiréis los trajes viejos, sus trozos os pueden servir en el futuro.

Trazó la señal de la cruz en la frente de Leonor y con paso decidido entró en la celda, o cuadra, que ese era su primer destino, que durante el día permanecía abierta. Dejó las dichas mantas bajo la paja que constituía el único lecho. Encima dejó unas ropas bastas, fuertes y grises, como las de cualquier pobre, solo que mirándolas con esmero se veían que en las costuras se había dejado suficiente tela como para agrandarlas. Una cajita con hilo basto y agujas completaba el «regalo» de la monja. También dejó visibles unos pares de abarcas y una especie de calcetines. Cuando apretase el frío y la humedad, serían de gran ayuda. No se había olvidado de don Ruy, para él dejó ropa apropiada a un trabajador, con la que llamaría menos la atención que con sus lujoso traje ya tan raído. También había una capa aguadera. Con la esperanza de que nadie viniese a revisar sus limosnas dejó envuelta en la ropa de Leonor un poco de comida. Era poco, pero era todo lo que podía hacer sin llamar demasiado la atención. Prontamente salió para no despertar más sospechas que las imprescindibles. Bendijo a los presos y a Ruy le dejó su rosario.

—No creo que os lo quiten, al menos podréis pasar el tiempo rezando. Os servirá de ayuda. Ninguna oración se pierde. Ahora me tengo que ir. No sé cuándo podré volver. El hecho de haber venido dos veces casi seguidas me ha sido muy difícil. Pero no os olvidaré. Haré lo que pueda. Adiós —dio media vuelta y se fue con su sirviente y su mula a continuar las órdenes de su Señor.

—No, Aquilino —dijo su mujer al carcelero— déjalos en paz. A nosotros ya nos ha traído más de lo que esperábamos. No me parece bien ir a quitarles la limosna de la monja. Somos cristianos y no debemos robar a otros más pobres que nosotros.

—Antes no te parecía tan mal —refunfuñó el hombre.

—Antes no es ahora, si les quitamos lo que les ha dado, no nos dará nada nunca más a nosotros —eso pareció convencer al carcelero y se

abstuvo de entrar a fisgar en lo que les había dejado a los prisioneros. Quizás doña María Coronel viniese de nuevo y acaso podría pedirle otras cosas. Si se enteraba de que él había robado a los presos podía despedirse de pedir a la monja cosa alguna.

Claro está que muy pronto se enteró de lo que la santa de Sevilla había dejado para sus prisioneros: mantas malas, ropa basta, abarcas. Nada que él ambicionase. Lo que había traído para él era mucho mejor. «Todavía hay clases», pensó muy ufano.

---

1 Su verdadero nombre fue Bertrand de Got. Nació en la región de Burdeos, Francia, y estudió legislación canónica en Orleans y Bolonia. Tras ejercer como obispo de Comminges (1295-1299) y de Burdeos (1299-1305), fue elegido Papa, gracias sobre todo a las intrigas de Felipe IV de Francia. Por haber trasladado la residencia de los Papas a Aviñón, Dante lo colocó en el infierno de su *Divina Comedia.*

Capítulo VII

PESTE EN SEVILLA Y EN LAS REALES ATARAZANAS. LAS GUERRAS DE JUAN DE GANTE Y LA TOMA DE LA ROCHELA.

... En esto vino una pestilencia e murieron todos... e treze caballeros de la casa de mi padre...

Memorias de Doña Leonor López de Córdoba.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Cuando se habla de cosas terribles es mejor invocar a la Santísima Trinidad antes de empezar. Aún los recuerdos son maléficos y perjudiciales y pueden despertar a Satán y sus obras, pues no hay duda de que fue no obra de Dios, sino de Satanás, la epidemia que asoló no solo a Sevilla sino a Spania entera en aquellos años.

Cuando en casi todas las casas empezaron sus moradores a fallecer aquejados de aquel terrible mal al que llamaban «peste negra», en los pueblos, villas y lugares se hicieron rogativas y se sacaron en procesión a los santos y reliquias para bendecir calles y campos, pero eso pareció no servir de nada. Los sacerdotes entonaban con piedad y consternación el Salmo 50: *Miserere mei, Domine, secundum magnam misericordiam tuam; dele, Domine, iniquitatem mean* —«Ten piedad de mí, Señor, según tu gran misericordia; borra, Señor, mi iniquidad»—. Pero tan piadosas invocaciones no bastaron para que el Señor se dignase aplacar su ira. ¿Qué podía esperar la gente del común, si hacía años el mismo Rey de Castilla, don Alfonso XI había muerto de la temida peste? La malatía vino muchas veces como dando la vuelta por si se le había olvidado alguien. Ella atacaba a todos por igual, ricohombres y menestrales, viejos y niños, mujeres y hombres, solteros y madres. Hacía ya años que por nuestros muchos pecados la muerte se paseaba de lado a lado, de norte a sur y de este a oeste. Por un tiempo se llegó a suponer que la pestilencia no retornaría, pero volvió como un hombre borracho sobre sus pasos a recoger a los pocos que habían quedado en algunos pueblos. Hacía algunos años que en Sevilla y su comarca parecía que la peste iba disminuyendo su ferocidad y la buena gente empezó a creer que poco a poco se desvanecería para siempre, cuando de pronto arreció como hace la lluvia cuando creemos que va a escampar.

Muy pronto los temidos carros llenos de cadáveres empezaron a rodar por las empedradas calles y por las fangosas también. Los que pudieron huyeron a otros lugares y los *meskinos* dejaron de acudir a

sus trabajos, a veces porque ya no lo había, otras porque el amo estaba enfermo y temían el contagio, las más de las veces porque ellos mismos se contagiaron del mal y no tardaron en morir. Los más piadosos cuidaban a sus deudos y luego ellos mismos morían. Los últimos de la familia morían sin que nadie cuidase de ellos ni les alargase un vaso de agua.

Al amanecer, el carromato que recorría las calles recogiendo a los que habían fallecido por la noche, venía ya abrumado y sus ruedas chirriaban con el peso de la carga. Durante la noche el carretero pasaba agitando una campana y gritaba, parando de vez en cuando ante las puertas:

—¡Por el amor de Dios, sacad a vuestro muertos!

Al principio se veía con frecuencia a los sacerdotes que llevaban el Santo Viático a casa de los apestados. Los monaguillos les precedían agitando sus campanillas, como siempre se había hecho; más tarde, el sonido de las campanillas se hizo tan aterrador por su frecuencia, que los clérigos llevaban al Santísimo en silencio por no asustar más a los feligreses. Aún más tarde ni siquiera los sacerdotes acudieron a consolar a los enfermos y darles el último aliento, ellos también habían fallecido.

María Coronel no volvió. Leonor que veía pasar el carro de los muertos, se preguntó si la compasiva monja habría muerto. No había modo de saberlo ni de preguntar por ella. Aquilino les traía la comida pero cada vez les dejaba más lejos el cuenco con agua y el alimento de cada día. Al fin terminó por empujarlo hacia ellos con un palo.

—¡Alejaos, alejaos! —gritaba cuando por la tarde venía a soltarles las cadenas para entrarles en su celda. Desde lejos tiraba de ellos y se alejaba a toda prisa. Ya no vino a cambiarles la paja que les servía de cama, ni siquiera parecía vigilarles como antes. Leonor temía que algún día ya no apareciese y entonces, ¿qué sería de ellos? Aprovechando que el vigilante ya casi no supervisaba nada, un día tuvo una rápida visita de alguien conocido en otros tiempos. Un antiguo servidor de su casa cruzó el patio de las Reales Atarazanas.

—¡Doña, Leonor —siseó cuando estuvo cerca—, doña Leonor! —ella levantó la vista y lo miró con detenimiento. Tardó algo en reconocerlo. Era el marido de su primera aya, ella se llamaba Onneca y él Hermesindo.

—¡Por el amor de Dios, Hermesindo! ¿Qué hacéis aquí? En las Atarazanas no queda nadie, excepto los prisioneros que aún no han muerto, algún guardián, y nadie más, si no es por las ratas que corren de aquí para allá...

—¡Las ratas! —se estremeció el hombre y por un momento pareció

que iba a echar a correr—. Dicen que están malditas, que donde aparecen las ratas muere alguien... Pero en fin, señora, ¡cuánto habéis cambiado! —y era verdad. Leonor había crecido y como sucede con los niños cuando sufren, se había afilado y su estatura era ahora muy aventajada para su edad—. Sabía que estabais presa en las Atarazanas —continuó— y deseaba veros y conocer de primera mano si podía hacer algo por vos —miró alrededor por si el guardián aparecía, pero nadie les interrumpió—. Mi Onneca os amaba mucho, ahora ha muerto, no por la peste, mi niña —le apeó el tratamiento como cuando era pequeña— de una mala tos, hace ahora casi un año. Siempre me encomendó que no os dejase sola. Todos sabíamos el terrible fin del señor Maestre, (a quien Dios tenga en su gloria) y de vuestra cruel prisión —pareció perplejo—. No sé cómo os puedo ayudar, pero deseo hacerlo. De los caballeros maestrantes de vuestro padre que el Rey no mandó matar, han muerto trece de la peste, en estas mismas Atarazanas; también han fallecido casi todos vuestros parientes —miró con pena a don Ruy que escuchaba sin intervenir—. También han muerto vuestros cuñados, señor —luego hizo una pausa y se dirigió de nuevo a Leonor, rebuscó en sus bolsillos—, os he traído algo, para vos y para vuestro señor esposo, no tengo más —le ofreció unos huevos—. Están cocidos, así os durarán unos días. Procuraré venir si sigo con vida, adiós, señora. No os olvidaré. Me voy antes de que me vean y me prohíban volver —desde lejos hizo rodar los huevos sobre el polvo en dirección a los prisioneros. Cruzó sus manos sobre el pecho como si fuera el ademán de un abrazo y salió sin mirar atrás. Nadie se percató de nada.

A Leonor era esta una visita que en otro tiempo no le hubiese causado impresión, pero ahora, al verse abandonada por todos, sin saber qué le depararía el destino, se maravilló de que aquel anciano servidor hubiese desafiado su confinamiento con peligro de su propia vida para traerle unos huevos cocidos.

—¡Se acordó de mí! —dijo en alta voz mirando los huevos cubiertos de polvo—. ¡Don Ruy! —llamó la joven—. ¡Don Ruy! —su marido la miró casi sin verla, sus pensamientos estaban en otra parte. Sus primos habían fallecido, no eran sus cuñados como dijo Hermesindo, él no tenía hermanos ni hermanas y por lo tanto no podía tener cuñados ni cuñadas más que el pequeño don Álvaro, pero sus primos habían muerto y él ni siquiera sabía si alguno se había salvado, y si era así, cuál de ellos.

Si doña Leonor había crecido, él había envejecido. Las cadenas, el sufrimiento y sobre todo la desesperanza habían hecho mella en el joven que no hacía tanto tiempo se había casado lleno de perspectivas,

acaudalado y poderoso. El envidiado hijo del canciller del sello. Un futuro brillante se había abierto ante él y ahora se veía reducido a la nada. Su esposa estaba junto a él y él no podía hacer nada por ella, y su pequeño cuñado que desde que llegó a prisión casi no hablaba. Desde lejos le pareció que le llegaba una voz:

—¡Don Ruy! —pareció despertar de un sueño.

—¿Decíais, doña Leonor?

—Mirad, querido esposo, tenemos un regalo. Mi siervo —se interrumpió y lo pensó mejor— mi amigo, Hermesindo nos ha traído unos huevos cocidos, hace mucho que no probamos tal cosa. Os mando uno rodando por el suelo, con mucho cuidado para que os llegue bien.

Así lo hizo y él se encontró esperando con expectación la inesperada golosina. Leonor llamó a su hermano don Lope y le ofreció otro huevo. El niño pareció interesarse por ello y esperó que a él también le llegase el huevo. Todos lo comieron con fruición.

—No sabía —dijo Leonor— que un huevo cocido pudiese estar tan rico. Aún queda alguno. Los guardaremos para otro día, no creo que se estropeen, si están cocidos deben durar algunos días. ¡Qué buen día el de hoy! Un amigo nos viste y nos trae regalos, también nos promete que volverá y además estamos vivos un día más.

Esa noche el guarda vino con mala cara y los llevó a su celda con gran lentitud. Al salir dejó una llave junto a la puerta.

—Mi esposa me ha pedido que os deje la llave junto a la puerta, si no vengo mañana, salid vosotros mismos. No se os ocurra huir, a la puerta de las Atarazanas aún hay a veces guardias, y si os ven, no os dejarán salir, al contrario, os cortarán las manos y los pies si intentáis huir. Cuando salgáis de la celda, si lo hacéis, encadenaos vosotros mismos, así nadie se dará cuenta de que estáis sueltos —respiró con dificultad—, ahora me voy. Hasta mañana... si Dios quiere.

Pero Él no quiso y al día siguiente el siniestro carro se llevó a Aquilino.

Durante dos días nadie vino a preocuparse de los prisioneros. Ellos, caída la noche, con todo sigilo se retiraron a su celda tal y como les había recomendado el pobre hombre antes de su muerte. Antes de que rompiera el día, por no llamar la atención saliendo solos de la celda, pasaron al exterior cuando aún era de noche. Cerraron sus cadenas y Ruy enterró la llave debajo de sí. Ahora, después de tantos meses ya podían arrastrar sus cadenas. Al principio les había sido imposible moverse pues el peso de ellas se lo impedía, pero ahora habían aprendido a moverlas arrastrando cada vez un trozo. El que aún no lo hacía era el pequeño Lope que tenía que ser ayudado. Leonor se

arreglaba para caminar un poco alrededor de su poste, buscando la sombra o el sol según las horas y entonces procuraba situarse cerca de su hermano. Le hablaba quedamente para animarlo, pero él nunca le contestaba. No obstante a ella le parecía que al escuchar su voz se acurrucaba y se dormía sobre el suelo.

Tenían hambre. Ahora, con la llave a mano, se arreglaban para sacar agua del pozo cuando nadie les veía y beber del mismo cubo. Pronto se les ocurrió sacar agua antes del amanecer, antes aún de que llegase el tétrico carro con aquel carretero que gritaba:

—¡Sacad vuestros muertos, por el amor de Dios!

Pasado algún tiempo, inclusive el carro dejó de venir todos los días. Se ve que el carretero también había muerto. Luego vino otro hombre, un viejo, que casi no tenía voz. Era el sujeto, seguramente, menos piadoso que el anterior. Solo gritaba:

—¡Fuera con los muertos! —luego se iba calle abajo, chirriando las ruedas bajo el macabro peso. Más lejos se oía de nuevo—: ¡fuera con los muertos! —y luego de nuevo las chirriantes ruedas, hasta que poco a poco se perdía en la lejanía del amanecer sin esperanza.

Al tercer día apareció la mujer del guarda, Aquilino, aquella que ya sabemos que se llamaba Adosinda. Parecía agobiada y triste. Llevaba de la mano a uno de sus niños. En un atadijo a la espalda cargaba con los cuencos, ahora vacíos, y en la otra mano traía un pequeño caldero con un cucharón dentro. Se acercó lo más que pudo sin llegar a ellos del todo.

—Buenos días —saludó con voz cansada. Leonor la miró con pena. Sabía que era esta mujer la que cocía sus alimentos y aunque estos no eran demasiado buenos al menos les sostenían con vida. Desde que viniese a verles doña María Coronel, la comida había mejorado. Había más y de mejor sabor. Seguramente la monja había intercedido por ellos—. Aquí os traigo la comida —dijo la mujer, poniendo en el suelo la cazuela—. No os he hecho comida especial, comeréis lo que nosotros. No nos ha llegado ni nuestro salario ni vuestro estipendio, seguramente el pagador ha muerto. Mientras vivamos, o mientras yo viva, comeremos lo que podamos —luego miró a sus prisioneros con avidez. Bajó la voz—. ¿Tenéis la llave? —Ruy asintió sin decir palabra —. Bien —servía los cuencos mientras hablaba sin mirarlos—, si yo muero, y nadie viene a daros de comer o a entraros en la celda, mala señal. Entonces podríais morir de inanición. Esperad a la noche e intentad huir. Pero esperad hasta que no haya más remedio, hay guardias todavía, las Reales Atarazanas son muy grandes y cada sección tiene sus propios vigilantes. Todos saben quiénes son los presos y no os dejarán salir impunemente si os ven. Si os sorprenden

seguramente os matarán —tendió un cuenco a cada uno. A Lope, que lo cogió sin decir nada, a don Ruy, que murmuró un «gracias, señora» y a Leonor que, curiosa, le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Adosinda, doña Leonor.

—¿Sabéis mi nombre? —se maravilló la joven.

—Claro, no es un misterio para nadie que sois la hija del Maestre de Calatrava, que fue señor de Sevilla, hace tiempo.

—Mucho tiempo, sí —suspiró Leonor.

—Señora, os he cuidado aunque vos no supierais...

—Gracias, Adosinda. Os recordaré en mis oraciones —suspiró la joven— no podré pagaros de ninguna otra manera.

Pero la mujer pensaba en lo suyo y pareció no escuchar lo que decía:

—Sí, así es, he hecho lo que he podido. Ya veis que vuestra comida no ha faltado nunca y que después de unos días —se avergonzó un poco y calló sin saber cómo seguir— después de unos días en que no fue tan buena, mejoró —Leonor lo había notado, pero también sabía que fue a raíz de la visita de doña María Coronel. Seguramente la monja tenía algo que ver con la mejora.

—Sí —dijo Leonor— me acuerdo del antes y del después, Adosinda. ¿Qué nos queréis decir con ello? —la mujer bajó la cabeza, se veía que le costaba mucho trabajo hablar, no sabía cómo plantearlo.

—Si al fin, señora, tenéis que iros de aquí arrostrando el peligro que ello conlleva, será porque he muerto. Mis hijos, si queda alguno con vida, quedarán solos y morirán de hambre. Si yo muero y vosotros no, lleváoslos con vosotros —se puso a llorar solo de pensarlo—. Si escapáis con vida al salir de las Atarazanas —continuó después de secarse las lágrimas con el delantal— tendréis que ir a algún sitio. Id a sagrado, en donde la justicia no pueda tomaros de nuevo. El convento de Santa Clara será un buen sitio, sé que las monjas han habilitado un lugar para los huérfanos que pululan por las calles. Gente caritativa les manda dinero y víveres para esos pobres. Decidle a doña María Coronel que mis hijos quedan solos en el mundo. Ya veis que me juego la vida dejándoos la llave de vuestras cadenas. De todos modos, para que nadie sospeche, vendré todos los días por la mañana para sacaros y de tarde para entraros en las celdas, como hacía mi marido. Guardad la llave que tenéis por si os hace falta, y en ese caso acordaos de mi súplica.

Esperó con paciencia a que los prisioneros se tomasen lo que ella había traído. No era demasiado sustancioso. Una especie de sopa de coles y habas de judea con un trozo de tasajo. Era buena cocinera y el

plato, a pesar de su escasez de materiales, sabía bien gracias a la adición de algunas hierbas como menta u otras.

—Me voy; hoy nos traerán a otro preso, estaba en otro patio en este mismo lugar pero todos han muerto allí, así que lo agrupan con vosotros, ni una palabra de lo dicho, a veces por salvar el pellejo unos presos traicionan a otros. Quizás si viene otro nos den su parte de gasto y eso nos ayude a todos —cambió de asunto—. Como mi marido ha muerto y hacen falta carceleros, me dejan tomar su lugar, al menos por ahora —se paró un momento—. Tengo algo más que deciros. Os traeré una escoba. Barred la celda y sacad la paja. Os traeré paja nueva y sobre todo no dejéis entrar a las ratas, dicen que donde hay ratas llega la peste. Aunque —añadió con tristeza— en mi casa no hay ratas y ya veis, Aquilino ha muerto.

Recogió a su niño, sus cuencos y el caldero vacío y se fue.

Esa misma tarde un soldado trajo a empujones a un tipo. Era un pobre hombre barbudo y desaseado. Vestía harapos y su luenga barba no dejaba ver bien su rostro. También llevaba largas cadenas que el soldado, después de mirar alrededor, aseguró en el mismo sitio que se cerraban las de Leonor.

—Así tendréis una dama con la que alternar —dijo, se rio de su propia gracia y se fue, no sin darle antes un puntapié al infeliz preso. El hombre, que había caído en el suelo se levantó y se sacudió el polvo. Leonor y Ruy le miraron sin saber qué decir. No sabían si era un facineroso o un desgraciado como ellos, quizás un seguidor del difunto don Pedro.

—Perdonad estos modales —dijo con voz agradable—. Espero que este desgraciado no os haya asustado, es solo un pobre imbécil. Ni siquiera es malo —los miró con detenimiento—. ¡Vive el cielo, que creí que todos habíais muerto!

—¿Nos conocemos? —preguntó don Ruy.

—¿Que si nos conocemos? Claro que sí, y somos casi parientes, don Ruy, doña Leonor y don Lope.

—Perdonad, señor, vuestra gracia es...

—Sancho Míñez de Villendra, gran chambelán de mi señor, don Pedro.

—¡Pico Míñez! —exclamó Leonor, corriendo a sus brazos—. ¡No os han matado! —y se abrazó a él.

—Así que os acordáis de que todos me llamaban Pico Míñez —se rio el barbudo, abrazándola a su vez—. Todo empezó cuando era muy pequeño, decían que tenía un pico de oro, de allí me quedó lo de Pico, ¡qué buena memoria, doña Leonor, creí que por ser tan chica o lo habríais olvidado o quizás nunca lo supisteis!

—¡Pero cómo!, si creo que nadie os llamaba Sancho, al menos cuando no estabais presente —dijo con buen humor la joven.

—Me trae buenos recuerdos —dijo él con un suspiro—, recuerdos de tiempos más bonancibles. El carcelero me llama «Eh, tú» o «nobilísimo cretino», así que ser llamado Pico es un lujo. Verdaderamente estoy sorprendido de haberos hallado con vida, me habían dicho que toda la familia del buen Maestre había muerto —alejó a Leonor de sí y mirándole a la cara preguntó—: ¿sabéis cómo murió? —el rostro juvenil de Leonor López de Córdoba se ensombreció.

—Sí, me lo contaron, hay gente mala. No faltó quien lo hiciera. Lo arrastraron por la ciudad y lo descuartizaron, a pesar de que era hidalgo de casa y solar conocido, Maestre de Calatrava, ricohombre y uno de los caballeros más nobles del reino. Estaba amparado por el estatuto nobiliario que prohíbe esta clase de muertes a los nobles. Si han de morir ajusticiados no han de ser ahorcados, ni degollados ni de otra forma infamante, se ha de hacer por la espada, sin atarles las manos y sin cubrirles los ojos —miró a lo lejos con la vista nublada por las lágrimas—. Nada de esto se llevó a cabo, lo mataron como a un villano. El honor de la casa López de Córdoba fue arrastrado y mancillado. La deshonra cubre nuestro nombre y se extiende a nuestro linaje. Si Dios quiere que salga de aquí dedicaré mi vida a recuperar el honor perdido y a dar honra y poder al linaje de los López de Córdoba, si Dios quiere y así lo permite —terminó piadosamente.

El bueno de Sancho Míñez de Villendra la miró atónito, nunca hubiera pensado que una jovencita de apenas ocho o nueve años, en tal situación, pensara siquiera en lavar el honor que creía mancillado de la casa de los López de Córdoba. En todo caso eso correspondería a don Lope. Pero don Lope era un chiquillo. Quizás más adelante, si sobrevivía a la peste y al cautiverio, y si su espíritu no se había roto y si... ¡cuántos imponderables!

—Dejadlo estar, doña Leonor. Si salimos de esta, yo os juro no dejaros sin ayuda —lo pensó un poco y luego miró a don Ruy—perdonad, don Ruy, sé que es vuestra esposa, pero es tan niña que lo olvidé de momento —se puso serio de pronto—. Os prometo a los tres, hijos de mi señor don Martín, que si yo salgo vivo de esta, ninguno de vosotros morirá pobre —bajó la voz—. Tengo suficiente para que seamos ricos todos nosotros, me quitaron lo que pudieron y supieron, pero yo tengo mucho que ellos no conocen. Será para nosotros cuatro. He oído que a vosotros, los de don Martín, os han despojado hasta del nombre, os han apeado de la nobleza, quitado las propiedades y los bienes... —vio cómo Leonor fruncía el ceño y se apresuró a cambiar de

conversación—. En fin, que no seremos pobres. ¡Lo juro! ¡Ánimo, somos ricos, muy ricos! Ahora, contadme vuestra vida aquí y luego yo os contaré la mía, así el tiempo se nos hará corto hasta que venga el carcelero a encerrarnos en la celda.

De esta manera fortuita la cárcel se les hizo algo menos dura a los hijos de don Martín. Pico Míñez les acompañaba y resultó ser un buen compañero, inclusive les ayudó a barrer la celda y hacer buenos montones con la paja limpia que trajo Adosinda. De algún sitio Pico Míñez sacó unas monedas, mínimas, pero monedas al fin y al cabo, que dio a la carcelera.

—Me han dicho que tenéis hijos y que la paga no ha llegado. Os daré lo único que me ha quedado para ayudaros y ayudarnos, así podréis al menos comprar algunos nabos y cebollas.

Adosinda no dijo nada pero después de pensarlo un momento tomó las monedas y salió sin agradecerlo siquiera. En su corazón tomó aquella imprevista compensación por la respuesta a sus oraciones. Llevaba varios días rezando para que el dinero llegara. Había venido, por otros derroteros, pero había llegado, los caminos del Señor son inescrutables.

Mientras en Sevilla sucedía todo esto, las infantas, casadas con el duque de Láncaster y el conde de Cambridge, habían hecho camino de Londres; su suegro, Eduardo III, deseaba conocer a las nobilísimas nueras. Eduardo reconocía —¡cómo no!— a Constanza como Reina legítima de Castilla y por tanto su hijo, Juan de Gante, era el legítimo Rey consorte de Castilla y como tal debía procurar recuperar tan fabuloso botín. Sin embargo había algunos nubarrones en el matrimonio de Juan y Constanza. En 1370 tuvo Juan un hijo con su amante, Catalina de Roet-Swynford, y tendría otros más en los años siguientes, mientras que no tuvo ninguno con Constanza, pero esos detalles le parecían minucias al Rey de Inglaterra, que habló largo y tendido con su hijo sobre la conveniencia de no disgustar en demasía a la heredera de Castilla. Podría protestar ante el Papa por las infidelidades de Juan de Gante, y la Santa Sede podría, inclusive, darle el divorcio o disolver el matrimonio. Ello no les convenía.

De momento la infanta ignoraba, o fingía ignorar, las relaciones de Juan con Catalina de Roet-Swynford.

El duque de Láncaster, que deseaba vivamente ser coronado Rey de Castilla, inició un acercamiento paulatino a las cuestiones de la Península. Lo primero era buscar un acuerdo con los amigos de su enemigo, siendo su enemigo el castellano Enrique II, que detentaba el poder por haber matado al Rey legítimo, todos los que rechazasen a Enrique Trastámara, eran susceptibles de ayudarle a él a reponer en el

trono a su esposa Constanza, la hija del Rey asesinado, y puesta ella en el trono, él se sentaría allí junto a ella. Quizás entonces debería abandonar a Catalina, pero eso ya se vería luego.

Lo primero era buscar acuerdos con Pedro IV de Aragón, Carlos II de Navarra y Fernando I de Portugal, todos ellos estaban enfrentados a Enrique, y juntos quizás podrían quebrar el poder real y debilitar su ejército obligándole a desgastarse en varios frentes al tiempo, haciéndole acudir a las distintas fronteras con algazaras y ataques súbitos. Habría entonces llegado el momento para invadir Castilla con un ejército inglés y rematar su obra. Él sería el Rey de Castilla y como Constanza le debería el trono y los partidarios del muerto Rey le estarían agradecidos por haberle vengado, nadie se opondría a su gobierno. ¡Solo veía un futuro de gloria si todo salía como él proyectaba! Pero se le olvidó un detalle: Enrique, el enemigo y falso Rey, era amigo y aliado de Francia. Enrique debía el trono al francés Duguesclin, y Carlos V de Francia era su amigo y aliado; y Francia era enemiga de Inglaterra. Todo era muy complicado y recuperar el trono de Castilla podía ser muy difícil sin aliados.

Inglaterra y Francia podrían verse de nuevo enfrentadas. Ello era un gran peligro para ambas partes.

En todo caso Constanza y Juan de Gante habían tomado, desde el día de su matrimonio, el título de Reyes de Castilla y de León. El tener, verdaderamente, la corona en sus manos y el trono en su poder, era cosa de tiempo.

Con ese propósito, la corte inglesa empezó a hacer preparativos militares que desembocarían en una acción en toda regla contra «Enrique, el fratricida», como le llamaban. Pero Enrique estaba informado de estas intenciones y no deseando ser cogido en una trampa, se les adelantó y envió una formidable escuadra a la Rochela, en la costa occidental de Francia ayudando así a recuperar esta plaza a Carlos de Francia, su aliado. La Rochela había estado largo tiempo en poder de los ingleses y era el punto clave de la defensa de la Guyena inglesa, naturalmente no deseaban cederla a Francia pero con la ayuda de Enrique se recuperó aquel lugar para la soberanía francesa.

El almirante al mando de la escuadra castellana fue Bocanegra, y por parte de los ingleses se encomendó el mando de la armada a un joven noble, novato y por ello inexperto: el yerno del rey Eduardo III, Juan de Hastings, conde de Pembroke.

Alabado sea el Señor, y que Él, en su infinita misericordia haya perdonado a todos los marineros que cayeron al mar y se ahogaron. Durante dos días completos los ingleses se batieron contra los franceses, que en realidad eran los castellanos de Bocanegra. Se

hundieron muchos barcos y fue imposible recoger a todos los náufragos. Los de Enrique de Castilla y de León incendiaron muchos buques enemigos y las llamas alumbraban las sombras de la noche mientras la batalla continuaba con ferocidad.

Se enfrentaron veintidós navíos castellanos y treinta y seis ingleses además de doce barcas de carga y descarga de parte de Pembroke. El choque de ambas armadas, los abordajes y los incendios fue haciendo disminuir el número de barcos, en cambio la ferocidad de la batalla aumentaba. Muchos marineros saltaron al agua al ser sus navíos pasto de las llamas, los que caían al agua gritaban pero en la oscuridad, aunque hubiesen querido recogerlos era imposible distinguirlos, solo las llamas de los barcos que ardían alumbraban círculos rojos y cárdenos en la noche. Los náufragos pronto dejaban de gritar.

Tras dos días y una noche de combate, el almirante Pembroke dio la batalla por perdida y se entregó a Bocanegra.

Ya no le quedaban barcos ni munición. Con toda dignidad entregó su bastón de mando a Bocanegra.

—No se dirá que no combatimos hasta el fin de nuestras posibilidades —dijo serenamente. El almirante castellano respondió:

—Excelentísimo señor don Juan de Hastings, conde de Pembroke, acepto con honor el bastón que me cedéis. Ahora, si estáis de acuerdo, sonarán las bocinas que anunciarán el fin de nuestra porfía. Queda entendido que el mar queda para mi señor, don Enrique II, Rey de Castilla y León y para su aliado, don Carlos de Francia. La Rochela es nuestra.

El conde asintió, sin poder decir palabra alguna. Con sorpresa oyó a don Ambrosio decir:

—Ahora es el momento de rendir honores a vuestra escuadra. Reuniremos a los nuestros y en formación de revista rendiremos honores a los vivos y a los muertos.

El regreso de los castellanos y leoneses fue recibido con gran júbilo. En el puerto de Santander se amontonaba la gente comentando lo que ya se sabía de la batalla. En la bocana les esperaban músicos que tañían añafiles y trompetas. Venía preso el conde Pembroke y su plana mayor.

No tuvo Enrique tiempo de saborear su victoria, enseguida supo que otra flota inglesa venía dispuesta a atacar los puertos del Cantábrico. Dejaremos ese relato para otra ocasión y volveremos sobre nuestros pasos para ver qué hacía Leonor después de que Adosinda desapareciera de sus vidas.

Capítulo VIII

LA DESHONROSA MUERTE DE DON LOPE FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y EL TESTAMENTO DE ENRIQUE DE TRASTÁMARA.

... fue la voluntad de Dios que muriese tres días más tarde... y
se lo llevaron al herrero, como a los esclavos...

Memorias de doña Leonor López de Córdoba.

Adosinda desapareció súbitamente de sus vidas, y no porque muriese, sino porque un anciano pariente vino un día para llevársela con toda su prole.

Un día cualquiera se acercó a los presos y les anunció:

—Me voy, el Señor se ha compadecido de mí y me ha enviado a mi tío abuelo. Él me lleva consigo. Todos los de su sangre han muerto y se acordó de nosotros; ahora, los que hemos quedado vivos formaremos una nueva familia con los pocos supervivientes que quedamos, si el Señor lo permite. Yo le cuidaré, pues es viejo, y él, a su vez, velará por nosotros. Tiene algunas tierras y al menos de comer, no nos faltará. Posee algunas cabras y dos cerdos y precisa ayuda para atenderlos. Ya no necesitaré encomendar a mis hijos a la caridad de simples presos. Os relevo de vuestra promesa. Adiós, me voy hoy mismo.

—¿Y qué será de nosotros? —preguntó afligido don Ruy—, ¿quién nos dará de comer?

—He dicho al guardián de la puerta que me voy, no puede detenerme pues mi paga, digo la de mi marido, no ha llegado desde hace ya mucho, y quizás no llegue nunca más. No tengo obligación de trabajar para los prisioneros si no hay paga, ni siquiera tenemos con qué alimentarnos nosotros, mucho menos dar de comer a los presidiarios. Ya lo sabéis. El vigilante de la puerta o el capitán de la plaza verá qué hace con todos vosotros. Os dejo unos cuencos para que al menos podáis beber agua mientras yo no estoy, del resto no puedo deciros nada. ¡Que el Señor se apiade de vosotros!

Tampoco podía hacer mucho más. Adosinda tenía miedo y mucha hambre. Un lugar con comida segura se le antojaba el paraíso.

Así, nuestros personajes quedaron solos. Aunque tenían una llave, decidieron no moverse del lugar para no descubrirse. Al fin y al cabo tampoco podían huir, la puerta seguía estando bien vigilada. En cuanto a la llave, quizás alguna vez pudieran servirse de ella si permanecía secreta. Adosinda, antes de partir, además de los cuencos

prometidos, les dejó unos malos restos de comida, lo poco que había en su casa. Vino la noche y nadie se preocupó de ellos. Los prisioneros se acercaron unos a otros y durmieron al raso, al día siguiente un soldado se acercó a ellos.

—¡Eh, vosotros! ¿Habéis dormido al aire libre?

—Sí, hemos dormido a la intemperie, nadie vino a llevarnos a la celda.

—La carcelera se fue ayer, y yo no supe de vosotros hasta hoy. ¿Cuál es vuestra rutina?

—Por la mañana nos sacan de la celda y nos encadenan al brocal del pozo, tal y como veis. Nos traen agua y comida una vez al día. A la noche nos encierran en la celda que desde aquí se ve abierta. Esa es nuestra vida.

—¿Y cómo es que os traen agua si estáis al lado del pozo? —se admiró el hombre.

—Pues, como veis, nuestras cadenas no nos dejan llegar hasta el cubo. Creo que lo hacen a propósito, para que los prisioneros no beban sin que esté autorizado.

—Ya veo, ya veo; no me parece de buenos cristianos, mandaré que pongan un pozal con una cuerda más larga para que os dejen agua en él cerca de vosotros y así la podáis tomar vosotros mismos —se paró sin saber qué más decir—. Bueno, me llamo Gratiadei, si sucede algo urgente, me llamáis, pero procurad no hacerlo, ha muerto tanta gente que no damos abasto para todo el trabajo. No soy carcelero, soy soldado de nuestro señor don Enrique. Os traeré comida de la nuestra, de los hombres del Rey; no tenemos cocineros para los presos y al fin y al cabo ya casi no queda ninguno. Alguno en los patios interiores —lo pensó un momento y dijo— en lo de la comida a lo mejor salís ganando, por lo que he oído... —se fue sin añadir nada más.

Algo sucedió que rompió un tanto la rutina de los presos. La llave de las cadenas de Pico Míñez no apareció. La de Leonor y los suyos había quedado colgada en la pared de la casa de Adosinda, pero la de Pico, no apareció por ningún lado. Quizás, por un descuido, o por otra razón, la carcelera se la había llevado sin darse cuenta. Don Sancho Míñez de Villendra, gran chambelán del rey don Pedro, quedó sujeto a una anilla cerca del pozo sin que a nadie pareciera importarle. Por la noche había de dormir a la intemperie resguardándose lo mejor que podía de las inclemencias del tiempo.

—No os preocupéis, buen hombre —dijo Gratiadei—, en cuanto venga por aquí un herrero, os haremos cortar las cadenas y os pondré otras con llave nueva; cadenas no nos faltan, nos sobran. Ya he dejado recado en Sevilla para que me busquen uno, pero como tantos

menestrales han muerto, igual toma un tiempo antes de que me localicen uno. Pero vendrá, os lo aseguro —dicho esto pareció que había cumplido su obligación, dio media vuelta y se fue.

La verdad es que Gratiadei no era mal hombre, mejor de lo que había sido el marido de Adosinda, que estaba encallecido en esa profesión. Gratiadei lo tomaba como una obligación más en su vida de soldado, como revisar las caballerías o hacer servicio de guaytes en la muralla. Puntualmente les sacaba al exterior, les traía su agua y comida y de vez en cuando les vigilaba desde lejos. Ni les molestaba ni se burlaba de ellos como habían hecho otros antes. Solo Pico Míñez se quedaba de noche y de día junto al brocal. El soldado le había facilitado una capa aguadera de aquellas que usan los hombres de armas cuando han de vivaquear a la intemperie, en ella se arrebujaba el preso para dormir. Leonor y los suyos, no dijeron a Gratiadei que ellos tenían una copia de la llave de sus propias cadenas. Quién sabe si algún día les sería útil. Desde luego no abrían las de Pico pues sigilosamente lo habían intentado y no funcionó. Si se hubieran abierto estaban dispuestos a decir que la carcelera les había dado una llave por si ella se moría y nadie venía a por ellos, pero no fue necesario, la llave no funcionó para Pico, y así la volvieron a esconder. Quizás todavía morirían todos los de las Atarazanas, y ellos no. Entonces se podrían escapar, huir de su destino. El carro siniestro todavía pasaba por las madrugadas con su grito lúgubre y despiadado:

—¡Fuera muertos!

Un día Pico Míñez manifestó sentirse mal.

—No os acerquéis a mí, mis niños, creo que la peste ha llegado hasta mí —estaba pálido y su mal color se veía aun a través de su barba crecida.

Ese mismo día cayó inconsciente. Tiritaba de fiebre y se revolvía inquieto sobre el duro suelo de polvo apisonado. Gratiadei cuando vino a traerles su ración diaria de comida y agua, se acercó por el lado opuesto a donde yacía Pico Míñez. Dejó lo que traía lo más lejos que pudo y se retiró apresuradamente.

—¡Don Gratiadei! —llamó Ruy—. ¡Don Gratiadei, por favor, escuchadme un momento! —de lejos, tapándose la nariz con un pañizuelo, el hombre se volvió hacia ellos.

—¿Qué deseáis ahora? Ya no se puede hacer nada. Por él, digo. Tiene la peste, he visto a muchos, morirá dentro de unas horas. Alejaos lo más que podáis, y rezad para que no salte de él a vosotros.

—Enviadnos un sacerdote. No se puede dejar que un cristiano vaya al último viaje sin las bendiciones de un clérigo, sin que le sean perdonados sus pecados. Su alma inmortal está en peligro, seremos

responsables si se pierde.

—También los sacerdotes han muerto casi todos. Ya no se los ve por la calle llevando el Santo Viático a los moribundos. Olvidadlo, rezad por él, no se puede hacer nada, os lo digo y os lo repito. Y aunque hubiera alguno, iría antes a la casa de una buena madre que fallece que a visitar a un condenado en las Reales Atarazanas. ¡Alejaos lo más que podáis, no tiene remedio! —se fue sin atender otras razones.

Tres días duró la agonía de don Sancho Míñez de Villendra. Los presos procuraron aliviar su muerte en lo que pudieron. Le mojaron los labios con agua, le espantaban las moscas del rostro. Poca cosa, pero dadas las circunstancias, tampoco podían hacer mucho más. Al fin llegó un momento en que dejó de respirar y sus labios amoratados se tornaron blancos. Una plácida calma pareció sustituir a su intranquilidad anterior.

Años más tarde, en sus memorias, doña Leonor se quejaba amargamente: Le pedimos —al carcelero— que le soltara de sus grilletes antes de morir, para que no muriese encadenado como un esclavo, y él contestó que si pudiese lo haría, y se fue. En ese momento su alma partió de mis manos. El alma de don Sancho Míñez de Villendra partió para encontrarse con su Creador. No hubo ni oraciones ni duelos por él. Nada. Tan pronto como pasó a mejor vida vino Gratiadei con un escoplo y le cortó las cadenas más o menos por la mitad de su longitud y de ellas, arrastrándolo sobre el polvo, se llevó el mísero cuerpo del gran chambelán. Lo tiraron junto a la puerta de las Reales Atarazanas para que cuando pasase el carro de la madrugada, no tuviese que interrumpir su camino. Las Reales Atarazanas eran un pequeño mundo en sí mismo y todos los días sacaba sus desperdicios, la basura y sus muertos a la puerta.

Ese amanecer, cuando oyeron el lúgubre grito: «¡Fuera muertos!», Leonor y los suyos sintieron un escalofrío. La pequeña esperanza que había llegado con Pico Míñez Villendra, se fue dolorosamente dejándoles más huérfanos aún si cabe. Pero las sorpresas no se habían terminado para ellos.

Para afianzarse en el trono, solo le quedaban dos enemigos importantes al de Trastámara: Aragón e Inglaterra, porque se había firmado una paz entre Portugal, Castilla y Francia, y aún fueron más allá, los tres concertarían una ofensiva conjunta contra Inglaterra. A Enrique le era necesario tener las manos libres para enfrentarse a la potencia que era Inglaterra, así que después de varios avatares, una vez más acudió a proponer una alianza matrimonial: casar a su hijo y heredero, don Juan —que luego sería Juan I— con Leonor, hija del

Rey aragonés. El último obstáculo era la guerra con Granada, pero a su rey Mohammed se le ofreció una tregua por varios años, y este estuvo de acuerdo en firmarla. Al de Granada este paréntesis en las actividades guerreras también le era necesario porque también la peste había diezmado su población y por ende su capacidad belicosa. Ahora, poco a poco, Enrique iba preparando a su pueblo para reunirse en una sola empresa: resistir al inglés si al fin, como parecía inevitable, Inglaterra invadía la Península. Un acuerdo con los de Albión no parecía factible, porque Juan de Gante se hacía llamar Rey de Castilla y de León y proclamaba a los cuatro vientos que su esposa era la legítima heredera del trono. El duque de Láncaster decía a todos los que querían oírle que, como esposo, se sentía en la obligación de recuperar la herencia legítima de Constanza, y si ello había de ser por la fuerza, fuese.

En realidad todos se preparaban para la guerra, cuando en 1377 murió Eduardo III de Inglaterra. El nuevo Rey fue Ricardo II[1]. La muerte de su padre hizo que Juan de Gante reviviese su afán por verse en el trono de Castilla y León. Si uno de sus sobrinos era Rey, ¿por qué no podía él también verse aupado en un trono? Al fin y al cabo, pensaba, ese trono que ambicionaba le correspondía legítimamente a su esposa, hija del rey don Pedro, asesinado alevosamente. De momento, su sobrino, Ricardo II estuvo de acuerdo en pactar una alianza con Navarra para hacer la guerra, de nuevo, a don Enrique. Parecía que los cuidadosos planes del Trastámara podían irse al traste, pero los caminos de Dios, Nuestro Señor, son inescrutables.

Desde el mes de junio de 1371, Leonor y los suyos habían sido prisioneros del rey Enrique de Trastámara y su odio parecía no extinguirse, o quizás ya no les odiaba siquiera, les había olvidado como se olvida uno de un perro, ellos eran una mota en el entramado de intereses que acuciaban al soberano, menos que una mosca, la mosca siquiera molesta y ellos no lo hacían. Ni siquiera debía de saber si todavía existían, aunque el Maestre de Calatrava había sido uno de los primeros caballeros del reino, ahora se había borrado hasta su rastro. Nadie sabría ya nunca de la su nobleza y la su gloria pasada. Los prisioneros apenas conservaban algo de carne sobre sus huesos, estaban morenos por el sol y la intemperie obligada, flacos por la poca comida, vestidos de ropa vieja y descolorida. Los grilletes les habían formado un callo oscuro alrededor de los tobillos y de las muñecas. Ahora llevaban con toda facilidad aquellas cadenas que se les habían antojado tan pesadas años ha.

Seis años han pasado. No solo murió de la peste el bueno de Pico

Míñez, sino también el pequeño hermano de Leonor. Cuando cayó enfermo y la fiebre se apoderó de él, Leonor suplicó a Gratiadei:

—¡Por el amor de Dios, señor soldado, soltadle de sus grilletes y cadenas, para que no muera como un esclavo sino como un hombre libre! Si podéis traer un sacerdote os lo agradecería de corazón, aunque eso no es tan importante pues mi pequeño hermano, don Lope, no creo que haya pecado aún. ¡Pero soltadle de sus grilletes!

Pero Gratiadei movió la cabeza de un lado para otro y contestó lo de siempre:

—¡Si pudiera hacerlo, lo haría! —y como para consolarla añadió—: morirá esta noche. Él ya no se entera de nada, ni le importa ya tener o no tener cadenas y grilletes. No le entraremos en la celda para evitaros el contagio, le dejaremos morir aquí fuera. Quizás vos y... vuestro esposo, porque es vuestro esposo, ¿verdad?, quizás no estéis destinados a morir.

A Leonor le pareció aterrador que su noble hermano, teórico heredero de la gloria de su casa, muriese sobre el polvo, abandonado como un perro. Encadenado y con los grilletes puestos.

—Entonces no le soltaréis... Ved que ya no puede huir.

Pero Gratiadei volvió a negar con la cabeza, e insistió:

—Imposible. Si pudiese lo haría.

—Entonces, dejadme al menos que me quede con él hasta que muera. Dadme una manta para tapar su cara.

Gratiadei no dijo nada pero al rato volvió con una manta y una sábana inexplicablemente limpia y nueva.

—Es todo lo que os puedo dar —dijo— no quise entrar en vuestra celda por si allí está la muerte, pero este paño que os traigo es nuevo y os servirá con más decencia para lo que queréis. A vos os llevaré hasta la puerta de vuestro alojamiento y podéis coger lo que gustéis para pasar la noche con vuestro hermano. Luego os encadenaré junto a él, es todo lo que puedo hacer. ¡Vamos!

Así sucedió que ella veló a su hermano Lope hasta que su alma abandonó su cuerpo, pero ello sucedió cuando la noche era ya cerrada y una luna pálida y estrecha alumbraba con luz grisácea los contornos de las cosas. Tan pronto como cesaron todas las luces y todo movimiento y ningún centinela estaba a la vista, Leonor sacó de su escondite aquella llave que con tanto cuidado habían guardado por si acaso todos morían y ellos no. Con ella abrió los grilletes de los pies y las manos de don Lope, y cuidando infinitamente de no hacer ruido, se los retiró.

—No moriréis como un esclavo, don Lope Fernández de Córdoba —dijo— moriréis como un hombre libre, hijo del Maestre de Calatrava,

ricohombre del reino —tomó las manos del agonizante y vio que sus muñecas eran delgadas como las de un niño. Y lo era. Ella se sentó junto a él y puso su cabeza en su regazo—. No temáis, hermano, nuestra madre os espera y nuestro padre, y la gloria eterna del Señor Jesús, que nos ama —le pareció que el niño sonreía, quizás fue una ilusión.

Estaba muerto. Ella esperó un rato y luego colocó su cabeza en el suelo. Lo cubrió con el paño nuevo que le había traído el soldado y enrollando la manta le hizo una almohada. Alejó del cuerpo de su hermano las cadenas todo lo que pudo y luego arrojó la llave al pozo.

Al amanecer, antes de que llegara el nefasto carro de los muertos con su lúgubre llamada —«¡Fuera muertos!»— apareció el soldado con sus llaves dispuesto a soltar al desdichado cuerpo de sus ataduras, pero para su sorpresa las cadenas estaban sueltas y los grilletes yacían abiertos. El pequeño cuerpo parecía el de un niño dormido, protegido y velado con el paño que él había proporcionado a Leonor. No había ninguna pisada que le diese una pista de cómo los grilletes habían sido abiertos por alguien.

—¿Cómo viene a ser que no tenga las cadenas en su lugar? —preguntó, pero doña Leonor no estaba dispuesta a aclararle el misterio.

—No sé lo que pasó, recé mucho y de pronto vi que las cadenas ya no estaban en su sitio —mintió con audacia— debió de ser el arcángel san Gabriel el que lo liberó, mi hermano le rezaba mucho.

Gratiadei se persignó y aunque luego buscó con ahínco aquello que había abierto los grilletes, nunca lo encontró, con lo que tomó un cierto temor a los poderes de Leonor, quizás sus oraciones eran tan poderosas como para abrir cadenas de hierro.

El pequeño hermano siguió el camino de todos los muertos por la peste: el carro de los muertos. De todos los que habían empezado aquella rigurosa prisión solo quedaban Leonor y Ruy, alabado sea el Señor que sabe lo que conviene a sus criaturas. Pero eso había pasado hacía ya algunos años. La peste cesó o al menos se retiró a sus cuarteles de invierno en espera de otra mejor ocasión. Las Reales Atarazanas volvieron a ser organizadas, regresó poco a poco el bullicio de los trabajadores que fabricaban barcos y barcazas y muchas clases de bajeles para la armada de Castilla, había que preparar una escuadra apropiada para luchar contra Inglaterra. Un nuevo carcelero sustituyó al antiguo y todo siguió igual. Siete años habían transformado a Leonor, de una niña de siete años en una adolescente de catorce. Su esposo, don Ruy, que había entrado en prisión con veinticinco, tenía treinta y dos y parecía un anciano. No hablaba casi nunca y se

limitaba a comer y dormir sin preguntarse ya nunca qué sería de ellos. Leonor, rezaba, ella era joven y tenía esperanzas de que el Rey moriría antes de que ella fuese vieja; cuando un soberano pasaba a mejor vida, era costumbre proclamar algún perdón general para los que no tenían delitos de sangre; con ese pretexto quizás saldría de esta prisión y restituiría el honor de su casa y el de su padre, muerto de manera villana y el de su hermano, que casi hubo de morir con los grilletes puestos como un vil esclavo. Ella tendría que hacerlo, era la única que quedaba de esa familia. No podía morir ni darse por vencida sin cumplir su destino: restituir la honra de su casa. Aún tenía mucho que hacer. Se preparaba el camino pidiéndole a Dios su ayuda y para ello rezaba interminables rosarios haciendo rayas en el suelo para contar sus avemarías y sus salves. Su marido la miraba sin preguntarle nada, con los ojos idos y la expresión vacía. A veces Leonor se preguntaba si este extraño envejecido y de barba gris era aquel mozo tan hermoso que la había desposado y le parecía mentira que hubiese cambiado tanto.

Muy lejos, en Roma, el 27 de marzo de 1378, había muerto el papa Gregorio XI, Leonor de esto no sabía nada, y menos aún que al conocerse las nuevas de la muerte del Papa, el pueblo romano había cercado el castillo de Santángelo, donde los cardenales mantenían el cónclave para elegir a un nuevo pastor de la Iglesia. Reclamaban a gritos un Papa romano o al menos italiano. No estaban de acuerdo con los Papas extranjeros que se habían mudado a Francia, que reinaban en Aviñón, y que descuidaban su lugar como obispos de la Ciudad Eterna.

Asustados ante el alboroto y el tumulto que les rodeaba, los cardenales eligieron como Papa al arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI. Todo pareció volver a su cauce pero cuatro meses más tarde, los trece cardenales franceses que habían estado en el cónclave arguyeron que habían votado bajo presión, se reunieron con los de Aviñón y proclamaron otro cónclave que declaró nula la elección de Urbano VI y eligieron como Papa a Roberto de Ginebra, el cual adoptó el nombre de Clemente VII. Así se inició el llamado Gran Cisma de Occidente.

Dos papas dividieron y confundieron a la cristiandad. Urbano VI siguió en Roma, reconocido como Papa legítimo por el Imperio, Italia e Inglaterra y Clemente VII se quedó en Aviñón y le fueron fieles Francia, Nápoles, Lorena y Escocia. Castilla e Inglaterra, enemigos por la cuestión de la legitimidad del trono, se enfrentaban así también por la fidelidad al Papa. Cada reino simpatizaba con uno distinto. La brecha entre ambas monarquías era cada vez más profunda.

Don Enrique reconocía que reinar no le había resultado fácil, ansió mucho el poder, pero a veces, en solitario, reconocía que lo recibido no era lo esperado; había costado demasiado para lo que luego había obtenido. Primero sostuvo una cruenta guerra con su hermano, y por el camino vio morir a muchos de sus hermanos, hijos de doña María de Padilla, sobre todo a su amado gemelo, don Fadrique, muerto alevosamente a manos de su hermano don Pedro el Cruel. Luego él mismo hubo de matar a don Pedro, con la ayuda, eso sí, del caballero Duguesclin; siguiendo este suceso, su autoridad había sido discutida por gran parte de la nobleza, a la que hubo de exterminar parcialmente y enemistarse con otra parte; vario reyes le negaban, o le habían negado, legitimidad y en todo momento esperaba ser invadido por Inglaterra, que proclamaba a los cuatro vientos que el trono pertenecía a doña Constanza, la esposa de Juan de Gante. A veces se preguntaba si su reino no estaría maldito, si matar a un hermano no conllevaría la marca de Caín. Alguna vez se había mirado en el *reflectorio* de su esposa, por si alguna mancha o palabra aparecía en su frente. Pero nunca vio nada y ello le tranquilizó. De vez en cuando los espectros de los muertos le quitaban el sueño y creía oír sus voces reclamándole la vida arrancada, entonces se levantaba del lecho y hacía encender lucernarias para disipar las sombras y los fantasmas de los muertos terminaban por desaparecer, pero el sueño no volvía. A veces, muy de vez en cuando, se le aparecía el Maestre de Calatrava, don Martín López de Córdoba y le afeaba que le hubiera dado muerte infamante y faltado a su palabra. Él le contestaba siempre que lo había hecho por el bien del reino y para que sirviese de escarmiento. Pero don Martín parecía no creer sus excusas y volvía una y otra vez a reclamarle su honor perdido, además le preguntaba:

—¿Dónde está mi hija, doña Leonor? —y a esta pregunta prefería no responder el Rey, a estas alturas ni siquiera lo sabía.

Por fin le llegó su última hora. Cuando murió el rey Enrique tenía cuarenta y seis años, pero esa fue la voluntad de Dios. Falleció en el año de 1379, para entonces Leonor llevaba ya ocho años encadenada de día al brocal de un pozo y de noche confinada en una celda que había sido alternativamente caballeriza y pocilga y ahora celda y prisión. Era una adolescente de unos dieciséis o diecisiete años y su marido hacía tiempo que había pasado de los treinta. No solo habían sobrevivido, sino que inclusive se habían acostumbrado a la vida del presidiario.

Un poco antes de morir Enrique acababa de firmar unas paces con el Rey de Navarra, luego viéronse los Reyes en Santo Domingo, y nada más partir el de Navarra, el Rey de Castilla empezó a sentirse mal.

Nadie supo qué malatía aquejaba al monarca, pero su salud empeoró rápidamente y al décimo día era obvio que el Rey se moría sin remedio. ¿Envenenado? ¿Por quién? ¿Con qué motivo? ¿Una venganza? Nadie daba respuesta, solo rumores y preguntas en voz baja. También recordó que el Rey de Granada le había regalado hacía unos meses unos ricos borceguíes, teñidos de hermosos colores y bordados de gemas e hilos de oro. ¿Estarían acaso los borceguíes envenenados? No había modo de saberlo, todo eran conjeturas.

Don Enrique se sintió morir y llamó a su notario mayor para hacer testamento, también convocó al obispo de Sigüenza, Juan García Manrique, el cual además de prestarle los auxilios espirituales, iba a ser testigo y depositario de sus últimas voluntades.

Sus postreras palabras han pasado a la posteridad:

—Decid al infante don Juan, mi hijo, que en razón de la Iglesia e del cisma que hay en ella, que le ruego que tome buen consejo para que sepa bien cómo debe facer. Que es un caso muy dudoso y muy peligroso... que sea siempre amigo de la Casa de Francia, de quien yo recibí mucha ayuda.

»Otrosí, mando que todos los presos cristianos que sean en mi reino, sean ingleses o portugueses, o de otra nación, que a todos se les suelte —llamó con la mano al obispo que se inclinó para oírle—. Que se busque a doña Leonor López de Córdoba, si aún vive, que se le devuelva todo lo incautado —casi no podía hablar el moribundo—. No quiero encontrarme con su padre y que me vuelva a pedir cuentas —respiró trabajosamente— y si vive alguien más de los suyos, que también se le suelte —dicho esto inclinó su cabeza y fue a encontrarse con el Maestre de Calatrava. Piadosamente el obispo de Sigüenza le bendijo y le tapó el rostro. Los clérigos empezaron a rezar el oficio de difuntos.

---

1 Era el segundo hijo del Príncipe de Gales, Eduardo, el llamado «Príncipe Negro», que había muerto antes de reinar, Ricardo era por tanto sobrino de Juan de Gante.

Capítulo IX

LA ESPERADA LIBERTAD.

... entonces el muy eminente y muy honorable y muy ilustre y santamente recordado Rey don Enrique, murió, y ordenó en su testamento que nos dejaran salir de nuestra prisión y devolvernos todo lo nuestro...

Memorias de doña Leonor López de Córdoba.

El matrimonio de las hijas de Pedro el Cruel con los príncipes ingleses, si bien en un momento muy delicado para ellas quizás les salvó la vida, no fue feliz. Ninguno de los dos hermanos estaba dispuesto a prescindir de sus amantes y amigas. Está claro que las infantas españolas eran apenas unas niñas cuando se casaron y a lo mejor distaban mucho de ser unas esposas adecuadas para unos guerreros de costumbres disolutas y que rondaban los treinta años. A Juan de Gante, por un tiempo se le vio muy unido a la amante de su padre, Alicia Perrers y más tarde era público que mantenía relaciones con Catalina de Roet-Swynford, una hermosa joven hija de un caballero flamenco, Payne de Roet.

Pronto Constanza supo que su marido pasaba las noches y muchos días en compañía de Catalina Roet-Swynford. Nunca hizo saber si ello le humillaba o si se sintió herida por tener que compartir a su esposo con una rival, o quizás ni siquiera la consideraba una rival dado la distancia de nacimiento y prosapia entre ella, hija de Rey, y la nodriza real, hija de un simple caballero a la que, en el mejor de los casos, podría considerar una distracción, un esparcimiento ocasional o continuado; el caso es que la amante Catalina acompañaba a veces a los reales esposos en sus desplazamientos, y no sería porque doña Constanza pidiese su compañía.

Pero la infanta doña Constanza era muy importante para Juan de Gante, duque de Láncaster, ella era su título de valor para reclamar y revindicar el trono de Castilla, por ello la mantenía junto a sí, al menos externamente, con todo honor, boato y protocolo. La llenaba de joyas y en todo aparecía como duquesa de Láncaster y la princesa heredera de un trono allende el mar. A cambio de esos honores dispensados a su esposa, en su cancillería, Juan de Gante se nombraba a sí mismo como Rey de Castilla y tomó por costumbre repartir puestos entre españoles e ingleses, cargos de una supuesta corte castellana en el exilio. Los «dignatarios» así escogidos eran partidarios de su esposa y, cómo no, de él mismo.

Un tiempo después de casarse, doña Constanza había dado a luz a una niña, Catalina de Láncaster, la cual en el futuro se subrogaría los derechos de su madre al trono de Castilla, pero mientras la niña fuese menor de edad, el duque de Láncaster se sentía el verdadero Rey de Castilla.

Tan pronto Juan de Gante supo de la muerte de don Enrique, se sintió motivado para reclamar una vez más el trono de Castilla que pertenecía, según su creencia, a su esposa, doña Constanza y a través de ella a su hija Catalina, que tenía unos seis años. La prisionera Leonor cumpliría por entonces unos diecisiete, es decir unos diez u once más que la niña de Constanza. A estas dos, Catalina y Leonor, el destino les preparaba un encuentro que aún tardaría algunos años en producirse pero que cambiaría el de doña Catalina. Nadie sabe los designios de Dios Nuestro Señor, que tiene paciencia e hila delgado para luego entretejer, con esos hilos preparados pacientemente, la complicada trama del destino.

Una mañana cualquiera, que parecía como todas las demás, el carcelero se acercó a los presos a la hora de sacarlos de su celda, aparentemente y como era costumbre, para que pasaran el día fuera de la celda encadenados al brocal del pozo. Pero ese día, rompiendo su costumbre, les habló.

—¡Vamos, fuera! —dijo como invitación después de haberles soltado los grilletes que se fijaban a una argolla de hierro en la pared de la habitación donde pernoctaban. Para entonces tanto Leonor como don Ruy habían aprendido a manejar sus cadenas con cierta facilidad. No en vano tenían ya casi nueve años de experiencia. Los esposos se levantaron del camastro de paja húmeda, abandonaron sobre el suelo las mantas que años ha les había dado doña María Coronel y salieron con pasos cortos arrastrando la larga retahíla de eslabones; con ese método podían tirar poco a poco de la cadena sin herirse los tobillos.

—¡Vamos, vamos! ¡Cualquiera diría que no tenéis prisa! —refunfuñó el hombre mientras esperaba que sus prisioneros se acercasen al pozo; cuando llegaron, tomaron su sitio de siempre, como perros bien amaestrados.

Pero sucedió algo fuera de lo normal, el hombre, en lugar de cerrar sus grilletes en el sitio de siempre los abrió y los dejó sin ellos. Leonor se sorprendió al verse libre. Nueve años, más o menos sin haberlos dejado nunca sus argollas de hierro ni de día ni de noche, ahora de pronto, al no sentirlas, no sabía qué hacer. Se notaba tan ligera como un pájaro, por lo pronto se miró los tobillos en donde habían estado sus cepos. Un círculo de piel oscura y endurecida decía a las claras dónde habían estado los hierros. Con cuidado movió sus pies y notó

que en realidad no pesaban como antes. Con curiosidad preguntó al guardián:

—¿Por qué nos habéis quitado las cadenas? ¿Acaso se nos lleva a otro sitio? —sintió algo de temor mezclado con curiosidad. ¿Por fin habrían decido matarlos? ¿Les esperaría la horca? ¿Les irían a descuartizar, como hicieran con su padre? De pronto pensó que en realidad no le importaba. Cualquier cosa era mejor que pasar toda una vida fijados al brocal de un pozo, sentados en el polvo, bajo la lluvia o bajo el sol abrasador, con una mísera pitanza una vez al día, arrojada, más que depositada, en el suelo. Y sobre todo, soportando las miradas burlonas o indiferentes de los *meskinos* que trabajaban en las Reales Atarazanas. Muchos habían conocido, como siervos, a don Martín, su padre, y ahora veían a la hija aherrojada y humillada, sentada en el duro suelo de tierra apisonada, y ella creía que la miraban con sorna. No, la muerte no podía ser peor. El Señor Jesús, sin duda la acogería en su seno pues ella no había hecho mal a nadie. La voz del carcelero la sacó de su ensimismamiento.

—Os he dicho que estáis libres. Idos fuera, en las Atarazanas ya no tenéis nada que hacer.

—¿Libres? ¿Por qué? ¿Ha muerto el Rey...?

—El porqué de vuestra libertad, ni lo sé ni me interesa. Id con Dios. Si queréis, llevaos algo de lo que hay en la cueva, perdón, en la celda, podéis hacerlo, pero rápido. Vuestra habitación volverá a ser cochiquera y hay que limpiarla —le pareció una chanza de primera y terminó—. Don Cerdo merece un poco de respeto y limpieza. Y en relación a vuestra pregunta, sí, el buen Rey ha muerto. Tengo una orden de su cancillería para dejaros ir. Aquí tenéis un copia para que justifiquéis vuestra libertad si os persiguen como prófugos —les alargó un pliego sellado—. ¡Fuera de una vez!

Sin saber muy bien qué hacía, la joven tomó de manos del carcelero un documento cerrado y sellado en su exterior con un sello de cera roja.

Leonor López de Córdoba y Ruy Gutiérrez de Hinestrosa se tomaron de la mano como dos chiquillos temerosos y tambaleándose un tanto comenzaron a andar hacia la puerta. Ni siquiera se detuvieron para leer el documento o cédula que les había dado el carcelero. Leonor lo dobló y lo guardó en su seno.

Al llegar a la puerta de las Reales Atarazanas, esta se abrió con un chirrido y luego se levantó el rastrillo. No vieron a nadie, es decir a nadie que estuviese abriendo la puerta en ese momento, una mano invisible la había abierto para que ellos saliesen. Muchos otros hombres les miraban con curiosidad, como si esperasen que ellos

echasen a correr o algo así, pero los esposos salieron lentamente sin mirar atrás. Tan pronto hubieron abandonado las Atarazanas, la puerta, con sonido ominoso, se cerró tras ellos, y cayó el rastrillo. No se volvieron.

Libres. No sabían a dónde ir. No tenían dinero ni sabían dónde conseguirlo. Nadie vendría a mediodía, como en la cárcel, a darles un plato de comida y un cuenco de agua. Llegada la noche tampoco sabían a dónde acogerse. Tenían menos que los mendigos. Ni una manta ni un trozo de pan, solo la libertad, y de momento no sabían qué hacer con ella.

Por un rato caminaron sin rumbo, alejándose, alejándose, sin otro pensamiento que dejar atrás aquel lugar maldito. Se adentraron primero por las calles, luego, sin darse cuenta, por las callejuelas más recónditas. Ni pensaron en acercarse a los palacios que habían sido suyos o de sus parientes, lo juzgaron insensato y sin comentarlo siquiera se alejaron de ellos. El día trascurría lento y rápido al mismo tiempo, como si fuesen dos realidades distintas. Rápido como el sol que se encumbraba en el cielo y volvía a bajar sin que ellos se diesen siquiera cuenta de ello, y lento como son los días vacíos en que no hay nada que hacer ni esperanza en ninguna hora.

Empezó a caer la tarde y la humedad se ciñó a ellos. Leonor tuvo escalofríos, su esposo la abrazó para darle calor, le ofreció su camisa pero ella la rechazó.

—No tengo tanto frío, mi señor. Esperemos a que sea más tarde, quién sabe si hallaremos alguna manta —bromeó. Sin darse cuenta se hallaban en la calle del Alazor que desembocaba en la calle del Azafrán o *Azza Farán* como todavía la llamaban algunos.

—¡Mirad, don Ruy! —dijo súbitamente Leonor—. ¿Sabéis dónde estamos? —él miró a su alrededor.

—No estoy muy seguro, todo ha cambiado tanto, pero diría que estamos en el lugar de las especerías. ¿No es esta la calle del Azafrán?

—Casi, mi señor, no es la calle del Azafrán, si no del Alazor, pero la calle del Azafrán está a la vuelta.

—Y bien... ¿Qué quiere decir eso, doña Leonor?

—Quiere decir, señor marido, que estamos a las puertas del convento de Santa Inés, también conocido como Santa Clara. Está sito en la calle del Azafrán.

—Y qué...

—Significa que aquí debe de estar, si no ha muerto, doña María Coronel, la monja que una vez nos visitó en las Atarazanas.

—¡Pero doña Leonor, hace tanto tiempo de ello! Sin duda habrá muerto.

—No lo creo —porfió la joven—, en todo caso son monjas y caritativas, quizás nos ayuden al menos a pasar esta primera noche. ¡Vamos, preguntaremos por doña María Coronel!

Sin soltarse de la mano casi corrieron hacia el convento, ahora se acordaban perfectamente de dónde estaba. Llegaron a la puerta que estaba abierta y que daba paso a una entrada o patinillo minúsculo cerrado con verjas. Se veían plantas en sus macetas bien cuidadas y llenas de flores, pero ni un alma.

En una pared se abría una oquedad cerrada por un torno. No importaba en qué posición se ponía, siempre velaba el interior pues una especie de anaquel daba vueltas del interior al exterior y viceversa. Leonor sabía cómo funcionaba un torno; en su niñez, con su padre, había ido muchas veces a hacer caridad a las monjas de clausura y sabía que detrás del torno una monja rezaba sus oraciones incansablemente.

—¡Alabado sea Jesucristo! —llamó Leonor con voz suave mientras golpeaba con los nudillos la pared de madera del torno. Esperó unos segundos y oyó a alguien moverse al otro lado.

—Bendito y alabado sea por siempre Su Santo Nombre! —esperó la monja un momento y preguntó—. En nombre de Dios ¿qué deseáis?

—Soy una infeliz hija de Dios a quien acaban de soltar de la cárcel, hermana. Vengo en busca de caridad cristiana y de doña María Coronel, vuestra abadesa, si aún vive.

—¡Mucha gente viene invocando a doña María! Es monja de clausura y no recibe visitas, a no ser que sea de absoluta necesidad para el convento. ¿Qué queréis? La abadesa no puede venir a veros.

—Soy doña Leonor López de Córdoba, hermana portera, hija del muerto don Martín López de Córdoba, vuestro patrón y benefactor en vida. He estado nueve años presa en las Reales Atarazanas, mi esposo y yo hemos salido esta mañana y no sabemos a dónde dirigirnos. Doña María nos visitó hace años en nuestra prisión y nos hizo bien, venimos a pedir al menos cobijo por una noche. No hemos comido en todo el día y tenemos frío. Al menos decídselo a doña María —se oyó un revuelo de telas y la voz de la monja invisible se hizo oír.

—Esperad aquí, doña Leonor, hablaré con la abadesa.

Esperaron sin saber a ciencia cierta qué esperaban. Pasó el tiempo lentamente y ni un solo ruido se hizo patente en el pequeño patio. Al irse la monja parecería que el convento se había quedado vacío. El trino de un pájaro les sobresaltó. Caía la tarde velozmente y una luz morada invadía las cosas. Aquí, al estar el lugar algo resguardado, no hacía tanto frío como en la calle, pero la humedad era notable. Leonor, instintivamente, abrazó sus propios brazos buscando darles

calor, de pronto en el patio apareció una monja velada que abrió la cancela.

—Entrad, es lugar de retiro y oración y casa de clausura, pero la abadesa hará una excepción y os recibirá en la grada[1]. Yo os llevaré allí, seguidme en silencio.

Eso dijo en voz baja la monja que había abierto la cancela. Con pasos menudos y silenciosos caminó hacia un lugar indeterminado. Don Ruy y doña Leonor la siguieron sin rechistar. Estaban mortalmente cansados y tenían hambre, las emociones sufridas les habían impedido pensar en ello pero ahora se daban cuenta de que desde el día anterior a mediodía no habían probado bocado. Llegaron a una habitación de paredes blanqueadas, una cruz de palo en el muro y un recipiente con flores a sus pies eran los únicos adornos, si adorno puede llamarse a una cruz. Varias cátedras que se arrimaban a los lados y una mesa en el centro era la única concesión al mobiliario.

—Por favor, tomad asiento, la abadesa vendrá enseguida.

Con esas palabras se retiró la monja después de hacerles una sorprendente reverencia palaciega. Por raro que parezca, la reverencia alimentó más a Leonor que un plato de comida caliente. Su corazón se esponjó y sintió que recuperaba algo de la dignidad perdida. Se sentó erguida como en tiempos lejanos, como una buena niña de visita. Tan pronto como desapareció la monja, apareció la abadesa. Iba como la primera vez que la vieron, espesamente velada. Se acercó a ellos y les ofreció su cordón, de donde pendía un crucifijo, para que lo besaran, lo hicieron de buena gana. De pronto recordaron que no habían dado gracias a Dios por su asombrosa libertad. La monja les miró largamente.

—Sentaos, señora, y vos también, don Ruy —dijo con su voz melodiosa—. Esperaba vuestra visita de un momento para otro. He rezado al Señor para que vinierais aquí antes que a ningún otro sitio.

Leonor se arrodilló delante de la religiosa.

—Ante todo, doña María, quiero daros las gracias por la visita que nos hicisteis en nuestra prisión, desde entonces nuestra vida se hizo más soportable. Yo era entonces demasiado chica para apreciar en toda su valentía vuestro gesto, María Coronel —tomó la mano de la religiosa y la besó.

—¡Levantaos, señora, por el amor de Dios! —dijo apresuradamente la monja—. Solo cumplía con la obligación de la caridad y además debíamos muchas cosas a vuestro buen padre, a quien Dios tenga en su Santa Gloria. Cuando supimos que el rey don Enrique había muerto, hace ya días, supusimos que vuestra libertad sería cosa de horas —cambió de conversación—. Después de haberos visitado

estuve una vez en presencia de don Enrique y le supliqué por vuestra liberación. Se negó pero me juró que si moría antes que vos os dejaría libre en su testamento. El Señor ha hecho que recordara su promesa —pareció pensar un momento—. ¿Qué vais a hacer ahora que ya sois libres?

—Sinceramente, doña María, no lo sabemos. Nos soltaron esta mañana y aún no hemos tenido tiempo de pensar en el futuro. Ni siquiera sabemos qué vamos a hacer esta noche.

—Supongo que no tendréis en dónde acogeros.

—No, señora abadesa.

—Lo supuse, por eso me apresuré a recibiros aunque no está dentro de la regla de esta santa casa, pero vuestro padre, don Martín, fue gran patrono y bienhechor del convento así que me siento obligada a hacer algo por vosotros, más que por ningún otro ser en necesidad. ¿Habéis comido? —negaron ellos con la cabeza—. Está bien, no hay gran cosa en un convento pero daré orden de que os sirvan aquí mismo una taza de caldo, huevos, pan y queso y un vaso de vino. Me temo que no tenemos nada mejor. Tengo que irme a mis oraciones, pronto llamarán a completas y desde entonces es obligatorio el descanso, así que os dejo para que comáis, luego la hermana lega llevará a doña Leonor a una celda de novicia, en donde puede dormir por esta noche. ¡Lo siento, don Ruy, no podéis quedaros con ella! Está prohibido que ningún hombre pase noche en este lugar sagrado. A vos, mío señor, os mandaré a casa de un trabajador, de uno de nuestros oblatos que vive al final de la calle, allí pasaréis noche y tomaréis el desayuno, luego venid a por vuestra esposa. Creo que por la premura del tiempo no podemos hacer nada mejor, mañana hablaremos —se levantó y bendijo a los esposos—: *benedicat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus.*

Así, Leonor y Ruy comieron hasta saciarse y la comida, aunque sencilla, les pareció un festín. Durante nueve años no habían probado ni queso, ni vino, ni buen caldo caliente. Los únicos huevos que habían probado fueron aquellos que comieron una vez en prisión, cuando un bondadoso servidor les había traído unos cuantos huevos cocidos, hacía muchos años de ello. Don Ruy se separó de Leonor para pasar noche en casa del oblato y la hermana lega se llevó a Leonor para que durmiese en la severa celda de una novicia, que ahora le pareció a la joven una habitación digna de una princesa. Nada de dormir en el suelo sobre paja húmeda y llena de chinches, había un delgado colchón, una *culcitra*, y unas mantas secas y abrigadas. No se podía pedir más.

Esa noche se arrodilló sobre el suelo de ladrillo de su celda y rezó

al Señor Jesús:

—Gracias, Dios mío por no haber olvidado a tu sierva, por conservarme con vida y devolverme la libertad; ahora, Señor, dadme fuerzas para recomponer el honor de mi casa y el buen nombre de mi padre.

Se acostó y casi al instante se quedó dormida pero antes aún tuvo un extraño pensamiento: era la primera vez, desde que se casó, que dormía separada de su marido, aunque aún no habían consumado el matrimonio. Mañana pensaría en ello, ahora estaba tan cansada, tan cansada, tan cansada.

Al día siguiente se despertó y se extrañó de no hallarse en el suelo. Buscó a tientas con la mano la paja que le había servido de lecho y no la halló. Desconcertada abrió los ojos sin saber dónde estaba. ¿Acaso había muerto y ya no estaba en la celda? Al tiempo llevó sus manos a los tobillos porque no sentía sus grilletes, quiso ver si las cadenas habían desaparecido; efectivamente, no estaban en su sitio. Quedó aturdida. ¿En dónde se hallaba ella?

Se asustó por un momento y ya despierta del todo abrió los ojos al tiempo que se incorporaba violentamente. Su vista reposó en la blanca pared en donde un pequeño nicho mostraba una imagen de la Santísima Virgen de escasas proporciones. Ella tenía en sus brazos a un Niño Jesús diminuto que sonreía al vacío. De pronto lo recordó todo. Era libre, ya no estaba en prisión y, si Dios lo permitía, ya nunca lo estaría. Miró la cama de palo y sus mantas de lana basta y le pareció un tálamo infinitamente deseable. Se volvió a recostar y cerró los ojos soñando con el inmediato futuro en libertad.

No pensó en ese momento en que no poseía nada, en que era más pobre que las ratas, ni siquiera tenía un traje de mendiga, de pedigüeña; sus ropas eran apenas harapos sucios y desgastados. Iba casi descalza, no poseía ni un peine, ni una mísera moneda y no sabía pedir limosna. Pero tenía un tesoro cuyo valor ella misma desconocía, era una muchacha de apenas diecisiete años llena de vida y de deseos de vivir.

Al cabo de unos minutos se levantó, en una silla cercana alguna mano compasiva había dejado un vestido humilde pero limpio, unas abarcas rústicas pero enteras y un manto pardo como el de las monjas. Se lo puso todo y deseó verse en un reflectorio, pero en un convento no hay tales exquisiteces, las monjas y novicias no pierden el tiempo en mirarse por si están bonitas o atractivas. Se arregló el pelo lo mejor que pudo con los dedos y alisó alguna imaginaria arruga del nuevo vestido. Respiró con satisfacción. ¡Qué hermosa era la vida!

Tan pronto salió de la celda monacal una hermana lega se levantó de una silla y se dirigió a ella. Seguramente había estado sentada allí esperando que ella saliese de su cuarto. Con la vista baja se dirigió a doña Leonor.

—Buenos días nos dé Dios, señora. Os esperaba desde hace algún rato —Leonor empezó a disculparse.

—Lo siento, yo...

—No, señora, la culpa es mía, no pensé que una dama no madruga para maitines —Leonor se sintió halagada, ella, hacía años que no había pensado en sí misma como en una dama, y lo era. En la prisión se levantaban tarde, cierto, pero no era por respeto a una dama sino porque el guardián no tenía prisa por sacarlos al patio. Se irguió y levantó su hermosa cabeza agradeciendo en su interior que la monja la considerase toda una dama a pesar de su aspecto pobre.

—Hermana mía, os agradezco vuestra espera y os pido disculpas por haberos hecho esperar. ¿Para qué soy buena?

—Tengo instrucciones de la madre abadesa de llevaros a la grada, allí os espera algo de comer —pareció dudar— también os espera vuestro esposo, él llegó temprano.

—¿Don Ruy ya está aquí? —se alegró ella, por un momento se había imaginado que, tal vez, al verse libre, huyese de allí y se olvidase de ella. Ahora, repentinamente se dio cuenta de que sentía gran aprecio por Ruy, pero no amor, sin embargo no querría separarse de él, habían compartido tanto que eran más que esposos, más que hermanos. Ella cuidaría de él, se le antojó que ella era más fuerte, o al menos más joven. Ruy estaba avejentado por la prisión y los sufrimientos, no tenía cuarenta años pero parecía un abuelo. Siempre fue retraído y en realidad hablaron poco, solo se hicieron compañía y la presencia de uno y otro había significado fortaleza para ambos. Sintió una oleada de compasión por su esposo y ello hizo que entrase casi corriendo en la grada y se echase en sus brazos para gran escándalo de la monja lega, que miró prudentemente a otro sitio. Al fin y al cabo, pensó, son esposos, y su amor es santo.

Cuando ella entró en la estancia él estaba sentado esperando pacientemente, al verla entrar recordó sus modales de antaño y torpemente se puso en pie. En su fuero interno ella se lo agradeció, se abrazó a él y él procuró responder a su muestra de afecto, eso sí, con gran mesura y algo azorado por la presencia de la monja.

En la mesa central algunas viandas esperaban a la joven, sin sentir vergüenza empezó a servirse. Tenía hambre, solo tenía diecisiete años y su cuerpo le pedía de todo.

—¿Vos ya habéis desayunado, don Ruy? —preguntó inútilmente a

su esposo, pues era obvio que lo había hecho, las migas abandonadas en varios platos, así lo testificaban.

—Sí, gracias, señora mía, he desayunado y os esperaba para hacer planes.

Mientras tanto Leonor se hizo una especie de bocadillo con una loncha de tocino salado y frito entre dos rodajas de recio pan y se sirvió un vaso de vino. Esto y algo de fruta era lo que había sobre la mesa. Comida frugal pero contundente. Había olvidado el sabor de la comida entera, no de sobras y por añadidura, mal cocida, para presos o soldados. Todo le pareció delicioso. Al terminar suspiró con satisfacción. Gracias, Dios mío, pensó, esto es la libertad.

A poco llegó la abadesa e hizo un seña a la lega para que se alejase, esta hizo una profunda inclinación y se alejó sin hacer ruido. Al entrar la superiora ambos esposos se pusieron en pie.

—Por favor, sentaos. No hace falta tanta cortesía. Estaréis aún cansados y asustados, no os esforcéis demasiado, aprecio vuestra buena voluntad y os dispenso de todo esfuerzo —cambió de tono—. No tenemos mucho tiempo. Debemos organizar vuestra vida al menos para los días siguientes. Imagino que no sabréis qué hacer. ¿Me equivoco? —ellos movieron la cabeza, la monja no se equivocaba. Bastante habían hecho, estando tan aturdidos, en acudir a ella la tarde anterior—. Está bien, hijos míos, nosotras somos pobres, vivimos dentro de estas cuatro paredes. Ignoramos mucho de lo que sucede en el mundo exterior. Yo, como abadesa, salgo de vez en cuando a tratar de asuntos mundanos por el bien del convento, pero nada más. Sé que no os quedan parientes en Sevilla, el rey don Enrique, Dios lo haya perdonado, los exterminó a todos, Dios los tenga en su Santa Gloria. De vuestros bienes no sé nada, fueron confiscados, muchos vendidos, transferidos a otros favoritos o privados, hoy con gran poder; muchas otras propiedades fueron enajenadas, regaladas o simplemente pasaron a otras manos mediante venta u otorgadas como mayorazgos. Muchas de vuestras propiedades fueron cedidas a don Martín López de Laredo, a quien se le dieron vuestras jabonerías de Marchena y otras cosas que sería largo enumerar. En fin, vosotros mismos deberéis ver si queda algo. Solo os puedo decir que en Córdoba vive una tía abuela de doña Leonor, ella, no se sabe bien por qué, conservó todo su patrimonio y don Enrique nunca se metió con ella.

—¿Mi tía abuela? ¿Vive doña María García y Carrillo de Albornoz? ¿La gran señora de Priego? ¡Increíble! Bendito sea Dios... —Leonor estaba sorprendida de verdad, nunca creyó que ninguno de los suyos hubiese sobrevivido y menos aún que hubiese conservado su condición, su patrimonio y su estatus. Recordaba vagamente a la

altiva señora que había asistido a su matrimonio y que le había regalado una sarta de perlas azules para cuando fuese mayor y «digna de lucirlas». ¡Dónde estarían esas perlas ahora!

—¡Doña Leonor, doña Leonor! —oyó la voz de María Coronel que llamaba su atención.

—Perdón, doña María, la noticia me ha perturbado.

—¿Por qué, la amabais mucho?

—No recuerdo haberla amado, doña María, apenas si la vi una vez. Me pareció hermosa, muy altiva y digna hija de la prosapia de los Carrillo de Albornoz. Me pregunto si ella sabía dónde me hallaba y si lo sabía por qué no hizo nada.

—A eso, mi señora doña Leonor, no sabría responder, es posible que sí lo supiese. El reino entero sabía de la venganza de don Enrique sobre el Maestre de Calatrava por su fidelidad a su hermano, el difunto don Pedro. Quizás si estaba enterada no quiso llamar la atención, no fuese que ella también terminase en las Reales Atarazanas...

—Es posible, doña María. Quizás es mejor así. Al menos alguien de la familia está en buena posición y pueda ahora ayudarme a rescatar el honor de mi padre.

—El honor de vuestro padre, mi niña —le apeó el tratamiento como cuando se habla con una criatura que es familiar— nunca se ha perdido, ni está en entredicho. Él fue fiel hasta la muerte. Fue buen cristiano y entregó todo por su Rey, hasta la vida.

—No me refiero a eso, señora abadesa, pienso en mi padre degollado, descuartizado como un villano, arrastrado y vilipendiado sin consideración alguna a la nobleza de su casa. Sus restos arrojados a un vertedero —suspiró con los ojos llenos de lágrimas—. He de vivir para construirle una capilla digna de su memoria, con una lápida que explique a las generaciones venideras el temple de su carácter, su fidelidad y su nobleza. También se lo debo a mi hermano, don Lope —cambió algo la conversación—. Vos lo llegasteis a conocer, ¿verdad?

Asintió la monja con la cabeza.

—Le vi una vez, cuando os visité en vuestra prisión. Me pareció un niño muy hermoso.

—Sí —aseveró Leonor—, mi hermano era muy hermoso y era inocente de todo. Aguantó la prisión, la soledad y la mala comida como todo un hombre y murió de la peste.

—La peste viene cada cierto tiempo para purificarnos de nuestros pecados y para recordarnos que somos mortales y que la vida pasa como un soplo sobre la arena. En fin, dejémonos de cosas tan tristes, el Señor se lo llevó y Él sabrá por qué. Ahora hablemos de vos y de

vuestros proyectos inmediatos.

—Os he de confesar, señora, que hasta hace unos minutos no tenía proyectos; ahora que sé que mi señora tía vive creo que he de ir a visitarla por si me puede decir por dónde he de comenzar a reconstruir mi vida y mi fortuna.

—Menos prisa, doña Leonor. Reconstruir vuestra vida no va a ser fácil. Por lo que sé doña María García y Carrillo de Albornoz es señora seca de sentimientos, piadosa pero con una inteligencia limitada. Vuestros bienes, me temo, se los ha llevado el viento.

—No sé si estáis al corriente doña María, que nuestra familia era de las más ricas y poderosas del reino, y aun me atrevo a decir de los reinos. Yo no sé el alcance exacto de nuestros bienes, pues entré en prisión antes de los ocho años y mi información en ese sentido era imperfecta. Pero había terrenos, viñas, ganado, pueblos enteros, castillos y palacios; algo quedará, todo eso no se esfuma en el aire.

—¡Qué inocente sois, niña! Todo eso y más se esfuma en el aire cuando hay reyes y guerras de por medio. Cuando ha habido odio, resentimiento, ojeriza, enemistad, venganza...

Leonor sacó de su seno la cédula de libertad que le había dado el carcelero y se la tendió a la monja.

—Vos misma leedla. Dice que se nos retorne todo lo que se nos quitó. Se refiere a mí y a mi esposo —la monja no hizo ademán de tomar el escrito.

—A pesar de todo, señora, no creo que recobréis nada. Han pasado casi nueve años. Los nuevos dueños ya se habrán ocupado de vender todo, parcelarlo, repartirlo o enajenarlo. No será posible, en fin, dejemos eso. Debéis partir, el convento no puede asistiros más, vos lo comprendéis, ¿verdad? —Leonor asintió con la cabeza. Doña María le alargó una bolsita al tiempo que la bendecía—. Tomad, es todo lo que os puedo dar. Es un modesto viático para que podáis llegar hasta vuestra señora tía. Buscad una caravana de viajeros que vayan a Córdoba, en donde ella está, no vayáis solos, es peligroso hacer camino en soledad, mejor en compañía de gente armada o al menos con mercaderes, ellos ya se cuidan de su seguridad y la de los viajeros que van con ellos, a cambio, eso sí, de un modesto pago.

—Entonces, doña María, solo me resta agradeceros la acogida que nos habéis dado, el viático y el consejo —se arrodilló de nuevo y besó el halda del vestido de la monja—. Os debo mucho y nunca os olvidaré ni a vos ni vuestro convento. En mi nombre y en el de mi padre os haré cualquier bien que pueda en el futuro.

—Adiós entonces, Leonor López de Córdoba, que el Señor os acompañe a vos y a vuestro esposo. Aún tenéis mucho camino por

recorrer, aun sin recuperar vuestra posición y riqueza, como colijo deseáis, con justicia, pero no con sentido de la realidad. ¡Ah, llevaros de la mesa algo de comer para el día de hoy! Quizás no os será fácil hallar lugar y comida con tan parco viático como el que el convento os da. En todo caso a la puerta de los conventos se da comida a los menesterosos sin preguntarles su nombre, recordadlo, Leonor López —la monja pareció que ya no tenía nada que decir. Dio media vuelta y se fue calladamente y sin hacer ruido.

Leonor y Ruy tomaron sabiamente las sobras del desayuno y con una servilleta hicieron un atadillo, también se llevaron dos manzanas. Miraron largamente alrededor, todo era tranquilo y sereno, pero era hora de lanzarse a la vorágine, al mundo, al camino, al destino. Se tomaron de la mano, como niños con miedo, y salieron a la calle.

El bullicio de Sevilla en un día ordinario les sorprendió, Leonor comprendió que no estaba preparada para luchar en este mundo pero levantó la cabeza y apretó los dientes. Aprendería, tenía diecisiete años y voluntad no le faltaba, los López de Córdoba nunca se dieron por vencidos antes de empezar; don Ruy se apretó junto a ella, presentía que su esposa tenía más fuerza que él pero él tampoco quería ser menos y en su fuero interno se juró que recuperaría algo de su patrimonio, al menos lo suficiente como mantener dignamente a su esposa.

El mismo día en que murió don Enrique II en Santo Domingo de la Calzada, fue proclamado heredero su hijo, el príncipe don Juan, el primero de este nombre en Castilla. La ceremonia de la coronación se llevó a cabo solemnemente en el monasterio de Las Huelgas, en Burgos. Los clérigos entonaron sus antífonas y las campanas repicaron en todas las iglesias, todo fue fiesta, celebración y espectáculo y se armaron cien caballeros entre los mejores y más nobles jóvenes del reino y hubo festividades, juegos de cañas y lances de toros. También se coronó como Reina a la esposa del nuevo Rey: la reina Leonor, que estaba a punto de dar a luz. Tanto es así que el día en que Leonor López de Córdoba iniciaba su camino a Córdoba para ver a su tía doña María García y Carillo de Albornoz, la Reina daba a luz a un infante que se llamaría como su abuelo: Enrique, de salud frágil, a quien la historia llamaría Enrique el Doliente, por ahora nos baste saber que Leonor era diecisiete años mayor que el infante que hoy nacía.

---

1 La grada era el lugar en donde las monjas podían a veces recibir visitas de gente de fuera.

Capítulo X

LA PRIMERA INFANCIA DE CATALINA DE LÁNCASTER. SE PREPARA EL ENCUENTRO DE LEONOR CON SU SEÑORA TÍA.

... me quedé en la casa de mi señora tía, doña María García y Carrillo...

Memorias de doña Leonor López de Córdoba.

La hija de la infanta Constanza, doña Catalina de Láncaster, había nacido el 6 de junio de 1372, cuando la hallamos, en 1379, tenía siete años, a esa edad terminaba el primer período de la vida de los niños: la *infantia;* ahora entraba en el siguiente período de su vida: la llamada *pueritia*, que se extendería hasta los catorce años. En estos tendría que dedicarse al estudio, y si hubiera sido varón, debía haber alternado el estudio con el ejercicio físico, pero al ser una dama, debía aprender otros adornos, como música, bordar con sedas e hilo de oro, además tendría que ejercitarse en la obediencia, la modestia y la piedad, ello sin contar que a sus deberes se añadía el estudio de idiomas: latín, inglés, francés y, naturalmente, castellano, ya que era, según sus padres, la princesa heredera del trono de Castilla.

Catalina, aunque la hija mayor de Constanza, no era la mayor de los hijos de Juan de Gante, su padre y duque de Láncaster; antes que ella habían nacido sus dos hermanas Felipa e Isabel y su hermano Enrique, todos ellos hijos de la primera esposa de Juan de Gante, pero en todo caso su alcurnia era mayor, pues teniendo el mismo padre, era hija de una princesa, que a su vez había sido hija de Rey coronado y ella misma era ahora heredera de una corona; por esta razón, Catalina, ya desde su nacimiento había gozado de casa propia, cosa oportuna solo para los príncipes.

Hasta los dos años su casa estaba incluida dentro de la de sus padres, pero contaba con presupuesto y con servidores propios: una nodriza para el día y varias damas que se turnaban día y noche para mecerle la cuna y ver, a cualquier hora, por qué lloraba la señora princesa. Además tenía a su servicio una camarera, una lavandera y varios sirvientes, todo este personal encabezado por una dama de alta alcurnia que ostentaba el honroso cargo de *mistress of the King's children,* cargo que podíamos traducir por algo así como «dama a cargo de los hijos del Rey», o sea, la señora o aya que organizaba la casa de los príncipes, si eran más de uno, pero en este caso se ocupaba exclusivamente de la organización de la casa de Catalina.

En 1375 pasó la niña a tener casa propia, desglosada de la de sus padres, con dos años de edad pasó a vivir en el castillo ducal de Melbourne, en el condado de Derbyshire. La noble dama Isabel de Kelsey pasó a sustituir a su querida nodriza Agnes, quien desapareció de su vida con gran pena por parte de la niña Catalina. Se añadieron a su servicio un valet de cámara, una dama castellana para que le hablara a todas horas en el idioma de la tierra en que debería reinar, un capellán para el cuidado de su alma que debía instruirle en las verdades de la fe e inculcarle buenos sentimientos, piedad y obediencia a los superiores. Aunque se les ponía casa propia, a los jóvenes nobles se les instruía con gran disciplina y la idea al separarlos de sus padres, era que no fuesen mimados y que se hiciesen disciplinados y obedientes pues sus educadores estaban autorizados inclusive a administrarles algún castigo corporal.

Catalina, en su soledad se hizo algo reconcentrada, solitaria y un poco triste. Además, como estaba sujeta a un horario estricto, se hizo un poco irresoluta cuando se trataba de tomar decisiones, de hecho esperaba que alguien le dijera a cada momento qué había de hacer el próximo, pero también se hizo voluntariosa pues muy pronto se dio cuenta de que era la persona más importante de cuantas habitaban el palacio y que alrededor de ella los sirvientes y nobles pululaban como mariposas alrededor de la luz ensalzándola y tratando de agradarla. No era muy inteligente pero sí voluntariosa.

No disfrutaba Catalina de la presencia de sus padres ni de la compañía de sus hermanos Felipa, Isabel y Enrique Bolinbroke pues estos no se separaban de Juan de Gante. Aunque exquisitamente educada, Catalina vivió su infancia en soledad.

Al morir en 1377 Eduardo III, abuelo de Catalina, había dejado como heredero del trono a Ricardo II, que apenas tenía diez años y con ese motivo Juan de Gante se había visto encumbrado como miembro del Consejo de Regencia, y como tío de más edad del heredero tomó para sí el puesto que debía ocupar en el futuro su sobrino: general de los ejércitos y por esa razón empezó a ocuparse de todas las expediciones militares. Este cargo se avenía bien con su ambición al trono castellano, ahora se sentía más poderoso que nunca, en sus manos estaba todo el empuje de Inglaterra, sus tesoros, su armada, sus soldados y sobre todo el poder de decisión. Desde entonces su hija empezó a firmar documentos como Catalina, Reina de Castilla.

Recién liberados de su penosa prisión y sin saber a ciencia cierta qué hacer, desde Sevilla, Leonor y su esposo partieron hacia Córdoba llenos de esperanza y de temor por lo desconocido. En esa ciudad

esperaban encontrar a una pariente: doña María García y Carrillo de Albornoz, señora de Priego. Apenas si Leonor se acordaba de ella, pero sí sabía que era señora de gran poder, prestigio y orgullo, sus bienes eran incontables, sus sirvientes pululaban en su casa por docenas y en sus territorios por centenares. Quizás ella se aviniese a ayudarles para salir de la miseria e iniciar una vida decorosa después de tanto sufrimiento e indignidad. Así eran sus esperanzas aunque quién sabe qué pensaría doña María al ver aparecer a unos parientes que habían estado presos nueve años acusados, como Martín López de Córdoba, de alta traición y a quienes, seguramente, daba por muertos.

Siguiendo los consejos de la bondadosa y prudente María Coronel, los esposos buscaron un grupo que partiese hacia Córdoba por no ir solos por trochas y caminos tan peligrosos. No les fue difícil hallar compañía pues entre Sevilla y Córdoba había mucho intercambio de bienes y personas. No pudieron comprarse un caballo o mula para viajar con comodidad; tras haber pagado por el viaje y la protección con el viático que les había proporcionado María Coronel, apenas les quedó algo para comprar comida para las jornadas y una manta para cubrirse. No había para más.

Las jornadas eran largas pero necesariamente lentas por lo que, aunque no tenían montura, pudieron seguir en la compañía de los mercaderes, que tales eran los integrantes del grupo.

—Si vuestra esposa se aviene a servirnos de cocinera durante el viaje, no os cobraríamos el peaje y además os daríamos algún pago y la comida gratis —esto dijo el jefe del grupo al ver que un modesto matrimonio quería viajar con ellos. Pero la esposa se negó con altanería alegando que ella no era cocinera ni pensaba serlo jamás. Era una dama y no cocinaría aunque supiese, cosa que de todos modos no sabía. El jefe del grupo la tomó por una loca o al menos algo desquiciada pues su aspecto era el de una mujer pobre y no el de la dama que decía ser, pero al fin y al cabo si pagaban su peaje no podía negarse, ni tenía por qué, así que ajustó el precio de su protección y no volvió a dirigirles la palabra.

Varios días transcurrieron sin demasiados altibajos. Los días eran largos y tranquilos y la mayor parte de las horas se invertían en caminar. El buen tiempo parecía alegrar a los mercaderes que no veían el momento de llegar, pues bien sabían que en cualquier momento, aunque todo pareciese tranquilo, podía surgir de la nada una partida de bandidos y robarles todo lo que poseyesen, y aun dejarlos heridos o medio muertos. Afortunadamente los malhechores no aparecieron y al fin llegaron a las puertas de Córdoba. Era aún de día y el puente que daba acceso a la ciudad no estaba cerrado, los

cobradores del pontazgo estaban en su puesto y los mercaderes, que a fuerza de pasar varias veces al año, conocían a los funcionarios, se acercaron a ellos para hacer la obligatoria declaración de bienes. Todo lo que salía o entraba tenía su coste y devengaba impuestos de varias clases; los arbitrios cobrados se repartían luego entre el cabildo de la ciudad y la hacienda del Rey.

—Buen día nos dé Dios, amigo Servandei —dijo alegremente el jefe de la caravana, entrando en la garita de los cobradores de tasas y gabelas. El pontazguero nombrado levantó la vista del documento que miraba con atención, reconoció a su amigo y compadre, Pablo, socio de Rubén de Alejandría.

—¡Benditos los ojos que os ven en tan buen estado, amigo Pablo! No os esperaba hasta mañana, por lo menos.

—¡Pues ya veis, hemos llegado antes y en buen estado! Nos ha hecho buen tiempo y no hemos tenido que pararnos por el camino por lluvia o cualquier otro motivo. Hemos podido madrugar y viajar hasta tarde. No hemos visto ni un alma por los montes, ¡alabado sea el Señor del Sinaí!

—Ahora miraremos vuestra carga, sentaos un momento conmigo. Ya sabéis que me agrada conversar con vos y por unas razones u otras no tengo más ocasión que esta, cuando pasáis por aquí —miró por el ventanuco de su chiscón—. Las mismas mulas de siempre: Arabesca, Culantrillo, Caprichosa, Clavellina, Feota, Nena y Pascualina. Veo que traéis algunos viajeros. ¿Quienes son?

—Dos son jóvenes que me encargó su padre trajese hasta aquí desde Sevilla, pagó bien y me proporcionó dos hombres de armas para que nos acompañaran, además de los míos. Ya sabéis que hombres armados nunca sobran, y menos si los pagan otros —se rio de su gracia, su amigo Servandei le acompañó en su regocijo—. La señora que veis, mejor dicho que no veis, en una hacanea, bien velada, es una dama que viene a profesar en un convento. Además traigo a pie, sin mula ni caballería ni siquiera equipaje, a un matrimonio, si es que lo es, de pedigüeños.

—¿No creéis que sean casados? —preguntó con curiosidad el funcionario, mientras se asomaba al ventanuco por ver a los «pedigüeños»—. En verdad parecen pobres, pero ¿por qué no os parecen casados?

—Es un presentimiento. Ella me parece muy joven y altiva, a pesar de su pobreza, y él en cambio podría ser su padre y parece roto por la vida. Pero entre ellos se tratan con corrección como si fuesen gente noble o se conociesen poco. No sé qué pensar...

—¡Bueno, qué más nos da! ¿Vienen a quedarse?

—Eso creo.

—Entonces os prometo enterarme de quiénes son. Yo conozco a todo el mundo y preguntaré a mi yerno, el alguacil del mercado, si se entera de algo.

—En realidad no me importa.

—Ni a mí tampoco, pero en algo hay que distraerse, digo yo.

Ambos amigos charlaron un rato, no demasiado porque el resto de los mercaderes tenían prisa por llegar a sus casas. Antes había, o bien que descargar las mercadurías o bien entregarlas a aquellos que las habían encargado, así que el tiempo era precioso y no se podía malgastar en charletas inútiles. El funcionario encargado del pontazgo y el peaje revisó algunos bultos por ver si se conformaban con lo declarado. Era obligatorio el hacerlo, pero en este caso era algo inútil porque Pablo y su socio, Rubén de Alejandría, eran gente honrada y no pondrían en peligro su permiso de comerciantes por robar unos impuestos trayendo otra mercancía que la declarada. Terminada la revisión, Servandei selló los bultos y entregó a su amigo unos pliegos en donde se daba permiso para introducir en el mercado de Córdoba aquellos bienes que aparecían en la lista. Los viajeros se entrevistaron con el funcionario que a la entrada de la ciudad, en el mismo puente, se ocupaba de identificar a los transeúntes, peregrinos o visitantes o lo que fuesen.

Don Ruy y Leonor se presentaron ante él tomados de la mano, no se acostumbraban todavía a su libertad y sentían temor ante el delegado de la autoridad. Él llamó primero al hombre, como debe ser. Don Ruy entró a su presencia. El comisionado era un hombrecito con cara de aburrido, y en realidad lo estaba, su cometido era preguntar por el nombre de aquel que pretendía entrar en la ciudad y si tenía allí morada, en caso contrario si se quedaría con algún pariente o amigo; si no tenía ninguno el mismo funcionario les podía recomendar una posada y mesón en donde acomodarse y les daba algún consejo si lo solicitaban en cuanto a dónde dirigirse en un primer momento. Si algo le hacía sospechar del recién llegado, entonces rellenaba un billete para el sayón y pedía al viajero que lo entregase en su oficina. Lo que el sayón hiciese a partir de allí, no era cosa suya. Él guardaba una copia de su billete, copia que luego entregaba en el organismo adecuado para asegurarse de que el viajero había hecho lo mandado. Con ello se acababa su menester. También podía suceder que se tomase preso a alguien nada más intentar cruzar el puente por ser malhechor conocido o levantar sospechas, pero eso sucedía muy de tarde en tarde.

—¿Como os llamáis, buen hombre? —preguntó con voz monótona

al entrar a su presencia don Ruy.

—Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, así me llamo —contestó, por una vez con voz firme el joven. Al oír el nombre el funcionario le miró atentamente, no faltaban los locos que decían ser duque o marqués o el mismísimo Rey o el Papa o el obispo, pero este hombre, aunque vestido con modestia, no parecía loco.

—Pensadlo bien, os repito la pregunta, ¿cómo os llamáis, buen hombre?

—Ya os lo he dicho, soy don Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, hijo de Juan Gutiérrez de Hinestrosa, que fue canciller del sello de la poridad del difunto rey don Pedro. Mi madre, hoy difunta, fue doña María de Haro, señora natural del señorío de su nombre.

El funcionario no sabía qué pensar. A lo mejor era de verdad un noble vestido de gañán por alguna razón que a él se le escapaba. Pero hablar del canciller del sello de la poridad del rey don Pedro... hacía ya tanto tiempo de ello. Por lo que pudiera ser cumplimentaría un billete para el sayón y que él hiciese lo que le pareciese oportuno. Disimuló sus pensamientos y continuó con su interrogatorio.

—¿Tenéis casa en Córdoba? —esperó respuesta con curiosidad, a lo mejor le decía que los jardines públicos eran su casa, o que residía en la mezquita, quién sabe, pero la respuesta le sorprendió aún más.

—No lo sé, en verdad, buen hombre, tenía varias, de mi padre y de mi madre, pero creo que ahora ya no serán mías —el hombre decidió no inquirir más en ese sentido.

—Si no tenéis casa, ¿en dónde pensáis alojaros? Puedo recomendaros una pensión modesta...

—Gracias, pero no creo que sea necesario, si Dios nos ayuda.

—¡Cómo —se sorprendió el funcionario—, Dios mismo os va a ayudar a encontrar alojamiento!

—No, no. No me he expresado bien, pensamos alojarnos en casa de una tía de mi esposa.

—¿Está vuestra esposa con vos? En ese caso que entre ella también, veremos si me entiendo mejor con los dos juntos.

Se hizo llamar a Leonor y ella vino sin decir nada, se puso junto su esposo y esperó a ser preguntada.

—A ver, buena mujer, ¿sois la esposa del aquí presente —miró sus papeles para no confundir el nombre— que se hace llamar Ruy Gutiérrez de Hinestrosa? —Leonor le miró fríamente.

—Nada de «buena mujer» —dijo levantando su juvenil cabeza— soy doña Leonor López de Córdoba, hija del difunto Maestre de Calatrava y de su esposa, mi difunta madre, doña Sancha Carrillo de Albornoz. Soy efectivamente la esposa de don Ruy Gutiérrez de

Hinestrosa, que es mi marido aquí presente. Venimos a quedarnos con mi señora tía doña María García y Carrillo de Albornoz —el funcionario se acongojó. A lo mejor estos dos extraños seres eran en realidad dos nobles que por alguna razón iban vestidos como miserables. No se lo creía del todo, tampoco se atrevió a cortar en seco sus explicaciones. Había nombrado a una de las damas más conocidas de Córdoba, sería mejor no meterse con ellos, por si acaso. Él también temía a doña María García, tenía mucho genio.

—Muy bien, señora doña Leonor López de Córdoba, —extendió un billete— mañana os presentaréis ante el sayón de nuestro señor el rey don Juan, en la plaza Mayor, junto a la catedral, y le daréis de mi parte este documento. Hay que empadronaros; si vuestra señora tía accede, ella puede acompañaros y hacer constar que sois sus sobrinos y entonces ningún otro requisito será necesario. Esta es una ciudad ordenada —explicó— y todos los que viven, entran o salen deben registrarse, aunque ello no se hace para molestar a los vecinos. Es para confeccionar el censo. Los pecheros serán entonces anotados en el libro de pecheros y los nobles en el de nobles. Es por el reparto de impuestos reales y concejiles... ¿Comprendéis?

—Claro que comprendo —dijo Leonor mirando fijamente al funcionario—. Dad a mi esposo el billete y mañana cumplimentaremos lo que haya de cumplimentarse. A lo mejor el censor tiene que ir a casa de mi señora tía a tomar nuestros nombres. ¡Quedad con Dios!

Salió sin esperar a que el funcionario los despidiera. Cuando salieron vieron que los mercaderes se habían ido. En realidad no tenían por qué esperarlos pero al verse solos se sintieron desvalidos. Solo les quedaba una bolsa con unas sobras de comida, la manta sobre la que habían dormido en el camino, la ropa sobre sus espaldas y nada más.

—Doña Leonor, ¿sabéis la dirección de doña María, vuestra tía abuela? —la voz de Ruy interrumpió los pensamientos de Leonor.

—No la recuerdo si alguna vez la supe, entré en la cárcel tan niña que muchas cosas las he olvidado por no estar bien aprendidas. Pero no importa, hemos sobrevivido a nueve años de cárcel, al hambre, los malos tratos, el desprecio, la peste, hemos andado a pie la distancia entre Sevilla y Córdoba, ¿qué más puede importarnos no saber la dirección de mi señora tía? Sin duda cualquier viandante nos la dirá.

Y así fue, cuando preguntaron por la casa de doña María García y Carrillo de Albornoz enseguida fueron dirigidos hacia un distrito de la ciudad lleno de grandes casonas, palacios y jardines. El corazón de Leonor se llenó de alegría, volvería a sus orígenes, como si no hubiese pasado nada, iniciaría una vida nueva con don Ruy, tendría hijos y

recuperaría el honor de su familia. No moriría sin levantar una capilla en memoria de su difunto padre en alguna iglesia de importancia, y allí, un escudo de piedra y una lápida que contaría al mundo venidero la injusticia que se había cometido con tan noble y fiel señor: don Martín López de Córdoba, Maestre de Calatrava.

Después de andar un buen rato por calles bien empedradas y limpias se acercaron al distrito de los nobles. Miraron los escudos de piedra en sus frontispicios, ellos les decían con más acierto que si parlaran desde los muros el linaje y los hechos de sus dueños. Allí casas de los Fonseca, los Manrique, los Roxas, los Álvarez y al cabo divisaron el de doña María García y Carrillo de Albornoz. Dos escudos acolados sobre el portalón de entrada: el de los García con una garza con el pecho abierto y el de los Carrillo que mostraba una banda acompañada arriba y abajo con sendos castillos.

—¡Esta es la casa de los García y Carrillo de Albornoz! —dijo, en vano, doña Leonor, pues don Ruy ya la había reconocido—. Llamemos a la puerta.

Había una aldaba llamador que representaba una mano con una bola. Golpeó tres veces y luego se santiguó. Esperó conteniendo la respiración. Al rato se escucharon unos pasos no precisamente rápidos, que se acercaban a la puerta. Tras ella una voz se hizo oír.

—¿Quién es? ¿Quién llama con tanta fuerza?

—Abridme, soy doña Leonor, sobrina nieta de doña María. Vengo a verla desde Sevilla —una pausa larga y luego la invisible interlocutora habló de nuevo.

—Id con Dios, doña Leonor murió va para diez años. Igual que su padre, y toda su familia. De la familia de doña Leonor solo queda un hermano que estudia para sacerdote.

¿Un hermano? Doña Leonor se quedó atónita, no sabía que tenía otro hermano más que el que había muerto en sus brazos en la peste que asoló Sevilla. ¡Así que aún tenía otro hermano! De pronto la felicidad la embargó. No estaba sola en el mundo, su familia no se había extinguido.

—Soy doña Leonor López de Córdoba —insistió— hija de don Martín López de Córdoba, Maestre de Calatrava y no estoy muerta. Abridme por favor, soy yo y estoy viva —pasó otro rato y la puerta se abrió solo una rendija. Una mujer mayor espió por la abertura.

—No me parecéis doña Leonor, más bien una pedigüeña lista que quiera hacerse pasar por la difunta noble señora. Pero en esta casa nadie se va sin limosna. Id por la puerta posterior y el servicio os dará un plato de comida caliente, luego seguid vuestro camino.

—Y vos, ¿quién sois para determinar si soy o no doña Leonor? —

contestó en un ataque de rabia la joven Leonor—. Llamad a mi tía. Tengo pruebas que atestiguan mi aseveración.

—¿Cómo se puede probar si uno es o no una persona? Os digo que os vayáis —cerró la puerta. Desde dentro aun dijo—: si queréis comer en la puerta de atrás os darán algo y viático para el camino.

Leonor se quedó sorprendida. No había calculado que en la casa de su tía la rechazarían a la puerta sin darle siquiera la oportunidad de hablar y convencerlos de la verdad de sus palabras. ¿Y si la vieja que le había cerrado la puerta era su tía? De momento no supo qué hacer. Se sintió tan cansada que pensó que se caería sobre el polvo de la calle. Empezaba a anochecer y la humedad del río subía por el aire. Su esposo se dio cuenta de su consternación y la abrigó con su brazo.

—No os desaniméis, señora, vamos a la puerta de atrás y veamos de convencer a alguien de que somos los que decimos ser. Les haremos que llamen a vuestra señora tía. Por la puerta de atrás o por la de adelante, ¡que más da! —pero Leonor revivió repentinamente.

—¡Nunca iré por la puerta de atrás, como un sirviente! Soy Leonor López de Córdoba, no una gafa[1] asquerosa —se sentó en el suelo y rompió a llorar—. ¡Por qué no nos habremos muerto con la peste! Se habrían acabado nuestros males y nuestros pesares —pero don Ruy no estaba de acuerdo con ella. La sentó junto al muro y la cobijó con la manta que había usado para dormir durante el camino; intentaba así protegerla del frío y de la humedad.

—¡Dadme la cédula de nuestra libertad! —pidió con decisión. Ella estaba tan cansada que no se opuso ni preguntó para qué la quería, se la alargó sin decir nada. Ruy la tomó de su mano y se acercó a la puerta trasera.

No sabemos que pasó pero al rato vino acompañado de un criado que portaba una antorcha pues era ya noche cerrada. Leonor se había quedado dormida a pesar del disgusto que tenía; más de cincuenta millas andando eran suficientes para cansar a hombres acostumbrados a caminar y ella no lo estaba después de haber estado nueve años encadenada al brocal de un pozo.

—Levantaos, señora —dijo su esposo mientras le ayudaba a incorporarse— levantaos, os esperan en casa. Vuestra señora tía os verá mañana; ahora venid a cenar y dormir, es ya tarde —ella se dejó llevar como una niña, sin preguntar nada.

La casa era grande y estaba bien acondicionada, un tibio calor la envolvió al entrar en ella, ni siquiera se percató de que lo hacía por la puerta de atrás, a través de la cocina. Varios sirvientes la contemplaron con curiosidad, pero al notar que ella los miraba, apartaron la vista. Una mujer, en la que reconoció a la que la había

mirado a través de una rendija de la puerta, la condujo al comedor.

—Tomad asiento, doña Leonor. Ahora os traerán algo de comer, luego os llevaré al dormitorio, lo están preparando ahora. ¿Este hombre es algo vuestro? —Leonor oyó su propia voz como si viniese de muy lejos:

—Es mi esposo, don Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, duerme conmigo. Ponedle en mi dormitorio.

—Se hará como digáis. Mi señora no puede venir ahora, hace rato que se retiró a descansar, ya es mayor y le cuesta un poco andar, pero me ha ordenado que os atienda como a su sobrina.

—Y vos, dueña, ¿quién sois? No os recuerdo.

—Acompaño a mi señora, doña María, desde hace más de cuarenta años. La única vez que mi señora os vio, en vuestra boda, yo no viajé con ella. Antaño fui su esclava pero ahora soy libre y me he quedado con ella. Me llamo Urraca, para serviros.

Las viandas habían comenzado a llegar y Leonor se sirvió algo en un plato, no sabía por qué pero tuvo la intuición de que ella no le agradaba a Urraca y a ella tampoco le agradó la vieja dueña, tenía ojos de halcón, nariz afilada y cabello gris. Ni un gesto amable, más bien servil, pero duro e inhóspito. Como en un sueño comió viandas que no había probado en muchos años. Se levantó pronto de la silla pues el sueño la vencía.

—Llevadme a mi recámara, por favor —pidió. Urraca hizo señas a un sirviente que se acercó con una luminaria.

—Seguid al siervo, doña Leonor, mañana hablaremos —sonaba más bien como una amenaza que como una invitación.

Leonor no dijo nada, tomó de la mano a su esposo que también se había levantado y siguió por un largo corredor y luego por unas escaleras al portador de la luz. Este abrió una pesada puerta de roble claveteada de tachones negros.

—Este es vuestro dormitorio por esta noche, señora —dijo—. Vuestro esposo se acomoda con vos, según indicasteis. Mañana tendréis ropa nueva antes de ver a doña María y os estará esperando un baño de agua de rosas —colocó la antorcha en una abrazadera de hierro en la pared—. Apagadla cuando os plazca, se han dejado pequeñas bujías en la habitación por si queréis luces más pequeñas, o inclusive por si deseáis dejar algunas encendidas... como no conocéis la habitación —hizo ademán de retirarse, pero aún añadió—: buenas noches, y no tengáis prisa por levantaros. He oído que habéis venido desde Sevilla. Eso está muy lejos para una joven dama —tenía su voz algo de compasión, al contrario que la de Urraca. Leonor no se preguntó como sabía el sirviente todo eso.

Sacó la última moneda que quedaba del viático de María Coronel y se la dio al sirviente, que la tomó presto y se lo agradeció. La habitación olía a espliego y lavanda, unos tapices colgaban de las paredes, en un rincón se había encendido fuego. No se fijó en nada más. Sin desvestirse siquiera, cayó dormida sobre la cama. Su esposo le quitó los zapatos y le soltó los cordones del atuendo; luego, algo desmañadamente, la tapó con la ropa de cama y él mismo se acostó junto a ella. «Es la primera vez que estamos juntos en una misma cama», pensó, antes de quedarse dormido él también.

Al día siguiente don Ruy se despertó tarde. El sol apenas penetraba a través de las espesas cortinas. No sabía si alguien las había cerrado para dejarles descansar o si ya estaban así cuando se acostaron. Miró a su alrededor con deleite. La cama era doselada y en las cortinas figuraban pesadamente bordadas las armas de los García. La madera del lecho era oscura y brillaba suavemente a fuerza de haber sido frotada por incansables manos con cera de abeja. El fuego que divisó anoche estaba aún encendido aunque solo se veían brasas veladas por la ceniza. Volvió a notar el olor a lavanda y espliego que tanto le había llamado la atención. Le pareció el paraíso. Recordó todo lo que había querido olvidar: su casa, su rango, su linaje y sus riquezas innumerables. Sus siervos, tierras, castillos y joyas y por un momento creyó haberlas recuperado, pero era un hombre sensato y no un niño y sabía que todo se había ido para no volver. Todo esto era prestado y quién sabe cuánto duraría. Con cuidado para no despertar a Leonor se levantó y caminó hacia la puerta, no sabía qué esperar tras ella pero la abrió con cautela. Un siervo al parecer esperaba que alguien apareciese. Estaba sentado en un escabel y se levantó con prontitud.

—¡Buen día nos dé Dios, don Ruy! —saludó el criado. Se le veía bien vestido y bien comido. Ruy se dio cuenta de que aún llevaba puesta la ropa que les diera la monja en Sevilla. Comparado con el criado él parecía mucho más mísero. Decidió no darle más importancia a su atuendo y preguntó al paje:

—¿No oí anoche que habría un baño esta mañana? —el sirviente pareció alegrarse de la pregunta.

—Así es, mi señor. Si me seguís os llevaré a la habitación de la tuba. Allí se ha preparado agua caliente, ropa limpia, calzado y todo lo necesario. El masajista y el barbero esperan desde hace rato. ¿O preferís desayunar primero? —lo que oía le pareció venir de otro mundo, de un mundo casi olvidado.

—No, no, prefiero adecentarme antes de presentarme a las damas, el desayuno puede esperar —y dejamos a don Ruy recuperando su aspecto de hombre noble y rico a expensas de doña María García y

Carrillo de Albornoz.

Leonor aún durmió otro rato pero se despertó repentinamente. Abrió los ojos y le costó un poco situarse. No sabía dónde estaba. No había paja, ni suelo húmedo ni ratones corriendo por el suelo. Respiró y notó el perfume a espliego y lavanda. La cama era blanda y el colchón de plumas. Las mantas suaves y mullidas, miró las sábanas y vio que eran *sabanos literatos* es decir sábanas rojas con rayas de colores. Todo era del máximo lujo y riqueza. Luego pasó a examinar la estructura de la cama, le pareció hermosa y sólida, como la cama que había tenido su madre. Caoba, dosel, bordados; como debe ser la cama de un matrimonio. Se sentó en el borde del lecho y al mirarse vio sus vestidos, arrugados y viejos y además había dormido con ellos. Se avergonzó de su atuendo, con toda seguridad en esta casa tales avíos no servían ni para trapos de fregar el suelo. Se los quitó e hizo un apretado envoltorio con ellos. Luego pensaría qué hacer. Se había quedado desnuda así que se envolvió en una de las sábanas y caminó hacia la puerta. Con precaución abrió y miró a ambos lados. Nada. Un amplio y tranquilo corredor se extendía a derecha e izquierda. Volvió a entrar y pensó un momento, sin duda se le escapaba algo. Su esposo no estaba, pero ella ni lo notó ni lo echó de menos. Dio media vuelta y cerró la puerta, envuelta en la sábana se sentó en una alta cátedra. Se miró los pies desnudos y le entró un ataque de risa. Eran pequeños y blancos pero necesitaban los cuidados de una doncella, los tobillos tenían un feo anillo oscuro como un viejo callo. Se volvió reír sin saber por qué. Cada vez que movía los dedos de los pies sentía gran regocijo, al cabo de unos momentos vio en la mesa central una campanilla de plata. ¡Eso era lo que había pasado por alto! La tomó en sus manos y la agitó. Al instante entró en la habitación una joven, seguramente la doncella a su servicio.

—Buenos días, doña Leonor, me llamo Delgadina —dijo la joven—, estaba esperando que me llamaseis, no deseaba interrumpir vuestro sueño.

—Buenos días, Delgadina. ¿Está el baño listo?

—Oh, sí, mi señora doña Leonor. Venid conmigo.

También Leonor gozó de un baño largo y un masaje que la dejó casi dormida otra vez. Aceites perfumados ayudaron a desentumecer sus músculos. La joven le arregló las manos y los pies sin comentar la huella de los grilletes. Luego otra criada, seguramente la *peinatriz* de la casa le lavó la cabeza y le desenredó los rizos que al fin mostraron ser cobrizos.

—Tenéis un cabello muy hermoso, señora —dijo la mujer mientras le sacaba el pelo—. ¡Lástima que no lo podáis llevar suelto!

—¿Y por qué no? —peguntó Leonor.

—Porque no sería apropiado, señora, debéis llevarlo recogido, sois una mujer casada. Al menos eso tengo entendido.

—Es cierto, en qué estaría yo pensando... —ahora recordó que estaba casada y que no había visto a su marido todavía—. Por cierto, ¿habéis visto a don Ruy esta mañana?

—No lo he visto pero sé que su ayuda de cámara lo llevó al baño y estará vistiéndose. Os esperará para el desayuno.

—Ah, sí, el desayuno. ¿Qué hora es?

—Pasada media mañana señora, como las diez o así.

—¡Qué tarde! —la mujer pareció azorada.

—Más tarde de lo que creéis.

—¿Y eso? —se extrañó la dama.

—Lleváis un día y dos noches durmiendo, señora.

—No puede ser, Delgadina. Nunca he dormido tanto. ¿Cómo no nos despertaron?

—Doña María dio orden de no molestaros y dejaros dormir hasta que llamaseis, por eso nadie os perturbó, señora —ahora Leonor tenía prisa por terminar con su atuendo ¡qué pensaría de ella su señora tía!

—Está bien, vestidme enseguida. Debo hablar con mi esposo y luego con mi tía.

La sirvienta se apresuró todo lo que pudo aunque aún tardó algo en vestirla con su ropa interior en varias capas, las enaguas almidonadas, el corpiño, la sobreveste, el traje de mangas largas con el borde inferior bordado de pedrería, el sobretraje que dejaba ver la hermosura de las mangas de debajo y el borde del traje interior, la capa, en fin toda la ropa que una dama de alcurnia debe vestir en casa. Por fin los escarpines de tafilete sobre unas medias de fina seda y algodón egipcio.

—Vamos, ya estoy lista.

—Aún faltan las joyas, señora —la joven sacó una caja y pidió— escoged lo que queráis, son de la casa, la señora ha pedido que os pongáis lo que os agrade —sin creerse lo que estaba viendo, Leonor sacó un collar con piedras verdes que contrastaban con sus rizos cobrizos y unos pendientes a juego. La camarera sacó un pequeño reflectorio y le invitó a mirarse. La hermosa señora que la miraba desde el fondo del espejo no le pareció ser ella. De pronto recordó que no se había visto la cara en nueve años, solamente en el espejo del agua del pozo. El recuerdo le pareció aterrador.

—Vámonos —pidió bruscamente, en ese momento entró en la habitación la mujer llamada Urraca.

—Doña Leonor, si no tenéis inconveniente, doña María desearía

veros, vuestro esposo ya os espera en el salón.

Por alguna razón Leonor se sintió amenazada por aquella mujer. La invitación le pareció el fin de todo y sintió frío. Levantó la hermosa cabeza y dijo:

—Llevadme ante mi señora tía.

---

1 Gafo, gafa, expresión despectiva usada como insulto. Literalmente: leproso.

Capítulo XI

LA ENTREVISTA CON MARÍA GARCÍA Y CARRILLO DE ALBORNOZ Y LA DESPEDIDA DEL ESPOSO.

... y mi esposo se fue en busca de sus bienes... y aquellos que los tenían no le hicieron caso porque no tenía posición ni modo de obligarlos a hacerlo...

Memorias de doña Leonor López de Córdoba.

Urraca condujo a Leonor a través de los pasillos de la casa, atravesando salones y otras muchas habitaciones cuya utilidad no era aparente a primera vista; grandes aposentos con muebles sombríos que casi no se distinguían en la penumbra, ventanas veladas por cortinones de terciopelo, aposentos con mesas bien pulidas y altas cátedras, pasillos sin fin adornados con *inferturias* de plata, armaduras, escudos y banderolas de algún remoto ejército; lanzas, hachas y alabardas menudeaban por las paredes. Por fin atravesaron una puerta que conducía a un amplio comedor. La mesa del centro estaba surtida de buenas y abundantes viandas colocadas sobre un mantel de rayas verdes y rojas rematado con flecos de pesada seda y borlones de lo mismo. Todo era del máximo lujo. Leonor vio a su esposo junto a la mesa, sentado en el borde de una cátedra, como si se sintiese incómodo; no lejos se hallaba, también sentada, una dama mayor, vestida de ropajes pardos y que recordaban los vestidos de una monja quizás más que por el traje en sí mismo por las tocas de su cabeza. Todo era severo, excepto por las abundantes joyas de la señora. Algo de su cabello se escapaba de la cofia y este era blanco y frondoso. La faz de María García y Carrillo de Albornoz era tersa aunque no joven, sus ojos, verdes o azules, eran vivaces; sus cejas bien dibujadas parecían más bien las de una joven que las de una dama entrada en años; la boca, cerrada con gesto voluntarioso, tenía algunas arrugas alrededor de los labios; cruzaba las manos sobre el regazo y estas eran blancas y afiladas. No había modo de saber si era alta o más bien baja ya que estaba sentada y vestía tantos ropajes que su cuerpo no era visible con claridad.

Leonor, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, entró en la habitación. Se dirigió a la dama y le preguntó:

—¿Sois vos, señora, doña María García y Carrillo de Albornoz, mi señora tía? —la dama esperó un poco antes de contentar con voz tranquila:

—En efecto, soy doña María. Ya veo que sois algo atrevida y que

carecéis de modales.

—Perdón, señora tía, no creo haberos faltado al respeto.

—¿Nadie os ha dicho que el inferior no habla al superior a menos que el superior haya hablado al inferior? —añadió con frialdad—. No recuerdo haberos hablado, doña Leonor —se calló y la observó con atención—. No tenéis mal aspecto, así vestida. Me dijeron que llegasteis ataviada, ¿cómo diría?, de modo inadecuado a una dama. Al menos a lo que yo llamaría una dama, una sobrina mía.

Leonor tuvo un pronto de ira.

—¡Oh, perdonad, alta señora! Venía de la cárcel rodeada de ratas y miseria, en donde estuve nueve años sin que vos hicierais ningún intento por buscarme ni por sacarme de tal prisión —miró a su alrededor—. Por lo que veo medios no os faltaban para hacer algún esfuerzo. ¿O es que esta riqueza que veo os ha llegado hoy? Mi traje, inadecuado, señora, era una limosna de doña María Coronel. ¡Ella, a pesar de ser monja de clausura se interesó por nuestra mísera condición e inclusive nos visitó poniendo en peligro su misma vida! —hizo una señal a su esposo—. ¡Vámonos, don Ruy, ha sido en vano haber venido a esta casa! —se arrancó las joyas que se había puesto y las arrojó al suelo—. Tomad vuestros adornos y fruslerías, señora. Prefiero pedir limosna por los caminos que compartir vuestro pan. Me pondré el mal vestido que traía y os dejaré estas prendas tan lujosas, señora tía —la dama no se inmutó. La dejó hablar hasta que terminó.

—Veo que en la cárcel no enseñan modales. Tomad asiento y desayunad al menos. Vuestro esposo ha tenido la deferencia de esperaros —se dirigió a la sirvienta que había mirado atónita toda la escena—. Urraca, hacedme la bondad de recoger el aderezo que se le ha caído a mi sobrina, luego dejadnos solos —así lo hizo la mencionada no sin antes echar una mirada desaprobatoria sobre Leonor.

Pasado el primer arranque de ira, Leonor se sentó y desayunó sin decir palabra, ahora esperaba que su tía le pidiese disculpas, pero ella solo sacó un pliego y lo leyó detenidamente varias veces, luego lo guardó cuidadosamente.

—Según esta cédula habéis estado ambos presos en las Reales Atarazanas de Sevilla durante casi nueve años. El Rey en su testamento os deja libres sin cargos, e inclusive decreta que se os devuelvan los bienes incautados. No hay duda de que sois vosotros, Leonor López de Córdoba y Ruy Gutiérrez, esposos —pareció recordar algo—. Estuve en vuestros esponsales, el canciller del sello de la poridad os hizo regios presentes y hasta quinientos siervos moros pasaron de su propiedad a vosotros, solo para el servicio de casa, y os

regalaron un collar de perlas como no se había visto, porque tenía veinte vueltas, y lugares, villas y aldeas cuyos pechos y derechos eran para vosotros dos, y un ejército de trescientos hombres armados, lo recuerdo bien. Y yo, para esa ceremonia, llevaba un aderezo de quinientas perlas de río y doce rubíes grandes como avellanas y mi traje arrastraba sobre el suelo más de una vara de pieles de martas cibelinas —se rio al recordar— vos, don Ruy, tomasteis posesión simbólica de mi sobrina introduciendo una pierna en su cama, ¿os acordáis? Y el Maestre de Calatrava os regaló veinte mil doblas de oro y platos y vajilla por valor de más de dos mil marcos de plata. ¡Todo se lo ha llevado el viento! —suspiró mirando a la lejanía—. Yo os regalé un collar de perlas azules. ¡No había otro igual en el reino! —se calló un momento como pensando en el pasado—. Así es la vida, sobrina nieta, *sic transit gloria mundi* —cambió repentinamente de conversación—. ¿Sabéis latín?

—Señora, bien sabéis que a las damas de alcurnia se les educa desde los cinco años, y aunque asumí la desgracia de entrar en prisión a los ocho, tuve tiempo de aprender al menos lo más básico del latín y del árabe. También aprendí a leer y a escribir y aunque no he tenido libros todo este tiempo, no lo he olvidado. Quizás —añadió con modestia— deba volver a estudiar para ponerme al día.

—Me parece muy bien, Leonor —le apeó el tratamiento como se hacía con los niños algunas veces— muy bien, ya hablaremos de eso, una sobrina mía debe tener una educación exquisita. Ahora que ya habéis desayunado hablemos del presente. ¿Qué pensáis hacer? ¿Don Ruy ha conservado algo de lo suyo? —el mencionado se dirigió a la dama.

—Me temo, señora mía, que no quedará nada. Al menos en Spania, de lo poco que sé, se cedieron todas nuestras propiedades a terceros y ahora ya habrán pasado a otras manos, no creo que se nos devuelva nada. Quizás en Portugal.

—¿Y no podéis mantener a vuestra esposa?

Bajó la cabeza avergonzado.

—Hoy por hoy, no señora.

—¿Y qué pensáis hacer al respecto? Un hombre debe mantener a su familia, y más si esta es una dama de alcurnia. Don Martín no os la hubiese entregado para que la tuvieseis en la miseria. ¿O es que pensabais que yo os iba a mantener a los dos?

—Creía que en un primer momento nos quedaríamos aquí y que luego yo intentaría recuperar algo de lo mío y entonces podríamos irnos a nuestra casa.

—No es una buena idea. Perdonad don Ruy, pero sois un hombre

adulto, casi un viejo y debéis mantener a vuestra familia. Id en buena hora a buscar lo vuestro y mientras tanto yo mantendré a mi sobrina a salvo de la miseria. Os esperará aquí hasta que volváis. Con poco o mucho volved con lo que halléis. He dado orden de que os avíen para el viaje, os darán ropa, dinero y un buen caballo. ¡Adiós don Ruy! —sin más doña María se levantó apoyándose en un bastón de ébano. Se volvió a su sobrina nieta y dijo— vos, niña, seguidme.

Leonor se quedó atónita, no supo reaccionar y siguió a doña María mientras su esposo, desconcertado, abandonaba la habitación y la casa. Tardaría muchos años en volverlo a ver.

De momento Leonor se quedó con su tía abuela doña María, a quien siempre llamó «señora tía» por respeto y porque la terca anciana no habría tolerado ningún otro tratamiento.

—Desde hoy os ocuparéis de acompañarme a todas partes, es de buen tono que una dama anciana se haga acompañar de una dama de honor, si es posible de su misma familia, soltera o viuda.

—Pero ese no es mi caso, señora tía —protestó Leonor a quien la perspectiva de acompañar a doña María no le era agradable.

—No, pero guardar mi compañía os vendrá bien, vuestro marido está ausente y no queremos que haya habladurías. Nunca os perderé de vista y dormiréis en una habitación contigua a la mía, con la puerta abierta, así jamás se podrá decir que estuvisteis suelta ni sin compañía en todo el tiempo que tarde vuestro esposo en volver —doña Leonor vio que no tenía salida y mientras pensaba otra cosa fingió estar de acuerdo.

—¿Salís mucho de viaje o de visita, doña María?

—Os he dicho que soy vuestra señora tía, así que la pregunta correcta es: ¿salís mucho de viaje, señora tía? Y la respuesta es: no, no salgo mucho de viaje, soy vieja y los cambios me desconciertan y me agotan. Solo tuve hijos varones, algunos han muerto y los otros están lejos en el servicio del Rey. Mis nueras me detestan, y yo a ellas. Soy viuda y muy rica, así que no dependo de nadie. Hago lo que quiero y me paso el tiempo rezando o bien hago que me lean los Evangelios y la vida de algún santo —pareció recordar algo—. ¿Me dijisteis que sabíais leer y escribir ¿no?

—Sí, señora tía, sé leer y escribir y con gusto os leeré la vida de los santos.

—Bien, mientras esperamos que vuelva vuestro esposo me haréis compañía y así tendréis la vida asegurada y lo que es más, una vida digna de vuestra alcurnia. Cuanto antes llamaremos al alcalde de los hijosdalgo para que os entre en el censo de los hidalgos y que de esta manera no os tachen y tilden y nombren como pechera, nacida de

dañado e punible ayuntamiento, como es costumbre hacer con los que no pueden probar su nobleza de inmemorial.

—No es ese mi caso, señora tía. Mi padre fue de los más nobles del reino y mi madre era pariente del Rey —dijo altivamente doña Leonor—. Nadie osará negarme la mi hidalguía.

—Os negarán la vuestra hidalguía y hasta el pan y la sal —dijo doña María como aseverando algo sin importancia—. Sois pobre como las ratas y en las costumbres de la caballería y de la nobleza se pone en primer lugar tener suficiencia económica como para vivir de *more nobilitum*. Los pobres, por muy nobles que sean, si quieren habilitar su nobleza han de acudir a la Real Chancillería y abrir allí un expediente para obtener una Carta Executoria de nobleza. Ello cuesta mucho dinero, y los gastos van por cuenta del demandante, que en este caso seríais vos. Si fallasen a vuestro favor, aún no habríais conseguido nada porque el alcalde de los pecheros recurriría en segunda y tercera instancia, es decir en vista y revista. Entre tanto habrían pasado muchos años y vos mientras figuraríais en el censo de pecheros, el de los buenos hombres llanos, y estaríais pagando pechos y derechos reales y concejiles y así vuestro nombre y el de vuestro padre aparecería mancillado para siempre al ser entrado, siquiera momentáneamente, en el censo de los buenos hombres llanos, pecheros. ¿Es eso lo que queréis? —Leonor, apabullada por las palabras de su tía, negó con la cabeza—. Está bien, entonces obedecedme sin rechistar, que para algo soy vieja y sé de esto más que vos que de hecho tenéis ocho años, que son los que teníais al entrar en prisión. No sabéis nada del mundo ni de leyes.

—¿Qué he de hacer entonces, señora tía, para evitar que me incluyan en el censo de los hombres llanos?

—Vos nada, yo lo haré por vos. Mandaré recado al alcalde de los hijosdalgo aquí en Córdoba, Fernán Carrillo, hermano de Álvaro Carrillo de Albornoz, alcalde mayor de los hijosdalgo de Castilla, que es mi sobrino; él vendrá y tomará declaración de mi boca. Juraré que sois mi sobrina nieta con relación expresa de vuestros orígenes. Mi palabra es ley para mi sobrino don Álvaro, y no se hará ninguna otra pesquisa o indagación.

—Señora tía, tengo entendido que no todos mis parientes han muerto, que aún me queda algún hermano —doña María la miró con curiosidad.

—¿Qué sabéis de ello?

—Yo, señora, no sabía nada, pero cuando llamé a vuestra puerta pidiendo veros, una voz me dijo desde dentro que Leonor López de Córdoba había muerto y que de esa familia solo quedaba un hermano,

no me dijo su nombre. Dado que mi hermano de padre y madre, don Lope, murió de la peste bubónica en Sevilla, cualquier otro hermano, por fuerza ha de ser hijo de ganancia. Me gustaría saber de él ya que somos los únicos hijos de mi señor padre que quedamos vivos en este mundo.

—En efecto, es hijo de ganancia de vuestro padre, y el nombre de su madre lo callaré por el honor de la familia de la dama, que es de alcurnia. Lleva por nombre el de Álvaro de Córdoba, yo le he hecho criar en el campo al cuidado de amas y tutores, y al llegar a cierta edad ha manifestado su deseo de abrazar el estado sacerdotal, así que lo he enviado a Aviñón, donde se educa para altos fines, si el Señor lo permite —se santiguó piadosamente.

—¿Podré conocerle algún día?

—Si está de Dios que así sea, no veo inconveniente alguno. Así como vos ignorabais la existencia de vuestro hermano, él tiene por cierto que vos habéis muerto. También se llevará una sorpresa.

Así quedaron las cosas pues el hermano estaba lejos y por lo tanto doña María no podía propiciar ningún encuentro con él. En el corazón de Leonor quedó un sentimiento de curiosidad y al tiempo de satisfacción, su linaje tenía un varón, bien que no tan esclarecido como ella por su origen irregular, pero al fin y al cabo era un hombre y podía traer nuevos honores al apellido López de Córdoba. Es cierto que el joven hermano era clérigo, pero ello no le restaba posibilidades. Quizás terminaría de arzobispo de Toledo o quizás de Papa, su talento y su linaje podían llevarle a cualquier parte. Leonor soñaba con conocer a este hermano de ganancia. Esperaría con paciencia en casa de su tía a que el seminarista volviese, bien ya tonsurado y con las órdenes sagradas o bien antes de ser misacantano en algún viaje que hiciese para visitar a su benefactora.

En casa de su tía nada faltaba a Leonor pues el buen nombre de doña María exigía que su sobrina nieta se presentase ante todos como una dama pudiente y de alcurnia y linaje esclarecido, como lo eran todos los parientes de la señora doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz. Leonor ocupaba una gran habitación junto a su tía, con muebles costosos, alfombras y tapices; tenía sirvientes para satisfacer todos sus caprichos, y al menos externamente gozaba de respeto por parte de los que en esa casa vivían; pero los sirvientes y esclavos sabían que la hermosa y altiva joven era una recogida por piedad de la señora, que no tenía donde caerse muerta, que si la señora la despidiese tendría que ir por los caminos pidiendo limosna, que nada de lo que vestía o lucía era de ella y que jamás tendría nada pues ni siquiera tenía marido que le diese de comer. Se había ido hacía tiempo

dizque a buscar su fortuna y si no fuese por una carta que se recibió al año de haber desaparecido, nada más se supo desde que se fue. Todos cuchicheaban que era una infeliz, una orgullosa y una pobretona.

No tener nada propio mortificaba a Leonor. No podía pagar pequeños servicios, ni comprar algún capricho. Todos lo sabían y ella era consciente de que a sus espaldas se reían de ella.

—Señora tía, daría gracias a vos y al cielo si me asignarais un peculio propio, aunque pequeño, para poder comprar alguna fruslería y para que los domingos, en la iglesia, pudiese dejar alguna limosna de mi mano —eso dijo un día la joven a su tía pues sentía una gran humillación al no tener algún dinero que pudiera llamar suyo, aunque este fuese exiguo, pero su tía la miró con frialdad y desconfianza.

—Nada os falta y si acaso os sobra. Ni fruslerías ni nada, pedid lo que queráis y nada se os negará, agujas, sedas, lanas, encajes, telas, pinjantes o un pajarillo cantor o un perrillo o cualquier otro capricho. Inclusive una esclavita para que os acompañe cuando yo no estoy en casa. Lo que pidáis es vuestro si es razonable, pero no dinero. Habéis estado mucho tiempo presa y no sabríais administraros. Además no os hace falta. Tenéis techo y comida amén de hermosos vestidos y joyas. No necesitáis nada más. En cuanto a lo de la limosna ya lo he pensado y doy dos veces en la iglesia, una por vos y otra por mí. El Señor no echará en falta vuestro óbolo, estáis cumplida.

Y así terminó la petición de Leonor que esa noche, en su hermosa habitación, sin saber por qué se acostó llorando de rabia, pena y desconsuelo. Soñó que estaba presa y que alrededor de ella veía montones de dinero y que no podía alcanzar a tocarlo ni siquiera con la punta de los dedos. A medianoche se despertó, se levantó de su cama y se arrodilló en el suelo.

—Reina de los Ángeles y de los Desamparados, haz que mi marido vuelva y que me lleve lejos de doña María.

Hecha la petición rezó treinta avemarías y, satisfecha, se durmió hasta el día siguiente. Esa misma noche tomó la determinación de rezar al final de cada día, hincada de rodillas, al menos esas treinta avemarías. Y si la Reina de los Cielos no le otorgaba lo que ella pedía, aumentaría sus rezos hasta derretir el corazón de María Inmaculada. «¡Pedid y se os dará!» eso había dicho el Señor. Ella estaba dispuesta a pedir hasta desgastar el corazón de María. «¿Acaso cuando un hijo os pide pan, vosotros que sois malos le dais una serpiente? Cuanto menos el Padre Celestial...». Eso decía el Evangelio, eran palabras del mismísimo Jesús, si rezaba lo suficiente, Leonor estaba segura de que algún día su señora tía le daría algo de dinero para no humillarla ante el mundo obligándola a pedir de todo. Bien sabía ella que a sus

espaldas la ridiculizaban los sirvientes y murmuraban por tener que servirla hasta los esclavos. Leonor, en el fondo de su corazón esperaba con paciencia a que volviese su marido y la liberase de esta sujeción, de esta servidumbre, de esta humillación diaria. Sin duda no la habría olvidado y menos aún abandonado cuando habían compartido tantos años de miserias y desgracias encadenados ambos al brocal de aquel horrendo pozo en las Reales Atarazanas. Juntos habían pasado hambre y sed, sufrido piojos y chinches, dormido en paja húmeda mientras las ratas corrían alrededor. Habían visto morir a don Sancho Míñez de Villendra, gran chambelán del rey don Pedro, más conocido como Pico Míñez; el cual les había prometido que si sobrevivían ninguno de ellos sería pobre. Pero había muerto y con él su secreto. Y ahora, ella, Leonor López de Córdoba, se veía rebajada a comer el frío pan de la misericordia en casa de un pariente rico, como una solterona sin dote. Como si hubiese nacido pobre o fea. No, sin duda no la olvidaría don Ruy, juntos habían visto morir a don Lope, el joven hermano de Leonor y juntos habían sobrevivido a tantas cosas, que ella juzgaba imposible que él se alejase para siempre de ella sin darle ninguna explicación. En las largas noches a veces pensaba en su esposo y se preguntaba qué haría si él al fin no volvía. ¿Acaso habría muerto? Día tras día esperaba noticias que nunca llegaban. Ella no lo amaba, es verdad, pero era su esposo aunque aún no habían consumado el matrimonio. Se preguntaba a solas si habría en el mundo una sola esposa, que habiendo estado casada como ella, más de diez años, aún fuese doncella. No se había atrevido a comunicar a nadie su secreto, en realidad le avergonzaba y no quería que nadie lo supiese. Pero el caso es que no era ni casada, ni soltera, ni viuda. ¿Qué era ella? Por la noche, cumpliendo su promesa, se arrodillaba y rezaba con gran fervor a la Virgen pidiéndole que su señora tía le asignase algún dinero, pero la Virgen estaba tan lejos de aquella casa que no llegaba a oírla. A veces, en esas horas de soledad sacaba la única carta que le había enviado don Ruy y la leía una y otra vez:

De don Ruy Gutiérrrez de Hinestrosa a su amada esposa, doña Leonor López de Córdoba. Salud y gracia.

Sépades que mi investigación en cuanto a la situación de mis propiedades me ha llevado a tierras varias y lejanas en inútil búsqueda. El castillo de Malquemada, quizás para cumplir su aciago nombre, ardió o fue incendiado por alguien y de él no quedaron más que los cimientos. Las tierras circundantes se otorgaron al ayuntamiento del mismo nombre y no hay manera de recuperarlas pues están repartidas entre muchas personas, unas humildes y otras poderosas. De allí viajé a Badajoz, en donde mi familia poseía muchos alcornocales que rendían muy buen fruto cada año,

encontreme con la sorpresa de que estos han sido vendidos —o cedidos, que no logré averiguarlo— a personas portuguesas de la poderosa familia de los Téllez de Meneses a quienes ni siquiera he logrado ver para reclamar mis derechos. A través de su apoderado en Badajoz me hicieron saber que no estaban dispuestos a devolver nada por las buenas, pero que si quería hacer valer mi supuesto mejor derecho, se enfrentarían conmigo por las armas en el lugar que escogiese. Visto que la única arma con la que cuento es mi propia espada, he renunciado a enfrentarme con los Téllez de Meneses.

En la provincia de Toledo no tuve mejor suerte pues nuestros bienes han sido absorbidos por la mitra y el arzobispo no tiene intención de soltar lo que le cayó graciosamente en las manos.

No sigo con el relato de mis desgracias, así han ido todas mis reclamaciones hasta el momento. De bienes movientes, dinero, joyas, ganado, sirvientes, esclavos, obras de arte, vajillas, alfombras, instrumentos musicales y demás artículos de hogar, no hay nada, todo se ha evaporado. Bajo ese punto de vista, somos pobres, pero no abandono la tarea y pasaré a Portugal por ver si alguien ha permanecido fiel a mi padre y a la administración de sus bienes. En último caso, si nada hallo, me uniré a los ejércitos del Rey de Portugal y quizás haga fortuna con mi espada, todo antes que morir en la deshonra y en la pobreza.

Besa vuestras manos, señora, en espera de poder reunirse con vos en mejor ocasión, vuestro marido y servidor.

Ruy Gutiérrez de Hinestrosa.

La carta de su marido era la única noticia que había tenido de él en los últimos años. Desde entonces, nada, solo silencio. ¿Acaso habría muerto en alguna guerra portuguesa? Leonor esperaba saber algo, al menos si era viuda, en ese caso, meditaba, le iría mejor en un convento, al menos su obediencia no le pesaría tanto pues sería en honor al Señor del Universo y no de una tía abuela, fría y autoritaria.

Había hecho, no obstante, un amigo, en la persona de Fernán Carrillo, hermano de Álvaro Carrillo de Albornoz, señor de Ocentejo y Cañamares. Don Fernán, era el alcalde de los hijosdalgo en Córdoba, y hacía ya tiempo que había venido llamado por doña María para que entrase a su sobrina en el censo de los nobles y no en el de los buenos hombres pecheros. Fernán, al ser pariente de doña María, lo era también de Leonor y como a tal la reconoció. Era persona de mucho poder y prestigio y gran aficionado a los libros.

—Hoy, sobrina, he venido con un nuevo libro que he adquirido por los buenos oficios de mi amigo Ben Tob Isaías, hijo de otro de su mismo nombre y que tiene un hijo que se llama como él —se rio

suavemente—. Ni entre ellos sabrán quién es quién. He llegado a conocer a Sem Tob, el Chico. Es un crío que promete, muy estudioso y dado a las letras y a los idiomas. Su padre, mi amigo bibliófilo, me consigue libros, ya sabéis cuán difícil es hallar libros que se vendan en el libre mercado, casi todos los ejemplares se hacen a petición de alguien y ya tienen dueño antes de haberse escrito.

Leonor apreciaba a Fernán Carrillo, era el único que la trataba como a una igual y que no preguntaba si necesitaba algo. Don Fernán había descubierto que Leonor leía con buena entonación pues la había oído leer para su tía, y un día le preguntó si tendría la caridad de leer para él.

—Tengo poca vista, querida sobrina, y a veces la enrevesada letra de los calígrafos y pendolistas me cansa en demasía. ¿Podríais tener la caridad de leer a un viejo pariente?

—¡Pero don Fernán, si no sois viejo! —protestó riéndose doña Leonor.

—De edad no, pero de ojos sí —dijo el tío—. Pero en fin, ¿me leéis o no me leéis?

—Pues claro que lo haré, señor tío. Con gusto, si mi tía doña María lo autoriza.

—Oh, si es por eso, no temáis, la vieja ya me ha autorizado. No osaría pedíroslo sin que ella lo supiese, bastaría para que ella se opusiera. Es muy mandona y celosa de su autoridad y tiene que saber lo que se hace en todo momento y además tiene que estar de acuerdo.

—No debéis llamar así a mi señora tía —se atrevió a decir Leonor.

—¿Llamarla cómo?

—Vieja, señor tío, don Fernán —él se echó a reír alegremente.

—¡Pero si lo es!

—Aun así se me antoja, señor tío, una falta de respeto.

—Ah, querida niña, se os ha metido en el cerebro y desde allí vigila vuestros pensamientos. Pero a mí no me puede mandar ni decir qué debo hacer. La conozco hace mucho tiempo, cuando aún estaba casada y no era tan mojigata ni moñoña, además somos tan, si no más nobles que ella, así que no se atreve conmigo ni con mi hermano. Ha sido siempre muy orgullosa y no perdona, ni lo intenta. ¿Sabéis que estuvo a punto de casarse con vuestro padre? —Leonor abrió mucho los ojos.

—¿De verdad, señor tío?

—En primer lugar no me llaméis señor tío, con solo don Fernán o Fernán a secas es suficiente. Pues sí, aunque era algo mayor que él las familias pensaron en casarlos por aquello de aunar las herencias y por unir dos grandes linajes, pero al fin se prefirió el matrimonio con doña Sancha, vuestra madre, por ser al igual que ella descendiente de

Alfonso XI y además más joven y con buena dote —Leonor comprendió de golpe la actitud de doña María para con ella. No le perdonaba ser hija del que pudo haber sido su esposo.

—Bueno —dijo confusa y azarada por tales pensamientos— dejemos eso y veamos qué libro habéis traído —don Fernán sacó de un saquito de piel de gamuza un ejemplar bien cosido aunque algo usado. Bien se veía que había sido leído innumerables veces.

—Venid aquí, Leonor —le apeó el tratamiento como se hace con los niños o con las personas muy íntimas—. Venid y admirad este libro. Está cosido en cuaterniones y encuadernado con primor —lo acarició como a un ser querido—. Tocadlo, es como de terciopelo y seda. Mirad qué letras más hermosas, todo él es primor —Leonor lo miró con curiosidad.

—Está en verso —comentó.

—Sí, mi niña, es el mester de clerecía. Este libro es conocido como Libro de Alexandre, relata las aventuras y la vida de Alejandro Magno. ¿No sabéis nada de él?, yo os la contaré. Esta composición que veis aquí, es la que los literatos llaman la *cuaderna vía*, que es la típica del que os he dicho mester de clerecía. Acercaos —le señaló con un dedo largo y blanco—: esta estrofa se llama también tetrásfora monorrima, son cuatro versos alejandrinos, o sea de catorce sílabas... —y así el entusiasta señor fue desvelando a Leonor los secretos del mester de clerecía, como lo haría más tarde con el mester de joglaría.

Así fue como ella empezó a conocer aquello de:

Mester traygo fermoso non es de joglaria
mester es sin pecado que es de clerezia
fablar curso rimado por la quaderna via
a silabas contadas que es grant maestria.[1]

Leonor gustaba de leer tanto a su señora tía como a su amigo y tío don Fernán Carrillo, pero prefería el tipo de lecturas de don Fernán pues mientras doña María se ceñía a vidas de santos y santas y a los sagrados Evangelios, don Fernán amaba los libros, los relatos, los versos y la poesía, y aun las historias desvergonzadas como algunas en el Libro del Buen Amor, de un clérigo llamado Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, cuyo descaro era comparable al de los juglares. Así, doña Leonor López de Córdoba fue puliendo su gusto y adquiriendo conocimientos, sin siquiera notarlo.

Todavía rezaba todas la noches pidiendo que su pariente le asignase una cantidad, ahora, para poder comprar algún libro de los que la tía no aprobaba. También rezaba de vez en cuando para que su esposo volviese, aunque la mayor parte de los días se olvidaba de

hacerlo. En su corazón le daba por muerto.

---

1 Segunda estrofa del *Libro de Alexandre*. Edición crítica de Francisco Marcos Marín.

Capítulo XII

EL GRAN CISMA DE OCCIDENTE. APARECE PEDRO MARTÍNEZ DE LUNA. DON RUY GUTIÉRREZ DE HINESTROSA EN LA FRONTERA.

Cavallería no pot esser mantenguda sens larnes qui pertany a cavaller, ni sens los honrats fets e les grans messions quis convénen al offici de cavallería.

Llibre del Orde de Cavalleria. Ramon Llull.

La cristiandad seguía gravemente dividida entre dos Papas. El papa Clemente VII, decidido a zanjar de una vez por todas la división del pueblo de Dios entre dos fidelidades, tomó la decisión de invadir el territorio de su rival Urbano VI, y así, a la cabeza de sus tropas, intentó tomar Roma. Fuese porque la incursión estuvo mal planteada desde el principio o porque no era la voluntad de Dios que la Ciudad Eterna fuese violada, lo cierto es que al llegar a Capineto, los ejércitos de Clemente fueron derrotados, con lo que este hubo de retirarse a Aviñón. Una vez más la cristiandad asistía atónita al espectáculo de dos Papas disputándose la legalidad de su elección, inclusive por las armas. Tras muchos esfuerzos se presentaron dos posibles soluciones: o bien ambos prelados renunciaban a su cargo y se buscaba un nuevo Papa entre los cardenales, o bien se reunían ambos pontífices y sus defensores y partidarios e intentaban dilucidar a quién pertenecía legalmente el solio pontificio.

Fue en este delicado momento en que despuntó la acción de un cardenal de gran prestigio, que había estudiado en la Universidad de Montpelier, de donde había llegado a ser profesor de derecho canónico, y luego en Roma: Pedro Martínez de Luna, quien en un principio se mostró partidario de la primera solución, es decir que ambos renunciaran a su cargo respectivo, pero la muerte de Urbano vino a trastocar todos los cálculos. Mientras tanto, como ambos Papas se habían excomulgado mutuamente y a sus respectivos seguidores, por seguir a uno u otro Papa toda la cristiandad estaba excomulgada y el desconcierto reinaba entre la grey cristiana.

A la muerte de su enemigo y opositor, Urbano VI, el superviviente Clemente creyó que podría ser elegido el Papa de todos y así se cerraría el cisma, pero los cardenales seguidores del difunto, eligieron a un nuevo Papa: Bonifacio IX, con lo que el problema sobrevivió a sus protagonistas y amenazaba con perpetuarse. Volvía a haber dos Papas: Clemente y Bonifacio. El español Pedro Martínez de Luna, legado de Clemente VII, se esforzaba en vano por hallar una solución a

tan arduo problema. Europa seguía dividida en su corazón cristiano.

Mientras todo eso sucedía el marido de doña Leonor había desaparecido, al menos para ella que no sabía por dónde andaba; él, sin embargo, no había muerto. Estaba a las órdenes de don Juan de Sotto Maior en la frontera portuguesa. Después de haber intentado recuperar algo de sus cuantiosos bienes, terminó dándose por vencido. Al no tener fuerzas para presionar a los que en la actualidad gozaban de su antiguo patrimonio, solo recibió burlas y desprecios. Nada de tierras, esclavos, joyas y castillos, como él había pensado, simplemente nada. Se halló tan pobre como cuando salió de las Reales Atarazanas. Humillado y vencido decidió no regresar hasta que, o bien hiciese fortuna, o bien muriese en alguna oscura batalla. Se avergonzaba de ser pobre y de no tener ni siquiera perspectivas de mejorar. Recordaba cómo su padre le había hecho leer en su infancia los libros de Alfonso X, apodado el Sabio, aquel *Libro del Orden de Caballería*, que en su Título XXI, Ley XII, de la segunda partida decía que la caballería debe ser prohibida a los que no tienen recursos ... *que non sea Cavallero ome muy pobre si non le diere primeramente consejo, el que lo faze, porque pueda bien bevir...* Sin duda estaba escrito para él, hombre muy pobre, que ni siquiera tenía para comprarse una capa decente o unas calzas de tafilete. Tenía un caballo, es cierto, y ello le salvaba del desprecio, era el que doña María le había dado cuando partió, amén de viático para el camino, pero excepto el equino, nada poseía, no podía ni mantener a su esposa y ello era el deshonor de un caballero y aun de un hombre humilde. No poder sustentar a su familia era el colmo de la desgracia en un varón que se preciase de tal.

—Don Juan —dijo un día a su capitán, mientras almorzaban tocino y galleta— desearía demandaros un bien, por mi alma —se sorprendió el capitán de la extraña petición, pero al ver que se invocaba al alma de su subordinado, no podía negarse y prestó atención.

—Amigo don Ruy, si está en mi mano, dadlo por hecho. Aunque yo creo que poco podré hacer por vuestra alma inmortal.

—No es eso exactamente, don Juan, lo que deseo de vos aunque es muy importante para mí.

—Decid pues —apreciaba el bueno de don Juan de Sotto a este guerrero que se les había unido como soldado de paga. Todos ellos luchaban bravamente por un estipendio más bien mísero y se avenían a la comida escasa y el dormir al raso. Muchos eran huidos de la justicia, pero otros muchos eran nobles que habían abandonado sus casas en busca de aventuras y otros, nobles o no, eran tan pobres que inclusive el ejército les ofrecía una subsistencia mejor.

—Os juro por mi salvación que lucharé a vuestro lado y a vuestras

órdenes mientras me queden fuerzas y salud; pero me tenéis que hacer una promesa a cambio.

—¿Qué promesa? —inquirió curioso el capitán. Había captado que su subordinado le hablaba con el corazón.

—No aprecio ya la vida, pero me está prohibido buscar la muerte, no obstante, si ella me buscase a mí lo agradecería. Entonces, si eso sucediera, mi capitán, ¿podríais mandar un recado a mi esposa? No quiero que ella se quede sin saber que ya es viuda y libre.

—Os lo juro, amigo —pensó un rato y luego dijo quedamente— apenas sé que os llamáis Ruy, debo saber vuestro nombre completo y vuestra dirección y casa para enviar recado a vuestra esposa, y también, si es posible, el nombre de ella.

—Cierto, don Juan, pero no debéis decirle a nadie mi nombre completo —asintió con la cabeza el buen capitán—. Soy el hijo de Juan Gutiérrez de Hinestrosa, canciller que fue del sello de la poridad del difunto rey don Pedro, y de doña María de Haro, señora de Haro, que fue en vida. Mi esposa es doña Leonor López de Córdoba, hija del antiguo Maestre de Calatrava, don Martín López de Córdoba y de su esposa, doña Sancha Carrillo.

—¡Pero cómo viene a ser, mi señor don Ruy que vengáis a estar en esta ínfima situación! —se dolió y sorprendió a un tiempo don Juan de Sotto Maior—. Uno de mis tíos tuvo el honor de ser Maestrante de Calatrava cuando vuestro suegro, don Martín López, era el Maestre y siempre habló bien de él, como gran caballero y hombre muy rico. ¡Y qué decir de vuestro padre! ¿Cómo es posible que os halléis en esta situación? Pero perdonad, don Ruy, no quise decir eso y en todo caso no es de mi incumbencia —se azaró el capitán.

—No importa ya que lo sepáis o no don Juan de Sotto Maior, la familia de mi esposa fue perseguida por el rey don Enrique, a quien Dios haya perdonado y de eterna gloria goce. Los López de Córdoba eran incondicionales del rey don Pedro, y por ello perseguidos con saña por el nuevo soberano, don Enrique. Muerto el Maestre, mi esposa y yo hemos estado en prisión muchos años, al salir nos hallamos con que nuestro patrimonio había desaparecido. Mi esposa quedó con una tía suya esperando mi regreso para que pudiésemos vivir juntos con desahogo. Fui a buscar y reclamar lo mío, pero no hallé nada. Así me uní a este ejército buscando al menos sobrevivir por no pedir limosna —miró a lo lejos con pesar—. Mi esposa me espera desde hace mucho tiempo, aunque ya supondrá que no he hallado nada —el capitán tendió su mano al soldado.

—Ahora que sé vuestra historia, contad conmigo. No os dejaré vivir fuera de vuestra clase y vuestro linaje. Somos ambos nobles y el

mismo estatuto nos cubre a los dos, seamos ricos o pobres, titulados ricohombres o simples hijosdalgos. Compartiré con vos lo que tengo y recuperaréis vuestro sitio ante los demás —pero don Ruy meneó la cabeza.

—Imposible, señor don Juan. Yo debo hacerlo por mí mismo, ganar o perder es de hombres. Ya no soy un niño, voy para los cuarenta años, algunos a mi edad ya han criado a sus hijos y nietos y otros inclusive han muerto —pensó un rato mirando a lo lejos—. Yo, mío señor, he conocido primero la opulencia, y luego la prisión y la miseria. Puede decirse que he vivido varias existencias. En fin, si muero decidle a mi esposa que me perdone y que queda en libertad de vivir su vida como mejor pueda. Ella es más joven que yo, quizás aún pueda rehacerse con otro matrimonio, casarse de nuevo con un hombre de medios, que le dé hijos y una vida desahogada, como debe ser. Os agradezco vuestra grandeza y vuestra generosidad, don Juan de Sotto Maior, no lo olvidaré nunca. En fin, quisiera que lo supiera si al fin es libre —ambos se estrecharon las manos y nunca volvieron a hablar de ese asunto.

A pesar de que doña María pasaba por ser esquiva y quizás algo insociable, porque no invitaba a sus parientes a su casa, aun así, de vez en cuando venía gente, parientes o no, que se alojaban allí. Entonces ella sacaba la mejor vajilla de plata que se hacía relucir a fuerza de frotarla con suaves paños, exhibía la opulencia de sus tapices, sus manteles *literatos*, —a rayas— bordados con hilos de oro rematados de borlones pesados y ricos en colores oscuros. Si venían visitas las habitaciones lucían las mejores alfombras turcas, sobre la mesa solo había vasos de plata y auricalco; si era invierno se encendían todas la chimeneas y los braseros en las escaleras y los corredores, y las lámparas y objetos de metal relucían de limpios. Se llenaban las estancias de flores y gratos perfumes y por la noche los tañedores, tras bambalinas o colgaduras, tocaban hermosas melodías, mientras los comensales se deleitaban con los manjares. Era una viuda pudiente y así había vivido siempre, el capital aportado al matrimonio había sido más suyo que de su difunto esposo, pero este al morir también dejó acrecentado el capital. Ella, doña María, también conocida como doña Mencía, que era su segundo nombre, despreciaba a los que no eran nobles como ella y a los pobres, y los nobles venidos a menos que se empeñaban en mostrar una riqueza de la que carecían o disimular una miseria que les corroía. En cuanto a su sobrina, la mimaba exteriormente pero en su interior tenía contra ella una querella nunca declarada. Pero había alguien que lo sabía y otros que lo sospechaban.

Un día anunció:

—Sobrina, doña Leonor, pronto tendremos una visita de importancia.

Ello agradó a la joven. Es cierto que tenía todas sus necesidades cubiertas, pero también se aburría. Aparte de salir para ir a misa o para comprar algo en el mercado de Córdoba por encargo de su señora tía, nunca abandonaba los muros de la casa. A doña María no le gustaba que saliese. Era indigno de una dama, decía, ir correteando por las plazas como una zascandila. Si algo especial se necesitaba ella llamaba a casa al mercader o vendedor que se apresuraba a venir con un completo muestrario de lo que fuese: botones, encajes, hilos, sedas, campanillas o jamones, daba igual. El vendedor venía apresurado a la gran casa donde la dama escogía y pagaba en el acto.

—Una visita de importancia... —Leonor dejó su labor y alzó la vista.

—¡Ah, señora tía, qué buena noticia!

—Os diré quién es uno de ellos, porque vendrán varios, el que os puedo adelantar como visitante es el hermano de don Fernán, que también es vuestro deudo, don Álvaro Carrillo de Albornoz, alcalde mayor de los hijosdalgo de Castilla. Normalmente vive en Sevilla, en donde tiene su hacienda principal, aunque también es señor de Ocentejo y Cañamares —Leonor intentó sacar más información de su tía pero ella permaneció hermética.

—Es una sorpresa —dijo por toda explicación—, y por ese motivo os mandaré hacer unos vestidos nuevos y lujosos, no puede ser que mi sobrina, que vive en mi casa acogida a mi hospitalidad —a Leonor le sonó como «acogida a mi caridad»— se presente siempre con los mismos vestidos. Los que tenéis son correctos y aun diré que lujosos para todos los días, pero para recibir a un... —se paró de repente como si no quisiera dejar salir la palabra— a un personaje, hay que vestiros mejor —Leonor era joven y gustaba de los colores vivos y recordaba las sedas damasquinadas y el tejido baztrí de cuando era niña.

—Ay, señora tía, si pudiera tener un vestido adamasquinado, verde manzana con un manto verde oliva...

—Nada de tonterías, eso es como para ir de boda, no sería apropiado. Hoy vendrá el sastre y las modistas que me cosen para las ceremonias, así como el judío Isaac que posee los más hermosos tejidos, os harán un vestido a mi gusto, o dos, o tres, pero yo os diré lo que hay que vestir. Habéis estado demasiado tiempo en la cárcel y se os ha olvidado el protocolo. También nos traerán un muestrario para calzarnos con zapatos y escarpines que hagan juego con nuestros

atuendos. Mi sobrino y quien le acompañará son de categoría, pero no más que nosotras. Además, por unos días tendremos una peinadora experta. Mi criada *peinatriz* tiene mucha buena voluntad pero no le llega ni a la suela del zapato a Zuleyma.

—¿Zuleyma? —se extrañó Leonor—. ¿Es acaso mora?

—¡Pues claro que es mora! ¿O acaso os imagináis que una cristiana sería bautizada como Zuleyma? La compré de niña y vivió conmigo como peinadora hasta que se casó, ya madura y entonces, en recompensa a sus buenos servicios, le di la libertad, pero si la necesito viene de buen grado y me peina. Os peinará a vos también, criatura. Ya veréis lo que es una buena mano con el cabello.

Desde ese día ambas discutían cómo debería peinarse una dama que recibe la visita de un caballero. A veces doña María cortaba de raíz los comentarios de Leonor:

—¡No, no puede ser, quien viene, no aprobaría esas veleidades!

—¿Y quién es ese señor tan severo? —preguntaba Leonor, por ver si sacaba el nombre del misterioso personaje.

—Bueno, quizás en realidad no es severo, simplemente que somos una viuda y una casada ambas honestas y no podemos andar con rizos y simplezas.

Unos días antes de que viniese el personaje llegó Zuleyma. La trajeron a presencia de ambas señoras que se hallaban en un gabinete bordando unos cojines con los escudos de la Casa. Las urdimbres se hallaban estiradas en el tambor o bastidor y ellas con sus agujas tejían y bordaban al tiempo.

—Hemos de bordar ambos, Carrillo y Albornoz —había dicho doña María.

—¿Y cómo gustáis que los acolemos, señora tía?

—No los acolaremos, bordaremos un escudo partido, en el primer cuartel irá el de los Albornoz, un castillo de oro sobre campo de gules y en el segundo el de los Carrillo: una banda de sinople en campo de oro.

—¿Y no sería mejor, en lugar de un escudo partido diseñar un escudo cortado?

—¡Desde luego que no, niña! Un escudo como vos decís, cortado en horizontal, haría que los cuarteles quedaran chatos. El castillo quedaría como una choza con torrecitas. Definitivamente, si lo partimos de arriba abajo, los cuarteles quedarán más airosos y finos y el castillo quedará alto y delgado y sus torres espigadas y elegantes —no se habló más y hubo de ser partido, que no cortado. En su interior Leonor hubo de admitir que su tía había tenido razón.

Tres días antes de que llegaran las esperadas visitas ya estaba todo

listo. Las alfombras sacudidas y oreadas, los tapices limpios y la plata brillante. El cobre y el bronce relucían como nuevos, las sábanas de los visitantes eran del máximo lujo: con listones escarlata. Los colchones eran de pluma de oca, las mantas y cobertores de lana fina, había leña en abundancia en todas las leñeras y en las cocinas se amontonaban las aves vivas y muertas, las piezas de puerco y los pescados en salazón, los patos, ocas y gallinas. Los mercaderes venían de día en día con frutas varias: manzanas, sandías, melones, o muchas otras frutas que Leonor desconocía. Se admiró de ver algunas pues sabía que no eran de la estación, pero doña María le llamó simple y le dijo que las traían de lugares en donde no hacía frío.

Zuleyma les obligó a tomar baños de aceite de rosas en el cuerpo y en el cabello.

—Nutre y embellece —dijo— y deseo que las señoras luzcan hermosas y lo más jóvenes posible.

Ella misma las bañaba todos los días y les daba masajes. Cada día les presentaba un peinado diferente para que escogiesen el que más les gustase.

—Mi señora doña María siempre tuvo un pelo de muy buena calidad, ahora ya blanco, pero siempre con cuerpo —dudó un poco— si mi señora y dueña quisiera, yo le quitaría el blancor con jugo de nuez verde que torna el cabello negro como el ala del cuervo... —pero la dama negó con la cabeza.

—No Zuleyma, ya todos saben que tengo el pelo blanco. Se notaría demasiado. Así está bien. Pensad en algunas joyas no ostentosas que embellezcan mi peinado pero dignas de una viuda.

—Muy discreto todo, como deseáis, mi señora, lo haremos trenzado con hilos de plata y algunas horquillas con perlas. ¿De qué color será el vestido?

—Azul claro, como mis ojos —dijo la viuda.

—Entonces señora, permitid que sugiera unos pendientes de turquesa y algunas turquesas para sujetar las trenzas que pienso haceros como una corona alrededor de la cabeza.

—Me parece bien —y así quedó decidido el arduo problema del peinado de doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz.

—Y vos, joven señora ¿qué habéis pensado?

Leonor miró a su señora tía. Esta no se daba por aludida.

—Pues mi traje es de color escarlata oscuro con encajes negros y puños de encaje de ese mismo color...

—¡Y vuestro pelo es rubio rojizo! Estaréis hermosísima con el pelo recogido en guedejas sobre la corona y severamente deberéis llevar azabache y plata, haciendo juego y contraste. Nada de grandes joyas

que distraen de la verdadera hermosura. Simple y severo. Os parecéis a vuestra madre.

—¿La conocisteis? —se sorprendió Leonor.

—¡Claro, señora, soy muy mayor! Y alguna vez la peiné...

—Basta ya Zuleyma, nada de chismes —doña María cortó la conversación secamente.

Nunca parecía ser el momento adecuado para hablar de doña Sancha, la madre de Leonor. Suspiró la joven.

—Gracias por todo, Zuleyma. Si mi señora tía está de acuerdo, me peinaré como decís —miró a su tía y esta movió la mano como asintiendo con desgana—. Todo queda dicho. Dentro de dos días veremos a nuestros visitantes —se volvió hacia doña María Mencía—. ¿Sabemos a qué hora llegarán? —la señora pareció satisfecha de la pregunta.

—He ahí una consulta inteligente, sobrina. Hay que tener todo listo para cuando lleguen, sea de día o de noche. Vienen de muy lejos y es imposible saber la hora. Pero... —levantó la vista como esperando que le preguntaran algo más— un buen anfitrión debe hacer sus propios arreglos. Aprendedlo por si alguna vez llegáis a serlo, doña Leonor. Sabemos por qué camino llegarán así que todo se reduce a enviar unos hombres a su encuentro y tener unas postas que se adelanten para darnos la noticia —miró alrededor satisfecha de su previsión.

En efecto, dos días más tarde unos hombres de doña María, cubiertos de polvo llegaron al amanecer. Tan pronto como llegaron a Córdoba corrieron a ver su ama, se les abrió la puerta con premura y doña María los llamó a su presencia.

—¿Llegan ya?

—Señora, los hemos visto a la distancia y hemos corrido a su encuentro. En efecto, son ellos. Los tres están en buenas condiciones, aunque cubiertos de polvo y cansados por las largas jornadas.

Doña María se dirigió a Urraca, su sirvienta preferida, que estaba junto a ella como de costumbre:

—Que se dé albricias a estos hombres, me han servido bien y me han traído noticias gozosas.

Apoyándose en un bastón se levantó de su asiento y se dirigió hacia las habitaciones que había arreglado para los huéspedes. Era aún muy temprano pero los invitados no tardarían en llegar.

Como un general proyectando la toma de un lugar empezó a dar órdenes precisas.

—Agua caliente para los señores. Las tubas deben estar llenas y perfumadas. Las toallas, calientes; los masajistas, prestos. Abrid y calentad las camas por si necesitan descanso al llegar. En las

habitaciones un refrigerio para cada uno. Para los hombres de Dios, vino del mejor y medio capón. Para mi sobrino queso de cabra, uvas y pan tierno, que es lo que más le gusta. Que los criados que servirán a los invitados se vistan con los colores de la Casa y luego que vengan a verme para que yo me cerciore de que van correctamente vestidos —así fue la señora disponiendo lo necesario para los visitantes. No se fiaba de que Urraca, su preferida, lo hiciese tan bien como ella.

Mucho habían corrido los hombres de doña María así que los viajeros tardaron más de una hora en llegar, justo el tiempo preciso para que todo estuviese a punto.

María Carrillo de Albornoz y su sobrina esperaban en el gran salón, donde se había encendido un hermoso fuego para templar el ambiente, un suave perfume como de romero en el campo, se esparcía en el aire. La luz que entraba por las ventanas era suficiente y no se encendieron los candelabros y lucernas. Los hermosos tapices desvaídos por el tiempo hablaban de las glorias de los antepasados y de los enlaces memorables con los mejores linajes del reino. Sobre las paredes, unos escudos de hierro, rotos y quebrados eran otros tantos testimonios de batallas gloriosas en donde los Carrillo de Albornoz habían ganado fama y gloria y a veces perdido la vida. En una pared, un nicho albergaba a una imagen del Cristo de la Batallas. Sobre una mesa, rodeada de búcaros con flores, una imagen de la Virgen con el niño parecía querer sonreír. Doña María, majestuosa, con su traje de color claro, destacaba sobre una cátedra color oscuro con pálidos reflejos dorados. A su lado, Leonor, vestida de color carmesí oscuro, estaba de pie junto a un escabel bajo, como denotando su menor posición en la casa, al menos por su edad.

Un sirviente vistiendo los colores de la Casa Carrillo de Albornoz, esto es gules y oro, hizo su entrada en el salón. Se paró en la entrada y anunció:

—¡Su eminencia reverendísima, el cardenal don Pedro Martínez de Luna! —imbuido de su propia importancia, el mayordomo hizo una pausa y de nuevo anunció con voz solemne—: ¡don Álvaro Carrillo de Albornoz, señor de Ocentjo y Cañamares, alcalde mayor de los hijosdalgo de Castilla! —otra pausa, pero esta imperceptiblemente más corta—. ¡El noble señor don Álvaro López de Córdoba! —dicho todo esto, dejó paso a los anunciados y se retiró cerrando tras sí las pesadas puertas.

Doña María, al ver entrar en la habitación al cardenal don Pedro, se apoyó en su bastón e hizo un pequeño ademán de levantarse de su cátedra, pero él se lo impidió avanzando rápidamente hasta donde estaba la señora. Con gracia y agilidad impropia de sus años, se

arrodilló junto a ella y le besó la mano. Enseguida se levantó.

—¡Ah, doña María, pero qué bien os hallo! Hasta mejor que cuando os vi la última vez...

—Cuán amable es su eminencia —musitó halagada doña María.

—Ah, no, entre nosotros no me habéis de llamar eminencia. Soy don Pedro, si acaso cardenal, pero mejor don Pedro y aun Pedro a secas, para una vieja amiga —de pronto vio a Leonor que miraba curiosa y expectante la escena entre sus mayores—. Y esta hermosa joven ¿es vuestra dama de compañía?

—Permitidme presentaros a mi sobrina nieta, hija de Sancha Carrillo de Albornoz, mi sobrina difunta, y de don Martín López de Córdoba, Maestre que fue de la Orden de Calatrava —el cardenal la miró con curiosidad.

—Es muy hermosa. Acaso os viene a todas de familia. ¿No habían muerto todos los López de Córdoba, excepto mi pupilo, don Álvaro?

—Dejemos eso para luego, don Pedro, y dejadme saludar a mi primo, el alcalde mayor de los hijosdalgo, don Álvaro Carrillo de Albornoz —el mencionado se acercó a su pariente y le besó ceremoniosamente la mano.

—Doña María, a vuestros pies —luego miró a Leonor e hizo una extraña pregunta—. ¿La dama está casada?

Doña María quedó tan sorprendida que no supo reaccionar. Luego dijo dubitativa:

—Bueno, sí, puede decirse que lo está, aunque su marido está de viaje.

—Entonces —dijo el alcalde de los hijosdalgo— puedo, sin faltar a la etiqueta, besar al menos la mano de tan hermosa dama —Leonor le alargó su mano con gesto gracioso al tiempo que le dedicaba una sonrisa angelical.

—Gracias por vuestra cortesía, señor, pero creo que estáis autorizado a besar mi mano en todo caso pues colijo que somos parientes, bien que lejanos, pero parientes al fin y al cabo.

—¡Es cierto! —dijo alegremente el caballero—. En vista de eso os beso la mano una vez más, para celebrarlo —doña María no sabía si mirar reprobatoriamente a su primo, o sobrino, que no estaba segura de cuál era el parentesco, o echarse a reír por la ocurrencia del alcalde mayor. Optó por lo segundo.

—Bueno, don Álvaro, siempre tan ocurrente, dejad que se aproxime el hermano de doña Leonor, ella no lo conoce, ni nunca supo de él hasta que llegó a esta casa.

Un joven miraba desde la puerta, no atreviéndose a entrar e interrumpir al cardenal y al alcalde mayor de los hijosdalgo. Era de

estatura mediana, el pelo cortado como solían llevarlo los clérigos, vestía un traje de viaje pardo pero de buena calidad y haciendo una excepción por su calidad hidalga, llevaba un hermoso tahalí con espada de empuñadura reluciente. Una pequeña tonsura lucía en su coronilla, señal de que había recibido al menos órdenes menores.

—Entrad, hijo mío —le animó el cardenal Martínez de Luna— vuestra tía y madrina y vuestra hermana ansían abrazaros sin duda —se volvió a Leonor—. Me extraña que no supieseis de vuestro hermano, aunque claro, como habéis estado... fuera de la circulación, por decirlo de alguna manera, no habéis tenido ocasión de que alguien os hablara de él, y lo siento, hija mía, pues es una bellísima persona y sin duda el saber que teníais un hermano os habría servido de consolación en tiempo duros —hizo una pausa—. Vuestro otro hermano, don Lope, murió... según me ha informado por carta doña María.

—Sí, eminencia reverendísima, falleció de la peste bubónica en las Reales Atarazanas de Sevilla —dijo Leonor mientras miraba con curiosidad a su nuevo hermano. Buscaba en él alguna señal que le dijese que era de su familia, algún parecido con su otro hermano, solo la prestancia de su porte le dijo que era noble y de buena casta. No se parecía a su hermano Lope, sorprendida creyó ver en él un parecido consigo misma. El porte arrogante, las manos finas y largas, el cabello rubio rojizo, la boca voluntariosa, todo ello decía del parentesco que unía a los dos. Prefirió que se pareciese a ella, el recuerdo de Lope le hacía daño. Era mejor que el hermano recién hallado no fuera como el hermano perdido, no habría podido amarlo pensando que se había metido en su recuerdo a la fuerza. Pero ahora, repentinamente una corriente de ternura la invadió. Su hermano era algo más joven que ella, además por lo que parecía era un hombre santo, dedicado a Dios y a la Santa Iglesia. Se dirigió a su tía:

—Señora tía, ¿estaría bien que lo abrazase?

—Sí, es vuestro hermano y os acabáis de conocer. Creo que un abrazo fraternal es de obligación, ¿no os parece eminencia? —con poco entusiasmo asintió Pedro Martínez, al parecer había perdido interés en el encuentro.

Don Álvaro avanzó con timidez hasta la hermosa señora que era su hermana, primero tomó su mano y la besó con unción cerrando los ojos, luego se incorporó y con cuidado, como si ella fuese una muñeca, la abrazó con ternura.

—Bendigo a Dios que os salvó la vida para que yo os llegase a conocer —dijo con voz melodiosa— aparte de mi tía y benefactora, no tengo otro pariente tan cercano en el mundo. —Leonor también lo

abrazó, pero con fuerza, como lo hace un náufrago a una tabla de salvación.

—Querido hermano, aunque seáis hijo de ganancia de mi padre, os reconozco como mi hermano entero, y así os trataré y respetaré el resto de mi vida. Ya no estamos solos, porque yo tampoco, aparte de mi señora tía y de parientes lejanos, tengo ningún otro pariente en el mundo tan cercano como vos —volvió a abrazarlo y le miró a los ojos—. Creo que vos y yo nos parecemos, y eso que siempre me dijeron que me parecía a mi madre...

—Bueno, bueno, basta por ahora, luego tendréis tiempo de comentar muchas cosas entre vosotros. Esa es una de las razones por las que su eminencia ha traído a su pupilo en lugar de dejarlo en Aviñón, en su seminario. Ahora dejemos descansar un poco a nuestros invitados.. —y así, la gran anfitriona que era María Mencía García y Carrillo de Albornoz, envió a cada uno a una habitación distinta después de haberles asignado un sirviente personal—. Nos veremos a la hora de la primera colación —dijo antes de levantarse de la cátedra apoyándose en su bastón.

Leonor salió tras ella. Aún miró hacia atrás para dar una última mirada a su hermano, le pareció que este le guiñaba un ojo, pero quizás fue una ilusión.

Capítulo XIII

LAS VISITAS. DIJO EL REY: «EN RELACIÓN AL PAPA CLEMENTE…».

El pobre non tiene parientes ni amigos,
donayre nin seso, esfuerzo e sentido,
e por la pobreza le son enemigos,
los suyos mesmos, por verlo caydo,
e todos lo tienen por desconocido…

«El proceso que ovieron en uno de la Dolencia e la Vejez el Destierro e la Pobreza». Ruy Páez de Ribera. Sevilla: siglo XV.

Don Álvaro Carrillo de Albornoz, el temido y respetado alcalde mayor de los hijosdalgo de Castilla, resultó ser un hombre, que aunque poseído de su propia importancia, por otra parte era muy culto y amante de las buenas letras, como lo era su hermano, don Fernán. Amaba todo lo bueno y refinado, como el buen yantar, la música palaciega, la poesía y las construcciones monumentales, siempre que fuesen de palacios y jardines. También le interesaban los ejércitos, las armas, la guerra y la gloria; pero sobre todo amaba los libros y, curiosamente, se interesaba por la genealogía de todos sus conocidos.

A Leonor dio en llamar sobrina, por cuanto era sobrina nieta de su prima, doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz.

—Venid acá, sobrina —dijo un día el gran señor a la joven—. Me he enterado de vuestra vida y milagros. Sabía todo o casi todo del valiente y generoso Maestre de Calatrava, vuestro padre; pero a fe mía, no he oído jamás una historia más donosa e increíble que la vuestra, señora mía —Leonor, que siguiendo las indicaciones de su tía arreglaba los jarrones con sus flores favoritas, cesó en su labor al verse así dirigida tan directamente.

—No tiene mérito alguno, mi señor don Álvaro, fui llevada a prisión en contra de mi voluntad, y allí, por los designios de Dios, estuve nueve años encadenada al brocal de un pozo. Todos fenecieron, menos mi marido y yo, y a la muerte de don Enrique, nuestro Rey, nos soltaron. Eso es todo.

—¡Eso es todo! Pero qué decís, señora mía, ni los que sufren prisión por sus crímenes han padecido lo que vos desde los siete u ocho años hasta los diecisiete. En fin, os digo, niña, que vuestra vida merece un poema épico, cual los hacían los griegos de inmortal y gloriosa memoria.

—No he leído esos poemas, mío señor, y no creo que la vida en una bárbara prisión sea digna de ser cantada, sino más bien lamentada y olvidada.

—Es cierto —asintió el caballero— es demasiado terrible para que una niña como vos la recuerde, sea por el motivo que sea. En fin, me dice mi hermano que hacéis buenas migas vosotros dos, que os gusta la lectura y que le leéis a doña María y a él mismo. ¿Os agradan los libros?

—¡Mucho, don Álvaro! —lo pensó un momento y añadió—. Solo siento no tener más a mano pues mi señora tía es muy devota y solo consiente en leer las vidas de santos y santas del santoral, además —añadió cándidamente— tiene muy pocos libros aun de vidas de santos; cuando acabamos con alguna, volvemos a empezar, y así hasta el infinito. Siempre los mismos. A fuerza de leerlos y releerlos, ya casi me los sé de memoria.

Rio de buena gana el caballero.

—Sí, me lo imagino, mi prima es pía y devota, amante de las formas y de lo externo, pero sin imaginación. Es toda una dama. No sería correcto que una dama tuviese imaginación y curiosidad en exceso —oyendo esto Leonor se sonrojó, quizás vio una velada reconvención en las palabras de su deudo y así bajó la cabeza y dijo:

—Tenéis razón en lo que decís, señor tío, y yo me he sobrepasado en mis comentarios. Ahora terminaré mis arreglos con las flores, si me dais licencia —pero el caballero no estaba dispuesto a terminar la conversación. El cardenal y el joven Álvaro, su tocayo, estaban rezando en la capilla de casa y tenían para rato, doña María había salido a una de sus visitas de caridad y aunque normalmente se hacía acompañar de su sobrina, esta vez no lo hizo porque don Álvaro Carrillo le pidió que la dejase en casa, porque quería hablar con ella.

Los tres visitantes habían de quedarse aún un tiempo indeterminado. El señor cardenal don Pedro Martínez de Luna había venido con un mensaje de parte del papa Clemente VII para don Juan, el joven Rey de Castilla. Don Álvaro aguardaba noticias de palacio en cualquier momento, hasta entonces esperaba tranquilamente en casa de doña María. Por su parte, el joven Álvaro hablaba con su hermana cuando sus oraciones y meditaciones lo permitían y ambos aprovechaban la ocasión para irse conociendo; el alcalde de los hijosdalgo había venido acompañando al cardenal Martínez de Luna pues este venía casi en secreto y una pequeña corte era todo lo que necesitaba, aparte, claro está, de una guardia armada, que le proporcionaba el buen alcalde de sus propias mesnadas. Los hombres de Álvaro Carrillo estaban alojados en otro edificio propiedad de doña María, y solo un pequeño destacamento se turnaba cada día para hacer guardia a la puerta.

Viendo que doña Leonor se había azarado con su cometario, don

Álvaro cambió su tono.

—No toméis lo dicho como dirigido a vos, querida niña. Los tiempos cambian y doña María es una anciana chapada a la antigua. Ella os envidia, porque sois joven y también tiene algo de resquemor porque pudisteis ser su hija y no lo sois. En cambio solo tiene hijos varones, que casi no la visitan. A pesar de todo, su sentido del deber le hace proporcionaros todo lo que necesitáis, pero mucho me temo que no sabe hacerlo de manera generosa —Leonor quedó sorprendida, no había pensado que la dureza de su señora tía fuese visible pues, aparentemente, ella no carecía de nada, todo era de lo mejor y solo una indicación o alusión era suficiente para que apareciese la tela, la seda, la joya o el pajarillo que ella mencionaba.

—Mi señora tía es bondadosa conmigo —susurró mirando hacia otro sitio. No era capaz de mirar a los ojos a su tío.

—A primera vista sí, Leonor —le apeó el tratamiento en señal de confianza— pero me da la impresión de que os lo arroja como un hueso a un perro —era dura la expresión y Leonor enrojeció—. Lo siento —añadió el alcalde— yo soy mayor y veo cosas que no ven otros. No tenéis nada vuestro, ni el aire que respiráis; todo, joyas y sirvientes, son el amargo pan dado con desdén y por obligación, hasta los criados os desprecian porque su ama es la que paga y ella también os posterga —paseó un poco por la habitación—. ¿Os gustaría venir a Sevilla conmigo? Solo unos días, mi esposa os recibiría bien, ya sabíamos de vos y conocimos a vuestro padre y al padre de vuestro esposo, hoy perdido en alguna parte, buscando fortuna.

—Aunque no lo parezca, señor tío, a doña María le soy muy necesaria, al menos como compañía, y no creo que me permitiese alejarme de aquí.

—¡Oh, sí que lo permitirá! Muy a menudo me pide favores para otros, mercedes que están en mi mano otorgarlas o no y María Mencía no soñaría en negarme algo tan pequeño, aunque le moleste y le fastidie.

—¿Y qué le diríamos? —de pronto le pareció que un poco de libertad era tan importante como el respirar.

—Dejadlo en mi mano. Vendrá también vuestro buen amigo, mi hermano, don Fernán, que me debe visita, y todos juntos podemos pasarlo muy bien, además le pediré a mi prima que os envíe una sirvienta que os acompañe. Seguro que os mandará a su espía favorita, la horrible Urraca, que le sigue a todas partes y husmea por ella. Luego allí no le dejaremos que tome parte en nada, pero para cubrir las apariencias hay que pedir una dama de compañía —pensó un rato al parecer complacido—. Hay algo que podéis hacer por mí en mi casa

de Sevilla.

—¿Y sería, don Álvaro...? —dejó la pregunta inconclusa. No se imaginaba qué podía ella hacer por tan alto y poderoso señor.

—Tengo una hermosa colección de libros. Los tengo desordenados. He mandado fabricar a un ebanista unos estantes de buena madera maciza y perfumada, unos anaqueles adecuados. Podéis, en mi favor, ordenarlos como yo os lo pida. Limpiarlos antes con gran cuidado y ver si alguno necesita encuadernarlo de nuevo; esos los pondríamos aparte. También hay que abrirlos, uno por uno, y ver si la carcoma ha penetrado en sus hojas, y si tal desgracia hubiese sucedido, entonces hay que matar al gusano y sus larvas envolviendo el ejemplar en paños alcanforados. Antes lo hacía yo mismo de cuando en cuando, pero es labor entretenida y muy minuciosa, ahora ya no tengo tiempo y hace falta repasarlos, además, debo confesaros que mis huesos se niegan a subir por los peldaños de las escaleras para poner los libros en su sitio. Puedo coger uno y devolverlo a su lugar, mas bajar y subir varias docenas, me es muy costoso y los sirvientes no sirven para tan delicados menestares. Con vuestra ayuda tendré ese trabajo hecho y al tiempo nos distraeremos los dos y vos podéis aprender algo, si tanto os agradan los libros —pensó un rato—. Quizá seamos afortunados y otro aficionado a los libros se nos una a poco tardar. Un noble señor y un gran poeta. Esperamos en Sevilla a don Pedro González de Mendoza, poeta y militar. Señor de Hita y Buitrago, y mayordomo Mayor de don Juan, nuestro señor natural y Rey de Castilla.

—¿Y vendrá a vuestra casa?

—Si tiene tiempo sí que lo hará, tenemos una buena amistad de antiguo y le he mandado recado, no me ha contestado en contrario, así que, en principio, su llegada está confirmada. Si venís, con lo que cuento, al menos lo conoceréis. ¿Sabéis que mi amigo escribe hermosos poemas? Acaso le convenzamos para que nos deleite con una velada poética en que nos recite de lo mucho que sabe. ¿Sabéis que llegó a conocer al arcipreste Juan Ruiz?

—¿Conoció al llamado Arcipreste de Hita? Pero si murió hace treinta años, vuestro amigo debe ser muy viejo... —cambió repentinamente de tema—. Vuestro hermano nos trajo *el Libro de buen amor*... y nos explicó que está escrito en versos alejandrinos.

—¡Pero cómo! ¿Una niña que sabe lo que son los versos alejandrinos? —Leonor se creció ante el cumplido y añadió:

—También me explicó mi tío don Fernán, que cuatro versos alejandrinos en una estrofa componen la llamada tetrásfora monirrima.

—¡Niña, no hay que desperdiciar ese talento, definitivamente

debéis conocer mis libros! Solo en algún monasterio veríais más ejemplares juntos, y vos no estáis autorizada para entrar en un convento de monjes ni para leer tales obras. Si habéis visto el mester de clerecía debéis conocer el descarado mester de joglaría.

En esta conversación estaban cuando llegaron de la capilla y de haber completado sus rezos el joven Álvaro y su mentor y maestro, el señor cardenal Martínez de Luna.

El príncipe de la Iglesia era persona alegre, parecía feliz de estar vivo y apreciaba la hermosura de todas las cosas como trasunto de la armonía eterna y divina. Solo a veces, cuando hablaba de la situación de la Iglesia dividida entre dos obediencias, su rostro se tornaba duro e impenetrable.

—¡El papa Clemente, séptimo de su nombre, es el verdadero pastor de la ovejas del Señor, el otro pastor es un falsario, un anticristo! —lo decía con fervor casi incendiario y nadie osaría llevarle la contraria; fuera de esto, era hombre pacífico y amable, apreciaba cualquier pequeño servicio y daba las gracias efusivamente.

Por las tardes se reunían los habitantes de la casa y a veces hablaban mientras las damas bordaban sus cojines y almohadones o, más a menudo, se sentaban apaciblemente y Leonor, con su voz tranquila y bien timbrada les leía de alguno de los libros que había traído consigo el señor alcalde mayor de los hijosdalgo. Era un libro, o casi, pues estaba compuesto de cuaterniones aún no cosidos y recopilaba muchos poemas y las llamadas canciones, no solo las llamadas canciones de amigo, sino también las que trovaban amores y amoríos, algunos sobre villanos y villanas, y otros sobre hermosas doncellas y princesas cuyo amor era demandado por caballeros y héroes a veces legendarios.

—Es parte de un cancionero popular que se está recopilando por varios autores, o más que autores, por juglares y trovadores; de este me aficioné yo cuando un recitador vino a mi casa y se lo compré por buenos dineros, no le importó mucho pues se los sabía de memoria. Esa es la razón de que esté aún en cuaterniones, pero yo lo haré encuadernar en piel de cabritilla —les explicó don Álvaro, que era el dueño de tan singular poemario.

Así pasaba el tiempo hasta que un día llegó un mensajero acompañado de lucido séquito. Claramente era un heraldo del señor Rey pues vestía sus colores en su tabardo y en las gualdrapas de su corcel. Aunque la casa no era en modo alguno castillo o fortaleza, sino más bien una residencia palaciega, el emisario llegó hasta la puertas e hizo sonar la trompa como si pidiese que le bajaran la puente. Por tres veces sonó el clarín, como pide la cortesía y la puerta se abrió para

inquirir quién era el que llamaba. De sobra sabía la dueña quién podía llegar a su casa vistiendo las ropas de la Casa de Trastámara.

—¡De parte de mi señor, el rey don Juan, pido audiencia a la dama doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz! —dijo en tan alta voz el heraldo como para ser escuchado arriba en la muralla, solo que no había muralla, y sí una calle llena de curiosos. Varios postigos se abrieron y a la puerta de las casas aparecieron algunos curiosos. Todos cuchicheaban entre sí preguntándose qué podría querer el rey don Juan de la anciana señora.

Sin hacer ningún caso de la curiosidad que había despertado, el señor heraldo entró en la mansión muy erguido y seguro de su importancia; le seguían dos persevantes, también vestidos con los colores de los Trastámara. Los tres fueron conducidos con toda cortesía y protocolo a la presencia de la dueña de la casa. Junto a ella estaban los invitados, pues bien sabían que el recado era para ellos y no directamente para la dama, aunque la común cortesía pedía que se le nombrase en primer lugar.

Llegados delante de la señora, el heraldo preguntó con voz alta y clara:

—¿Estoy en presencia de doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz?

—Lo estáis, señor heraldo —contestó el mayordomo mayor de la dama, que había precedido al heraldo.

—Traigo saludos y recado para la señora —se volvió a uno de los persevantes:

—Proceded.

El aludido desenrolló un documento y saludó a la dama agradeciéndole al tiempo que hubiese prestado su casa y colaboración para un encuentro entre el Rey, don Juan y el príncipe de la Iglesia, don Pedro Martínez de Luna, legado de Clemente VII.

Los altos señores, Carrillo de Albornoz, que se alojaban allí, estaban invitados a quedarse hasta que llegase su alteza, que venía de camino con la curia regia, la reina doña Beatriz, los príncipes y algunos parientes, el arzobispo de Toledo y algunos notables.

—Por lo demás —terminó el persevante, enrollando su cartel— se os ruega que no manifestéis a nadie que su alteza está al llegar. Cuando acabe con lo que tiene que profundizar con su eminencia reverendísima, será el momento de darse a conocer e impartir justicia, como es costumbre cuando el Rey pasa por una de sus ciudades.

Así acabó el primer encuentro de los emisarios del Rey y los habitantes de la morada de doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz. No se quedaron a pernoctar, dijeron que era temprano y

que debían iniciar su regreso para hacer saber a su alteza que el mensaje estaba trasmitido en forma de derecho y que todo estaba preparado, como se lo aseguró el alcalde de los hijosdalgo.

A los pocos días llegaron recaderos que prudentemente hicieron saber que su alteza llegaría esa tarde con una escolta pequeña y otras tres personas de su familia, el resto alzarían tiendas algo lejos de la ciudad y solo serían convocadas en caso de necesidad. La curia regia, de momento, quedaría en una ciudad cercana, cuyo nombre no dieron.

Sin hacerse notar más de lo que se percibiría por la misma llegada de visitantes ilustres, su alteza, don Juan, llegó acompañado de la reina doña Beatriz y de su hijo del primer matrimonio, don Enrique, que aún era pequeño pues había nacido hacía solo cinco años. Su madre, la querida y llorada reina Leonor de Aragón había muerto y el Rey se había visto obligado a tomar una segunda esposa, doña Beatriz de Portugal. Por cierto que la Reina llamó la atención de todos pues era apenas una adolescente. Por cuestiones de alta política y para mejorar las relaciones con Portugal, el rey Juan se había casado con la infanta portuguesa Beatriz cuando ella apenas tenía doce años, ahora tendría unos trece, y sus grandes ojos miraban con gran curiosidad con ganas de absorberlo todo.

Como la corte era itinerante, el infante acompañaba a su padre y a su madrastra en sus desplazamientos siempre que era posible, así se iría acostumbrando a la dura tarea de reinar aunque todavía apenas fuese un niño. Con él iba doña Josefa Manuel, tía de don Juan, que hacía las veces de aya del infante. Este oficio, de hecho, se había terminado y la dama no era ya más el aya o nodriza, pues al cumplir los cinco años el joven pasaba a las manos de preceptores y tutores, pero estaba tan apegado a su aya que se había decidido no apartarla de la real familia hasta que el niño aprendiese a estar con sus tutores varones y ya no preguntase por doña Josefa. Además, el Rey pensaba, y no sin razón, que al menos una tía le sería al niño un sustitutivo de la madre perdida, ya que la jovencísima Reina no podía tomar el lugar de la madre aunque quisiese, pues apenas era una niña ella misma. Doña Beatriz, por su parte, apreciaba a doña Juana Manuel y tenía en ella una amiga y confidente. A veces pensaba en la soledad del niño real y le apenaba que hubiese perdido a su madre tan pronto, ella también se sentía sola y desplazada en una corte tan opulenta y refinada donde muchas veces no sabía qué hacer ni qué decir. Pero el destino de las reinas era así, además casi todas morían de malparto o sobreparto. Doña Beatriz temía el día en que ella misma esperase un hijo, mientras ese día llegaba intentaba, algo torpemente, dar su cariño al hijo de Leonor de Aragón, de piadosa memoria.

Por fin llegaron las reales personas y una vez dentro de casa, con gran protocolo y muchas divagaciones, doña María saludó a sus huéspedes agradeciéndoles que hubiesen escogido su palacio para albergarse, pero don Juan era un joven práctico y pidió a la dama que obviasen, en lo posible, el protocolo.

—Doña María —dijo el Rey cuando la dama inició su discurso de bienvenida— perdemos la mitad del tiempo en dimes y diretes, en reverencias y cortesías, en circunloquios y pleitesías, en venias y permisos, en ceremonias y cumplidos, así que, por amor de Dios, mantengamos las cortesías al mínimo, como las personas bien nacidas hacen cuando se conocen y se aprecian, y no más.

La dama hizo una profunda reverencia palaciana y musitó:

—Como ordenéis, señor Rey —se incorporó y miró alrededor tratando de recomponer la situación. No era la primera vez que en esa casa se recibía a un soberano, pero sí la primera vez que se hacía casi en secreto, y si no era secreto era sí reservadamente. Aunque la vista no era oficial y por lo tanto el protocolo era mucho más ligero, ahora, por deseo real, había que aligerarlo todavía más. ¿Puedo presentar a vuestras altezas a los demás invitados? —le pareció que era la pregunta más indicada. El soberano asintió de buen humor.

—Como somos pocos, no nos llevará mucho, y, además, casi estoy por decir que los conozco a todos. A vuestra derecha veo a don Álvaro Carrillo de Albornoz, que es mío alcalde mayor de los hijosdalgo de Castilla; a su lado está su hermano, alcalde de los hijosdalgo de mi ciudad de Córdoba; aparte, en su cátedra, serio y pensativo veo al señor cardenal Pedro Martínez de Luna, a quien he venido a ver; a su lado está un joven tonsurado que colijo es vuestro sobrino y pupilo del cardenal, Álvaro López —dirigió su aguda mirada alrededor—; detrás de vos veo a una dama, joven y hermosa que es la única a quien no conozco. ¿He acertado con los demás?

—De pleno, mío señor —dijo algo sorprendida doña María—. Conocéis a todos y es inútil que os los presente. Por otro lado todos conocemos a vuestra alteza y a la señora reina doña Beatriz —hizo unas reverencias según pronunciaba los nombres— y al príncipe don Enrique, y aun a vuestra señora tía, doña Juana Manuel. Así que conociéndonos todos quedamos a la espera de que vuestras altezas nos digan qué será lo siguiente que hemos de hacer para complaceros y avanzar en nuestro plan.

—Nuestro plan, sí, eso es. Para eso hemos venido —dijo con voz distraída el Rey— pero aún no nos habéis dicho quién es la joven que se oculta detrás de vuestro asiento, no está bien que la pasemos por alto. Con el permiso de la Reina, he de decir que es hermosa como una

estrella, y aunque no fuese más que por ello, he de saber el nombre de esa estrella...

Con cierto fastidio manifiesto doña María hizo señal a su sobrina nieta de que se adelantase para que la familia real la viese completamente y no a medias.

—Perdonad altezas, esta joven es doña Leonor, hija del difunto Maestre de Calatrava, don Martín López de Córdoba. Ahora vive conmigo pues no tiene techo en que cobijarse y es dama de muy alta alcurnia como para pedir por los caminos.

—¿Hija del Maestre de Calatrava y no tiene donde cobijarse? —se admiró la Reina—. ¿Es acaso hija de ganancia?

El hermano de Leonor vio que se había inferido una herida en el orgullo de la joven Leonor López de Córdoba. Impulsivamente, sin ser preguntado, intervino:

—¡Oh, no señora Reina! Mi medio hermana, doña Leonor López de Córdoba, es hija entera y de legítimo matrimonio de don Martín López de Córdoba y de doña Sancha Carrillo de Albornoz, su madre, que fue mujer casada y velada con el dicho Maestre —enrojeciendo, añadió—: el que soy de ganancia soy yo, que soy su hermano de padre y que no sé quién fue mi madre.

—¡Ah, pues aclarado todo! —medió el Rey para cortar la tirantez del momento—. Pero, decidme joven Leonor, ¿cómo viene a ser que estéis en tan grave necesidad? —viéndose aludida, Leonor hizo una reverencia a sus altezas y se dirigió a ambos Reyes.

—Sucedió, altezas, que el mío padre era fiel a don Pedro, vuestro tío abuelo y al llegar don Enrique, por esa fidelidad, perdimos todas nuestras posesiones y yo misma y toda mi familia estuvimos presos durante nueve años en las Reales Atarazanas. En la hora de su muerte vuestro padre nos hizo merced de acordarse de nosotros y dejó mandado que nos libertaran, pero habíamos perdido todo y a mi marido, y a mí, que éramos los únicos supervivientes, solo nos quedaba la vida. Mi señora tía me tiene consigo hasta que mi marido regrese con algo de lo suyo y podamos hacer vida marital como manda la Santa Madre Iglesia —esto dijo, enrojeciendo, doña Leonor.

—Algo he oído de eso —pareció recordar don Juan—. ¿No arregló vuestro padre la boda de las hijas de don Pedro con los príncipes ingleses?

—Eso creo, alteza, pero yo era muy pequeña y casi no recuerdo la salida de las infantas —al oír la palabra «infantas», el Rey frunció el ceño, pero Leonor lo notó y no pudo menos que tomarse una pequeña venganza—. Sí recuerdo, en cambio, haber oído cómo, sin cumplir su palabra, el rey Enrique, vuestro padre de gloriosa memoria, hizo

arrastrar a mi padre por toda Sevilla, para luego hacerle ajusticiar como a un villano —un silencio sepulcral siguió a estas palabras. Doña María boqueó como para tomar aire y los caballeros presentes permanecieron impasibles como si no hubieran oído nada. Una voz varonil, amable y bien timbrada rompió el aire que se había hecho espeso.

—Perdonad, alteza, ¿me habéis olvidado acaso?

—¡Oh, cardenal, disculpadnos que hayamos hecho un hueco a nuestros recuerdos doña Leonor y yo! Os dejaba para lo último pues sois el motivo principal de nuestro viaje. He de hablar largo y tendido con vos y el tiempo apremia —se dirigió a la anfitriona— ahora que todos nos hemos saludado, ¿podríamos quedar a solas con don Pedro? Mi esposa, la Reina, se retirará a descansar y lo mismo harán el príncipe y doña Juana. Dos soldados quedarán de guardia pero para no dar motivos de comentarios entre los vecinos, os agradecería que quedasen dentro de casa en lugar de fuera, como es costumbre. ¿Será posible?

—Señor, todo lo que deseéis es posible —dijo doña María—. Perdonad a mi sobrina, es joven e impulsiva y no debió...

—¡Bah!, no tiene importancia. Ella solo dijo la verdad, mi piadoso padre extremó la justicia y a un hijodalgo no debió darle muerte infamante. ¿Verdad señor alcalde mayor? —se dirigió con la vista a don Álvaro, este asintió sin palabras. Jamás se ajusticiaba de forma infamante a un noble—. Ahora me despido de todos y os autorizo a marchar cada uno a donde guste, me quedo con mi señor cardenal, que tanta paciencia ha tenido hasta ahora.

Salieron todos menos don Pedro Martínez de Luna y el rey don Juan. Tenía por entonces su eminencia reverendísima unos cincuenta años, bien llevados pero que se hacían notar en su figura ya no tan esbelta como en los años mozos, por el contrario, don Juan apenas si había doblado la esquina de los veinte y era un mozo juncal, de movimientos nerviosos, mirada penetrante y aguda, muy observador, y su misma juventud le hacía tomar decisiones rápidas, aunque los que le conocían bien aseguraban que cuando tomaba una decisión, por rápida e improvisada que pudiese parecer, la había meditado mucho antes y que su supuesta improvisación era más una ilusión que una realidad. Se dirigió directamente a don Pedro:

—Señor cardenal, he hecho un viaje largo y no sin peligros con mi esposa, la reina Beatriz, y mi hijo el infante don Enrique, y aun con la curia regia por si hubiese de tomar consejo, como es preceptivo en cuestiones serias y de trascendencia. Ya sabéis cuál es el motivo de nuestro encuentro y por qué había de ser, si no secreto, sí al menos

reservado —dio unos pasos por la habitación quizás pensando sus próximas palabras—. En relación al papa Clemente, la cuestión, tal y como yo la veo, es que por unos o por otros, la cristiandad está gravemente dividida. Cristo no puede tener dos cabezas, y es motivo de escándalo que uno y otro se excomulguen mutuamente y a los seguidores de su contrario, con lo que toda la Iglesia se halla excomulgada por uno u otro —se acercó a la ventana, ahora la calle estaba tranquila y no veía ni un alma.

El cardenal se levantó de su asiento y también anduvo unos pasos, tal vez él también buscaba las palabras adecuadas.

—Es cierto lo que decís, señor Rey. Hay sin duda un grave escándalo entre nosotros mismos. No se ha conocido jamás que hubiese dos Papas, al menos si alguna vez hubo situación comparable siempre estuvo claro quién era el legítimo y quién el antipapa —pensó un momento antes de continuar—. El Papa legítimo, en este caso es el papa Clemente, llamado en el mundo Roberto de Ginebra. Se le eligió en 1379, como bien sabéis, esperando que el antipapa Urbano, que había sido elegido el año anterior, abdicase. Pero esto no sucedió y ahí tenemos a dos hombres de la Iglesia proclamando ser los legítimos herederos de Pedro, el Pescador.

—Parcialmente tenéis razón, eminencia reverendísima...

Interrumpió el cardenal con algo de desabrimiento.

—Señor, os ruego que dejéis de lado los farragosos tratamientos. Vos mismo habéis rogado a doña María Mencía que os ahorrase largas parrafadas de inútiles títulos, con las mismas razones os pido que nosotros también lo hagamos, perdemos mucho tiempo en niñerías. Deseamos llegar a un acuerdo, lo que aquí se trata es algo serio, y no un duelo o torneo de gentilezas.

—No puedo estar más de acuerdo, don Pedro, con el mínimo bastará. Decía que a la muerte de Gregorio XI, se eligió a Urbano y todo pareció normal. Para muchos fue la elección de Clemente la que no debió tener lugar, ya que había un Papa. Fue un error elegir otro.

—El caso es, alteza, que la elección de Urbano no fue hecha en libertad...

—Sí, ya sé que ese es el meollo de la cuestión, lo que se arguye, pero los cristianos no tienen la culpa de los errores de los obispos y de los cardenales. Ahora estamos en un atolladero. El mundo dividido. A vuestro candidato, Clemente, que es francés, no lo olvidéis, obedecen y acatan Francia, Escocia y Dinamarca, algunos estados de la Germanía, Flandes, Noruega y casi toda Saboya. El resto de Italia, con Roma a la cabeza, obedecen a Urbano, menos Nápoles que se ha pasado a Clemente.

—Es cierto señor, y lo digo con pesar, en la cristiandad no hay concordia ni unanimidad —calló un momento—, os digo de parte de su santidad que es de la mayor importancia que os pronunciéis a favor del verdadero Papa, Clemente VII, pues la obediencia de Castilla arrastraría a Navarra y a Aragón. Ninguno de estos reinos se ha pronunciado aún y es posible que al ver que tres reinos se deciden a unirse a los partidarios de Clemente, los demás abandonen su actitud.

—Es cuestión de conciencia, don Pedro, no de conveniencia. Ese es el problema. Quiero que intentéis convencerme de que vuestras razones son de peso, hasta ahora no nos hemos declarado partidarios de ninguno de los dos y hemos conservado nuestra independencia pero hay que tomar una solución, pronunciarse por alguno. Es lo justo, nuestros súbditos lo esperan de nosotros —se calló el Rey como si pensase lo que iba a decir, luego continuó—. Tenemos dos o tres días para hablar, yo, señor mío, vengo con la lección aprendida. Me he hecho asesorar de varios teólogos pero no tengo nada decidido. Antes de decidirme he de ver a Catalina de Siena y a Vicente Ferrer, pero vuestras razones pesarán en mi decisión —dijo entonces el Rey—: en relación al papa Clemente...

Capítulo XIV

UNA TARDE RETÓRICA. EL VIAJE DE LEONOR.

Venit soldados, venit,
soltadme de mi prisión
que mi madre está esperando,
que vuelva, con gran dolor...

Anónimo del siglo XIV.

El rey don Juan y don Pedro Martínez de Luna, cardenal legado del papa Clemente VII, hablaron durante varios días tratando de aclarar asuntos y así llegar a un acuerdo provechoso para la cristiandad. Argüía una y otra vez el señor cardenal que era necesario que el Rey de Castilla trajese a su reino a la obediencia del Papa de Aviñón. Pero el Rey no se dio por convencido con las razones del legado.

—Me comprometo a pensar detenidamente en este problema, don Pedro —dijo al fin el Rey sin haber llegado a ninguna conclusión—. Ya os dije que deseo hablar con don Vicente Ferrer sabio entre los dominicos que predica a favor de Clemente, y tengo una cita con él en breve; deseo saber sus razones, no os puedo prometer más. En todo caso no puedo demorar la resolución mucho más tiempo. Llevo ya casi cinco años en el trono y el reino se impacienta y temo que los obispos puedan tomar una decisión por su cuenta, que en caso de no ser unánime partiría la obediencia del reino en dos y con ello aumentarían las dificultades para gobernar. Esperé todo este tiempo con la confianza de que vosotros mismos resolveríais el problema que habéis causado, pero no ha sido así y me veo en la tesitura de escoger la verdad yo solo. Es grave cosa y no deseo llevar al reino a un callejón sin salida fácil en caso de que luego se escoja al otro candidato de parte del colegio cardenalicio.

Así, sin haber podido convencer al Rey de que el candidato ideal y el verdadero Papa era Clemente VII, don Pedro de Luna, que así es como le llamaban olvidando el Martínez, hubo de aceptar la promesa del Rey de que pensaría detenidamente en el problema y que consultaría con otros sabios. En todo caso el Rey tomaría muy pronto una decisión. Sería alígero, lo prometió formalmente.

—Y ahora, mi señor cardenal, que ya hemos despachado el asunto que nos trajo hasta aquí ¿qué pensáis hacer?

—Pues que no he logrado convenceros, ya no tengo tanta prisa para volver, aunque he de regresar llevando noticias de vuestra decisión. Soy el legado pontificio y el Papa me espera con muchos otros asuntos

pendientes —el Rey pareció no haber oído la segunda parte del comentario del legado Luna.

—Lo decía —dijo distraídamente don Juan— porque aquí tenemos a dos hombres ilustres y educados, conocedores de las buenas letras y una jornada o dos en su compañía pueden servirnos a ambos de descanso. Además he oído decir que la hermosa dama, doña Leonor López de Córdoba lee con buena voz y mejor entonación. Nunca he oído a una dama leer otra cosa que no sean libros piadosos y vidas de santos y ¡por mis barbas! que me gustaría oír hojas del *Libro de buen amor* en boca de tan bella señora.

El legado lo pensó un momento.

—Puesto que un día no ha de hacer gran diferencia, quedaré en vuestra compañía una jornada o aun dos, y holgaremos oyendo buena lectura de labios de tan culta y hermosa dueña —se detuvo un momento como pensando—. Por cierto que me pareció asaz atrevida o al menos molesta con vos. ¿O no os pareció?

—Cierto, cierto —se rio con ganas el Rey— sí que me contestó con cierto atrevimiento, pero con agudeza. ¡Pardiez! ¿Qué os pareció a vos?

—Por lo que sé, don Juan, doña Leonor es vástago de alto linaje y, perdonad el comentario, vuestra esposa, la señora reina doña Beatriz, que al ser portuguesa, y tan joven, no conoce a todos los ricohombres de Castilla, preguntó si era hija de ganancia. ¡Qué cosa mío señor! —sin dar tiempo al monarca para replicar preguntó—: ¿sabéis que estoy escribiendo un libro que lleva por título *Libro de las consolaciones de la vida humana*?

—Algo había oído —respondió vagamente el Rey—. ¿A qué viene esa pregunta don Pedro?

—Pues que una parte del libro que escribo trata del caso de individuos de la nobleza venidos a menos por una carencia de riquezas. El sexto libro habla *sobre la perdición de los parientes o de la hidalguía o lanzamiento de la su tierra.* Allí digo, señor, que la pobreza hace que muchos nobles sean expulsados de su condición y se vean en la obligación de acudir a sus parientes ricos, que los desprecian. Parece escrito para doña Leonor. He dicho en mi libro literalmente, y lo recuerdo, «*serás aborrescido assi commo non pariente, de todos desamparado, e menospreciado, pobre e desechado fincarás...*» que es lo que le pasa a esta dama. Doña María no la trata como a una hija o una nieta, sino más bien como a un estorbo y la enseña en sus salones, bien vestida y alhajada, para que se luzca su caridad cristiana. E*t el pariente pobre ha vergüenza que es pariente de los grandes e ricos, temiendo que non piensen que sea hijo de manceba y no hijo de legítima.*

Eso escribí señor Rey, y eso mismo le pareció a doña Beatriz, la Reina, que doña Leonor era una hija espuria, y que por eso carecía de medios y que estaba recogida en casa de unos parientes ricos. Creo, alteza, que con su pregunta, sobre si era hija natural del Maestre de Calatrava, le clavó una daga en el corazón.

—El error era dispensable, su alteza serenísima no sabía de la historia del buen Maestre de Calatrava —el Rey intentó justificar a la Reina por sus palabras crueles o al menos descuidadas.

—Vos sí lo sabíais —un silencio siguió a estas palabras, ¿eran una reconvención porque el Rey no había salido en defensa del linaje de doña Leonor? Por fin el soberano habló despaciosamente.

—No creáis que no me di cuenta, mi señor don Pedro, pero no puedo deshacer lo que mi padre hizo, no nos es dado ir hacia atrás en el tiempo, ni podemos desbaratar lo que hicieron los nuestros pasados de gloriosa memoria, o nuestros padres, so pena de desautorizarlos. Velaré desde lejos por ella, es lo más que puedo hacer sin menoscabar la justicia del rey Enrique ni dar explicaciones.

Tácitamente el Rey había reconocido la injusticia cometida contra el linaje de los López de Córdoba, pero también su imposibilidad de remediar lo pasado sin menoscabar a su padre, cosa que no era pensable siquiera. El Rey era por antonomasia la impersonación de la justicia y no podía hacer injusticia so pena de ser felón y caer en la infamia. Don Juan no podía poner la memoria de su padre en tal tesitura.

El Rey y el cardenal Pedro decidieron tomarse una tregua en sus quehaceres y descansar de las largas jornadas en que habían discutido hasta la extenuación los méritos de los Papas. Sin duda la lectura de algún libro amable e interesante les vendría bien y además tenían curiosidad en oír la voz de una dama leyendo alguna página del *Libro de buen amor*, del pícaro Arcipreste de Hita, don Juan Ruiz.

Doña María sorprendió a todos cuando le manifestaron su intención de dedicar un par de tardes a unas jornadas poéticas y de lectura.

—Tengo yo —dijo, ante la admiración de los circunstantes—, de mi difunto esposo, unos cuadernillos que nadie conoce por aquí pues que los únicos ejemplares son los míos, que responden al título genérico de *Cancioneiro* y están escritos en portugués; son cantigas, como las que escribió nuestro rey don Alfonso, llamado el Sabio, cantigas de amor, en las que las que habla el caballero cuitado y enamorado; me dijo mi marido que son de influencia provenzal, pero yo de eso no conozco, solo sé hablar de libros santos. Luego un segundo cuadernillo trata de cantigas de amigo, en las que habla la enamorada. Dicen que son las más poéticas e inspiradas y más cercanas a nuestro estilo y, por

último, las más divertidas que se llaman cantigas de escarnio e maldecir, sátiras contra algún personaje. Se burlan allí con gran donaire de personas que hemos conocido o de las que hemos oído hablar. Si os fuesen gratos —dijo la anciana señora a sus huéspedes— os los podía sacar de donde los tengo escondidos.

—¿Y por qué han de estar escondidos, doña María? Creo que son un tesoro y debíais lucirlos en una vitrina o mueble hermoso.

—Quizás —dijo la dama— pero por lo que recuerdo, a duras penas se puede decir que sean textos santos o de edificación del alma. En mis primeros años de casada los oí de boca de mi esposo y me divirtieron, pero ahora solo pienso en la perfección del espíritu y únicamente leo y me hago leer libros santos o de asuntos edificantes y ejemplares. Pero eso no quiere decir que los haya destruido, los tengo en recuerdo de mi esposo, y si mi primo, el erudito alcalde mayor de los hijosdalgo, quiere una copia, que se la haga sacar a sus copistas. Se lo prestaré con mucho gusto, siempre y cuando se comprometa a devolverme el original.

Así quedaron las cosas y hallamos a los invitados sentados en el gran salón, con una mesa convenientemente provista de dulces, queso, pan y vino, un buen fuego y unos sirvientes atentos a los deseos de los circunstantes. Leía Leonor con su voz hermosa y bien timbrada aquellas palabras del *Libro de buen amor*:

Passando una mañana
el puerto de Malangosto
Salteome una serrana
A l'assomada del rostro:
«¡Hadeduro!, diz, ¿cómo andas?
¿Qué buscas o qué demandas
por este puerto angosto?».

Así pasaron horas muy distraídas y se sorprendieron cuando el Rey mismo tomó parte y comentó que su cronista, don Pero López de Ayala, era un gran escritor y de él conocía algunos poemas que mucho apreciaba.

—En realidad me agradan mucho todos, y no dudo que pasará a la posteridad por sus obras, pero aprecio más aquel largo poema llamado de *Los cinco sentidos.*

Y a continuación recitó el extenso poema que hablaba de los sentidos y sus pecados correspondientes, y terminó con aquello:

Por todo el mundo tienen pecados sus anzuelos,
con que pescan las almas sus llantos e sus duelos;

por do quier que pasamos llenos están los suelos,
que sienbra el enemigo de padres e de agüelos.

Al oír al mismo Rey tomar parte en el certamen poético, se avivaron los presentes y todos y cada uno se animó, bien a recitar de memoria, bien a leer de los libros que tenía a mano. Inclusive don Pedro de Luna recordó tiempos de sus años mozos y recitó con acierto y gracia unos madrigales profanos de amores y amoríos que levantaron aplausos de los oyentes.

Doña María no quiso ser menos y con buen humor dijo que en su juventud había tenido buena voz, quizás todavía recordase alguna canción apropiada al caso. Se hizo traer una vihuela y con voz excelente entonó unas letrillas jocosas que también merecieron aplausos de parte de los circunstantes.

La única que no pudo recitar de memoria ni sabía canciones fue doña Leonor.

—Estuve tanto tiempo en prisión que no tuve oportunidad de aprenderlas, y si alguna supe, la olvidé —dijo disculpándose— solo me acuerdo de canciones infantiles que me canturreaba el aya para dormir y de una canción que me cantaba a veces mi esposo cuando estábamos encadenados al brocal del pozo en las Reales Atarazanas.

Tenía una voz dulce y melancólica, sin hacerse de rogar les cantó:

Venit soldados, venit,
soltadme de mi prisión
que mi madre está esperando
que vuelva con gran dolor.
Venit, soldados venit,
y dadme muerte si no
que si no veo a mi madre
de pena me muero yo.

Era tan triste la canción que los antes alegres compañeros, sintieron como una niebla fría. Sin duda el recuerdo de las Atarazanas pesaría siempre como una losa sobre la hermosa doña Leonor.

Tras despedirse de los moradores de la casa de doña María, y prometer escribirse con todos ellos, don Pedro de Luna volvió a Aviñón a dar cuenta al santo padre de las conversaciones tenidas. A pesar de todo no se llevaba mala impresión de sus conversaciones con el Rey. Le había parecido que este estaba de parte de Clemente y que solo deseaba que los mismos cardenales le declarasen el único Papa legítimo. Sin duda muy pronto tendrían buenas noticias, como así

sucedió, pues llegado el mes de noviembre, en la ciudad de Medina, se aceptó a Clemente como sucesor de san Pedro. Castilla quedaba así firmemente asociada a Francia, su aliada tradicional.

Leonor por su parte vivió unas experiencias inéditas para ella. Su pariente, aunque lejano, el alcalde mayor de los hijosdalgo, don Álvaro Carrillo de Albornoz, solicitó de doña María permiso para que Leonor le acompañase a su casa de Sevilla.

—Una mujer honrada, y más si es viuda, ha de permanecer recatada en su hogar y no ir por los caminos dando que hablar —refunfuñó la señora tía.

—Querida prima, en primer lugar doña Leonor no es viuda, su esposo está ausente indagando su heredad, cosa loable en cualquier hombre —habló Álvaro Carrillo con tono jocoso— y luego os digo que no ha de ir por los caminos dando que hablar, sino que permanecerá en mi casa, en compañía de mi esposa, doña Teresa de la Vega. A esta conocéis de largo tiempo acá y sabéis que es hija de Diego Hurtado de Mendoza. En casa se hallan mis hijos: Gómez Carrillo de Albornoz; Leonor Carrillo, tocaya de vuestra sobrina, y el pequeño: Fernán Carrillo de Albornoz. No hay lugar más honesto y hogareño, aunque la joven Leonor fuese viuda, cosa que no es. Además —añadió con expresión inocente— habéis de mandarla a mi casa acompañada de una dueña virtuosa que no pierda de vista a la señora, como es costumbre —pareció que doña María quería decir algo pero don Álvaro lo impidió con la mano—. No digáis nada, ya sé por qué no queréis que se aparte de vos, la estimáis demasiado para dejarla ir ni siquiera un día, pero ved que eso no está bien, querida prima, yo la necesito al menos por unas jornadas. Ella volverá, os lo prometo, feliz y contenta y deseosa de veros de nuevo.

—¿Pero cómo ha de ser que la necesitéis? En realidad es bastante inútil, excepto para leer en voz alta...

—Eso es lo que me decís, picarona, para que no me la lleve. Ya sé que no podéis pasar sin ella, que os mima y os lee y está tras vuestros menores deseos para satisfacerlos.

Doña María no sabía si el alcalde mayor se estaba riendo de ella o si lo decía en serio.

—¿Y para qué la queréis? ¿Para qué es buena?

—Pues muy sencillo querida prima: para que me ayude a organizar mis libros, y como es joven y alígera, para que suba a la escalera y los baje y los suba según sea necesario, para que mire en ellos si tienen carcoma y si así fuera que los envuelva en paños de alcanfor. No me fío de ningún sirviente para esa delicada labor. También quiero preparar un primer registro de sus títulos, para luego contratar a un

escribiente que me haga lo mismo en hermosa caligrafía gótica, para mi propio placer, pues no me gusta la caligrafía moderna, tan simple y redonda. Pienso dictarle los nombres y ella tomará nota en la letra que sepa y pueda, el resto ya se hará por el pendolista.

—¿Y vos creéis que ella servirá para ese propósito? —pareció dudar un momento—. En fin, está bien, si es vuestro deseo, lo hago por vos; bien sabéis el aprecio que tengo a esa joven y lo que me cuesta separarme de ella.

—Lo sé perfectamente —dijo con toda seriedad el afable don Álvaro.

La dama de buenas costumbres y moralidad intachable que había de acompañar a Leonor fue Urraca, persona de toda confianza de la anciana señora.

—Urraca, no la perdáis de vista, a donde ella vaya, id vos. Dormiréis en su habitación y a los pies de su cama.

—Seré su sombra, señora. ¿Algo más?

—Solo vigiladla y tenedme informada si la visita se prolonga. ¡Ah!, forjadle una maleta bien surtida de ricas prendas, no quiero que mi primo o doña Teresa de la Vega, me tachen de tacaña. Si hay que comprar algo, se compra. Todo de lo mejor. Sin olvidar que hay que enviar regalos para su esposa doña Teresa y para sus hijos, él siempre trae presentes a esta casa cuando viene. No somos menos que él ni tenemos menos patrimonio. Hacedme el favor, Urraca, de mandarme al mercader judío que nos abastece de telas, géneros y paños, bien sé que doña Teresa es presumida y apreciará un damasco con hilos de oro o algo similar. Quizás unas sedas baztríes, o unas pasamanerías marrocanas. ¡Que venga mañana con sus géneros! Para los jóvenes, mandaré objetos de plata para su futuro ajuar, creo que sus padres lo apreciarán —doña María se explayó durante largo tiempo en cuanto a lo que deseaba para sus parientes y Urraca, que la conocía, la dejó hablar hasta que la anciana señora creyó que se había explicado bien.

Todos los preparativos tocaron a su fin y por fin Fernán, Álvaro y Leonor, pudieron partir. Un hermoso carruaje había sido enviado desde Sevilla por doña Teresa, informada de que una dama vendría con su marido y cuñado.

—¡Qué hermosura de carruaje! —dijo admirada la joven al ver el transporte a la puerta de casa. Era grande, aunque no en demasía, pintado por fuera de azul cielo, como correspondía a una carroza que había de transportar señoras. Por dentro tenía cómodos asientos y estaba acolchada y forrada con seda del mismo color del exterior. En el suelo había una mullida alfombra de Esmirna y en los apoyabrazos de los asientos había cojincillos con primorosos bordados de escudos y

lemas heráldicos, las costuras de los almohadones y cojines estaban rematadas con flecos de oro pálido y grandes borlones de seda azul. En las puertecillas de la carroza campeaba el escudo de los Carrillo de Albornoz, tan grande y lucido, que ocupaba todo el espacio libre. Las ventanas estaban veladas con pergamino o vitela que por dentro se podían levantar y que sujetaban abiertas, cuando se deseaba, por medio de unos pasadores fijos al techo. Era un trabajo primoroso. La vitela tamizaba la luz, caso de ser necesario, y si el frío acuciaba, entonces las ventanas se cerraban con lonas enceradas que eran asimismo impermeables. Se había pensado en todo para la comodidad de la damas, los caballeros no solían ocupar tales carros si no era acompañando a una dama pues eran demasiados muelles y elegantes para un varón aguerrido, a no ser que fuese un anciano señor. En todo caso tenía espacio suficiente para cuatro personas encaradas dos a dos.

—Subid, doña Leonor, mi esposa lo ha enviado para vos. Aunque antiguo es muy cómodo, lo hizo un carrocero de Malpuente, artesano muy famoso, ya fallecido, es un regalo de boda que nos hizo la madre de mi esposa, para que cuando esperase niño no viajase a caballo.

Un sirviente con los colores de la Casa de los Carrillo de Albornoz abrió la puerta y puso un escabel para que doña Leonor subiese con comodidad.

—¡Cuánto os lo agradezco, señor tío! Pero hace años que no monto a caballo y me he vestido como para viajar a lomos de un alazán —se echó reír—. ¡Seguro que mañana estaré molida y me dolerán los flancos, entonces daré gracias al cielo por poder sentarme en tan cómodo carruaje! Por favor, por ahora, si me lo permitís, viajaré a caballo como una señora normal —se detuvo un momento y preguntó —: ahora que lo pienso, ¿por qué medio viajará mi dama de compañía?

—¿Urraca? Hemos traído para ella una hacanea mansa y buena que no la tirará de la silla aunque Urraca se empeñe —don Álvaro se dirigió al sirviente—: vamos, Tadeo, ayudad a la dueña a subir a la mula. Nosotros —dirigiéndose a Leonor—subamos a nuestros caballos y veamos cómo lo hacemos, querida sobrina —añadió amablemente—, si os cansáis demasiado bajáis del caballo y yo os acompañaré en el carruaje para que no os sintáis sola allí. ¿Donde está mi hermano? —hubo un pequeño revuelo pero pronto vieron que don Fernán ya estaba montado en su corcel y caracoleaba muy ufano. Ciertamente su cabalgadura era hermosa y no era de extrañar que quisiese presumir aunque fuese un poco. Con ingenuo orgullo dijo:

—¡A ver cuál de vosotros puede dirigir los pasos de su caballo solo con la palabra y los talones, sin recurrir a ningún castigo y hacer que

su caballo dance como una bailarina mora! —se echaron todos a reír pues de momento pensaron en una hurí del paraíso llena de campanillas y enjaezada como el caballo de don Fernán marcando el paso sobre el polvo y caracoleando.

Aunque el viaje duró varias jornadas no se les hizo pesado en absoluto. Para hacer el viaje cómodo y seguro llevaban consigo un pequeño ejército de sirvientes, pajes, escuderos y mayordomos, amén de cocineros y soldados armados de picas y espadas, dagas y aun hondas por si a la distancia ya se pudiera atacar a algún maleante, ladrón o sospechoso de malas intenciones. Estando por las sierras más valía no arriesgar y era mejor atacar a cualquier sujeto equívoco aun antes de saber qué intenciones llevaba, ello era no solo prudente sino necesario para asegurar la vida.

Desde su lejana niñez Leonor no recordaba una libertad mayor, una felicidad tan plena, personas que la apreciaban y no le echaban en cara cada trozo de pan, cada vestido y cada joya. Todos la consideraban como a una igual, y más por ser dama de alta alcurnia. Era consultada en cuanto a la duración de las jornadas, se le preguntaba con cuidado y respeto si estaba cansada, donde y cómo deseaba partir la jornada y qué deseaba comer. Poco a poco fue recordando cómo había sido su vida hasta que fue conducida a las Reales Atarazanas, retornaron como connaturales a su alcurnia el lujo, el respeto, la comodidad, la confianza. Pero ello, por contraste, le trajo a la memoria todo el horror de su prisión y la miseria de su actual posición subordinada a su señora tía, más que lo estaba Urraca, que al fin y al cabo se ganaba un jornal y disponía de lo suyo con libertad. No era libre, su marido había desaparecido y su futuro era incierto. Esa noche rezó fervorosamente a la santísima Virgen:

—Amparadora de los afligidos, haz que mi esposo regrese o que al menos mi señora tía me asigne algún peculio para mis gastos particulares. También ayudadme a restablecer el honor perdido de los López de Córdoba. Os prometo señora, ya no treinta sino trescientas avemarías cada noche y obras de caridad sin cuento. Amén.

Hecha esta oración y promesa se sintió mejor, se acostó en el lecho de plumas que transportaban los sirvientes de don Álvaro para ella, y en su hermosa tienda bien amueblada y guarnida, se durmió soñando que todo aquello era suyo. Mañana llegaría a Sevilla.

Capítulo XV

LA VISITA A SEVILLA. LA CULEBRA.

Tiene muchos dineros, mucho oro e mucha plata
Todo muy bien ganado, sin ninguna barata
De las sus propias rentas, ca de el non se cata
A quien lo guerreare, aína lo desata.

Libro Rimado de Palacio. Canciller López de Ayala
(1332-1407).

Por fin estaban los viajeros muy cerca de Sevilla y ya antes de llegar a su destino unos emisarios les salieron al encuentro de parte de la esposa de don Álvaro. Por su mediación les daba la bienvenida tanto a él como a sus acompañantes: a su cuñado don Fernán y su pariente doña Leonor; también deseaba doña Teresa hacer saber a su esposo que sus otros convidados ya habían llegado y que todos les esperaban con interés. Estaban en su morada don Pero López de Mendoza y el padre de doña Teresa, Diego Hurtado de Mendoza y el hermano de este y tío de doña Teresa, Juan Hurtado de Mendoza.

—¡Qué bien! —comentó don Álvaro— me alegra que hayan llegado, así nos ahorramos la espera; que sean ellos los que nos han aguardado, me complace, también me alegra que esté don Juan, no le esperaba y él siempre sabe muchas cosas de las que suceden en el reino y nos informará de todo. Como no hemos de aguardar la llegada de los convidados no gastaremos un tiempo inútil y ellos en cambio mientras tanto se distraen unos con otros. Al fin y al cabo son parientes, padres, hijos y hermanos, todos de la casa de Mendoza, ilustrados, bibliófilos y al menos don Pero y don Diego pertenecen a la cancillería de nuestro señor natural.

—No recuerdo que fuesen cancilleres... —aventuró Leonor.

—No, niña, no, cancilleres no. Son el uno cronista de nuestro Rey y el otro mayordomo mayor de su casa.

—¿Y cómo viene a ser que no estén con el señor Rey? —Leonor se maravilló. No era normal que unos altos cargos, investidos de tanta autoridad y prestigio, no acompañaran al Rey y a la Reina en sus desplazamientos.

—Dejadme que despache a los emisarios con una respuesta para doña Teresa y os responderé, sobrina —se dirigió a los emisarios y parlamentó brevemente con ellos, por último sacó de un bolsillo un saquito de gamuza carmesí y la entregó al capitán de los soldados— esto entregadlo en mano a mi esposa. Decidle que traigo más cosas para ella, pero que cuando llegue me holgaré en verla luciendo esto.

Tardaremos un poco en llegar puesto que doña Leonor no está acostumbrada al caballo y menos a jornadas largas y penosas, pero hoy mismo llegaremos a casa.

Con este encargo retornaron los enviados a llevar la buena nueva de que el cabeza de familia estaba al llegar y que todos estaban sanos y buenos.

—¿Qué os prometí, doña Leonor? Me he olvidado del tema...

—Sí, señor tío, me ofrecisteis explicar por qué los Mendoza no estaban con su señor. ¿Han caído, acaso, en desgracia?

—No, por Dios; sucede, por el contrario algo harto donoso. Vos no lo sabéis porque vivís enclaustrada pero es la comidilla de toda Europa. El Rey, después de hablar en privado con el legado papal, como habéis visto, hace camino apresurado a Madrid.

—¿Qué lugar es ese, señor tío?

—Un lugarejo que tomó para los cristianos el buen rey-emperador Alfonso VI, por el año 1085, va ahora para trescientos años. Pues bien —continuó con gracejo el erudito caballero—, resulta que el Rey de un lejano país llamado Armenia, fue, hace algunos años, tomado preso por los musulmanes mamelucos de Egipto. Este Rey, de nombre Levón, que en nuestra tierra ha sido traducido por fonética como León, es cristiano y no fue muerto, sino que sus captores pidieron rescate a los príncipes cristianos —Leonor le escuchaba embobada pues tales historias se le antojaban como los cuentos que le contaba su aya cuando era pequeña para que dejase de trastear y molestar por las habitaciones—. Pues bien —continuó don Álvaro—. De la tierra de Armenia partieron heraldos con peticiones de ayuda al mundo cristiano pues era harto difícil reunir lo pedido por el solimán. Los príncipes cristianos manifestaron su pesar pero el dinero no llegó de ninguna parte, hasta que los emisarios llegaron a Castilla, donde nuestro señor tuvo a bien pagar el rescate del desdichado Rey armenio.

—Todo eso lo entiendo muy bien y me agrada que don Juan sea tan generoso y me place que un príncipe cristiano recuperase su libertad, más, me pregunto, señor tío, ¿qué tiene que ver Madrid, o como se llame ese lugar, con toda esta historia?

—Mucho, como veréis si me dejáis terminar mi historia —se rio de la impaciencia de la joven y, como si recopilase sus recuerdos, calló por un rato impacientando a Leonor que deseaba saber el desenlace de tan extraño relato—. Pues vino a suceder —reanudó su relación el alcalde de los hijosdalgo—que el rey León o Levón, como queráis, muy agradecido a su rescatador, hizo viaje hasta Castilla hace unos dos años para conocer a los Reyes generosos que habían pagado su

rescate y en llegando aquí fue desposeído en su tierra de su trono allá en Armenia, por lo que el rey don Juan, conmovido por su desgracia, le cedió en señorío la Villa de Madrid por suya, así como la Villa Real y Andújar. Así que en propiedad don Juan se ha ido a parlamentar con su alteza León I de Madrid, que hoy por hoy es la cabeza de su ahora pequeño reino.

Leonor no podía creer lo que oía.

—¿Así que en Castilla hay un reino diminuto, que es de un rey extranjero?

—Si lo queréis decir así, es lo justo. Pero cualquier señorío lo centuplica en extensión e importancia.

—Aun así, es extraño...

—Eso es lo que pasa, doña Leonor, es ciertamente extraño y los naturales de esas tierras le han negado obediencia a don Levón, o al menos lo han recibido con frialdad.

Con curiosidad la joven preguntó en voz baja para no ser oída por los demás.

—Señor tío, si puedo preguntar, ¿a qué ha ido el señor Rey a Madrid?

—A informar tanto al rey Levón como a los naturales de aquellas tierras de que la donación es solo por una vida, ni es hereditaria ni es trasmisible, es tan solo para que durante su vida, al Rey de Armenia se le trate como a un Rey y tenga de qué vivir con cierta dignidad. Saber que volverán a ser señorío de realengo alegrará a los naturales, que no querían cambiar a un Rey de su tierra por un armenio, de quien nunca habían oído hablar. Eso es todo. No hacía falta que estuviese la cancillería ni el canciller, pues nada estaba escrito, solo era donación de palabra, de palabra de Rey, pero sin escritura alguna.

En tales conversaciones y disquisiciones estaban los jinetes, cuando a lo lejos se avistó la ciudad de Sevilla. El panorama desde este ángulo era desconocido para Leonor que admiró la belleza del paisaje y la grandeza de la urbe.

—He ahí, doña Leonor, nuestra ciudad. Ya sé que aquí habéis sido desgraciada y que vuestros más queridos parientes aquí han muerto de manera desastrosa. Yo os pido perdón para ella, querida niña, que la ciudad en sí no tiene la culpa de los errores y maldades de los hombres.

Leonor afirmó con la cabeza. No podía articular palabra al recordar la muerte de su padre y de su hermano y la del buen caballero don Sancho Míñez de Villendra, conocido como Pico Míñez. Todo tan atroz. Pico Míñez le había prometido, cuando todos estaban encadenados al brocal del pozo, que si él sobrevivía ninguno de ellos

sería pobre, pero había muerto de mala manera, cargado de cadenas infamantes y ella era más pobre que los menesterosos de la calle y los vagabundos de los bosques, llamados «forestanos», al menos ellos tenían sus andrajos de su propiedad. Alguna lágrima apareció en los ojos de la joven.

—No habéis de llorar, doña Leonor, habéis probado un valor que para sí quisieran hombres aguerridos, ya ha pasado todo —don Álvaro pareció adivinar sus pensamientos—. No penséis que estáis sola en el mundo, vuestro esposo volverá, seguro que está vivo y bien. Y mientras vuelve, tenéis vuestra dignidad y vuestro orgullo de casta, eso os sostendrá en pie —lo pensó un rato y añadió— bien quisiera poder ayudaros, pero no está permitido por la costumbre que un caballero auxilie económicamente a una dama casada o soltera. Quizás si fuerais viuda... En fin, yo veré cómo favoreceros, y mi hermano también. No os dejaremos sola con doña María. Al menos os sacaremos de allí todos los años, sobrina. Mi esposa estará de acuerdo, es compasiva y no querrá que una mujer sufra más de lo que ya ha sufrido gratuitamente.

Si la morada de doña María Carrillo de Albornoz era de grandes dimensiones y desde fuera se veía con creces que pertenecía a alguien de gran importancia, la casa de don Álvaro era verdaderamente majestuosa. Era más una fortaleza que una morada de ciudad, en donde no se espera ningún peligro. Casi era un pequeño castillo más que palacio, con almenas y torres defensivas dotadas de amenazadoras aspilleras que se abrían en todas direcciones como mirando hacia todos los caminos por donde podría venir peligro. Recias torres cilíndricas se alzaban de vez en cuando rompiendo la uniformidad de los lienzos, muros ciegos, de la muralla.

Por dentro de la muralla almenada, aunque no era en realidad un castillo defensivo roqueño, había todo lo necesario para soportar un sitio. Un paseo bastante ancho recorría el interior de los muros y permitía asomarse a las almenas sin descubrir totalmente el cuerpo. Por debajo de este había un amplio espacio, a modo de patio, que en momentos de necesidad se llenaría de hombres de armas, bastimentos, leña, paja, sin olvidar a los muy necesarios caballos. Ahora solo había sirvientes junto al pozo cepillando a algunos hermosos alazanes y una moza sentada en una banqueta que pelaba ceremoniosamente una gallina mientras reía descarada con un mozo de espuela. Otros servidores o esclavos pasaban apresurados dirigiéndose a sus tareas diarias, todo parecía muy tranquilo y hogareño.

Solo le faltaba al pequeño castillo un foso lleno de agua, pero si lo había, este estaba seco. De hecho podía hacerse uno con poco esfuerzo

pues estaba cerca del Guadalquivir y solo era cuestión de desviar una vena de agua para tenerlo a punto y al parecer alguna vez lo había habido pues un rastro de él era visible en la tierra que rodeaba a la mansión, se notaba una depresión, seguramente lo que quedaba de la antigua escarpa hoy casi llena de tierra. Lo que antaño fue la puerta de rejas estaba abierta y el portalón también. Eran tiempos de paz y con unos soldados a la puerta era suficiente.

Como ya les esperaban no hubo que solicitar que les franqueasen la entrada. Por el contrario, había gente en la calle que solo aguardaba la aparición de la pequeña comitiva para correr hacia dentro de la casa y dar noticias suponemos que a doña Teresa. Para complacer a la dueña de la casa, Leonor había pensado que sería un buen detalle que ella llegase dentro de la preciosa carroza que la señora había enviado para su comodidad; se había tomado muchas molestias al enviarle el carruaje y si se enteraba de que no lo había ocupado se sentiría poco apreciada. Para ello hubo antes de cambiarse de ropa y vestir como una dama y no como venía, para cabalgar a mujeriegas. Los días pasados al aire libre le habían dado un color tostado y puesto rosas en sus mejillas. Estaba más delgada y parecía más alta. Su pelo ensortijado que era de natural rubio rojizo se había tornado en rubio con mechones pajizos que le conferían una extraña belleza. La libertad le había alimentado el cuerpo y el alma y sentía que podía salir volando de alegría. Hacía mucho tiempo que no había experimentado tal felicidad. Se preguntó si alguna vez había sido feliz antes de hoy.

—¡Despertad, doña Leonor, hemos llegado y debéis apearos! —era la voz de Urraca, a quien habían aposentado junto a ella en el carricoche para que llegasen juntas como una dama y su acompañante —. ¡Vamos, vamos, no queremos parecer unas perezosas dormilonas!

Sin saber por qué a Leonor le molestó que Urraca pluralizara en sus observaciones. ¿Qué era aquello de «no queremos parecer»? ¿Acaso eran hermanas gemelas? Urraca nunca se parecería a ella, Urraca era un sirvienta y una espía, Leonor parecería lo que quisiese, fuese correcto o no, pero sería en todo momento y tesitura una dama de alcurnia. Se dio cuenta de que siempre había detestado a Urraca y sin saber cómo, supo que ella también la odiaba.

—Quiero pediros, Urraca, ahora que estamos solas, que nunca más me incluyáis en vuestras apreciaciones —dijo con frialdad la joven— yo, por si no lo sabéis, soy la sobrina nieta de vuestra ama, y vos una esclava liberada. Soy dama de la más alta alcurnia y vos de baja estofa. Así que guardaos de decir «vamos» o «estamos» o «parecemos» , que siempre será para vos, «vais», «estáis», o «parecéis». ¿Me habéis entendido? —Urraca le miró con ojos entrecerrados.

—Muy bien entendido, doña Leonor —siseó la sirvienta— pero recuerdo muy bien la noche que llegasteis preguntando por doña María. Ibais como una pordiosera y si no fuese por la piedad y la misericordia de la señora, estaríais pidiendo limosna por las calles de Córdoba.

—Si fue piedad o no, no os corresponde a vos decirlo. Sois una sirvienta deslenguada y con ínfulas y yo os las achicaré. Ahora preparémonos, no debemos hacer esperar a doña Teresa, ya la veo acercarse.

En efecto, la señora de la casa se había molestado en acercarse hasta la entrada de su palacio para dar la bienvenida a su esposo y a su cuñado, además deseaba conocer cuanto antes a doña Leonor, de quien ya había oído historias que le habían llenado de curiosidad y de compasión al tiempo.

De algún modo doña Leonor era pariente, pues su madre, doña Sancha, era descendiente de Alfonso X y ella, Teresa, era hija de Diego Hurtado de Mendoza, emparentado asimismo con los Reyes. No sabía en qué grado pero sabía que algún parentesco les tocaba y estaba dispuesta a admitirlo al menos hasta que la joven le contase su pasmosa historia pues era del todo excepcional que una joven fuera puesta en prisión a los siete años y que permaneciese allí hasta los dieciséis. Doña Teresa, desde que supo que su esposo traería a casa a esta prima o sobrina o lo que fuese, había contado la historia de Leonor a todos sus parientes y cada uno deseba ser invitado para escuchar de labios de la protagonista la bizarra historia de una mujer noble encadenada en las Reales Atarazanas, como una rabiculindreja, una maleante, una villana malvada. O como un reo de alta traición, cosa imposible por sus nombres, su linaje y su edad.

Se adelantó doña Teresa a recibir a esposo y luego de saludar brevemente a su cuñado don Fernán, acudió a la puerta de la carroza con un mozo que portaba un escabel para facilitar el descenso de la carroza al suelo del patio. De allí bajó graciosamente y con gran agilidad una muchacha rubia, bien peinada y mejor vestida, con una hermosa sonrisa que tan pronto como tocó suelo se inclinó con una gentil reverencia.

—Supongo, señora, que sois doña Teresa, la dueña de esta casa y esposa de don Álvaro —miró por ver si ella asentía pero la dama estaba muy ocupada mirándola y se le olvidó decir nada. Doña Leonor se inclinó de nuevo y esta vez esperó autorización para levantarse.

—¡Perdonad, querida niña! Por favor, levantaos, es suficiente con una reverencia. En efecto, soy doña Teresa, esposa de don Álvaro a quien ya conocéis bien, por lo que creo —se dirigió a todos con voz

agradable y dijo—: ¡pero pasad todos, pasad, dentro os esperan unos refrigerios y luego os iréis a descansar un rato!

—Perdonad, doña Teresa —interrumpió Leonor—, mi sirvienta y acompañante no me ha de seguir dentro, si os parece bien, que vaya organizando mi habitación, con vuestras sirvientas, que haga lo que necesario fuese para mi servicio y luego que venga a reunirse conmigo por si fuese útil para algo.

—Como mandéis, es vuestra criada y se hará como deseéis.

Urraca quedó fuera mascando su rabia mientras los demás entraban por la puerta grande en el inmenso salón de armas.

—¡Muerta de hambre, yo os enseñaré! —masculló Urraca mientras sacaba las maletas de Leonor.

Los días pasados con don Diego Hurtado de Mendoza y su hermano y con don Álvaro Carrillo de Albornoz y el suyo, se le antojaron a Leonor días celestiales. Compartir mesa y mantel con personas educadas, corteses, atentas, que la trataban como ella merecía, con deferencia, que le escuchaban con atención como si lo que ella dijese tuviese verdadera importancia. Visitas para las que ella era el centro de atención, y además largos ratos en que se hablaba solo de libros y poesías, de novelas y aventuras bizantinas y de caballerías, de versos, serranillas y estrofas. De vez en cuando se le pedía que leyese en alta voz y todos celebraban la hermosura de su tono y la corrección con que leía.

Ayudó a don Álvaro en lo que él le pidió: a saber, hacer una lista de los libros de su biblioteca, cosa en la que les ayudó de buen grado el caballero don Diego Hurtado de Mendoza. Él probó saber mucho de poemas y poesías y tomó como agradable obligación hablar de ello a Leonor, a modo de pequeñas pláticas o lecciones mientras trabajaban quitando con mimo el polvo a los preciados libros de don Álvaro. En medio de su quehacer aprovechaban para hojearlos.

—Yo mismo escribo algo de poesía cuando tengo tiempo, doña Leonor —decía, modesto, don Diego— en mi familia siempre hemos sido muy amantes de las letras, aunque somos militares y soldados, pero una cosa no quita la otra. Me agrada mucho la lírica provenzal que entró en nuestra tierra allá por los tiempos del Rey y poeta Alfonso XI, a principios de este siglo, desde entonces se da en las cortes peninsulares una lírica culta, heredera de la provenzal, a través de la cantiga de amor o del Dolce Still Nuovo. Se expresa en lengua castellana, que, inicialmente, convive con la gallega... —y así el noble señor disertaba mientras que con una gamuza restregaba las cubiertas de los libros tan amados—. ¿Habéis alguna vez oído mi poema?:

Que todos se passan en flores,

mis amores.
Las flores que an nascido
del tiempo que os he servido,
derribólas vuestro olvido
y disfavores.
Que todos se passan en flores,
mis amores.

Y en oyendo esto Leonor se quedaba como soñando pues nunca había conocido personas que escribiesen ellos mismos los poemas que recitaban. Es cierto que de pequeña había oído canciones, serranillas y baladas pero los recitadores no eran en modo alguno los autores y a ella se le había antojado que los que tales cosas ideaban y escribían, no eran de este mundo si no de otro en donde todo era perfecto. A veces se sentaba sin hablar cuando don Pedro González de Mendoza y don Diego Hurtado de Mendoza discutían sobre este o aquel estilo y procuraba entenderlo todo bien para luego repensarlo en su cuarto. No estaba segura de que eso era lo que aprendían las doncellas y señoras de alta cuna, y a veces dudaba de si era correcto que lo aprendiese, pero no le importaba, para ella ya había pasado el tiempo de estudiar y aprender con ayas y tutores, así que se instruiría lo que le viniese en gana. Oyó hablar de la obra del converso Pablo de Santa María, y como nunca antes había oído hablar de él se propuso preguntar qué había escrito en cuanto se presentara la ocasión. Gozaba Leonor de buena memoria y así no olvidaba con facilidad lo escuchado, descubrió que a ella también le gustaría escribir pero de momento no se le ocurrió nada, su experiencia de la vida era tan corta, pensó, que no era suficiente para que sirviese de inspiración siquiera para una redondilla.

Quizás —pensó esa noche mientras recordaba lo leído durante el día— quizás algo fuera de lo ordinario sería el relato de su vida en prisión, pero difícilmente la historia de su cautiverio llevaría a las generaciones venideras a admirarla, como ella desearía, ni añadiría nada al lustre de su apellido y gloria para su linaje; al contrario, la cubriría de ignominia al ser recordada como alguien que estuvo en prisión y vio morir a los suyos encadenados como viles ladrones. Además, ni siquiera los preclaros varones se atrevían a escribir ellos mismos la historia de su vida, las memorias eran siempre de las vidas de otros. Pero Leonor no dejó de lado la idea de escribir algún día, cuando ella hubiese restaurado el honor de los López de Córdoba, la historia de la injusticia de un Rey y la valentía de una mujer, que en sus sueños era ella misma.

Ese día se había acostado algo tarde, enseguida sopló la candela y

se dispuso a dormir. Hacía frío y se encogió en la cama, algo gélido y escurridizo se deslizó por una de sus piernas, dando un salto se levantó con un breve grito al tiempo que tiraba de las mantas hacia abajo; un pequeña antorcha colocada en una abrazadera en la pared, proporcionaba algo de luz durante la noche. A su claridad trémula y difusa pudo ver una pequeña serpiente que intentaba ocultarse entre la ropa de cama.

Todavía temblando se dirigió a donde tenía una bujía y con ella encendió las lucernas de su cámara.

—¡Urraca! —llamó sin saber a quién acudir. La criada dormía en otra habitación inmediata por la que había de pasar cualquiera que desease entrar en la de Leonor. Al instante entró la sirvienta. Sorprendentemente estaba vestida y bien peinada, como si esperase ser llamada para prestar algún servicio, aunque la hora era avanzada. Seguramente en los monasterios hacía ya tiempo que se habría llamado a completas, después de lo cual nadie circulaba por los claustros ni nada haría levantar a los monjes de su descanso obligatorio. En las casas, en los palacios y castillos, todos dormían hacía ya rato, a menos que velasen a algún enfermo, pero Urraca estaba completamente vestida. Entró rápidamente al ser llamada.

—¿Para qué soy buena, doña Leonor? —temblando, porque estaba ligeramente vestida con su *kamese* de noche, Leonor señaló la cama y sus revueltas ropas.

—Hay algo allí.

—¿Algo? —pareció extrañarse Urraca—. ¿Algo como qué? ¿Una aparición? ¿Un fantasma? ¿Una araña?

—No, una serpiente.

—¿Una serpiente?, imposible. No ha llovido y las serpientes salen de sus escondrijos cuando la lluvia las expulsa, entonces a veces se meten en las casas.

—Os digo que hay una, yo la sentí y luego la vi.

—¿Y os mordió? —a Leonor le pareció que Urraca lo preguntaba con burla, aunque se rostro era serio. ¿O lo había preguntado con esperanza de que dijese que sí, que le había picado?

—No, no me mordió, gracias sean dadas a Dios y al Ángel de la Guarda, a quien rezo todas las noches. Se deslizó sobre mi pierna; luego la vi esconderse entre la ropa de cama, entre las cobijas y cobertores.

—Bien, si vos lo decís, habrá que creeros, pero yo mismo hice la cama y os aseguro que no había serpiente alguna. A lo mejor lo habéis soñado.

—No, no lo he soñado, era una serpiente de verdad. Y ahora hay

que buscarla —Leonor tiritaba en su *kamese* de tela fina. Cuando Urraca oyó que había de buscar a una serpiente ya empezó a dudar de si esta era de verdad o no. Al menos ya no negó su existencia.

—Señora, no querréis que yo busque, quizás es venenosa y me pueda morder a mí.

—¿Pero no me decíais que lo había soñado? Buscad pues, mi sueño.

—No, señora, no buscaré tal alimaña, es figura del diablo y a lo mejor os sigue por algún mal que hayáis cometido.

—Si el diablo siguiera a los humanos por el mal que han cometido, entonces ¿cómo viene a ser que a vos no os persiga? —dijo Leonor con cierta sorna. De pronto se sorprendió al ver la mirada que le lanzó la criada. Era malévola. En ese momento estuvo segura de que el bicho había sido colocado en su cama aposta por la criada—. Igual que la pusisteis, sacadla ahora —dijo fríamente.

—¡Ah, no, yo no he puesto nada allí, y no sacaré ningún bicho ni vivo ni muerto!

—Está bien —dijo Leonor— lo comprendo, pero no puedo dormir con un bicho repugnante en mi cama, así que o bien lo sacáis de allí o yo dormiré en vuestro lecho y vos en el suelo. O mejor vos dormiréis en el mío. ¿Qué os parece el cambio? —Urraca la miró con incredulidad.

—No, doña Leonor, no dormiré en vuestra cama —respiró agitadamente— no sería apropiado —de pronto pareció tener un idea —. Será mejor que vaya a ver si hay alguien de guardia, como suele ser en las grandes casas y si hallo algún soldado o vigilante, le diré que venga a buscar al animal. Mientras tanto, vestíos, señora, no podéis presentaros así ante un desconocido.

—Sacadme algo para vestir, pero antes sacudidlo ante mis ojos, no me fío de que no haya más alimañas entre mi ropa —sin hacer ningún comentario la criada sacó ropa adecuada y una capa abrigada pues la habitación era fría a esas horas.

—Salid al pasillo y así no quedaréis a solas con la culebra, mientras yo vuelvo con un espolique o sirviente.

Así se hizo y al rato volvió con un asombrado hombre que se acercó con precaución al lecho de doña Leonor y tiró de las mantas una por una con cuidado, luego de la sábanas y por último dio la vuelta al colchón. Nada.

—Si estuvo, señora, se ha ido. Ya veis como he mirado cuidadosamente y nada ha aparecido —dijo el hombre, tranquilizado al no encontrar culebra alguna—. Creo que vuestra dama os puede hacer de nuevo la cama y podréis dormir tranquila; yo, si lo deseáis, me quedaré fuera por si acaso me necesitáis o tenéis temor de algo o

alguien —se ofreció el sirviente.

—No dormiré en una habitación en donde sé que hay una serpiente, se vea esta o no —dijo con firmeza doña Leonor—. Despertad a alguna sirvienta y que me preparen otro dormitorio. Urraca se queda conmigo mientras tanto.

Al fin así se hizo y horas después descansaba en un enorme dormitorio con una cama doselada y toda vestida de cortinas y colgantes de damascos color carmesí.

—Este dormitorio, señora, ha sido ventilado hace poco. —dijo la joven criada cuando Leonor entró en la nueva habitación para pasar la noche—. Hasta que doña Teresa disponga otra cosa, hará las veces —dijo la sirvienta—. Os encenderé la chimenea aunque es tarde, hace mucho frío aquí y no os dejaré sin algo de calor.

Todo se hizo y al fin Leonor se acostó con un escalofrío, antes de entrar en la cama miró cuidadosamente, no había nada. Nada ni nadie le convencería de que la culebra no estuvo en su cama y de que Urraca no fue quien la puso.

—Por favor, la culebra me ha sobresaltado —habló a la joven que la había hecho la cama, tiritó de miedo— ¿seríais tan bondadosa como para traer una *culcitra* y mantas y dormir en mi recámara...? ¡Por favor!

Y así se hizo, por fin, rendida y asustada, Leonor cayó en un sopor sin sueños.

Urraca había vuelto a su habitación.

—Es mejor no fiarse de las culebras —dijo para sí—. La próxima vez lo intentaré con una cáncana.

Como tenía sueño no se entretuvo en pensar de dónde conseguiría el ponzoñoso animalito. Una cáncana era un raro ejemplar de araña con las patas negras y cortas y cuya picadura era dañina y las más de las veces mortal.

Por fin la paz cayó sobre la morada de don Álvaro Carrillo de Albornoz. Una pequeña culebra verde con un dibujo amarillo recorriendo su lomo, salió por la rendija de una ventana y se perdió por la vegetación.

Capítulo XVI

¡HOMBRES LIBRES, AL FONSADO GENERAL! LA BATALLA DE ALJUBARROTA.

Si el caballo vos han muerto
subid Rey a mi caballo
y si no podéis subir
venid, sobiros he en brazos.

De un romance sobre Pedro González de Mendoza de Alonso
Hurtado Velarde.

El joven rey don Juan había enviudado muy pronto de doña Leonor de Aragón y por razones políticas hubo de casar enseguida con la adolescente Beatriz de Portugal. Por respeto, don Juan llevaba a su jovencísima real esposa a dondequiera que él iba, juntamente con sus hijos: don Enrique y don Fernando, ambos niños aún; en realidad los tres eran niños, tanto la esposa como los hijos de Leonor de Aragón.

Los Reyes de Portugal habían tenido varios hijos de su matrimonio. Nunca se pensó que la infanta Beatriz heredase el trono luso pues además de ser mujer tenía otros dos hermanos varones con lo que la sucesión por línea varonil estaba más que asegurada. Pero el hilo de la vida lo cortan las parcas a su antojo y así vino a suceder que los hermanos varones, Pedro y Alfonso, murieron prematuramente y la jovencísima Beatriz de Portugal se vio repentinamente como la más propincua heredera del trono de su padre. Si ella heredase, naturalmente el rey de Portugal en realidad vendría a ser don Juan de Castilla, pero en el país luso había una fuerte resistencia al reinado de un monarca castellano. Los enemigos de doña Beatriz argüían que la infanta era hija ilegítima de la Reina su madre, habida con un amante suyo gallego de nombre João Fernandes Andeiro, conde de Ourém y de Andeiro. Con este argumento deseaban poner en el trono a otro varón pero de línea bastarda, el maestre de Avís. Bastardo por bastardo, decían, preferían la línea de varón. Además, don Juan, el Maestre de Avís era bastardo del Rey, y Beatriz, según ellos, lo era de la Reina, con lo que no tenía sangre real. No les importaba a los portugueses que el candidato don Juan de Avís tuviese una turbia historia de asesinatos, pues era conocido que por instigación de la reina Leonor Téllez de Meneses había matado a su cuñada, doña María Téllez de Meneses. Pero el temor a ser absorbidos por Castilla era mayor que cualquier otra consideración

Es cierto que el matrimonio del Rey de Castilla, don Juan, y de la infanta doña Beatriz no había sido por amor, pero esto suele ser así entre príncipes vecinos, y el casamiento fue como debe ser: el

resultado de un tratado matrimonial de paz duradera que fue firmado entre Portugal y Castilla en Salvaterra de Magos. Todo era conforme a derecho y a la costumbre de inmemorial.

Ya iba para un mes la estancia de Leonor en la casa y morada de doña Teresa de la Vega y de su esposo don Álvaro Carrillo de Albornoz. El trabajo con los libros tocaba a su fin. Limpios y bien arreglados, sin moho en los bordes ni en las cubiertas, ya estaban colocados en sus nuevos estantes, libres de sospecha de la carcoma y de otros animalillos que también los devoraban y a los que se les conocía con el curioso nombre de «pececillos de plata». Parecía que ya no hacía falta la presencia de Leonor, si esta estaba ligada a la necesidad de organizar y sistematizar la lista de las posesiones de don Álvaro.

En verdad que todos los varones reunidos en la casa habían tomado parte con entusiasmo en la tarea de revisar tan preciados materiales, y no solo fue trabajo para Leonor y don Álvaro, como en un principio se había pensado, sino que el hermano, don Fernán y los Mendoza, también colaboraron y mientras lo hacían se distraían y charlaban con Leonor sobre su pasado y su futuro.

Terminado el trabajo de clasificación, se trajo al pendolista y se le pidió que escribiese con hermosa letra carolina una lista con los títulos de los libros y otra con los nombres de sus autores, si es que estos eran conocidos. Las letras unciales que encabezaban cada renglón, eran una obra maestra, encerradas cada una en un recuadro lleno de volutas y vegetales que se retorcían sobre sí mismos, y aunque aún no estaban terminadas en todo su lujo y esplendor, ya se destacaban de las minúsculas escritas con sencilla tinta azul y negra. El pendolista, que era un monje del cercano monasterio de San Benito y Santa Águeda, sugirió que se usase la letra llamada beneventana, que se llamaba así porque nació en Italia en la región del Benevento, pero don Álvaro, al fin, renunciando a su primera idea que era escribir la lista en letra gótica, optó por la carolina, que se usaba en los documentos palaciegos por su claridad y nitidez de rasgos.

El catálogo por orden alfabético de autores, en sí, fue una novedad nunca vista hasta entonces, pues los libros, folletos o quaterniones siempre se nombraban por su título, sin hacer mención del autor. Ahora, además, en otra lista, se pusieron los autores primero, y luego el nombre de la obra. Todos juntos admiraron la obra terminada y opinaron que era una novedad el sistema de clasificación. Pero les entristecía pensar que todo tocaba a su fin y que debían despedirse y cada uno retornar a su trabajo ordinario.

—Me temo, don Álvaro, que he de regresar con mi señora tía, ya

me debe de estar echando en falta —decía con harto sentimiento doña Leonor a don Álvaro, el dueño de la casa.

—Cierto, y mucho que lo siento, sobrina. Mi esposa os ha tomado cariño y le gustaría que os quedarais con nosotros. Pero no puede ser, tenéis a la señora tía y con ella debéis estar hasta que vuelva vuestro esposo. Por otra parte, yo también me he de ir, me necesitan en Valladolid. La Real Chancillería ya me ha mandado más de un mensaje, y aunque no era urgente, no debo retrasar más mi visita.

En esta conversación estaban cuando un criado entró en la estancia y pidió hablar con el señor alcalde mayor. Cuando Leonor vio que los colores de la ropa del mensajero eran los de los Trastámara, supo que el mensaje venía del Rey. Y no se equivocaba, su alteza pedía que don Álvaro y don Fernán Carrillo de Albornoz, y los dos caballeros Hurtado de Mendoza, se uniesen a sus huestes urgentemente en la raya con Portugal por su límite sur. Nadie lo sabía aún pero se iba a convocar con carácter urgente el fonsado general para que la gente del reino se uniese de inmediato a la *militia regis*.

Al son de bocinas y de tambores se convocaría a todos los hombres libres del reino para acudir a la guerra. En las puertas de las iglesias y de los concejos, si estos tenían edificios propios, se fijarían con largos y finos clavos los pergaminos que emplazaban a los hombres a cumplir con su obligación. Los sayones, a lomos de sus veloces corceles, divulgarían por los pueblos, villas y ciudades la temible noticia: el Rey convocaba a la guerra total. Era obligatorio acudir al llamamiento regio. ¡Todos a la guerra! Se movilizaría a todo el reino. Los señores con sus vasallos, los mercenarios con sus adalides y capitanes, los concejos con los caballeros pardos, las behetrías con sus señores, tanto las de linaje como las de mar a mar, también habían de acudir junto con los hombres libres de estas. Los condados y mandaciones, las collaciones, los oblatos, hasta los señoríos de los monasterios, obispados o arzobispados, estaban obligados en este caso. En fin, todos los que pudieran empuñar un arma, fuesen o no caballeros, hasta los villanos, debían presentarse enseguida. En cada casa, por mínima que fuese, se sacarían las viejas armas, una espada, una daga, un hacha, lo que hubiese y se pondrían a punto; se lavarían, se abrillantarían, se afilarían con piedra pómez y se limarían los desperfectos o melladuras si los tuvieran, el filo debía ser el de una navaja, de ello dependía a veces la vida del portador de una espada, de un segur, de una daga. Y si no la había, también servía como instrumento de muerte un mazo, un hacha, una horca, un cuchillo cachicuerno, una honda, una hoz, todo era útil para el fonsado general. Los que hubiesen heredado una celada, un escudo o un peto,

le sacarían brillo y, orgullosos, lo vestirían como ya lo habían hecho incontables generaciones. Con ellos habían luchado y acaso muerto «los sus passados de gloriosa memoria». Pero sobre todos los demás, estaban obligados los nobles, fuesen estos ricohombres poderosos o mínimos hidalgos de aldea, todos estaban obligados por igual a prestar *consilium*, consejo, si eran requeridos a ello y también *auxilium,* auxilio, al Rey y este lo requería ahora. El estatuto nobiliario que los abarcaba y protegía a todos por igual, también les obligaba en la misma medida, fuesen ricos o pobres, condes poderosos o hidalgos campesinos.

Sobre toda la tierra, en los reinos, en los condados y las mandaciones, por cientos y por miles, los hombres libres serían convocados a la guerra, ¡todos al fonsado general, a la *militia regis*!

Una vez enterados del mensaje real en casa de don Álvaro, los hombres se tornaron serios. Era cuestión de vida o muerte para muchos. Algunos volverían, quizás, triunfantes y enriquecidos, pero otros, los más, morirían dejando a sus viudas e hijos sin protección. El reino entero entraría en un período de peligros y dudas en cuanto al futuro si la desgracia llevaba la guerra a la derrota y no al triunfo y a la victoria gozosa. ¿Y si moría el Rey? Los reales niños eran aún menores y la minoridad de los príncipes significaba un período de largas guerras nobiliarias por el poder y la influencia. La reina doña Beatriz no era apropiada para una tutoría, ella misma era aún una niña. Además los infantes no eran suyos sino hijos de la anterior Reina. Ella, a pesar de su poca edad, había engendrado un niño, pero este había muerto enseguida.

—Señora —dijo con cara seria don Álvaro a Leonor— vista la gravedad del momento creo que debéis retornar sin más dilación. Por lo que me comunica su alteza los partidarios del Maestre de Avís se han reunido en Coimbra y han nombrado como su Rey al Maestre, deponiendo de este modo y con este acto a doña Beatriz, si el Rey ha de defender la herencia de su esposa, es ahora o nunca. Habéis de iros, aún no se ha convocado públicamente el fonsado, pero se hará en breve y entonces los caminos no serán seguros, los hombres marcharán a la guerra, pero siempre hay otros que huyen y se esconden y viven del pillaje y solo Dios sabe lo que puede pasar.

—¿Qué debo hacer entonces? —dijo preocupada Leonor, se halló de pronto ante una situación que no podía gobernar ni prever.

—Idos enseguida, querida niña, hoy mejor que mañana. Os pondremos la carroza que conocéis y con un destacamento de hombres de mi casa os veréis a salvo en pocas jornadas. No creo que lleguéis a ver a los soldados si os apresuráis.

Ante estas palabras Leonor dio órdenes a Urraca de que pusiera sus ropas en sus cofres y baúles como mejor pudiera dada la prisa, pues saldrían esa misma tarde camino de Córdoba. Previsora, doña Teresa envió a un mensajero a caballo avisando a doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz de la pronta llegada de su sobrina. No le explicaba la razón, y como Leonor ya llevaba casi un mes fuera supuso que no le extrañaría su llegada. No era prudente comunicar que era inminente la convocatoria de un fonsado general.

A doña Leonor le hubiese gustado cabalgar de vuelta como hiciese cuando vino pero aunque Urraca sabía montar, lo hacía en mula y estos animales eran lentos para el gusto de Leonor, así que se avino a ir en la carroza que tan bien conocía. Así al menos Urraca iría en su mula y ella en su carroza, que a pesar de llevar cuatro caballos enganchados, iba necesariamente despacio. Las grandes ruedas se destrozaban si se las hacía rodar con prisas por lo abrupto de los caminos. No deseaba ir con la criada en el mismo coche. Desde el día del incidente con la culebra, no se fiaba de ella y procuraba no darle ninguna oportunidad de acercarse a ella o a sus cosas. Ahora, todas las noches antes de acostarse, ella misma se hacía de nuevo la cama. No se fiaba de la dueña, aunque esta exteriormente la trataba con respeto, había visto una mirada en ella que le había helado la sangre.

Mientras todo esto sucedía, en Inglaterra, el duque de Láncaster sabedor de que Portugal y Castilla estaban a punto de entrar en guerra por el asunto de don Juan, Maestre de Avís, no perdió tiempo en ofrecer a este su ayuda contra Castilla, ya que se consideraba el legítimo heredero de estas tierras porque su esposa, doña Constanza, era hija del asesinado rey don Pedro y a ella le correspondía en puridad el trono y no al hijo del asesino y bastardo don Enrique. Argüía el de Láncaster que don Juan de Castilla era un usurpador, y que había que restablecer la justicia. Solo Constanza era la Reina, la hija de ambos, Catalina, la heredera, y él, Juan de Gante, el Rey consorte de Castilla. Unirse al enemigo del usurpador le pareció además de una buena idea, una ocasión de estrechar lazos con Portugal. Un grupo de guerreros ingleses partió inmediatamente hacia la costa para embarcarse con destino a Portugal.

Nombrado Rey, el de Avís, ahora Juan I de Portugal, se apresuró a mover sus huestes antes de que los partidarios de Beatriz se uniesen a las tropas castellanas y así tomó militarmente las plazas entre el Duero y el Miño que eran leales a la joven heredera, con ello se aseguraba la posesión de casi todo el territorio y además contaba con la simpatía muy extendida de las clases populares y gran parte de la nobleza portuguesa que se oponía rotundamente a que Portugal se uniera

territorial y políticamente con Castilla. A tiempo llegaron los refuerzos de Juan de Gante, quien al no poder embarcar gran cantidad de tropas, por la premura del tiempo, optó por enviar a toda prisa a una división completa de arqueros, los famosos peones de tradición normanda, conocidos vulgarmente en la tierra como «longos» palabra que venía de la corrupción de *longbows*, o «arcos largos», llamado así porque usaban unos muy largos, famosos en toda Europa, que había que tensarlos con los pies debido a su desmesura. Los «longos» eran conocidos por su bravura y el alcance fabuloso de sus armas que los hacía temibles y temidos y no sin razón. El poco tiempo de que se disponía hizo que la infantería no pudiese ser embarcada porque en ese momento no era posible aparejar suficientes barcos y avituallarlos adecuadamente, así que se recurrió a la fuerza de ataque más peligrosa y segura: los arqueros, que se habían hecho famosos desde 1066, en la batalla de Hastings, cuando los normandos y los sajones se disputaron el trono de Inglaterra. Los *longbows* la tomaron para el normando Guillermo, que se ganó ese día el apelativo de Guillermo el Conquistador. Sabedor de su efectividad, el duque de Láncaster escogió bien: poco y bueno, los arqueros ingleses le servirían de maravilla para un encuentro de poder a poder. Si pudieran romper de una vez por todas la fuerza de los castellanos, quizás se le facilitaría la guerra final para poner en el trono a su esposa y a él mismo en definitiva. Rotas las fuerzas de Castilla, en pocos días él seguiría con más tropas, su mujer, doña Constanza, sería la Reina efectiva de esas tierras, y su hija Catalina la heredera castellana.

En pocos días seiscientos *longbows* desembarcaron en tierras portuguesas y en unas horas hicieron su camino hasta las inmediaciones de Lisboa, enseguida se posicionaron para cortar el camino de un posible asedio a la ciudad.

Doña Leonor subió a su carroza y se acomodó entre almohadones. Los soldados dieron la voz de partida y se alejaron enseguida de la casa-fortaleza de don Álvaro Carrillo de Albornoz. Atrás quedaba la vida muelle, las tardes de lectura, las poesías, la riqueza y la gentileza de aquella familia. Leonor hubiese preferido vivir con ellos que no con su señora tía, doña María, que la hacía sentir miserable y huérfana de todo cariño, el respeto que se le brindaba era falso y duro como una piedra. Pero la costumbre decía que era con la pariente femenina más próxima con quien debía vivir una mujer sin padre ni marido, so pena de perder toda su fama de mujer honrada, y una vez perdida la buena fama, ya no se recuperaba jamás, como un vaso roto, que aunque se pegase ya nunca sería el mismo ni su valor igual.

—Adiós, querida niña —se había despedido afectuosamente doña

Teresa—, cuando todo esto pase y nuestros padres y maridos regresen, nos reuniremos de nuevo. Os ruego —añadió— que entreguéis a doña María unos presentes que van en vuestro equipaje bien rotulados. Son unas naderías que espero le agraden. Ella también fue muy amable acordándose de nosotros. He dado a Urraca una misiva para vuestra tía, ved que se la entregue, por favor.

Las dos mujeres se abrazaron y se prometieron escribirse al menos una vez cada año. Ahora la casa de doña Teresa se había perdido tras un recodo del camino y Leonor empezó a sentirse desamparada. Aún quedaba mucho camino por rodar pero los soldados ya sabían que corría prisa y que debían llegar cuanto antes a Córdoba, el motivo de tanta diligencia aún lo ignoraban, pero algo empezaban a sospechar pues según iba avanzando la comitiva, se respiraba alguna intranquilidad. Se comenzaba a murmurar que en Portugal el Maestre de Avís se había proclamado Rey y que esta corona correspondía a la Reina de Castilla, la pequeña Beatriz, era obvio que su marido el buen rey Juan, no se quedaría de brazos cruzados. Empezaron recelar que se convocase el temido fonsado.

Como suele suceder en estos caso, y había comentado don Álvaro, muchos jóvenes huían de sus casas para evitar las levas forzosas. Se escondían en cuevas en las montañas o en los fragorosos bosques donde el sayón no perdería tiempo en buscarlos. Sabedores de esto los soldados doblaban su atención pues no era raro toparse con cuadrillas de desesperados que asaltaban a los viajeros para asegurarse algo de dinero, ropa o subsistencia en sus escondrijos.

La noticia definitiva del fonsado aún no se había publicado y no se encontraron con salteadores o prófugos, o quizás si los había, huyeron al ver el contingente tan bien armado.

El camino de Leonor hacia su casa fue todo lo expeditivo que se pudo, los viajeros casi no se detenían más que a dormir y a veces comían mientras marchaban. El tiempo apremiaba. La joven dama dormía en una tienda bien acondicionada y con todas las comodidades posibles dadas las circunstancias. No pudo evitar tener que compartirla con Urraca y ello le hacía dormir mal. No sabía qué esperar de la criada, pero sospechaba que nada bueno. Pero a pesar de todo nada sucedió y al cabo de poco tiempo llegaron sin novedad a casa de los Carrillo de Albornoz.

—¡Ya estáis aquí! —dijo en tono de voz plano y sin alegría la anciana señora—. Hace tiempo que debíais haber venido, parece que no pensabais si os necesitaba o no. En fin, ya había recibido noticias de doña Teresa de vuestro regreso inminente, he rezado todos los días para que no encontraseis en vuestro camino ninguna dificultad. Justo

ayer se ha publicado el llamamiento al fonsado general y eso revuelve la tierra como el viento lo hace con el mar. Una tempestad de peligros acecha por todas partes. Habéis llegado justo a tiempo de no veros por los caminos en esa tesitura. Mis oraciones han sido escuchadas y os han librado de todos esos peligros.

Leonor no supo si su tía se alegraba o no de verla de nuevo pero ella la saludó con sus mejores palabras y le hizo entrega de los paquetes y regalos de doña Teresa. Eso la puso de buen humor.

—¡Qué hermosos regalos los de doña Teresa! —comentó al abrir los paquetes.

En uno había un repostero de terciopelo y seda con las armas de su difunto esposo. Aunque desplegado era de tamaño estimable, doblado, por la finura de los materiales, era fácil de transportar. Eran los llamados «reposteros de viaje», se llevaban cuando el noble iba de un sitio a otro y solo los más ricos y poderosos se molestaban en tenerlos pues en realidad todos tenían los suyos en sus casas, mansiones, palacios o castillos, y solo unos pocos los tenían para sus tiendas de campaña o para cuando vivaqueaban al aire libre. La posesión de joya tan costosa como inútil hablaba de la riqueza y el poder de sus dueños.

Doña María quedó halagada porque tal regalo suponía que el que lo enviaba había pensado en ella especialmente, lo había encargado dando previamente el dibujo y asesorando a los artesanos en cuanto a los colores. No era algo que se podía comprar en los mercados o a los comerciantes solo con dinero. Normalmente solo los poseedores de las armas se molestaban en dar tales detalles a los trabajadores manuales, que según fama, eran duros de mollera.

También le enviaba unas zapatillas forradas de seda por fuera y armiño por dentro para usar en los días de gran frío; con ellas iba una nota especificando a doña María que ella, doña Teresa, tenía unas iguales y que las apreciaba grandemente por su elegancia y comodidad, deseaba que le fueran igualmente útiles. Una cadena de oro con dijes completaba los regalos.

Al deshacer su equipaje se sorprendió Leonor porque para ella también había algunos presentes. Una bolsa de cabritilla encerraba un paquete también envuelto en piel. Al abrirlo vio que era un ejemplar de un precioso libro: *el Libro de Alexandre.* Se sentó para mirarlo mejor, dentro venía un billete:

Querida sobrina:

Me he hecho buscar para vos este libro que tanto os gustó. Espero que sea el primero de una colección larga que vos mismo habéis de iniciar a vuestra satisfacción. Seréis la primera dama que tiene una biblioteca de su

propiedad y de su gusto. En este libro se contienen los principios que tanto apreciáis: el honor, la valentía, la piedad, y se atacan la cobardía, el deshonor y la impiedad. Alejandro, aunque es el protagonista, en realidad es el espejo del caballero, como lo fueron los varones de vuestra estirpe.

Aquí, además, podéis repasar la estrofas del mester de clerecía y con ello recordar las lecciones de vuestro tío, Álvaro Carrillo de Albornoz.

Seguía una pequeña nota en letra muy apretada, como si fuera algo que el autor del escrito había olvidado y por ello ocupaba un pequeño espacio: «*No sé el autor, pero no es Gonzalo de Berceo, como viene diciéndose*». Leonor leyó la dedicatoria más de una vez y abrazó contra su corazón el libro. Significaba mucho, era verdaderamente suyo, no era prestado ni se lo habían dado para que se viera como una generosidad. No, era un presente de un amigo a otro, de un tío a una sobrina, un regalo de verdad. Era suyo. Nadie se lo podía llevar. Permaneció sentada largo tiempo abrazada a su libro sin atreverse a dejar su precioso ejemplar.

Al cabo de un rato abrió el otro presente que había hallado entre sus cosas: este venía de parte de doña Teresa y era más práctico, aunque no menos valioso: una pequeña mesa plegable que contenía además recado de escribir, una escribanía, seis plumas de distintos colores cortadas con primor, veinte hojas del carísimo *papel xativí* o sea de Xátiva, lugar en donde se confeccionaba el mejor y más caro papel, aquel que solo podían usar los ricos y los reyes y seis frasquitos conteniendo polvos de distintos colores. Solo había que añadir agua y tendría la tinta necesaria para escribir con tonalidades variadas. Había otros polvos para escribir que parecían de oro, aunque para estos pigmentos había que añadir, no agua, sino goma, laca roja diluida en vino fuerte, según indicaba el fabricante. Escribiría letras de oro para una ocasión especial. Se alegró mucho del regalo, con ello doña Teresa le decía que la promesa de escribirle una vez al año era de verdad y no una cortesía, con esto le animaba a que ella también le escribiese. Se propuso hacerlo. Había algunas fruslerías más: un reflectorio de plata pulida, una capa de seda carmesí bordeada de pieles de zorro y un cepillo para el pelo. Todo le agradó mucho, era suyo y eso le pareció maravilloso. Al fin tenía algo de su propiedad, desde los siete años, exceptuando las ropas que le había dado de corazón doña María Coronel, no había tenido nada suyo. Esa noche durmió con *el Libro de Alexandre* debajo de la almohada.

Habiendo convocado el fonsado general, el Rey de Castilla se dirigió a uña de caballo hacia la frontera con Portugal. En representación de Beatriz en el vecino reino había gobernado la Reina Madre, doña Leonor, y habría de hacerlo hasta que don Juan de

Castilla y doña Beatriz tuviesen un hijo varón, el cual llegado su tiempo, habría de ser el Rey legítimo; pero ahora que se había elegido otro Rey, la Reina Madre, doña Leonor, había desaparecido y en realidad nadie sabía dónde estaba, seguramente había huido para esconderse de los simpatizantes del Maestre de Avís.

Doña Beatriz, por precaución, había quedado atrás en Sevilla, no era cosa de llevar a una Reina de trece años al frente de batalla donde se mataba y se moría. El Rey, aunque lleno de voluntad, estaba enfermo. Llevaba consigo a sus hijos varones para que se fuesen fogueando en el oficio de rey y hermano de rey respectivamente, pero como eran muy jóvenes iban en retaguardia bien cuidados por sus tutores y mentores. Don Juan, desde que inició su camino hacia la frontera se había sentido mal y cada día estaba peor, le atormentaba una fiebre intermitente que cuando le atacaba le dejaba casi sin sentido y le hacía sudar temblando de frío y de calor; luego, al retirarse la fiebre se sentía tan molido como si hubiese cabalgado mil millas a lomos de un dragón. Pronto hubo de prescindir del corcel pues había peligro cierto de que se cayese de él. Le venían estremecimientos que no podía controlar a pesar de su fuerza de voluntad y de su deseo de dar ejemplo a sus soldados, pero contra su fuerte carácter sucumbía a un cansancio tan terrible que se dormía sentado.

Por fin sus hombres, temerosos de que cayese y se matase por el camino, le pusieron en unas parihuelas para poder transportarlo pero él no pareció darse cuenta.

—No me dejéis atrás —suplicaba cuando recobraba la lucidez— no me dejéis. Llevadme en angarillas, o llevadme muerto, pero no me dejéis, he de ir a la batalla con los demás.

—No temáis, señor, no os dejaremos, os llevaremos en parihuelas o en brazos pero no os dejaremos —así se lo aseguraban una y mil veces los capitanes y los adalides y su mayordomo mayor que era también el capitán general, don Pedro González de Mendoza, pero él parecía olvidarlo y lo repetía incesantemente.

—No me dejéis atrás.

Por fin, seguros de que no les oía, dejaron de contestarle, pero no le abandonaron aunque su estado parecía crítico. El mando lo tomó Pedro González de Mendoza, señor de Hita y de Buitrago, ya que el Rey no hablaba ni entendía.

—Yo os llevaré hasta Lisboa —dijo el noble—, su alteza me había dicho que es allí adonde pensaba ir, así que hasta allí iremos, mientras tanto pluga al cielo que mejore su estado y pueda decirnos qué quiere hacer allí.

Las tropas castellanas se juntaron en la frontera con los hombres de todas las tierras que venían respondiendo al llamamiento de la *militia regis*, al fonsado general y con tropas que había enviado el aliado francés. Todos aglutinados conformaban una enorme multitud y solo su número ponía confianza en los corazones. Era imposible que ninguna milicia pudiera enfrentárseles sin ser vencida.

A veces don Juan parecía mejorar y daba instrucciones a don Pedro González de Mendoza en cuanto a lo que se debía hacer, otras veces caía en un sopor invencible y murmuraba palabras sin sentido mientras se revolvía inquieto en su litera. Era agosto y hacía un calor aplastante.

Avanzaban continuamente, día y noche como un enjambre de hormigas sobre la tierra. El bochorno apretaba de modo que la mayor tortura no era el hambre, sino la sed pues no se detenían para beber más que lo indispensable. Si hallaban un río o corriente, los hombres llenaban sus barrilillos y odres, y los que se ocupaban de la intendencia, de la comida y la bebida del ejército, hacían esfuerzos por llenar sus cubas y barriles casi sin detener la marcha.

Las instrucciones del monarca eran llegar cuanto antes a presentar batalla, cada día perdido suponía nuevas plazas ganadas por el enemigo y perdidas para ellos.

Naturalmente, el nuevo Rey de Portugal, Juan, Maestre de Avís, se enteró enseguida de que los castellanos habían violado la frontera y se dirigían a marchas forzadas hacia Lisboa. Cuando llegaron las noticias de la invasión, Juan I de Portugal se encontraba en Tomar, en compañía de Nuno Álvares Pereira, condestable del reino y de su ejército. Conferenciaron el rey y su condestable sobre cuál sería la mejor manera de enfrentarse al ejército castellano, al fin estuvieron de acuerdo en que había que detener a los castellanos antes de que pudiesen llegar a Lisboa. Quizás, si ganaban la batalla, podrían salvar a Lisboa del incendio y del pillaje. Y si eran vencidos, lo tendrían todo perdido, corona y reino, y tal vez la vida, y ya entonces daría igual que saqueasen una ciudad u otra.

Quiso Dios que el Rey de Castilla mejorase según se acercaban a Lisboa y ello fue tomado como buena señal por sus hombres. Su ejército tenía la moral alta, eran más de treinta mil hombres y su aprovisionamiento no estaba demasiado lejos, no se verían cercados por largo tiempo pues la frontera estaba a dos o tres días a lo sumo. Solo el terrible calor les hacía dudar de la oportunidad de presentar batalla en pleno verano.

Los portugueses, salieron al encuentro de los castellanos pues habían acordado no dejarles pasar de Leiria para que no llegasen a

Lisboa. Los treinta mil de Castilla avanzaban necesariamente despacio por la enormidad del ejército y la impedimenta, amén de la caballería y la intendencia. También los hombres llanos hacían más difícil el avance pues cada uno caminaba a su aire bajo sus propios capitanes, sin experiencia y sin mayor orden. Hasta que no les dijesen dónde colocarse caminaban sin ninguna organización. Alguno llevaba un asno o una mula y cada cual el arma que había podido conseguir. Otra cosa era la *militia regis* compuesta en su mayoría de veteranos y de soldados con experiencia, pero ellos no se daban abasto para organizar el tremendo éxito del fonsado general.

Nuno Álvares Pereira llegó antes y tuvo tiempo para escoger un terreno favorable antes de avistar al enemigo: una pequeña colina aplanada rodeada por dos riachuelos, no lejos de Alcaçoba, cerca del lugar llamado Aljubarrota.

Era el 14 de agosto de 1385. El ejército portugués hizo desmontar a la caballería y esta, reforzada por la infantería, se formó en orden de combate en el centro en la colina escogida. En los flancos se situaron a los terribles arqueros ingleses de Juan de Gante, todos de cara al lugar por donde habían de venir los castellanos. Para entorpecer los movimientos de los caballos pesadamente protegidos, los hombres de Juan de Gante hicieron cavar apresuradamente fosos y zanjas en diversos sitios y muchos se cubrieron de ramaje para así constituir verdaderas trampas mortales. Con esto seguían el método que probara tan efectivo en Hastings, años atrás y en Crecy no hacía tanto tiempo. Fuera de la vista y protegidos por la colina, se situaron refuerzos, una bien situada retaguardia mandada por Juan I de Portugal en persona.

A mediodía, bajo un sol inmisericorde, llegaron los castellanos al campo de batalla.

—Imposible atacar en estas condiciones —dijo el Rey castellano al ver las posiciones del enemigo —su situación es inmejorable, debemos rodear la colina y cogerlos por los lados. Los podemos barrer si subimos por todas partes al mismo tiempo. Entonces no tendrán por dónde huir y su posición ahora favorable será una trampa.

Pero el buen Rey no pensó en que las tropas llevaban varios días de marchas forzadas, que venían agotadas y que ese mismo día ya llevaban más de seis horas de marcha. El sol caía como plomo derretido y ni siquiera habían bebido lo suficiente. Lentamente, debido a los treinta mil soldados que constituían sus efectivos, el ejército castellano comenzó a rodear la colina por el camino del lado del sol naciente.

En respuesta Nuno Álvares movió sus efectivos haciendo que se repartieran por toda la colina, de modo que todos los frentes

estuvieran cubiertos. Los «longos» movieron también sus hombres dividiéndolos en pequeños destacamentos separados unos de otros para conservar la movilidad de correr hacia donde fuesen más necesarios.

Los castellanos, aunque sabían que los *longbows* eran arqueros peligrosos, ignoraban que los arcos de estos hombres pesaban entre ochenta y ciento cincuenta libras y que disparaban unas flechas que atravesaban caballo y caballero de una sola vez. Podían disparar diez flechas por minuto a novecientos pies de distancia[1].

Hacia el final de la tarde los castellanos habían completado sus movimientos tácticos, pero estaban al límite de sus fuerzas. Los fosos y trincheras cavados por los ingleses habían obligado a los caballos y a sus caballeros a dar largos rodeos desorganizando al tiempo la alineación de la caballería, muchos habían caído dentro sin posibilidad de salir de las trincheras. Ahora solo cabía confiar en la superioridad numérica de los castellanos. El sol, que por la mañana les era favorable, ahora les cegaba hacia la puesta del sol. Pero no había tiempo para volver atrás y la batalla comenzó.

El Rey de Castilla, acompañado por su mayordomo mayor y capitán general, don Pedro González de Mendoza, dio la orden de comenzar. Antes se arrodilló en el suelo y rezó fervorosamente al Señor de las Batallas.

—Señor —se le oyó decir— señor Jesús, ruego por la victoria y la justicia y también por las almas de los soldados de Castilla y en último término por mi alma inmortal. En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu —se persignó y poniéndose en pie, subió su brazo y lo bajó con un gallardete rojo. Era la señal.

Con un alarido comenzó la batalla. Todos corrían al ataque, la caballería castellana que había escogido un declive suave para su asalto, avanzó como un río desbordado retumbando los cascos de los pesados animales contra la tierra dura y seca del verano. Por su parte, los portugueses parecieron no reaccionar enseguida, como si esperasen algo, una señal divina quizás, y de momento aguantaron de pie firmes con sus picas hiniestas, a que los caballeros castellanos coronasen la subida.

Era una espera falsa, tan pronto como estuvieron al alcance de sus portentosos arcos, los *longbows* hicieron caer sobre ellos una lluvia de flechas de astil largo y fuerte, capaz de perforar una armadura. Caballos y caballeros cayeron rodando por la colina sobre los que venían detrás, de este modo ellos mismos pusieron las filas en desorden y en su caída sembraron la confusión. Cuando intentaban reagruparse, una segunda andanada se lo impidió. Una verdadera

lluvia de viras de las llamadas *broadheads* (que podemos traducir groseramente como *cabezonas*) les diezmó llevando el pánico a hombres y caballos. Aunque los castellanos habían oído hablar de estos arcos, nunca supusieron su mortal eficacia. Por otro lado las excavaciones de trincheras y fosos demostraron su utilidad. Muchos caballos cayeron dentro en su huida y también muchos soldados.

Como pudieron los supervivientes se retiraron en desorden para pensar en otro modo de atacar al enemigo. Las tropas francesas, en este caso aliadas de los castellanos, estaban acostumbradas a avanzar a toda velocidad disparando sus arcos, pero estos solo eran útiles a una distancia apropiada. Si los *longbows* no les permitían acercarse lo suficiente, no podrían dispararles. A pesar de todo se ordenó que estas fuerzas abrieran brecha y el resto, ahora a pie, les seguirían. Era imposible que los portentosos arqueros los mataran a todos. Los castellanos eran treinta mil.

Don Juan de Castilla hacía recuento de sus bajas.

—Señor —le dijo su mayordomo mayor— las bajas son cuantiosas, y lo que es peor, han muerto grandes caballeros que iban en vanguardia animando a sus huestes y ahora sus hombres han quedado sin capitán. Miles de guerreros no valen nada si no hay cabezas pensantes. Son un estorbo más bien —se paró para pensar en cómo dar las malas nuevas—. El efecto de nuestro primer ataque ha sido totalmente nulo. Además, al habernos replegado hemos dejado atrás a muchos hombres, sanos o heridos, que han sido tomados como prisioneros, y suerte tendremos si no han sido ya degollados.

El Rey se afligió ante las noticias. Ahora, desde su puesto de mando, veía a sus hombres trepar trabajosamente la colina mientras una lluvia de flechas caía sobre ellos mientras aún estaban lejos de tomarla. Para empeorar las cosas, hubieron de desorganizar sus filas para caber entre los dos ríos que rodeaban la colina, así, muchos hombres habían perdido contacto con sus mandos y en caso de apuro no les llegarían las órdenes apropiadas.

No obstante, el número de los que trepaban la colina era extraordinario y, tal y como había calculado don Juan de Castilla, los arqueros ingleses no podían detenerlos a todos; aun causando estragos contra la infantería, estos eran mínimos.

Viendo que la batalla entraba en un momento crucial, Juan de Avís cambió de táctica, hizo ejecutar apresuradamente a todos los prisioneros, castellanos o franceses para evitar problemas más adelante y ordenó la retirada de los arqueros al tiempo que daba la señal para el avance de la retaguardia que estaba apartada en el llano esperando órdenes, con ello cogía a los castellanos entre dos frentes.

Por un momento la balanza de la batalla se inclinó a uno y otro lado sin decidirse. Fue en ese instante en que los portugueses tuvieron que llamar a todos los hombres. Cogidos entre dos ejércitos, los castellanos lucharon desesperadamente.

Los hombres, confundidos unos con otros luchaban, ya no por el honor o la victoria, sino por la vida. Matar o morir. Ríos de sangre bajaban por las suaves colinas tiñendo de rojo carmesí los dos ríos antes tan tranquilos y apacibles. Relinchaban aterrados los caballos sin sus jinetes y corrían despavoridos entre los combatientes. Algunos caídos gemían en el suelo agarrándose sus heridas; otros yacían mirando hacia arriba con los ojos abiertos indagando las eternas preguntas ya para siempre, al infinito azul.

Caía el sol y con ello llegaban las sombras trepando desde las cisuras, los castellanos atrapados entre dos ejércitos se habían defendido casi hasta el último guerrero, una masacre sin nombre era el resultado de tanto valor.

Desolado, don Juan, ordenó la retirada, al menos se salvarían algunos hombres. Al oír la señal sonora de las trompas, los supervivientes se desbandaron por el campo. Miles de ellos fueron interrumpidos en su huida y rematados por los aldeanos portugueses de los alrededores. Don Juan decidió retirarse de su puesto de observación y mando, en su ensimismamiento no vio a un grupo de portugueses que atraídos por el pendón real hincado en tierra, y al percatarse de que no había soldados que les defendieran, se dirigían a todo correr hacia su campamento. Matar o tomar preso al Rey rival era el máximo honor. Pero aunque don Juan no se dio cuenta, sí lo hizo don Pedro, el señor de Hita y Buitrago y mayordomo mayor. Sin tiempo para explicaciones arrancó al Rey su manto carmesí y él mismo se bajó de su caballo.

—Por Castilla, alteza, huid presto.

Los que venían no vieron cómo el manto cambiaba de manos. Don Juan se dio cuenta de que estaban solos, no quedaba nadie para acompañarlos o defenderlos. Ni siquiera había caballo para los dos. No sabemos que pensó en ese instante. Subió al corcel y se alejó a toda velocidad del campamento agachándose sobre el cuello del animal.

El peso de los muertos desvió el curso de dos ríos el día de Aljubarrota. Don Pedro González de Mendoza, señor de Hita y de Buitrago se ganó el sobrenombre de el Mártir.

---

1 Novecientos pies equivalen aproximadamente a trescientos metros.

Capítulo XVII

LIONEL DE STANDHOPE, CORREO REAL. LO QUE LE SUCEDIÓ A DON RUY GUTIÉRREZ DE HINESTROSA.

... sabed que (...) ovimos batalla con aquel traydor que solía ser Maestre de Avís, e con todos los del regno de Portugal... e con todos los extranjeros, así ingleses...

De la carta escrita al reino por don Juan I de Castilla, tras la catástrofe de Aljubarrota.

Naturalmente Lisboa se libró del saqueo y la alegría entre los partidarios del Maestre de Avís fue enorme. Los que estaban de parte de Juan de Castilla y de su esposa la reina Beatriz, desaparecieron como por ensalmo y Portugal entero se llenó de celebraciones. Los caballeros ingleses retornaron a su país colmados de honores y de dinero. Una vez más los *longbows* habían hecho honor a su fama de invencibles.

Un gentilhombre rubio y espigado iba junto con las tropas inglesas que regresaban a casa, aunque él mismo no era soldado. El barco llevó a las milicias hasta Devon pero nuestro caballero continuó viaje hacia Londres. El capitán del barco tenía órdenes expresas de llevarlo a donde dijese una vez que desembarcasen los arqueros. Era el correo real y sus órdenes eran órdenes del Rey. Una vez que hubo descendido de su nave, el correo real tenía una misión que cumplir y se dirigió a toda prisa a Londres.

Había terminado de cenar y, como todos los días, ansioso y preocupado, Juan de Gante aguardaba noticias de lo sucedido.

—Sire —le anunció un criado, inclinándose casi hasta el suelo— ha llegado un correo real y pide veros.

—Y viene de...

—De Portugal, alteza —don Juan se levantó de un salto, eran las noticias que estaba esperando.

—Hacedlo entrar, enseguida —se paseó de un lado para otro incapaz de dominar su impaciencia. Su esposa, la infanta Constanza que bordaba junto al fuego, se levantó también; a ella le incumbía más, si cabe, la noticia que traía el correo real.

—¡Buenas noticias, sire! —exclamó el correo casi sin aliento, nada más oír estas palabras la infanta cayó de rodillas ante su marido.

—¡Buenas noticias! ¡Hemos ganado, nuestras tropas y las de Portugal han ganado la batalla! Ahora, señor, debemos ir a por la herencia de nuestra hija. ¡Decidme que lo haréis!

—Veremos, señora, levantaos —con las dos manos le ayudó a

ponerse de pie— y dejad que Lionel Standhope nos relate lo sucedido —se dirigió al correo real—. Parecéis muy cansado, tomad asiento mientras nos relatáis lo sucesos de Portugal, hacedlo en orden y con detalle.

Agradeció Lionel Standhope la autorización del duque de Láncaster para que hiciese el relato sentado, en verdad estaba muy fatigado, desde que desembarcó había venido raudo como el viento para dar noticias cuanto antes a su señor. Relató a los duques todo lo que había visto y oído de labios de los combatientes ingleses. Del terrible y glorioso día de Aljubarrota, de la derrota de Castilla, la victoria de Portugal y de los ríos de sangre que se vertieron. No se ahorró un detalle y los de Láncaster le escucharon interesados sin osar interrumpirle. Era pasada la medianoche cuando el relato finalizó, o quizás es que Lionel Standhope, agotado, ya no tuvo fuerzas para continuar.

—Nos habéis dado cumplida cuenta, mañana diremos a vuestro padre, sir Cedric Standhope cuánto nos ha complacido el servicio que nos habéis hecho. Idos por ahora a descansar, buen amigo —el joven se levantó, estaba tan extenuado que apenas se tenía en pie.

Cuando el hijo de sir Cedric abandonó la estancia, los de Láncaster permanecieron aún largo rato hablando sobre lo sucedido. Lo acaecido en Aljubarrota era sin duda una buena noticia. Castilla doblegada, quizás desvertebrada, rota, muchos hombres de la más alta nobleza muertos o prisioneros, entre estos últimos el canciller López de Ayala; el capitán general, Pedro González de Mendoza, muerto en la batalla. Muerto también el ilustre señor de Aguilar de Campoo, Juan Téllez de Castilla, el cual era de prosapia real como hijo que había sido del infante Tello, hermano de Pedro el Cruel y Enrique II y por ende primo hermano de don Juan I de Castilla. Muerto don Pedro, hijo del marqués de Villena, señor de Castañeda, allí habían quedado también Diego Gómez Manrique de Lara, señor de Amusco y Treviño. Muerto el prior de San Juan, el adelantado mayor, y el almirante y los mariscales de Castilla. Muerto de un lanzazo Alfonso Tello, conde de Mayorga y tío de la reina Beatriz, y así una lista interminable de los mejores hombres del reino y lo más granado de la nobleza. Sin duda, la sangría había sido lo suficiente como para que Castilla no pudiera defenderse de una invasión en toda regla por parte de los ingleses. Con esta consideración ambos cónyuges se fueron a dormir soñando en su nuevo reino, no sin antes visitar la habitación de la hija mayor, doña Catalina, que dormía pacíficamente. La miraron largo rato. Ella sería Reina de Castilla.

Extrañamente, en esos momentos doña Constanza se acordó de su

ahijada doña Leonor. Quién sabe si había sobrevivido. Hacía mucho, mucho tiempo que no sabía nada de ella y de su familia, si aún quedaba alguno vivo. ¿Ysi su ahijada aún vivía? La duquesa de Láncaster se acostó y soñó que estaba de nuevo en el bautizo de Leonor, pero la mayor era Leonor. Ella, Constanza, era la niña. Los papeles estaban invertidos.

El viejo clérigo le preguntaba a Leonor, que la sostenía en brazos.

—*Constanza, abrenuntias Satanae?* Constanza, ¿renuncias a Satanás? —y Leonor contestaba muchas veces.

—*Abrenuntio, abrenuntio, abrenuntio...* y su voz era suave y cálida y sonó muchas, muchas veces hasta que se alejó en su sueño como una niebla remota y tranquila.

De los muchos hombres que cayeron en Aljubarrota, se podrían escribir miles de historias, pero estas solo las sabe Dios y a Él dejaremos que las escriba en su libro de justicia y misericordia a partes iguales. Nosotros, los hombres de este valle de lágrimas, solo podemos dar testimonio de lo que sabemos, de lo que vimos y de lo que oímos, nada más. Las historias de las almas nos están vedadas.

A los monasterios llegaron noticias de todo lo sucedido en aquella batalla, y más tarde los testimonios de los supervivientes que llegaron a enclaustrarse después de haber vivido las terribles jornadas de Aljubarrota. Tras ver tal cantidad de muertos, tanta desgracia, tanta sangre, muchos hombres devotos decidieron profesar como religiosos.

Un hombre herido cayó sobre otro aquella tarde y ambos fueron dados por muertos. Los saqueadores y ladrones de cadáveres vinieron junto con los buitres. Había festín para todos, pero a estos dos hombres nadie se molestó en darles la vuelta pues parecían míseros y soldados vestidos con ropa rota y ensangrentada. Mejor vestidos había muchos, demasiados. Los ladrones se concentraban en los que vestían ropas lujosas y buscaban armaduras de valía. Buscaban con afán las armas magníficas de los ricohombres, las cotas de malla o de metal pavonado y los escudos tenían valor si eran de calidad. En todo caso el metal de cualquier clase, siempre tenía salida en los mercados o en las fundiciones. Los saqueadores, ante tanta abundancia de botín, no tenían tiempo que perder con soldados voluntarios ni con los caballeros pardos, que aparte de alguna espada oxidada, no portaban nada digno de robarse. Además había muchos caballeros nobles ricamente vestidos que yacían muertos sobre el campo de batalla y caballos extraordinarios vagando sin rumbo y sin dueño. Los ladrones se concentraron en lo mejor y pasaron por alto lo mediano y lo pobre.

Por fin los bandoleros y expoliadores se fueron. Algunos de los

heridos no estaban muertos del todo. Muchos fallecieron todavía de sed y de calor, pero algunos, quizás no tan malheridos como parecía, sobrevivieron. Algunos se levantaron y echaron a andar sin más, otros se sentaban con la cabeza entre las manos, como preguntándose dónde estaban, aunque el olor a muerte se lo decía bien a las claras. Los había que traían agua para otros que yacían con fiebre sin poder moverse, pero el agua era fétida pues un sinnúmero de cadáveres taponaban la corriente de ambos ríos.

Un hombre se levantó al día siguiente por la tarde. Se ponía el sol y el calor no era tan intenso como había sido durante el día. Había caído debajo de un alcornoque y eso seguramente le salvó de morir bajo los rayos del terrible sol del verano. No estaba solo, muchos otros yacían en posturas inverosímiles o mirando al cielo con los ojos llenos de hormigas.

Nuestro hombre estiró sus miembros con cuidado, como si cada músculo le doliera, pero le pareció que brazos y piernas le respondían. Se tocó la cara por ver si aún tenía nariz, ojos y boca. Todo estaba en su sitio, aunque recorrido por costras de sangre seca. Se miró las manos. Tenía todos sus dedos. Se maravilló de estar vivo y cuando el sol se ocultaba aún tuvo presencia de ánimo para arrodillarse y dar gracias al Señor de las Batallas.

Despaciosamente, como de entre telarañas, surgieron los recuerdos y fueron reconstruyendo el rompecabezas de la memoria. Una batalla, muchos gritos, sol, polvo, sangre, terror. Todo iba lentamente cayendo en su sitio. De pronto se acordó de su capitán, habían luchado espalda con espalda. ¿Dónde estaría Juan de Sotto Maior? Era un noble caballero, capitán de las milicias. Desde el día que Ruy Gutiérrez de Hinestrosa se había confiado a él, se había anudado una especie de amistad de armas entre ambos hombres. Nunca más volvieron a hablar del asunto pero un secreto les unía. Juan de Sotto Maior había prometido a Ruy Gutiérrez de Hinestrosa hacer llegar a su lejana esposa noticias de la muerte de Ruy, si esta llegaba a producirse.

Habían luchado juntos, como un solo hombre, hombro con hombro, defendiéndose mutuamente. Afortunadamente no había atraído la atención de los mortales *longbows* y como ambos eran caballeros muy experimentado en lides de armas, no habían desfallecido ante los envites de la infantería portuguesa. Al menos don Ruy estaba vivo. Había caído en algún momento, no recordaba cuándo, quizás le venció la fatiga y simplemente se desmayó tras largas horas de lucha y de calor, atenazado por la sed. ¿Qué había sucedido entonces a su camarada don Juan de Sotto Maior? Con gran sentimiento empezó a buscarlo entre los muertos. No podía estar lejos. Ambos estaban

juntos, luego si cayó debería estar cerca. Después de buscar durante un rato, se volvió al sitio en donde él mismo se había despertado por ver si desde allí divisaba algo distinto. Caía la noche con ritmo acelerado, si quería buscar a su camarada, había de hacerlo enseguida o luego sería imposible hallarlo bajo la pálida luz de una luna grisácea. Pisó varios cuerpos que yacían unos sobre otros. Volvió al sitio en donde se había hallado él mismo y entonces vio que justo debajo de donde se despertó, se hallaba el cuerpo de Juan de Sotto.

Don Ruy se arrodilló en el suelo y le puso la mano en el pecho. Estaba aún caliente. Buscó el pulso en el cuello y vio que aún latía, débilmente, pero latía. Rápidamente buscó heridas en el cuerpo de su camarada. Halló algunas, pero ninguna mortal de necesidad.

—Ha perdido mucha sangre —dijo en voz baja—, quizás por eso ha caído.

Se apresuró a buscar ropa de abrigo.

Durante un día y una noche había sido su propio cuerpo el que había abrigado al herido, ahora, liberado de ese peso, se enfriaría y podía morir ya que su vitalidad estaba muy mermada.

No tuvo dificultad en hallar algo con lo que abrigar a don Juan. Desnudó a unos cuantos muertos y aunque la ropa empezaba a despedir el olor terrible de la muerte, no le importó. Con trapos variados, camisolas, capas y lo que había hallado, hizo una yacija sobre hojas y ramas que arrancó con sus propias manos. Acomodó al herido lo mejor que pudo después de aflojarle los correajes de espada y cinto. Le quitó las botas y le frotó los pies. Estaban fríos como el hielo. Esto le asustó, todo soldado sabe que cuando a un herido se le enfrían los pies y las manos, la muerte ronda cerca.

—No moriréis, don Juan, si yo puedo evitarlo, lo juro.

Lo arropó de nuevo y se alejó en busca de agua. Un herido necesita agua, si no bebe coge una fiebre que en poco tiempo le lleva a la tumba. Como los demás supervivientes encontró el agua fétida y teñida de sangre vieja. Como soldado con experiencia don Ruy llevaba siempre atada a la cintura una pequeña vasija, que lo mismo servía para recibir sopa que para beber agua. Se fijó en el lugar a fin de hallarlo cuando volviese, y se alejó en dirección al río, pero viendo cómo estaba, decidió remontarlo corriente arriba; sin duda, cuando se hubiese alejado río arriba, lejos del lugar en donde yacían los muertos amontonados en medio del cauce, el agua sería pura.

A modo de bastón usó el astil de una lanza rota que encontró sin gran dificultad, apoyándose en ella anduvo varios cientos de metros y, efectivamente, río arriba el agua fluía limpia. Entonces recordó que él también tenía mucha sed; se tiró como un animal sobre el cauce y

bebió con largos y ansiosos sorbos. Al cabo de un rato, calmada su sed, se detuvo a respirar. Luego, cuidadosamente llenó la vasija que llevaba consigo y tratando de no derramarla, empezó a caminar río abajo en busca de su amigo.

No sin alguna dificultad lo halló en donde lo había dejado. No parecía haberse movido. Buscó un lugar plano para dejar su preciosa carga. No era mucha el agua de que disponía y el camino hasta ella era largo, por lo que había que aprovecharla bien, por nada del mundo debía derramarla, así que al no hallar un lugar adecuado excavó un hoyo poco profundo y allí depositó su tazón. Satisfecho de su idea se acercó de nuevo a don Juan y revisó de nuevo sus heridas. Era casi de noche y poco más pudo hacer excepto buscar ropa limpia, por si la hallaba, entre lo que llevaban los muertos. Alguno tenía consigo un pequeño lío que presumiblemente contendría ropa. Se puso a mirar entre los atadijos y halló algunos comestibles secos: cecina, tocino, pasas y galletas. No era lo que buscaba pero lo guardó, les vendría bien, tampoco tenían comida. Por fin, cuando ya desesperaba, halló lo que buscaba: una muda limpia y seca; por ahora bastaría. Se la quitó al muerto que la llevaba en un atado fuertemente apretado.

—¡Perdonad, hermano, a vos ya no os hace falta, os rezaré un padrenuestro para la salvación de vuestra alma, como pago de vuestro atado! Ojalá supiese quién sois para hacer saber a los vuestros que habéis muerto, amigo...

Se alejó rezando el prometido padrenuestro, no deseaba deudas con los muertos. Al darse cuenta del panorama que le rodeaba, se estremeció. Mañana, sin falta, tan pronto como amaneciese, se alejaría de aquel lugar maldito. Oyó aullar a un lobo a lo lejos y se consoló pensando que si venían los lobos había pitanza para todas las fieras del mundo, ya sería mala suerte que lo eligiesen a él y a su amigo como cena.

Con mucho esfuerzo cambió de ropa a su capitán, la tuvo que despegar en algunos sitios pues la sangre la tenía pegada como una costra dura al cuerpo del desdichado. Tenía muchas heridas, pero le parecieron todas más o menos superficiales. No tenía suficiente tela como para vendarle así que tuvo cuidado cuando le cambiaba de ropa para que no se le abriesen de nuevo las heridas porque volverían a sangrar y ya había perdido suficiente sangre.

Cuando terminó su caritativa labor respiró satisfecho. Un poco más aseado, en un camastro más o menos improvisado, tapado con lo que pudo hallar, le pareció que don Juan estaba mejor. Se sentó en el suelo a su lado y le tomó la cabeza poniéndosela en su regazo. Asió con fuerza su tazón de agua y le habló claramente en voz alta.

—Don Juan, estamos bien, hemos salvado la vida. Estáis herido, pero no es de importancia. Tenéis que hacer un esfuerzo y beber. Aquí tengo agua fresca. Soy Ruy, Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, vuestro camarada —le acercó la vasija a los labios—. Bebed, por favor, os hace falta.

Pero el herido no respondió a sus palabras ni hizo ningún ademán de que quisiese beber. Don Ruy sabía qué hacer, cualquier soldado lo sabía. Con un suspiro volvió a poner su jicarilla en el suelo lejos del alcance del herido, no fuera a moverse y la derramara. Se arrancó una manga del jubón, la más limpia de las dos, y mojó una parte de ella en el agua, luego la estrujó sobre los labios del herido de modo que las gotas cayesen sobre ellos. Don Juan no abrió la boca y las gotas refrescantes resbalaron de sus labios por las comisuras hasta el suelo. Esto no era lo que esperaba el bueno de don Ruy. Con esfuerzo le abrió boca y le puso una pequeña rama para que no la cerrara otra vez. Ahora sí consiguió que algunas gotas resbalaran dentro de la boca del herido; este, al principio, pareció no notar nada y don Ruy temió ahogarlo, pero pronto don Juan, al notar el agua, tosió escupiendo la rama y dijo por fin algo:

—¡Agua, agua!

Nada más, no dijo otra cosa, pero ello le dijo al amigo que el capitán no estaba muerto y que su estado no era tan malo como a primera vista parecía. Si bebía y no aparecía la fiebre, seguramente saldría de esta como había salido de otras situaciones no menos apuradas. Por fin don Ruy consiguió que su amigo bebiese a largos tragos, aunque no abrió los ojos. Luego el de Sotto Maior, volvió a caer en su modorra.

Don Ruy pensó velar por si llegaban los lobos, cogió una rama gruesa y una lanza con su punta intacta. Con ello se sentía capaz de defenderse, pero a poco se quedó él también dormido. Mañana si todo iba bien se llevaría lejos a su amigo. Don Ruy hablaba un dialecto del portugués aprendido en su niñez en tierras galaicas, podría hacerse pasar por portugués del norte para que no supiesen que él y don Juan eran castellanos. Dios vería qué hacer con ellos.

Don Juan de Castilla había salvado la vida gracias al gesto heroico de su capitán general, Pedro González de Mendoza. Con el caballo que este le proporcionó hizo una galopada que le llevó lejos del campo de batalla. Otro grupo de soldados salvaron la vida gracias al Maestre de Alcántara, don Gonzalo Núñez de Guzmán, que se mantuvo aún un tiempo firme con los de a caballo mientras se reunían los pocos supervivientes que bajo su mando iniciaron una retirada salvándose de la posterior matanza. Pasaron a marchas forzadas el Tajo y se

internaron en Castilla. Por esta atrevida y peligrosa maniobra estos hombres pudieron contar la batalla a sus deudos. No se quedaron muertos sobre el campo como miles de otros compañeros suyos.

De vuelta a la corte, el rey don Juan lamentó la derrota de Aljubarrota de tal modo que hizo que todo el reino guardase luto durante un año y prohibió en la corte toda suerte de celebraciones. Con grandísimo pesar hizo escribir una carta dirigida a sus súbditos:

... sabed que el lunes, catorce días de este mes de agosto, ovimos batalla con aquel traydor que solía ser maestre de Avís, e con todos los del regno de Portugal, que de su parte tenía, e con todos los otros extranjeros, así ingleses como gascones, que con él estaban...

Y todo el reino se estremeció pues el Rey en su carta les hacía cumplida descripción del terrible día.

A casa de doña María Carrillo de Albornoz llegó un mensajero real. Las noticias que traía eran funestas: la desaparición de don Pedro López de Ayala, la muerte de don Pedro González de Mendoza, ambos parientes de doña María, y de otros muchos que ella conocía desde hacía mucho tiempo.

Pero las malas nuevas no vinieron solas, a poco llegaron noticias de que se había publicado en Inglaterra una bula del despechado Urbano VI en favor de Juan de Gante, duque de Láncaster, al que intitulaba Rey de Castilla mientras a Juan I de Castilla le llamaba *hijo de Enrique, intruso y falso ocupador del trono...*

En Inglaterra, a la sombra del revés de Aljubarrota, el Parlamento de Londres votó a favor de otorgar a Juan de Gante un servicio de mil quinientas lanzas y otros tantos ballesteros para que vinieran a Castilla a tomar el reino de su esposa. Con estos hombres y los suyos propios, el duque se embarcó en Brístol con la duquesa y su hija. Precavido, ya traía en sus pendones las armas de Castilla y de León y un sello para validar sus documentos. Lo habían mandado hacer al mejor grabador de Londres, y en él figuraba un trono gótico, igual al que habían usado los Reyes en Castilla con las mismas armas y sentado en él, el duque, con un globo en una mano y un cetro en la otra, todo ello rodeado de la leyenda *JOHANNES DEI GRATIA, REX CASTELLAE ET LEGIONIS, DUX LANCASTRIE.* Había pensado en todo.

También venían con los duques, en su mismo barco, un gran número de damas de compañía, tal era el entusiasmo que les embriagaba, que creían que tomar Castilla sería solo un paseo. Con tanta emoción no sabemos si doña Constanza había olvidado a su ahijada, doña Leonor.

Capítulo XVIII

LOS DUQUES DE LÁNCASTER VIAJAN A CASTILLA. LA CÁNCANA.

Si como la sombra, nuestra vida se va
que nunca más torna, nin de nos curará:
lo que aquí fazemos alla se paresçrá
o bien o mal, qual fuere, tal gualardón avrá.

De *La Muerte Igualadora y la Fugacidad de las Riquezas.* Canciller López de Ayala.

El noble Canciller López de Ayala había desaparecido. No se le halló ni vivo ni muerto. El Rey de Castilla envió una carta a don Juan de Avís en la que, con mucho dolor, le pedía la lista de los muertos que a él le constaran, al menos para decirles a los familiares de cada uno que su deudo había caído en Aljubarrota por el honor de Castilla. Así se podrían tramitar las herencias, los títulos y los cargos, saber las viudas que lo eran y los hijos honrar a sus padres. Todavía cabía la esperanza de que estuviesen presos los nobles y guerreros que no habían retornado a sus casas o acaso retenidos como rehenes. De estos pedía noticias por el amor de Dios, para poder comunicárselo a las familias y por ver de reunir los rescates si todavía era posible traerlos con vida entre los suyos.

Al cabo de algún tiempo, llegó un documento de la cancillería del de Avís confirmando los nombres de muchos de los que ya se sabían víctimas de la guerra.

Una noticia inesperada llegó con el documento: el canciller López de Ayala estaba vivo, pero no todo eran piadosas nuevas. Don Juan de Avís decía tener al noble en su poder y que estaba vivo y bien, cosa que podían decir a su familia, pero el Rey de Portugal no pensaba soltarle ni pedir rescate por él. Era su presea y a falta de haber tomado prisionero al mismo Rey, se conformaba con el canciller.

No pensaba maltratarle ni hacerle más daño que la misma prisión, pues era noble e inocente de otro delito más que el de haber seguido a su Rey, pero lo había encerrado en una jaula de hierro y estaba en uno de sus castillos. No les decía cuál para evitar que una partida pensase en rescatarlo. Además, decía el de Avís, proyectaba cambiarlo de vez en cuando de castillo y fortaleza para evitar que se hiciesen planes de libertarlo por la fuerza.

Las noticias en general fueron tristes, pero así y todo hubo algunas que justificaron el ruego del Rey. Algunos hombres, pocos, se habían salvado y estaban cautivos y se podía ofrecer un rescate por ellos, sobre todo si el apresador había sido un soldado al que la suma de la

redención del rehén, le podía solucionar la vida.

Como no podía ser menos, las galeras que traían desde Inglaterra al futuro Rey de Castilla, eran portuguesas. A portugueses e ingleses les había ido tan bien en su conjunta acción en Aljubarrota, que para tomar Castilla y León pensaron en unirse de nuevo y luego repartirse el botín. Para sellar su entendimiento se acordaron una bodas: las del Rey de Portugal, Juan de Avís, con Felipa, la hija mayor de Juan de Gante y de su primera esposa, doña Blanca de Láncaster. Felipa había nacido en 1360, tenía por lo tanto veintiséis años y el futuro esposo tres más que ella pues Juan I de Portugal había nacido en 1357. Con este connubio se intentaba, de inmediato, favorecer la conquista de Castilla para Constanza y su hija Catalina; y a la larga, contrarrestar la tradicional alianza entre Castilla y Francia contraponiéndola a una alianza tan fuerte o más entre Portugal e Inglaterra.

Después de varios días de venturosa navegación se acercaron las naos de los ingleses con los duques y su familia a las costas de La Coruña el 25 de julio de año del Señor de 1386. Fue la primera vez que doña Catalina, la hija mayor de Juan de Gante y de la infanta doña Constanza, hija de Pedro el Cruel, veía, aunque de lejos, a su nueva patria, la tierra en donde ella llegaría a reinar, si Dios lo permitía.

En su casa de La Coruña estaba desayunando el caballero don Fernando Pérez de Andrade. Era el responsable último de la seguridad de la ciudad, que de vez en cuando era asaltada por piratas y bandidos de la mar. Don Fernando había abandonado su castillo sito entre Betanzos y El Ferrol pues unos pescadores que faenaban en alta mar habían visto a lo lejos un convoy de naos desconocidas que llevaban el pabellón de Castilla, y que, provenientes del norte, viajaban a todo trapo hacia las costas gallegas. Los mareadores galaicos que avistaron las naves y que conocían a todas las de Castilla que navegaban por aquellas aguas vigilando las costas, al no reconocerlas, huyeron precipitadamente. Gracias a su pequeño tamaño pensaban que habían pasado desapercibidas, aunque tampoco podrían asegurarlo. Los marineros habían dirigido proa hacia Betanzos y allí pusieron sobre aviso al caballero de Andrade, el responsable de la defensa costera, y este, aunque ya para entonces era noche cerrada, se dirigió apresuradamente hacia La Coruña. Ahora, sin haber dormido, desayunaba mientras sus centinelas aguaitaban[1] desde los puntos más altos de las cercanías. Temían lo peor.

El día anterior el vigía de O Terror dos Mares, la nave capitana de don Juan de Gante, había avistado a lo lejos unas navecillas que huyeron tan rápido como pudieron al avistar los barcos del duque de

Láncaster. Desde la cofa dio voces advirtiendo lo que se veía en lontananza. Avisado el capitán, no le dio importancia aunque se dobló la guardia y por la noche se apagaron todas las luces, no fueran a ser cogidos por sorpresa al abrigo de la oscuridad.

A media mañana tuvieron la costa a la vista y sin más los ingleses se dirigieron a ella. Una nave que intentaba abandonar el puerto se cruzó con ellos; izando en lo más alto el pendón de Castilla, O Terror dos Mares se dirigió a ella. El barco que salía de puerto se llamaba Stella Maris y este, con curiosidad dejó que O Terror dos Mares se arrimase a babor. El contramaestre de esta última le hizo señales de que arriaran velas. Una voz en perfecto castellano les dio la orden de prepararse para el abordaje en nombre del Rey y de la Reina de Castilla y de León. No sin extrañeza lo hicieron. Ellos eran comerciantes que llevaban trigo y no temían a los piratas, al menos no tan cerca de la costa. El faro de La Coruña era claramente visible y el barco llevaba las insignias del Rey, aunque era raro que les pidiese prepararse para el abordaje. Con una maniobra arriaron algunas velas, así redujeron su marcha hasta detenerse y se pusieron al pairo. Enseguida entraron en tromba una serie de individuos que hablaba atropelladamente en un idioma que no pudieron entender. Por fin un hombre les habló en castellano.

—En nombre del duque y la duquesa de Láncaster, Reyes legítimos de Castilla y de León, daos presos y vuestras mercadurías confiscadas, así como vuestro barco que pasa a ser del Rey y de la Reina.

De poco sirvieron las protestas del Capitán del Stella Maris. Él y todos sus hombres fueron apresados y maniatados, y como primera providencia llevados a la sentina. Se cerraron sus puertas y todos quedaron en la más absoluta oscuridad. Esperando sin saber qué.

En cubierta los hombres de Juan de Gante se felicitaban de la facilidad con que habían apresado un barco en las barbas mismas de las autoridades del puerto. Se estaban regodeando cuando les cayó casi encima una bala disparada desde las baterías de la costa. Era obvio que les esperaban y que todas las alertas estaban dadas.

En casa de doña María Carrillo de Albornoz se acababan de enterar de que su amigo el cronista real, don Pero López de Ayala, se hallaba vivo pero preso en una jaula de hierro, como una fiera, en algún sitio de Portugal. La noticia les llenó de consternación, sobre todo cuando supieron que el monarca luso no tenía ni la más mínima intención de liberar al noble.

—¡Cuánto siento que don Pero haya caído en manos de sus enemigos! —comentó doña María a su sobrina—. El Rey lo aprecia mucho y estará muy dolido por esta razón. ¿Os acordáis, sobrina, de

cómo lo citó aquella tarde en que todos hablábamos de poetas y escritores?

—Sí que me acuerdo, señora tía. Y que el mismísimo Rey nos recitó una parte de un poema que nos dijo que se llamaba *De los cinco sentidos.*

—Cierto, ahora me acuerdo de ello. ¡Qué bien lo pasamos aquella tarde! Su alteza habló de don Pero con gran admiración —pareció pensar un rato. Leonor no se atrevió a interrumpir sus reflexiones. De pronto doña María dijo—: ¿sabéis que tenemos unos parientes en Portugal? —doña Leonor buscó en su memoria algún parentesco pero no recordó ninguno.

—No, señora tía, no recuerdo ninguno.

—Claro, entrasteis en prisión a los siete años y aún os quedaban por conocer muchas cosas. Bueno, el caso es que en Coimbra, está la familia de los Alvarnaes, que presumen de ser del tronco de los López Carrillo de Albornoz. Ellos se llamaban originariamente Lopes dos Alvarnaes; en fin, nos hemos tratado como parientes. Ellos como parientes menores y nosotros como parientes mayores, claro está. Enviaré un propio a don Joao, el mayor de la familia, por si sabe algo de este asunto. Sentaos doña Leonor y escribidme lo que os diré, quizás lleguemos a averiguar algo de lo que nos interesa.

Esa misma tarde salió un correo personal, un propio, de doña María Carrillo de Albornoz con una misiva lacrada para don Joao Lopes Alvarnaes, señor de Tinto y Almunia, dos pequeños señoríos.

De doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz, desde Córdoba, a su pariente en Coimbra, don Joao Lopes Alvarnaes, señor de Tinto y Almunia. Salud y gracia.

Sépades don Joao que nos hallamos en grande inquietud tras los muy tristes sucesos de Aljubarrota. Nuestros ejércitos han sido prácticamente destruidos por los valientes portugueses unidos a los fieros arqueros ingleses de quien todos se hacen lenguas.

Pido a Dios que ninguno de vuestros hijos, sobrinos ni parientes haya perecido en tan terrible jornada pues aunque los castellanos llevaron la peor parte, también han fenecido algunos señores portugueses. Quedo muy preocupada y os ruego que hagáis saber la suerte de mis parientes portugueses.

Aquí estamos desconsolados, pues todo lo que en Portugal pueda ser alegría aquí es pena y luto. Casi no hay familia en que no haya perecido la flor y nata de ellos. Mi pariente don Pedro González de Mendoza ha ganado con su vida el sobrenombre de el Héroe. *Ha muerto el señor de Aguilar de Campoo, el hijo mayor del marqués de Villena, y el prior de la Orden de San Juan. En fin, querido pariente, para qué seguir, los*

resultados de las batallas son así: muertes en un lado y victoria en el otro.

Sabemos que algunos de los nuestros se han salvado por milagro del Señor de las Batallas. Poco a poco van viniendo las peticiones de rescate, y los deudos reúnen lo pedido a fin de traer a los suyos junto a ellos. Un amigo muy querido ha salvado la vida pero aún no ha llegado petición de rescate, y quién sabe si llegará nunca, pues ha caído en manos de su alteza, el Rey de Portugal, para quien el dinero no significa nada.

En honor a que don Pero López de Ayala es un noble de alta alcurnia, se nos ha dicho que no será maltratado, pero tampoco liberado. Ni siquiera conocemos dónde está. Sabemos que vive en manos del rey don Juan de Avís, pero no en qué lugar. Si lo supiéramos podríamos al menos escribirle, no creo que el Rey se disgustase pues él mismo ha confesado que lo tiene en su poder, bien tratado, pero enjaulado, como una fiera feroz.

¿Habéis oído algo de este caballero?

Quedamos esperando noticias, tanto de vuestros deudos, como de nuestro amigo. Que el Señor de las Batallas nos libre de todo mal.

Vuestra pariente que no os olvida.

María Mencía García y Carrillo de Albornoz, señora de Priego.

El propio de doña María, provisto de buen caballo y otro de repuesto, y aun autorizado para alquilar postas si las hubiese, llegó con premura a su destino. Fue bien acogido por don Joao y su familia y después de descansar un par de días, regresó con la preciada carta de Joao Lopes Alvarnaes. Pero no se conformó con contestar a su pariente. Decidió ayudar al correo a que llegase cuanto antes de vuelta a su casa en Córdoba.

—Un grupo de gente de mi casa os llevará hasta la costa, a Figueira da Foz, allí tengo un barco no muy grande que por casualidad tiene que hacer camino de Lisboa. Os dejarán allí con vuestros caballos. Así ahorráis algunas jornadas de camino y podréis volver con doña María antes de lo que ella espera. Las noticias que me pide —añadió el deudo de doña María— se las mando en la misiva que lleváis con vos —sacó el caballero una pequeña bolsita de un bolsillo interior—, aquí tenéis algo como albricias por el placer que me habéis dado trayéndome nuevas de mi señora tía —le alargó una moneda de buen oro. El correo la besó con devoción antes de hacerla desaparecer.

—Perded cuidado, don Joao, vuestra carta irá tan segura como si la llevase una paloma mensajera. Irá rauda y con seguridad, tengo experiencia como correo de su señoría, doña María Carrillo de Albornoz.

—¡Doña María y Mencía *García* y Carrillo de Albornoz! —corrigió con voz grave el prócer.

—Perdón, es cierto, García y Carrillo de Albornoz —el propio no

deseaba disgustar al generoso caballero. Nunca en su vida le habían dado tales albricias y no deseaba perderlas—. Lo digo así por acortar, mucha gente lo hace pero su nombre completo es como decís —cambió de tono—. ¿Cuándo he de salir con vuestra gente?

—Hoy mismo. Estad preparado, antes de media tarde saldréis para Figueira.

—Figueira... da Foz, señoría, supongo.

Así fue como el propio llegó antes de lo que doña María esperaba, y además de la carta le trajo curiosas noticias.

Cortando camino desde Lisboa hacia Badajoz en su camino a Córdoba, había pasado por un pueblo llamado Pontével; allí no había posada para viajeros así que el correo de doña María se acercó a un monasterio y pidió posada de peregrino. No tenía dónde quedarse —dijo— y estaba cansado. Un lecho de paja seca en una cuadra sería suficiente, él daría cumplida limosna a los monjes por tal favor y oiría misa antes de partir por la mañana.

Curiosamente el monje lego que cuidaba de las cuadras y de los pocos jamelgos allí albergados, era un castellano viejo, de madre portuguesa. Al reconocer a un compatriota pegó la hebra, como suele decirse, y le contó que hacía unos pocos días habían pasado por allí, dijeron que camino a Estremoz, dos hombres. Uno llevaba al otro que parecía estar si no malherido, sí muy débil y necesitado de descanso. El más sano dijo llamarse Ruy Gutierres y al herido le llamaban Joao Soto, pero el monje había oído que cuando creían estar solos, el supuesto Ruy Gutierres le había llamado al otro Juan de Sotto Maior. El curioso y entrometido monje casi al oído le dijo al correo de doña María, que creía que ambos eran soldados que huían de tierra lusa haciéndose pasar por naturales de la tierra.

—Bien es cierto que el llamado Ruy hablaba un curioso dialecto portugués, del norte del país —colegía el monje—. No quise llamar la atención sobre ellos porque aún se anda a la busca y captura de los soldados y *milites* que vinieron a tomar Lisboa y el reino para don Juan I de Castilla y quizás si hubiese dicho algo, les habría buscado la ruina. Pero no soy tonto, amigo mío, y bien sé que Estremoz está a poco camino de Badajoz, a donde vos mismo vais. Más bien creo que iban como podían, hacia su tierra por Badajoz.

Así hablando le había preparado una cama con blanda paja, que tapó con una manta. Allí podría dormir como un príncipe un hombre cansado y el propio de doña María lo estaba. Deseó que el monje lo dejase en paz, pero este en cambio tenía ganas de charla.

—Amigo, os traeré un trozo de pan tierno. Amasamos una vez a la semana y tocó hoy, el pan es delicioso. Pan y queso, no tenemos más

pero para un peregrino será como para un monje: néctar de los dioses.

Asintió con la cabeza el correo, él no sabía nada de néctar ni de dioses y le extrañó que un monje hablara de dioses en lugar del único Dios verdadero bajo el sol y las estrellas, pero se guardó muy mucho de decir nada.

No tardó el hermano lego en traer no solo el anunciado pan y el queso además de agua fresca y vino tinto. El peregrino se lo agradeció muy de veras y se puso a comer, con la prisa y el sueño no había notado cuánto apetito tenía.

Este curioso sucedido le relató el correo a su ama y señora sin omitir detalle. La mayor parte de lo que le contó el buen hombre no importó un ardite a la anciana señora, pero cuando oyó que los dos huidos se habían hecho llamar Ruy Gutierres y Joao de Soto, y luego se había nombrado como Ruy Gutiérrez y Juan de Sotto Maior, se decidió a hacer algunas averiguaciones por su cuenta. No obstante decidió no decir nada a su sobrina hasta que no supiese algo tangible. Quizás Ruy Gutierres no tuviese nada que ver con Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, o quizas sí. Quién sabe.

Cuando se quedó sola doña María abrió la carta que le había enviado don Joao Lopes Alvarnaes.

De don Joao Lopes Alvarnaes, en Coimbra, señor de Tinto y Almunia, a su señora tía doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz en Córdoba, señora de Priego. Salud y gracia.

Sépades que con grande agrado he recibido noticias vuestras, señora tía. Nuestros hijos, afortunadamente fueron enviados a cumplir servicios de guarda de la frontera en la línea divisoria norte por el Miño, donde no ha habido altercados, así que no tenemos que lamentar desgracias por ese lado. No obstante, los jóvenes se quejan de que no ha podido dejar constancia de su valor y ganar fama de valientes como lo han hecho otros.

Mi primo Enrique da Silva Guimaraes sí estuvo en Alcaçoba y fue herido, bien que sin gravedad —¡gracias sean dadas a Dios!—...

Así seguía el buen Joao contando cosas sin importancia durante muchas hojas, al fin llegaba al encargo de doña María:

Del buen canciller Lopez de Ayala, todo el mundo sabe aquí en Portugal que fue tomado prisionero y que no ha de volver a su tierra. Don Juan de Avís quiere mostrarlo a todo el mundo, precisamente por su nobleza y el alto cargo que ostentaba en la corte de Castilla, como su presea. Todo noble que quiere verlo como el rehén que es ha de acudir al castillo de Leiria, donde está metido en una robusta jaula de hierro, pero por respeto a su alcurnia y edad, esta está en un salón del castillo, con sus adornos y

tapices y con la chimenea del fuego bien encendida. La comida es buena y hay instrucciones de que no se le prive de nada excepto de la libertad.

Al principio se molestaba mucho por ser observado como una curiosidad o rareza por los visitantes, ahora, me dicen que ya no les hace caso y que ha comenzado a escribir no sé qué, y que ello le sirve de distracción y consuelo en sus muy largas horas de cautiverio. No os puedo decir más, solo que pronto lo cambiarán de castillo pues quiere don Juan de Avís que todo el pueblo pueda verlo para así engrandecer su fama y molestar al Rey de Castilla.

Seguía con algunas consideraciones de orden moral y algunas frases en latín como *sic transit gloria mundi* y se despedía muy cariñosamente de su *señora tía*.

Doña María se puso de pie casi de un salto. No cabía en sí de alegría, ella, una débil mujer, sin espías ni consejeros, había logrado saber más que el mismísimo Rey de Castilla. Era tarde pero no le importó, aporreó dos o tres veces con el bastón en el suelo dando voces.

—¡Que venga alguien!

«Alguien» se presentó al punto, era un sirviente que estaba de guardia a la puerta del salón, puesto que doña María aún no se había retirado.

—Guadalberto, que venga doña Leonor —él se azoró.

—Ama, doña Leonor hace horas que se retiró a dormir.

—Me da igual, que venga.

—Perdón, doña María, yo no puedo despertarla —un gesto de fastidio cruzó el rostro de la dama.

—Es cierto —dijo con impaciencia— pero podéis ir a golpear a la puerta de Urraca y decirle de mi parte que llame a doña Leonor López de Córdoba, mi señora sobrina.

El llamado Guadalberto se apresuró a llamar a la sirvienta Urraca, quien de muy mal humor hubo de levantarse para llamar a doña Leonor. Esperó pacientemente a que esta se levantase y se pusiese presentable para ver a doña María, luego la acompañó por los oscuros corredores apenas alumbrados por temblorosos hachones rojizos hasta el salón en donde, impaciente, le esperaba doña María. La dama daba vueltas por la habitación, tan pronto como vio a su sobrina se detuvo y se dirigió a ella.

—¡Leed esto doña Leonor!

Extrañada, pero sin decir una palabra la joven se acercó a una lucerna y leyó la larga misiva de don Joao. Luego la dobló cuidadosamente.

—Grandes noticias, señora tía. Al menos vive y está bien.

Mientras tanto, Urraca, fastidiada por haber sido interrumpida en su sueño, se había retirado del salón después de haber conducido allí a doña Leonor. Enojada por haber sido molestada musitaba maldiciones e improperios.

—¡Ni dormida ni despierta dejáis de dar la lata, maldita pobretona! Solo me dais trabajo y ninguna recompensa. Ya veréis, ya.

Como no podía permanecer con doña María a menos que esta se lo pidiese, y estando Leonor nunca se lo pedía, Urraca había abandonado la estancia y se había ido a su cuarto. Sin duda dentro de poco la llamarían de nuevo para que acompañase a la joven a su aposento y para que la ayudase a acostarse otra vez. Además ahora había de volver a hacer la cama de Leonor pues si se había levantado no podía la noble joven acostarse a dormir a una cama revuelta. Llegó a su propia habitación, cogió una especie de pucherito con tapadera, se aseguró de que estuviese bien encajada y la ocultó entre su ropas, luego, con paso ligero, se dirigió al cuarto de Leonor.

Preparó de nuevo la cama, se diría que la hizo con cierta alegría, como quien disfruta con algo. Sacudió las mantas y las sábanas, mullió la almohada y dobló la *kamese* o camisa de noche. Luego, con mucho cuidado sacó la botellita o pucherito, y quitó el tapón. Dentro rebullió algo pequeño y oscuro. Muy pronto la luz la sacó de su escondite. El recipiente estaba en el lugar que había de ocupar la almohada, de él salió una araña peluda de patas cortas y gruesas y antenas vibrantes con brillantes ojos saltones. Unas pequeñas pinzas se abrieron y cerraron varias veces buscando algo que morder. Era una cáncana, una araña rara de hallar, muy venenosa y hambrienta, solo se veían muy rara vez y algunas personas no habían visto una jamás. Se pagaba muy buen precio por una, porque se pagaba por la cáncana y el silencio del que lo había vendido.

—¡Ya estoy más que harta de doña Leonor López! Querida arañita, a ver si me la quitas de en medio. En recompensa, no os aplastaré como el mal bicho que sois...

El animalillo había abandonado el recipiente y se dedicaba a recorrer el mundo: la cama de doña Leonor.

—¡Quieta ahí, debajo de la almohada! —colocó la almohada encima con cuidado de no aplastar al horrible bicho—. ¡Felices sueños, a ambas! Mañana os hallaremos, una viva y otra muerta.

Se dirigió hacia el salón en donde sabía que estaban las dos damas, tenía paciencia. Se sentó, esperaría lo que fuese necesario junto a la puerta hasta que la llamasen.

Dentro, ambas mujeres comentaban animadamente lo que se habría de hacer. La carta del prócer don Joao sin duda sería muy interesante

para el rey don Juan, que estimaba en grado sumo a su cronista, don Pero López de Ayala. Al menos sabría nuevas, que era cierto que vivía, que era verdad que estaba en una jaula de hierro, pero también que al menos esta no estaba en una mazmorra sino en un salón del castillo de Leiria, (bien que enjaulado) no muy lejos de Alcaçoba.

—Ya es tarde, sobrina, debemos retirarnos —dijo doña María, muy satisfecha de haber compartido las noticias con Leonor—. Mañana, sin falta, escribiremos al rey don Juan con las nuevas que tenemos —lo pensó un poco y luego dijo— creo que deberemos enviar a otro mensajero, no el que fue a Coimbra, ese puede atar cabos y hablar de más. Es mejor que nadie sepa de esto, al menos hasta que su alteza haya decidido algo o esté enterado de las nuevas. ¿No os parece?

Leonor estaba sorprendida. Asintió con la cabeza, era la primera vez que su señora tía le preguntaba algo como si su opinión le importase. Quizás esos cientos de avemarías que ella rezaba cada noche habían comenzado a surtir efecto. Decidió arriesgarse ahora que su tía manifestaba alguna condescendencia.

—Señora tía, tenéis mucha razón en lo que decís, mañana me pondré a vuestra disposición y entrambas escribiremos una carta a su alteza, que vos mandaréis por medio de un mensajero discreto —tomó aire y se lanzó—. Y ahora que estamos solas y nadie nos escucha, ya que siempre sois tan bondadosa, ¿no os sería posible que me facilitarais una sirvienta o esclavita? Digo, solo para mí, que Urraca es vuestra y muy vuestra y no lleva bien el tener más trabajo a mi costa —bajó la voz y los ojos al suelo—. Además, señora tía, creo que me odia.

—¿Que os odia? ¿Por qué razón habría de hacerlo? Ella es mi liberta y debe amar lo que yo amo, gustarle lo que a mí me gusta y obedecer mis órdenes.

—No, señora tía, no; no es eso, no es que no me obedezca ni que no me sirva como le habéis mandado, pero creo que no le gusto...

—Eso da igual. Le guste o no, ha de hacer lo que yo le ordeno. ¡Faltaría más!

—Y lo hace, señora tía, pero veréis... —le relató lo sucedido en casa de don Álvaro Carrillo de Albornoz, su deudo. Con detalle le describió cómo una noche había aparecido una serpiente en su cama. Pero la dama no pareció muy convencida.

—No dudo de que había una culebra en vuestro lecho, sobrina, pero de ahí a que Urraca la haya puesto, hay un gran trecho. No obstante deseo daros el capricho y os concederé una joven para vuestro servicio y prescindiréis de Urraca. Es una vieja de mal genio y a veces puede parecer malévola, aunque os aseguro que es inofensiva.

—Señora tía, no fue la serpiente lo que me aterrorizó, fue la mirada de la sirvienta.

—En eso tenéis razón, a veces tiene una mirada que hiela la sangre, pero es porque es tonta. Si fuese lista no manifestaría sus sentimientos. En fin, todo está dicho, llamaremos a Urraca que os lleve a vuestra habitaciones y luego que venga a ayudarme a desvestirme, yo la necesito más que vos, apenas me valgo yo sola.

Se acercó a una campanilla y la agitó, enseguida entró Urraca.

—¿Para qué soy buena, señora mía?

—Llevad a la mía sobrina a su habitación y luego venid a ayudarme a desvestirme en mi aposento. ¿Entendido?

—Claro, señora, dejo a la señora doña Leonor en su cuarto y voy volando a ayudaros.

Leonor, según las reglas de la buena cortesía, no podía ir sola por las noches por una casa que no era la suya, sobre todo después de cenar. Doña María estaba en su propia casa y era muy libre de ir a donde quisiera a cualquier hora del día y de la noche.

A poco de llegar ambas mujeres a la habitación de doña Leonor, un escándalo se oyó por todas partes. Voces, gritos y golpes. Doña María, que con ayuda de su bastón se dirigía hacia su dormitorio, cambió sus pasos y se encaminó al cuarto de su sobrina que era de donde salía el alboroto. Abrió la puerta y preguntó:

—¿Qué pasa aquí?

Leonor había asido a Urraca por los pelos y le estaba propinando una tanda de golpes con un candelabro. La criada se defendía como mejor podía dando gritos y voces. Todo estaba revuelto, parecía mentira que en tan poco tiempo se hubiera armado una gresca tan sonora.

—¿Qué pasa aquí?

—¡Preguntadle a esta gafa inmunda lo que pasa! —le propinó otro golpe que esta vez le llegó sobre una ceja y le hizo sangrar abundantemente.

—Soltad a esa desgraciada, por favor, y contadme que ha pasado. ¿Os ha faltado? —mucha gente empezaba a llegar a pesar de la hora atraídos por el escándalo—. ¡Y los curiosos, fuera todos! —dijo enérgicamente doña María—. Doña Leonor habrá tenido sus razones, así que no hay nada que ver ni que saber. ¡Fuera he dicho! —ante las órdenes perentorias de doña María, todos se fueron; de mala gana, pero se fueron. Una peripecia de esta categoría no sucedía todos los días y por ende suscitaba la más encendida curiosidad. Mañana se comentaría por toda Córdoba y por los mercadillos, plazas y tabernas. Una dama agarrando del moño a una sirvienta era digno de relatarse

por los siglos de los siglos. Además le había atizado con un candelero, debía de ser cosa seria.

Cuando todos hubieron salido y Urraca hubo compuesto su gesto y restañado la sangre que no cesaba de manar de su ceja, Leonor explicó lo sucedido.

—Siento mucho señora tía, que se haya armado todo este escándalo, pero no pude contenerme. Esta —señalando a Urraca— ha tratado de matarme una vez más —la aludida se retorció las manos con gesto compungido.

—Su señoría se equivoca, yo no tuve nada que ver.

—No entiendo nada —dijo doña María algo aturdida por la celeridad de los sucesos—. A ver, de qué dice Urraca que no es culpable.

Leonor se dirigió a un libro que yacía en el suelo. *El Libro de Alexandre*, un hermoso tomo encuadernado en piel de becerro con los cantos dorados y las letras quemadas en oro.

—¿Os ha tirado el libro? —preguntó atónita la vieja dama.

—No, señora tía, eso al fin y al cabo no habría terminado conmigo —con repugnancia levantó el volumen y debajo de él apareció el cuerpo aplastado de una enorme araña negra y peluda con las patas cortas y gruesas. Doña María retrocedió con miedo y con asco.

—¡Dios mío, una cáncana! ¿De dónde ha salido? No las hay en Córdoba...

—¿De dónde, señora tía? —volvió a atizarle un golpe con el candelero a la criada, que lo esquivó por poco—. ¡De aquí salió! Esta estúpida no solo puso la araña en mi cama sino que en su emoción se olvidó de quitar la botella en donde la trajo de debajo de mi almohada. ¿O acaso pensaba retirarla cuando por la mañana me «hallase» muerta? Cuando llegamos aquí ella no quería entrar, sospechando algo la obligué y allí estaba la araña, encima de mi cama. En lugar de correr dentro de las sábanas corría por encima. La sacudí al suelo y el *Libro de Alexandre* hizo el resto —respiró agitadamente—. En todo caso no le habría servido de nada, desde que la conozco y el asunto aquel de la culebra, nunca duermo sin haber hecho la cama yo misma.

Tras las explicaciones y acusaciones de Leonor, no sabemos si la dama quedó convencida o no. El caso es que se llevó a su criada para hacerla curar y luego, dijo, pensaría qué hacer con ella. Leonor hizo de nuevo su cama y durmió sobresaltada. De una cosa estaba segura, no quería volver a ver nunca a Urraca.

Mientras todo esto sucedía, los barcos de don Juan de Láncaster, después de haber intentado atracar en el puerto de La Coruña, viendo

que era del todo imposible por el fuego nutrido que de todas partes salía, se alejó y decidió probar otra suerte. Tampoco pudo cañonear la ciudad pues sus cañones eran de un alcance más corto que los del puerto. Quizás más lejos sería más fácil el desembarco, iban muchos soldados en los barcos que le acompañaban, si bien muchas de las naos portuguesas carecían de cañones. Si lograba desembarcar la infantería y a los temibles arqueros, la situación sería muy otra.

—Virad, capitán, abandonamos la idea de desembarcar en este puerto. Pongamos rumbo a otro lugar no tan belicoso donde podamos tomar tierra con nuestros hombres —esto dijo Juan de Láncaster; luego, para consolar a su esposa y a su hija que estaban tristes por el poco éxito obtenido en esta primera aventura, dijo animadamente—: ¡venga, vamos a mirar de nuevo la corona que usaremos el día de la coronación! Primero será nuestra y luego de nuestra hija.

Bajaron todos al camarote y allí el duque abrió una caja de nogal, dentro, envuelta en seda carmesí se hallaba una joya enorme. Era una corona como no se había visto otra, cuajada de perlas y piedras preciosas que cada una valía un reino. El trabajo con el oro era primoroso. Unas ramas vegetales labradas en oro se enroscaban por la corona, era una reminiscencia de la corona que habían usado los Plantagenet. La puso sobre la cama y la acarició con un dedo.

—¿Os gusta, Catalina? —esta asintió.

—Me gusta mucho —el duque abrazó a su hija.

—Os juro que será vuestra y que la ceñiréis —Catalina tenía catorce años y ya sabía que un juramento ataba hasta la eternidad al que lo pronunciaba. Se sintió confiada, ella sería Reina de Castilla.

El barco se alejaba a todo trapo de La Coruña.

---

1 N. de la A. «Aguaitar», forma antigua de «vigilar», especialmente desde una torre o vigía. En la Edad Media era una obligación el «servicio de guaites» en los castillos y murallas.

Capítulo XIX

LEONOR VISITA LA JUDERÍA DE CÓRDOBA. HENRIQUE ALMEIDA ENCUENTRA A DON PERO.

En el nombre de Dios, que es uno trinidat
Padre, Fijo, Espíritu Santo, en simple unidat
Eguales en la gloria, eternal majestat,
E los tres ayuntados en la divinidat.

Introducción d*el Libro Rimado de Palacio,* de don Pero López de Ayala, escrito durante su prisión.

A la mañana siguiente del asunto de la cáncana, como si no hubiese sucedido nada, doña María hizo llamar a su sobrina para ultimar los detalles de lo que se había de hacer respecto a la información sobre el canciller López de Ayala. Convenía que el rey don Juan lo supiese cuanto antes pues si la intención de Juan de Avís era cambiar de lugar al prisionero, importaba no perderlo de vista.

Una breve misiva serviría para el caso:

De doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz a su alteza don Juan I de Castilla y demás reinos de la tierra. Salud y gracia.

Junto con esta, mío señor y alteza serenísima, os envío la carta que he recibido de un pariente que tengo en Portugal, a quien escribí interesándome por la suerte de nuestro canciller don Pero López de Ayala. Después de haberla leído tomad, alteza, las decisiones que creáis oportuno, yo solo os comunico lo que sé.

Desde Córdoba, vuestra leal servidora y pariente.

María Mencía García y Carrillo de Albornoz.

Mucho se alegró el rey don Juan al saber nuevas tan recientes de su querido amigo y canciller, el poeta y literato López de Ayala. Decidió no tomar medida alguna dirigida a la liberación de don Pero, al menos de momento, en espera de que la indignación o venganza del Rey de Portugal disminuyese, entonces llegaría la oportunidad de solicitar clemencia para su hombre. Pero comoquiera que fuese deseaba estar informado de los viajes y desplazamientos del canciller por no perder su rastro ya que tan providencialmente había sabido de él, así que decidió enviar a un hombre de toda su confianza para que, como mendigo, viajase hasta las cercanías de Leiria y desde allí siguiese las andanzas del prisionero. Sin duda si lo mudaban de lugar, ello sería conocido por todo el mundo de alrededor. Trasladar en una jaula a un prisionero, no puede hacerse en secreto, hay que mover demasiada gente, demasiadas cosas. El espía, el supuesto pedigüeño, le seguiría a prudente distancia, siempre mendigando la misericordia de los

vecinos. No era raro que los mendigos se desplazasen de un sitio a otro, de hecho suelen hacerlo pues la simpatía y la compasión por los mendigos se agota pronto en cada lugar y hay que trasladarse a otro en donde a uno no lo conozcan y al menos suscite curiosidad si no misericordia. A veces la gente se acerca a dar su óbolo por ver a ese nuevo pobre recién llegado. Bajo este engaño podrían seguir a don Pero sin levantar sospechas. Uno de sus soldados de toda confianza era portugués, hombre muy avispado que ya le había servido de espía en algunas ocasiones y estaría encantado de prestar tal servicio al Rey. Cuando don Juan le explicó su plan, el hombre —Henrique Almeida —, se mostró complacido de poder prestar un servicio al Rey.

—Seré su sombra, alteza. Cada vez que cambien de lugar a don Pero, os lo comunicaré. Estad atento a cualquier recado de Portugal pues no será cuestión de dar noticias directas por no revelar nuestra situación.

Así se estableció un proyecto de seguimiento al canciller en su jaula de hierro. Aunque de lejos, estaría siempre vigilado.

De pronto la vieja sirvienta Urraca desapareció de la vista de Leonor. Preguntó a su tía por ella pero doña María puso gesto de desagrado y se negó a dar ninguna explicación.

—¿No os basta con que ya no esté aquí? Nunca tuve ningún problema con ella hasta que vos llegasteis. Ahora ya no está a vuestra vista, fuese o no verdad que intentó mataros, no podía permanecer aquí; así que dejad de preguntar. No la veréis por un largo tiempo si acaso vuelve.

Eso fue todo lo que pudo sacar a su señora tía. A los pocos días llegó una joven tímida y apocada. A Leonor le recordó un ratón asomándose a su agujero y listo a desaparecer en cuanto oyese un ruido.

—Mirad, doña Leonor —dijo doña María con satisfacción—, os prometí un servicio para vos y aquí está. Esta joven será vuestra doncella. No es esclava, sino libre, pero os servirá bien y fielmente. No se separará de vos y podéis mandarle lo que queráis, siempre que sea honesto en una casa honesta —terminó la vieja dama.

Leonor se alegró de tener un servicio para sí. La joven parecía modesta y nada altanera o respondona.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama? —lo preguntaba a su señora tía, no deseaba que por cualquier minucia esta se enfadara y la dejase sin la joven.

—Ya es como si fuese vuestra, podéis preguntarle lo que queráis. Naturalmente, el resto del servicio seguirá como siempre y acatará vuestras órdenes como sobrina mía que sois, esta joven es para vuestra

compañía y servicio, nada más —sin añadir ni una palabra, la anciana señora se alejó.

Leonor, al marcharse su tía miró a la recién llegada con más atención. Tendría unos quince años o menos, era de tez morena pero de ojos claros, más bien regordeta como correspondía a una joven cuyo cuerpo no estaba aún completamente formado. Leonor usó la forma más cortés de preguntar por su nombre.

—¿Cuál es vuestra gracia, niña? —ella abrió los ojos como sorprendida por las palabras.

—No comprendo, señora...

—Que cómo os llamáis.

—Ah, perdón, señora, mi nombre es María.

—¡Pero no os podéis llamar igual que la señora de la casa! —objetó Leonor. La joven enrojeció y bajó los ojos—. Bueno, no es vuestra culpa llamaros María, es un nombre bonito y mucha, muchísima gente se llama María. ¿No os gusta algún otro nombre? Digo, para llamaros por él, si no, nos veremos en la tesitura de escoger nosotros y quizás el nombre no os guste —la joven lo pensó un poco.

—Entonces me gustaría que me llamasen Sara, como mi abuela.

—¿Sara? Es un nombre judío, pero si os gusta, sea —y así fue como una joven entró al servicio de doña Leonor que se sintió muy satisfecha y como si en el escalón social hubiese subido un peldaño por tener su propia criada. Esa misma noche la señora tía le interrogó.

—¿Qué impresión os ha causado la pequeña judía?

—¿Es que es judía?

—Pues claro, no hay más que verla. Algunos de sus parientes fueron antaño leales servidores de nuestros antepasados de gloriosa memoria. Me mandaron recado de que una de sus hijas buscaba acomodo en una casa y yo pensé en vos. ¿Os agrada?

—Mucho, señora tía, mucho, de verdad —lo dijo con tanto fervor que la señora tía la miró sorprendida.

—Tampoco es para tanto, al fin y al cabo es solo una sirvienta y casi una niña sosa —suspiró—. Como en realidad no habéis tenido nada en el mundo no sabéis distinguir...

La vida de Leonor cambió un tanto desde que Sara vino a servirle. Aunque era muy consciente de que una señora y una criada no pueden ser iguales ni tener intimidad, aun así había pequeñas cosas que compartían y como Leonor carecía de amigos y cariño en casa de su señora tía, encontró en Sara un sustituto de una amiga o una hermana. A veces sentía pena por no poder confiarle su corazón y sus más íntimos sentimientos, pero no estaría bien que ella, Leonor López de Córdoba, se confiase a una criada judía.

Todas las mañanas Leonor y doña María acudían a misa a la cercana iglesia de San Hipólito. Antes, solía venir Urraca tras las dos damas llevando sus asientos plegables y los pequeños libros con las oraciones de la misa diaria. Ahora venía la joven Sara, como era de religión judía acudía hasta la puerta de la iglesia de San Hipólito, pero no entraba a misa, sino que volvía a casa y más tarde regresaba a la salida para atender a las dos señoras y llevar de nuevo los escabeles a casa.

Desde que contaba con la compañía de Sara, Leonor tomó por costumbre salir también por las tardes.

—Voy a la iglesia, señora tía. Por la tarde hay oración vespertina y bendición con el Santísimo. Me consuela rezarle cuando le veo en su custodia. Creo que el Señor Jesús me escucha más cuando está expuesto que cuando está dentro del sagrario.

—¡Qué tontería, niña! Nuestro Señor está en todas partes, pero en fin, yo también solía ir por las tardes a la iglesia cuando era más joven, podéis ir enhorabuena. No olvidéis rezar también por mí y por mi difunto marido, que en gloria esté.

Esto dijo doña María cuando se le solicitó permiso para salir por las tardes. Y así doña Leonor empezó a salir todas las tardes a la hora en que comenzaban los servicios divinos, salmos, cánticos, oración y bendición. Pero alguna vez no iba a la iglesia sino que, acompañada de su inseparable Sara, se dedicaba a recorrer la ciudad e ir descubriendo los lugares más recónditos. A veces tenía la impresión de que ya había visto aquellos lugares o recorrido sus plazas y calles pero no pudo recordar nada en concreto, si lo había soñado o intuido, era un misterio. Lo cierto es que a veces tenía la vívida impresión de haber recorrido esas plazas, esas callejas, esas callejuelas umbrosas, y creía adivinar lo que estaba a la vuelta de cualquier esquina. Se preguntó si en otra vida habría estado como alma en pena o algo semejante en Córdoba. Pero para los cristianos solo había una vida, luego no podía haber vivido allí en otra existencia.

Un día, cuando paseaban tranquilamente se acercaron a la Puerta de Bab al-Chawz, o Puerta del Nogal, también llamada Puerta de Badajoz. Esta había sido originariamente de construcción árabe pero hoy día era una de las que daban entrada a la judería.

—¿Entramos? —preguntó de pronto Sara.

—¿A dónde, a la judería? —Leonor se encontró deseando entrar en ese recinto tan misterioso para ella—. ¿Puede un gentil entrar sin faltar a las leyes?

—Claro, señora, cualquiera puede entrar antes de que se cierren las puertas. Hay mucho comercio y ¿cómo se vendería y compraría si no

estuviese permitido que entrasen y saliesen los compradores y vendedores? No todos son judíos, hay un gran intercambio entre todos, se compra y vende oro y joyas, telas y tapices, especerías y cueros labrados, muebles y perfumes. No solo en el zoco hay mercadurías, señora. En la judería se exhiben menos pero son más preciosos los bienes.

Leonor asintió, repentinamente recordó que los mercaderes que abastecían de objetos finos y valiosos a su señora tía, venían todos de la judería.

—¡Vamos! —dijo impaciente tirando de la mano a su criada—. ¡Vamos! —fueron las dos casi corriendo.

Entraron a través de la Puerta al-Chawz, estaba esta flanqueada por dos bonitas fuentes con azulejos de color azul cielo. El agua que se remansaba parecía allí más fresca, los chorrillos caían desde una altura considerable lo que hacía que al caer fuese la fuente rumorosa y cantarina. No se detuvieron a contemplarla y decididamente, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, echaron a andar por las estrechas y bien empedradas callejuelas de la aljama.

Al cabo de andar un rato, Leonor se percató de que iban con paso decidido... a ningún sitio. Aminoró la marcha y soltó la mano de Sara.

—Ya estamos aquí, ¿a dónde vamos, Sara? —la muchacha se paró repentinamente y pareció meditar.

—Yo conozco todo esto muy bien, doña Leonor. ¿A dónde querría ir su señoría?

—No sé, Sara. ¿A dónde me llevarías?

—Pues... ¿Os agradaría ver la sinagoga? Es muy hermosa y dicen que una de las más bellas de Spania. No está lejos, en la calle Judíos, se puede ver desde fuera pues hoy la entrada no está permitida a las mujeres.

—Vamos pues a ver esa sinagoga —ambas reanudaron la marcha. Al tener un destino determinado Leonor se sintió mejor. Ir al azar se le antojaba peligroso—. ¿Es muy antigua vuestra sinagoga? —preguntó con cierta curiosidad.

—¡No, señora! —dijo orgullosamente la joven—. Se terminó de construir en el año 5075. Ya veis, solo tiene unos setenta y cinco años —Leonor se quedó algo confusa. Aquello del año 5075 le dejó desconcertada. Además si sumaban esos setenta y cinco años daba por resultado que el año en curso sería el de 5150. No era posible.

—¿Cómo es posible, Sara, que se haya construido en el año 5075, si solo estamos en el año 1386? —seguían andando ahora cuesta abajo con mucho cuidado pues las piedras del empedrado a fuerza de miles de pies rozándolas durante muchos años, eran resbaladizas.

—Doña Leonor, porque nuestro calendario no es el mismo que el de los gentiles. El calendario hebreo comienza con la creación del mundo, que fue el día 1 del mes de Nisán del año 1, contando desde entonces han pasado 5150 años. Los cristianos cuentan desde el año en que nació Jesucristo, y de eso hace menos tiempo, y aun el calendario romano tiene otra datación, y según este sería el año 1424.

—¿Y cómo viene a ser que conozcáis estas cosa, Sara? Una simple criada... Perdón, no quise ofenderos.

—No pasa nada, señora, es cierto que soy una simple criada, pero eso no se contradice con que yo haya estudiado. Mis padres eran acomodados pero cuando el rey don Pedro fue muerto por su hermano, todo cambió para nosotros. Yo de pequeña recibí estudios, señora —se calló un momento como recapacitando en sus pensamientos y luego reanudó su charla—. Mi familia, como os decía, en tiempo del rey Pedro, era de posibles, mi padre fue mercader y tenía permiso para atravesar las tierras del Rey. Casó con mi madre, Agar, cuando ambos eran muy jóvenes, ella también aportó una buena dote al matrimonio y todo iba bien hasta que los reyes cristianos, quiero decir los hermanos Pedro y Enrique, entraron en disputa. Finalmente Enrique mató a Pedro y las cosas cambiaron para los hijos de Judá. Nosotros, los judíos, habíamos sido tradicionalmente hombres del Rey, y solo a él rendíamos cuentas cuando las faltas eran de asunto mayor, como asesinato, traición o alevosía. En lo demás nos dejaban regirnos por nuestros propios tribunales y por el Bet Din, o asamblea de los mayores.

»En su lucha contra su hermano —continuó la joven Sara— don Pedro había acudido a las aljamas de distintas ciudades pidiendo derramas extraordinarias y préstamos para pagar soldados con los que defender su causa. Cuando por fin, don Pedro murió a manos de su hermano, este tomó venganza y todos los ricos mercaderes fueron desposeídos de sus haciendas y capital y se les retiró el permiso de cruzar las tierras del rey Enrique. Eso fue la ruina de muchos... y la fortuna de otros que surgieron de la nada pero que se acercaron a don Enrique ofreciéndole fidelidad y dinero. Nosotros fuimos de los primeros: de los de la ruina.

—Así que en vuestra familia fueron petristas...

—Sí, doña Leonor, petristas de corazón y de tradición. Acatábamos al Rey verdadero.

Repentinamente Leonor se sintió cerca de la pequeña judía. Su familia también se había arruinado por ser petrista. De hecho ahora recordaba, muy dentro de sus reminiscencias, que en su casa se hablaba de los judíos como de hombres fieles al rey don Pedro.

Recordó que el administrador de su casa se llamaba Samuel y que murió en el sitio del castillo. Y su ama era... ¿Como se llamaba su ama? Algún nombre pugnaba por salir de sus recuerdos, pero no vino.

—Hemos llegado, señora —la voz de Sara la despertó de sus ensoñaciones.

—Ah, ¿es esta la sinagoga? —la pregunta era vana por lo obvia. Era un hermoso edificio. Para entrar había que atravesar un patio que se abría a la calle por medio de una bien trabajada cancela. En esos momentos la verja estaba cerrada.

—Sí, doña Leonor, esta es. Si pudiésemos entrar, del patio pasaríamos a un vestíbulo, de allí arranca una escalera que lleva hasta la galería para las mujeres; arriba esta galería se abre a la sala de oración mediante tres balcones decorados con arquillos polilobulados. Allí se acomodan las féminas y siguen los oficios divinos y las plegarias, viendo pero sin ser vistas.

—Así que las mujeres rezan arriba, en unos balcones. Bueno, tampoco es tan distinto a como se hace en algunas iglesias de las nuestras. Hay unas galerías altas que se llaman el *matroneum,* donde rezan las señoras separadas de los varones —de pronto preguntó, como si se le acabase de ocurrir—: ¿conocéis alguna iglesia, por dentro, quiero decir? —la joven enrojeció. Miró a todos lados por si alguien la escuchaba. Luego se acercó a Leonor y casi al oído le dijo:

—Sí, señora, por curiosidad alguna vez he entrado aunque nos está prohibido —volvió a enrojecer—. No he rezado en ellas. Nosotros no rezamos al señor Jesús sino al verdadero Dios, Adonai, que decimos conversacionalmente Ha Shem.

—Comprendo, Sara, pero... ¿no os habéis parado a pensar que si solo hay un Dios entonces todos le rezamos al mismo Dios, al no haber otro, siempre será el único que recibe las oraciones, llámese como se llame, y así nuestro Dios Verdadero, es vuestro Dios Verdadero? —hablando hablando, habían dado la vuelta al edificio. Ahora se alejaron un poco y lo observaron de nuevo.

—Es muy bonito —opinó doña Leonor— pero debemos ir pensando en volver, si tardamos mucho mi señora tía puede descubrir que nos vamos de paseo en lugar de ir siempre a la iglesia y entonces seguro que optaría por cortarnos las salidas. Vamos, Sara, hagamos el camino de vuelta.

Cogió de la mano a su criada y rodeó la sinagoga para volver a la parte de delante, de pronto tuvo uno de esos extraños presentimientos que de vez en cuando le asaltaban en Córdoba. Vio una callecita estrecha y repentinamente pensó: «La conozco». Supo que era corta y que torciendo a la izquierda había una placita con una fuente, y una

casa con un gran portón y un aldabón con una mano que sostenía una bola. Se soltó de la mano de Sara y corrió hacia el lugar, efectivamente la calle era muy corta y tomando la izquierda halló la placita y la casa con la aldaba que era una mano con una bola. Sin pensarlo dos veces llamó a la puerta con golpes vehementes. Enseguida se abrió, como si alguien hubiese estado esperando tras ella.

—¿Está Ruth? —preguntó al tiempo que ella misma se sorprendía. ¿Quién era Ruth? ¿Por qué había preguntado por ella?

—¿Quién la llama? —inquirió con recelo la criadita o lo que fuese. Era una joven, casi una niña.

—Doña Leonor López de Córdoba —lo dijo sin pensarlo dos veces.

—¿Doña Leonor? Esperad aquí —la niña se fue. Con el corazón batiéndole en el pecho Leonor esperó.

El enviado de don Juan, el falso mendigo, Henrique Almeida, llegó tan pronto como pudo hasta la fortaleza en donde estaba preso y enjaulado el buen caballero don Pero López de Ayala. Pudo acercarse mucho al castillo de Leiria porque el pueblo era como un polluelo bajo las alas de una gallina, es decir, que la sombra del castillo era la que protegía y daba vida al pueblo, que era más bien una pequeña aldea.

Era domingo cuando arribó y se puso a la puerta de la iglesia pidiendo con voz lastimera.

—¡Una limosna para un veterano de la guerra! —encogía una pierna como si la tuviera herida. No importaba si alguien sospechaba que la tal herida no existía. Los mendigos fingían toda clase de males y a veces era notorio que eran simulaciones—. ¡Una limosna para un veterano de la guerra! —así hasta que los feligreses desaparecieron. Verdadera o falsa, la artimaña dio resultado y tras todas las misas se halló en posesión de suficientes monedas de cobre como para permitirse un plato de comida caliente en una fonda. Buscó una, de haberla estaría cerca de la iglesia, como era en todas partes.

A poco la encontró, no parecía demasiado limpia, pero en cambio le pareció que sería barata, un mendigo no podía aspirar a mucho más.

Entró con aire humilde y esperanzado.

—¿Podría conseguir un cuenco de caldo y un plato de bacalao? —preguntó, enseñando al dueño un puñado de monedas. Desconfiado, este las contó minuciosamente y se rascó tras la oreja.

—Las dos cosas creo que no, pero bacalao y pan, sí. Ahora, si queréis caldo, necesitáis pedir un poco más en la calle, aquí, no.

—Sea, patrón, el bacalao y el pan serán suficiente, hace días que no como de caliente y el estómago me ruge.

—¿Venís de muy lejos? —el patrón con un trapo de dudosa limpieza sacudió distraídamente un banco de palo. Sin esperar respuesta dijo— podéis sentaros aquí mismo. Bacalao siempre hay hecho así que no habrá que esperar. Guisado con cebollas y nabos, espero que os gusten.

El hombre, aunque espía de momento, era buen portugués y se le hizo la boca agua. El bacalao con nabos y cebollas era comida de pobres pero muy suculenta y enjundiosa.

—Daré gracias a Dios muy especialmente antes de dormir esta noche, patrón, por haber hallado una casa de comidas en donde se cocine tal cosa. En mi casa, cuando éramos pequeños se hacía un caldero todos los días.

El mesero no tenía ganas de oír las aventuras del mendigo así que farfulló algo y se fue en busca de la comida. Tal y como había dicho, no tuvo que esperar para que esta apareciese. La mesa era de madera basta, el banco rústico y el cuenco en que venía el alimento tosco y ordinario y no demasiado limpio, pero la comida era exquisita y por lo tanto lo demás sobraba, al buen Henrique Almeida le supo a gloria, de modo que con el pan que le había traído el dueño de la fonda se hizo unas sopas para no perder ni una gota del caldo.

—Patrón, aunque mendigo y por lo tanto pobre, necesito dormir en algún sitio —dijo cuando ya se disponía a partir—. Soy honrado y no pido gran cosa, inclusive un granero seco con paja limpia me serviría. ¿Sabríais de algún sitio en donde me podría quedar?

El mesonero se rascó la cabeza como pensando muy gravemente. Al fin se hizo la luz en su caletre y dijo como dudando de su decisión:

—Si sois trabajador y limpio, podríais ayudarme cuando cierre la fonda por la noche, solía hacerlo mi buena esposa pero acaba de traer otro niño al mundo y no puede, ha quedado muy castigada. Si me limpiáis las cacerolas y los platos con agua del pozo, si guardáis todo en su sitio y luego podéis pasar una escoba al local, yo os daría de comer de lo que se hiciese en esta fonda y dormiríais en el suelo con una manta que yo os daría. Aquí nunca hace frío. Durante el resto del día podéis dedicaros a vuestro oficio... si el vuestro es oficio u ocupación, que no lo sé... —se volvió a rascar la nuca ante el arduo dilema: oficio u ocupación, y no era para menos.

—¡Ah, bendito posadero, habéis encontrado a vuestro hombre! —dijo con gran entusiasmo el buen Henrique—. Hace muchos años estuve al servicio del alto señor Antolín Dos Santos, cerca de Braga; allí él tenía a sus mesnadas pues era noble de pendón y caldera, y yo iba con los cocineros en calidad de fregón y limpiador. Sé perfectamente cómo limpiar y fregar las cosas de cocina, no como

otros que no sabrían.

—Entonces está bien. Así quedamos pues, venid cuando toque la campana de la iglesia a oración de la noche —el mesonero también estaba satisfecho, una ayuda por poco precio era un hallazgo en estos días en que todos creían que su trabajo valía mucho—. Por cierto —añadió— me llamo Leandro. ¿Y vos?

—Henrique, *meu senhor*.

Todos se fueron cada uno a lo suyo. El supuesto mendigo a la plaza del pueblo a seguir pidiendo atento a ver si por casualidad podía entablar conversación con algún veterano de guerra o algún anciano desocupado de esos que se aburren tomando el sol en cualquier lugar del mundo. Por su parte, el llamado Leandro estaba satisfecho, con el pretexto de venir a visitar al egregio prisionero, que decían que en su tierra de Castilla era un gran señor, no faltaban visitantes, visitantes que luego recalaban en su fonda buscando algo de comer. Él nunca había tenido tanta faena, no era un gran cocinero pues no sabía hacer muchos platos, pero los pocos que sabía preparar eran buenos y sustanciosos y a los viajeros les parecía todo bien pues por los pocos días que recalaban en Leiria no llegaban a cansarse del menú.

Por unos días todo marchó bien pero Henrique no pudo averiguar gran cosa, la gente era recelosa y rehuía hablar del prisionero; de todos modos estaba atento a cualquier movimiento inusual alrededor del castillo, él era un soldado avezado en su oficio y sabía distinguir el movimiento ordinario de una plaza fuerte con su cambio de guardia y toda la actividad aneja para proteger un castillo, de otra cualquiera que denotaría que algo distinto sucedía o estaba a punto de suceder. Tampoco deseaba atraer la atención preguntando demasiado, así que dejó pasar un tiempo prudencial.

Comparando su vida con la de un mendigo verdadero, hay que reconocer que su existencia era bastante muelle. Comía tres veces al día en la fonda, a veces de sobras o comida fría del día anterior, pero era al fin y al cabo comida buena. Dormía bajo techo cerca del hogar cuando este se apagaba así que no pasaba frío. Maese Leandro no era mala persona, algo espeso de mollera, pero nada más. El mesonero intentó convencerle para que se quedase con él. La verdad es que Henrique había resultado ser una buena ayuda. A poco de estar allí, Leandro vio cómo sus mesas, mugrosas con suciedad de años, relucían como recién hechas, unos cepillos de esparto, mucha agua y arenilla, hicieron el milagro de sacar a luz la veta de la madera. También Henrique refregó con arenilla del río las sartenes y cacerolas de modo que el cobre parecía oro y el hierro plata. Los cuencos perdieron el tufillo a rancio y las cucharas de palo eran tan blancas que parecían

de yeso en lugar de madera. Para eso las hacía hervir con ceniza del hogar.

—Maese Leandro, si me facilitáis aceite de linaza os daré aceite a las mesas y bancos y así durarán más y tendrán un color hermoso por muchos años.

—¿Y cómo es que un mendigo viene a saber tantas cosas? —preguntó algo receloso el mesonero.

—¡Ay, maese Leandro, no siempre fui mendigo! Ser mendigo solo es ser pobre, no ignorante, mi padre fue carpintero y en cuestiones de madera puede decirse que la he mamado. Si tenéis algo por remendar, os lo puedo hacer, siempre que hallemos herramientas o aparejos adecuados a lo que queramos remendar —el buen mesonero pensó que hacía tiempo que necesitaba una cama más grande, ¿sería capaz su ayudante de fabricarle una?

—Tengo algo de curiosidad, maese Leandro —dijo un día el ayudante mientras sacaba las cenizas del fogón apagado.

—¿Y qué curiosidad es esa?

—El prisionero, ese que dicen que está en el castillo. ¿Solo lo pueden visitar los nobles? —el buen Leandro se echó a reír.

—No, no, de ningún modo. En este pueblo todos lo hemos ido a ver. Pero os advierto, no hay nada extraordinario. Es un hombre como los demás. Está vestido con la misma ropa con que lo cogieron, que por cierto es de buena calidad y alguna vez estuvo bordada, pero hoy está tan rota y sucia que da pena. Por los agujeros le asoman los codos y las rodillas. En fin, que cualquiera puede verlo, hay gente que va allí todos los días por distraerse. Está en un salón dentro de una jaula, hay dos soldados que vigilan que la gente no se ensañe con él, está prohibido tirarle mondas ni piedras, y eso que algunos todavía lo intentan. Tampoco se le puede insultar, lo ha prohibido el Maestre de Avís, digo el señor rey don Juan. El prisionero tiene dentro de su jaula un jergón con una manta y una mesa con silla. Es todo muy curioso. Yo de vos, iría a verlo. Cuando pase el tiempo lo podréis contar a vuestro nietos. Un gran señor enjaulado como una fiera... Hace sus necesidades en un cubo, a la vista de todos, hay quien espera todo el día para verlo. La culpa la tiene ese Rey de Castilla, su señor, que le mandó con soldados a Aljubarrota —ahora que había cogido la hebra, el buen Leandro no paraba de hablar. Henrique le miraba como embobado asintiendo a cada palabra; el mesonero, al notar que lo que decía interesaba, no paraba en su explicación. Por fin dijo—: así que yo de vos iría a verlo, de verdad, en el castillo no se oponen a que entre cualquiera: soldados, monjes, nobles, plebeyos y villanos, niños y viejas. Al preso tampoco parece importarle, está siempre sentado en

su silla, escribiendo, escribiendo, escribiendo...

—¿Que está siempre escribiendo? ¡Qué extraño! ¿Y qué escribe?

—¡Váyase a saber! Los nobles son tan raros, a lo mejor redacta su testamento.

Esa noche, antes de dormir, Henrique Almeida se propuso al día siguiente ir a ver con sus propios ojos al prisionero, al excelentísimo señor canciller de Castilla don Pero López de Ayala. Ahora sabía que el hecho de acercarse a verle, no le haría sospechoso.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Al día siguiente, cuando el mendigo se preparaba para empezar su jornada con la intención de subir luego hasta el castillo, corrió como el fuego una noticia: esa mañana bajarían al preso a la plaza para que los que aún no lo habían visto, lo viesen a placer, luego se lo llevarían a otro sitio.

Capítulo XX

DE CÓMO DON RUY DESAPARECIÓ EN CASA DE SU TÍO, Y DE CÓMO LEONOR ENCONTRÓ DOS AMIGAS.

Todos quantos vevimos que en piedes andamos,
Siquiere en presion, o en lecho iagamos,
Todos somos rome(r)os que camino andamos:
San Pedro lo diz esto, por él vos lo probamos.

Gonzalo de Berceo. Introducción a *los Milagros de Nuestra Señora.*

Después de que Leonor hubiese llamado a la puerta de una casa en la judería y preguntado por Ruth sin saber a ciencia cierta por qué, Sara y Leonor esperaron con paciencia a que alguien viniese. Sara contemplaba con admiración a su señora, no atreviéndose a decir nada. ¿Cómo sabía ella que en esa casa vivía alguna Ruth, si nunca había estado en la aljama? Al rato se oyeron unos pasos torpes como si alguien caminase con dificultad arrastrando los pies.

Llegó una mujer ya anciana con un rostro gentil y el pelo blanco. Tenía arrugas bondadosas alrededor de unos ojos que habían llorado mucho. La boca, todavía de color fresco, se abatía hacia abajo en un gesto de paciente desencanto. Leonor se sintió inmediatamente atraída por la desconocida. Antes de que hablase, la anciana se dirigió a ella.

—Hermosa señora, ¿quién decís que pregunta por mí?

—Leonor López de Córdoba —al oír el nombre, la anciana trastabilló y por poco se cae al suelo.

—¿Pero Leonorita no ha muerto?

—¡No, no, de ninguna manera! No he muerto, Dios me ha salvado y soy yo, Leonor López de Córdoba —la anciana se acercó mucho para mirar muy de cerca a la joven que había preguntado por ella. Sus ojos no eran ya muy buenos.

—¡Bendito mil veces el eterno Ha Shem! ¡Soy Ruth, Ruth, vuestra aya! Soy el ama que os amamantó cuando murió vuestra señora madre. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí, mi pequeña señora? —mientras hablaba, la abrazaba y lloraba a un tiempo—. ¡No habéis muerto! Y tanto como he rezado a Isaac, a Noé y a Elías, para que algún día nos encontrásemos en el seno de Abraham...

—¡Ea, ea, ama —Leonor también volvió a ser niña en un momento— no hay que llorar! Estamos ambas vivas y nos hemos hallado por la voluntad del Altísimo y porque la Virgen María vela por mí.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, Leonorita? —preguntó, todavía incrédula, la anciana señora.

—Pues en verdad que no lo sé —contestó la joven, admirada de su

acierto—. Paseaba por la judería con mi criada Sara y de pronto me pareció que conocía esta calle y esta casa y que había de llamar a una puerta conocida y preguntar por Ruth. Eso es todo, porque os llamáis Ruth, ¿verdad?

—Sí, claro, ya os lo he dicho, Ruth. Por lo que me decís ahora comprendo cómo habéis acertado con la casa. Cuando vuestro padre venía a Córdoba, cuando erais muy niña, salíamos todos los días a pasear y yo os traía a casa, a esta casa. Vinimos muchas veces, a vuestro padre no le importaba. Mi madre había sido su ama de leche y yo la vuestra, por ello me tenía en gran estima. Bendita sea su alma. Sé cómo murió el señor Maestre, ¡qué desgracia mi niña, qué terrible desgracia! El administrador del querido Maestre, Samuel, mi primo, también murió en el sitio —se hacía tarde y Leonor hubo de despedirse.

—Ama, sintiéndolo mucho, tengo que irme. Vivo con mi señora tía, doña María Carrillo de Albornoz, y a ella no le gusta que no esté en casa puntualmente. Volveré mañana o pasado, en cuanto pueda, y hablaremos. Por ahora mantenedlo en secreto, no digáis a nadie que he venido y que nos hemos encontrado hasta que se me ocurra algo —la abrazó como si fuese una madre. Por fin había hallado alguien que la amaba—. Me voy, ama, volveré muy pronto y os contaré mi vida. Estoy viva pero mi experiencia ha sido terrible. Adiós, ama, os veré mañana o pasado.

Salieron ambas, Sara y Leonor, casi corriendo para llegar a tiempo a casa de doña María. Esa noche Leonor a la hora de cenar casi no habló, pensaba en cómo sería su vida de ahora en adelante; tenía una amiga secreta, una confidente, alguien que la conoció de niña y que le podría contar cosas de su madre, sin duda habría sido una señora muy hermosa y muy buena y gentil.

Don Ruy Gutiérrez de Hinestrosa se llevó como pudo a su camarada el capitán Juan de Sotto Maior lo más lejos posible del malhadado campo de Aljubarrota. Don Juan estaba herido y no podía caminar largas jornadas. Había perdido mucha sangre y la debilidad no le dejaba andar, ni siquiera montar largo tiempo a lomos del mal jamelgo que se habían agenciado. No fue difícil hallar un caballejo flaco y lleno de mataduras; después de la batalla sobraban animales sin dueño, solo que los buenos ejemplares ya habían sido recogidos por los saqueadores y por los campesinos de la región. El jamelgo que hallaron no había suscitado las ambiciones de nadie. Era tan flaco y maltratado que parecía que a cada paso podría desplomarse y dejar descansar sus huesos. Pero don Juan tampoco pesaba mucho, así que montaba como podía al pobre penco.

Poco a poco se fueron aproximando a la frontera, era mejor dejar el país que ahora era enemigo, aunque esperaban pasar desapercibidos como soldados de Castilla. Don Ruy, que hablaba un aceptable galaico-portugués pasaba con cierta facilidad por portugués del norte del país, don Juan se mantenía callado, al fin y al cabo no tenía ganas de hablar pues su debilidad le impedía mantener alguna conversación.

Por fin el pobre jaco entregó su pellejo a la tierra y su alma al dios de los caballos y descansó para siempre. Los dos soldados hubieron de continuar su camino a pie. Sin embargo, para entonces don Juan estaba algo repuesto y así podía andar pequeñas jornadas, haciendo camino hacia la frontera; por suerte se hallaban cerca de un pueblo que resultó ser Pontével, lugar tan mísero que no había posada para peregrinos ni mercaderes. Preguntado un lugareño, les señaló como posible alojamiento el monasterio del lugar. Según costumbre, en los distritos en que no había otro cobijo posible, los monjes solían ofrecer un lugar en el establo con paja seca para dormir y un trozo de pan para comer. Para un viajero exhausto era más que suficiente. Estremoz no se hallaba lejos y los viajeros que paraban en Pontével, lo hacían porque estaban ya muy cansados y no podían llegar hasta Estremoz en esa misma jornada.

Este monasterio fue el lugar en que pararon los dos compañeros de armas y en donde el monje lego que cuidaba las cuadras les había identificado como dos castellanos que huían de Aljubarrota hacia Badajoz. El caritativo monje no dijo nada hasta que estos se hubieron ido pero luego lo comentó con el mensajero de doña María Carrillo de Albornoz, es así como la dama llegó a sospechar que el marido de su sobrina estaba por el mundo como soldado de paga, pobre y posiblemente herido. Por las noticias que le dio su mensajero, doña María presintió que don Ruy no había recobrado su fortuna ni sus señoríos. Era tan menesteroso como su sobrina, dos pedigüeños, pobres como las ratas. De momento doña María mantuvo en secreto su sospecha.

Don Ruy llevó a su cofrade hasta la frontera y de ahí hicieron camino a Badajoz, en esa ciudad tenía don Ruy un tío lejano que al menos, esperaba, los acogería por un tiempo hasta que ambos, don Ruy y don Juan, se repusiesen de las heridas del cuerpo y del alma.

Don Lope Fernández de Padilla, el tío de don Ruy, era un hombre anciano que gustaba de recordar sus días de guerrero. Olvidaba muchas cosas pero no las batallas en las que había tomado parte y los nombres de sus camaradas, vivos o muertos. Al ver a su sobrino se alegró en extremo, pareció no recordar que este se había casado hacía mucho tiempo con Leonor López de Córdoba, ni que había estado

preso en las Reales Atarazanas de Sevilla durante muchos años, ni que el suegro de su sobrino, el Maestre de Calatrava, había muerto de manera atroz. Solo pareció interesarse por Aljubarrota y se hizo contar una y otra vez todo lo que los dos soldados podían relatar de su propia experiencia y de lo que luego vieron en su camino de regreso a casa.

—Y así, señor tío, abandonamos el campo habiendo salvado la vida pero heridos tanto en el cuerpo como en el alma por la terrible derrota —terminó su relato don Ruy.

—¡Heroicos soldados, ambos! —comentó el entusiasmado anciano —. Mañana me lo contaréis de nuevo, yo ya no disfruto más que con los relatos de lo que otros pueden hacer, soy tan viejo que me cuesta arrastrar mis propios huesos ¡Ah, habríais de haberme visto a los veinte años, como un titán a lomos de mi corcel, haciendo molinetes con mi espada y lanza en ristre! Pero perdonadme. Mandaré que os preparen aposentos dignos de vuestra grandeza. Sois los dueños de todo lo que haya aquí. Vivo solo, mis dos hijos están lejos, con los ejércitos del Rey y mi única hija murió de sobreparto, ¡el buen Señor la tenga en su gloria! ¿Os quedaréis ambos un poco conmigo?

Y así fue como se perdió el rastro de don Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, que, cansado de guerrear y de ser pobre, se quedó con su tío don Lope Fernández de Padilla en la ciudad de Badajoz. No podía afrontar la vergüenza de ser pobre y de no poder mantener a su esposa. Por un tiempo les acompañó don Juan de Sotto Maior, pero cuando se sintió curado, dio las gracias y se marchó a dar noticia a su familia de que estaba vivo y bien, y de esta manera don Ruy se quedó con su anciano tío que estaba más que contento de tener alguien con quien hablar de guerras y batallas. El soldado, por su parte, estaba cansado, muy cansado y se quedó por no saber qué hacer ni a dónde ir.

Don Juan I de Castilla no había olvidado a la joven Leonor que vivía con su pariente, doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz, ni al padre de la joven, el difunto Maestre de Calatrava que tan vilmente había sido conducido a la muerte por don Enrique, descuartizado y sus restos arrastrados por el polvo de las calles. Don Juan había prometido al cardenal don Pedro de Luna velar por ella desde lejos y tratar de hacerle justicia sin menoscabo de lo que su padre don Enrique había hecho. También recordaba su alteza cómo Leonor les había leído con hermosa voz libros de gran contenido, causando con ello la admiración de todos los sesudos varones que nunca habían oído leer a una dama otra cosa que no fueran sus breviarios y libros de oraciones.

Ahora tenía algo que comunicar a la hermosa joven. Por su parte,

don Juan, había mandado emisarios a todas partes en donde le constaba que el padre de doña Leonor había tenido posesiones y señoríos. No deseaba su alteza desposeer a los nuevos dueños de lo que ahora, legalmente, poseían, sino más bien enterarse del estado de tal herencia por si alguno de los nuevos poseedores había muerto sin testar o sin tener hijos varones que heredasen tales señoríos. En ese caso podría, sin faltar a la justicia de su señor padre, retrotraer la propiedad a Leonor, al menos con la ficción jurídica de atribuirlo a su esposo, el desaparecido Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, si lo recuperado era señorío solo para varón, es decir, señorío agnado riguroso. Estaba dispuesto inclusive a intercambiar un señorío por otro, entregar uno de realengo a cambio de alguno que hubiese sido quitado a los López de Córdoba, a modo de satisfacción para los nuevos propietarios, en caso de que estos se aviniesen a un intercambio.

Un heraldo vestido con los colores reales llegó a casa de doña María. Esta se quedó sin aliento cuando el emisario se negó en redondo a darle la misiva que traía.

—Lo siento, doña María, su alteza os manda sus cumplidos y queda a vuestros pies, pero el mensaje es para doña Leonor y he de entregarlo en sus manos.

—No puede ser, ella, por lo que sabemos, es viuda y está bajo mi cuidado y todo, por su honor y buen nombre, ha de pasar por mis manos. Cartas o cualquier otra cosa.

—Doña María, insisto en que su alteza me ha dicho que la misiva es para entregar solo y únicamente a doña Leonor. Para el Rey no hay reglas ni costumbres que romper, ni otro consentimiento que valga más que el suyo. Es su voluntad que solo lo lea ella misma —con un dejo de ironía añadió— además, mía señora, he de esperar respuesta de la dama, respuesta que ha de escribir delante de mí, no de vos —si la dama se sintió ofendida, no lo demostró.

—Decid a su alteza que agradezco sus saludos y ahora mismo llamaré a mi sobrina. Esperad en el salón —agitó una campanilla y al punto apareció una servidora.

—¿Llamabais, señora?

—Decid a doña Leonor que venga al punto —se inclinó la azafata y salió. Tardó un poco en volver, con rostro preocupado dijo:

—Doña Leonor no está en sus habitaciones, es probable que esté en la iglesia. ¿Queréis que vaya en su busca?

—No Aragonta, no hace falta, el emisario esperará, ¿verdad? —el así interrogado asintió con la cabeza.

—Mientras espero, mía señora, ¿puedo sentarme? —por muy emisario real que fuera el cartero, para doña María era un sirviente y

la señora no podía consentir que se sentase delante de ella, así que se levantó y empezó a andar hacia la puerta.

—Claro, yo me voy a mis quehaceres, sentaos mientras esperáis a mi sobrina, dejaré dicho que en cuanto venga acuda a esta estancia.

Muy apresurada, y con colores en las mejillas, compareció doña Leonor acompañada de su fiel Sara. Cuando llegó a su cuarto, la joven se halló a la puerta de la habitación con un recadero de su señora tía: había un mensajero esperándola en el salón de azur, llamado así porque en los reposteros de las paredes predominaba ese color, el azul cielo.

Se aseó un poco mirándose en el *reflectorio* por si tenía el peinado descompuesto después de su veloz caminata de regreso hasta su casa. Se vio hermosa, con colores en las mejillas, que parecían dos rosas por el ejercicio realizado. Se colocó una cadena con menudos corales alrededor del cuello y se volvió a mirar. Estaba todo bien. Acompañada de Sara, andando con rapidez por los sombríos corredores de piedra, se encaminó al salón de azur, ¿quién sería el que le mandaba un emisario? Ella no conocía a nadie, excepto por don Fernán y don Álvaro Carrillo de Albornoz, pero ellos no eran tan formales, seguramente habrían mandado carta para ella y para doña María y este, por lo que le parecía, solo traía carta para ella.

Sara entró antes en la habitación y anunció con sencillez:

—Mi señora, doña Leonor López de Córdoba —seguidamente hizo su entrada Leonor. Al oír el nombre, el heraldo se puso en pie aguardando a la mencionada señora. Lo que vio le llenó de admiración: una encantadora joven con el pelo recogido en un rodete del que se escapaban grandes bucles de cabello rojizo, hermosos ojos en donde se leía una curiosidad apenas disimulada y mejillas sonrosadas. Ella, tan pronto como le vio le habló.

—Dios os guarde, heraldo del Rey nuestro señor natural, digo eso porque por los colores de vuestro tabardo y las armas que lucís, colijo que sois heraldo real.

—En efecto, doña Leonor, vengo de parte de don Juan y soy portador de una misiva privada solo para vos.

La curiosidad podía más que ninguna otra consideración. Era la primera vez que recibía una carta solo para ella, y además era de parte del Rey en persona. ¿Qué podría decirle su alteza? Por un momento temió que alguna desgracia caería sobre ella, pero luego se tranquilizó porque para tomar preso a alguien, no se le mandaba un emisario ni un persevante, como era el caso; en esos casos bastaba con el sayón real.

—Dádmela, pues, señor persevante —extendió la mano para tomar

la misiva y el emisario le dio el documento, estaba cuidadosamente plegado y sellado con lacre rojo del que pendía una cinta que hubo de cortarse antes de poder abrir la carta.

—Señora, esperaré fuera de la habitación mientras leéis la carta de su alteza. En todo caso permaneceré hasta que me digáis si hay respuesta.

—¡Ah, perdonad, señor persevante! Sara, llevad al mensajero a algún lugar en que se le dé de comer y pueda luego descansar —se sintió humillada pues no podía ofrecerle albricias, como era costumbre. Ella no tenía nada suyo, ni una mísera moneda. Sara y el hombre salieron de la estancia y Leonor se acercó a una ventana para mejor leer su carta.

De don Juan, Rey de Castilla, a doña Leonor López de Córdoba. Salud y gracia.

Sépades que todo este tiempo he estado tratando de averiguar qué sucedió con todo vuestro patrimonio, pues siendo mujer y sola no teníais ninguna posibilidad de averiguarlo vos misma con vuestros medios. A este fin había enviado emisarios a varios y distintos lugares de los que fueron del Maestre de Calatrava, vuestro señor padre y de vuestra madre, doña Sancha, mi pariente, ya difunta. Me temo, querida niña, que todo se ha perdido al cambiar de manos y haber pasado tantos años de todo ello. Sin embargo hay una leve esperanza de que entréis en posesión de un señorío grande y rico que os proporcionaría un pasar más que adecuado a vuestro linaje, no obstante hay un problema legal, no es un señorío que pueda pasar a manos de una dama pues es de agnación rigurosa así que necesitamos que aparezca vuestro marido o que os caséis si este ha fallecido, así, nominalmente, él sería el administrador de los bienes y no habría colisión con la letra de la ley.

¿Tenéis noticia de vuestro señor esposo? ¿Vive aún? ¿Acaso Nuestro Señor le ha llamado a sí? Yo mismo no he llegado a conocer nada de él ni por dónde anda, en caso de estar vivo.

Dadme noticias, doña Leonor, si sabéis más que yo, y si sois viuda, os proporcionaré un buen marido que al menos os saque de la tutela de doña María. Seréis entonces una dama desposada, dueña de vuestra casa y de vuestros actos. Inclusive, señora, es posible que con un buen marido ya no necesitéis ni un señorío pues él aportaría los suyos, si los tuviese. Y ya vería yo de desposaros con varón de medios suficientes.

Contad con mi protección y buena voluntad en este asunto y escribidme una respuesta a este tenor para tomar una decisión si llegase el caso.

Vuestro Rey y pariente por parte de madre.

Yo, el Rey.

El bueno de Henrique Almeida se preparó a ver con sus propios

ojos al prisionero que tanto interesaba al rey don Juan de Castilla. Como le habían dicho que lo bajarían del castillo de Leiria a la plaza de la aldea, se sentó junto a la pared de la iglesia y allí se estuvo esperando que llegase el infeliz enjaulado. Era más que mediada la mañana cuando llegó un traqueteante carro tirado por bueyes, encima del carro iba una gran jaula de barrotes de hierro negro cuyo suelo estaba cubierto de paja, como se hace con las fieras. Esta jaula tenía además un camastro con una manta arrugada, una mesa y una silla, un cubo con tapa y un cajón o cofre de pequeñas dimensiones, todo apretadamente ensamblado para que cupiese. El preso iba de pie, agarrado a los barrotes y miraba al exterior sin ver nada, la vista fija en un lejano infinito, quizás inclusive pensando en otro sitio, otra vida muy lejana.

Al llegar al sitio escogido se paró el carro y el preso quedó expuesto a la vista de todo el mundo, él pareció no inmutarse. Era verdad lo que le había dicho el mesonero, el cautivo iba mal vestido con ropas que en su tiempo habían sido lujosas y de hermosos colores, ahora de jirones pardos y a través de los rotos y descosidos se le veían las carnes, no obstante aún reunía un aire de dignidad y de lejanía con el vulgo que le gritaba y le silbaba. No iba solo, unos soldados acompañaban a la carreta por ver que el preso no escapase en algún descuido del carretero o del guardián y también para que la gente no le tirase piedras o verduras podridas como habían hecho al principio. Era voluntad de don Juan de Avís que su preso le durase mucho tiempo, a mayor magnificencia de Portugal y su gloriosa victoria. No era cosa de que una mala pedrada le privase de su trofeo.

Durante un tiempo la gente se arremolinó para ver al noble hidalgo apresado en Alcaçoba y encerrado en una jaula como una fiera salvaje, pero luego se aburrieron y se fueron marchando excepto por algunos críos que corrían alrededor del carromato jugando más que otra cosa, sin prestar atención al cautivo. Nuestro mendigo esperó pacientemente hasta que todos se hubieron ido, luego se acercó al que parecía el jefe de los soldados.

—A la paz de Dios, señor capitán.

—Él os la dé, buen hombre —se extrañó el capitán al ver que un mendigo se dirigía a él con tan buenas palabras. El pedigüeño continuó.

—He oído decir, mío capitán, que el noble señor preso va a ser llevado lejos de nosotros. Yo he venido de bastante distancia para verlo, mi casa está en el norte... —así continuó contando una historia bastante verosímil, y terminó diciendo— pero me han dicho que se marcha hoy mismo.

—Efectivamente, es deseo de nuestro Rey que sea paseado por otras ciudades de modo que la mayor parte de los portugueses puedan ver lo que les pasa a los invasores castellanos si osan cruzar la raya que nos separa.

—¡Bien hecho! Una gran idea de parte de nuestro Maestre de Avís —miró al preso un rato y pareció compadecerse de él—. No obstante señor capitán, parece un buen hombre y siendo noble, estará humillado por verse en esta tesitura. Mal vestido, en una jaula y teniendo que hacer sus necesidades a la vista de todos...

—Él se lo ha buscado —dijo con indiferencia el capitán—. Nadie le llamó aquí.

—Es cierto, mío capitán, pero yo soy buen cristiano aunque soy un pobre mendigo y apenas tengo para comer todos los días, y si me lo permitís me gustaría darle alguna de las monedas que he recogido hoy. Al fin y al cabo me las han dado otros cristianos —abrió la mano y enseñó un puñado de ínfimas monedas de cobre—. Una pocas no creo que le sirvan de gran cosa y menos estando encerrado en una jaula, pero le harán saber que no todos desean arrojarle piedras, lo haré por amor a Cristo crucificado, Nuestro Señor que sufrió en la cruz.

—Haced lo que queráis pero hacedlo pronto, hemos de irnos. ¿Cómo os llamáis?

—Pedro, hermano Pedro.

—¿Hermano Pedro? —se extrañó el soldado—. ¿Sois acaso monje?

—Monje lego, no he sido tonsurado. No tengo bastante inteligencia para recibir las órdenes sagradas, pero estuve tres años sirviendo como donado en el *Mosteiro de Sao Beto*, en Castro de Avelas, que está a milla y media de Braganza.

—¡En el *Mosteiro de Sao Beto*! Nuestro Rey ya sabéis que es muy devoto de ese monasterio, de hecho ya ha dicho que si algún día casa a un hijo, lo hará en ese monasterio de San Benito.

—Y bien, señor capitán, por el santo Benito y por todos los santos monjes que ha habido en Portugal, ¿me dejáis que le dé una limosna al preso?

—Nos tenemos que ir, hermano Pedro, dadle las monedas norabuena que nos vamos —gritó entonces con una gran voz—. ¡Preparad los bueyes, enganchad la carreta! ¡Vámonos!

Mientras todos se afanaban en cumplir las órdenes del capitán, Henrique Almeida se acercó al preso y en alta voz como para ser escuchado por todos le dijo al preso:

—Hermano preso, en nombre de Nuestro Señor Jesús os bendigo en vuestra desgracia y quiero compartir con vos lo que mi Señor me ha

enviado hoy por la caridad. Tomad unas monedas —extrañado el preso no extendió su mano pero el mendigo le hizo una señal imperiosa de que lo hiciese, entonces don Pero López de Ayala sacó su mano de entre los barrotes y dijo:

—En Su Nombre, buen hermano, recibo vuestra limosna, que vale más que mil escudos pues dais lo que necesitáis para sobrevivir. Nunca me dieron más —el mendigo tomó la mano del preso y dejó allí sus monedas, luego le apretó el puño muy fuertemente con sus dos manos.

—Adiós, hermano cautivo —luego con súbito buen humor exclamó —: no dejéis de contarlas a solas, a lo mejor hay más de lo que creéis.

La carreta inició su chirriante viaje, empezó a llover y el preso se arrebujó en una especie de manta aguadera y se puso a rezar, solo Él a quien rezaba podía compadecerse de su miseria. Al cabo de un tiempo se acordó del óbolo del extraño mendigo y lo sacó de su bolsillo entre las monedas de cobre había una de oro purísimo. Se quedó atónito. Con cuidado para no ser visto intentó identificarla. Descifró la leyenda que la circunvalaba: *JOHANNES DEI GRATIA, REX CASTELLAE ET LEGIONIS*.

¡Una moneda de curso legal en Castilla! Y era de oro puro. El mendigo, sin duda no era tal, sino un enviado del señor rey don Juan de Castilla. ¡No le habían abandonado! Se guardó la moneda en un zapato y volvió a rezar al Señor Jesús. Llovía apaciblemente pero él no se enteró. La carreta chirriaba mientras los mansos bueyes arrastraban su peso. Por fin llegaron a un cobertizo donde todos se detuvieron a pasar la noche. Era mejor no seguir pues los caminos eran lodazales y bajo el cobertizo al menos se podrían todos refugiar y comer e incluso descansar cómodos si hacían una hoguera y así calentarse.

Pronto los soldados y el carretero se mudaron de ropa. Un caldero hirviente con algo sustancioso en él empezó a llenar con su aroma el lugar. Tocino, un trozo de cerdo en salazón, ajos, coles y nabos, todo hervía junto. Por fin se repartió el condumio acompañado de pan y queso. Quedaron satisfechos y a los hombres el cocido se les antojó un festín después del chaparrón y el frío pasado.

Por lo visto el capitán no era mal hombre, compadecido del prisionero se acercó a él.

—Me han dicho que en vuestro país sois un noble caballero.

—Es cierto, amigó mío. Pero los presos no son nobles ni son nada.

—Bueno, no vamos a filosofar. Si me dais palabra de no intentar escaparos, os dejo acercaros al fuego.

—Entonces, amigo, os doy mi palabra de caballero —se acercó el capitán y con una herrumbrosa llave abrió la puerta.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó mientras le ayudaba a salir de la jaula y saltar al suelo.

—Pero, amigo mío, me bautizaron como Pero.

—Está bien, don Pero, tomad asiento junto al fuego y comed con nosotros. Pero antes cambiaos de ropa, estáis empapado —le lanzó una muda seca—. Es de soldado, ropa de pobres, espero que no os importe —le miró un rato y luego dijo—. Vuestra ropa de momento no es mucho mejor, señor mío.

Don Pero se sintió agradecido. La ropa seca era un consuelo y el olor a leña ardiendo y el cuenco con comida caliente, se le antojaron lujos casi fastuosos. Nunca cuando fue rico y poderoso, comió con más apetito y agradecimiento una comida tan humilde. No duró mucho tanta fortuna.

—Me temo, don Pero, que habéis de volver a vuestra jaula para pasar la noche, espero que la comida y el fuego os hayan servido de consuelo. Hacedme el favor de echar fuera la paja que debéis de tener mojada por el viaje. Aquí hay harta yerba seca que os hará las veces y al menos podéis dormir mejor que empapado.

El alto y nobilísimo señor don Pero López de Ayala se apresuró a vaciar de paja mojada su jaula y a reemplazarla con pajón seco. Estaba contento y satisfecho. El señor rey don Juan no le había olvidado. Un mendigo le seguía los pasos. Había comido de caliente. Vestía ropa seca y limpia, se había caldeado en una hoguera junto con otros hombres. Tenía una moneda de oro en sus zapatos. Estaba sano y tenía esperanzas. ¿Se podía pedir más a la vida?

Volvió a rezar y se quedó dormido.

Capítulo XXI

EL DUQUE DE LÁNCASTER INVADE CASTILLA. EL REGRESO DE DON RUY GUTIÉRREZ DE HINESTROSA.

El Rey ha embiado por él quatro mensajeros,
Que se vaya a palacio, que allá están los cavalleros,
Vo con él saz cuitado, ca non tengo dos dineros
Que yo coma aquel día nin otros mis compañeros.

De los Hechos de Palacio, «*Ejemplo de un vasallo que regresa a la Corte para cobrar el sueldo*», de don Pero López de Ayala.

El señorío de Aguilar había sido de don Martín López de Córdoba y en puridad habría sido heredado por su hijo, el pequeño don Lope, muerto de la peste en las Reales Atarazanas de Sevilla. En sus orígenes había sido un señorío de realengo; esto es, propio de la corona. En el primer año de su reinado, Pedro I, se lo cedió a Alfonso Fernández Coronel. Debido a sus crueldades y sinrazones, Alfonso Fernández Coronel se desnaturalizó de don Pedro y este terminó por matarlo degollándole. Era este Alfonso Fernández Coronel el padre de la monja que ya conocimos en Sevilla, favorecedora de doña Leonor: doña María Coronel.

Muerto en el patíbulo el noble Alfonso Fernández Coronel, el Rey entregó el señorío a su fiel maestre de Calatrava, don Martín López de Córdoba. Pasados tantos avatares, muerto alevosamente don Martín y sus herederos esparcidos como el viento y desaparecidos en cárceles y en la peste, el señorío había pasado a manos de otro noble señor, don Gonzalo Fernández de Córdoba, pero él había muerto y había un pleito entre la corona y el sobrino y sucesor de don Gonzalo, por la titularidad del señorío. Ahora don Juan pensaba hacer un trueque con él, si finalmente los togados decidían que el señorío era de aquel sobrino: don Juan Ximénez de Córdoba, de manera que doña Leonor tomase posesión de al menos una heredad de lo que habría sido su patrimonio si don Enrique no se hubiese dedicado concienzudamente a borrar todo rastro de él. Compadecido de doña Leonor deseaba hacerle justicia, pues bien sabía don Juan que Dios pone a los reyes en el mundo para que impartan justicia y si no lo hacían, los reyes sobraban sobre la tierra. En la conciencia de don Juan clamaban al cielo las injusticias de su tío don Pedro el Cruel y de su mismo padre, Enrique, el de las Mercedes. En ello estaba cuando le llegaron graves noticias de La Coruña.

El rey don Juan de Castilla llamó a su capitán mayor a su presencia. Era perentorio que hablaran de asuntos muy urgentes. Había llegado a su conocimiento que una flotilla de buques había

apresado a uno de sus pacíficos barcos mercantes y lo que es peor que la nave capitana llevaba izado en el pabellón mayor las enseñas reales. Era un gran barco, provisto de cañones, de nacionalidad lusa cuyo nombre era O Terror dos Mares, estaba acompañado por naves más pequeñas y maniobreras y según todos los indicios eran barcos del duque de Gante. Si los pequeños barcos de la flotilla venían cargados de los temibles *longbows* había que prepararse para su acción.

—Señor capitán, deseo que a la mayor urgencia convoquéis a los capitanes de nuestro ejército para que entre todos forjemos un plan de acción para el caso bastante probable de que seamos invadidos por fuerzas conjuntas de Portugal e Inglaterra —el capitán, que todavía no se había hecho con todos los datos después de la muerte de don Pedro González de Mendoza, se afligió, no estaba aún al tanto de todo lo que un buen estratega debía conocer.

—Alteza, después de nuestra derrota estamos diezmados y casi no quedan capitanes experimentados, todos son como yo mismo, substitutos de los que murieron, y ni ellos ni yo tenemos la suficiente experiencia como para dar *consilium et auxilium* a vuestra alteza. De los experimentados quedan pocos, y de los que quedan, muchos aún no se han repuesto de sus heridas o están enfermos y algunos están aún presos en Portugal.

El Rey se paseó de un lado a otro de la habitación. Bien sabía que el capitán mayor tenía mucha razón, pero el momento era grave y había que tomar decisiones inmediatas y los hombres que hubiese, novatos o veteranos, era lo que había y con ellos se habría de defender el reino.

—Sé que tenéis razón, mío adalid, no obstante no podemos escoger. Mandad hoy mismo recado a todos los que sepamos que no han muerto, a los capitanes y a los que sean señores de vasallos; que se presenten enseguida ante mí. Los del sur que vengan aquí, a Sevilla, los del norte que me esperen en Burgos. Mientras iremos ganando tiempo, convocad a la *militia regis* y avituallad a los ejércitos que podamos reunir esta semana. En ocho días partiremos hacia el norte, al parecer el duque de Láncaster ha visitado La Coruña con malas intenciones y aunque viró sus naves sin atracar en puerto, nos parece que solo estará buscando otro lugar más a propósito para sus planes. Hemos de salir a su encuentro y en caso de que ya haya tomado tierra en Galicia, no hay que dejarle salir de ahí. El camino de salida hacia las tierras llanas es fragoroso y no debemos dejarle salir de Galicia. Luego, según los hombres de que dispongamos, planearemos un contraataque o una defensa cerrada. En todo caso hemos de evitar que los ingleses se desparramen por nuestra tierra y vayan tomando plazas

fuertes. Así sería luego más difícil reconquistar lo perdido. ¡Y Dios no quiera que inclusive puedan tomar nuestros dominios para doña Constanza, mi prima!

Así en seguida se puso en marcha la lenta maquinaria de la defensa. Debido a la premura del tiempo se obviaron ciertos protocolos y se empezó rápidamente a reunir bastimentos y vituallas para partir cuanto antes, sin saber a ciencia cierta de cuántos hombres se dispondría. Se reunieron barriles de cecina, aceite y vino, sacos de harina y galleta, aceitunas, sardinas en salazón y todo lo que una multitud de hombres puede necesitar para la magra comida de campaña. Era costumbre comprar por el camino, si era posible, alimentos frescos, como ovejas, cabritos o aves, harina o trigo, pero no siempre se disponía de suficiente cantidad en los pueblos por donde pasaba un ejército, así que lo más prudente era llevar lo suficiente al menos para algunas jornadas.

Un día llegó a presentarse ante el capitán mayor un hombre delgado y con aspecto de haber estado en muchos enfrentamientos.

—Mío señor —dijo respetuosamente—, he estado en todas las campañas que ha librado nuestro señor natural, el benéfico don Juan. Estuve en la última, Aljubarrota, en donde salvé mi pellejo por misericordia divina. He oído decir que el inglés, el duque de Láncaster reclama para sí y su esposa el reino de Castilla y los demás, como herederos de Pedro el Cruel. Aunque todavía no estoy repuesto del todo, me he apresurado a venir contestando al llamamiento de nuestro señor.

—Mucho os lo agradecemos, el señor Rey y yo mismo. ¿Cuál es vuestro nombre y experiencia como soldado?

—¡Ah, perdón no me he presentado! Soy Juan de Sotto Maior, capitán de los ejércitos de pago de su alteza —al oírle el capitán mayor se puso en pie.

—¡Cómo, el mismísimo don Juan de Sotto! Os dábamos por perdido, don Juan, de los vuestros no sobrevivió nadie, al menos que sepamos...

—Eso creo —contestó con pesar el de Sotto—. Comandaba un cuerpo de infantería de hombres de pago, grandes soldados profesionales, cristianos o moros, pero cuando desperté de la muerte, no vi a ninguno. Quizás alguno se salvó, pero si lo hizo se había ido muy lejos. Solo vi los cuerpos de algunos mirando hacia arriba con los ojos llenos de hormigas —se estremeció ante el recuerdo—. ¡Dios los tenga en su santa gloria!

—¡Amén! —contestó piadosamente el capitán mayor—. Pero decidme, don Juan, ¿cómo viene a ser que aparezcáis cuando ninguno

ha vuelto? —le miró como valorando la situación—. A mi parecer estáis todavía bastante tocado, señor capitán, ¿fuisteis herido?

—Lo fui mío señor, recibí muchas heridas, ninguna mortal de necesidad. El mal recibido, además del moral, me hizo desangrarme como una oveja en el matadero. Afortunadamente ninguna de las flechas de los bastardos ingleses me halló en su camino, pero en el cuerpo a cuerpo recibí muchas estocadas y otros daños que no recuerdo sino que luego vi sus resultados. Caí bajo un montón de cuerpos y ellos me salvaron la vida al cubrirme de otros peligros.

El bueno de don Juan de Sotto relató cómo había sido salvado por uno de sus hombres, el cual le rescató de la muerte, lo curó y se lo llevó hasta la frontera.

—¡Qué historia tan valerosa! Y qué hombre tan generoso e indomable el que os salvó la vida. Espero que él también se halle a salvo —el buen soldado que era el capitán mayor se excitó al oír la historia de cómo ambos guerreros habían ido desde Aljubarrota a pie hasta la frontera desafiando los peligros de moverse en un país enemigo—. ¿Que sabéis de vuestro generoso salvador?

—Está en Badajoz, descansando de sus males y sus cuitas en casa de uno de sus tíos. Era un gran hidalgo arruinado que por culpa de la mala suerte se veía en la necesidad de vender la fuerza de su brazo. No tenía nada más habiendo sido antes rico y poderoso...

—¡Entonces es el momento de recompensar su labor! Le daremos un cargo que le permita salir al menos de la miseria y quién sabe si recuperar la gloria perdida. En cuanto a vos, tenéis gran experiencia y nos serviréis de mucho, venid, tengo que hablar con su alteza pues partiremos mañana, así que os llevaré ante él, se alegrará de saber que estáis vivo y que os hemos recuperado —diciendo esto inició el camino seguido de Juan de Sotto Maior, capitán de los hombres de pago de su alteza.

El Rey se alegró grandemente por hallar vivo a Juan de Sotto. Se hizo contar de nuevo la proeza de ambos hombres heridos huyendo a través de Portugal.

—¡Vive el cielo, qué bizarra historia! Y luego dicen que los trovadores inventan cosas imposibles y hazañas de no creer. Si un rapsoda nos relatase un hecho semejante le acusaríamos de cuentista y extravagante. Así que salvado de la muerte por un humilde soldado que os llevó consigo hasta la frontera a cambio de nada, solo por camaradería. ¡Ah, benditos soldados! ¿Cómo decís que se llamaba?

—No lo he dicho, alteza. Prometí no decir su nombre.

—¡Qué extraña promesa! —pensó durante un minuto o dos—. ¿Era acaso un malhechor? ¿Un huido de la justicia? ¿Un prófugo? En ese

caso le perdonaremos...

—¡Ca! No, mío señor, era un noble, un noble arruinado. Tenía vergüenza de su pobreza, por tener que servir como soldado habiendo sido rico.

—¿Acaso se había jugado su fortuna a los naipes? —ahora el Rey se sentía curioso. ¡Un noble, un hombre de alcurnia como soldado mercenario! No cejaría hasta averiguar cómo un noble había llegado hasta ese escalón tan bajo.

—No, alteza, era un hombre asediado por la mala suerte, eso es todo.

—Os conmino, don Juan de Sotto, a que me digáis el nombre de mi soldado, el noble que os salvó la vida sin pedir nada a cambio. Yo veré de sacarlo de su estado y llevarlo de nuevo al estamento noble de donde, al parecer, nunca debió salir. Os eximo de vuestro juramento, si lo hubo, y os prometo al menos que su vida cambiará para mejor.

—En ese caso os digo, alteza, que su nombre es don Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, hijo del que había sido canciller del sello de la poridad de vuestro tío, don Pedro el Justiciero.

—¡El hijo de Juan Gutiérrez de Hinestrosa, el marido de Leonor López de Córdoba! —así que allí era donde había estado el desaparecido esposo de doña Leonor. Era el momento de recuperarlo para otra vida. El Rey salía de campaña enseguida pero no obstante aún halló tiempo para dirigir una nota a don Ruy.

De vuestro señor natural, Juan de Castilla, para vos, mío soldado, don Ruy Gutiérrez de Hinestrosa.

Sépades que damos gracias a Dios por haberos hallado, os buscábamos hace tiempo. El tiempo es breve y no permite explicaciones. Salid hoy mismo hacia Córdoba en donde os espera vuestra esposa la joven doña Leonor López de Córdoba en casa de su señora tía, pariente nuestra, doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz. Cuando volvamos de esta campaña prometo velar por vos, mientras tanto id a reuniros con vuestra consorte. Esperad noticias mías tan pronto como mis otras obligaciones me permitan ocuparme de vos.

Yo, el Rey.

Esta nota llegó a poder de don Ruy en Badajoz en donde descansaba en casa de su señor tío don Lope Fernández de Padilla y cuando la recibió se pasmó de admiración. Como el Rey no mencionaba de qué modo se había enterado de su lugar de reposo, no podía explicarse cómo había dado con él. Por otro lado jamás supuso que el Rey de Castilla se preocupase por la suerte de un oscuro soldado de fortuna, en todo caso ahora que lo mencionaba por su

nombre y le honraba con una misiva, no podía desobedecer la orden recibida, así que se despidió de su tío y cogiendo una muda de ropa se dispuso a ir al encuentro de su esposa. Precavido el rey don Juan, habiendo oído de su capitán don Juan de Sotto Maior que don Ruy era ahora un hombre pobre, le envió junto con la carta un viático suficiente para que al menos llegase a casa de su esposa con algún peculio y no con las manos vacías. No era suficiente para independizarse, pero sí para presentarse dignamente.

Vista la resistencia que presentó el puerto de La Coruña, el duque de Láncaster y los suyos se alejaron de estas costas en busca de otras menos peligrosas, mientras tanto el rey don Juan, que después de la derrota ante Portugal se hallaba con unas fuerzas militares muy mermadas y no tenía capitanes suficientes para enfrentarse a tropas frescas, se abstuvo de penetrar en Galicia y más bien tomó posiciones en la meseta norte, fortificando las ciudades de León, Zamora y Benavente, lugares que el de Láncaster habría de tomar necesariamente si quería coronarse Rey de Castilla.

Dejó en esas poblaciones a hombres de su confianza y de gran experiencia para que dirigieran las maniobras defensivas mientras que las mismas ciudades deberían aportar los soldados necesarios mediante levas y con la ayuda de los Caballeros Pardos y los hombres de las collaciones. No había más y lo hecho era en realidad muy astuto pues así el Rey se desentendía de proporcionar tropas, aseguraba la defensa del camino hacia el sur y quedaba con las manos libres para salir en persona con su propio ejército al encuentro del duque inglés y de su prima doña Constanza.

Don Juan se acordaba de los temibles arqueros y recordaba cómo eran capaces de disparar cada uno hasta seis flechas por minuto; si fuesen tres mil arqueros, número nada disparatado, podrían caer por minuto hasta dieciocho mil flechas contra una formación enemiga; por lo tanto era una buena estrategia no acudir en formación cerrada sino dispersa, pues los arqueros *longbows* no hacían puntería sino que disparaban andanadas cerradas que venían volando como una nube de tábanos. El Rey se había dado cuenta de que su táctica era no apuntar a un individuo sino al grupo que se les acercaba. Una descarga por fuerza hacía blanco si el enemigo se presentaba en formación cerrada. No caería el Rey en ese error dos veces.

Los arqueros ingleses eran imbatibles en ciertas ocasiones, había que evitar esas ocasiones: campo abierto, dejarles tomar altozanos, presentarse en formación cerrada, atacarles con caballería revestida de coraza y armadura, pues entonces las flechas inglesas atravesaban al jinete y al caballo de una sola vez aunque estuviesen recubiertos de

hierro. Era mejor esperarles tras murallas en donde no podían verles y aun así preparar sitios protegidos desde donde disparar a salvo de las viras inglesas.

Todavía oía el rey don Juan el terrible siseo de las enormes flechas hendiendo el cielo. ¡Quisiera Dios que nunca más las viese u oyese! No le cogerían desprevenido. Mandó despoblar los lugares pequeños y ordenó que a los vecinos se les acogiese en las ciudades, desde Valladolid hizo saber a todas las ciudades del reino el peligro que se cernía para que se fuesen preparando. Había que reparar las murallas y los pozos, si hacía falta; llenar los fosos de agua, acopiar alimentos y paja para los caballos, etc. No se podía dejar nada al zar. Don Juan esperaba refuerzos de un amigo: Carlos VI, Rey de Francia, que le había prometido hombres y armas ya que el inglés también era su enemigo por el asunto de Aquitania y por otras muchas querellas. Además hacía ya muchos años que Francia e Inglaterra estaban en guerra abierta, guerra a la que se habían visto arrastrados muchos otros países. En todo caso Carlos VI, ayudando a Castilla debilitaba a Inglaterra, y ello era un buen negocio para Francia.

Desde Orense, sintiéndose fuerte pero deseando ser prudente al tiempo, Juan de Gante envió una carta al de Castilla:

De Juan de Gante, duque de Láncaster, esposo de doña Constanza, señora legítima y Reina de Castilla y León, al usurpador don Juan, hijo del regicida Enrique. Salud y gracia.

Sépades que mi esposa, mi hija y yo hemos llegado a reclamar nuestra legítima herencia y os enviamos esta misiva para que pacíficamente la devolváis a sus verdaderos dueños.

Bien sabéis que el papa Urbano me ha reconocido como el legítimo Rey de Castilla en nombre de mi esposa, y que vos sois nombrado, no como Rey, sino como hijo de Enrique, intruso y falso ocupador del trono. Estáis excomulgado y también vuestros súbditos mientras os obedezcan y acaten. Os conmino a devolver lo que no es vuestro y si no lo hacéis de buen grado os lo arrebataremos por la fuerza con la consiguiente pérdida de vidas entre vuestros inocentes súbditos.

Enviadme vuestra respuesta, mientras, espero preparado para la paz pero también para la guerra.

Juan de Gante, duque de Láncaster y Rey consorte de Castilla.

El Rey de Castilla no podía dejar sin respuesta tal misiva, mandó llamar a tres de sus más elocuentes hombres. Uno era el prior de Guadalupe, otro don Diego López de Medrano, y el otro don Alvar Martínez de Villarreal, que era distinguido doctor en leyes. A ellos

leyó la carta y comentó sus intenciones.

—Os he leído la carta recibida de mano del duque de Láncaster, y ya sabéis lo que tenéis que decirle de mi parte.

—Yo le hablaré en nombre de Dios y de la Santa Madre Iglesia. También le recordaré, que si bien estáis excomulgado por Urbano, él lo está por el papa Clemente; que si vuestros súbditos son descomulgados también lo son los suyos —esto dijo el prior de Guadalupe.

—Yo tengo el encargo de explicarle, cómo en derecho el reino es vuestro por conquista, por el cual ganan gloria los reinos y los reyes, se amplían las naciones y se conquistan para Dios tierras paganas. Ninguna tierra en el mundo conocido hay que no haya conquistado al menos parte de sus territorios por la fuerza o por la violencia —eso dijo Alvar Martínez de Villarreal.

—Yo llevaré un mensaje de vuestra alteza, a vos daré cuenta si tengo éxito o si fracaso. Solo lo daré al duque si el prior y don Alvar fracasan en su propósito de convencerle de la inutilidad de una guerra.

—Veo que los tres sabéis muy bien a lo que vais. Que Dios os bendiga. Quedamos con el alma y el corazón en vilo esperando vuestro regreso —dijo el Rey—. Adiós pues, fieles amigos. Sed convincentes y cautos. Quedamos en vuestras manos.

Partieron los tres hacia Oviedo. De ellos dependía la inmediatez de la paz o de la guerra.

Doña Leonor estaba satisfecha, desde que tenía a Sara salía todos los días con el pretexto de frecuentar la iglesia. Ciertamente la mayor parte de las veces iba a la casa de Dios pues no deseaba que su tía sospechase de ella, pero ahora con cierta frecuencia iba a casa de su vieja aya, Ruth, y hablaba de tiempos idos, el aya le platicaba sobre cosas que ella había olvidado, de sus juguetes, de las canciones que le habían gustado, de su pequeño perro Habichuela que había muerto bajo los cascos de un caballo. Ahora se acordaba que ese cachorro se lo habían regalado el día que se casó con don Ruy. Mientras los mayores cenaban todos juntos celebrando los esponsales, a ella su padre le dio un perrito que hizo sus delicias, le había parecido mucho mejor que el recién adquirido marido.

—A pesar de la abundancia de que disfrutáis, niña Leonor, creo que no sois feliz en casa de vuestra señora tía, doña María Carrillo de Albornoz —eso le dijo un día la vieja ama. Habían anudado unas relaciones como las de una niña y su aya, cariñosas y de confianza. Con Ruth, Leonor no se sentía espiada o acosada. Se sentaba en el patio de la pequeña casa de Ruth y allí se sentía infinitamente feliz.

Con Ruth charlaba y se sentaba con ella bajo una higuera en el patio comiendo de sus dulces higos y la vida se le hacía más llevadera.

Deseó ser libre para traerse a Ruth a vivir con ella en su propia casa. Pero era un deseo imposible, a menos que la Virgen hiciese un milagro. Esa noche, a sus trescientas avemarías añadió cien más para que la Virgen se apiadara de ella y le permitiese liberarse de la tutela de su señora tía.

Naturalmente, aunque doña Leonor le sugirió a la señora tía que le agradaría vivir en una casita suya, la tía dijo que el buen nombre de los López de Córdoba estaba en su fama de mujer honrada y por nada del mundo debería vivir sola sin una pariente de respeto que velase por su honor y buen nombre, entonces doña Leonor pensó que sería mejor que ingresase en un convento, al menos allí no se tendría que preocupar por su buen nombre y gozaría de la compañía de otras damas como ella.

Doña María le había hablado muchas veces de una hermana suya, abadesa de un convento en Guadalajara, muy cerca de un lugarejo llamado Madrid. Mañana mismo le plantearía a su señora tía la conveniencia de irse a profesar como religiosa en ese convento que había fundado esa misma hermana, llamada doña Theresa Carrillo y a cuya fundación pía había contribuido con su apoyo pecuniario su padre, Martín López de Córdoba. Medio dormida le pareció una buena idea, se iría de allí, sería libre para al menos rezar todo el día sin tener que pedir permiso a su señora tía. Se durmió pensando en ello.

Al día siguiente doña Leonor se despertó y al punto recordó sus intenciones de la noche anterior. Estaba cansada de la frialdad de su pariente. Su marido había desaparecido, quizás asesinado en algún oscuro lance. No estaba ni un punto más cerca de restituir el honor de los López de Córdoba que lo había estado cuando salió de las Reales Atarazanas. No tenía nada en el mundo, nada que pudiese llamar suyo, ni siquiera un hijo. Nada poseía, solo su alma.

—Señora tía —dijo a doña María en cuanto pudo reunir fuerzas para ello— señora tía, he pensado mucho sobre ello y he llegado a la conclusión de que no me puedo quedar para siempre en vuestra casa. He de hacer algo con mi vida, algo más que ir a misa todos los días y leeros libros piadosos al caer la tarde.

—¿Y qué se os ocurre, señora sobrina? —preguntó con un eco de sorna la anciana señora—. No tenéis bienes que administrar, ni hijos a los que criar, ni sabéis si sois casada o viuda. No tenéis dote ni lugar adonde ir. ¿Qué habéis pensado? ¿Haceros titiritera y recorrer los caminos? —Leonor bajó la cabeza y enrojeció. Así era su situación, puesta claramente al desnudo. Luego tomó fuerza y levantó la juvenil

cabeza coronada de rizos rojizos.

No, señora tía, pienso retirarme del mundo e irme a rezar por la salvación de mi alma, la de mi marido y la vuestra, que tan generosa habéis sido conmigo. Quiero profesar en el monasterio de las clarisas de mi señora tía, vuestra hermana, doña Theresa —las palabras de Leonor tomaron al principio por sorpresa a doña María, pero al punto se rehízo y contestó mirándole de frente.

—No es mala idea. Había pensado ir a visitar a mi hermana Theresa el mes que viene, si queréis podemos ir juntas y allí os entrevistáis y si la abadesa os recibe como postulante, os podéis quedar allí. Es una solución para una dama de alcurnia y sin fortuna —la miró de nuevo—. No temáis, no iréis como una pobretona, ni seréis una hermana lega obligada a hacer labores meniales por su pobreza, os dotaré con largueza de acuerdo a mi linaje... y al vuestro y así, cuando mi hermana la abadesa muera (quiera el buen Dios que tarde mucho en suceder) vos podríais ser la nueva abadesa, ya que es un convento dotado por vuestro padre y fundado por mi hermana.

Pareció contenta la dama con aquella salida. Se libraría de tener aquella sobrina en casa, le recordaba otros tiempos y sin saber por qué doña María respiró aliviada. Tampoco le dijo que quizás su marido aún vivía; para qué, mejor así. Si él volvía se enteraría de que su mujer había profesado en religión y reharía su vida con alguna otra mujer, la Santa Madre Iglesia lo permitía. Al fin y al cabo a doña María eso no le importaba, lo primordial era buscar un acomodo de una vez por todas para su sobrina.

Quince días antes de partir para visitar a su hermana Theresa, doña María ya estaba preparando el viaje. Lo primero era organizar una caravana de soldados de la casa que le darían guardia y seguridad durante el trayecto, luego había que asegurarse de que las carrozas estuviesen a punto. Había que revisar las ruedas para que los flejes estuviesen flamantes, los aros de hierro completos y bien asegurados; los asientos rellenos de crin, mullidos; las paredes internas tapizadas y exentas de las manchas verdosas que a veces se hacían en las telas cuando no se usaban los carruajes por largas temporadas. Para ello doña María convocó al maestro carrocero y le ordenó revisar los vehículos de que disponían. Por otro lado envío llamar a su administrador y le pidió que confeccionase un documento por el que cedería, a título de dote, una cantidad, que a Leonor no quiso indicar, para que su sobrina ingresase con amplitud en la vida religiosa. Hasta pareció que esos día se portó con más amabilidad con Leonor, al fin y al cabo no la volvería a ver, si no fuese una vez al año y entre rejas.

—Quiero además, que os llevéis a Sara. Ella será vuestra servidora

en el convento, no podéis ingresar sin llevar al menos una servidora. Si veis que allí os falta alguna otra ayuda, me lo hacéis saber y yo os enviaré otra sirvienta o incluso alguna esclava, o dos, que no os falte de nada.

Cuando Leonor le comunicó a Ruth su intención, ella no pareció estar muy de acuerdo.

—Mi querida niña, si tenéis vocación de religiosa, estoy de acuerdo en que sigáis ese camino. Muchas mujeres lo hacen y son felices. Pero si solo lo hacéis por libraros de doña María, creo entonces que vais hacia la perdición. De allí no se sale como salís de la casa de doña María. Estaréis detrás de unas rejas, los votos y los velos son más espesos y resistentes que los más recios muros, nada ni nadie os podrá sacar, ni vuestro esposo si volviese...

Leonor se despidió de Ruth, derramó lágrimas pues ciertamente le dolía separarse de la única persona en el mundo que la quería de verdad sin esperar nada a cambio, que la había acunado de niña, que había sido como una madre para ella cuando doña Sancha murió.

Doña Leonor también recogió lo poco que creyó le podría ser útil en un convento: un peine, ropa de abrigo y poco más. Dejó las joyas y los hermosos trajes de colores, el peinador de plata y el reflectorio, los escarpines de seda y damasco, los mantos de marta y chinchilla. Inclusive el libro que tanto amaba. No le pareció que *el Libro de Aleixandre* fuese una lectura propia de monjas. Dentro de dos días iniciaría el camino hacia una nueva vida.

El día anterior a la partida era lunes. Doña María se despertó contenta. Al día siguiente partiría para visitar a su hermana como lo hacía todos los años. Esta vez le llevaría una sorpresa. Una novicia. Estaba satisfecha, cuando Leonor se hubiese ido recuperaría su vida de antes. Llamaría de nuevo a Urraca a la que había apartado de su lado porque Leonor la odiaba y seguramente también su sirvienta odiaba a Leonor. Urraca no era muy inteligente y había intentado matar a su sobrina, de eso no le cabía la menor duda. Pero doña María en lugar de entregar a Urraca al sayón real, la había enviado lejos y prohibido a todos en la casa hablar de tal cosa. Ahora Urraca podría volver y ella no encontraría a Leonor en sus salones, y si el Rey le volvía a escribir una misiva para Leonor (por cierto ¿qué le había dicho en la carta que le escribió?), se la devolvería haciéndole saber que la muchacha había preferido el convento al mundanal bullicio.

Estaban doña María y la sobrina desayunando con buen apetito. Leonor y ella habían ido a misa y volvían llenas de piedad pero con mucha hambre.

—¡Probad estos mojicones, querida sobrina! Sin duda en el

convento no los habrá mejores.

Un hombre entró en el comedor y pidió permiso para hablar.

—Decid, ¿qué queréis? —preguntó algo curiosa doña María—. ¿Pasa algo?

—No, digo, sí.

—Sí. No. Sí. Decidíos de una vez. Sí, o no. ¿Qué sucede?

—Serenísima señora, acaba de llegar don Ruy Gutiérrez de Hinestrosa y desea ver a doña Leonor.

Capítulo XXII

SE INICIAN CONVERSACIONES CON EL DUQUE DE LÁNCASTER. ASÍ LLEGÓ DON RUY GUTIÉRREZ DE HINESTROSA.

... Al cabo de siete años estando yo en casa de mi señora tía, doña María García Carrillo, dijeron a mi marido que estaba en Badajoz con su tío Lope Fernández de Padilla en la guerra de Portugal, que yo estaba bien (...). Cabalgó encima de su mula que valía muy pocos dineros e lo que tenía vestido no valía ni treinta maravedises. Y entrose por la puerta de mi señora tía...

Memorias de Leonor López de Córdoba.

Los tres emisarios del Rey de Castilla, don Diego López de Medrano, el señor doctor Alvar Martínez de Villarreal y el prior de Guadalupe, llegaron sin novedad a presencia de los duques de Láncaster. Habiendo el duque enviado un ultimátum al Rey de Castilla, ahora Juan de Gante esperaba con impaciencia una respuesta antes de tomar una resolución definitiva. El mensaje que el de Láncaster había enviado al rey don Juan, no dejaba lugar a interpretaciones ambiguas: pedía a don Juan que le entregase de inmediato el reino que pertenecía a su esposa o que de otro modo «*se entenderían en batalla de poder a poder*».

Cuando a los duques les informaron que a la puerta de su campamento estaban tres hombres de paz, en lugar de los batallones esperados, se alegraron sobremanera. Sin duda el Rey castellano habría recapacitado y tendría alguna oferta de conciliación, era mejor así porque Juan de Gante, habiendo venido de tan lejos, estaba dispuesto a arrasar la tierra para recuperar el reino que creía suyo e inclusive a morir en el intento, pero siempre sería mejor llegar a algún acuerdo si don Juan estuviese dispuesto a cederle en justicia el reino que pertenecía a Constanza. Ahora tendrían noticias directas del actual soberano, en todo caso dieron órdenes de que trajesen a su presencia a los tres caballeros y asimismo dispusieron que mientras tanto deberían prepararse inmediatamente para los representantes reales tres tiendas contiguas y comunicadas, más otra estancia de honor, a modo de salón, para los hombres que traían el mensaje de don Juan de Castilla. En este caso, más que nunca, lo cortés no quitaba lo valiente y nadie diría que los duques de Láncaster pecaban ni de cobardes ni de descorteses.

Cumpliendo las reglas del protocolo, un heraldo anunció después del toque de cuerno de rigor, que tres mensajeros de Castilla pedían ser recibidos por los serenísimos duques. Juan de Gante se apresuró a salir él mismo de su tienda en señal de gran aprecio y amistad, y no esperó a que fuesen introducidos a presencia y presentados

formalmente; no, salió él en persona seguido de Constanza. La infanta reconoció a los enviados y viniesen en son de guerra o de paz, se alegró de ver caras de Castilla. Hacía tiempo que no veía más que a los pocos que abandonaron esta tierra junto con ella y su hermana y a aquellos que ya vivían en Inglaterra cuando ella llegó allí recién casada y que por temor al rey Enrique ya nunca volvieron. Entre ellos el obispo don Juan de Castro, hoy su principal consejero.

—Sed bienvenidos a mi campamento, ilustres señores —dijo con voz alegre el de Láncaster, como si estuviese en Surrey en un día de caza y no en un territorio enemigo y ocupado por él en son de guerra. No tuvo tiempo de decir más cuando le interrumpió la voz de la duquesa:

—¡Loado sea Dios, mi señor Diego López de Medrano! ¡Cuánto me alegro de veros, hacía tantos años...! Pero entrad en la tienda, hablaremos de tiempos pasados y luego de lo que os ha traído aquí —notó una cierta tensión entre los castellanos—. Por ahora no me tratéis como a la reina, tratadme solo como a una infanta, del resto hablaremos luego —se alegraron todos de estas palabras e inclusive Juan de Gante agradeció a su esposa que hubiese facilitado este primer contacto con los de Castilla.

—Vuestra alteza nos honra recordándonos, yo también bendigo al Señor de las Batallas haber vivido para ver de nuevo a una infanta que está en el exilio...

—Tanto como en el exilio, no mi señor don Diego, estoy con mi esposo y mi familia. Pero mi corazón sí está en el exilio cuando se halla fuera de mi tierra...

Entraron todos en la lujosa tienda de los duques. Doña Constanza hablaba animadamente con el de Medrano.

—Mi padre, el rey don Pedro, conoció a Juan Martínez de Medrano, vuestro pasado de gloriosa memoria. Mi padre, de joven, llegó a conocerlo cuando vuestro pariente era ya anciano, por él sé que don Juan había sido alcaide del castillo de Corella —suspiró la duquesa Constanza y cambió el tono de voz— me habló a menudo de él —dijo con tono triste, como si le costase rememorar el pasado, pero enseguida se rehízo y demostró animación de nuevo— también recuerdo haber oído hablar de otros Medranos como de Juan Vélez de Medrano, que fue alcaide de la fortaleza de Viana y a vos mismo os conocí de joven. Ahora sé que sois mayordomo de don Juan, mi sobrino.

—Me ha hecho ese honor, señora.

—Confiará mucho en vos y en vuestra discreción —estas palabras halagaron al mayordomo real que no hizo comentario alguno, así que

cambió el rumbo de la conversación.

—Señora duquesa y mi señor duque, dejadme que os presente a mis dos acompañantes ya que mi nombre os es conocido y no necesito presentarme: el hombre de Dios es el Prior de Guadalupe y don Alvar Martínez de Villarreal, es un reputado doctor en leyes que nos podrá aclarar cualquier punto sutil de la legalidad de nuestra posición —el duque no deseaba entrar en materia tan pronto; esperaba crear un clima favorable, amistoso a ser posible; para romper relaciones a toda hora se estaba a tiempo, por ello interrumpió amablemente a don Diego de Medrano.

—Luego hablaremos de asuntos legales y de guerra y paz, ahora mis señores emisarios descansad, seguramente estáis fatigados por el largo viaje, no exento de peligros, como cualquier viaje hoy en día. Vos, don Diego y vuestros acompañantes —les hizo una pequeña reverencia— me habéis honrado viniendo hasta mi campamento a traerme noticias de nuestro deudo, don Juan, primo hermano de la duquesa. Dejad que mi esposa y yo os agasajemos esta noche, no os retendremos hasta muy tarde, pues estaréis cansados. Primero charlaremos un poco mientras os preparan unas tiendas para alojaros. Ved que no os esperábamos si no ya estarían listas, y luego os podéis retirar a descansar cada uno en su alojamiento. Allí os esperarán servidores que os llevarán agua caliente por si queréis lavaros y cambiaros de ropa. Reposad seguidamente y más tarde os traerán a nuestra presencia y cenaremos juntos. Yo también he vivido en esta tierra hermosa y bravía cuando mi hermano, el Príncipe de Gales, al que llamaron el Príncipe Negro, estaba en campaña, así que podemos comentar muchos chismes, y tendremos muchos amigos o enemigos en común —se echó a reír— hablaremos de ellos.

Así las cosas todos empezaron a contar sucesos del pasado mientras les servían algunas golosinas y refrescos. Al cabo de un rato de amable charla vinieron los servidores a anunciar que las tiendas estaban listas para alojar a los excelentísimos señores de Castilla.

Tal y como lo habían dispuesto los duques, los emisarios castellanos se dirigieron a sus alojamientos respectivos y agradecieron sobremanera todas las comodidades que les habían preparado: buenas camas, colchones mullidos, frazadas de lana, suelo con espesas alfombras colocadas sobre una tarima de madera que les aislaba de la dureza y frialdad del piso, braseros con carbón encendido que templaba la fría atmósfera y, para alumbrase, velones de cera perfumada. Los sirvientes manifestaron tener preparada agua caliente en un recinto adjunto. ¿Desearían los nobles señores tomar un baño y luego recibir un buen masaje? No se podía pedir más en un

campamento guerrero. Sin duda el de Láncaster deseaba impresionarles para que viesen cuánta riqueza tenía y cómo esta podía ser usada para su comodidad o para la guerra.

Esa noche cenaron todos juntos y se amenizó la velada con música inglesa y provenzal y no muy tarde, como habían prometido los anfitriones, se retiraron todos a descansar sin que los emisarios hubiesen tenido ni la más mínima oportunidad de comenzar con aquello a lo que vinieron.

A la mañana siguiente apareció en el campamento un castellano que era el consejero principal del duque y la duqesa: don Juan de Castro, un eclesiástico que a la sazón era obispo de Aquis. El hombre de Dios, don Juan, había sido partidario de don Pedro y ahora lo era sin un ápice de duda de su hija, a la que creía la legítima heredera del trono. Se reunieron todos al aire libre aprovechando que el día era bueno y cada uno manifestó su parecer: en resumen, por parte de los duques, que don Juan de Castilla era un usurpador, hijo de un fratricida y que no podía ocupar el trono legalmente, además, argüía el obispo de Aquis, don Juan estaba excomulgado por el papa Urbano VI y era por lo tanto un hombre imposibilitado para reinar; había una heredera legítima, hija del asesinado Rey: doña Constanza y el trono era de ella. Los castellanos por su parte arguyeron que si se había matado a don Pedro era por el bien del reino por sus muchas crueldades, entre otras había mandado matar a su legítima esposa, doña Blanca, y que la Iglesia permitía matar al tirano. Que el anatema lanzado por Urbano VI no tenía ningún efecto pues el verdadero Papa era Clemente por lo que don Juan estaba habilitado para reinar; que era el duque de Láncaster el que estaba excomulgado por el Papa legítimo, Clemente; en último término el derecho de conquista estaba consentido y en todos los países se aceptaba como lícito y permisible pues así se agrandaba la gloria de los reinos y sus territorios y don Enrique había conquistado con la sangre de sus hombres el trono de Castilla para salvarla del tirano. El tiranicidio era una buena acción a los ojos de Dios.

Sin llegar a ningún acuerdo decidieron todos pensar sobre lo oído y reunirse de nuevo al día siguiente. Haciendo gala de la buena voluntad que reinaba en ambos bandos, almorzaron juntos y luego cada uno se dirigió a su tienda. Como no había límite al tiempo que habían de invertir en aclarar el peliagudo asunto, nadie quería precipitarse y pronunciar el aciago dictamen que deseaban evitar: la guerra total, guerra a muerte, guerra hasta la exterminación de uno de los contendientes, y de paso la de miles de hombres de uno y otro bando.

El prior de Guadalupe no tomaba parte en las discusiones, más bien parecía un observador cuidadoso. Tomaba notas y asentía o denegaba con la cabeza sin pronunciar palabra. La participación del prior no pasó inadvertida al duque y Juan de Gante se preguntaba cuál era el papel verdadero de este hombre santo pues no discutía como los demás, se limitaba a tomar notas y callar.

Después de varios días de exponer una y otra vez los argumentos de cada lado, pareció que no se había de llegar a un acuerdo, con gran sentimiento los castellanos pidieron permiso para regresar a su tierra llevando las noticias de que había sido imposible llegar a un compromiso entre ambas partes.

El prior de Guadalupe manifestó que grandes males se abatirían sobre la tierra.

—Ved, mío señor, que las ciudades son fieles a don Juan y que os ha de costar mucho hacerles caer dentro de vuestra obediencia, y aunque las conquistarais podrían volver a levantarse en cuanto se aflojara el cerco o la fuerza ejercida sobre ellas. Ello significa, magnífico señor, que tendréis que mantener siempre un contingente de hombres que excede a cualquier poder, ya que estáis en tierra extraña o al menos tierra extranjera. No podéis traer a vuestros ingleses indefinidamente para fortificarlo todo porque en vuestro país también surgirían voces contra vos. Por otro lado, señor duque —continuó con voz meliflua—, nuestra tierra está llena de fractuosidades y montañas, es apta para las emboscadas y el *torna fuye*, en la que somos maestros, no en vano lo hemos perfeccionado en cientos de años contra el infiel. Contra este método vuestros saeteros, los *longbows*, magníficos como son, no tienen nada que hacer. Los guerreros del *torna fuye*, aparecen y desaparecen con la velocidad del rayo dejando tras de sí la muerte y el desconcierto en las filas enemigas, solo para volver a aparecer de nuevo cuando nadie les espera —miró el prior de Guadalupe a lo lejos como viendo algo terrible, dio media vuelta y continuó—: tendréis que destruirlo todo para llegar a conseguir algo para vuestros ejércitos pues ni os venderán nada ni os lo cederán de buen grado, los mismos habitantes lo quemarán todo cuando os acerquéis a la zona, como se ha hecho contra los moros durante cientos de años. Nada de esto es nuevo para nosotros. Los Caballeros Pardos no temen a la dureza, la escasez o la muerte, están fraguados en la necesidad y la guerra. Una guerra muy larga, mi lord. De eso ni los anglos, ni los jutos, ni los sajones tienen la experiencia que nuestros hombres; comparada con la guerra contra los moros, las vuestras han sido meros juegos, señor duque —el hombre santo se acercó a él y le miró fijamente a los ojos—. ¿No os parece que

sería mejor llegar a obtener lo que deseáis por otros métodos?

El duque intuyó que en ese momento llegaba la verdadera negociación. Cogió la sugerencia al vuelo.

—¿Qué os parecería, reverendo prior, si yo sugiriese que retardaseis la partida un día más y hablásemos sobre ello?

—Me parece una buena idea, señor duque, tengo algo que proponeros.

A la puerta de la casa de doña María había aparecido un hombre barbado con aspecto fatigado que requirió ver a doña Leonor López de Córdoba. Asombrado el servidor había preguntado que de parte de quién era la petición y recibió una respuesta que le dejó atónito.

—¡De parte de su esposo, Ruy Gutiérrez de Hinestrosa! —sin creérselo del todo se apresuró a llevar el recado. Las dos damas estaban en el comedor así que daría el mensaje a ambas al tiempo. Doña María tenía prisa esa mañana, había que dar las últimas indicaciones antes de partir hacia Guadalajara, lugar en que estaba el convento de su hermana, doña Teresa.

—¿Que ha aparecido el marido de mi sobrina? —fue doña María la que reaccionó antes, doña Leonor se había quedado tan atónita que no pudo responder ni preguntar al servidor. Doña María era más práctica. Se levantó de su asiento y dirigiéndose a su sobrina dijo—: quedaos aquí, doña Leonor, yo iré a ver si el recién llegado es efectivamente don Ruy, entre tanto preparaos para recibirle, si es que el hombre de la puerta es él.

Mientras la señora de la casa marchaba a ver si el personaje era don Ruy, Leonor se puso en pie y apretó sus manos una contra otra. El corazón perecía que quería salírsele del pecho. Respiró profundamente porque de pronto le pareció que estaba muy fatigada y que le faltaba el aire. Abrió la ventana para respirar mejor. A los pocos segundos oyó los pasos de su tía y de otra persona que venía pisando con decisión, alguien que pesaba más que doña María y que tenía prisa.

—¡Dios os de salud y gracia, doña Leonor!

Así la saludó el hombre barbudo y entrado en años que acompañaba a su tía. Sin duda era don Ruy, inclinado por los pesares, envejecido por la vida ruda y las recientes heridas, moreno de soles e intemperie, sí, todo ello, pero sin duda era don Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, su esposo, aquel que le había acompañado durante casi nueve años en las celdas de las Reales Atarazanas de Sevilla; hacía dieciséis años que se casaron cuando ella tenía siete años y él veinticuatro. Ella tenía ahora veintitrés y él cuarenta, pero envejecido por la adversidad y el infortunio. De pronto pensó que aunque era su esposo, era un completo extraño, no sabían nada el uno del otro, ni

siquiera habían consumado su matrimonio y eso que llevaban casi toda una vida casados. Una pena violenta se apoderó del corazón de la joven, su esposo había sufrido tanto como ella, pero al menos ella había estado resguardada de la intemperie y del hambre. Su tía no la había amado, pero tampoco nadie había amado a don Ruy, ni siquiera ella, su esposa; ella había tenido cuatro paredes para resguardarse, él era obvio que había vivido desguarnecido. Recordó con súbito arrepentimiento que en realidad, en todos estos años, no le había importado la suerte de su marido, inclusive había deseado que alguien viniese un día y le comunicase que él había muerto en algún lugar recóndito o desconocido; así ella habría sido al fin viuda y dueña de sí. Lo había despreciado porque él no había sido capaz de recomponer su hacienda y rescatarle del yugo de la vida con doña María. Se arrepintió impetuosamente y sintió al tiempo una especie de timidez.

—¡Dios os de salud y gracia, doña Leonor! —él se acercó a su esposa, se puso de rodillas en el suelo y sin importarle la presencia de la señora tía dijo simplemente— perdonadme, señora, por no haber venido antes, estaba avergonzado de ser este pobre caballero. No tengo nada, soy un soldado de fortuna. Alquilo mi brazo para sobrevivir —ella le tendió la mano y lo levantó, por una vez ignoró a su tía y le habló como si estuvieran solos.

—No os atormentéis, esposo mío, Dios lo ha querido así. ¿Quiénes somos nosotros para rebelarnos contra sus designios? Quizás era bueno para nuestras almas. Venid conmigo, os lavaré y os vestiré y luego dormiréis en mi cama. Habrá tiempo para charlas después.

Doña María, desconcertada, no supo qué hacer así que al fin decidió continuar con el viaje que tenía proyectado para visitar a su hermana, doña Teresa, la superiora de las clarisas de Guadalajara. El viaje sería esta vez sin Leonor, la novicia que ahora tenía esposo.

—Querréis quedaros con vuestro marido —dijo la anciana sin haber recuperado su aplomo— así que me voy de viaje como tenía proyectado. Os dejo la casa y todo lo que contiene, obrad con prudencia y esperad mi vuelta, ya veremos cómo organizamos nuestras vidas cuando regrese de ver a mi hermana —eso dijo la señora tía y partió pero antes hizo lo que nunca hiciera antes, le entregó la llave de un cofrecito—. Contiene dinero, disponed de él para vestir y acicalar a don Ruy.

Llegado a Obidos, el noble don Pero López de Ayala continuó con su prisión y fue de nuevo expuesto a la vista de todos aquellos que deseaban ver a un prisionero castellano entre rejas. Ya no llevaba los restos de sus regias ropas destrozadas por la batalla y por el tiempo transcurrido, ahora vestía como un pobre soldado con lo que le habían

facilitado sus carceleros. De vez en cuando veía a lo lejos al extraño mendigo que le había dado como limosna nada menos que una moneda de oro y por ello sabía que el Rey, su señor don Juan no le había olvidado, también supuso que su familia estaba informada de su suerte y que harían gestiones para sacarlo de esta condición.

El capitán de los guardianes se había acostumbrado a ver rondando al hermano Pedro, nombre con el que conocía a Henrique Almeida, y de vez en cuando entablaban una conversación.

—¿Por qué nos seguís, hermano Pedro? Aquí solo estamos la guarnición y el preso, no hay nada interesante y vos sois muy libre de ir por el mundo buscando aventuras.

—¡Ah, mi señor capitán, ya no busco aventuras, solo la pitanza de cada día! Mientras esté don Pero vivo, vendrán muchas personas a visitarle y dondequiera que haya aglomeraciones, siempre habrá un alma caritativa que me dé una limosna. Me quedaré cerca de donde él esté mientras la gente pueda venir a curiosear. Ya veis, la desgracia de unos es la fortuna de otros.

Se echó a reír de buena gana el capitán.

—A duras penas diría que pedir limosna es fortuna para nadie.

—Bueno, para mí es suficiente. Recojo bastante para sobrevivir y a veces para pernoctar en una fonda y comer de caliente. No pido más a la vida, mi inteligencia no da para mucho más, si no sería fraile. Por cierto ¿qué come el preso?

—No os preocupéis por él, hermano Pedro, come lo que nosotros los soldados, así que come mejor que vos. Me acuerdo que le distéis una limosna, y eso me impresionó —lo pensó un momento y luego añadió— creo que aún no ha tenido ocasión de gastársela, igual la ha perdido.

—No lo creo, le será preciosa por venir de un cristiano. Dejadme que me acerque a él un día y le pregunte si quiere que le traiga algo con aquellas monedas.

—Nada le hace falta, escribe todo el día; el Maestre de Avís ha ordenado que no le falte papel ni recado de escribir —Henrique Almeida insistió.

—Quizás le falte un pedazo de pan tierno, o un peine para despiojarse... Ya sabéis que aunque preso es noble y echará de menos algunas cosas.

—Bien, os autorizo a que se lo preguntéis, pero antes de entregarle lo que sea habéis de mostrármelo a mí, no quiero que posea cosas no autorizadas —lo pensó un rato y añadió— no creo que con las monedas que disteis pueda comprar gran cosa, aunque lo completéis con más dinero —le miró fijamente— no creáis que no os tengo

calado, sois un fraile algo bobo y muy caritativo, pero por amor de Dios os ayudaré y haré la vista gorda.

Pasados unos día el mendigo se acercó al preso y le llamó desde fuera de las rejas.

—¡Eh, vos, cautivo! Chiss, chiss —al tiempo movía la mano invitándole a acercarse. El preso hizo como que no estaba interesado en la llamada, aunque había reconocido al mendigo que le dio la moneda de oro—. ¡Venid, buen hombre, no tengo malas intenciones! Ah, ya comprendo, no os he llamado por vuestro nombre. Os llamáis don Pero, ¿verdad? Pues bien, don Pero acercaos, no seáis tímido.

El preso hizo como que ahora le interesaba la llamada del mendigo, se acercó un poco y preguntó cortésmente:

—¿Qué se os ofrece, buen amigo? Si venís a pedirme limosna, siento deciros que ahora soy muy pobre. Venid en otra ocasión. O quizás podéis ir a mi casa en Castilla, en donde os darán viático si vais de mi parte.

—Nada de eso señor don Pero, vengo a preguntaros si deseáis que os compre algo: un trozo de pan blanco, un peine o cosa similar. Sé que tenéis algunas moneda pues yo mismo os las di.

—Ah, ¿fuisteis vos aquella alma caritativa? Estaba oscuro y no os pude ver la cara. Os lo agradezco ¿cómo viene a ser que nos veamos de nuevo?

—Apelo a la compasión de las almas buenas y os sigo pues la multitud que se congrega para veros es más grande que a la salida de la misa de doce. Bueno, ¿deseáis alguna cosa? Me han dado permiso apara que os compre algo, no para charlar todo el día.

—No necesito nada, pero agradecería una muda limpia —se metió las manos en los bolsillos y los registró— tomad, aquí tengo lo que me disteis en Leiría —las miró con pesar—. Creo que no habrá suficiente pero ved qué podéis hacer, al menos traedme un pañizuelo si no hay para más.

Se acercó el mendigo y tomó de las manos del recluso un puñado de monedas mínimas, aprovechó la ocasión para apretarle la mano en signo de complicidad.

—Veré qué puedo hacer por vos, buen hombre. Os prometo que lo haré —don Pedro comprendió el mensaje y contestó:

—¡Que Dios premie vuestro buen corazón, amigo! Cualquier cosa me servirá de consuelo en esta jaula —diciendo esto le deslizó una apretado papelito entre los dedos. El supuesto mendigo lo tomó con gran sobresalto, si eran sorprendidos podían ser ahorcados, pero nadie se percató y el mensaje desapareció enseguida.

Amigo, os supongo en mandato de nuestro señor, don Juan. Decidle a él

y a mi familia que estoy bien, escribo todo el día y ello me consuela y distrae. No os arriesguéis más, temo por vuestra vida. Al menos estoy vivo y tengo esperanzas de que este juego cruel acabe algún día, hasta el gato se aburre de jugar con el ratón. Por otro lado no soy tratado con demasiada severidad. Que Dios os bendiga, pero idos lejos, empezarán a sospechar si insistís en quedaros. Pero López.

Esto leyó Henrique Almeida. Esa noche envió un mensaje al Rey de Castilla por medio de unos mercaderes judíos que partían hacia Sevilla, el buen soldado que era Hernique Almeida estaba seguro que si don Juan no estaba allí, desde palacio se lo harían llegar. Le incluyó la nota recibida de su canciller y unos comentarios de su puño y letra. Ahora —le decía— ahora que sabían donde estaba don Pero, ¿no sería mejor que viniese otro hombre a continuar la vigilancia? Acaso el preso tenía razón y comenzarían a sospechar si lo veían siempre alrededor. Otro hombre borraría su rastro. Por ejemplo un tahúr o un curandero, estos viajaban con sus yerbas y sus emplastes y nadie se admiraría de ver llegar a uno para sanar a los campesinos de los alrededores...

... y así quedo, señor, a la espera de vuestras órdenes y decidme para qué soy bueno en esta tierra. La respuesta me la pueden traer hasta Obidos los mismos judíos que llevan esta a vuestra alteza, son fieles y me la entregarán en mano. Besa vuestros pies. Herique Almeida.

Así terminó su carta y quedó a la espera de una respuesta. Sabía que esta podía tardar en llegar así que se dispuso a seguir en su papel de mendigo y fraile lego. Seguiría vigilando a don Pero. De momento se aplicó a buscarle una muda barata pero limpia y nueva. Cuando la consiguió se la llevó al capitán para que este le diese el visto bueno.

—Caritativo hermano Pedro, me parece demasiado buena para un preso, pero si vuestra piedad os ha hecho traerla, os doy mis bendiciones. Ojalá yo, si alguna vez me viese en esta tesitura, tuviese cerca un cristiano como vos.

—Señor capitán, ¿podéis dársela vos mismo? Me pareció que mi presencia le desagradaba, no me importa, pero si se la dais vos, quizás se sienta mejor —se sorprendió el militar.

—Yo mismo, no —dijo— pero esta noche haré que se la entreguen de vuestra parte. ¿Os parece bien así?

—Bien, muy bien, señor capitán.

La carta para don Juan de Castilla estaba ya lejos.

El Rey de Castilla ya había empezado a moverse en favor de su

canciller. Tres cartas de su puño y letra habían salido de su cancillería: una para el papa Clemente, otra para el Rey de Francia, su aliado, y una tercera del mismo Juan de Avís. Todas tres deberían llegar casi al mismo tiempo al Rey de Portugal. También rogó a la esposa del canciller que moviese, si podía ser, a sus amigos y parientes cerca de don Juan de Avís, quizás entre todos lograrían conmover al Rey de Portugal.

De Juan, Rey de Castilla a nuestro Pastor, el Sumo Pontífice, Clemente.

... y así, padre venerable y misericordioso, os ruego que intercedáis por nuestro hermano en Dios Nuestro Señor ante el Rey de Portugal, quien, como os he manifestado, mantiene encerrado en una jaula como si fuera una bestia salvaje, a mi amigo y canciller, don Pero López de Ayala, buen cristiano y buena persona. Decidle, padre de los cristianos, que si le libera, tal buena acción será tomada en cuenta por el Señor Jesús en el último día...

Al fin y al cabo, Santo Padre, la única culpa de mi canciller fue obedecer mis órdenes e ir a la guerra como otros miles lo hicieron... —terminaba su misiva ofreciendo al Papa ayuda y fidelidad en cualquier momento que fuese necesario— *... y como fiel hijo de la Iglesia, os ofrezco mi ayuda, sea con hombres o con dinero, en vuestras necesidades, que son las de la Santa Madre Iglesia. Besa los pies de Su Santidad, Juan, hijo de la Iglesia y Rey de Castilla.*

Terminada esta carta de inmediato se puso manos a la obra y escribió otra parecida pero dirigida esta vez al rey de Francia, su aliado.

...Y además, de todo lo expuesto, os digo, sire, que necesitamos a don Pero pues es un excelente embajador y magnífico mediador y quién sabe si lo necesitaremos pronto pues el duque de Láncaster acaba de llegar a nuestra tierra con intenciones de conquistarla y creo que don Pero López de Ayala sería el hombre ideal para parlamentar con el duque en un asunto que tengo en mente... También os conviene a vos que recobre la libertad pues si se abre una guerra con Inglaterra os veréis involucrado porque parte de los hombres que vendrían serían de Aquitania y habría movimiento de tropas a través de vuestras tierras, con el peligro que eso entraña...

Por todo esto os ruego que intercedáis ante el Rey de Portugal pidiendo la liberación de mi fiel canciller, don Pero López de Ayala.

Aún escribió una tercera carta el buen rey don Juan, esta vez dirigiéndose directamente a su tocayo, don Juan de Avís, Rey de

Portugal; en esta le reconvenía por tratar a un caballero como si fuese una bestia,

... pues vos mismo, serenísimo señor, habéis sido Maestre de la Orden de Avís, y os habríais visto muy afectado si alguno de vuestros hombres hubiese sido tratado de tal modo y manera a este lado de la frontera.

El estatuto de la nobleza y de la caballería se respeta en todas las tierras, hispanas, francas, germanas o inglesas, y los caballeros presos son devueltos a sus familias tras pagar el rescate adecuado a su alcurnia. No es reo de traición ni de delito feo y punible y por tanto, alto señor, os estáis cubriendo de descrédito ante todos los pueblos al tratar como un animal a un caballero cuyo único delito ha sido acudir a la guerra y obedecer a su Rey, como hacen vuestros caballeros, señor Rey...

Es cierto que estuvimos en guerra, vos ganasteis la batalla y muchos hombres murieron, con lo que ya se ha pagado la deuda si la hubo. Es la ley de la guerra: unos ganan y otros son derrotados, pero no se puede culpar de la guerra a un solo hombre, este es solo un servidor mío, no el culpable. Os ruego, por Dios Nuestro Señor, quien nos manda ser clementes, compasivos y misericordiosos, que dejéis en libertad a mi canciller don Pero, y yo mismo os quedaré reconocido y hablaré de vuestra generosidad...

Vuestro hermano, Juan, Rey de Castilla y de León.

Cuando todas tres cartas hubieron salido, el Rey se dispuso a esperar el resultado de su gestión.

Capítulo XXIII

DE CÓMO DOÑA LEONOR SE ENCONTRÓ ESPERANDO UN HIJO. HACIA TRONCOSO.

Después de que mi marido llegase, como he dicho, dejé la casa de mi señora tía que estaba en Córdoba vecina a la iglesia de San Hipólito, y mi marido y yo nos mudamos a una casa de mi tía que estaba junto a la suya...

Memorias de Leonor López de Córdoba.

Doña Leonor sintió que su obligación de esposa era atender a su marido, aunque de momento este marido se le antojase un extraño, un hombre casi desconocido, un recién llegado, casi un pedigüeño. No obstante no cabía duda, era su esposo, estaba casada con él y le debía fidelidad, amor y respeto así como ayuda en su adversidad; bien sabía que el matrimonio significaba fidelidad en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte deshiciese el vínculo con el que estaban unidos.

Doña María había salido apresuradamente dejándolos solos, ahora quedaron frente a frente sin saber qué decirse.

—¿Y cómo viene a ser, don Ruy, que hayáis vuelto ahora? Os dábamos por perdido... —esto dijo sin ningún convencimiento doña Leonor, solo deseaba romper el silencio, él no se atrevía a hablar, ella en cambio al menos se hallaba en su territorio y se sentía obligada a hacerle las cosas fáciles a este hombre, que al fin y al cabo era su esposo.

—Recibí esto, de manos del Rey. Leedlo vos mismo —le alargó el billete que el soberano le había enviado conminándole a regresar con su esposa—. No es, señora, que yo no hubiese deseado estar junto a vos todo este tiempo —explicó don Ruy cuando ella lo hubo terminado de leer— solo que no tenía medios ni esperanza de recobrarlos y no quería arrastraros tras de mí. La esposa debe vivir con su marido y vivir la vida que él le pueda proporcionar. Conmigo solamente tendríais pobreza y miseria y yo sabía que mientras yo no apareciese estaríais con vuestra tía y disfrutaríais de todo lo que vuestra clase merece y que la riqueza de vuestra tía os podía proporcionar. Al menos viviríais como una mujer noble y rica a la sombra de vuestra pariente —pareció entristecerse—. Me temo, doña Leonor que debemos obedecer al Rey y vivir juntos pero esto redundará en pérdida y perjuicio para vos. No tengo nada, no he podido recobrar nada de lo que tuve y de lo que mi familia disfrutó. Todo ha sido vendido o ha pasado a otras manos y como carezco de fuerza para obligarlos a devolverlo, cuando lo he solicitado, se han

reído de mí. He terminado vendiendo la fuerza de mi brazo como un hidalgo pobre, sin medios ni fortuna, como un hidalgo segundón en busca de una pitanza y de una gloria siempre esquiva.

Doña Leonor le escuchó sin interrumpirle, sintió que su obligación era decirle alguna palabra de consuelo, aunque no se le ocurrió ninguna muy convincente.

—No os preocupéis por todo eso, don Ruy, sin duda el Señor Jesús lo ha permitido por alguna razón que no se nos alcanza. Ya veréis como todo llega a arreglarse y nuestro honor y fortuna regresan a nosotros. En fin, ahora lo que apremia es encontraros acomodo en la casa, ofreceros descanso, ropa limpia y una buena comida. Luego dormiréis, parecéis cansado del viaje; más tarde os enviaré la cena a vuestra habitación de manera que no tengáis que molestaros en venir a cenar y mañana habaremos del futuro, si os parece —una febril actividad cubría su desconcierto.

Había pensado llevarle a su propia habitación, como su marido que era, pero el pensamiento le fue violentamente desagradable. Un día más, esperaría solo un día más, luego Dios diría.

—Os dejo un momento en esta habitación, vuelvo enseguida, voy a dar las órdenes pertinentes.

Así, diciendo esto, fuese apresuradamente. Nunca su señora tía le había dado autorización para que dispusiese de lo que había en la casa, ahora lo había hecho y ella pensaba aprovecharlo.

Llamó a la servidumbre y les ordenó preparar un dormitorio para su esposo, limpiarlo y caldearlo, buscar ropa de hombre entre lo que hubiese del difunto esposo de su tía. Mañana se compraría todo nuevo para él, pero ahora tendría que conformarse con lo que hubiese a mano. Hizo llamar a la cocinera y le ordenó sacrificar un ave de corral; con ella se prepararía un caldo sustancioso, como se hace para las mujeres recién paridas o para los enfermos confinados en cama. A uno de los sirvientes le ordenó preparar una tuba con agua de rosas y acompañar a su esposo, ayudarle en el baño y luego vestirlo con las ropas que ya estaban buscando entre los viejos baúles del sobrado.

—¿Sabréis rapar a su excelencia serenísima si él lo requiere? —el buen hombre asintió con la cabeza al tiempo que decía:

—Doña Leonor, tengo suficientes años para haber rapado muchas barbas en mi vida. Descuidad, si el caballero lo desea, se le rapará la barba a su gusto, larga o corta, con o sin patillas. También puedo cortarle el pelo.

—Gracias, Adefonso, lo dejo pues en vuestras buenas manos, cuando su excelencia serenísima haya terminado con su aseo, lo traéis al comedor, allí le esperaré a la hora de comer.

Todo se hizo como Leonor había ordenado. La habitación fue preparada, aun cuando en el fondo de su conciencia ella sentía que debía haberle preparado un lugar en su propia cama y no en otro sitio, pero no quiso pensar más en ello. El ave de corral hizo camino de la olla y alguna ropa elegante aunque algo vetusta salió de los baúles y fue cepillada y planchada enseguida. Don Ruy aceptó el baño de agua de rosas con un suspiro de satisfacción y se dejó bañar, rapar y vestir sin comentar nada. Recordó que era un nobilísimo caballero y que todo esto era solo la rutina en las casas nobles. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Su viejo pariente, don Lope Fernández de Padilla, que le había aceptado en su casa como a un hijo, había olvidado estas exquisiteces.

Cuando estuvo vestido reclamó una espada para complementar su atuendo. Había perdido la suya en Aljubarrota. Ahora, al pedir una, el sirviente le miró azorado.

—No tenemos, noble señor. Desde que murió el marido de doña María las espadas se retiraron de las habitaciones. Ved que las damas no las usan.

—Cierto, cierto, pero he visto alguna en las paredes del gran salón, descolgadme una, al menos simbólicamente servirá mientras hallamos algo mejor.

—Tienen orín, noble señor...

—No importa, nadie las va a inspeccionar. Mañana será otro día y tendremos una espada nueva, al menos eso espero.

Así se hizo y pronto un nuevo Ruy se presentó ante doña Leonor. Vestido, limpio, afeitado y acicalado parecía otro hombre. Un patricio de grave aspecto y faz sabia y sufrida. Leonor lo halló hermoso y se alegró, mañana era un día importante, mañana sería el verdadero día de su boda. Se preguntó si él pensaría lo que ella y enrojeció pero él pareció no darse cuenta.

Comieron en compañía y charlaron evitando asuntos que podían resultar difíciles, hablaron de sus recuerdos en las Reales Atarazanas, rememoraron al buen caballero que había sido Sancho Míñez de Villendra, aquel preso que había sido gran chambelán del señor rey don Pedro. Hablaron de sus carceleros, de la terrible peste bubónica que se llevó a todos menos a ellos dos.

—Estoy segura, don Ruy, de que Dios Nuestro Señor nos tiene reservado algo grande en la vida pues nos ha salvado de atroces peligros. Los que nos acompañaban todos murieron: o fueron ajusticiados o de la peste, pero nosotros dos fuimos salvos. Tenemos una misión que cumplir, seguramente juntos, si no el señor se habría llevado al sobrante.

Oyendo esto el buen don Ruy no pudo evitar una sonrisa.

—Sois muy inocente doña Leonor. No siempre se salvan los que tienen una misión, es decir, conservar la vida no es señal de ser predilecto o seleccionado para algo noble o grande. Hay mucha gente que se libra de innumerables peligros y no hace nada decente ni notable en su vida.

En estas consideraciones transcurrió la comida. Don Ruy comió con excelente apetito todo lo que se le presentó y luego pidió licencia para retirarse a descansar, recordó que Leonor le había dicho que debería reposar hasta el día siguiente y quiso ponérselo fácil.

—Os agradezco todo lo que habéis hecho, querida esposa, y desearía permanecer con vos, pero estoy muy fatigado y me retiraré con vuestra licencia. Hacedme llamar mañana cuando estéis lista para que nos veamos y hablemos de nosotros y nuestro futuro.

El día siguiente llegó y ambos estuvieron de acuerdo en que estaban casados según manda la Santa Madre Iglesia y que puesto que don Ruy había vuelto con intención de quedarse, debían reiniciar su vida y comportarse como marido y mujer. Así ella se mudó a la habitación de don Ruy y por fin pudo decir que era una mujer casada. No tardó en saber que estaba esperando su primer hijo. Pero aún anhelaba mucho más de la vida y no dejó de rezar sus trescientas cincuenta avemarías todas las noches antes de dormir; le pedía a la Virgen de san Hipólito, cuya iglesia estaba cerca, que se dignase proporcionarle algunos medios con los que iniciar la recuperación de su fortuna y de su honor perdido, pues no se consideraba noble ni ilustre ni de preclaro linaje mientras tuviese que depender para todo de la caridad y la voluntad de su señora tía. Ahora que su marido había vuelto, añadió otras cincuenta avemarías a las de siempre para que la Santísima Virgen se dignara ayudarle a recomponer su hacienda y a recuperar al menos alguna de sus antiguas posesiones. Le decía a la Virgen, que ella, Leonor, al ser ya esposa, deseaba —con la ayuda divina— no estar bajo la férula de doña María.

—¡Os lo ruego, señora de los tristes y de los desamparados! Amén, amén.

Una mañana don Pero López de Ayala estaba en el patio del castillo de Obidos, sentado en su jaula y escribiendo como de costumbre cuando se le acercó el capitán de sus carceleros. No era mala persona. Inclusive le había proporcionado ropa cuando la suya se caía a trozos y hacía que le sirvieran comida de los mismos soldados en un puchero en donde no faltaban de vez en cuando trozos de carne. Cumplía su deber sin ensañarse con el preso, muchos carceleros se vengaban de los cautivos de sus vidas miserables, don Pero lo sabía, lo había visto

muchas veces durante su vida, por ello en su corazón agradecía al buen capitán que lo tratase con indiferencia, como a un deber, como a una obligación y nada más.

—Buenos días, señor cautivo —saludó con buen humor el capitán.

—Buenos días, señor capitán. ¿Cómo es que hoy no se abren las puertas del castillo? ¿No hay hoy visitas? —también don Pero López de Ayala tenía hoy buen humor y se había percatado de que esa mañana no había curiosos porque la gran puerta que daba acceso al patio, permanecía cerrada.

—De eso quería hablaros —sacó un hermoso documento enrollado y del cual pendía un sello de plomo ya roto—. He recibido de nuestro rey don Juan de Avís este albalá quirógrafo, escrito por su amanuense y firmado de su mano. ¿Queréis leerlo?

—No hace falta, buen capitán, decidme vos de qué se trata. ¿Es mi sentencia de muerte?

—¡Quia, don Pero! Este albalá es vuestra orden de libertad. El Maestre de Avís me ha hecho saber que en nombre del Rey de Francia, de vuestro Rey, del Maestre de Calatrava y del mismísimo Papa que ha intercedido por vos, ha decidido usar de su misericordia. Os deja libre. Podéis iros hoy mismo, por eso no hemos abierto las puertas del patio, para evitaros más curiosos y comentarios —se acercó a la jaula y con su llave abrió la puerta—. Sois libre —le alargó el albalá—. Tomad, por si tenéis que justificar vuestra libertad y vuestro paso a través de Portugal.

Aturdido por lo inesperado de la noticia, don Pero recogió sus pocas pertenencias, más que nada sus papeles y recado de escribir, y salió andando con dificultad. Tanto encierro le había mermado la movilidad.

—Dios os bendiga, buen amigo. ¿Cómo os llamáis? Nunca lo supe. Hubiese sido atrevimiento de mi parte el preguntarlo. ¿Como os llamáis?

—Manuel, Manuel dos Sobrados.

—Bien, Manuel dos Sobrados, no os olvidaré. Siento no tener nada que daros, soy pobre como las ratas, pero no os olvidaré.

El soldado se encogió de hombros, no le importaba si el preso le olvidaba o no, él estaba solo atento a cumplir con su deber y se alegraba de dejar este servicio tan monótono.

—Adiós, señor don Pero, venid conmigo, os abriré un puerta excusada en la muralla y así no os seguirán los curiosos que esperan en la parte frontal del castillo —le alargó una capa aguadera muy usada—. Tomad esto, quizás os haga aún servicio y además si os envolvéis en ella pasaréis desapercibido al menos mientras os alejáis

un poco.

Muy pronto se halló fuera, desorientado y todavía perplejo. ¿A dónde podría ir? Estaba muy lejos de su hogar. De pronto recordó que en un zapato guardaba una moneda de oro, una moneda castellana del mejor oro. Decidió buscar un cambista judío, ellos no preguntaban por el origen del oro. Así animado inició el descenso desde el castillo de Obidos hasta el más cercano pueblo.

No por aguardada y deseada la noticia de su liberación había dejado de sorprenderle. Por su experiencia sabía que cuando se habla de pagar rescate por un noble preso por lo regular hay copiosa correspondencia y en ella solía tomar parte el preso en cuestión dando instrucciones a los suyos en relación a los bienes de que se ha de disponer para pagar la redención. Esta vez nadie le había preguntado nada, ni había tenido noticias de los suyos advirtiéndole que su libertad estaba cerca. Nada. No sabía ni cómo ni por qué el Rey le había liberado. Algo dijo el guardián sobre la intercesión del Rey de Francia y otros personajes. Estaba cansado, atónito, no podía pensar claro. Caminó cuesta abajo hasta que no pudo más, sus extremidades estaban algo atrofiadas y se negaban a continuar avisándole con calambres de que no estaban preparadas para una larga caminata. Sintiéndolo mucho hubo de sentarse a descansar, vio una piedra que sobresalía del sendero y allí tomó asiento frotándose las piernas con las manos desnudas. No oyó nada hasta que una voz le saludó casi al oído.

—¡A la paz de Dios, don Pero! —el canciller dio un respingo y casi se cae de su asiento.

—¡Que Dios os bendiga a vos también! —respondió en cuanto se hubo repuesto de su sorpresa. Iba a preguntar por el nombre de su interlocutor cuando le reconoció—. ¡Pero cómo! ¿Vos aquí también?

Era el mendigo que le había dado la moneda de oro, el que le había propuesto comprarle un peine para despiojarse. Él le había pedido una muda limpia y el mendigo, o lo que fuese, se la hizo llegar por medio de un soldado. Ya nunca más se había presentado ante él, de hecho el canciller creía que el mensajero de don Juan, pues por tal lo había tomado, había vuelto a Castilla. Ahora como un rayo comprendió que su libertad tenía algo que ver con este hombre.

—Sentaos conmigo un rato, estoy muy cansado, soy mayor y tantas emociones me han fatigado en extremo.

Herique Almeida se sentó junto al canciller sin decir palabra. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Tenéis hambre, don Pero?

El mencionado lo pensó un momento y sí, ahora se daba cuenta de

que tenía harto apetito. No había desayunado y hacía ya horas que debía haberlo hecho.

—Sí, buen amigo, tengo hambre, ¿acaso tenéis...?

—No hay gran cosa, pan y queso, eso sí, del mejor —diciendo esto sacó de una bolsa un trozo de pan blanco y un queso tierno—. También acarreo una bota de vinillo, si os apetece —se echó a reír el canciller.

—¿Que si me apetece? ¡Venga todo eso! —ambos hombres compartieron el pan y el queso que les supo como lo mejor del mundo. Por un rato evitaron hablar de la libertad del preso, lo primero era recobrar fuerzas, y con ello el espíritu de lucha. Había que olvidar el cansancio y los dolores en las piernas y seguir camino cuanto antes. Los caminos no estaban exentos de peligros y era mejor dejar los sitios solitarios y llegar a una ciudad o villa. A lo lejos, en el horizonte se veían algunas casas, sin duda una aldea de regulares dimensiones. Hacía allí deberían encaminar sus pasos cuanto antes.

—Ahora que nos hemos refaccionado, mi señor López de Ayala, es mejor que reanudemos nuestra andadura, no sería bueno que nos cogiera la noche de camino —señaló el caserío en lontananza—. Allí podremos pernoctar, en campo abierto además de bandidos hay lobos y otras fieras y no tenemos armas con qué defendernos, más que este filoso puñal —enseñó uno de regulares dimensiones. Don Pero se puso en pie, después de haber comido se sentía mejor y con fuerzas para afrontar la caminata.

—Tenéis razón, vamos pues sin pérdida de tiempo. Por cierto, ¿sabéis qué lugar es ese que desde aquí divisamos?

—En todo caso, mi señor, permitidme que os ofrezca mi brazo; habéis estado inmovilizado demasiado tiempo en una exigua jaula. Sé que hay quien pierde las piernas si está encerrado demasiado tiempo —le tomó del brazo sin esperar el consentimiento del noble señor y continuó hablando—. Ese lugarejo, mío *senhor* es Sancheira Grande. No está lejos pero el camino es difícil.

—No creo que haya perdido del todo mis piernas —bromeó el canciller— aunque sea difícil el camino lo haremos juntos.

Caminaron un largo rato y ya fuese porque se había repuesto un tanto o porque la compañía le animaba, lo cierto es que don Pero anduvo sin demasiadas dificultades. Al cabo de un tiempo tuvo ánimo de preguntar.

—Si fuera posible, me gustaría saber quién sois. No un mendigo ciertamente aunque os he visto siempre vestido de tal —sacó la moneda de oro—. Los mendigos no dan monedas de oro de Castilla, ni en Castilla ni en Portugal. ¿Quién sois?

—Nadie importante, don Pero, soy un soldado fiel a don Juan de Castilla, nuestro señor natural. Soy de madre portuguesa y por ello domino el idioma y las costumbres, era la persona ideal para infiltrarme en busca de un preso: vos.

—Sois un valiente, si os hubiesen detectado os habrían colgado de un árbol, sin más.

—Imposible. ¿Cómo habrían de sospechar de un mendigo que ganaba su sustento siguiendo a la muchedumbre? No llevaba ninguna identificación. Tuve mucho cuidado de no preguntar demasiado. Os seguí a distancia y cuando averigüé lo que quería, escribí a nuestro Rey y me alejé lo suficiente como para no ser sospechoso.

—Así que sois vos el que dio noticias mías.

—Don Juan ya sabía de vuestra suerte, yo vine a confirmarla y a seguiros para no volver a perder vuestro rastro.

—¿Y qué haremos ahora? ¿Tenéis algún plan?

—Sin duda. Tengo instrucciones precisas de don Juan. Escuchad.

A pesar de todo don Pero estaba cansado así que se sentaron de nuevo a la orilla del camino y Henrique Almeida le trasmitió las órdenes del Rey de Castilla.

El prior de Guadalupe traía algunas ideas de parte de don Juan para zanjar el asunto de la guerra entre enriqueños y emperejilados. Nada de encuentros armados, ni hombres muertos, ni batallas desesperadas. Nada de gastar los dineros de los reinos en ejércitos y en viudas y huérfanos.

El de Láncaster estaba ansioso por oír las ofertas que traía el monje, pero no quería parecer deseoso así que no presionó al hombre santo y esperó hasta que este estuvo dispuesto a decir lo que llevaba en mente.

Aún pasaron dos días hasta que el prior manifestara su oferta de paz duradera. Era muy simple.

—... y así, señor duque, no hay motivo de querella. Vos tenéis una hija, doña Catalina de Láncaster, y ella, si tomáis, cosa muy dudosa, la tierra, será un día Reina de Castilla. Mi señor tiene un hijo, don Enrique, que ha de contraer matrimonio con una dama de estirpe. Podemos celebrar una boda regia entre ambos. La única dificultad estriba, si es que puede llamarse dificultad, a la circunstancia de que don Enrique tiene nueve años y doña Catalina catorce. Ella habrá de esperar unos cuatro o cinco años hasta que don Enrique esté en condiciones de... ¿cómo diría?, de hacer de ella una verdadera esposa. Por lo demás se sellaría la paz entre los petristas y los enriqueños. Ambas ramas se reunirían en una sola y la paz y la concordia volvería al reino. Vuestra hija sería reina como si su madre, doña Constanza

hubiera reinado. Nada de guerras entre familias ni entre reinos, celebraciones y alegría en vez de lutos y llantos. ¿Qué os parece?

El de Láncaster no había imaginado tal oferta. Tenía en mente que ambas ramas, la legítima y la bastarda, estaban en guerra sin cuartel; ahora, repentinamente, se le abría una puerta que nunca sospechó. Además vería a su hija Reina; su esposa, si no Reina de hecho, sería de derecho Reina Madre. Y él, al menos tendría influencia en Castilla, lo que le venía bien para endulzar sus relaciones con Francia, su enemiga y aliada tradicional de Castilla. Parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Es sin duda una buena oferta, generosa de parte de don Juan, pero comprenderéis que debo comentarlo con mi esposa, la duquesa. Al fin ella es la reina y debo saber si se siente como para renunciar en su hija.

—Sin duda, sin duda, pero pensadlo bien, la infanta Constanza no es la Reina, desea serlo —recalcó el prelado, y continuó después de una pausa— el precio es de mucha sangre y quizás tampoco lo consiga. Reina madre no es tampoco mala cosa y sería dotada regiamente como infanta de Castilla. Se le otorgaría una cadena de castillos y fortalezas y dinero contante y sonante. Podría viajar por esta su tierra cuantas veces quisiera y ser recibida en palacio como una Reina, como la madre de la Reina futura. Y cuando Catalina heredase, sería madre de la Reina y abuela del próximo Rey. Decídselo así.

El prior y el duque se despidieron cortésmente, ambos sabían ya la respuesta, solo que había que guardar las formas y no demostrar demasiado entusiasmo. Sin darse una respuesta definitiva quedaron para hablar más largamente del asunto en Troncoso.

—He aquí mi señor don Pero la confirmación de las órdenes de nuestro señor natural —Henrique Almeida sacó de una bolsa unos cuantos papeles cuidadosamente doblados —. Tenía instrucciones de dároslas en mano en cuanto estuvieseis libre.

En resumen las instrucciones de parte del rey don Juan eran que se repusiese de su encierro cuanto antes, que con el dinero que le mandaba con Henrique Almeida se comprase un buen caballo y vestidos regios amén de armas de acuerdo a su categoría de noble, que alquilase los servicios de un grupo de sirvientes y soldados de pago y se dirigiese en cuanto pudiese a Troncoso, allí debía esperar al duque de Láncaster; en pliego aparte le explicaba en detalle cuán necesaria era para Castilla una paz con los ingleses y cómo el proyectado matrimonio entre ambos herederos, Catalina y Enrique era una bendición para el futuro del reino. Además había otro asunto que

convenía recordar, se podría aprovechar el matrimonio entre Enrique y Catalina para mejorar las relaciones con el Rey de Portugal, ya que Felipa de Láncaster, medio hermana de Catalina, estaba prometida al hijo del heredero de Portugal. La futura Reina de Castilla era hermana de la futura Reina de Portugal. Ya que Troncoso estaba en Portugal le sugería que viese de entrevistarse con Juan de Avís para mejorar las relaciones entre ambos reinos limítrofes.

Encomendaba todas estas delicadas negociaciones a don Pero pues él ya había sido embajador e intermediario en muchos asuntos no menos espinosos y peliagudos. Para darle aún más lustre le confirmaba en el cargo de canciller mayor del reino y copero de su mesa, terminaba su misiva haciéndole saber que salía de Castilla hacia Troncoso un pequeño ejército para su guardia y custodia y para darle honra y estado ante los duques. Su pequeño ejército le llevaría el resto de lo que necesitaba: una tienda suntuosa de acuerdo a su cargo, armas, escudos, tapices, unos músicos para entretenerse a él mismo y a los duques cuando llegaran, cocineros, pajes y servicio de toda clase, pues don Pero estaría representándole a él mismo y debía presentarse como si fuese la persona del Rey. Para su tranquilidad y regocijo le enviaba asimismo a su esposa y a dos de sus hijos, que se encontrarían con él en Troncoso.

Todo esto satisfizo en grado sumo a don Pero. Llegaron a Sancheira Grande en donde descasaron unos días y luego continuaron su camino. Lo primero había sido conseguir unos caballos así que como Henrique Almeida conocía su tierra, llevó al canciller hasta una finca, no lejos de Sancheira, que pertenecía a un noble portugués, en donde según él se criaban hermosos caballos. Sin ser corceles como los jerezanos, eran en verdad animales dignos de un noble y allí se compraron dos cada uno. Cuatro buenos caballos no se vendían todos los días, encantado con la venta hecha a tan ilustres *senhores*, el dueño les invitó a quedarse algunos días y descansar allí, pues una vez que se identificaron sucedió que don Guimarao, que así se llamaba el dueño de la tierra, tenía amigos en común con don Pero. Todo se solucionó de una manera fácil e inesperada, don Guimarao tenía negocios de potros con unos transportistas judíos que también eran cambistas y prestamistas, así que al saber que traían una carta de garantía del mismísimo Rey de Castilla, les ofreció llamar al cambista para que se la hiciese efectiva o en su defecto les proporcionase una parte del valor de la misma.

Muy pronto Henrique Almeida y Pero López de Ayala se hallaron camino de Troncoso para cumplir las órdenes de don Juan de Castilla. El año pasado en Leirín y Obidos, encerrado en una jaula de barrotes,

le parecía un mal sueño al nuevo copero del Rey.

Por no hacer la historia larga digamos que don Pero López de Ayala ató bien todos los extremos de concordia entre la rama bastarda y la que de momento tenía el poder. Se casarían los dos herederos y ellos mismos serían la prenda viva de la armonía entre las naciones. Para más seguridad de que la alianza se llevaría a cabo, se estipulaba que si don Enrique muriese antes de contraer matrimonio con doña Catalina, entonces ella contraería matrimonio con el otro hermano, el infante don Fernando, el cual no contraería matrimonio al menos hasta que los príncipes herederos tuviesen un hijo o hija.

A la princesa doña Catalina se le entregaban en dote las villas de Soria, Atienza, Almazán, Deza y Molina.

El Rey de Castilla pagaría a los duques de Láncaster seiscientos mil francos y otros cuarenta mil cada año. Cien mil se pagarían de contado y se darían rehenes por los restantes quinientos mil hasta que toda la deuda estuviese pagada.

A la duquesa de Láncaster se le otorgaban de por vida las rentas de Guadalajara, Medina del Campo y Olmedo.

A cambio, el duque y la duquesa renunciaban para siempre a toda pretensión sobre los reinos de León y Castilla.

Una vez que se llegó a este acuerdo, se pactó que los signatarios de Troncoso, que estaban en Portugal, irían a Bayona, en Castilla, en donde se encontrarían con el rey don Juan para firmar los documentos decisivos y para que la familia se diese definitivamente el abrazo de la paz, una paz duradera en sus dos hijos y herederos.

Terminado el acuerdo de Troncoso el copero del Rey se sintió satisfecho. Había recuperado su libertad, y ayudado a su rey en un asunto delicado. Vivía, había recuperado su puesto y su honra, ¿qué más podía pedir a la vida?

Capítulo XXIV

UNA CASA NUEVA PARA DOÑA LEONOR Y SU ESPOSO. LA MUERTE DE URRACA.

Perdí la paciencia, y aquella que había causado el problema entre mi señora tía y yo, murió por mi mano tragándose la lengua...

Memorias de doña Leonor López de Córdoba.

Doña María volvió al cabo de unas cuantas semanas de la visita que anualmente efectuaba a su hermana la abadesa de las clarisas de Guadalajara. Como de costumbre se había alojado en el convento y allí, rodeada de silencio y tranquilidad, tuvo tiempo de meditar sobre el futuro inmediato. No todo lo que había hecho era correcto ni cristiano, había silenciado lo que sabía acerca del marido de su sobrina y ahora este había aparecido. Las noticias que habían llegado a ella las había callado esperando que él muriese y entonces Leonor quedaría bajo su férula para siempre. Ahora, tras meditar lo que había hecho, tenía miedo de que el Señor de la Justicia le pidiese cuentas. No se puede separar a unos esposos, solo la muerte tenía poder para ello y ella, la muy noble María Mencía García y Carrillo de Albornoz, lo había intentado, primero despidiendo al marido en cuanto llegó bajo el pretexto de que debía rehacer su patrimonio, y luego al enterarse de que vivía y de que estaba herido y huyendo del peligro en Portugal, no dijo nada a su sobrina y le dejó creer que él estaba al menos desaparecido si no muerto. Con fastidio pensó que debía pagar por su falta o al menos hacer algo por esos dos esposos. Por el bien de su alma era necesario reparar el mal causado.

—Doña Leonor —anunció un sirviente— ha llegado un recadero de parte de doña María, nos hace saber que está en camino y su llegada es cuestión de días o quizás de horas.

Doña Leonor se sobresaltó ligeramente. Temía la llegada de su señora tía. ¿Qué actitud tomaría ante ella y su esposo? Cuando se anunció la llegada de don Ruy, la señora tía había abandonado la casa precipitadamente sin manifestar su disgusto o al contrario, su agrado por la llegada del perdido consorte. Leonor, por su parte, había tomado una determinación y se había atrevido a tomar una iniciativa sin pedir consejo a nadie, ni siquiera a su marido. Escribió una carta a este tenor:

De Leonor López de Córdoba, a su señor y Rey, don Juan de Castilla.

Salud y gracia.

Siguiendo las órdenes de vuestra alteza, mi esposo, Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, ha llegado a Córdoba, hasta la casa de mi señora tía, vuestra pariente, doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz. Quizás os agrade conocer que hemos reanudado nuestra vida conyugal pero al tiempo os recuerdo señor que hace no mucho me preguntasteis por mi esposo y si sabía si era vivo o muerto. Es obvio, alteza, que vos lo habéis encontrado antes que yo, y al tiempo recuerdo que uno de los motivos para su búsqueda era el poder atribuirle un señorío que redundaría en mi beneficio, como generosamente decía vuestra alteza en su escrito.

Hete aquí, señor, que el varón de la familia ha aparecido y si acaso hubiera un señorío que solo pudiese ser transmitido por línea de varón, es decir de agnación rigurosa, estamos en condiciones de aceptarlo de vuestra generosidad.

Me atrevo, señor, a recordároslo y ya que siempre os habéis manifestado tan bondadoso y generoso conmigo que espero que este recordatorio no sea tomado como impertinencia o insolencia de mi parte.

Queda siempre a vuestros pies: Leonor López de Córdoba, hija del difunto Maestre de Calatrava, Martín López de Córdoba.

Esta carta había salido tan pronto como don Ruy se aposentó, al parecer para siempre, en casa de doña María. Leonor, si se sentía humillada al tener que vivir de la caridad de su señora tía, más aún se sentía disminuida al pensar que inclusive su esposo y luego sus hijos, tendrían que acogerse al plato misericordioso de la viuda. Ahora había llegado la hora de saber a qué atenerse, la señora tía estaba al llegar y lo que esta decidiese, sería la tónica del futuro. Muy preocupada pero para no pensar demasiado en ello y distraerse mientras esperaba, Leonor preparó todo en la casa para que doña María la encontrase a su gusto a su llegada.

Tendría que comunicarle también que esperaba un hijo, y ello, de algún modo, la avergonzaba.

A mediodía apareció el carruaje de la señora acompañado de todos los servidores que la habían escoltado a su partida, más los soldados de su casa y —sorprendentemente— Urraca, la sirvienta que hacía tiempo había desaparecido del la casa y servicio de doña María.

Tan pronto como la señora y su criada pusieron pie en tierra, Urraca empezó a organizar todo, como había hecho antaño, no en vano había sido la favorita de doña María. Con gran hipocresía saludó fingiendo alegría a doña Leonor.

—¡Ay, doña Leonor, qué hermosa os hallo! Espero que en buena salud —miró la figura de la joven en donde ya se empezaba a hacer manifiesto su embarazo—. ¡Qué bien, pronto tendremos un niño

corriendo y jugando por estos pasillos! —se dirigió a su ama que aún no había notado nada pues apenas había pisado el suelo—. ¿Veis doña María qué buenas noticias nos esperaban?

Doña María dio media vuelta y miró a su sobrina que enrojeció violentamente.

—¡Vaya prisa! —dijo por todo comentario.

Pronto la vida tomó su rutina pero antes la señora de la casa llamó a los esposos ante sí.

—Ya veo que no habéis perdido el tiempo —dijo con vos neutra. No sabríamos decir si se alegraba o les reprochaba por esperar un hijo —. En fin, los casados traen hijos al mundo. ¿Qué pensáis hacer ahora?

Leonor y su marido se miraron entre sí. Habían hablado largo y tendido sobre su situación. No tenían nada y si la señora tía no les protegía, se verían en la tesitura de salir al mundo y buscar un lugar bajo el sol. Cuando el rey don Juan había mandado aquella nota en que conminaba a don Ruy a que volviese con su esposa, le había mandado también algo de dinero como viático para el trayecto. Precavido el caballero no se había gastado más que lo imprescindible de modo que tenía alguna moneda para un momento de necesidad. Sería suficiente como para dejar a Leonor en una casa que rentase habitaciones y luego irse él de nuevo a alquilar la fuerza de su brazo como soldado de fortuna. La paga de soldado no era grande pero era todo lo que podía obtener.

—¿Qué pensáis hacer ahora?

Ante la pregunta apremiante tomó la palabra doña Leonor quien respondió:

—Señora tía, cumpliendo las órdenes de su alteza hemos reanudado nuestra vida marital y el Señor nos ha bendecido con un hijo, que como veis viene de camino. Bien sabéis que no tenemos nada, que mi esposo no ha recuperado ni bienes ni hacienda. Todo ha sido repartido a otros beneficiarios quienes han fundado mayorazgos, haciendo, por ende, los bienes intocables y fuera de la justicia. Así, señora tía, más que preguntarnos a nosotros qué vamos a hacer, preguntaos a vos misma que vais a hacer con nosotros —doña María miró no sin sorpresa a su sobrina. Sin duda no se esperaba una contestación tan cortante de parte de Leonor.

—Sois bastante atrevida, muchacha. En fin, dado vuestro caso de extrema necesidad, excuso la contestación tan desabrida —se dirigió a don Ruy—. ¿Y vos, don Ruy, tenéis algo pensado, aunque sea para un futuro más o menos lejano? —el así interpelado negó con la cabeza.

—Doña María, durante siete años he desaparecido de la vida de mi

esposa y no era mi intención volver para ser una carga para ella ni para vos. No sé cómo el Rey se enteró de mi paradero y a fe mía que ignoro por qué razón me ordenó venir a reunirme con ella. Comprenderemos bien si no queréis soportarnos a los dos, y nos iremos, hoy mismo si lo deseáis. Volveré a ser mercenario e intentaré mantener a mi esposa y a mi hijo con lo que consiga, que a veces se verá acrecentado con el botín, si llega el caso de que lo haya. Este es todo nuestro plan.

Doña María miró a ambos. Qué pensaba, era imposible de dilucidar. Por un rato pareció meditar mientras paseaba su vista ora por los sobrinos ora por las paredes. Por fin se decidió a hablar.

—En estos días en que he estado en el convento de mi hermana, como suelo hacer todos los años, he pensado y cavilado mucho. He llegado a la conclusión de que no puedo dejaros en la calle; en primer lugar sois mis sobrinos nietos y en segundo lugar la honra y el nombre de los Carrillo de Albornoz sufrirían merma si se supiese que mis parientes cercanos vivían como dos míseros villanos. Por ambas razones no deseo que os apartéis de mi protección al menos hasta que Dios en su infinita misericordia os retorne vuestros bienes, y si ello no sucediera jamás, estaréis siempre bajo mi amparo —cambió el tono e su voz—. ¿Habéis reparado alguna vez en las casitas que se levantan en el terreno de al lado, junto a San Hipólito?

—Sí, señora tía. Las he visto, son casi ruinas. ¿Pertenecen a la Iglesia? —fue Leonor la que contestó pues el bueno de don Ruy no se había fijado en tales construcciones. Doña María no contestó directamente a la pregunta.

—Las casas y el terreno que las circunda, fueron en su tiempo de los clérigos de San Hipólito. Ahora son mías, al menos las casas y la mitad del terreno que hay entre la iglesia y nuestra casa. Hubo un momento en que los sacerdotes tuvieron que venderlo por una necesidad y yo las compré, no deseaba vecinos inconvenientes tan cerca de mi casa. Sé bien que no son gran cosa, una de las construcciones era vivienda y las otras, más pequeñas, dependencias; esas otras no son casas en realidad sino depósitos, graneros y hasta cochiqueras. Afortunadamente para vosotros la casa-vivienda es la que está en mejor estado. Hoy mismo mandaré a que vengan a reparar el tejado y ajustar las puertas y ventanas así como a encalar las paredes. Tan pronto como esté lista haré poner allí muebles y os mudaréis. Podréis hacer vida matrimonial sin ser molestados y sin molestar a otros. Vos, Leonor, os podréis llevar a la pequeña judía con vos. ¿No la llamáis Sara? Ese será todo el servicio con el que contaréis. Para el resto de vuestras necesidades acudiréis a mí, yo os subvencionaré para

que no os falte ropa ni comida ni a vosotros ni al niño que está al venir. Por cierto, vendréis a comer conmigo mañana y tarde —les miró un largo rato—. Espero que ese concierto os convenga, es todo lo que tengo para ofreceros. No os faltará de nada, pero viviréis aparte. ¿Entendido?

Así quedó arreglada la nueva vida del matrimonio. La casa de San Hipólito, como la llamaron, se arregló, y si no elegante, al menos quedó decente. No había tapices, ni armas, ni espejos, ni escudos, ni alfombras, solo paredes desnudas y algunas cortinas que cortaban la luz y el frío. Los muebles eran buenos y sólidos, sacados de algún recóndito almacén de la casa grande. La cama sólida y de caoba tenía cuatro columnas macizas que sostenía unos pesados cortinajes. El colchón era bueno y lo mismo las mantas. Todo era satisfactorio. La señora tía les despidió en cuanto supo que la casa estaba lista y les deseó allí una feliz convivencia pero se excusó de ir a ver la morada de su sobrina.

—La vi hace años, cuando la compré, ahora arreglada, estará mejor. Idos con mi bendición. Os espero a la hora de la cena, no os retraséis, ya sabéis que soy muy puntual.

Eso fue todo. Los criados se ocuparon de llevar la ropa de Leonor de una casa a la otra, aunque las joyas no hicieron el camino. A don Ruy se le proporcionó todo lo que un modesto caballero podía necesitar, amén de un capote lujoso y una espada flamante con hermosa empuñadura, digna de su nobleza.

Leonor se aburría en su nueva casa. Como allí no había necesidad de reponer nada, no se hacían compras. Cuando algo era necesario se pedía a la señora tía y ella proveía. Tampoco en esa casa se hacía comida. Ni siquiera había una cocina. A la hora de comer ella y su esposo salían a la calle que era la principal frente a la iglesia de San Hipólito, daban la vuelta a la manzana y entraban por la puerta de la casa de doña María. Terminada la comida si no surgía algo imprevisto, regresaban a su hogar en donde no tenían nada que hacer y casi nada que decirse.

Las avemarías de doña Leonor aumentaron y ahora las rezaba de rodillas y con los brazos en cruz. Se sentía humillada al tener que salir de su casa todos los días a la hora de comer y cenar y sentía que los vecinos murmuraban que era una recogida, poco más que una mendiga; le parecía oír susurros cuando pasaba y cuando iba a misa: ahí va la recogida de doña María y su marido. Viven sin dar ni golpe, comen de balde...

—Santísima Señora de los Desamparados, mueve el corazón de mi señora tía y dadle la idea de abrir una puertecilla entre su casa y la

mía de modo que mi esposo y yo podamos entrar a comer sin ser vistos. Amén.

Y es que entre la casa de ambas había un muro que corría de lado a lado. Si se abriese allí una portezuela o entrada, ambas casas quedarían comunicadas por el huerto. La Señora de Belén oyó sus súplicas y al cabo de unos meses Leonor se atrevió a pedir a su tía que consintiese en abrir un paso entre ambas casas de manera que los habitantes de Córdoba no la viesen entrar y salir de su casa a las horas de la comida, cosa que le mortificaba. Sorprendentemente la tía accedió sin comentarios y dijo que llamaría a un obrero para que lo hiciese. La felicidad de Leonor no tuvo límites y también don Ruy se alegró pues a él tampoco le agradaba hacer pública su necesidad, aunque todo el mundo lo supiese.

Ese mismo día llegó un carta muy escueta a manos de los esposos:

De Juan de Castilla a doña Leonor, mi pariente por parte de madre y a su esposo, don Ruy Gutiérrez de Hinestrosa. Salud y gracia.

Hace ya tiempo que intentaba favoreceros por haceros justicia, no ha sido posible hasta ahora pero creo que podemos solucionar vuestra situación. Ruego a don Ruy se ponga en camino con el emisario de esta carta y él le traerá a mi presencia.

De momento no os puedo decir más. Deseo que nuestras intenciones no sean conocidas así que decid a la buena de mi pariente, doña María, que he llamado a don Ruy por asuntos que conciernen a mi servicio.

Espero que todo se solucione y que podáis tener un señorío rico y próspero que os ayude a olvidar las penas pasadas.

Yo, el Rey.

Doña Leonor estaba a punto de dar a luz a su primer hijo, pero don Ruy juzgó que no podía demorar su partida así que se despidió de su esposa y de la señora tía, y encomendándole que velara por su esposa y sobrina, partió en compañía del emisario. No sabía cuánto tardaría en volver pero eso era lo de menos, partía lleno de esperanzas.

Doña Leonor se quedó sola. La pequeña Sara era toda su compañía. Ahora más que nunca salía para distraerse y visitaba a Ruth, quien le relataba cosas de su familia, de su madre, de su padre y del rey don Pedro. A veces era Ruth la que venía a visitarle y en un pequeño atado le traía bollos de anís.

—Ah, Leonorita —siempre la llamaba así— ¡cuánto os gustaban los roscos de anís cuando erais chica! —Ruth la miraba comer con gran complacencia, como hacen las madres con sus niños—. ¡Qué lástima que yo ya sea vieja! ¡Cómo me agradaría cuidar de este pequeño que va a llegar...! —al oír esta exclamación Leonor vio la ocasión de decir

algo que rondaba su cabeza:

—¡Ay, madre, cuánto me gustaría que estuvieseis conmigo en esos momentos! Tengo miedo. Estoy sola y no tengo a nadie en el mudo. Creo que mi tía inclusive se alegraría si me muriese al dar a luz.

—No digáis tonterías, niña. Doña María tiene sus manías pero es buena cristiana y no tendrá esos deseos —Leonor se abstuvo de hacer ningún comentario acerca de los sentimientos de su señora tía, en lugar de eso preguntó cautelosamente:

—Sois la única madre que he conocido, ama Ruth, ¿no querríais venir hasta que dé a luz? Ya me falta muy poco —el ama la miró como sopesando la situación.

—Vivo con mi esposo, como bien sabéis, no le puedo dejar solo. ¿Podríamos venir los dos? Entonces yo os cuidaría a ambos.

—Venid, claro que sí —dijo gozosa— la casa es amplia, cabemos todos, hasta hay un cuarto de reserva que nunca ha sido ocupado, os podríais quedar ahí —se calló repentinamente. No tenía dinero, ni comida, ni modo de conseguirla. Ni siquiera había una cocina en la casa. Ella podría ir a casa de su señora tía a comer, pero, ¿de dónde comerían Ruth y su marido? Inclinó su hermosa cabeza y se disculpó —. Perdonad, madre, no os puedo tener por más que lo desee. No tengo dinero para daros de comer.

La anciana le acarició la cabeza.

—No os preocupéis por eso, querida niña. Nosotros hemos de comer de todas maneras en casa o aquí, ¿que más nos da comprar lo que nos haga falta y hacerlo allí o aquí, junto a vos?

—Ay, madre, no comprendéis, mi señora tía para asegurarse de que comeríamos con ella no hizo cocina en la casa, no hay fogón —se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Eso no importa, pequeña —dijo Ruth acariciándole el pelo— se puede cocinar sobre tres piedras en el suelo. ¡Ea, alegraos, estaré aquí con vos para ayudaros cuando llegue vuestra hora! Mi esposo hará un fogón de obra en un pispás...

Todo parecía prometedor para el matrimonio, el Rey se había acordado de ellos y sin duda algo mejoraría en su vida futura pero mientras tanto estaba pendiente la prometida puertecilla o portillo que al fin no llegó a abrirse y aunque la señora tía parecía haber consentido en ello, Leonor, en avanzado estado de gestación, seguía teniendo que salir a la calle, dar la vuelta a la manzana y llamar a la puerta de su tía a la hora de comer.

Todo parecía haber vuelto a la normalidad, el esposo se había ido y Leonor pasaba más tiempo con la señora tía, como había hecho antaño. Rezaban juntas e inclusive iban a misa temprano y al rosario

de vez en cuando. Por el día leían vidas de santos y los evangelios, comían juntas y Leonor esperaba con paciencia que doña María le enviase al obrero que había de abrir la puerta entre ambos huertos, pero este no aparecía. Urraca rondaba cerca todo el día y a Leonor se le antojaba que se reía de ella. La miraba con sus ojillos redondos y malévolos, como si supiese algo que la joven ignoraba.

Un día doña María manifestó que deseaba ir a visitar a un pariente y que estaría dos días fuera. ¿Le importaría a Leonor esperarle? No dijo por qué razón, pero no la invitó a acompañarla. Leonor se sintió libre, dos día sin la tía le parecían un respiro, como a los niños cuando los sueltan a jugar después de un largo rato encerrados en un aula.

—Os deseo un viaje agradable y un rápido retorno —dijo Leonor, que ya estaba pensando en irse con Sara de paseo en cuanto la tía subiese a su carruaje. Además ya estaba adelantada en su embarazo y deseaba llamar al ama para que viniese a vivir con ella y acompañarla en el momento del parto. Con Ruth se sentía segura, al fin y al cabo había sido como una madre para ella y como la suya propia había muerto tan pronto, en su corazón la había aceptado como tal.

—¿No me oís, Leonor? Os digo que volveré con alguien a quien os gustará ver —enfrascada en sus pensamientos no había oído las últimas frases de su tía.

—¡Perdón, señora tía, perdón! No escuchaba, el niño da patadas tan fuertes que a veces me quita la respiración —mintió con todo descaro.

—Está bien, la preñez es un momento difícil, igual nos hacemos tontas que sordas. En fin, que no os quiero dejar sola, ya estáis muy adelantada y según mis cuentas el niño está al llegar. Os dejo a Urraca, ella es muy capaz, si os ponéis de parto os será de gran utilidad.

Leonor no se pudo contener:

—¿Urraca, señora?

—Urraca, sí. Creí que ya se os habían pasado esas raras ideas de que ha intentado mataros. La había mandado a una de mis posesiones en Sevilla para quitárosla de la vista, pero ahora que ya tenéis vuestra propia casa, la necesito conmigo —la miró con reprobación— al fin y al cabo ya no dormís aquí y si necesito alguien de confianza de noche tengo que tener alguna persona cerca. ¿O no?

—¡Claro, claro! —musitó Leonor no sabiendo qué contestar.

Se prometió estar siempre en guardia, ella estaba segura de que la criada había intentado matarla por dos veces, no se extrañaría si lo hiciese una vez más. Por nada del mundo dejaría que la ayudase durante el parto, ahora necesitaba más que nunca a Ruth, la bondadosa judía que se había ofrecido tan generosamente a venir a su

casa y ayudarle en el parto aunque no pudiese darle ni de comer. Por cambiar de conversación preguntó fingiendo interés:

—¿Y quién es esa persona que os acompañará, doña María?

—¡Ah, es una sorpresa, os agradará, lo sé! —no quiso decir más y Leonor no insistió.

Fuese la tía no sin recomendarle que se cuidase bien, que comiese por ella y el niño y que no se cansase. Cuando finalmente se fue, Leonor respiró descansada. Se sentó en un cómodo asiento y se quedó traspuesta, cuando se despertó vio que Urraca estaba en frente de ella y la miraba fijamente. Llevaba una bandeja con algunos alimentos.

—La señora me ha encargado que os cuide y os alimente bien —Leonor creyó oír un tono de burla en la mujer, ¿o era su imaginación?

—No creáis que me engañáis, Urraca, no tomaré nada de vuestras manos —la sirvienta puso tono de pena.

—¡Qué lástima, señora, soy yo la que os ha de servir! Si no tomáis nada de mis manos os moriréis de hambre antes de que vuelva doña María.

—Mandadme la comida cruda a mi casa, no vendré por aquí. Ya veré yo que Sara o alguien la prepare para mí sin envenenarme.

—No son esas la órdenes que tengo, doña Leonor. Vos habéis de venir todos los días, a la hora exacta del ángelus, a comer en casa de vuestra tía. Saldréis de vuestra casa, rodearéis la manzana y vendréis como una pedigüeña a comer el pan de doña María.

Repentinamente todo se le hizo claro a Leonor. Se puso en pie como una fiera:

—¡Habéis sido vos, víbora, la que habéis convencido a mi señora tía para que no abriese la puerta entre ambos huertos! —Urraca entrecerró sus ojillos y la miró con sorna.

—Sí, pequeña mendiga, he sido yo. Al menos debéis tener el pequeño trabajo de rodear la manzana para ganar vuestro inútil sustento. Así se lo hice ver a doña María. Nada de daros cuerda, poco a poco os haríais con todo, hoy la comida, mañana una casa, pasado unos muebles, luego quién sabe.

Leonor se puso ciega de ira, aquella rastrera mujer había sido la causa de su humillación, de tantas avemarías rezadas de rodillas con los brazos en cruz para nada, y ahora se vanagloriaba de ello. Se acercó a ella y puso sus dos manos alrededor de su cuello y apretó, apretó. La bandeja cayó de las manos de la sirvienta esparciendo platos y alimentos sobre la hermosa alfombra. Leonor no soltaba su presa, la mujer intentó gritar pero apenas un gruñido salió de su boca, se puso azul, luego negra y por fin cayó como un fardo al suelo. Solo entonces aflojó la presión doña Leonor.

—¡Maldita bruja —dijo entre dientes— ya no os temeré más! —recobró su compostura, se arregló el pelo y salió de la habitación, desde la puerta llamó—: ¡que venga alguien, que venga alguien enseguida!

Poco tardaron en llegar varios sirvientes alarmados por las voces de la joven señora, al oír gritos supusieron que se había puesto de parto.

—¡Ahí dentro —Leonor señaló la habitación— ahí dentro ha muerto Urraca! Me traía un almuerzo y se puso azul, luego negra y cayo fulminada. Lleváosla. Que la entierren cuanto antes. Mi tía la apreciaba así que no hay que ahorrar en su funeral. Arrregladlo todo —fingió malestar—. Yo no me siento bien, me voy a mi casa, enviadme la comida allí por ahora, no creo que pueda venir andando.

Salió de casa de doña María sintiéndose bien. Se había librado de un enemigo, y lo había hecho ella sola, con sus propias manos. Al llegar a la suya llamó a Sara y le pidió que fuese a llamar a Ruth para que viniese en cuanto le fuera posible. Estaba segura de que iba a dar a luz en ese mismo día.

Don Ruy llegó a Sevilla acompañado por el emisario real, pero allí les informaron que el Rey había partido hacia el norte; no hacía mucho de eso, si se apresuraba todavía podría alcanzarlo por el camino. Su alteza había salido hacia Bayona, en donde habría de ratificar y solemnizar el tratado de Troncoso, allí se tratarían los últimos detalles de la boda entre los príncipes y se entregaría parte de la dote. El soberano, le dijeron, no estaba muy bien de salud y pensaba hacer jornadas cortas de modo que su quebrantada resistencia no se debilitase por el largo viaje. Seguramente el Rey deseaba verlo pues había dejado atrás un pequeño grupo de hombres para que le acompañasen hasta que se encontraran.

Capítulo XXV

EL PRIMER PRÍNCIPE DE ASTURIAS. EL SEÑORÍO DE AGUILAR.

Al que tiene buena casa, échanlo fuera de ella,
Quien cuida estar en paz, dexánlo con querella.

Obra poética del canciller López de Ayala. De *Los siete pecados capitales: la avaricia*.

A Leonor le nació un hermoso niño y el ama Ruth se quedó con la joven durante un tiempo para cuidar a ambos con la ayuda de Sara. Con el pretexto de que no podía moverse de su lecho, Leonor se hacía traer la comida de casa de su señora tía. Pasados unos días llegó de vuelta doña María y al enterarse de la situación envió unos criados a la morada de Leonor para que la trajesen a su casa para ver de cuidarle allí con más facilidad. No pudo negarse la joven y con disgusto hubo de cambiar de residencia. Despidió a Ruth dándole las gracias por su compañía y sus servicios y le prometió que en cuanto pudiese iría a verla. Los criados de la señora tía se la llevaron en una silla de manos.

—Ya veo que en cuanto me alejo de casa suceden cosas —dijo la vieja señora cuando entró en la antigua habitación de Leonor, ahora habilitada para ella y el niño—. ¿Habéis tenido una hora corta?

—Si, señora tía, gracias a Dios, la criatura llegó sin problemas.

—Siento mucho que la muerte de Urraca os provocara el parto.

—Bueno, quizás no fue su muerte, ya había llegado mi hora.

—Urraca era una buena mujer, os habría ayudado mucho durante el alumbramiento, ahora siento no haber hecho más arreglos en caso de que ella no pudiese estar con vos. ¡Pero quién iba a imaginarse que moriría tan repentinamente! Me han dicho que vos lo presenciasteis todo... Debió de ser muy duro todo ello para una mujer embarazada —cambió de tono—. En fin, qué le vamos a hacer. La vida es como es. ¿Quién os ha ayudado?

Leonor se sobresaltó, no había preparado una respuesta para esa pregunta. Sobre la marcha improvisó una explicación.

—Bueno, sucedió de noche, no sabía qué hacer por lo que llamé a Sara, ella me dijo que conocía a una partera en la judería, así que fue corriendo por ella y fue esa mujer la que estuvo a mi lado.

—¿Una partera judía? ¡Válgame el cielo! Aunque bien pensado los judíos tienen una bien merecida fama como médicos y cuidadores. ¿Os atendió bien?

—¡Oh, sí gracias, señora tía, muy bien! Luego se quedó conmigo un par de días.

—¿Le habéis pagado sus servicios? —Leonor agachó la cabeza, se estaba empantanando cada vez más en sus respuestas.

—No, doña María, no tenía ningún dinero, pero ella conocía la casa y no le importó no cobrar de momento. Le dije que en cuanto volvieseis se le pagaría. Le pareció bien.

—Decidme luego dónde vive y le mandaré con un recadero lo suyo. No quiero deber nada a nadie.

—Ahora no me acuerdo, se lo preguntaré a Sara, ella es la que sabe dónde vive la partera.

—Bien, no lo olvidéis, en cuanto tengáis a mano su dirección le mandaremos algún dinero. De hecho pienso pagarle con esplendidez —cambió de nuevo de conversación—. Ahora dejadme ver lo que habéis traído —Leonor destapó a la criatura y la señora tía la miró largamente—. Un hermoso niño, hará feliz a vuestro esposo. Es mucho mejor que hayáis alumbrado un varón, nosotras sufrimos demasiado —seguidamente con voz autoritaria soltó—. Que Sara se mude a la estancia contigua mientras dure el puerperio, en este tiempo no saldréis de vuestra habitación, os traerán la comida aquí y os mandaré una joven para que lave y vista al pequeño todos los días —y añadió— mandaré a traer ropa de niño, en los baúles debe de haber aún buena ropa para él. ¿Necesitáis algo más?

—No, señora tía, no se puede pedir más.

—Adiós entonces, no vendré si no hace falta por cualquier razón. Vos podéis mandar a buscarme siempre que sea necesario. No me gustan los niños ni las recién paridas. Por cierto que la visita que os anuncié ya se ha ido, no era cosa de recibir saludos en el lecho aunque era vuestro hermano Álvaro quien venía a veros, iba de camino a Toledo, dijo que si podía regresaría por este camino por saludaros.

Y así diciendo salió de la habitación y tal y como había dicho no volvió a aparecer por allí aunque a Leonor no le hizo falta de nada; como era la costumbre en las casas pudientes, cada día se mató una gallina para ella y los caldos y carnes del ave habían de ser consumidos por la madre y por el servicio que la cuidaba.

Don Ruy alcanzó al Rey no muy lejos de Sevilla, apenas hubo de avanzar un par de días por el camino real cuando ya recibió noticias de que su alteza acababa de pasar por allí. Apresuró la marcha y le dio alcance antes de caer el sol.

El monarca le recibió en su tienda acostado en un lujoso lecho lleno de almohadones.

—Perdonad que no me levante para daros la bienvenida como me

gustaría, don Ruy, pero ya veis cómo me hallo. Las fiebres me tienen atado al lecho. Por las mañanas y por las tardes me atormentan hasta el punto de hacerme perder el conocimiento. Ahora tengo un rato de alivio, dejadme que os cuente mis planes por si luego no pudiera.

Así su alteza relató al esposo de Leonor cómo tenía en mente cederle al menos por una vida el señorío de Aguilar. Este había sido de realengo y pasado por diferentes vicisitudes hasta que fue adjudicado a don Alonso Fernández Coronel. Muerto este se habían suscitado interminables pleitos entre los posibles herederos así que don Juan deseaba recobrar el señorío para la corona y cederlo en usufructo por una vida a don Ruy y a doña Leonor de modo que ambos tuviesen un modo de vida conveniente según su alcurnia y su nobleza y para resarcirlos en lo posible de los sufrimientos pasados.

—Con lo que este señorío os produzca, sin duda, podréis recuperar vuestro patrimonio, al menos en parte y tener luego algo que legar a vuestros hijos. Es un señorío de los más ricos y tiene pueblos, ciudades y villas que dependen de él. No os faltará de nada. Es de agnación rigurosa, por eso era imprescindible que vos aparecieseis, una vez que figuréis como el cabeza de familia, ya no importa que doña Leonor se quede viuda, guardará el señorío en vuestro nombre hasta que muera.

Viendo que su comentario era crudo, añadió:

—No es que desee vuestra muerte don Ruy, pero es ley de vida que doña Leonor viva más que vos, siendo como es mucho más joven, y ya sé que esperáis un heredero, según creo, hay que pensar en los hijos que son el futuro de nuestra estirpe. Todo quedará legalmente consolidado —añadió como dudoso— si Dios me da tiempo de rematarlo. Haced lo mejor de su administración y seréis ricos.

El Rey empezó a fatigarse, le subía la fiebre según avanzaba la tarde y hubo de callarse.

—Perdonad, mío caballero. Os debo muchas explicaciones, pero ahora no puedo seguir. Dispensad, me puede la fatiga.

Don Ruy comprendió que el Rey estaba exhausto y pidiendo licencia se retiró. No cabía en sí de gozo. Por fin sería posible que él mantuviese con dignidad a su familia, Leonor y él podrían librarse de la dura tutela de la señora tía, sus hijos no crecerían en una mísera casuca sino en un gran castillo, como era el de Aguilar. Pero —recapacitó— la cesión no estaba ultimada aún. El Rey había dicho que era su *intención* traspasarle el señorío, solo él podía recuperarlo de manos de los herederos de Alfonso Fernández Coronel. Pero el Rey estaba enfermo, ¡ojalá no muriese antes de ultimar la transmisión en forma de derecho!

Sin saber qué hacer se unió a los soldados de la comitiva.

Seguramente la conversación con don Juan había de continuar, pero al menos don Ruy estaba lleno de esperanzas. Aún tuvo una alegría más ese día, entre la comitiva de don Juan halló a su amigo, el capitán Juan de Sotto Maior.

—¡Ah, mi buen amigo y valiente soldado, don Ruy de Hinestrosa por aquí! —don Juan se levantó del banco en que comía sentado con otros hombres y se adelantó a estrecharle la mano con entusiasmo. De veras se sentía alegre de volver a ver a su camarada de armas, aquel con el que había compartido la terrible jornada de Aljubarrota. Don Ruy le había salvado la vida curando sus heridas y dándole de beber como a un niño; luego, juntos, habían atravesado tierra enemiga hasta llegar a casa del tío de don Ruy. Para don Juan de Sotto Maior don Ruy era un camarada de armas, un soldado de verdad y un hombre bueno.

—Pero sentaos, sentaos con nosotros, llegáis justo a buena hora para comer —los circunstantes empezaron a hacerle sitio en la mesa retirándose a fin de dejarle espacio—. Dejadme antes que os presente a los que aquí están —llamó a cada uno por su nombre y estos al ser nombrados se levantaban ceremoniosamente y saludaban al recién llegado. Sabían que venía de hablar con el Rey y esto les hacía suponer que se trataba de un caballero de alcurnia. Luego don Juan de Sotto relató las peripecias que corrieran juntos y ello fue motivo de admiración entre los circunstantes. Al fin don Juan preguntó:

—¿Tenéis ya alojamiento? —denegó don Ruy con la cabeza.

—Apenas acabo de llegar y aún no me han destinado a nada.

—Bien, pues aprovechando la tesitura os alojaréis conmigo. Hay espacio suficiente y más para un amigo. Ordenaré que se os ponga un lecho de campaña junto al mío. ¿Os parece bien?

—De perlas, apenas puedo creer que os haya encontrado. Tenemos mucho de qué hablar.

Así esa noche ambos relataron sus mutuas peripecias desde que habían dejado de verse. Por el relato de don Juan, Ruy supuso que era por su amigo que el Rey finalmente había encontrado sus huellas. Ahora se explicaba muchas cosas.

Su alteza mejoraba y empeoraba alternativamente, pero con obstinación seguía hacia el norte. Dio sus instrucciones terminantes:

—Si pierdo el conocimiento, llevadme no obstante hasta Bayona. He de cumplir con lo pactado, el matrimonio entre los príncipes es de la mayor importancia para el reino; si muero, quiero que la Reina, que ya está en Bayona, me represente y firme las capitulaciones y lo que haya lugar junto con el canciller mayor que tiene mis poderes —volvió los ojos hacia un pesado arcón que porteaban dos mulas—. Allí está ya

todo escrito; si al duque de Láncaster le parece todo en orden, está ya escrito y firmado por mí, la Reina lo confirmará si es necesario —volvió a caer en un pesado sopor. Anochecía y era la hora de la fiebre.

El Rey no mejoraba de su malatía, y si bien esta no se agravaba tampoco mejoraba pero con la repetición de los accesos de fiebre don Juan se fue debilitando de modo que llegando a Palencia, la corte decidió no seguir hacia el norte por temor a que el Rey muriese por el camino. Tan postrado estaba el soberano que no pudo negarse. Se envió un mensajero y una delegación con poderes para actuar en nombre del monarca. Los documentos estaban ya firmados y aceptados de antemano por los duques de Láncaster así que solo sería cuestión de que estos los viesen para constatar que no se habían introducido nuevas cláusulas.

Para proporcionar descanso al Rey acudieron todos al castillo de Ampudia, fortaleza que había sido del infante don Sancho, hijo bastardo del rey don Pedro, allí a la sombra de sus poderosos muros se decidió buscar médicos y descanso para el enfermo. Tuvieron suerte pues cerca de Palencia vivía uno de los hijos del sabio y poeta Sem Tob ben Ishaq ibn Ardutiel, su hijo había preferido dedicarse a los estudios de medicina. Rubén, que así se llamaba, se hizo cargo del enfermo y no sabemos qué tratamientos le aplicó pero el doliente empezó a mejorar.

Mientras tanto, sin saber qué hacer, don Ruy se quedó con los que acompañaban al soberano, al fin y al cabo este había manifestado su deseo de seguir hablando con él y era solo por su enfermedad que no lo había hecho, en cambio su amigo Juan de Sotto, hubo de partir hacia Bayona acompañando a la delegación real como custodio de las ilustres y poderosas personas que representarían al Rey enfermo. En Bayona esperaban los duques de Láncaster, los cuales se manifestaron desconsolados al saber que su pariente había tenido que interrumpir el viaje pese a su voluntad de hacerlo, en cualquier caso, aunque el Rey no estuvo presente en la firma, todo se había previsto con prolija minuciosidad a fin de no dejar resquicios a malentendidos: se confirmaba que ambos príncipes, Catalina y Enrique contraerían matrimonio.

Los de Láncaster renunciaban a toda reivindicación a la corona de Castilla y como compensación se les darían —como se había pactado— seiscientos mil francos de oro en moneda de Francia.

Catalina se comprometía a no pedir nunca el divorcio de Enrique.

A la princesa Catalina se le otorgaban como dote las villas de Almazán, Atienza, Deza y Molina, además del título de duquesa de Soria.

Catalina, llegado su tiempo, sería jurada como Reina de Castilla junto con su esposo Enrique.

Por precaución, por si Enrique no llegaba con vida a la mayoría de edad, su hermano, el infante don Fernando permanecería soltero hasta que el matrimonio de Catalina y Enrique se hubiese consumado y esperasen un heredero. Si Enrique fallecía antes de lograr sucesión, Fernando tomaría su lugar y se casaría, a su vez, con doña Catalina.

A doña Constanza se le otorgaban tres villas de las más importantes del reino: Guadalajara, Olmedo y Medina el Campo, todas ella centros comerciales de primer rango.

La princesa sería entregada en Castilla en una fecha a determinar a fin de llevar a cabo el matrimonio.

A doña Catalina se le permitía mantener su obediencia al papa Urbano VI, siempre que lo hiciera en privado, y ello como una especial concesión a Inglaterra, pues Castilla reconocía como legítimo Papa, a Clemente VII.

Todo esto fue firmado solemnemente por los de Láncaster y con ello se establecía la paz entre los Trastámaras y los «emperejilados», que así era como llamaba el pueblo a los partidarios de don Pedro; el heredero de Catalina y Enrique restañaría, cuando naciese, todas las heridas abiertas y reconstruiría la legalidad.

Como prenda de la nueva amistad y parentesco, los duques de Láncaster enviaron a don Juan, junto con sus buenos deseos por una mejoría pronta, la corona de oro sólido con que habían pensado coronarse como Reyes de Castilla. Con este gesto los Platagenet renunciaban a tomar Castilla para sí. Enseguida comenzaron con los preparativos para llevar a doña Catalina hasta Palencia, lugar en donde se habían de celebrar los esponsales.

Don Juan, con una leve mejoría, empezó la organización de la boda que tanto le importaba y el asunto de don Ruy de Hinestrosa fue quedando para otro momento.

Doña Catalina había quedado algo alejada del lugar en que se había firmado el tratado, a ella se le hizo saber que su hora de gloria estaba cercana. Sus padres se preocuparon de organizarle un séquito de acuerdo a su linaje y a la categoría del novio. Catalina había nacido el 7 de junio de 1372, las capitulaciones para su boda se firmaron en julio de 1388, tenía la novia dieciséis años y era por lo tanto mayor de edad, mientras que el novio apenas tenía nueve años, era joven y delicado.

Catalina hacía honor a su estirpe inglesa: era alta, más de lo que es conveniente a una mujer; tan alta como un hombre, de cuerpo fuerte y atlético, rubia y algo desmañada en sus andares. Gustaba de la vida al

aire libre, de la caza, la comida y la alegría. Era hermosa como una valquiria, esas diosas veneradas por los germanos como hijas de su dios Odín. Tras las luchas de los héroes, venían los festines presididos por Odín y servidos por las bellas valquirias. Allí se bebía el líquido que manaba de la ubre de la cabra Heidrun y se comía la carne del jabalí Sherimonir, que se renovaba todos los días. Y viendo a Catalina se comprendían esas leyendas de feroz juventud y abundancia sin fin. Enrique, en cambio, era delgado, soñador y reservado. Parecía más un trovador provenzal que un rey y guerrero.

Con todo su aspecto de juvenil fortaleza, Catalina nunca se había separado de sus padres y al ver tan cerca la hora de sus esponsales tuvo miedo. Sería abandonada en una tierra extraña donde no conocía a nadie, no tendría amigas ni cómplices en sus travesuras juveniles, al contrario, se esperaría que ella, como princesa heredera, se comportase siempre intachablemente. Sintió miedo pero por orgullo no dijo nada, la joven princesa apretó los labios y calló, estaba decidida a representar su papel de reina en el futuro y debía empezar venciendo este temor inicial. Por hacerle honor se dispuso que una lucida comitiva fuese hasta Fuenterrabía en donde debían recibir solemnemente a doña Catalina de Láncaster.

Un cortejo de prelados, caballeros y damas, encabezados por el copero mayor y canciller mayor del reino, don Pero López de Ayala, llegó para recoger y honrar a la futura Reina. Con gran boato, suntuosidad y júbilo se trasladó a la joven hasta Palencia, en donde se celebraron juegos de cañas, suertes de toros, fuegos artificiales y todo lo que puede alegrar la vista y el espíritu. Los caballeros hicieron alarde de su habilidad a caballo y con la lanza y la espada y los pocos trovadores que se enteraron de la celebración de las reales bodas se apresuraron a componer epitalamios áulicos que fueron bien pagados según la costumbre. No faltó un detalle. Bailes populares, música nocturna, comida a cuenta de la corona para todo el pueblo y por ese año se otorgó una dispensa de los impuestos reales, lo que llenó de satisfacción a los habitantes del lugar. Cuando ya se temían una derrama extraordinaria para pagar los gastos de la boda, el llamado «chapín de la Reina», hete aquí, que por el contrario, se les eximía de los otros impuestos reales y sin pedir nada a cambio. ¡Sin duda los nuevos príncipes llevarían la dicha y la prosperidad al reino!

Para mayor seguridad legal, y dado que Catalina era mayor de edad, se solicitó de ella su consentimiento por escrito, de manera que en el futuro no pudiera alegar que fue al matrimonio forzada ni engañada en modo alguno. Dos días antes de la boda ella escribió de su puño y letra:

Yo, la dicha Catalina, hija de los sobredichos señores duques y duquesa... sin ser inducida por la obligación o por el miedo, sin dolo ni fraude, ni obligada de ninguna otra manera sino mi propia espontánea y libre voluntad, prometo y juro sobre los Santos Evangelios ... que honraré, ratificaré, y firmaré con mi juramento todas y cada una de las transacciones contenidas en los dichos tratados.

Con este documento todo quedaba bien asegurado y consolidado. El rey don Juan, mejorado de su malatía, no cabía en sí de júbilo y lo mismo cabe decir de los duques.

En medio de las celebraciones el canciller, que había sido en alguna ocasión embajador en Inglaterra, sugirió una novedad en honor de ambos contrayentes:

—Alteza —dijo el canciller López de Ayala— se me ha ocurrido algo que creo honrará a los príncipes y al tiempo perdurará en la memoria de las gentes y cada vez que se renueve, recordarán a don Enrique y a doña Catalina —el Rey no pudo menos que mostrarse interesado en la idea del copero. Bien sabía de su inteligencia e industria.

—¿Qué sería ello, don Pero? ¿Costaría dinero? Bien sabéis que las arcas del Estado está exhaustas, y más que lo estarán cuando tengamos que pagar los plazos de lo que se ha de dar a los de Láncaster...

—En principio, no costará nada. Recordad, alteza, que Eduardo II de Inglaterra hijo de Eduardo I de Inglaterra, y de Leonor de Castilla, hija de Fernando el Santo, fue investido como Príncipe de Gales, con ello se le hizo honor reconociéndole con ese título como Príncipe Heredero y ese título lo traen desde entonces todos los príncipes que han de heredar el trono en Inglaterra. Había pensado, alteza, que podíamos hacer algo similar e instituir para nuestros príncipes herederos al trono el título de Príncipe de Asturias. Los primeros serían don Enrique y la señora doña Catalina.

Al Rey le pareció una idea afortunada y se puso en marcha el protocolo a fin de darle solemnidad al acontecimiento. El día antes de los esponsales, ante el pueblo y la nobleza reunidos en la explanada frente a la iglesia, se sentó al príncipe en un trono magnífico, demasiado grande por lo demás para su endeble figura juvenil, en donde casi se le veía perdido. Se le revistió de fastuosa púrpura, color que simbolizaba la realeza; en su cabeza, un sombrero bien adornado de cintas y plumas, y en sus manos se colocó una vara de oro a modo de cetro. Así sentado y vestido de terciopelo y seda, al son de timbales y pífanos, el Rey su padre se acercó a él y le dio el ósculo de la paz en señal de unión y de amor y allí mismo le nombró Príncipe de Asturias,

título que llevarían para siempre los herederos de la corona y que muy pronto compartiría con su esposa, la serenísima señora doña Catalina de Láncaster. Sus padres, los duques, estaban encantados.

Terminadas las bodas, los padres de los contrayentes intercambiaron regalos de gran valor, el Rey obsequió a sus suegros gran cantidad de joyas, piedras preciosas, mulas y caballos, telas, vasos de cristal y crisoelefantinos, mientras que los duques correspondieron con tejidos de lana finísima propios de su país, otra corona que también habían traído para coronar a su hija, hoy Princesa de Asturias, y un conjunto de instrumentos musicales entre los cuales se hallaban unos que llamaron mucho la atención cual eran unas gaitas algo diferentes a las que se usaban en Castilla, no faltaban el sacabuches y la cítara, instrumentos de percusión, y arpas, varios rabeles de distinta forma, un salterio, una zanfoña, tres flautas de madera y plata, y otros instrumentos raros y curiosos que nadie supo identificar.

—No os preocupéis —dijo doña Constanza riéndose de la sorpresa de los Reyes de Castilla— os mandaremos unos maestros músicos de las tierras del norte, que al tiempo que enseñan su uso a otros, os deleitarán con melodías inglesas. Los enviaremos para que distraigan a nuestra hija y así no se sentirá tan lejos de su hogar.

Y es que había llegado la hora de partir, cada uno había de volver a sus obligaciones y aunque doña Constanza deseaba visitar sus nuevas posesiones, al fin había de volver con su esposo a gobernar sus tierras tanto de Inglaterra como de Francia. Todo había salido mucho mejor de lo que ambos esposos habían pensado. Ni guerras, ni derramamiento de sangre, ni gastos aparatosos. Al contrario, un reino, regalos, posesiones, honores, deferencias y miramientos. Dos grandes familias unidas por la esperanza y, además, para los duques, una inmensa cantidad de oro amonedado que cobrarían a lo largo de muchos años. ¿Se podía pedir más? Antes de partir definitivamente los duques liberaron a los primeros prisioneros que habían hecho en el Puerto de la Coruña, en aquel navío llamado Stella Maris, dos años antes.

Las cosas habían cambiado mucho desde entonces y si bien es cierto que el capitán del barco y su contramaestre aún permanecían presos, esta prisión más parecía una invitación que otra cosa, pues a los presos, que habían sido llevados a Francia, no les faltaba de nada, solo la libertad. Ahora, como si de invitados verdaderos se tratase, les despidieron con parabienes y regalos, pidiendo disculpas por las molestias ocasionadas. Además se les devolvió el navío y la suficiente cantidad de oro como para que se pudiese comprar otra nave, caso de

que por la forzada inactividad el Stella Maris hubiese sido atacado por la broma, aquel pequeño animal que perforaba el casco de los barcos inactivos.

Por fin los extranjeros habían abandonado Palencia y poco a poco todo volvió a su lugar, los campesinos a sus campos y eras, los reyes a sus trabajos, el bueno del médico judío también se despidió habiendo curado a don Juan y el Rey recordó que don Ruy esperaba algo de él. Lo hizo llamar a su presencia.

—Os debo una explicación, noble don Ruy —dijo sin más el Rey cuando lo tuvo en su presencia. Don Ruy calló, esperando que su alteza continuase—. El caso es que si no hubiese caído enfermo tan a deshora, vuestro asunto, que es el de doña Leonor, ya estaría solucionado. Yo ya había despachado emisarios que debían entrevistarse con don Juan Ximénez de Córdoba, que es quien pleitea con la corona por el señorío de Aguilar —paró un momento como para recoger y poner en orden sus pensamientos, luego continuó mirando a lo lejos—. Todo es muy complicado, si doña Leonor hubiese sido varón entonces se le podría haber retornado el señorío que fue de su padre, pero había pasado a otras manos después de la desgraciada muerte de don Martín, el Maestre de Calatrava.

»Resumiendo, Aguilar pasó luego a Gonzalo Fernández de Córdoba y este ha muerto sin sucesor directo. Su sobrino, Juan Ximénez, reclama el señorío como herencia de su tío, pero no tiene razón, es un señorío de realengo, es decir del Rey y este puede otorgarlo a su placer a quien quiera o también rescatarlo con una indemnización si hiciera falta —se detuvo—. Lo tengo todo listo, el documento de retrocesión está preparado, lo firmaremos todos y os iréis esta misma noche hacia Córdoba y daréis la buena nueva a vuestra esposa. Bastante habéis sufrido ambos y es mi real voluntad el resarciros en lo que pueda. ¡Idos pues! —don Ruy se arrodilló en el suelo para besar la mano de su alteza, pero el buen Rey no se dejó—. Hacer justicia es un deber no un regalo gracioso —dijo gravemente—. Para eso puso Dios a los reyes en la tierra. ¡Ah, se me olvidaba!, debéis ir de inmediato a Aguilar, allí hace falta una mano dura que ponga en explotación el predio y se ocupe de recoger los pechos y derechos. Todos son vuestros, caloñas, pie de altar, montazgo, pontazgo, fumada, y todo lo demás. Hace tres años que está todo abandonado, lo que ha durado el pleito. He llegado a un acuerdo con don Juan. Él recibirá a cambio una behetría de mar a mar[1]. Ha quedado satisfecho y no os molestará. Vos sabéis que quedáis obligado a pagar a la corona el servicio ordinario de lanzas y medias annatas pero considerando que no tenéis nada os hago merced de estas en el primer año, y por el contrario os

adelanto lo que creo será el beneficio de ese primer año en vuestro señorío a fin de que podáis ponerlo en explotación. Tomad —le alargó una bolsa bien repleta—. Cuando podáis lo devolvéis, ahora os hará harta falta —ahora sí el Rey se levantó de su asiento e hizo ademán de salir, pero antes abrazó a don Ruy—. Si tenéis algo que perdonar a alguien, os ruego que lo hagáis en mi nombre.

Se fue sin mirar atrás, don Ruy comprendió que pedía perdón por la injusticia cometida por su padre, el rey don Enrique, el que le había tenido nueve años encadenado al brocal de un pozo junto con su esposa en las Reales Atarazanas de Sevilla.

Esa misma noche partió hacia Córdoba, ardía en deseos de comunicar lo sucedido a su esposa y de conocer a su hijo. ¿Sería niño o niña?

---

1 Una behetría era un señorío atenuado. El señor de la behetría era el beneficiario de todo igual que en un señorío normal, pero los hombres de la behetría eran libres de dejarlo y buscar otro señor en cualquier momento «desde un mar a otro», o lo que es lo mismo, en toda la tierra si el señor «les facía tuerto», es decir si se comportaba mal con ellos. Esto obligaba al señor a extremar su buen comportamiento para con los pecheros, so pena de verse abandonado y carecer de peones para el predio.

Capítulo XXVI

SEÑORA DE AGUILAR Y DE TEBA. EL NIÑO JUDÍO Y LA PESTE.

Hubo una matanza en la judería y yo me quedé con un niño judío huérfano.

Memorias de doña Leonor López de Córdoba.

Con gran júbilo recibió Leonor la noticia de la merced hecha por don Juan a su persona en su esposo. El dinero recibido era suficiente como para que don Ruy pudiese comprar todo lo que hiciese falta en cuanto a semillas, aperos, animales de carga, caballos, cerdos y demás elementos necesarios para iniciar la explotación del señorío de Aguilar. Tres años había dicho el Rey que estaba sin explotar la tierra, harían falta casi otros tres para poner todo en orden. Sin pérdida de tiempo el cabeza de familia se despidió de su hijo y de su esposa y se puso en camino.

—Querida esposa, en cuanto tenga el castillo en orden, os haré llegar noticia para que vengáis con el niño. Os mandaré nuevas de lo que vaya sucediendo todos los meses.

Esto dijo antes de partir. Se fue sin esperar a más pero antes agradeció a la señora tía todo lo que había hecho por su mujer y le manifestó que ya no sería necesario que continuara con su caritativa protección. Ahora él estaba en condición de mantener a su consorte.

Por el camino hacia su nuevo señorío don Ruy no podía ser más feliz. Por fin era libre, libre de la miseria, de la pobreza, de las humillaciones, de las amarguras. No vería más a su esposa sometida a la férula de la señora tía, ni su hijo sería humillado recibiendo comida y vestido de otra mano que no fuese la suya. Por fin, a su edad, que rondaba ya la cincuentena, se sentía un hombre completo. Podría mantener a su familia con dignidad.

Leonor se alegró más que su marido. Ahora veía que podía recuperar su patrimonio y con ello restaurar el honor de los López de Córdoba, disfrutaría del servicio de criados pagados con su propio dinero, compraría libros sin esperar a que alguien se los prestase, y sobre todo podría tener dignidad. Muy a menudo recordaba la visita que hiciera a su tía don Pedro Martínez de Luna; luego, en casa de su tío el alcalde de los hijosdalgo había tenido ocasión de ver uno de los libros del cardenal don Pedro Martínez de Luna: uno de ellos tenía un capítulo que trataba *sobre la perdición de los parientes o de la hidalguía o*

lanzamiento de la su tierra.

Allí el sabio prelado explicaba cómo los nobles eran expulsados de su condición si llegaban a caer en la pobreza, entonces tenían que acudir a sus parientes ricos que los despreciaban aunque por su propia honra no podían lanzarlos a la calle y los mantenían en su casa, bien que a su pesar... *allí serán entonces tan aborrecidos como si no fuesen parientes, se sentirán desamparados y menospreciados*... ¡Cuántas veces Leonor había rememorado esas líneas con lágrimas de ira y de vergüenza! Sabía, y le habían hecho saber, que era un estorbo, un estorbo bien vestido y alhajado: *y el pariente pobre siente vergüenza ante los ricos y poderosos pensando que acaso sospechen de ellos que son hijos de manceba y no de matrimonio legítimo, que son recogidos del arroyo*...

Ahora todo eso cesaría, era como si acabase de nacer por segunda vez. Lo primero sería restaurar la memoria del Maestre de Calatrava, su padre, don Martín, deshonrado con una muerte alevosa. Descuartizado. Arrojados sus restos al vertedero, como si fuesen los de un perro. Ella le construiría una tumba digna en donde figurase su muerte como un martirio, allí le haría esculpir todos sus escudos y armas, con la cruz de Calatrava y una relación de sus hechos gloriosos cincelados en una losa. Tan pronto como su marido partió, ella hizo llamar a un tallista, un afamado artista de la piedra y el mármol.

El artesano se presentó ante la dama en cuanto pudo.

—Me han dicho que sois hábil con el martillo y el cincel, que no hay otro más habilidoso y diestro que vos —el hombre la miró estimando cuánto podría cobrar por su trabajo a la hermosa señora.

—En efecto, señoría, Dios ha dado a mis manos habilidad de bordar la piedra como otros hacen con los hilos. ¿Deseáis componer el escudo de vuestros antepasados de gloriosa memoria?

—De momento una tumba.

—¿Una tumba señora? —se extrañó el buen hombre. En su gremio solían saber de inmediato cuando un ricohombre había fallecido; no había oído que nadie importante hubiese muerto en Córdoba.

—Sí, la de mi padre, el Maestre de Calatrava. Murió hace años, justo cuando don Enrique subió al trono, hasta ahora no se ha podido hacerle una tumba digna de su nombre y estirpe. ¿Podéis vos hacerle un sarcófago con la figura de un guerrero yacente sobre él?

—Sin duda, señoría, pero he de saber si era joven o viejo y si murió en batalla o en su cama. Un soldado que muere en batalla llevará en su tumba una espada desnuda; un sabio, con un libro en sus manos; un doncel, con un lebrel a sus pies, así sucesivamente.

—Comprendo. Tomad —le dio un generoso adelanto—. A cuenta de ese dinero vendréis cada día y yo os relataré la vida de mi padre,

luego vos mismo me diréis cómo representarlo a su mayor gloria. Quiero algo que al correr los siglos los hombres venideros se admiren de la gloria y el honor de don Martín López de Córdoba, reflejado ello en su sepultura.

—Así se hará, alta señora —decidió darle tratamiento de ricahembra, no en vano el adelanto prometía un suculento encargo. Trabajo para él y su taller para varios años—. ¿Cuándo quiere su señoría que empecemos?

—Maña mismo, a media mañana os espero todos los días hasta que os haya terminado de relatar la notoria y admirable vida de mi padre.

El niño de Leonor crecía fuerte y hermoso y su madre se prometía que este niño levantaría el honor de los López de Córdoba más allá de donde ella podía hacerlo. Se trajo a Ruth definitivamente a vivir con ella y el ama se vino con su anciano esposo; contrató criadas, sirvientes y espoliques, compró un carruaje digno para ir a misa en lugar de ir a pie aunque la iglesia estaba a pocos minutos.

Visitaba a su señora tía muy a menudo para hacerle ver cuán buena era su actual situación, a veces condescendía en leerle algún libro como había hecho antaño, solo que ahora, cuando se cansaba, cerraba el libro y decía con gesto dulce:

—Señora tía, estoy cansada, mañana más. ¿Os parece? —y la tía le miraba con gesto afable. Qué pensaba en realidad doña María Carrillo de Albornoz, Leonor nunca lo supo.

—Señora tía, tengo algo que comentar con vos —dijo una tarde en que ambas merendaban juntas.

—¿Pues qué es ello, doña Leonor?

—He pensado que vivo en una casa vuestra y que en mi actual situación ya no es apropiada, debería buscar otra...

—No me agradaría que os fueseis lejos, ya me he acostumbrado a teneros cerca, hace ya tantos años... —miró a lo lejos—. ¿O acaso no son tantos? Me falla la memoria.

—Son varios, sí, señora tía. En fin, deseaba deciros que si me vendéis la casa en que vivo podré edificar otra mejor en su lugar en donde mi familia y yo podamos vivir con dignidad y desenvoltura.

—Me parece doña Leonor que en el terreno que la rodea no hay suficiente sitio para edificar una casa grande, digamos como la mía.

—No os preocupéis por eso, he hablado con los clérigos de San Hipólito y me venderán el terreno que va desde la iglesia hasta mi jardín, bueno *vuestro* jardín.

—¡Eso hará una propiedad enorme!

—Sin duda señora tía, pero así me quedaré cerca de vos y —añadió con cierta malevolencia— quizás podamos abrir una puertecilla ente

ambas casas para visitarnos con facilidad.

La tía pareció no registrar la saeta lanzada contra ella.

—Me parece —dijo— que siempre os gustó esa propiedad, Urraca me previno de que terminaríais poseyéndola. ¡Qué razón tenía! Por eso me aconsejó que no os dejase abrir una puerta entre ambas casa, era el primer paso de la posesión. En fin, ya soy vieja y nada importa. Venid mañana con el escribano y haremos las escrituras para que todo sea hecho en forma de derecho —pareció meditar un poco y luego, repentinamente, preguntó: ¿matasteis vos a Urraca?

—Si ya lo sabéis, señora tía, ¿por qué lo preguntáis?

—Por curiosidad, por ver si lo negabais.

—Nunca tuve esa intención.

—Adiós, pues, os espero mañana.

—Vendré con el escribano.

Doña Leonor empezó a construir una mansión que ella consideraba digna de su nombre y de su alcurnia. Su hijo Juan, el mayor, llamado así en honor al Rey de Castilla, pronto dejó de ser el hijo único pues supo que de la última visita de su marido esperaba otro que se llamó Martín. Don Ruy venía de vez en cuando y fingía que le entusiasmaba visitarles, solo que estaba tan ocupado en el señorío, que no podía venir más a menudo. Nunca dijo a Leonor que fuese al castillo de Aguilar ni ella lo propuso. En realidad eran dos desconocidos, habían ido apartándose cada vez más y apenas tenían otra cosa en común que los hijos. Don Ruy, al cumplir años, fue encomendando la mayor parte del trabajo del gobierno y la explotación del señorío a gente capaz y de confianza. Un administrador vino a ofrecerse, sus padres habían sido en otros tiempos servidores en casa de los nobles padres de don Ruy. Dijo que se sentía como de la familia y desearía trabajar para él. Lo tomó a prueba y acreditó ser una decisión sabia. Ahora don Ruy, que ya acusaba en su cuerpo el paso del tiempo, casi se despreocupaba por completo de los trabajos y administración del señorío de Aguilar que estaba a pleno rendimiento. Todavía tuvo noticias del Rey que le comunicaba que el señorío de Teba, que ese sí había sido de su padre, también volvía a sus manos. Ello le dio pretexto para estar ausente aún más tiempo. También había de cuidarse de revitalizar el señorío de Teba.

En todo caso, tan pronto como se enteró de que Teba volvería a sus manos, fue a Córdoba a notificárselo a su esposa, nueve meses después nació Martín.

Mientras tanto en Roma las cosas no iban bien. El mundo católico seguía dividido en dos obediencias irreconciliables. Francia, Nápoles, Saboya, los reinos de la Península Ibérica, Sicilia y Escocia seguían al

papa Clemente VII, mientras que el Imperio, Italia Central y del Norte, Inglaterra, Hungría y los reinos escandinavos acataban a Urbano VI. Los cristianos esperaban con angustiosa incertidumbre que Dios manifestara su poder y les librara de alguno de los dos Papas, bien porque uno de ellos renunciara voluntariamente, bien porque la muerte se llevara al que sobraba, aunque no sabían cuál era ese. El nombre del Papa ilegítimo variaba según la nación. Clemente VII, ante la imposibilidad de regresar a Roma, que era feudo de Urbano, se quedó en Aviñón. Así las cosas, en 1389 le llegó la última hora a Urbano, y el papa Clemente creyó que con la muerte de su rival, se unificaría la Iglesia bajo su cetro. Pero las cosas no fueron tan fáciles y los cardenales seguidores del difunto Urbano se apresuraron en elegir a un sucesor de este: Bonifacio IX. Con ello se perpetuaba la división de los cristianos, esta vez entre Clemente y Bonifacio. En la cristiandad se levantaron voces que pedían un concilio que depusiese a ambos pontífices y eligiese a uno distinto, pastor único de la Iglesia Universal; pero ello no sucedió y los dos Papas siguieron en sus trece.

Las noticias llegaron a Castilla y los Reyes y obispos lamentaron que Dios no hubiese iluminado a aquellos cardenales que habían elegido un sucesor a Urbano, en todo caso, en la Península Ibérica se respaldaba a Clemente así que el nuevo papa fue considerado otro impostor más.

En 1389 pareció que de nuevo el fantasma de la peste asomaba su macabra calavera. En Córdoba se encontraban de vez en cuando personas muertas con las terribles bubas negro-azuladas que tan bien conocían. Un carro especial se llevaba de madrugada a los muertos sin hacer ruido. Nada de aquel terrible grito:

—¡En nombre de Dios, sacad a vuestros muertos!

No había todavía tantos afectados y no se deseaba espantar a la población. Los judíos acaparaban alimentos, o eso se decía, para que, si la peste llegaba, atrincherarse en sus casas. Allí estaban seguros de que la terrible peste negra no les perseguiría, también se decía que acumulaban romero y otras yerbas benéficas para hacer sahumerios, el único remedio conocido contra la peste. Pero ni la peste aumentó ni los alimentos faltaron así que el recelo contra los hijos de Israel fue decayendo y hacia final de año nadie se acordaba ya de los rumores que les acusaban de acaparadores. Solo algunos murmuraban y cuchicheaban en voz baja que los judíos eran muy listos y ocultaban sus bienes para que otros no se los quitasen.

El Rey de Castilla estaba sumamente satisfecho de la boda de los dos príncipes: Catalina y Enrique, aunque el jovencísimo infante aún no estaba en condiciones de hacer de Catalina una verdadera esposa.

Ella había crecido aún más y era una hermosa mujer rubia y rozagante, con la envergadura y los colores de los Plantagenet, tan fuerte y lozana que decían los cortesanos que vista desde atrás, si no fuese por sus vestidos, bien podía confundirse con un mozo por su talla y envergadura, el joven Enrique era delicado, frágil y soñador y parecía crecer muy lentamente.

Muy contentos estaban los de Castilla con la boda de los jóvenes, en cambio los de Portugal no lo estaban tanto, pues aunque Juan de Avís se había casado con Felipa de Láncaster, al cesar todas las hostilidades entre el de Castilla y el de Láncaster, el Rey de Portugal veía que con la boda de los Príncipes de Asturias, la unión que él había soñado con el duque de Láncaster para conquistar Castilla y luego repartírsela con su nuevo suegro, se había desvanecido. Otro que estaba descontento era el Rey de Francia porque recelaba que la unión entre Inglaterra y Castilla terminaría en una coalición contra Francia. Tanto por el norte como por el este, se cernían negros nubarrones, si descargarían en tormenta, solo Dios podía decirlo.

Don Juan de Castilla sostenía una actividad sin descanso, como si intuyese que le quedaba poco tiempo para llevar a cabo todo lo que tenía pensado. Desde que había hecho tan penosamente el camino para casar a don Enrique no se había repuesto del todo. Su salud se quebrantaba de día en día y si hacía algún viaje, la mayor parte debía realizarlo, no a lomos de caballo como hacen los hombres, si no en silla o carroza, como las damas.

—Debemos convocar Cortes Generales en Guadalajara —dijo don Juan a su copero, canciller mayor y cronista, don Pero López de Ayala.

—Me parece bien, ya es hora de que se convoque a las Cortes, mas... ¿hay alguna razón que os hace pensar en ello?

El canciller era sagaz y había intuido que tras la sugerencia se escondía alguna otra causa. Su alteza estaba hoy un poco mejor y paseaba lentamente por la estancia con manos detrás de la espalda, como concentrado en sus pensamientos. El Rey anduvo todavía unos momentos antes de contestar.

—Pues sí, amigo mío, tenéis razón. Me siento viejo y cansado, no por la edad sino porque las fiebres acaban con mi resistencia. Ya no duraré mucho y quiero dejar los asuntos del reino en orden.

—¡Señor —se escandalizó el viejo canciller— no digáis bobadas! Unas fiebres, por mucho que duren, no llevan a nadie a la tumba, si acaso son molestas... —pero el Rey movió la cabeza de lado a lado.

—No, esta vez no don Pero. Debo hacer mis maletas y estar listo para partir cuando el Creador me llame. Ya oigo su voz —don Pero decidió no contradecir a su señor, él también había pensado, cuando

la fiebre dominaba al enfermo, que en un ataque podía morir entre sudores.

—Bueno, mi señor, si hemos de convocar Cortes hagámoslo enseguida de modo que se puedan llevar a cabo antes de que venga el mal tiempo —insistió después de un momento de vacilación—. ¿Lleváis alguna idea?

—Sí , don Pero, tengo una idea, renunciar al trono. Quedarme solo con una parte simbólica y ceder la gobernación real a mi hijo, don Enrique. Quiero abdicar de las coronas de León y de Castilla en mi hijo, al que ayudará un consejo de regencia y yo me quedaré con el gobierno de Andalucía, Murcia y Vizcaya. Él ya es un hombre casado y pronto será mayor de edad. Junto con doña Catalina estará en condiciones de gobernar el reino, o al menos una parte de él.

—¡Pero señor —se escandalizó el canciller— eso significa partir el reino!

—No lo había pensado así, solo deseo adelantar la herencia y que mi hijo, tan joven, se vaya fogueando mientras yo aún estoy vivo. Que se acostumbre a mandar, a ser obedecido, a tomar decisiones —pensó un rato y añadió—: en principio había pensado en Pedro Tenorio como presidente del consejo de regencia —don Pero no contestó en seguida. Luego preguntó suavemente:

—¿Os fiáis de él?

—¿Cómo no habría de fiarme? Es hombre bueno, de grandes saberes, y arzobispo por añadidura. Además ha vivido en Portugal largos períodos y conoce lo que allí se trama y se vive.

—Pues por eso mismo lo digo, alteza. ¿No se habrá transformado en portugués de corazón?

—No, no; está fuera de toda duda. Le mandaré llamar y vos mismo me daréis vuestra opinión después de tratarle. Ahora estoy cansado —se sentó su alteza pasándose la mano por la frente— canciller, haced lo necesario para convocar Cortes en forma de ley —al parecer el canciller tenía algo más que decir, el Rey lo notó y a pesar de su fatiga le interrogó.

—¿Algo más don Pero?

—Sí, alteza, prometedme que no dividiréis el reino, no al menos hasta oír a las ciudades. No antes de las Cortes. No es una idea afortunada, señor, y si se lleva a cabo sin la aquiescencia de las ciudades, puede haber sublevaciones y revueltas —el Rey le miró con atención, apreciaba a su copero y canciller, le sabía prudente y pensador. Sin duda debía repensar su decisión.

—Está bien, buen amigo, no tomaré disposición alguna hasta entonces. ¿Estáis satisfecho? —don Pero hizo una reverencia.

—Gracias, mío señor, me retiro.

Como había calculado el canciller, las ciudades pusieron el grito en el cielo cuando se les preguntó sobre la idea de dejar el reino, o al menos Castilla y León, en manos de un joven de trece años, cuando su padre vivía aún. Don Juan, que necesitaba la aprobación de las ciudades para obtener el dinero que faltaba para pagar los plazos del oro prometido a los de Láncaster, y vista la actitud de las cortes, vio que no era prudente ir en contra de sus deseos y retiró su propuesta.

En el mes de octubre pareció que el Rey se recuperaba un tanto de su malatía, de modo que todos decidieron que para pasar el invierno sería prudente ir hasta Andalucía, donde el clima era más templado. Parecía que el Rey toleraría bien el viaje. En octubre, en su camino hacia el sur, se hallaba en Alcalá de Henares. Allí el domingo 9 de octubre salió de paseo con el arzobispo Tenorio, ambos montaban sus respectivos caballos, el tiempo era agradable y el otoño tibio y hermoso; tras ellos cabalgaban varios señores que no se atrevían a acercarse al ver que ambos, Rey y arzobispo, hablaban animadamente. Al atravesar un campo, súbitamente incitado por la amplitud del paisaje, el Rey picó espuelas y el arzobispo, sorprendido intentó alcanzarle pero antes de que lo hiciese, el caballo del Rey tropezó y cayó dando en tierra con su caballero. Acudieron todos a levantarle, pero fue en vano. El Rey había muerto. La premonición del Rey había sido cierta, aunque no fue la enfermedad quien lo llamó a presencia del Creador. Desde ese momento era Rey el joven Enrique y la Reina era doña Catalina de Láncaster.

La consternación fue general. Nadie estaba preparado para tal suceso. Los pocos caballeros que acompañaban al Rey y al arzobispo Tenorio, ante la insistencia de este, estuvieron de acuerdo en ocultar durante unos días el fatal suceso, así llevaron el cuerpo del desdichado monarca a su tienda y corrieron la voz de que se había caído de su caballo, no obstante deseaba que partiesen cuanto antes hacia Madrid. La idea del arzobispo Tenorio era hacer jurar allí como heredero al infante antes de que se enterasen los nobles más levantiscos e intentaran apoderarse del joven monarca en calidad de tutores pero en realidad para ejercer el poder en su nombre y tenerlo como rehén. Temía el arzobispo la intervención de algunos nobles y parientes: doña Leonor, Reina de Navarra y hermana de don Juan, a la sazón refugiada en Castilla; don Fadrique, duque de Benavente, hermano bastardo de Enrique II, por tanto tío del joven Rey; el conde de Noreña, también bastardo de Enrique II, que de momento se hallaba en prisión; Alfonso de Aragón, marqués de Villena; el conde Pedro de Trastámara, hijo de Fadrique y Maestre de Santiago; cada uno de ellos

y algunos uniéndose contra la corona podían hacer tambalear al reino.

Se proclamó Rey al joven y enseguida las cortes europeas se dieron por enteradas y enviaron sus parabienes, pero la felicitación más sentida fue la del duque de Láncaster, su suegro. Con esta coronación veía a su hija proclamada como Reina de Castilla y León y demás tierras, el duque no cabía en sí de gozo. Su ambición había sido colmada.

Pronto las nuevas llegaron a todo el reino. Ya no se rezaría en las iglesias por el monarca reinante don Juan, sino por el nuevo, don Enrique, que hacía el tercero de este nombre.

Doña Leonor recibió un mensajero de parte de su marido en que le hacía saber las nuevas:

... y así, doña Leonor, ha muerto nuestro Rey y señor, don Juan de Castilla a quien mucho debemos. Fortuna, situación y estado. Todo ha quedado bien atado porque el Rey, nuestro señor natural, quiso dejarlo todo ordenadamente detallado, de modo que los señoríos que nos otorgó y de los que disfrutamos, sigan en nuestro poder. Ruégoos que recéis por él y por su alma, pues no hay mortal que no necesite de oraciones...

Doña Leonor prometió trescientas misas por el alma del buen Rey, no pareciéndole muchas, y asimismo se comprometió con la Santísima Virgen en rezarle trescientas avemarías durante tres meses seguidos, todo por el alma de don Juan, para que pronto abandonase el purgatorio y pudiese gozar de la compañía de los ángeles, querubines y serafines. Amén.

El reinado del joven Enrique no empezó bien. Los nobles, como había maliciado el buen arzobispo Pedro Tenorio, empezaron a inquietarse reclamando la tutoría del Rey, la peste se recrudeció y los judíos volvieron a ser inculpados de acaparar víveres. Ahora sí que la peste parecía haber tomado fuerza y los lúgubres carros empezaron a recorrer las calles. Don Ruy hizo otra visita a su esposa para traerle dinero y víveres desde sus posesiones y como resultado doña Leonor al fin parió una niña a quien llamó como ella: Leonor.

La gente huía de la ciudad hacia el campo esperando que allí el mal no sería tan nefasto, que el sol, el agua pura y el aire fresco no traerían la descomposición como en la ciudad en donde se amontonaban los desperdicios. La razón era que habían muerto tantas personas que ya no había quien recogiese los desperdicios y las ratas corrían por doquier. El hedor era insoportable y el aire parecía corrompido y espeso. Hacía algún tiempo que doña Leonor no tenía noticias de su marido. Envió un propio, pero este no volvió, o bien huyó de la ciudad para no regresar o murió por el camino.

Un día el ama Ruth se presentó ante ella con un niño judío.

—Querida niña, es el hijo de una vecina, en su casa han muerto todos, me pregunto si le podemos acoger aquí...

Leonor recordó los terribles días en las Reales Atarazanas, en donde su hermano había muerto de la peste. El pequeño judío debía tener una edad parecida.

—¿Como os llamáis? —el niño la miró con sus grandes ojos oscuros.

—Me llamo Leví, señora mía, Leví.

—Pues bien, Leví, podéis quedaros con nosotros, yo tengo otros dos hijos y una hija, así seréis cuatro hermanos.

—¿Hermanos, señora? —se admiró el pequeño judío.

—Sí, el señor Jesús se alegrará de mi obra de caridad, os acogeré como hijo, no como siervo. Debo mucho a la Virgen y a su Hijo. ¿Entendéis algo? —él meneó la cabeza.

—Entiendo que seré un hijo más de vos, hermosa señora, de lo demás no entiendo nada.

—Ahora, de momento, Leví, idos a la cocina, allí os darán algo de comer.

Era Ruth que asistía atónita a la escena, enviaba al pequeño fuera de la estancia por hablar en privado con Leonor. Tan pronto el chico desapareció, aun sin saber demasiado bien hacia dónde tirar, Ruth se encaró con Leonor.

—¡Pero señora! ¿Habéis perdido el seso? El niño es judío, os enfrentaréis con toda Córdoba, vuestros parientes y amigos os despreciarán o creerán que sois criptojudía. Es la ruina de vuestro nombre. Además, no estáis autorizada por vuestro esposo. Es suficiente con acogerlo en casa, yo lo cuidaré pues lo conozco desde que nació y también conocía a su buena madre. Vivirá bien en el ala del servicio —pero Leonor la miró con determinación.

—Me da igual lo que digáis, buena madre, el niño será como mío, lo adoptaré, judío o no. Pronto lo haré bautizar y le aseguraré un puesto en el cielo —Ruth se llevó las manos a la cabeza.

—¡Doña Leonor, él es judío como yo, no se puede bautizar a una persona si no lo pide!

—¡Es menor de edad y es mi hijo y yo decido por él!

No atendió a razones y pronto por toda Córdoba corrió la noticia como el fuego: doña Leonor López de Córdoba se había traído de la judería a un niño y había dicho que desde ese día era su hijo. La gente se apartaba de ella en la calle y hacían como que no la reconocían si se topaban con ella, pero a Leonor no le importaba, estaba segura de que esa buena acción le sería contada en el día del Juicio Final. En la

iglesia, cuando ella llegaba a su reclinatorio, los conocidos se escondían lejos de su vista y la fila entera de bancos tras ella permanecía vacía.

La peste seguía avanzando, casi no había familia en Córdoba que no hubiese perdido alguno o algunos de sus miembros. El terrible llamamiento que ella recordaba de las Reales Atarazanas, retornó por las noches:

—¡Por amor de Dios, sacad a vuestros muertos! —luego el traqueteante carro se alejaba calle abajo con su carga siniestra.

La señora tía desapareció un día y más tarde Leonor se enteró de que se había ido al convento de su hermana en Guadalajara, se decía que por allí no había peste. Desde que ella adoptara al niño judío la señora tía no la había llamado a su lado ni una sola vez. Era obvio que doña María García y Carrillo de Albornoz no aprobaba la adopción del niño judío, pero ello no le importó a doña Leonor, seguramente que al Señor Jesús le era agradable su obra de caridad. Y más se alegró de tener al niño consigo cuando una mañana se enteró de que en la judería había habido una horrible matanza. Gentes con hachas y teas incendiarias habían arrasado las casas de los buenos judíos culpándoles de que Dios les castigase con la peste. De paso se habían llevado todo lo que hallaron, ropa, dinero, comida, enseres y hasta animales.

—Ay, mi niña —sollozó la anciana Ruth— han matado a toda mi familia, nos hemos librado porque estábamos con vos —se enjugó los ojos con el delantal que llevaba—. No era suficiente con sufrir la peste, además el Señor nos ha mandado esta prueba, la muerte de tantos inocentes, jóvenes y viejos, sanos y enfermos —volvió a llorar. Leonor rodeó sus hombros y trató de consolarla.

—Nunca conoceremos los designios del Señor. Él manda en todas las cosas. Querida ama, pensad que Él os lo ha enviado y que al menos vos y vuestro esposo estáis a salvo conmigo —Ruth la miró con los ojos rojos de tanto llorar.

—¡Ay, hija, no creo que estemos a salvo ni vos ni nosotros! Os odian en Córdoba y creo que solo esperan un pretexto para asaltar también vuestra casa.

—¡No se atreverán! —pero desde esa noche hizo echar candados en todas la puertas y ventanas.

Pasó algún tiempo y la peste no parecía ceder, de modo que de nuevo, como había pasado antaño, el campo se quedó sin brazos para cultivar la tierra, fallecieron los artesanos y ya no hubo nadie para curtir las pieles o tejer la lana, cerraron las tiendas, y hasta los sacerdotes desaparecieron y ya no iban a llevar los santos óleos a los

cristianos que lo solicitaban. Dejaron de sonar las campanas llamando a misa. Cerró la mezquita por falta de fieles y la sinagoga permaneció vacía.

Una mañana uno de los sirvientes apareció muerto lleno de bubas, y con los ojos abiertos. Entonces doña Leonor, que por alguna razón creía que la peste pasaría de largo, dio orden de partir. Irían a su feudo, en Aguilar. Hacía mucho que su esposo no daba señales de vida. Quizás era el momento de huir de Córdoba y buscar al esposo. ¿Y si también él había muerto? Lo único que se le ocurrió era que en ese caso ella era viuda, una viuda con cuatro hijos.

Capítulo XXVII

LEONOR VIUDA. LA MUERTE DE JUAN FERNÁNDEZ DE HINESTROSA.

...é vino á mí aquel mi fijo, que le dezian Juan Fernández de Hinestrosa... y dixome: Señora ¿no ay quien vele á Alonso esta noche? É dijele: Velarlo vos por Amor de Dios; y respondiome: Señora agora que hán muerto otros ¿quereis que me mate?...

Memorias de doña Leonor López de Córdoba.

En Sevilla, un arcediano llamado Ferrán Martínez azuzaba a los cristianos contra los judíos. Por su culpa, decía, Dios había enviado tales castigos como la miseria y la peste. Era un clérigo al que Enrique II y Juan I habían prohibido predicar tales cosas, pero aprovechando la muerte del Rey y que el nuevo soberano, don Enrique, era aún menor de edad, empezó de nuevo a azuzar a las masas. Nadie tuvo la presencia de ánimo como para atajar tales mensajes pues la alta nobleza y el clero estaban más que ocupados velando por sus propios intereses ante el reparto de poder que presentían en aquella minoridad. El que más y el que menos deseaba sacar tajada y para ello había que estar bien informado y sobre todo rondar cerca de donde se discutía el reparto del dominio y la soberanía, no despegarse de los posibles tutores, de las ligas nobiliarias que acechaban en la sombra dispuestas a atacar al menor signo de debilidad. La chispa prendió en Andalucía y ardieron las juderías de Alcalá de Guadaira, Carmona, Écija, Santa Olalla, Úbeda, Baeza, Jaén. Y desde allí el incendio prendió hacia la meseta y llegó a Ciudad Real, Huete, Cuenca, Toledo y otras ciudades. Parecía una hoguera imparable, los judíos huían abandonado sus casas y se refugiaban fuera de la judería en casas de amigos o parientes o bienhechores. Las aljamas fueron saqueadas y los bienes de los desventurados quemados o repartidos entre los revoltosos. Al oír las noticias de tales desmanes, Leonor miraba a su hijo adoptivo, que ahora bautizado se llamaba don Alonso, y se alegraba de haberle salvado la vida. Ella había ido al señorío de Aguilar junto con sus hijos por ver si allí se libraba de la pestilencia y además para averiguar la suerte de su esposo, del que no había oído hablar desde hacía algunos meses.

Efectivamente, en las tierras de Aguilar la peste era algo menos dañina, habían muerto muchos campesinos pero no tantas personas como en las ciudades. Al menos parecía haber pasado lo peor y ya no morían todos los días varios individuos, de modo que a los que fallecían se les podía enterrar individualmente, y no como en

Córdoba, en donde había que darles sepultura en grandes zanjas cavadas a propósito, allí se arrojaban dentro ricos y pobres y se tapaban con cal viva. Ni la premura ni la abundancia de fallecimientos daba para más.

Doña Leonor nunca logró saber qué había sucedido con su esposo, parecía que se lo había tragado la tierra. Ni siquiera pudo acudir a la justicia o al sayón real, pues con la peste negra estos funcionarios o habían desaparecido o tenían tanto trabajo que no podían detenerse en buscar a personas perdidas. En sus tierras, los hombres le dijeron que había partido del lugar con uno de sus administradores y dos lanzas fuertes camino de Teba, desde entonces ya nunca más supieron de él. Ni de él ni de ninguno de sus acompañantes. Se hacían cábalas sobre su suerte: si había fenecido por la peste junto con sus acompañantes o quizás fueron atacados por bandidos y nadie habría sobrevivido. Lo cierto es que había pasado mucho tiempo y él nunca había llegado a Teba, así que doña Leonor López de Córdoba se hizo a la idea de que era viuda y de que tendría que afrontar sola la administración de ambos señoríos si quería dejar algo en herencia a sus hijos y a ello se dedicó en cuerpo y alma. Afortunadamente el hombre que había sido la mano derecha de don Ruy no había muerto y se hizo ayudar por él mientras aprendía, a marchas forzadas, los entresijos de la administración de un patrimonio.

Por las noches se ponía de rodillas y con los brazos en cruz rezaba devotamente:

Santa María, de vos gran dolor havía
Vuestro Fijo bien criado, vístelo atormentado
con su gran tribulación, amorteciose vos el corazón
después de su tribulación, puso vos consolación
ponedla Vos a mí, señora, que sabéis mi dolor...

Y terminaba como siempre, *y vos, Señora y Madre mía, permitidme vivir para criar a mis hijos y para lavar el honor de mi señor padre, don Martín López de Córdoba, y para ver terminada su capilla y su lápida sepulcral, amén.* Y es que ya había hablado con los monjes dominicos de San Pablo, en Córdoba, para que se edificara a su costa una capilla funeraria bajo la advocación de santo Tomás de Aquino en donde habían de descansar los restos mortales del noble Maestre de Calatrava, su padre don Martín. Ahora esperaba pacientemente a que pasase la peste para encargar a unos fieles a su casa, que en el estercolero en donde se arrojaban las inmundicias de Sevilla, buscasen algunos huesos humanos, que pudiesen ser tomados como los restos de su padre, arrojado allí después de que fuese descuartizado y arrastrado

por toda la ciudad.

La peste pareció ceder al cabo de un año o así y doña Leonor decidió ir a vivir a un lugar cercano llamado Santaella, alquiló para ello un palacio bien guarnido, con hermosos muebles y grandes aposentos. No le costó mucho hallarlo pues con la gran mortandad había infinidad de casas vacías y sus dueños, si acaso quedaba alguno, no sabían qué hacer con ellas, las más de las veces las alquilaban o vendían si hallaban alguna persona interesada.

El 9 de octubre de 1390, don Enrique III había heredado el trono de su padre, pero en minoridad, por lo que tuvo que soportar las ambiciones y disputas de todos los posibles tutores. El más peligroso fue don Fadrique, conde de Benavente, que disputaba al arzobispo de Toledo, Pedro Tenorio, y al de Santiago, Juan García Manrique, la preeminencia en el consejo de tutores.

Para acrecentar su poderío y con ello sus posibilidades de ser elegido presidente del consejo, el de Benavente intentó casar con la llamada *Ricahembra de Castilla*[1], doña Leonor de Alburquerque. Decididos a cortar el camino al insolente conde, los arzobispos decidieron entre ellos que dicha condesa casara con el hermano del joven Rey, el infante don Fernando. Siendo una boda con el de Benavente sumamente apetecible para cualquier doncella noble, mucho más lo era casar con un hermano del Rey. Pero había más de una dificultad.

Los dos arzobispos, que habían llegado a una especie de concordia, deseaban arreglar cuanto antes la boda entre la *Ricahembra* y el infante, por aquello de segar la hierba bajo los pies del conde de Benavente, pero había una impedimento, que don Fernando no se podía casar hasta que don Enrique, el Rey, fuese mayor de edad y capaz de consumar el matrimonio con Catalina de Láncaster. No se podía obviar este punto pues figuraba en las capitulaciones de la boda entre Enrique y Catalina. Puestos a pensar una salida los clérigos cavilaron que podían, no obstante, celebrar unos esponsales entre los jóvenes y dejar para más adelante la boda propiamente dicha, esto quitaría a doña Leonor de Alburquerque del mercado de las doncellas casaderas pues unos esponsales eran unos compromisos tan serios como los de una boda. Así se llevó a cabo y ello fue de la mayor importancia en el futuro de don Fernando, que con estos esponsales pasaba a ser el dueño de una fortuna inconmensurable y el señor de la Mesta, pues *la Ricahembra* era la única heredera de sus padres, de los que se decía tenían varios millones de cabezas de ganado lanar. Por ese lado el de Benavente quedaba de momento neutralizado.

Mientras tanto Leonor López de Córdoba había aprendido a administrar sus fincas de modo que se vio obligada a viajar continuamente de una a otra para vigilar personalmente los trabajos, las cosechas, los pagos y los cobros y aunque contaba con personal eficaz, comprendió que había de velar personalmente por su patrimonio si quería que este prosperase. Santaella era un lugar intermedio entre Teba y Aguilar y allí decidió asentar sus reales. Los hijos habidos con don Ruy crecían sanos y lo mismo puede decirse del niño judío que ella había adoptado. Estaba segura de que parte de su bienestar lo debía a haber adoptado a ese pequeño, obra de caridad que ella misma calificaba como insólita pues no conocía a nadie que hubiese hecho lo que ella. Sin duda esta desprendida acción había complacido a la Santísima Virgen y a su Divino Hijo.

La peste había remitido pero no desaparecido, y he aquí que un día aciago empezaron de nuevo a aparecer personas afectadas por las terribles bubas y ello aterró a los pocos supervivientes. Los que pudieron huyeron dejándolo todo hacia tierras lejanas en donde esperaban evitar la muerte pestífera: la muerte negra. Leonor cogió a su hija pequeña, de su mismo nombre, y junto con Ruth la envió al convento de Guadalajara en donde ella había pensado profesar como monja.

—Allí os recibirán bien, la abadesa, si aún vive, es hermana de mi señora tía, doña María. Además, mi padre y mi madre aportaron casi todo el dinero que fue necesario para la construcción de ese convento, así que las monjas están obligadas para con nosotros —lo pensó un momento—. No temáis, ama, id con vuestro marido, yo os proporcionaré dinero suficiente como para que podáis comprar una casa y subsistir cómodamente —le alargó una bolsa bien repleta de dinero—. Aquí tenéis, si os hace falta más, hacédmelo saber. De donde este viene, hay más. En cuanto a mi hija Leonor, decid a la abadesa que es mi voluntad que cuando cumpla los años suficientes, ingrese como novicia y luego, llegada su edad de conocimiento, que haga sus votos en ese convento. Allí estará a salvo de todo peligro. Os entregaré un pliego para mi tía la señora abadesa dándole mis razones. Yo dotaré a mi hija cuando llegue el momento, por ese lado no tiene nada que temer y además, por si la peste me llevara sin cumplir mi promesa, decidle que dejaré en mi testamento una manda para ese fin —Ruth la oía atentamente.

—Yo, mi niña —dijo el ama—, haré lo que me decís, pero como os he criado cual una madre y os he seguido desde que nos hallamos de nuevo, me tomo la libertad de deciros que no me parece una buena idea entregar a Leonorita a las monjas. ¿Y si en el futuro no tiene

vocación? —Leonor se echó a reír.

—¡Ay, buena madre, qué lista sois! Pero no tanto como yo. No, Ruth, mi idea no es que la niña sea monja, pero las religiosas no la acogerán si no lo piensan, yo dejaré en mi testamento, que haré mañana mismo, una manda suficiente como para que ella se case con un noble que le dé buena vida. Si quiere ser monja, tendrá dote, y si quiere casarse, el triple. Si no quiere ser religiosa, no lo será. Antes de profesar como monja, si llegase el caso, ella tendrá que manifestar su voluntad ante mi hermano Álvaro, que ahora está en Aviñón. Lo tengo todo pensado. Quiero que mi pequeña, a ser posible, se libre de la peste, y no caiga en manos extrañas si yo muero. Cuidadla como hicisteis conmigo, buena madre. Quedaos a vivir cerca del convento en Guadalajara y no la perdáis de vista —la abrazó—. Pedidme lo que os haga falta, si Dios me da vida y salud, dadlo por otorgado; y ahora idos sin más dilación, el mal es cada día peor.

Habiendo tomado previsiones acerca de su hija, empezó a pensar en el resto de sus herederos varones. Al menos habría de alejar a uno de ellos, de modo que si la peste llegaba no les cogiese a todos en el mismo sitio. Necesitaba que alguien de la casta de los López de Córdoba llevase adelante las glorias de su estirpe. Un día, en Santaella, recibió una impensada visita. Estaba ella rezando en su habitación cuando un criado le vino a avisar que un caballero y su esposa deseaban verle. Sorprendida preguntó si sabía quiénes eran.

—No, mi señora doña Leonor, no los he visto nunca.

—¿Y acaso dijeron su nombre?

—Eso sí, señoría, dijeron ser Alonso Fernández y su mujer doña Theresa.

—¡Alonso Fernández! ¡Por la Madre de Cristo! —se calló repentinamente dándose cuenta de que había usado palabras descomedidas para una señora—. En fin, hacedlos pasar al gran salón y yo iré enseguida, solo debo cambiarme de ropa, lo hago presto. Que se les presente con algún refresco y golosinas mientras esperan.

Se fue apresuradamente hacia su cuarto para mudar su atuendo, deseaba estar bien presentada ante unos parientes de los cuales no había sabido nada en los últimos veintitantos años. Su madre se había tratado de prima con don Alonso, y si bien recordaba, él había estado en su boda, aunque no lo rememoraba claramente. De doña Theresa casi no se acordaba, ¿era acaso una dama con el pelo color cobrizo? Se apresuró en su atavío, se peinó rápidamente y se puso algunas joyas. Tras ello acudió al gran salón en donde la esperaban. Entró precedida de un sirviente que anunció con voz engolada:

—Su señoría, doña Leonor López de Córdoba.

Ella hizo su aparición andando con ligereza, al divisar a las visitas se paró en seco y miró a la pareja, le costó trabajo reconocer en los dos ancianos a los parientes mencionados. Él era casi calvo, de estatura mediana y ojos claros con mirada aguda que en algo recordaba a la de un azor; ella, con el cabello blanco, no era esa dama con cabello cobrizo que Leonor tenía en su mente.

—¿Sois acaso don Alonso Fernández primo de mi señora madre, de piadosa memoria? —la pregunta era casi una afirmación. El anciano se acercó a ella y le besó ceremoniosamente la mano.

—Lo soy, doña Leonor; y esta que está conmigo es mi esposa doña Theresa.

—Dejadme que os abrace, señor tío —lo hizo con cierto despego— y a vos señora tía —también a ella abrazó sin mucho entusiasmo, luego se separó de ambos y les invitó a tomar asiento—. Ahora recibid mi bienvenida y decidme a qué debo esta agradable visita. ¿Os quedaréis a comer conmigo?

Ellos se miraron azorados, como si no supiesen qué decir.

—Sobrina, ante todo deseamos pediros perdón —Leonor se extrañó.

—¿Perdón, don Alonso? No sé de qué debo perdonaros. Mi alegría por veros vivo y bien, es grande. Casi no ha quedado nadie de nuestra familia. Os daba a todos por muertos. Supongo que lo sabéis. Don Enrique casi exterminó nuestro linaje y luego la peste... —no acabó su frase. De pronto como si acabase de ocurrírsele preguntó—. ¿De dónde salís vos señor tío?

—De eso quería hablaros. Cuando la persecución de don Enrique, mi esposa y yo nos fuimos a Francia y nos libramos de su venganza. Estuvimos algunos años lejos de Castilla y al fin osamos regresar cuando pareció que todo había amainado. Entonces oímos decir que vuestro padre había muerto de mala manera... —no sabía cómo seguir, mencionar la muerte infamante del Maestre de Calatrava, era un estigma para toda la familia— también oímos que vos y vuestra familia, hermano y esposo, estabais encadenados al brocal de un pozo en las Reales Atarazanas —se revolvió incómodo—. Quería pediros perdón por no haber hecho nada por vos, pero comprended, no queríamos significarnos. Si el Rey se hubiese enterado de que os visitábamos nos habría encarcelado a nosotros también, o eso temíamos, así que elegimos pasar desapercibidos.

—Comprendo, eran tiempos muy duros para todos —Leonor lo dijo con voz neutra, no se sabía si en realidad estaba dispuesta a perdonarles o no—. ¿Supisteis que mi hermano, don Lope, murió de la peste?

—Solo oímos que en las Atarazanas murió casi todo aquel que vivía

allí, soldados, criados y presos. Dimos por seguro que vos también habíais muerto. En la capilla de casa os hicimos rezar un funeral, a vos y a toda la familia —se calló el anciano con la cabeza agachada—. Luego supimos que estabais viva en casa de nuestra pariente, doña María Carrillo de Albornoz, pero entonces nos avergonzamos de ir a veros cuando no habíamos hecho nada por vos.

—Bueno, eso fue hace mucho tiempo, señor tío —cambiando de conversación preguntó—: ¿tenéis hijos?

—Sí, tuvimos tres. Uno casó en Francia y de allí creemos que pasó a Inglaterra, otra se metió a monja y del tercero, el pequeño, estaba al servicio del Rey nuestro señor, don Enrique, pero de él hace tiempo que no sabemos nada —doña Theresa se enjugó las lágrimas con un pañizuelo blanco y su marido intentó torpemente consolarla—. No sabemos si ha muerto de la peste o si hemos perdido contacto porque con esto de la plaga no hay correos, ni criados, ni caminos seguros. Nos hemos quedado sin servidores y ya no hay quien labre la tierra ni se cuide de los animales. Por muchas regiones de Andalucía, bien sabéis que no hay sacerdotes, ni enterradores, ni notarios, de modo que el Rey ha autorizado para que cualquier persona que sepa leer y escribir pueda tomar las voluntades de los que mueren, siempre que haya dos testigos que afirmen y corroboren que el testamento no fue hecho bajo coacción. A eso hemos llegado —se lamentó el viejo.

—Es todo muy terrible, señor tío, yo he mandado a mi hija pequeña a Guadalajara donde creo que hay menos pestilencia, y dentro de unos días mi segundo hijo, don Martín, saldrá para Aviñón, en donde tengo un hermano de ganancia, hijo de mi padre, que está con el cardenal don Pedro Martínez de Luna. Ya le he escrito contándole la situación aquí y rogándole que durante unos años le mantenga a su lado, a salvo de la peste, espero. ¡Pero vamos a comer, durante la colación me contaréis vuestra vida!

Sus viejos parientes al fin le contaron el motivo de su visita, venían a quedarse con ella, si ella lo permitiese. No era cuestión de dinero, que de eso tenían más que suficiente. Eran mayores y ya no tenían a ningún hijo que les cuidara, los sirvientes o habían muerto o huido, la casa permanecía fría e inhóspita, los animales que habían sobrevivido pacían salvajes, ya no había leña en la leñera, ni fruta en la huerta, ni agua en el pozo pues se había derrumbado y nadie podía repararlo.

—Y por eso, doña Leonor, en nombre de vuestra buena madre, ya difunta, os rogamos que nos acojáis en vuestra casa. Hemos oído de vuestra buena fortuna y piedad y a ella nos acogemos, aunque tenéis motivos sobrados para quejaros de nosotros.

Ella los miró y tentada estuvo de mandarles volver al lugar de

donde vinieron, pero luego se acordó de las humillaciones sufridas a manos de doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz y se compadeció de ellos.

—Está bien, señor tío, no tenéis que pedirlo. Esta casa es grande, demasiado grande para mí y ahora que mis hijos se van yendo, voy a estar muy sola. Quedaré con dos de ellos: mi hijo mayor, que es de doce años, Juan Fernández de Hinestrosa, que se llama como mi abuelo, y mi hijo judío que se llama como vos: don Alonso.

—¿Cómo decís, doña Leonor? ¿Un hijo judío? ¿Cómo viene a ser eso? —se admiró el anciano.

—Si, señor tío, adopté un niño judío cuyos padres fueron muertos en los desórdenes de la aljama de Córdoba y lo crío como si fuera mío. La Virgen María me pagará esta caridad. He llevado esa alma al cielo pues ahora es un bautizado y cristiano, por ende.

Los tíos se abstuvieron de hacer comentarios, pero en su corazón sentían que era una deshonra tener como hijo a un judío. Un criado judío, era suficiente, pero un hijo, eso jamás.

Terminados los arreglos pertinentes, tal y como había proyectado su madre, el segundo hijo de doña Leonor partió para Aviñón acompañado de lucido séquito; también se recibieron noticias de Ruth: la pequeña Leonor había sido aceptada de buen grado en el convento de Guadalajara. La madre se sintió mejor después de haber hecho todo lo que podía para salvar a su linaje de la malatía negra, de las bubas que atacaban sin previo aviso y barrían a los seres humanos como si de hojas se tratase. Y lo hizo justo a tiempo pues sucedió lo inevitable: también llegó la peste a su casa.

Una mañana se presentó ante ella don Alonso Fernández y le comunicó que había visto al joven Alonso, el niño judío, con mala cara. ¿Acaso estaba enfermo?

—Nadie me ha dicho nada, señor tío. Iré ahora mismo a ver qué pasa.

Con paso rápido se encaminó hacia las habitaciones de los niños. Allí, sentado en una cátedra, estaba su hijo Alonso. Ella se acercó a él y vio que efectivamente parecía muy enfermo y no solo eso sino que en su cuello aparecían las bubas negras, señal inequívoca de la peste.

—¿Qué os pasa hijo mío? —dijo, aunque la pregunta era inútil. El joven la observó con mirada vidriosa, como intentado dilucidar quién era la que le hablaba, por fin, con dificultad dijo:

—Doña Leonor, mía madre, creo que estoy enfermo —y cayó redondo al suelo. Ella lo levantó y con dificultad lo puso en su cama. Ardía de fiebre.

Enseguida se corrió la voz de que la peste había entrado en casa de

doña Leonor y los criados huyeron sin recoger siquiera sus salarios ni sus pertenencias. En pocos minutos quedó la casa desierta, y no solo su casa sino también las de sus vecinos.

—Madre —dijo don Juan Fernández de Hinestrosa— no hay nadie que pueda cuidar de Alonso, ¿quién lo velará por la noche? —y entonces doña Leonor contestó.

—Por amor a Dios, vos lo velaréis.

—Pero mi señora madre, ¿cómo habré de velarlo? Él tiene la peste y si lo cuido, yo también moriré.

—Por vuestra caridad no lo permitirá el cielo —y diciendo esto lo bendijo y le dejó con su hermano.

Esa noche murieron ambos jóvenes, el niño judío y don Juan Fernández de Hinestrosa. Al día siguiente también murió el tío y enseguida su esposa. Habiendo huido los criados, Leonor se halló sola en una casa vacía. Sacó como pudo a los muertos hasta la puerta de casa, esa noche se los llevaría la fatídica carreta. Ella no podía hacer más.

—¡Por el amor de Dios, sacad a vuestros muertos! —el lúgubre llamado fue acercándose hasta que llegó a la puerta de Leonor, allí se detuvo un momento y reanudó su camino, la voz se fue alejando—: ¡por el amor de Dios... —hasta que ya no fue audible.

Leonor, con la mente ausente se quedó sentada un largo rato. No comprendía cómo el Señor no había respondido a su petición, ni premiado su caridad con la salud de los suyos.

Esperó unos días temiendo que a cada momento se le presentarían a ella también los síntomas de la peste. Casi lo deseaba. No tenía marido; su hijo mayor, el heredero de las glorias de los López de Córdoba, había muerto. También habían muerto los dos parientes que habían aparecido de pronto. Y su hijo judío, don Alonso. Los sirvientes habían huido y ella no sabía qué hacer. Deambulaba por la casona vacía con los ojos extraviados y el alma hueca. Al cabo de un tiempo se quedó sin comida y no sabiendo qué hacer, decidió irse a Córdoba. Tomó las joyas de valor y el dinero que halló a mano e hizo camino hacia la judería, allí sin duda alguien le diría cómo hallar una caravana que partiese hacia Córdoba. Allí la mirarían con simpatía; era sabido, como cosa extraordinaria, que ella tenía —había tenido— un hijo judío.

Anduvo un rato sin mirar a derecha ni a izquierda. Pronto oyó voces, notó que gritaban su nombre.

—¡Ahí va la asesina de su hijo!

—¡Fuera, maldita judía! —una piedra casi le acierta, le arrojaban objetos y hasta comida y trapos viejos desde los balcones.

—¡Fuera! ¡Por un judío ha matado a su hijo!

—¡Mala mujer!

—Leonor, maldita de vuestra raza... —arreciaron las pedradas.

—¡Maldita! ¡Perra! ¡Asesina!

La seguía una multitud vociferante. Ella corría ciegamente hacia adelante sin saber a dónde iba, de pronto se abrió una puerta y alguien tiró de ella hacia dentro. Fuera quedaron los que gritaban. Unas cuantas piedras se estrellaron contra la puerta, luego el ruido fue amainando poco a poco. Y al fin se hizo el silencio. Leonor se sentó en el suelo de un zaguán bien empedrado. Estaba tan aturdida que no sabía qué hacer ni por dónde empezar. Al fin levantó la vista y vio a un hombre que la miraba compasivo.

—¿Quién sois? —preguntó ella.

—Que más da eso, señora, soy un cristiano. Os vi llegar desde la ventana perseguida por esas fieras y temí que os arrastrasen. Cuado pasabais abrí la puerta y tiré de vos hacia dentro. Eso es todo —hizo una pausa—. Por lo que he visto esos perseguidores os harán trizas si os ven de nuevo. ¿Qué vais a hacer?

—No lo sé, señor mío. He salido en busca de noticias, quería saber si alguna caravana iría hacia Córdoba, en donde tengo casa.

—De momento quedaos aquí, cuando se hayan calmado quizás se olviden de vos y yo mismo iré a informarme.

El caritativo caballero encontró a un grupo de viajeros que, al igual que Leonor, deseaban abandonar Santaella, a ellos se unió pagando de su peculio una escolta para todos. Una noche, muy calladamente, salió con los compañeros de viaje sin haber dado su nombre y muy pronto se halló en Córdoba, en su casa de San Hipólito.

---

1 Condesa de Alburquerque, hija y heredera de don Sancho, hijo natural de don Alfonso XI y doña Leonor de Guzmán.

Capítulo XXVIII

EL ENCUENTRO CON LA INFANTA DOÑA CONSTANZA. UN VIAJE A AVIÑÓN.

Muchos en el mi tiempo, conoscí ser privados
de reyes e señores, e mucho ensalçados,
e pasó otro día, e víles apartados,
dellos con grandes lloros, maldiziendo sus fados.

Del *Libro de la Privanza* del canciller López de Ayala.

Cuando llegó a Córdoba, doña Leonor halló todo en orden, si bien en su casa casi no había servidores. Con las sucesivas oleadas de la peste muchos habían muerto o, como en otros lugares, habían huido. La devota viuda, buscando consuelo en la oración iba todos los días a la iglesia de San Hipólito por la mañana y por la tarde a la de San Pablo para ver con sus propios ojos cómo prosperaba la capilla que ella sufragaba para enterrar honorablemente los huesos de su padre. Todo avanzaba muy despacio porque casi no había alarifes, ni albañiles, ni operarios de la madera, ni pintores, ni escultores, canteros o arquitectos. Todo iba insufriblemente despacio, pero a ella no le importaba, cada pequeño avance era un paso más hacia la meta que se había fijado: enterrar noblemente a su señor padre. Sobre el túmulo con la efigie de su padre habría que labrarle una lápida que narrase a las generaciones venideras su verdadera historia y proclamara su honor limpio como una patena. Solo así su fama de caballero sin tacha le parecía que sería, por fin, restituida.

De vez en cuando recibía noticias de su ama desde Guadalajara.

De Ruth a doña Leonor López de Córdoba, desde Guadalajara. Salud y gracia.

Mi ama y señora, de manos del escribidor de esta ciudad os envío de nuevo noticias de vuestra hija, que es como mi nieta. Está sana y buena y da gloria verla. Las monjas la miman y por ese camino no creo que prospere en ella ninguna vocación de sacrificio ni llegue a monja, pues se le conceden todos los caprichos y es el juguete de estas pías señoras.

Siento pena en mi corazón por lo que me habéis contado de la muerte de vuestro hijo y asimismo por el niño Alonso, ambos muertos de la peste. Cúmplase la voluntad del que está en lo alto, que para nosotros los mortales, será siempre un misterio.

De otro lado os puedo contar que hay muchas celebraciones en este pueblo. Seguramente sabéis que Guadalajara fue dada como dote a doña Constanza, la madre de la reina Catalina. Ella va a venir a su ciudad y dicen que también vendrá su hija para visitarla. Con ese motivo hay mucho

movimiento y trajín. Recuerdo muy bien cuando la princesa Constanza os llevó en brazos en vuestro bautizo. ¡Qué hermoso estaba el palacio aquel día y que adornada la capilla! ¡Qué tiempos aquellos! No os quiero entristecer. Recibid solo buenas noticias de vuestra querida hija y de vuestra ama, que os quiere como una madre, un abrazo de Ruth.

De pronto Leonor se acordó de la princesa Constanza, de que por defender la vida de las infantas y el tesoro real, su padre había sido injustamente muerto y ella, como consecuencia, había estado nueve años presa en las Reales Atarazanas. Quizás la madre de la reina Catalina, su madrina, doña Constanza, pudiera ayudarle a restituir el honor de su padre. Se lo debía. Sin pensarlo dos veces organizó un viaje a Guadalajara. Si tenía suerte vería a su alteza, la duquesa de Láncaster, su madrina y hoy Reina Madre.

Tardó algo más de lo que le hubiese gustado en reunir los hombres suficientes para constituir una acompañamiento que con cierta seguridad le llevase a través de los caminos hasta Guadalajara. Mientras tanto aprovechó para escribir a la abadesa, su pariente, anunciándole que iría a visitar a su pequeña hija Leonor. La peste parecía remitir y ya no se oía el funesto lamento nocturno: «¡Por el amor de Dios, sacad a vuestros muertos...!».

Los huidos empezaron a volver y las casas a abrir sus puertas. Cierto es que faltaban muchos, pero la vida empezaba a resurgir. También se alegró de recibir carta de don Álvaro, su «hermano de ganancia».

Amadísima hermana Leonor, desde Aviñón, vuestro hermano, Álvaro de Córdoba, os desea salud y gracia.

Sépades que vuestro hijo, encomendado a mi cuidado, prospera en edad y sabiduría. Está sano y crece con salud, gracias sean dadas a Dios. Mi señor el cardenal don Pedro Martínez de Luna, le ha tomado gran afición y me ha dicho que uno de estos días os escribirá para hablaros de él y de su futuro. Os confieso que hace tiempo que yo también venía pensando en dedicarle a la Iglesia y que con el apoyo del señor cardenal y con el de su santidad el Papa, nuestro padre Clemente VII, tenía su carrera asegurada y quién sabe si llegar a lo más alto, dependiendo de su talento y de los estudios que lograra realizar. Pero ahora que sé que vuestro hijo mayor, mi sobrino, ha emprendido el camino del cielo, supongo que desearéis que este que os queda lleve adelante la herencia y el nombre de los López de Córdoba, el de nuestro padre, que así lo habría querido. Quede todo en las manos de Dios.

De momento no puedo ir a Castilla, pues como sabéis los asuntos del papado están muy revueltos y yo, como secretario personal del señor

cardenal, no puedo faltar. ¿Qué tal una visita vuestra a Aviñón? Os prometo que os buscaría un alojamiento digno de vuestra calidad en nuestro castillo, que ya veréis es bellísimo, y yo mismo os llevaría a conocer esta ciudad. Aquí todo va bien, excepto que nuestro amado Papa va estando achacoso, pero sigue con buena salud en términos generales. Os bendice, vuestro hermano.

Álvaro.

Antes de partir se alegró en grado sumo de saber de su hijo «el de Aviñón», como le llamaba ahora. Sin duda don Álvaro le cuidaba bien. Tenía tanta impaciencia por ver a su pequeña Leonor casi como por ver de nuevo a su madrina. Se acordaba de ella como en un sueño lejano. Una hermosa adolescente, que a veces jugaba con ella y otras veces la ignoraba cuando se sentía como toda una mujer. La última vez que la vio salía del castillo-fortaleza de Carmona junto con su hermana Isabel, en donde las habían defendido los caballeros de la Orden de Calatrava. Si no hubiese sido porque su padre, don Martín, resistió durante muchos meses y se negó a entregarlas a don Enrique, ahora las princesas estarían muertas, con toda seguridad.

Leonor recordaba claramente aquella fecha. Fue un día muy importante. Un séquito imponente, proporcionado por los condes de Richmond y de Cambridge, abandonó el castillo-fortaleza de Carmona con las dos infantas dejando atrás a don Martín y sus hijos junto con los caballeros de Calatrava. Ellas, las infantas, se fueron hacia una nueva vida en Francia y en Inglaterra y doña Leonor quedó en manos de Enrique de Trastámara. No quería evocar de nuevo su terrible prisión. Volvió a pensar en las princesas, iban tan hermosas en sus trajes de viaje de gamuza fina rebordeada de pieles; con sus gorritos que semejaban a los de los cazadores. Recordaba un detalle: la princesa Constanza, que sabía que ella, Leonor, la miraba desde las altas almenas de la torre albarrana, se volvió y agitó la mano antes de desaparecer en un recodo. Esa fue la última vez que la vio.

Cuando llegó el día del viaje hacia Guadalajara, Leonor estaba tan agitada como si fuese una joven ante su primera cita a escondidas. El camino se le hizo largo y corto al tiempo. Largo porque le parecía que los días eran innumerables y corto porque las molestias se le antojaban pasaderas y tolerables. Al final le esperaba algo que ella deseaba mucho: ver a su hija y encontrarse con doña Constanza.

Por fin llegó a Guadalajara. Sin demora se dirigió al convento de las clarisas y pidió ver a la abadesa.

—La señora abadesa no podrá recibiros ahora, está en sus oraciones —anunció una monja lega mirándola de arriba abajo, como para orientarse en cuanto a la calidad de la señora.

—¿Cómo decís? —contestó altivamente doña Leonor—. Me recibirá, ya lo veréis, y lo hará en cuanto sepa que estoy aquí. Id enseguida a anunciarme, señora —la monja se sintió intimidada y ya con otro tono de voz preguntó.

—¿Cuál es vuestra gracia?

—Soy sobrina de la señora abadesa, mi tía en el mundo, doña Theresa Carrillo de Albornoz. Soy hija del difunto Maestre de Calatrava, don Martín López de Córdoba y de su esposa, doña Sancha; ambos pagaron estas obras y dotaron al convento donde vivís, señora monja. Además soy la madre de doña Leonor, la más joven de vuestras novicias.

—¡Ah, la madre de nuestra niña! —ello pareció impresionar a la mujer mucho más que toda el repertorio de nombres que doña Leonor había enunciado. Con una leve inclinación salió en busca de la abadesa. Pronto oyó unos pasos presurosos sobre el enlosado de piedra.

—Paz y bien, mi señora sobrina, doña Leonor —así le saludó muy afectuosamente la abadesa.

—Paz y bien, mi señora tía y abadesa. ¿Puedo besar el halda de vuestro hábito?

—¡Venga, sobrina! Aunque es costumbre no lo permitiré de vos. Pero venid que os mire bien a la luz. ¡Hace tantos años que no os veo! —la colocó de cara a la luz pues sus ojos ya no eran jóvenes—. ¡Qué hermosa os hizo Nuestro Señor! Pero seguidme, querida sobrina, os llevaré a la grada, que es en donde recibimos a las visitas y charlaremos —echó a andar hacia el interior del convento por largos pasillos y corredores limpios, austeros y serenos. Por fin llegó a una estancia en donde las ventanas estaban cerradas. La abadesa las abrió y con una campanilla llamó a alguien—. Traednos una limonada a mi sobrina y a mí, hermana —allí las dejamos platicando sobre su antiguo parentesco, sobre la niña novicia y otros particulares.

Leonor aceptó quedarse en el convento algunos días, sobre todo por estar más cerca de su hija, a la que halló bien y contenta; sin embargo su idea era alquilar tan pronto como fuese posible una casa en donde residir por algún tiempo. No sabía cuánto. Todo dependía de los acontecimientos.

—¿Cuándo viene la señora infanta? —preguntó Leonor a su ama.

—Creemos que de un día para otro, señora. Ya está tardando.

—¡No me llaméis «señora» cuando estemos a solas, querida ama! No hay nadie más en el mundo a quien con más gusto consentiría llamarme Leonor y aun Leonorita, como antes. ¿Os acordáis? —ambas rieron, rememoraban cuánto rabiaba de pequeña cuando la llamaban

Leonorcita o Leonorita—. Por cierto, ¿se sabe en dónde se aposentará la infanta cuando llegue a Guadalajara?

—He oído decir que en el Alcázar Real. Ya lo habréis visto, es imposible ignorarlo, domina la ciudad, no lejos de la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios.

—Un buen sitio, sí señor, —comentó Leonor— hermoso palacio y antiguo a lo que se ve. Mandaremos allí a un propio a pedir noticias. Quiero saber cuándo se la espera.

La ciudad entera, como informara Ruth, estaba alborotada ante las noticias de que su nueva señora vendría a visitarles. Era costumbre que cuando tal sucedía el nuevo señor, señora en este caso, otorgara algunos favores: dispensa en pagar algunos pechos o impuestos, un peaje libre de arbitrios o un año sin pagar censos concejiles.

Una vez que Leonor supo la fecha de la llegada de la infanta se decidió a escribirle una carta. Era lo mejor. No se presentaría de sopetón ante doña Constanza, ello podía ser contraproducente. Tenía que darle tiempo para que pensara en ella y la recordara.

A los pocos días la duquesa de Láncaster recibió una hermosa nota dirigida a ella y escrita con letra primorosa. El pliego venía doblado en *quaterniones*, sellado y lacrado con un sello bulón de plata. Se admiró la señora infanta de tanto poderío, también se preguntó quién sería el osado que le enviaba una carta así.

—¿Os la leo señora? —era el secretario que sostenía en sus manos la carta sin abrir.

—No, Dídaco, dejádmela a mí. Sin duda es de alguien de alcurnia, quizás me revele cosas reservadas. La leeré a solas, si no os importa —extendió la mano.

—Entonces, señora, si os sirve de algo, os la doy abierta, no es fácil abrir un bulón de plata —Constanza esperó hasta que el secretario armado de una tijerita y unas tenacillas pudo abrir la misiva tras cortar las cintas y el metal.

De Leonor López de Cordoba, vuestra sirvienta y ahijada, e hija del malogrado Maestre de Calatrava, don Martín López de Córdoba, para la señora infanta doña Constanza, hija legítima del rey don Pedro de Castilla. Salud y gracia.

La infanta leyó la introducción y tuvo que sentarse. La volvió a leer dos o tres veces sin poder creerse lo que veían sus ojos. ¡Leonor López de Córdoba! Vivía y le había escrito. Una oleada entremezclada de recuerdos, ternura y pena la embargó. Apretó la carta contra su corazón. Esto era parte de su pasado, del reino perdido, de su padre muerto, del asedio al castillo, de su partida hacia el extranjero. Su hija

estaba a punto de ser Reina de Castilla, cuando el esposo fuese mayor de edad, pero ella, Constanza, había perdido ese reino. Recordaba bien a su ahijada desde su bautizo, cuando ella era aún pequeña y hubo de reemplazar en la ceremonia a su madre, doña María de Padilla pues esta había muerto hacía poco. Luego habían crecido juntas en aquella fortaleza. Si todo hubiese sido de distinta manera, ella misma habría buscado bienes y fortuna para su ahijada. La habría conservado a su lado, como dama o camarera de la Reina... Hacía años había pensado en ella, luego la había dado por muerta. Más tarde casi la había olvidado. Sintió algo así como un remordimiento.

Sépades señora que Dios me ha conservado la vida y que nunca os he olvidado. Me amadrinasteis y por ello ante Dios tomáis el lugar de mi madre, y como a tal deseo honraros... Seguía una larga carta que terminaba:

Beso ambas vuestras reales manos. Leonor López de Córdoba.

La infanta cerró la carta plegándola cuidadosamente.

—¿Quién la trajo?

—Un propio, alteza.

—¿Se ha ido? —negó con la cabeza el secretario.

—No, mi señora duquesa. ¿Deseáis mandar una respuesta?

—No, de momento quiero verle. Traedle a mi presencia.

Doña Constanza, tal y como esperaba Leonor, la hizo llamar. Deseaba verla, hablar con ella, saber de su vida desde que la dejó atrás en aquel castillo asediado en 1369. Hacía ahora casi veinticinco años. ¡Cuántas cosas habían pasado!

Doña Leonor se presentó en el Real Alcázar en una silla de manos y se hizo acompaña de varios servidores vestidos con los colores de su casa, que son de gules, oro y plata.

Un maestresala la acompañó hasta la presencia de su alteza, la infanta doña Constanza de Láncaster. Un ujier abrió la puerta del salón en donde se hallaba la duquesa y anunció:

—¡Su señoría, doña Leonor López de Córdoba! —le dejó paso y cerró la puerta tras ella.

Leonor sintió que el corazón le sonaba tan fuerte que temió que desde donde estaba la duquesa lo oyese. A pesar de todo, los recuerdos, hermosos y tristes, acudieron en tropel como una súbita oleada de vida, de vida pasada y vivida. Todo se agolpó repentinamente, hasta los detalles que creyó haber olvidado: el día de su boda con don Ruy, hoy muerto; el vestido pobre y pardo que le había regalado doña María Coronel cuando estuvo presa en las Atarazanas; la muerte de su pequeño hermano don Lope; el grito siniestro de «¡Sacad a vuestros muertos!»; la soledad y la humillación

en casa de doña María Carrillo de Albornoz. Se le llenaron los ojos de lágrimas y casi no pudo ver a la duquesa. Esta se le acercó sin decir palabra y la abrazó. Poniéndole el brazo por encima del hombro, como si fuese llevando a una niña la condujo a un sitio donde ambas pudieron sentarse.

—¡No lloréis, querida hija! —esto fue lo primero que oyó doña Leonor de boca de su madrina—. Ea, no lloréis más, ahora que nos hemos encontrado todo será distinto —con un pañizuelo le secó las lágrimas—. Yo también estoy a punto de llorar, doña Leonor, sería verdaderamente tonto que perdiéramos el tiempo llorando en lugar de alegrarnos, porque este es un buen día.

Cuando se hubo repuesto un poco, doña Leonor se arrodilló en el suelo junto al asiento, y tomado la mano de la infanta se la besó.

—Venga, venga, dejaos de cortesías, levantaos, doña Leonor, contadme vuestra vida. Mil veces os di por muerta y otras tantas deseé que estuvieseis viva. Pero olvidemos todo eso Leonor —en prueba de amistad y confianza le apeó el tratamiento, como solo se hace con un hijo o con un esposo—. Olvidémoslo. Contadme vuestra vida. Deseo saber qué habéis hecho y cómo os ha tratado el destino.

Y doña Leonor López de Córdoba contó a su madrina su pasado, la muerte infamante de su padre don Martín, su prisión, la pérdida de sus bienes y de su fortuna, la odisea de su esposo en busca de un patrimonio que nunca halló, el desprecio sufrido a manos de su señora tía; cómo, gracias al rey don Juan, había recuperado para su marido alguno de sus señoríos. La desaparición de este; la peste, que se había llevado a sus hijos. En fin, fue como si hiciera recuento de su vida mientras su madrina escuchaba atentamente.

—¡Cuánto siento Leonor, que por defendernos a mi hermana y a mí misma, vuestro padre haya sufrido una muerte tan terrible a manos de mi difunto tío, don Enrique de Trastámara! Y además, como consecuencia, que tuvierais una prisión tan dura en las Reales Atarazanas. Dios sabrá por qué lo permitió, siendo vos inocente... —se levantó de su asiento visiblemente conmovida—. Quisiera hacer algo por vos y por vuestros hijos, sé que lo hecho, hecho está y que lo pasado no puede volverse atrás (¡ojalá se pudiera!), pero sin duda algo se puede hacer en el presente y para el futuro —cambió el tono de su voz—. ¿Qué hacéis de momento, doña Leonor?

—Cuido de mis bienes y de mi patrimonio, señora, ya os he contado que soy viuda y alguien tiene que velar por todos nosotros; rezo por el bien de mi alma y por mis hijos que aún viven. Por último, me dedico a hacer construir una sepultura digna para mi señor padre, que de Dios goce. Don Martín fue un gran Maestre de Calatrava y

deseo grabar una estela mortuoria que lo diga y relate en su capilla para las generaciones venideras, solo así consideraré que su memoria ha sido lavada de esa muerte infamante.

—Es una ambición digna de una buena hija, yo correré con los gastos —le interrumpió con una mano al ver que Leonor iba a decir algo—. No, no, os lo debo, al fin y al cabo sufrió por mí y por mi hermana y en realidad por mi padre, don Pedro.

—¿Os puedo pedir algo en nombre de mío padre de gloriosa memoria?

—Decid, si está en mi mano, dadlo por hecho.

—Cuando se acabe la capilla, ¿vendréis a una misa de difuntos en su memoria?

—Lo haré, hija mía, y rezaré por su alma y pediré perdón por el mal que le hice sin saberlo.

—Entonces, señora, mi vida ha tenido un fin. Con esto se restaurará el perdido honor de los López de Córdoba.

Desde ese día doña Leonor no se separó de doña Constanza, también la infanta se sentía sola en Castilla. Los que habían sido fieles a su padre, o habían muerto o preferían pasar desapercibidos. Los que conocieron a su padre, el rey don Pedro, eran tan ancianos que ya no recordaban su pasado, otros preferían no recordarlo. Ya no tenía damas de compañía castellanas, ni podía compartir y comentar sus recuerdos y vivencias de antaño con alguien que las hubiera vivido. Veinticinco años son muchos años, y para muchos, toda una vida. Doña Constanza, a pesar de su posición social, de ser duquesa e infanta, estaba muy sola.

—¡Quedaos conmigo! Hacedme compañía. Somos dos mujeres en un mundo de hombres, mi señor el duque tiene su vida con la política y sus estados y —suspiró— y sus amigas. Vos sois viuda y a mi lado estaréis bien. Os proporcionaré buenos administradores que multipliquen vuestra hacienda. Yo cuidaré de que aumente vuestro patrimonio. Además podéis prestarnos, a mi hija y a mí, valiosos servicios.

—Si alguien logra administrar mi hacienda en mi nombre y a mi favor, entonces puedo serviros, señora; si no, no es posible pues si nadie cuidase de ella nos veríamos, antes pronto que tarde, en la ruina.

—No hay problema, Leonor, yo os conseguiré esa persona honrada y eficaz. Ahora oídme. Cuando mi hija Catalina se casó con don Enrique, firmó un documento en el que se comprometía a hacer todo lo posible por el engrandecimiento de Castilla. Bien habréis oído decir que Inglaterra, y con ella los de Láncaster y mi hija han obedecido al

papa Urbano VI, bueno, obedecían, porque murió en 1389 y le sucedió Bonifacio IX —Leonor asintió con la cabeza. Doña Constanza siguió—. El caso es que Castilla obedeció desde el principio a Clemente VII y ahora que mi hija va a ser Reina de Castilla, creo que es prudente que cambie su fidelidad. No puede ser que un consorte obedezca a un Papa y el otro a otro Papa, porque se daría el caso de que uno estaría excomulgado por uno y el otro por el otro Papa. Siempre habría uno excomulgado con lo que los hijos serían incapaces de reinar por ser considerados ilegítimos por uno u otro partido papal. ¿Me seguís?

—Os sigo perfectamente, señora. Oí decir que para casarse los príncipes, dado que son primos, tuvieron una dispensa por parte de su santidad, Clemente VII.

—Eso es parte del problema, la dispensa la tuvo Enrique, pero mi hija no la tuvo de Clemente, sino del «antipapa». Ahora yo quisiera que el papa Clemente se enterase de que Catalina está dispuesta a aceptar su mandato y reconocerlo como el único y verdadero Papa de la cristiandad.

—Todo eso lo comprendo, señora, pero... ¿qué tengo yo que ver con todo eso? Es alta política.

—Alta sí, pero por ello mismo deber ser reservada, es mejor que nadie lo sepa hasta que esté todo solucionado; la nobleza es levantisca y si se enteran de algo ya tienen un pretexto para hacer la guerra. No, querida amiga, es mejor el secreto. En una palabra, quiero que vayáis a Aviñón con una carta de mi mano en donde expondré a su santidad lo que os he dicho. Quiero que me traigáis de vuelta la bula de dispensa del parentesco de los príncipes. Si ello conlleva algún gasto o limosna, decídmelo, se llegará a un acuerdo, pero debéis partir cuanto antes, querida hija, el tiempo corre en contra nuestra. Existe un magnífico pretexto: tenéis un hijo en Aviñón en manos del hombre de confianza de Pedro Martínez de Luna, como me habéis dicho, vuestro hermano de ganancia, Álvaro. A través de Martínez de Luna podréis llegar sin problemas a Clemente sin que nadie sepa de vuestra misión.

—¿Corre prisa, señora?

—Mucha, nadie lo sabe aún y os ruego que no lo digáis pero mi yerno, que no ha cumplido aún su mayoría de edad, pretende proclamarse Rey sin la anuencia de sus tutores. Esto será en breve, la bula debe estar aquí antes. ¿Podréis hacer esto por mí y por mi hija?

—Sin duda doña Constanza, saldré enseguida, mandaré una carta a mi hermano aceptando su invitación. Quizás llegue yo antes, pero es bueno cumplir con todos los requisitos.

Doña Constanza confiaba en su ahijada, ella le había demostrado que tenía un temple que envidiarían muchos hombres, había pasado

muchos sinsabores y estos no habían roto su espíritu indomable. Era orgullosa, pero prudente; pertinaz sin ser obstinada, pero cuando se embarcaba en una empresa no la abandonaba aunque las circunstancias fueran adversas. Era la persona ideal para obtener con rapidez aquella bula tan necesaria para su hija Catalina de Láncaster. Además había sido invitada a Aviñón por el mismísimo secretario de Pedro Martínez de Luna, y este a su vez era el brazo derecho del papa Clemente. Lo que pedía Catalina no era imposible, al contrario, sería agradable para el Papa ver que alguien más se humillaba a su autoridad. No dudaba que Leonor le conseguiría la deseada bula de dispensa.

Sin perder un minuto, doña Leonor reunió lo necesario para un viaje a Aviñón y doña Constanza escribió al Papa un documento secreto manifestándole su petición de una bula que hiciese legal el matrimonio entre los primos a cambio de que Catalina le reconociese como supremo pastor de la iglesia.

Con el documento en sus manos y segura de su triunfo, partió doña Leonor a visitar a su «hermano de ganancia»: don Álvaro, a su hijo segundo, don Martín y al Papa. Estaba emocionada, nunca había estado fuera de Castilla y menos aún en tierra de francos.

Capítulo XXIX

LEONOR PASA A LA CORTE DE DOÑA CATALINA. UN BASTARDO LLAMADO ÁLVARO DE LUNA.

... Este es el tercer año después que por el testamento de vuestro padre, fuimos puestos por vuestros tutores y gobernadores del reino.

Del sermón pronunciado por el obispo de Santiago el día de la coronación de Enrique III, el 2 de agosto de 1393.

El viaje a Aviñón había sido un triunfo para doña Leonor y para los propósitos de Constanza. No hubo ninguna dificultad en obtener la deseada bula de dispensa de consanguinidad, sobre todo cuando el santo padre se enteró de que Catalina sería en breve coronada Reina de Castilla. A él le convenía estar en buenas relaciones con tan poderoso reino, y bien recordaba que cuando muy pocos le reconocían como sumo pontífice, Castilla lo había hecho sin condiciones. Pasó por alto el pequeño detalle de que hasta entonces Catalina y los suyos habían obedecido a su rival en el papado y de buena gana firmó el documento. Además se lo pidió su amigo y consejero: don Pedro Martínez de Luna.

En el camino de vuelta Leonor recordaba con júbilo el encuentro con su pequeño Martín al que encontró alto y hermoso para su edad. Le maravilló que el niño dominase el idioma franco así como un hermoso latín. Agradeció a su hermano de ganancia, don Álvaro que, juiciosamente, le hablase siempre en castellano, de modo que el joven no lo olvidara. Sin duda sería un caballero educado y si la educación le llevaba a conocer a los grandes filósofos y a los padres de la Iglesia, como era la intención de su tío don Álvaro, sería un hombre justo y un buen conocedor de los hombres.

—Me mandasteis un chiquillo, querida hermana —dijo don Álvaro— y os devolveré a un hombre sabio —añadió luego mirando a lo lejos—. Por mi vocación me veré privado de tener hijos, verlos crecer y educarlos como caballeros y hombres de bien; pero Dios, por medio de vos, me ha otorgado la oportunidad de criar a un hijo, un verdadero hijo, pues lo considero de mi sangre, velar por él y devolverlo convertido en lo que todo padre desea: un hombre cabal.

Doña Leonor comprendió que su hermano de ganancia era el mejor tutor que hubiese podido desear para el muy noble heredero de la sangre de don Martín López de Córdoba.

—Mientras necesite ser educado y él siga estudiando con dedicación, os lo dejaré, don Álvaro —dijo de todo corazón—. Si

algún día ya no desea seguir con los libros, decídmelo y yo lo llevaré a nuestras posesiones y señoríos, que también necesitan de la mano de un hombre para prosperar —luego pidió como con timidez—: hacedle leer mucho, yo lo hice y lo hice sola, y hallé en ello mucha consolación, mi mente discurrió por senderos desconocidos, me hablaron al oído personas muertas hace cientos de años y yo les escuché y entendí. Yo empecé tarde, que no le pase lo mismo a él. Y cuando creáis que está listo para la vida, enviádmelo de regreso, debe seguir la línea de los López de Córdoba, es el único eslabón de nuestra gloria pasada, también de la vuestra, don Álvaro. Es nuestra única esperanza para el porvenir.

El joven clérigo estrechó la mano de su hermana en un simple gesto de complicidad. También él, dentro de sus posibilidades, velaría por la gloria futura de los López de Córdoba, que era la de su padre y por ende la de él mismo. Bien sabía que la vida es un soplo y cada ser humano apenas un eslabón de una larga cadena, de él dependía que este eslabón no fuese de vil metal, sino de oro fino. Él velaría por su sobrino para que fuese como don Álvaro hubiese deseado que fuese su hijo imposible.

Terminado su encargo, doña Leonor se apresuró a volver a Guadalajara, donde entregó a doña Constanza el valioso documento que aseguraba la legitimidad de los herederos de Castilla.

—No dudaba de que erais la persona más adecuada para conseguir esto sin levantar comentarios ni sospechas —dijo la Reina Madre—. Ahora Catalina verá a sus hijos en el trono y yo a mis nietos. Mi padre, don Pedro, no será olvidado ni vituperado, fue Rey y será el abuelo de la casa reinante —cambió de tema—. ¿Os acordáis de lo que os dije?

—No acierto, señora...

—Aquello de que los Reyes serían coronados muy pronto, aunque don Enrique es aún menor de edad, está decidido. Vos y yo iremos sin levantar sospechas hacia el lugar elegido: el monasterio de las Huelgas Reales, donde se coronaron mi padre, Pedro I, y su padre, Alfonso XI, y también Enrique de Trastámara, que a pesar de todo es el abuelo del joven don Enrique. Así las dos ramas de la familia se encontrarán en paz en ese monasterio. Es mi deseo que estéis presente en esa coronación.

Así es como Leonor, sin haberlo sospechado ni tan siquiera deseado, se halló el 2 de agosto de 1393 en un lugar preferente de la iglesia en donde se coronaban los Reyes, era esta la del monasterio de las Huelgas Reales; allí, en apretadas filas de lujo y poder se reunían todos los grandes y ricohombres del reino. A última hora fueron convocados sin tiempo para que urdiesen alguna de sus tretas y

acudieron obedientes al llamado. Era necesario estar allí donde se ungía al que repartiría la gobernación del reino, el mando y la riqueza. Alguien dijo: la cercanía del poder engendra poder. Y era cierto. Allí estaba la Iglesia en pleno, con sus obispos, arzobispos, grandes abades y presbíteros, el revoltoso duque de Benavente, don Fadrique; don Álvaro Martínez de Luna, muy amado por haber sido ayo del Rey; don Pedro Bernaldo de Quirós (el del lema «después de Dios, la casa de Quirós»), con sus hijos; los señores de la Casa de Omaña, reputados como los más ricos del reino, encabezados por don Ares de Omaña, el Viejo; el adelantado de la frontera, don Pedro Suárez de Quiñones; Alfonso, marqués de Villena; el noble halconero mayor, don Diego Sánchez de Arévalo; Pedro Carrillo de Huete, señor de Huete, cuyo padre Fernán Carrillo Calvillo había muerto en Aljubarrota; los Stúñiga, los Manrique, de la Casa de Lara; los Ayala, los Mendoza de Medinaceli, los Dávalos, los Fajardo y los Ponce de León, y tantos y tantos que sería difícil enumerar.

Terminada la ceremonia oficiada por el obispo de Santiago, se hicieron fiestas en todo el reino pues se daba por terminada la minoridad del Rey, al que solo le quedaban dos meses para alcanzarla.

Antes de partir hacia su tierra, la brumosa Inglaterra, la infanta doña Constanza llevó a Leonor ante su hija, la Reina de Castilla.

Tenía la joven casi veinte años y era alta y de buen color. Fuerte, de miembros grandes, manos y pies sólidos. Don Enrique, en cambio, era pensativo, pequeño y frágil pero en su mirada se veía una luz de determinación y de inteligencia que hacía olvidar todo lo demás. Su fuerza de voluntad vencía la aparente fragilidad de su cuerpo.

—Amada hija —dijo la infanta doña Constanza— he de partir, como bien sabéis. He estado en estas tierras castellanas un largo período porque tenía algo que hacer antes de dejaros sola en vuestro reino. Doña Leonor, cuya historia os he contado al detalle, me ha ayudado. Ahora todo está solventado. Sois la Reina legítima de esta tierra noble y bravía; su bienestar queda en manos de vos misma y de vuestro esposo, don Enrique. Pero no os dejo sola, hija mía carísima. Os dejo a una amiga y aliada fiel, doña Leonor: mi ahijada y para mí, por ello, como otra hija. —y añadió introspectiva—. No sabéis aún cuánto vale tener una persona fiel cuando se ocupa un trono. Os la dejo como si fuese yo misma —añadió— en caso de necesidad perentoria, pedidle consejo, sin duda será desinteresado. Su familia siempre fue leal a don Pedro, mi padre; luego ella a mí y sin duda a vos.

Diciendo esto, puso la mano de Leonor en la de su hija Catalina y besando a ambas en la mejilla, se despidió. Nadie sabía que era para

siempre.

Leonor se mudó a la corte y allí empezó una vida nueva. Las tramas y confabulaciones de los nobles llegaron a ser el pan nuestro de cada día. La vieja y la nueva nobleza se enfrentaban por los pedazos de poder como jaurías de perros. Pronto se dio cuenta de que por su cercanía a la Reina ella misma empezaba a ser motivo de atención y de envidia. Doña Catalina era un niña grande. Algo ingenua y de buen corazón pero sin ninguna malicia. Gustaba del aire libre, de la caza y la cetrería y del campo pero sobre todo de la buena comida y de la cerveza, que se hacía traer desde Inglaterra en barricas de madera. El vino le gustaba menos.

—Se me sube a la cabeza —reía la soberana— la cerveza es menos fuerte y más refrescante. Catalina cumplía con sus deberes de Reina escrupulosamente, como un niño cumpliría las órdenes de un tutor severo. Asistía a las cortes como parte de la familia real por tanto de la curia regia. Firmaba con su real esposo en fundaciones y donaciones y asistía a todas las ceremonias religiosas y civiles con toda la dignidad de que era capaz. El Rey y la Reina convivían y hacían vida marital pero el cielo, de momento, no quiso enviarles un heredero. Leonor la consolaba cuando estaban a solas.

—No os preocupéis, mi señora doña Catalina, esto de los niños es un misterio. Algunas mujeres no pueden acercarse a sus maridos sin quedar preñadas y otras lo intentan y tardan en lograrlo. El Señor nos enviará un heredero en cualquier momento ya lo veréis.

—Ay, mi querida madre —que así era como la llamaba de ordinario — ya creo oír a las malas lenguas diciendo: «Ahí va la mujer estéril. Tan grande y tan inútil».

—Vamos, mi niña, vamos —la consolaba abrazándola su camarera mayor— no digáis tonterías. Mi señor don Enrique es muy joven, quizás demasiado, y vos tenéis aún toda la vida por delante. ¡Ea, secaos las lágrimas, no sea que venga un sirviente y os vea de esta sazón!

Y es que desde que Constanza dejó a Leonor con su hija Catalina, se había convertido en su íntima amiga, su confidente y su paño de lágrimas y por ello la Reina le había agraciado con la más alta dignidad que podía conferir la soberana de su propia mano: la de camarera mayor. La llamaba «mi amada madre» y no podía pasarse sin ella.

A veces se entretenían con pequeñas murmuraciones y comentaba rumores del presente o del pasado, cosa que hacía las horas más llevaderas.

—¿Sabéis que el severo ayo de mi real esposo, don Álvaro Martínez

de Luna, tuvo por amante a una mujer del común, llamada *la Cañeta*? —Leonor no quiso decir si lo sabía o no, simplemente puso cara de interés y la Reina continuó—. Pues, sí, quién lo diría. Me han contado que de estas relaciones hay un hijo bastardo que tiene ya cuatro o seis años.

—¿Un hijo de ganancia? —se interesó Leonor—. Ya sabéis, señora, que yo tengo un hermano de ganancia, una bellísima persona al que amo como si fuese hermano legítimo. Un sabio, un hombre instruido y competente, sabedor de muchos idiomas y que conoce bien a todos los altos cargos de la Santa Madre Iglesia, un hombre al que dejaría mi vida en sus manos.

—Os referís a vuestro hermano, don Álvaro, claro.

—Claro, señora, es mi único hermano, y ya no me importa que sea de ganancia.

—Está bien, está bien —sonrió la Reina— pero lo que yo os contaba es en relación a don Álvaro Martínez de Luna. La madre, que era la mujer del alcalde de Cañete, un tal Cerezuelo, debió de ser ligera de cascos, pues me han dicho que ha tenido varios hijos de otros tantos padres —se rio con picardía mirando a doña Leonor y esperando ver en su cara qué impresión le había producido la noticia. Al ver que ella no se daba por enterada, prosiguió—. ¡No me imagino al severo, inflexible y riguroso, don Álvaro, compartiendo amante con unos cuantos aldeanos! —se echó a reír de nuevo—. ¿Os lo imagináis vos?

—No, en realidad parece increíble. ¿Y el hijo, dónde para? ¿Acaso se lo ha llevado a su casa con sus hijos legítimos?

—¡No, no! Parece que él cree que su esposa no sabe nada. El niño se entregó a un sirviente, un pariente de su escudero, Juan de Alia.

—Doña Catalina, y ¿cómo viene a ser que sepáis esos detalles de la vida de don Álvaro?

—Me lo contó mi esposo, don Enrique, ya sabéis que don Álvaro fue su ayo, y que durante su primera infancia estuvo muy unido a él. Para desacreditar a don Álvaro mucha gente, especialmente los linajudos de la antigua nobleza, le vienen con estos cuentos de vez en cuando. Desean impedir que su ayo se convierta en el favorito del Rey, por esa razón le han contado estas sabrosas hablillas. Parece que aunque el padre no se fía de que el niño sea suyo, los parientes dan por seguro que lo es. ¡Se dice que es su viva imagen, y que no podría negar la paternidad! —parecía divertida la Reina, en voz muy baja añadió—: me han dicho que el hermano de don Álvaro, don Juan, le visita de vez en cuando, como si fuera un sobrino. ¡Tanto se cree que lo es!

Así, doña Leonor vino a saber que un niño se criaba en Cañete, y

que era hijo de ganancia de don Álvaro, a quien llamaban Álvaro de Luna, obviando el Martínez. Leonor deseó cambiar la conversación.

—¿Sabéis doña Catalina que hay distintas clases de hijos nacidos fuera de matrimonio? —la Reina la miró sin comprender. Aunque había estudiado el idioma castellano y lo hablaba con propiedad y soltura, algunos términos se le escapaban todavía.

—No sé qué otra clase habrá que no sean adulterinos o naturales...

—Escuchad, querida madre y sabed que hay hijos *fornecinos*: que no son naturales, porque han nacido contra natura, son hijos de padre casado y de un familiar próximo, o de una monja, o de adulterio. Están los *mánceres*, nacidos de las mujeres que están en putería y se dan a todos los que vienen y por lo tanto no se sabe quién es el padre. Los *espurios*: que nacen de las barraganas que mantienen los sus padres y por último los *notos*, que han sido habidos por sus padres con las criadas de la casa. Ninguno de estos se pueden legitimar salvo por el Rey. El padre no puede reconocer como hijo propio suyo a ninguno de estos ni ante la ley ni en su testamento y solo le puede dejar una manda.

La Reina estaba de buen humor.

—¡Qué cosas sabéis, buena madre! Y el hijo de don Álvaro Martínez de Luna, ¿en cuál de estos apartados vendrá a caer? Yo creo que más bien será *máncero*.... —se levantó sacudiendo su amplia falda alrededor de su generosa figura—. Venga, vamos a dejar de contar chismes y vámonos al jardín y que nos sirvan una jarra de cerveza y algún refrigerio mientras esperamos que nos llamen para almorzar, ¿os parece?

Algunas noticias vinieron a turbar al reino y muy especialmente a la reina doña Catalina: doña Constanza había fallecido en su castillo de Leicester el 24 de marzo de 1394. Tan triste nueva vino seguida de otra que no dejó de escandalizar al reino: Juan de Gante, el duque de Láncaster y padre de Catalina, no había esperado ni el tiempo de luto oficial para casarse con su amante: Catalina de Roet-Swynford, viuda de Hugh Swynford. Ambas noticias llegaron casi juntas.

—Esa mujer amargó la vida de mi madre —decía indignada la joven Reina de Castilla— las relaciones de mi padre con esta señora, datan de antes de casarse con mi madre, desde 1368. Nunca la dejó del todo y mi madre siempre se sintió humillada ante ella. Esta Roet-Swynford, como ya os he relatado antes, cuidaba de los hijos del primer matrimonio de mi padre —Leonor acarició la mano de su amiga. Ambas estaban juntas bordando unos paños para el altar de la real capilla. Abandonó su encaje y le habló con dulzura, como lo haría con una niña disgustada.

—Olvidadlo, señora, ahora tenéis una dignidad inigualable. La mujer de vuestro padre, la tal Roet-Swynford, aunque el duque se haya casado con ella y se haga llamar duquesa, siempre será una mujer inferior. Pensad en vos y en el reino que tenéis que gobernar y olvidad a la intrusa.

Otra noticia conmovió al mundo, el hijo del conde Amadeo III de la Casa de Saboya, llamado en el mundo Roberto de Ginebra, y en la iglesia su santidad el papa Clemente VII, fallecía el 16 de septiembre de 1394. La cristiandad entera se preguntaba qué iría a pasar. Era el momento oportuno para que la Iglesia se unificase de una vez por todas bajo un solo pontífice, aunque este fuese Bonifacio IX, el Papa de Roma; pero la facción de Aviñón se apresuró a elegir a un nuevo Papa, perpetuando el cisma en la cristiandad. No se tardó en saber que este Papa había tomado el nombre de Benedicto XIII y que su nombre en el mundo había sido Pedro Martínez de Luna.

En Castilla, en León, en Aragón y en todos los reinos, se alegraron de la elección de un aragonés, y más que nadie se alegró doña Leonor que le conocía personalmente. Además su hermano don Álvaro, era su secretario personal, ello hacía prever un ascenso meteórico para el joven clérigo. Sin dudarlo se puso a la tarea de escribir tanto al Papa como a su hermano.

De Leonor López de Córdoba, vuestra hija en el Señor al Sumo Pontífice, Benedicto XIII, en Aviñón. Salud y gracia.

Amadísimo padre, damos gracias al Señor por haber iluminado las conciencias de los cardenales, los que bajo el influjo del Espíritu Santo os han elegido como Sumo Pontífice. Sin duda alguna vuestra bondad y sabiduría serán para la mayor gloria de Dios y consuelo de la cristiandad, tan abatida por el cisma. Esperamos todos que, atraídos por vuestra virtud, y con la ayuda de Dios, el resto de los cristianos os reconozcan como el único pastor.

Además, padre y señor mío, yo os tengo un especial amor porque prácticamente habéis criado a mi hermano don Álvaro, hijo de mi padre, el Maestre de Calatrava, don Martín López de Córdoba; también sé que tratáis con particular amor a mi hijo pequeño que se educa junto a su tío en vuestro mismo palacio. Recuerdo mucho cuando visitasteis a mi señora tía, doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz, allí en Córdoba, donde se discutió la conveniencia, o no, de que Castilla aceptase la obediencia del Papa de Aviñón entre vos mismo y nuestro rey don Juan, de gloriosa memoria.

¡Ah, santo padre, cómo pasa el tiempo! Yo era entonces moza joven, ahora soy mayor, viuda y llena de recuerdos.

¿Os acordáis de qué hermosos días tuvimos leyendo trovas, coplas y

poesía en aquellas tardes tranquilas? Recuerdo que mi señora tía, doña María Carrillo de Albornoz, y vuestra santidad me hacían leer para todos los que nos reuníamos allí. En fin, debo terminar, si no me eternizaré en los recuerdos. Besa las sandalias del Pescador.

Leonor López de Córdoba.

Tampoco olvidó a su hermano don Álvaro.

Amadísimo hermano Álvaro, de vuestra hermana Leonor recibid los deseos de salud y gracia.

El señor Jesús, Dios de todas las cosas, ha permitido el encumbramiento de vuestro protector, el hasta hoy cardenal don Pedro Martínez de Luna. Es de suponer que él os encumbrará consigo. Ya no seréis un oscuro clérigo-secretario, sino más bien un personaje muy importante en la administración del papado, que es tanto como decir el reino de Dios. Hay que agradecer al Señor por tantas bondades derramadas en nuestra Casa y linaje. Cuando creáis que mi hijo está preparado para administrar mis bienes, haced el favor de enviármelo de vuelta, me hace mucha falta un varón que lleve con mano firme nuestros señoríos, especialmente desde que estoy siempre en la corte con doña Catalina y no puedo hacerlo yo misma, y aunque ella me ha proporcionado un honrado administrador, yo sé que las cosas se podrían llevar mejor vigilando personalmente las inversiones y mirando al futuro.

Mis propiedades y hacienda se han multiplicado de modo que casi me es imposible seguir el desenvolvimiento de cada una.

Debo también informaros, que doña Catalina me ha ofrecido interceder ante su real esposo para que algún otro señorío o propiedad o behetría venga a nuestras manos, pues fue mucho lo que perdimos con la venganza de don Enrique y creo que si nos devuelven algo más, será solo de justicia.

Por último, amado hermano, si no deseáis permanecer en Aviñón, o si por algún motivo preferís volver a esta nuestra tierra, hacédmelo saber, creo que estoy en condiciones de hacer algo por vos y proporcionaros algún acomodo digno de nuestra casa y en donde os sintáis útil y necesario. Es superfluo que añada que sería siempre un puesto con buenos gajes y regalías. Alguna vez lo he comentado con su alteza y se ha mostrado muy receptiva si ese fuera el caso.

Nada más por ahora, contadme cómo fue la elección del nuevo Papa, nuestro Benedicto XIII. Os tengo a los dos en mis oraciones. Os besa las manos devotamente.

Leonor López de Córdoba.

Mientras todo esto sucedía, el joven rey don Enrique se esmeraba por traer la paz, sabedor de que sin paz no hay prosperidad en los

pueblos. Para ello había firmado varios acuerdos que poco a poco iban produciendo sus frutos, entre ellos firmó un tratado de concordia con su principal enemigo, el emir granadino de nombre Yussuf.

Pero las cosas no salieron de momento como esperaba el joven monarca. Llegó a conocimiento del Rey que el Maestre de la Orden de Alcántara se dirigía en son de guerra hacia el reino moro, y ello a pesar de saber que se había firmado hacía muy poco tiempo una tregua sin fecha de caducidad. Alarmado don Enrique envió a por noticias y lo que supo le dejó estupefacto. Un ermitaño, que malvivía en un lugar llamado Nuestra Señora de los Hitos, cerca de Alcántara, había profetizado al Maestre de los alcantarinos que si entraba en guerra con los musulmanes, saldría vencedor de la contienda. Afirmaba el ermitaño que Dios mismo, en persona se lo había asegurado. Animado por ello, y creyendo a pie juntillas aquello de la revelación divina, el maestre se dirigió a Córdoba, en donde logró que se le unieran unos cinco mil ciudadanos.

Es en este momento cuando el Rey, deseando abortar la imprudente campaña, envió un mensaje al Maestre, don Martín Yáñez de Barbudo, que tal era su nombre, para que detuviese a sus hombres. Leyó el Maestre el mensaje de su alteza y se imaginó que era una dificultad que le ponía el mismísimo diablo.

—No he venido hasta tan lejos para abandonar mis intenciones a los pies de la gloria —comentó el devoto y crédulo Maestre. No obstante, para demostrar su buena voluntad, mandó al emir Yussuf un desafío a este tenor:

Señor rey de Granada, como Maestre que soy de la Orden de Alcántara, es mi obligación perseguir hasta su desaparición la religión mahometana. No deseo la destrucción de bienes ni personas, así que os envío un desafío en toda regla. Por parte de los cristianos irán a la liza hasta la muerte, doscientos de mis caballeros y por parte de vuestros musulmanes irán mil. Con esto seremos cinco a uno y espero que no veáis en esto una ventaja para nuestros caballeros. El triunfador conseguirá que el resto de los hombres de ambos bandos se conviertan a su religión o encuentren la muerte.

En cuanto recibamos vuestra aceptación haremos camino del campo del honor.

Por la Orden de Alcántara, Martín Yáñez. Gloria Dei.

No sin gran sorpresa recibió el emir la disparatada carta del fervoroso Maestre, y pensando, no sin razón, que aquello no podía estar sancionado por el rey Enrique con quien hacía poco había firmado unas paces, se limitó a cortar el pelo a los emisarios y a cortar

la cabeza de uno de ellos, enviando al resto de vuelta.

El Maestre, indignado fue a visitar al anacoreta.

— ¡Cómo, me habéis engañado, maldito ermitaño! ¡Esto no es una victoria! —rugió furioso el de Alcántara—, me dijisteis que saldría triunfante y he aquí que han matado uno de mis hombres y se han reído del resto.

Pero el ermitaño no se amilanó:

—Dije, señor Maestre, que saldríais victorioso de un combate contra los sarracenos, no que enviaseis emisarios con desafíos. Eso no es en modo alguno un combate. Dios mismo me lo ha dicho y Él no se equivoca.

Quedó convencido el Maestre de los alcantarinos de que era él mismo el que había obrado mal, y así sin dudarlo se dirigió a la frontera con Granada al mando de trescientas lanzas fuertes y cinco mil infantes a pie.

Fue inútil que le llegase un mensaje del Rey para que se detuviese en su loca intención, él estaba seguro de que habría de ganar la batalla. A la cabeza de todos sus hombres, valientes y esforzados, marchaba el portaestandarte llevando el pendón con la insignia de la Orden. Pronto les salieron al encuentro los granadinos de Yussuf, al verlos los alcantarinos entonaron el *Veni Creator* y con todo valor se arrancaron hacia adelante.

Era el domingo que se llama de *Quasimodo,* en ese día fue diezmada para siempre la Orden de Alcántara, falleciendo su maestre Martín Yáñez de Barbudo y todos sus hombres, y es que el Rey de Granada había llamado a las armas a todos sus súbditos de dieciséis hasta sesenta años, con lo que reunió un ejército de cinco mil jinetes y mas de cien mil combatientes de a pie, que fueron más que suficientes para barrer a los maestrantes de Alcántara.

—¡Qué terrible noticia! —se lamentó el Rey ante su esposa y doña Leonor. Muchas veces ella tomaba colación con los reyes, hacía años que los acompañaba y gozaba de su confianza—. Le ordené por dos veces que cesara en su delirio, pero él no me hizo caso. He aquí el resultado de su arrebato. Todos muertos. No solo él, sino los valientes caballeros de Alcántara, que seguramente veían la locura de su Maestre y aun así le siguieron hasta la muerte.

—¿Todos, señor? —interrogó tímidamente Leonor.

—Dicen que se salvaron unos cien de los de a pie. De los caballeros nadie.

—Los de a pie, alteza, eran, según he oído, hombres llanos pecheros, de Córdoba.

—Sí, doña Leonor, sujetos ignorantes que fueron conducidos a la

muerte por el Maestre. Casi me alegro de que Martín Yáñez haya muerto en el campo de batalla, si no me vería en la tesitura de condenar a muerte a un caballero muy gentil y valiente, por lo demás.

Todo el reino lamentó la terrible suerte de los de Alcántara. En todo caso, el emir, con gran sensatez escribió al Rey asegurándole que por su parte las paces firmadas estaban vigentes y que comprendía que era decisión de un solo hombre la incursión sufrida. Seguramente el singular desafío que le había lanzado, le había convencido de que el Maestre de Alcántara no estaba en sus cabales.

Estos sucesos enseñaron al Rey que debía mostrar más rigor con sus caballeros pues, pensaba, si hubiese mandado detener por la fuerza al maestre no habrían muerto tantos hombres. A poco se presentó la ocasión de demostrar su nuevo talante y habiéndose enterado de que el duque de Benavente y otros nobles andaban juntando hombres sin que se supiese a ciencia cierta para qué, se dirigió a su encuentro en Valladolid en donde le pidió explicaciones en cuanto a su actitud. El de Benavente se disculpó pero hubo de entregar a sus hijos como rehenes y al tiempo se le conminó a que de ahora en adelante acompañase al Rey a fin de no perderlo de vista. Pero el duque siguió tramando maniobras y al fin, sin contemplaciones, el Rey le envió preso al castillo de Burgos y se incautó de todos sus bienes junto con los de todos los conspiradores, bienes que se adjudicaron a la corona. Ello sirvió de escarmiento a los demás nobles.

Una cosa faltaba a los reales esposos y al reino, el tiempo pasaba y el muy necesario heredero niño no llegaba. La gente lo achacaba a que la Reina tomaba demasiada cerveza, o a que comía en demasía comidas pesadas. Otros decían que si le habían echado el mal de ojo, que si no rezaba lo suficiente y había opiniones de todas clases.

Un día la Reina, con los ojos brillantes comunicó a su camarera mayor la noticia más esperada del reino.

—Querida madre, creo que vais a ser abuela —Leonor se alegró de corazón, veía a la Reina languidecer y al tiempo comer más cada día. Cuando más triste estaba, más comía.

—¡Qué buena noticia, hija querida! ¿Lo sabe vuestro esposo? —la Reina enrojeció como una jovencita a la que se le nombra algo impropio.

—No, madre; no sé cómo decírselo.

—Pues como me lo habéis dicho a mí. Algo así como «vais a ser padre» o «vamos a tener que pensar en una habitación adecuada para el infante».

—¡Qué buena idea! Lo del cuarto del infante me gusta.

La familia real al completo se alegró y con ella todo el pueblo. Se

celebró un convite en palacio al que fueron invitados el infante don Fernando y su esposa doña Leonor de Alburquerque. La Reina no era estéril. Después de este sin duda vendrían más herederos. Se celebraron misas en acción de gracias y en algunos pueblos se comió a cuenta del ayuntamiento y se lanzaron fuegos artificiales y se hicieron juegos de cañas y hubo muchas celebraciones en todo el reino. Doña Leonor de Alburquerque manifestó también su alegría y declaró que ella también desearía tener cuanto antes un primogénito. La familia real no cabía en sí de gozo. Doña Leonor escribió contando las nuevas a su hermano y al santo padre porque siempre era motivo de gozo que los reinos cristianos tuviesen descendencia.

Capítulo XXX

NACE UN HEREDERO VARÓN Y MUERE EL REY. EL GOBIERNO EN MANOS DE LEONOR LÓPEZ DE CÓRDOBA.

Fágoos saber que, loado sea el nombre de Dios, fui alumbrada y encaecida de un infante, hoy viernes que fueron seis días de este mes de marzo...

De la carta escrita a las ciudades por doña Catalina de Láncaster al nacer el heredero varón.

Doña Catalina era feliz, había traído al mundo a una criatura, aunque no fue el deseado varón. No obstante una hembra podía reinar, como se decía en la documentación al uso: *en defecto de varón*, así que al menos el trono no quedaría vacante. Nació la princesa María en Segovia y la Reina, en aquellos momentos decisivos, solo aceptó a su lado a aquellos testigos que eran imprescindibles para acreditar la autenticidad del nacimiento del príncipe, o princesa en este caso, y a su «querida madre». Tenía miedo Catalina. Ya no era joven y además la comida y la cerveza habían hecho estragos en su cuerpo. Era una matrona amplia, rubia y corpulenta, pero al tiempo no parecía una joven madre sino más bien una abuela con demasiado peso.

Antes del parto la Reina, primeriza, había manifestado su temor muy a menudo.

—No me abandonéis querida madre —había pedido Catalina—. Si estáis conmigo me siento mejor.

—Claro que no os abandonaré, hija mía. Estaré con vos todo el tiempo y pondré el niño en vuestros brazos en cuanto haya nacido. No tenéis nada que temer —añadió con convicción—. Las mujeres hemos parido siempre; y si no me creéis, ved cuánta gente hay en el mundo...

Catalina se echó a reír. Estas pequeñas cosas ayudaban a disipar el temor de todas las primerizas. Sin darse cuenta era cada vez más dependiente de su camarera mayor, la amaba sinceramente y con ingenuidad. En cierto modo era lo único que le quedaba de su madre ya difunta, la duquesa de Láncaster.

El 14 de noviembre de 1401, la Reina dio a luz con toda felicidad y, como lo había prometido su camarera, que en todo momento había estado junto a ella, le tendió a la recién nacida criatura.

—Señora, es una hermosa niña —Catalina la tomó en sus brazos y la puso sobre su pecho generoso.

—¡Qué lástima que no sea varón! —dijo en un susurro—. Si hubiese sido varón no tendríamos que ir a por otro heredero —alzó a la

criatura y la miró—. En verdad es muy bonita, y muy pequeña —añadió. Y es que comparada con su envergadura la criatura se veía excepcionalmente menuda. Se llamó María, y por lo que pudiera suceder, tres meses más tarde fue jurada como heredera del reino en el Alcázar de Toledo.

El reino se había regocijado, lo mismo los nobles que los *meskinos,* las ciudades, los concejos, las collaciones, la gran nobleza y los caballeros pardos, la iglesia y todas las demás instituciones elevaban preces de gratitud al cielo que les había concedido un heredero, aunque esta fuera mujer. Los reyes eran jóvenes aún y si una niña había nacido, otros vendrían, sin duda. Pero la alegría no fue completa.

La salud de don Enrique no era buena. Si el padre se había visto atormentado por aquellas fiebres recurrentes que le hacían sentir al borde de la muerte, el hijo tampoco había salido fuerte. Padecía de continuas malatías, con fiebre o no, que le agotaban el cuerpo, bien que no el ánimo. Tenía una voluntad de hierro y gracias a su firmeza el reino iba poco a poco recuperando la paz perdida a manos de los revoltosos nobles. Hacía poco que en Sevilla había dado un escarmiento que terminó por sosegar lo ánimos. El muy poderoso conde de Niebla y su no menos poderoso enemigo, el también conde don Pedro Ponce, no cesaban en sus desórdenes y batallas entre ellos. El Rey les ordenó cesar en tales actos que perturbaban al reino y tenían atemorizados a los rústicos y agricultores y les conminó a hacer las paces. Al no ser obedecido el monarca se trasladó a Sevilla, por donde andaban los nobles, hizo cerrar las puertas de la ciudad y ordenó traer a los dos condes y a todos sus seguidores y partidarios. Cuando los tuvo en su presencia se sentó a dictar justicia y ellos y todos sus hombres fueron ejecutados.

—Sin cabeza —dijo— ya no serán desobedientes —de ahí en adelante los grandes se guardaron muy mucho de desobedecer al joven Rey.

Leonor mientras tanto pasaba su tiempo en compañía de la reina y de la pequeña princesa aunque la infanta tenía como aya a la nobilísima dama doña Ana de Zúñiga.

Leonor se sentía satisfecha, su hijo Martín había vuelto de Aviñón para administrar sus bienes y posesiones que no eran pocos, porque además de los dos señoríos que le otorgara el difunto don Juan, la camarera mayor por la protección de la reina Catalina, se había visto agraciada con otros gajes y gabelas, amén de casas, fortalezas, patronazgos de iglesias, pasos de ríos que devengaban pontazgo, un señorío de behetría de mar a mar, algunas villas como la del Congosto

Bajo, Pedrezuela de los Canes y muchas otras mercedes. La corona tenía mucho que repartir de aquello que había incautado a los nobles rebeldes y quién mejor que la fiel Leonor López de Córdoba para recibir algo de lo tomado a los desleales. Así vino a sus manos también el antiguo señorío de Las Huertas.

Muy pronto la reina alumbró a otro vástago, que también resultó ser niña y a la que pusieron de nombre Catalina, pero la felicidad de los reyes no se vio completa hasta que, contra todo pronóstico, pues ya era para entonces una mujer muy obesa, la Reina concibió de nuevo y parió un varón en la ciudad de Toro, el 6 de marzo de 1405.

Esta vez la Reina no cabía en sí de alegría.

—Querida madre, hemos de participar al reino las grandes nuevas —dijo a su camarera.

—El reino entero ya lo sabe, señora. Y se alegran por ello. Se están celebrado misas de acción de gracias en todas las iglesias.

—No dudo de que ya lo sepan, lo que quiero es participarles yo misma esta felicidad.

—¿Y cómo pensáis hacerlo, mi señora?

—Con vuestra ayuda compondremos una carta para las ciudades y los concejos que luego haremos escribir en muchas copias por Fernán Alonso, mi escribano.

Y así se hizo y la misiva llenó de más gozo si cabe al pueblo llano, porque con ella vieron que la reina se acordaba de todos ellos en ese momento de felicidad.

Yo, la Reina de Castilla y de León, os envío mucho a saludar a vos, el Concejo, caballeros, escuderos, alguacil y regidores, oficiales y hombres buenos, de la cibdad de (aquí se intercalaba el nombre de cada una) *como aquellos que mucho aprecio y para quien mucha honra y buenaventura querría.*

Fágoos saber que, loado sea el nombre de Dios, fui alumbrada y encaecida de un infante, hoy viernes que fueron seis días de este mes de marzo, lo cual acordé de vos facer saber porque avredes muy grand placer...

Por estos tiempos prósperos entraron en la corona de Castilla las Islas Canarias gracias a don Juan de Bethencourt, noble de origen normando quien las conquistó para Castilla y también se envió una embajada al sultán Bayaceto y al Gran Tamorlán, que era en realidad el rey tártaro *Timu Lenk*, o sea «Timur el Cojo». Con la respuesta que trajeron los embajadores, Payo Gómez de Sotomayor y Hernán Sánchez Palazuelos, y los extraños y maravillosos regalos que acarrearon de vuelta de su misión, el pueblo entero de tales *fechos* y se

admiró, y la fama del rey Enrique creció.

Pero no todo era regocijo, el soberano estaba cada día más enfermo, así que empezó a dejar los asuntos del gobierno en manos de su hermano Fernando y al tiempo decidió hacer testamento por si la Divina Providencia había decidido llamarlo a Sí.

La noticia de la mala salud del Rey se extendió por el reino primero como una murmuración y luego como una amenazadora nueva y ello produjo gran consternación entre los castellanos y leoneses, pero sus enemigos, al saber al Rey inmovilizado por el dolor, osaron levantar la cabeza aprovechándose de la tesitura, de modo que el infante don Fernando hubo de abandonar sus propios negocios y pasar con toda su familia a la corte para estar así más atento al cuidado del reino y para poder hacer frente con presteza a las intrigas y maquinaciones de los enemigos. El primero en hacerse notar fue el emir de Granada que se atrevió a hacer varias incursiones guerreras por la frontera de Murcia.

—Decidme, doña Leonor —preguntaba la Reina a su camarera—. ¿Este sultán no es aquel que diezmó a la Orden de Alcántara?

—No, no, mía señora, aquel era Yussuf, este es su hermano y se llama Mohammed, es hombre cruel y muy atrevido. Se sabe que hizo tomar preso a Yussuf y que lo mantiene preso pero con vida en el castillo de Salobreña.

—¡Ah, querida madre! ¡Cuántas cosas sabéis..! —siempre que Leonor le contaba algo de lo que ella no tenía noticia, decía lo mismo —: ¡ah, querida madre, cuántas cosas sabéis!

—Más nos vale, alteza, que estemos muy bien enteradas de lo que sucede en el reino.

Se alarmó la Reina, estaba disfrutando de un hermoso ganso asado que chorreaba sabrosa grasa y algunas jarras de cerveza y dejó de comer con gesto de preocupación. Se secó las manos con un paño y preguntó:

—¿Qué queréis decir, Leonor?

—Digo, señora, que nuestro Rey y señor, vuestro esposo es un hombre enfermo. El pueblo le llama Enrique *el Doliente* porque en realidad nunca está bien del todo. Si acaso, Dios no lo quiera, vuestro hijo Juan hubiese de heredar el trono en minoridad, vos seríais la tutora, junto con el Consejo —se acercó más a ella y le miró directamente a los ojos—. Quizás, hija mía, deberíais empezar a tomar mucho más interés en lo que sucede en el reino, por si acaso.

La Reina amaba a su esposo y se fiaba plenamente de él. Había pensado envejecer a su lado y aunque don Enrique era sensiblemente más joven, ella le consideraba casi como un padre. Era decidido, valiente, inteligente, cariñoso y parecía en todo un hermoso trovador,

era el hombre de sus sueños. No había pasado por su cabeza que él podía morir y dejarla sola con unos niños pequeños y un reino levantisco e insumiso. Además, al sur de la península todavía estaba el moro.

—¿No creéis que eso vaya a pasar, verdad? —se afligió—. ¿Qué haría yo si el Señor Jesús se lo llevase?

—Vamos, hija mía, vamos, no os preocupéis, estamos en las manos de Dios. Nadie se muere si Él no lo dispone.

Pero la salud del Rey empeoró y no pudiendo ir personalmente a enfrentarse con el levantisco Mohammed, envió a sus hombres hacia el sur. No fueron en bastante número como para afrontar el empuje del Rey sarraceno y en una batalla junto a los Callejares, perecieron la mayor parte de ellos.

—No fueron suficientes hombres como para enfrentarse a un gran ejército —se lamentaba el *Doliente*—. Hay que convocar cortes porque no hay dinero para levantar una hueste como la que necesitamos. Pediré en cortes que voten con urgencia los subsidios necesarios.

—Señora —dijo Leonor a la Reina— el Rey se nos muere.

—¡No digáis eso, Leonor! Está maluco, como otras tantas veces, pero siempre se rehízo.

—No, querida hija. Tiene el color de la muerte. Hace más de lo que puede porque su fuerza de voluntad es enorme, pero su cuerpo no le acompaña. Tengo que deciros algo antes de que sea demasiado tarde —la miró interrogante la Reina.

—¿Qué es eso que tanta urgencia corre?

—La suerte de las infantas, señora. Pedid a vuestro esposo que les busque marido. Ahora ya no son las herederas del reino, puesto que tenemos un hijo varón y ya no han de reinar *en defecto de varón.*

—¿No es demasiado pronto? Son tan niñas...

—Pronto, no; casi demasiado tarde. Pedidle a vuestro esposo que las comprometa en esponsales, de modo que al menos por ese lado estéis tranquila. ¡Quién sabe de qué serían capaces unos nobles levantiscos por emparentar con la casa reinante!

—Seguiré vuestro consejo y se lo diré hoy mismo, aunque no sé cómo...

Así fue como en muy breve plazo, la pequeña doña María estuvo comprometida con su primo don Alfonso, hijo del hermano del Rey, el infante don Fernando y de Leonor de Alburquerque, mientras que Catalina, la princesita menor, fue prometida a otro de los hijos de don Fernando: don Enrique. Todo quedaba en la familia. Si muriese el heredero varón, el trono sería para María, la hija mayor de Enrique, y Alfonso, el hijo de don Fernando.

El Rey quería preparar a su esposa para lo que preveía sucedería muy pronto.

—No os alarméis, querida esposa, pero los Reyes debemos tener todo bien rematado —dijo el joven Rey—. En todo caso, si algo me sucediera por voluntad de Dios, sabed que quedáis de tutora del heredero hasta su mayoría de edad. Como sé por experiencia propia las dificultades que pueden surgir entre los del Consejo, os libraré de tal preocupación. Dejaré a mi hermano don Fernando como tutor conjuntamente con vos, así entre dos es más fácil llegar a un acuerdo —se fatigaba—. Dadme un gusto, señora: nombrad como mayordomo de la casa de doña María a mi fiel don Pedro González de Mendoza. Él la cuidará bien y fielmente, me lo ha jurado. Yo ya no tengo tiempo para más.

Las Cortes se reunieron para votar subsidios pero *el Doliente* ya no pudo asistir, lo hizo en su lugar don Fernando, quien explicó la tesitura del reino: pedía diez mil hombres de armas, cuatro mil jinetes, cincuenta mil peones, treinta galeras armadas, cincuenta naves, seis bombardas gruesas, munición, bastimentos, equipo, comida y demás cosas para proveer tal ejército.

Echadas las cuentas por las ciudades, se acordó aprobar la mitad de lo pedido; los reinos, dijeron, no daban de momento para más. En caso de necesidad autorizaron al infante a hacer un nuevo repartimiento sin convocar otra vez a las Cortes. Con el espíritu afligido y acongojado veían irse de este mundo a su buen Rey, quien no llegó a enterarse de que las Cortes solo habían votado la mitad de lo necesario para defender al reino. El 25 de diciembre de 1405, a los veintisiete años, entregó su alma al Creador, Enrique *el Doliente.*

La Reina estaba desconsolada, siempre creyó que como otras veces el Rey se repondría y aunque todas las evidencias apuntaban en otro sentido, deseaba creer que viviría.

—Señora, el Rey ha muerto —el anciano canciller le trajo la noticia y ella lo escuchó como si la voz viniese de otro mundo. Solo tuvo fuerzas para responder:

—Gracias, canciller —él se retiró haciendo una reverencia. Estaba seguro de que la señora Reina deseaba estar sola. Pero Catalina no deseaba quedarse sola, se volvió a su inseparable camarera mayor y lloró amargamente.

—Ah, querida madre, ¡qué haré sin él! Yo no sé estar sola.

Leonor le acarició la cabeza.

—Hija querida, nunca estaréis sola, al menos no sola del todo. Yo os acompañaré.

Catalina se secó las lágrimas con el revés de la mano. Tenía el

rostro congestionado y el pelo revuelto.

—Ahora tendré que gobernar en nombre de mi hijo. ¿Querréis ayudarme en eso?

Leonor miró hacia atrás y recordó la muerte infamante de su padre, el Maestre de Calatrava; se vio presa en las Reales Atarazanas, vio los chinches y los piojos que corrían por las mantas, su pequeño hermano muerto encadenado, también la desapegada caridad de la señora tía, doña María Carrillo de Albornoz. Luego la peste. El desprecio. El miedo. ¡Cuánto había pasado desde entonces! Ahora se le ofrecía la gobernación del reino. Lo haría por el honor de don Martín López de Córdoba, esto levantaría el baldón de su nombre. No se podía aspirar a más.

—¿Querréis ayudarme en eso? —lo oyó de nuevo y firmemente contestó:

—Lo haré por el honor de los López de Córdoba.

—¿Qué decís?

—Digo, señora, que os ayudaré en todo lo que pueda.

Capítulo XXXI

LOS DOS TUTORES. LA VALIDA.

Bien sabedes y oyedes dezir como Leonor López está con la dicha señora Reina, y como es mucha su privanza, tanto que los que están cerca de la dicha señora, ansí prelados como dotores e caballeros han de facer y dezir lo que ella quiere...

Fragmento de una carta escrita por el corregente, don Fernando, desde la ciudad de Murcia.

De día en día la posición de Leonor en la corte y ante la Reina Catalina había crecido, se había reafirmado de tal modo que nadie accedía a su alteza sin antes contar con el beneplácito de la camarera mayor.

—Libradme de visitas y pedigüeños, querida madre —le había dicho la Reina y Leonor se lo tomó al pie de la letra. Las damas que por turno hacían guardia ante la puerta de la Reina tenían órdenes de no introducir, ni anunciar siquiera, a nadie que no trajese un autorización escrita de mano de la camarera mayor de la Reina, doña Leonor López de Córdoba.

Muerto el Rey, y el heredero en minoridad, la señora Reina representaba todo el poder de la realeza y la esperanza de la justicia por ello, desde el mismo momento del fallecimiento de su alteza, los nobles y las ciudades deseaban someter a su juicio importantes cuestiones, pero doña Catalina se aturdía con tantos datos, pedidos, sugerencias, amenazas veladas y tantos y tantos asuntos de los que se sentía incapaz de juzgar que decidió no recibir a su presencia más que a contadas personas, y no es que no tuviese intención de ser una buena Reina, sino que todo le venía demasiado rápido y todo de golpe era más de lo que la gruesa matrona en que se había convertido, podía soportar.

—¡Libradme de visitas y pedigüeños, querida madre! —era como un grito de auxilio. Por no parecer desconsiderada añadió— al menos por un tiempo, hasta que tenga las riendas de todo y entienda de tantos asuntos, quitadme a los pedigüeños de delante...

Y Leonor lo hizo, cortando el paso de todos los que querían acceder a visitar a la soberana. Para eso era la camarera mayor y la «querida madre» de la Reina.

Las cosas no se presentaban fáciles para la Reina y su hijo, don Juan. La nobleza, al menos una gran parte de ella, deseaba que el infante don Fernando tomase en sus manos la dirección del reino, más allá de su papel de tutor corregente. Un hombre fuerte y guerrero con

aptitudes de gobierno era lo que el país necesitaba, el legítimo heredero no tenía dos años y habría que esperar muchos años, quizás demasiados hasta que pudiese empuñar el cetro con conocimiento.

Los nobles escribieron comunicaciones y enviaron emisarios secretos al infante don Fernando haciéndole ver cuán necesario le era al reino y cómo ellos le serían fieles... quizás a cambio de alguna pequeña merced. Un título, una heredad, un mayorazgo... Pero don Fernando probó ser fiel a su palabra, tan pronto como supo de la muerte de su hermano envió al condestable Ruy López de Ávalos para que enarbolando la enseña castellana recorriera pueblos y ciudades al grito de:

—¡Castilla, Castilla, por el rey don Juan! —con esta sencilla ceremonia se hacía saber que un nuevo Rey era entronizado, aunque todos sabían que era en minoridad. Apenas habían pasado seis días de la muerte de Enrique *el Doliente.*

No obstante corrían rumores, tal vez interesados, de que el infante don Fernando deseaba la corona para sí y que solo estaba esperando la oportunidad de apoderarse de ella. La Reina estaba recelosa.

—¿Habéis oído decir, querida madre, que don Fernando ambiciona la corona de mi hijo? —Leonor la miró largamente, algo había oído pero en verdad ella no daba crédito a tales rumores. Si don Fernando hubiese ansiado la corona de Castilla nunca tendría mejor oportunidad que ahora y no había ninguna señal de tal comportamiento. Contestó sin comprometerse.

—Algo he oído, señora, pero el infante parece fiel.

—¡No me fío de él! Tampoco confío en los consejeros y tutores. Recuerdo bien cuando mi esposo era menor de edad cuántas complicaciones, enredos y tramas, confabulaciones y conjuras se maquinaban alrededor del joven Rey, todo por una parcela de poder. Él era muy joven pero yo era mayor que él y me daba cuenta de todo y hube de sufrir en silencio estar en medio de una tormenta de ambiciones por parte de los nobles y de los poderosos —de momento pareció tener una inspiración—. ¡Vámonos de Toledo, a Segovia! El infante viene hacia aquí y no quiero verlo. Me temo que tenga la idea de tomar al niño como rehén con pretexto de su educación y luego quién sabe lo que pueda pasar.

Leonor se sorprendió un tanto, ella, en todo caso, habría mandado al niño lejos y habría hablado cara a cara con don Fernando, pero ella no era la Reina y si quería conservar su puesto era mejor no contrariarla, al menos ahora que parecía tan insegura y alterada.

Partieron enseguida de modo que cuando se proclamó oficialmente al Rey en la iglesia mayor de Santa María, la Reina y su hijo no se

hallaban en Toledo.

—Señora, vuestro cuñado, el infante, se puede tomar a mal nuestra huida, debemos hacer algo para calmar sus ánimos —dijo la camarera a su señora.

—Sí —respondió esta dubitativamente—, me gustaría apaciguarle para no poner las cosas peor, pero no sé qué podría hacer.

—Escribámosle, señora, una carta de amor y acatamiento, disculpando nuestra ausencia y anunciándole que le tomamos por nuestro valedor y defensor de ahora en adelante.

La idea fue aceptada por Catalina y ese mismo día salió para el infante una carta en que la Reina nombraba a don Fernando como su hermano amadísimo y su único sostén y guía en las presentes circunstancias. Aun así, las puertas de Segovia estaban cerradas al infante, si acaso quisiese entrar.

Los ricohombres, Juan de Velasco y Diego López de Zúñiga, habían sido designados por el testamento del difunto don Enrique como los educadores del real niño, pero cuando estos quisieron encontrarse con Catalina para discutir el asunto se encontraron, asimismo, frente a una puerta cerrada. Leonor, la camarera mayor les dijo que la Reina estaba de luto riguroso y que no recibía a nadie.

—¿Y cuánto tiempo durará ese luto, doña Leonor? El asunto es grave y el tiempo apremia, la educación del Rey no es cosa baladí, y hemos de hacer planes junto con la Reina y el corregente...

—No sé cuánto tiempo durará su luto, ni su pena. Volved todas las veces que queráis, yo veré si ella os quiere recibir. No puedo hacer nada sino cumplir con sus órdenes y estas son que no quiere recibir a nadie.

Se fueron ofendidos y sorprendidos por la actitud incomprensible de doña Catalina, aplazar los asuntos no los resolvería; pero más ofendidos se sintieron por la actitud de la camarera. Era ella la que les había cerrado las puertas de la Reina. Al menos de parte de los nobles Juan de Velasco y Diego López de Zúñiga, se despertó un rencor sordo contra la camarera mayor.

Don Fernando, a poco de hacer proclamar al rey don Juan su sobrino, en Toledo, se dirigió a Segovia para presentar sus respetos a la Reina viuda y para agradecerle la carta tan cariñosa que le había dirigido, pero para su sorpresa, al pedir entrada en la ciudad esta le fue denegada en nombre de la Reina.

Venía el corregente con un séquito armado, como era costumbre entre los ricohombres y más aún entre los individuos de la realeza.

—¡Abrid la puerta en nombre del tutor del rey don Juan!

Eso pidió el infante ante las puertas cerradas, pero un soldado

apareció en la torre más alta y a grandes voces le indicó que la ciudad estaba cerrada por orden de la Reina y que debía retirarse fuera de un tiro de lanza y que la Reina mandaría un emisario a entrevistarse con él. Tal y como se le había pedido y haciendo gala de su prudencia, el infante se retiró lejos del alcance de posibles lanzas y flechas y esperó, vivaqueando en el campo raso, a que su cuñada le abriese la puerta o al menos le enviase al prometido emisario.

Al día siguiente un sirviente entró en la tienda del infante y anunció que un emisario enviado por la reina doña Catalina acababa de llegar y deseaba verle.

—¡Haced pasar al caballero! —el sirviente se apoyó primero en un pie luego en el otro como si se sintiese incómodo. Don Fernando se dio cuenta y preguntó, curioso—. ¿Pasa algo Emeterio?

—Pasa, alteza, que no es un caballero.

—¿Cómo? ¿Es un menestral?

—No, mío señor, es una dama.

—¿Una dama? —también se extrañó el infante—. ¿Ha venido la Reina en persona?

—No, don Fernando, ha venido su camarera mayor—. La sorpresa del infante no tuvo límites.

—¿Su camarera, doña Leonor López de Córdoba? —se puso de pie—. Iré a recibirla en persona —con paso firme y elástico marchó al encuentro de la dama; tan pronto como doña Leonor vislumbró la figura del infante se dirigió hacia él e hizo ademán de hincar la rodilla en tierra pero él, galantemente, se lo impidió.

—¡Cuánto honor, señora mía! —le besó la mano, como un caballero, aunque sea un Rey, debe hacer al saludar a una dama de alcurnia. De la mano todavía la condujo a la sombra bajo un árbol.

—Que nos traigan unas *sedilias* y unos refrescos —pidió al sirviente que le seguía los pasos.

Pronto llegaron las sillas pedidas, también llegaron algunos cómodos almohadones y una mesa de tijeras y unos refrescos y algunas golosinas. Doña Leonor y el infante se entretenían con naderías comentando el tiempo tan hermoso, las mariposas que volaban en derredor y tales asuntos. Cuando quedaron solos él se dirigió a la dama con gesto de interrogación.

—¿Y bien doña Leonor...?

—Vengo con un mensaje de parte de mi señora, alteza.

—Supongo que os tiene en gran estima al haberos confiado su recado. Os escucho con atención.

—Mi señora desea que os asegure una y mil veces que os tiene gran respeto, amor y confianza —si el infante pensó algo, no dejó traslucir

nada en su gesto, al contrario la animó a proseguir con un gesto amistoso—. Cerraros la puerta no era muestra de desconfianza hacia vos, señor, sino por precaución. Teníais demasiados hombres de armas y ello alarmó a la población, aunque la Reina sabía que no abrigabais ninguna intención aviesa. En fin, que podéis pasar vos solo con un acompañamiento de respeto que os proveerá la señora Reina. Los soldados han de quedar fuera, si os place, alteza.

Don Fernando comprendió bien que la Reina tutora no se fiaba de él ni de sus intenciones y que se negaba a que entrase con hombres armados, no fuese a tomar preso al Rey niño y a la mismísima Reina.

—Está bien, doña Leonor, entraré solo y desarmado, no hace falta que me envíe a ningún séquito o comitiva. Soy hombre de armas y no estoy acostumbrado en demasía a las lindezas de la corte. ¿Podré entrar mañana?

—¡Oh, señor, ahora mismo si queréis!

—¡Pues para luego es tarde! Vamos a ver a mi hermana cuanto antes.

Y así fue como su alteza, el infante don Fernando, corregente del reino, hubo de entrar en Segovia acompañado de una dama y luego esperar a que esta le anunciase a su alteza serenísima la reina Catalina.

—¡Podéis entrar, señor! —Leonor le hizo una profunda reverencia —. La Reina os espera.

Cuando él entró, la camarera mayor entró tras él. Si el infante se sorprendió de tamaño atrevimiento, no dijo nada.

La Reina se hallaba de pie mirando a través de una ventana el hermoso paisaje que se divisaba desde el alcázar, al oír que entraba el infante se dirigió a la puerta e hizo una reverencia a su cuñado, este a su vez inclinó la cabeza y luego le besó la mano, pero como eran parientes cercanos luego se besaron y se abrazaron. Como era de rigor la Reina habló primero.

—¡Qué placer y qué consuelo veros junto a mí, querido hermano!

—Doña Catalina, el tiempo que he pasado lejos me ha parecido muy, muy largo —luego puso cara de pesar—. La muerte de mi hermano me ha cogido en la guerra. No pude estar junto a él que tanto me quería y a quien yo tanto amaba. ¡Dios lo tenga en su gloria!

—Amén, señor infante —dijo Leonor, él la miró extrañado, se había olvidado de ella.

—Sentémonos, hermano —invitó la Reina haciendo sitio a su cuñado junto a ella— y vos doña Leonor, sentaos también, quiero que acaso si fuera necesario tomaseis nota de algunas cosas. ¿Podría ser? —Leonor asintió:

—Desde luego, señora.

La Reina se dirigió a don Fernando:

—Lo que aquí digamos es reservado, ella actuará como mi canciller, no quiero que nadie sepa de nuestras cosas hasta que yo no tenga organizada una cancillería a mi gusto. ¿No os importa que sea una dama en lugar de un caballero la que tome las notas, verdad? —él se encogió de hombros imperceptiblemente.

—Señora, en vuestra casa haced lo que juzguéis más oportuno.

Al cabo de un rato la Reina había expuesto sus ideas al infante: no deseaba compartir la educación del Rey niño con caballeros que se llevasen a su hijo lejos de ella. Deseba que el infante don Fernando hablase con don Juan de Velasco y don Diego López de Zúñiga y, ofreciéndoles alguna recompensa, les persuadiese de que cediesen su tutoría a doña Catalina.

—... y yo creo, alteza —dijo la Reina a su cuñado— que tenemos un buen argumento a nuestro favor, el Rey niño es tan pequeño que a duras penas podríamos iniciarlo en algo que no fuese empezar a hablar. Sobran las enseñanzas, por muy buenas que fuesen, de ambos gentileshombres.

—En eso tenéis harta razón, doña Catalina. Yo veré de convencer a ambos de renunciar a sus nombramientos al menos hasta que el Rey cumpla cinco años, entonces ya veremos. ¿Tomáis nota, doña Leonor?

—De todo, señor infante —si en la pregunta de don Fernando había un rastro de ironía la respuesta de Leonor era fría como un cuchillo de hielo.

—¿Os quedaréis a comer con nosotras, don Fernando? —era una invitación que venía de la Reina, él pareció pensarlo.

—Mejor no, señora hermana, he de regresar. He salido impensadamente por el gusto de veros y debo volver, si no se preocuparán. Mañana mismo saldré para visitar a los maestros tutores y os haré llegar nuevas del resultado de mi petición. Si todo sale bien, luego vos y yo juraremos nuestros respectivos cargos en Sigüenza, como está estipulado ¿os parece bien?

—Me parece perfecto, don Fernando, y os agradezco todo lo que hacéis por vuestro sobrino y por mí misma. Tenéis en mí a vuestra hermana que os respeta y no haré nada sin consultaros.

—Gracias, os lo agradezco y digo lo mismo: nada haré sin que lo sepáis de antemano —hizo una reverencia palaciega—. Me despido de ambas. A vuestros pies —dio media vuelta y fuese sin mirar atrás.

—¿Qué impresión habéis sacado, doña Leonor? —preguntó la Reina tan pronto como el infante hubo desaparecido.

—Parece sincero, no obstante el poder es muy tentador, señora. De

todos modos, no os fiéis demasiado de vuestro cuñado, el poder es una tentación demasiado grande. ¡Qué no podría hacer él con el dinero de su esposa y con la fuerza de su brazo! ¡Ah, señora, el dinero es la mitad de la victoria! —suspiró reuniendo sus papeles—. Veremos cómo evoluciona todo. ¿Paso a limpio mis notas?

—Sí, por favor, hacedlo y enviaremos al príncipe una copia de todo lo dicho aquí, como se hace en una cancillería. Mientras, pensaré en un canciller adecuado y unos hombres que me sean fieles para que le ayuden. Hay que organizarlo todo a nuestro gusto, querida madre.

Doce mil florines de oro fueron las razones que hicieron que los dos tutores educadores renunciaran de buen grado a su puesto y oficio. Convenida la renuncia se abrió el testamento del rey Enrique ante el Rey niño, la Reina y el infante don Fernando; estos últimos juraron como tutores y fueron bendecidos de manos del obispo y así reconocidos entrambos como gobernadores del reino durante la minoría de don Juan II de Castilla. Visto que los dos educadores habían renunciado al honor conferido, la educación del príncipe se otorgó a la madre hasta que el Rey fuese mayor de edad para recibir educación de armas y caballería.

La Reina y doña Leonor repartían su tiempo entre Segovia y Toledo. Precisamente en esa ciudad estaban un día cuando se anunciaron unos caballeros que deseaban ver a la Reina y presentarle sus respetos: eran los de la familia de Alvar Núñez de Lara, cuyo abuelo había sido por un tiempo regente del reino con Enrique I de Castilla, de gloriosa memoria.

Cogida por sorpresa la Reina no supo qué hacer. No deseaba tener mucha comunicación con los grandes pues desconfiaba de ellos. La Casa de Lara era orgullosa y siempre había disputado el poder a la corona. Pedro I les había desposeído de sus bienes por haberse levantado en armas y fueron rehabilitados por Enrique de Trastámara. Ahora se anunciaban don Ildefonso Manrique de Lara, don Gome Gómez Manrique y don Juan Manrique Alfónsez. Todo un círculo de nobleza, de poder y de ambición.

—Dejadme, señora, que les recortemos un poco su orgullo —dijo la camarera mayor—. No han anunciado su visita y vienen escudados en su linaje.

—No desearía herirlos, son malos enemigos —dijo la Reina con sorprendente intuición.

—No, solo recortarlos un poco. Para que sepan que no se les teme.

—¿Y cómo sería eso?

—Que vuelvan mañana. No han sido corteses en hacernos saber que venían, no pueden esperar que la Reina esté a su disposición cuando

se les antoje. ¿Puedo, alteza?

—Como queráis, querida madre. ¿Seguro que no se ofenderán?

—No, señora; vos también os podéis ofender por ser solicitada en audiencia cuando no los esperabais.

—Bien, bien entonces —doña Leonor salió a hablar con los caballeros.

Saludó graciosamente a los recién llegados y ellos a su vez lo hicieron: no conocían personalmente a doña Leonor, pero se imaginaron que era la camarera mayor, de todos era sabido que era la «querida madre» de la Reina y su brazo derecho. Sentían cierta curiosidad por conocerla pues la historia de su vida había corrido por todo el reino y tanto los que fueron amigos de don Martín López de Córdoba, Maestre de Calatrava, como los que fueron sus enemigos, recordaban que tuvo un hijo y una hija. Muchos creyeron que habían muerto, otros no.

—Tengo un mensaje de parte de su alteza —dijo Leonor cuando todos se hubieron saludado cortésmente.

—Decidnos pues, señora.

—La Reina se alegra infinitamente de saber que estáis en Toledo y también de que os hayáis acordado de ella. No obstante, como no os esperaba hoy, tenía otros compromisos que no le permiten recibiros enseguida, como sería su deseo. Si vuestra paciencia puede sufrir la espera, os recibirá mañana que tiene un día más tranquilo que hoy.

—¿Y no nos recibirá aunque esperemos aquí un rato? —era don Gome Gómez Manrique.

—Me temo, mío señor, que será imposible. La Reina lo lamenta mucho. Por favor venid mañana cuando os convenga.

—Dad las gracias a su alteza por darnos cita para mañana. Vendremos después de comer, si os viene bien.

—A vuestro gusto, don Gome, la Reina me ha dicho que desea mucho veros y recibiros. Hasta mañana pues —llamó con una campanilla y un sirviente uniformado acompañó a los ilustres visitantes hasta la salida.

Fuera de la vista de la camarera mayor los de la casa de Lara comentaban entre ellos:

—¿Qué os ha parecido? —decía el de Manrique—. ¿Creéis que la Reina estaba verdaderamente ocupada?

—No lo sé, primo, pero me pareció que la dueña se burlaba de nosotros.

—Imposible, aunque de alcurnia añeja no se atrevería con nos, de la Casa de Lara.

—He oído decir que es ella la que abre y cierra la puerta de la

Reina, y que doña Catalina la tiene por madre, y que se fía de su consejo y de su arbitrio. En fin, que es su valida y favorita. Que es ella la que gobierna tras la Reina.

—¿Una mujer valida? —se rio mucho don Gonzalo Manrique Alfónsez—. Vamos, vamos, estamos viendo visiones; la Reina está ocupada y basta. La camarera no tiene nada que ver en la demora —pero los tres se fueron con la sospecha de que la camarera les había despedido.

Volvieron al día siguiente y fueron recibidos por su alteza con muestras de deferencia. Ella había oído hablar de todas las hazañas de sus antepasados y se permitió recordarlas lo que halagó a los visitantes. Por fin manifestaron el motivo de su visita.

—Vuestra alteza debe organizar el reino, y es tarea harto difícil para un hombre sesudo, más aún para una señora joven como vos —dijo Gome Gómez Manrique— y no es, señora, que os neguemos talento y genio para reinar, pero el brazo de un hombre es otra cosa. La batalla, la guerra, la vida ruda y peligrosa no es para una dama. Deseamos ofreceros nuestro brazo, nuestro poder, nuestra hacienda y todo lo que somos para el bien del reino. Claro que eso lo cumpliríamos mejor en puestos elevados, como los que desempeñaron los nuestros pasados de gloriosa memoria —doña Catalina hizo como que escuchaba con atención el relato pormenorizado de las glorias de la casa de Lara, también doña Leonor que asistía, como siempre, a la entrevista con la reina.

—... Y así agradecería ser nombrado adelantado mayor del reino de León, como siempre lo fueron los de la casa de los Manrique de Lara —dijo don Ildefonso—. Como bien sabéis ese título y cometido ha sido vinculado a nuestra familia, como el adelantamiento de Castilla lo fue de los Padilla, y el de Asturias a los Vega-Mendoza, el de Galicia a los Sarmiento. Solo venimos a recordaros que deseamos serviros, mas para ello necesitamos el nombramiento oficial de vuestra mano en nombre de vuestro hijo —calló un momento como para tomar aliento y luego continuó—. Tengo varios hijos y vos, señora, necesitaréis oficiales palatinos, un mayordomo del Rey, cuyo nombramiento ha de ser para alguien de la primera nobleza pues es el primer dignatario de la corte después de las personas reales, también ha de haber un mariscal de Castilla, y este cargo también ha sido siempre de un Manrique, o en su defecto de la Casa de Lara, en cualquiera de sus ramas. Mi padre fue mayordomo del abuelo de vuestro difunto esposo. Desearía que alguno de mis hijos os sirviera en ese puesto o en otro que me designarais. Inclusive alférez mayor...

—Y vos, don Ildefonso... ¿No tenéis alguna idea para servirme? —

azorado al ser cogido en sus más íntimos pensamientos, este respondió tartamudeando.

—Poca cosa, alteza, me agradaría ser notario de los privilegios rodados en vuestra cancillería, ya que el puesto de canciller suele estar reservado para el arzobispo de Toledo en el reino de Castilla y al de Compostela en el reino de León.

La Reina pareció meditar un momento y luego contestó lentamente como midiendo sus palabras.

—Bien sabéis que soy solo la tutora y corregente, he de consultar con su alteza, don Fernando; si él está de acuerdo dadlo por hecho. Nada me complacería más que confirmaros en vuestros puestos de inmemorial.

—¡Pero señora, vos sois la Reina!

Leonor se levantó dando así por terminada la entrevista.

—La Reina tiene razón. No puede tomar ninguna determinación sin estar de acuerdo con don Fernando. Pero sé que él os aprecia y por tanto lo que solicitáis está en su mano, que es amiga —abrió la puerta de la habitación en donde se habían reunido—. La Reina ha de retirarse, está algo delicada y ha de descansar —Catalina asintió con gesto amable, luego se dirigió a ellos:

—Siento dejaros, amigos míos, nobles caballeros y fieles servidores del Rey, mi hijo. Ya he oído vuestra justa petición y lo comentaré con el corregente. ¡Volved a visitarme otro día! Es tan agradable ver a viejos amigos...

Se fueron sin recibir las mercedes que daban por hechas, ellos siempre habían ostentado los cargos más altos del reino. ¿Acaso la Reina tenía otras ideas? ¿Acaso doña Leonor aconsejaba otras cosas a su alteza? Era *vox populi* que la Reina solo veía por sus ojos.

Sin saber por qué los viejos señores se sentían descontentos de haber tenido que hablar con la Reina en presencia de su camarera mayor. Presentían que la valida no estaba de su lado.

Capítulo XXXII

EL REPARTO DEL REINO. OTRA VEZ DON ÁLVARO DE LUNA.

Cuando fue de edad de diez años, él sabía ya todas las cosas que los otros niños cuando por entonces comiençan a aprender. E sabía leer e escribir lo que convenía para caballero, e sabía ya cabalgar e ponerse bien a caballo, e procuraba traer limpio e bueno lo que traya, e ser muy cortés, e gracioso e palaciano en su fabla...

Crónica de don Álvaro de Luna, condestable de Castilla, 1546.
Por su sobrino Álvaro de Luna.

Don Fernando demostraba ser un alma noble, nunca pareció que pensase arrebatar la corona a su sobrino. Al contrario, volvió a la guerra y todas las victorias se las dedicaba al Rey niño. Durante una tregua regresó a Toledo a contar a la Reina cuál era la situación en la frontera. A pesar de la fidelidad del infante ninguna de las dos mujeres se fiaban de él. Tenía demasiada fama entre los nobles del reino y bien sabían que una facción le empujaba a reclamar el trono para sí.

—De todos modos, señora —decía luego Leonor a Catalina— no os fiéis demasiado de vuestro cuñado, el mando y la potestad de mandar como un rey es una tentación demasiado grande. ¡Qué no podría hacer él con el dinero de su esposa y con la fama que le acompaña como gran guerrero y valiente soldado! Además, por la *Ricahembra*, es muy rico, muy muy rico... ¡Ah, señora, el dinero es la mitad de la victoria!

—Me parece que hasta ahora se ha portado bien... —dijo dubitativamente la Reina— al principio del reinado se pudo haber alzado en armas y llevarse el reino como presea, y no lo hizo. Al contrario, hizo proclamar a don Juan como Rey legítimo y ahora nos sirve en la guerra con peligro de su vida.

—No digo que no, doña Catalina, solo digo que no os confiéis ni firméis nada sin haberlo pensado dos y tres veces. No se sabe qué hay detrás de cesiones al parecer inocuas. Sois muy buena, sin malicia ni experiencia. ¡Pensadlo todo mucho antes de acceder a nada!

—Os lo prometo, querida madre, no firmaré ni prometeré nada sin preguntaros antes. Sabréis todo lo que yo sepa. Veréis todo lo que yo vea...

Pero en honor a la verdad, tampoco el infante don Fernando se fiaba de la Reina, le parecía blanda y mal aconsejada. Al verla siempre acompañada de su camarera mayor empezó a sospechar que esa dama tenía más influencia de lo que todos suponían y se prometió no perderla de vista. ¿Le aconsejaría la dama en contra de él? ¿Abrigaría la Reina ocultas intenciones de deshacerse de él para tener la tutoría

ella sola? No sería tan difícil, una puñalada a tiempo allanaría el camino de Catalina hacia la administración total del reino hasta que Juan fuera mayor de edad. No tendría un corregente a su lado para controlar el reino. El poder era una pasión sin fondo. Un deseo oscuro e interminable.

Ahora que don Fernando estaba en Toledo, los tutores se reunían cada semana al menos una vez en un salón ante los consejeros para discutir detalles que concernían a la regencia, la gobernación y la guerra.

Esta vez el infante creyó notar una cierta frialdad en la reina y su camarera, de modo que empezó a sospechar que ellas le tenían animadversión. Abrigaba don Fernando dudas en su pecho de que acaso se le podría tender alguna celada en el camino a palacio y así, cuando iba a parlamentar con la regente se hacía acompañar de algunos fieles ostentosamente armados. La Reina, a su vez, se molestó al ver a los armados caballeros de modo que, después de consultarlo con Leonor, en la siguiente reunión apareció con una lucida escolta armada hasta los dientes. Todo terminó en que ambos recelaron aún más si cabe de las intenciones del otro y siempre acudían desconfiados a los encuentros con su guardia propia bien armada y dispuesta a cualquier cosa.

La relación entre los regentes, aunque aparentemente buena, iba de mal en peor.

Un despacho enviado por don Alfonso Enríquez desde Sevilla vino a poner todas las cartas sobre la mesa.

De Alfonso Enríquez a los regentes del reino, la reina doña Catalina y el infante don Fernando, desde Sevilla. Salud y gracia.

Sépades que la situación en estos lares empeora por momentos. El dinero es escaso y no llega ya, no digamos para armamentos y ropa para la tropa, sino que en breve ni siquiera tendremos dineros para la comida. Hemos ido viviendo, o sobreviviendo, con lo que los nobles de la militia regis *han aportado según se iba necesitando pero esto no puede seguir, serenísima señora.*

Y siendo esto grave, lo peor es que la morisma se prepara, según sabemos por nuestros servicios de inteligencia, a presentar una gran batalla. No estamos preparados ni pertrechados para una confrontación en toda regla. Hasta ahora han sido algaradas y alborotos en la línea de la frontera, poco más que saqueos y latrocinios. No estamos faltos de hombres, sí de armas, pertrechos, animales, comida, tiendas de campaña…

Siento asimismo deciros, señores regentes, que la tropa anda alborotada y me temo que de un momento a otro se levanten en un motín en toda regla, toda vez que no han recibido su paga durante varios meses y muchos

tienen familia que dependen de su estipendio para la simple supervivencia. Estamos al extremo de la resistencia y yo mismo y mis capitanes ya no tenemos dinero de nuestro bolsillo para subvenir tanto gasto por nuestra cuenta. Os rogamos que nos hagáis llegar al menos una parte para pagar a los hombres y que el resto venga seguidamente.

Y a don Fernando le rogamos de corazón que vuelva pues la guerra lo necesita, seguramente más que la corte.

Queda a los pies de la serenísima señora Reina y del señor infante, vuestro servidor preocupado pero fidelísimo,

Alfonso Enríquez.

Se leyó la carta en el consejo y su lectura produjo gran preocupación entre los nobles y los regentes. Don Alfonso era hombre de pocas palabras y si se quejaba debía de estar al borde de la desesperación.

—Ya veis, doña Catalina —decía don Fernando— los soldados amenazan con desertar y si lo hiciesen sería en gran perjuicio del reino ya que los moros entrarían en tromba por la brecha sin darnos tiempo a hacer nuevas levas.

—Mas vale, señora —dijo doña Leonor que asistía a la sesión— que se atiendan las razones de los caballeros guerreros. Hay que sacar el dinero de donde sea, aunque haya que pignorar tierras o joyas. No deseamos perder el trono del rey don Juan a la primera dificultad.

—¿Os parece tan urgente la petición? —preguntó, algo dudosa la Reina.

—Muy urgente, señora —dijo doña Leonor con toda decisión—. Si es necesario yo os haré un empréstito por una parte al menos. Dispondré de mi propio patrimonio si no hay otro modo. Lo venderemos o pignoraremos lo que haga falta sin pérdida de tiempo. Quizás pueda reunir dos o tres contos.

—No, no creo que eso sea preciso, madre querida —se emocionó la reina Catalina—. Además lo que vos pudierais darme, sería una gota en comparación con lo que es necesario para pagar esos ejércitos. Seguiré vuestro consejo y mandaré hoy mismo una parte, el resto hasta veinte contos, irá más tarde.

—¡Veinte contos, señora! —se escandalizó Leonor—. No hay disponible tanto dinero en el reino.

Catalina sonrió tristemente.

—Sí lo hay, en el tesoro real hay siempre un fondo de emergencia. Además haré lo que vos ibais a hacer, dispondré de mi patrimonio y enajenaré tierras y joyas. Al fin y al cabo, —dijo pensativamente— si perdemos el reino para qué queremos luego las tierras y las joyas.

Así se hizo y al fin se enviaron los veinte millones de maravedís

para la guerra. Las ciudades reunieron subsidios hasta cuarenta y cinco millones, pagaderos a plazos, de los cuales se habrían de pagar los veinte que la Reina había adelantado personalmente.

Algo más tarde, cuando se preparaba para partir a la guerra el regente don Fernando preguntó a la reina Catalina:

—¿Por qué no me pidió ayuda vuestra alteza, en lugar de empeñar parte de su patrimonio personal?

—No quise involucrar a mi querido pariente en deudas del reino, deudas que quizás no se pudieran luego pagar, al fin y al cabo el reino que queramos salvaguardar es de mi hijo don Juan —contestó cautelosamente Catalina.

—No me hubiera sido tan oneroso como a vos, querida hermana, pues con mi capital propio y el de mi esposa, hubiéramos podido, de sobra, acudir en vuestro auxilio, pero no nos lo pedisteis.

—Tampoco lo ofrecisteis, alteza —dijo impasiblemente la Reina.

Más tarde Catalina se lo relataba a Leonor:

—... Y me echó en cara que él es más rico que yo y que el reino. Que juntos, su capital y el de doña Leonor de Alburquerque, podían afrontar sin quebranto un préstamo colosal.

—Las cosas no van bien con el infante, señora —respondió la camarera— quizás es una buena cosa que se aleje y vaya a la guerra, eso lo mantendrá entretenido, y que no vuelva por un tiempo —pareció pensar largamente—. Debe haber algún medio de quitarlo de en medio sin faltarle al respeto debido ni herir sus sentimientos. Es un lujo que no podemos darnos. Si se incomoda el resultado puede ser funesto, tiene la fuerza del ejército, nosotras solo tenemos la legalidad, y a veces eso no basta.

Vino en ayuda de la Reina una idea del mismo tutor don Fernando, viendo que la guerra necesitaba de un cerebro rector y que no se podía dejar en las manos de diferentes capitanes y adalides, pidió permiso para encabezar él mismo el conjunto de las operaciones. Con ello —explicó— unificaría la estrategia y las acciones se harían concertadas hacia un fin común.

—¿Qué os parece la propuesta del infante? —preguntó doña Catalina a su valida y consejera.

—Hija mía —así la llamaba muchas veces cuando estaban a solas— creo que la idea del infante es extraordinaria. De un lado ayudará al reino a contener a la morisma pues es buen militar y guerrero arrojado, a la par que estratega sin igual, por otro lado, hemos temido que cerca de nosotras pudiera tramar alguna argucia para quedarse con el reino. Se me ocurre que podíamos ir más allá y tenerlo siempre lejos y ocupado.

—¿Cómo sería eso? —preguntó Catalina mientras bebía una espumosa cerveza.

—Quizás, alteza, aprovechando la tesitura, sería una buena idea repartiros el reino y el trabajo y gobernación con vuestro cuñado.

—¿Repartirnos el reino? —preguntó, suspicaz, la Reina.

—Sí, querida hija, proponédselo. Él podría ser el señor de la guerra y de las tierras fronterizas, que son conflictivas, vos la administradora de la paz en las tierras ya tranquilas lejos de la frontera. Todo lo que él tomase, luego, pacificado, vendría a ser para vos. Él se quedaría siempre con lo que no nos pertenece: la frontera y las tierras más allá de la raya que fuese conquistando... para nosotras.

A don Fernando la idea le pareció buena, estaba cansado de los recelos de la Reina y de la corte y de sus habladurías y desconfianzas, le pareció una magnífica salida que le podía reportar nombre y gloria y aceptó. Se convino entonces que el reino se dividiría en dos partes y que cada uno de los tutores regiría a su modo la parte que le correspondía, dando libertad al otro de hacer lo mismo en su sector. Catalina se quedó desde los puertos hacia Castilla la Vieja y el reino de León y el infante corregente desde esta misma línea hacia el sur, el resto de Castilla la Nueva, Extremadura, Murcia y Andalucía. En cuanto a los oficios reales, la Reina se quedó con su chancillería en Segovia y el infante don Fernando nombró a sus propios oficiales. Hecho esto, partió hacia la guerra. Corría el mes de abril de 1407.

Sin la sombra de don Fernando vigilando a todas horas, Catalina se sintió mejor y más libre. Se acordaba de los años en que su marido era menor de edad y ella y él habían tenido que plegarse a los deseos del consejo de tutoría. No quería repetir la experiencia; con los dos preceptores neutralizados al menos por el momento y con Fernando en la guerra de Granada se sintió libre para gobernar a su antojo. Además, para ayudarle con su buen juicio estaba su amiga, Leonor López de Córdoba. Ella era quien en realidad gobernaba el reino con gran disgusto de los grandes que aspiraban a tal puesto de confianza con Catalina. Para la soberana la vida era hermosa y la comida también. Su obesidad se hizo más conspicua y su gusto por la cerveza se hizo notar.

—Señora —le dijo Leonor un día— quizás haya llegado el momento de que escojáis un confesor a vuestro gusto.

—Un confesor —se extrañó la Reina—, si ya tengo uno.

—Sí, uno que heredasteis de cuando vuestro marido lo escogió.

—Cierto.

—Pero ahora sois la Reina y el Rey niño no os puede ordenar nada.

—Cierto también.

—Así que creo que ha llegado el momento de que escojáis a uno de vuestro gusto. Quizás uno que haya viajado mucho, que nos pueda distraer en los ratos que pasamos juntas. De gran cultura, que hable muchos idiomas, de una gran familia que comprenda las necesidades del reino... y de la Reina.

—Uno así me gustaría mucho y me complacería tenerlo junto a mí porque don Severiano, aunque hombre santo, es triste y seco y muy riguroso, pero no conozco ninguno que goce de las prendas que habéis mencionado. ¿Y vos, conocéis alguno?

—Claro, señora, os estoy hablando de mi hermano de ganancia, don Álvaro. Claro que... —pareció dudar.

—¿Algún problema? —preguntó solícita la Reina.

—Pequeño, pero sí, alteza, un problema. Él no tiene fortuna. Mi padre, que es el suyo, lo perdió todo y no hay nada para él. Yo intentaré dotarle para que cuando yo falte no sea un hombre pobre, pero pienso que un sueldo y alguna merced de vuestra parte... quizás... ¿He sido muy atrevida?

—No, os comprendo. Un hijo de don Martín López de Córdoba, que murió por mi madre, no puede ser un pobre y oscuro clérigo. Decidle que venga, será mi confesor y hará fortuna. Además —abrazó a Leonor— es vuestro hermano y eso basta para que goce de mi favor.

Y así fue cómo don Álvaro vino a servir en la corte de doña Catalina, después de que esta hubiese escrito al papa Benedicto XIII para que se sirviese dispensar al joven del servicio a su lado. También al Papa le convenía tener a un hombre suyo junto a la Reina de Castilla.

Pero a Leonor, traer a su hermano a la corte le acarreó la enemistad del obispo don Juan Martínez de Luna, pues este clérigo ambicionaba para sí el puesto de confesor de la Reina y se quejó amargamente al arzobispo de Toledo, don Pedro de Luna, que era también su pariente. Así doña Leonor vino en ganarse la enemistad no solo de la nobleza, que resentía tener que pedir audiencia para ver a la Reina a su camarera mayor; del infante don Fernando, que veía cómo ella influía más que él mismo en el ánimo y las decisiones de la Reina y que se atrevía estar en las entrevistas entre él mismo y doña Catalina y aun a opinar y a oponerse a alguna de sus ideas o decisiones, sino que también se ganó el resquemor y el desagrado de la Iglesia en la persona del poderoso arzobispo de Toledo, que a su vez era pariente del papa Luna.

Escribió el arzobispo a su deudo en el solio de San Pedro y este le tranquilizó pero el desagrado del arzobispo hacia la camarera mayor, no desapareció.

Sobre el cielo azul de la fortuna de doña Leonor se iban cerniendo negros nubarrones.

—Señora —dijo el arzobispo a la camarera mayor un día que se la encontró en palacio— deseo hablar con vos, en privado, por favor.

Leonor se sorprendió. Ella nunca había tenido nada que ver con el arzobispo y no se imaginaba por qué el alto señor deseaba hablar con ella, en privado además.

—Naturalmente, eminencia, soy vuestra servidora —dijo con voz indiferente—. ¿Cuándo os place?

—¡Si puede ser esta tarde os lo agradeceré, doña Leonor! ¡Ah, —añadió como en broma— desearía que aún no le dijeseis nada a la Reina!

Se alejó sin más. Doña Leonor se preguntó qué habría querido decir con ese comentario. En todo caso, también por curiosidad, acudió la valida a las habitaciones del prelado que en esta ocasión se alojaba en palacio.

—Ya que vuestra eminencia se ha dignado llamarme, ¿me podría decir para qué soy buena? —indagó cuando las frases corteses se hubieron agotado. El señor arzobispo se puso en pie y paseó un momento. Empezó por algo que a Leonor le pareció sin pies ni cabeza.

—Ya sabéis, doña Leonor, que tengo un sobrino, el obispo don Juan Martínez de Luna, que ha criado como propio a un niño, hijo de un pariente —sin pensarlo, doña Leonor exclamó:

—Sí, el bastardo de don Álvaro, vuestro sobrino. Sé que se llama Pedro.

Tan pronto lo dijo hubiese dado cualquier cosa por haber permanecido callada, pero el mal estaba hecho. Las palabras no se pueden recoger. El arzobispo hizo como que no había oído nada.

—En efecto, un hijo de ganancia de don Álvaro Martínez de Luna, que fue ayo del difunto Rey —obvió la palabra bastardo—. Me lo trajo a Toledo y allí lo he educado yo mismo, con los mejores tutores, como a un príncipe de sangre. Es un joven elegante, culto y refinado, no carece de ninguna de las cualidades que debe tener un joven de la más alta nobleza. Y no se llama ya don Pedro, el papa Benedicto XIII, su tío, nos hizo el favor de oficiar personalmente su confirmación y ha cambiado su nombre de Pedro por el de Álvaro, cómo su padre —el hombre de Dios se calló como si no supiese cómo continuar. Leonor empezó a comprender.

—¿Acaso vuestra eminencia reverendísima busca un lugar en palacio para tan dotado joven? —el arzobispo pareció contrariado. No creía que su objetivo había aparecido tan claro.

—Algo así —dijo vagamente. Luego, quizás por un prurito de

venganza continuó— el hecho de que sea un bastardo no creo que sea dificultad ni cortapisa alguna, vuestra señoría ha colocado a su hermano bastardo como confesor de la Reina. ¿No es así?

Esta vez le tocó a Leonor ignorar la pulla.

—¿Cuántos años tiene vuestro joven sobrino, señor arzobispo?

—Trece más que su alteza, justamente. Y digo eso porque mi petición es que el joven Álvaro entre como compañero y menino del príncipe don Juan. Ya sé que la diferencia ahora se nota mucho, pero en unos años no será tanta la desproporción y además don Álvaro es un joven muy instruido, de conducta ejemplar, sabe de latín, maneja las armas como todo un doncel bien criado, monta a caballo como lo ángeles (si es que estos montan a caballo) tiene buen gusto, es moderado, bien hablado, tiene buena voz y ha aprendido a tocar la vihuela. En una palabra, doña Leonor, será de gran ayuda en la educación del príncipe, al menos por su buen ejemplo.

—Si es tanta la virtud y gracia de ese doncel, señor arzobispo, veremos qué se puede hacer por él. Pero recordad que todo nombramiento depende de la señora Reina, ella es la que ha de decidir qué compañía conviene a su hijo el Rey.

El arzobispo se quedó cavilando qué había querido decir la camarera. «Es difícil saber lo que piensa esta mujer tan atrevida», pensó el arzobispo. En todo caso ella le había ofendido llamando bastardo a su sobrino, pero él se había tomado la revancha llamando por el mismo nombre a su hermano de ganancia, el confesor de la Reina.

Comoquiera que fuese, por recomendación de doña Leonor o por méritos propios, cuando el Rey niño cumplió cinco años entró a su servicio como su doncel el joven don Álvaro de Luna, de dieciocho, y tanta fue la afición que el soberano tomó a este servidor, que ya nunca se separaría de él, hasta su muerte, la de don Álvaro en el patíbulo.

Capítulo XXXIII y Epílogo

EL HONOR DE LOS LÓPEZ DE CÓRDOBA REIVINDICADO. LA DERROTA Y DESAPARICIÓN DE LA VALIDA.

Quia fecit mihi magna qui potens est (porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso).

Magníficat (Luc. 1, 46-55)

—Señora —dijo un día doña Leonor—, pido permiso a vuestra alteza para ausentarme un tiempo.

Se sorprendió la reina Catalina. No era costumbre de la valida apartarse de la corte; al contrario, parecía que no deseaba abandonarla ni por un instante. Desde que amanecía Dios, hasta que la Reina se retiraba a sus habitaciones, doña Leonor la acompañaba a todas partes, asistía a las audiencias, viajaba con ella a las cortes en las ciudades, iba con la Reina a misa y a los ejercicios espirituales de Cuaresma, vigilaba su correspondencia y su vestuario, organizaba las visitas de su hijo y de los cortesanos. Era como su sombra. Se murmuraba que ella era en realidad la Reina de Castilla y de León. Su presencia que antes había despertado curiosidad y hasta cierta simpatía por su bizarra historia, ahora era odiada por casi todos. Ella ostentaba el poder que muchos ambicionaban. Las mujeres desconfiaban de ella y los hombres simplemente la detestaban. La poderosa Casa de Lara murmuraba a espaldas de doña Leonor que ella tenía secuestrada a la Reina, la razón de su aborrecimiento era que al fin ninguno de los representantes de la Casa, ni los Manrique de Lara, ni los Gómez Manrique, ni los Fernández de Lara, ni ningún otro Lara, había obtenido un cargo digno de su alcurnia y linaje, y eso lo achacaban a malquerencia de parte de la favorita.

—Pido permiso para ausentarme un tiempo.

—¿Y a dónde piensa ir mi camarera mayor? —inquirió con curiosidad la Reina.

—Debo, señora, cumplir con un deber de hija buena.

—¿Cómo es eso doña Leonor? Vuestros padres, que de Dios gocen, han muerto hace ya muchísimo tiempo.

—La capilla que he hecho construir en memoria del Maestre de Calatrava, está terminada, alteza. Debo ir a su consagración. La iglesia de San Pablo, en Córdoba, me ha comunicado que ya está todo listo. Su panteón, su lápida, el escudo familiar campeando en las paredes. Se ha aprovechado la antigua capilla de san Nicolás y allí se ha

levantado un nuevo altar de mármol con valiosas reliquias bajo el ara, entre ellas las de san Nicolás también. Hemos pensado que no se debía desalojar al santo patrón de antaño.

—Así que ya está terminada. Un oratorio en memoria del buen Maestre —la Reina pareció pensar un rato—. ¿No me dijisteis alguna vez, que mi madre, vuestra madrina, doña Constanza, os ofreció pagar los gastos del digno enterramiento del Maestre?

—Sí, alteza, lo hizo, pero ahora ha muerto y yo misma puedo, con largueza, subvenir los gastos del enterramiento y sepulcro de mi señor padre. Posiblemente mi generosa madrina pensaba que mi patrimonio no alcanzaría para fabricar un sepulcro como el que merecía el fiel Maestrante —doña Catalina pareció no oírle. Siguió hablando la Reina:

—También era intención de mi señora madre acudir a la primera misa en honor del difunto don Martín, pues bien, cumpliremos su deseo pues yo, en virtud del derecho de representación, soy en todo y para todo, mi señora madre como si ella viviese. Así que yo misma iré a recibir con vos la obra de la capilla y dotaré con lo que haya lugar el sagrario y el altar con copones, patenas y otros aderezos, amén de pagar lo que os haya costado la construcción de la misma todos estos años. La lauda sepulcral, los escudos y los mármoles, las obras de arte, los baldaquinos, si los hubiere, misas pagadas por un siglo y todo lo que haga falta a mayor gloria del Maestre y para el descanso de su alma. Yo misma iré a rezar por su espíritu y por su honor reivindicado.

Y así fue como la Reina, y con ella toda la corte y los nobles se trasladaron a Córdoba a dar digno entierro a los restos que se creían ser los del Maestre. Huesos humanos recogidos del basurero de Sevilla, en donde se arrojó lo que quedó de don Martín López de Córdoba.

Allí se reunieron para dar honor al difunto todos los nobles, tanto los que le habían conocido como los que por su juventud solo habían oído hablar de él.

Y en el día del funeral se lucieron muy ricas ropas, todas bordadas y enjoyadas, y las damas jóvenes lucieron lindas cintas con colgantes y dijes y collares de perlas, y cintillos con cabujones de valor incalculable, y las damas de respeto llevaban tocados de azabache y oro fino, y todas calzaban escarpines de tafilete de colores vivos. Y los caballeros sus ropones de terciopelo de agradables matices grana, verde, azul cobalto y otros no menos esplendorosos, e iban tocados con sus bonetes bien adornados que llevaban en la mano por respeto al lugar santo, porque se había convenido en que no era día de pena, sino de alegría y regocijo en memoria del fiel y virtuoso Maestre.

Una vez que todos hubieron tomado asiento, no todos dentro de la capilla por la pequeñez de esta, sino en los bancos de la iglesia de San Pablo, entró el oficiante también ricamente ataviado con vestiduras de lujo. Por expreso deseo de doña Leonor no había luto, todo debía ser alegría porque el honor de su padre había sido restaurado, su fama limpia y su fidelidad a la corona hecha patente. El enorme escudo de su casa, en forma de bien tallada piedra armera que campeaba en la pared lateral de la capilla, tenía bajo sí una cartela con la leyenda: «Fidelidad y honor». En la pared opuesta, con letras de altorrelieve, bien doradas sobre un fondo oscuro se leía: *misericordia et veritas obviaverunt sibi: justitia et pax osculatae sunt* (encontráronse juntas la misericordia y la verdad, diéronse un ósculo la justicia y la paz).

Y así, la reina doña Catalina con doña Leonor López de Córdoba, junto con los hijos de esta, presidieron la misa. El oficiante leyó un sentido panegírico en forma de prédica en que recordó toda la vida gloriosa de don Martín, los chantres cantaron con sus voces broncas las antífonas de rigor y el lugar se llenó de incienso. Solo el cielo podía ser más fastuoso y más espléndido y más ostentoso.

Pero la vida tiene sorpresas inesperadas. Cuando todo acabó y cada cual volvió a su casa, los nobles a sus propiedades, la Reina a Toledo, los clérigos a sus iglesias y solo quedaba en Córdoba doña Leonor que había demorado su vuelta para atender algunos asuntos, recibió una carta de la reina Catalina:

De la reina doña Catalina, desde Toledo, a su camarera mayor. Salud y gracia.

Sépades por esta, señora mía, que desde hoy quedáis relevada de todo servicio en la corte a mi lado. Desde que leáis esta misiva quedáis asimismo descargada del oficio de camarera mayor.

Os ruego que no hagáis más difícil este momento y que por mor de los buenos tiempos y el amor que nos tuvimos no roguéis ni supliquéis volver a la corte, pues será en vano.

Muchas personas me han demandado desde hace mucho tiempo que abriese los ojos, que viese cómo el poder de la corona había ido pasando a vuestras manos y cómo el reino parecía ser cosa vuestra. Ya no volverá a suceder. El poder pasará a mis manos directamente. No quiero ser dura con vos pues cuando yo necesitaba ayuda me la brindasteis, pero he sido desde entonces una prenda en vuestras manos, señora. No os he despedido antes pues deseba daros la satisfacción de ver el honor de vuestro padre restaurado con la asistencia de los reyes y de la corte. Hecho esto, ya no os debo nada.

Os aviso, doña Leonor, que si me entero de que emprendéis camino hacia Toledo, estaré informada y en el camino os mandaré quemar.

Catalina. Reina.

Doña Leonor leyó la dura misiva primero con incredulidad y luego casi con indiferencia. Había vivido mucho, visto demasiadas cosas. Sintió que al fin su vida había sido completada en todo. Había rehecho su fortuna y su casa. El conde de Niebla le había pedido la mano de su hija, su hijo era uno de los hombres más ricos del reino, su hermano de ganancia tenía abierto el camino hacia el solio pontificio, ella misma había tenido todo el poder del reino a su arbitrio y parecer y le habían temido y respetado amigos y enemigos.

Con la carta de la Reina en la mano se sentó en una *sedilia* y al cabo de un rato la depositó junto a sí en una mesa. Lego se levantó y se paseó por la habitación, caía la tarde y una hermosa luz violácea se filtraba entre las cortinas. Recordó aquellos días cuando ella era aún muy joven y el ahora papa Benedicto XIII, entonces don Pedro Martínez de Luna, había ido a visitar a su señora tía, doña María Mencía García y Carrillo de Albornoz. Recordó también a los Mendoza, que estuvieron allí. Ella entonces les leía por las tardes hermosos libros y más de una vez pensó que ella también podría escribir algo, al menos sus memorias. Muchas veces pensó en hacerlo, en escribir la historia de su vida. Ahora tenía tiempo y la experiencia necesaria para llevar a cabo la tarea. La gente sabría quién fue Leonor López de Córdoba, hija del Maestre de Calatrava, don Martín López de Córdoba. Con esto terminaría la reivindicación del honor de los López de Córdoba.

Suspiró, a pesar de todo se sentía satisfecha. Entornó los ojos. Llamaría a su obra simplemente Memorias de doña Leonor López de Córdoba. Si llegaba a terminarlas, daría su vida por bien empleada.

Llamó con una campanilla de plata y al instante llegó un servidor con una lucerna.

—¿Deseáis que encienda ya las luces, doña Leonor? —no se había dado cuenta de que la noche había llegado.

—Sí, por favor, Emeterio, encended todas las luces y traedme recado de escribir y desde ahora en adelante, todas las tardes traedme pliegos del mejor papel *xativí* y tinta y plumas bien cortadas, tengo mucho que asentar en esos pliegos.

Al rato se sentó y empezó a escribir con su letra grande y picuda:

«Soy la hija del Maestre de Calatrava...».

* * *

Doña Leonor López de Córdoba no solo es la primera mujer que

escribió sus memorias en una prosa que se puede comparar a la de los mejores escritores, sino que también fue la primera persona, hombre o mujer, que en España escribió unas memorias autobiográficas. No sabemos la extensión de las mismas pues apenas se han salvado de la incuria del tiempo unas ocho o nueve páginas, pero son ellas tan radiantes y pulidas que han sido suficientes para darle un lugar en la literatura universal.

Perseguida por la justicia en su niñez, sobrevivió y llegó a ser la primera valida de la historia y su nombre, como escritora, es uno de los grandes de la Edad Media. Fue sin duda una mujer extraordinaria. Tres años después de ser alejada de la corte, falleció en Córdoba, siendo enterrada junto a su padre.

Edición en formato digital: abril de 2012

© Vicenta Márquez de la Plata, 2012
© De esta edición: Algaida Editores, 2012
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9877-311-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Para cualquier información dirigirse a algaida_legal@algaida.es

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es